GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE SAN LUIS

1810 2010 BICENTENARIO

BICENTENARIO colección

Novelas

Jorge O. Sallenave

De tantos "no puede ser" se va la vida

Pensión Virgen Negra

SLLM SAN LUIS LIBRO

COMISION DEL BICENTENARIO

La Provincia de San Luis, con motivo de conmemorarse el Bicentenario de la Revolución de Mayo, se concentra en celebrar tan importante acontecimiento a fin de reafirmar los lazos de comunicación, respeto e integración entre todos los habitantes de esta tierra.

El Cabildo de San Luis fue el primero en reconocer la Revolución de Mayo mostrando así su vocación libertaria.

Consolidado el movimiento revolucionario, el pueblo puntano se destacó por su generosa y heroica contribución a la gesta de la independencia nacional, y entre otros hechos, respondió al llamado Sanmartiniano.

En este Bicentenario la Provincia de San Luis continuará con sus políticas de progreso y desarrollo, en la esperanza que nuestras generaciones venideras se encuentren unidas en el respeto y reconocimiento a la participación histórica colectiva de los hijos de esta tierra, a quienes en este Bicentenario rendimos tributo y homenaje.

El Gobierno de la Provincia de San Luis ha constituído la **Comisión Honoraria del Bicentenario de la Revolución de Mayo 1810-2010**, presidida por el Gobernador Alberto Rodríguez Saá, e integrada por Legisladores Nacionales por San Luis, autoridades Legislativas Provinciales, autoridades del Poder Judicial, Intendentes Municipales e Intendentes Comisionados, representantes de Instituciones Religiosas, Autoridades Universitarias, Autoridades Militares, ONGs, Fundaciones, Juntas de Historia, Comunidades Originarias de la Tierra, Colectividades, Asociaciones, entidades intermedias y por todos aquellos habitantes que quieran adherir voluntariamente.

Esta Comisión será coordinada por el Ministerio de Gobierno, Justicia y Culto, todos los Ministerios del Poder Ejecutivo Provincial referidos a esta conmemoración y por el Programa San Luis Libro, dependiente de la Secretaría General Legal y Técnica de la Gobernación.

(Extraído y sintetizado del Decreto N° 3316 - MGJyC-2009)

1810 2010
BICENTENARIO
también San Luis

GOBIERNO
DE LA PROVINCIA
DE SAN LUIS

El Gobierno de la Provincia de San Luis cumple y seguirá cumpliendo con los preceptos constitucionales y las normativas vigentes respecto a asegurar el desarrollo humano y social de sus habitantes.

El derecho a la cultura, a la información, a la publicación y a la difusión de las ideas es un derecho humano fundamental, con el que este proyecto político ha desarrollado fuertes lazos y claras acciones en su defensa. Invertir en cultura es fortalecer los cimientos republicanos y consolidar la convivencia democrática armónica, en un marco de pluralismo, tolerancia y respeto por el otro. Invertir en cultura es también propender a difundir la obra y engrandecer el wpatrimonio cultural provincial, potenciando así la libertad de pensamiento y el universo de las ideas, la literatura y la palabra escrita en general.

Por la defensa y ratificación de este derecho el Programa San Luis Libro suscribe y se sustenta en la Ley Provincial N° I-0002-2004 (5548) que dice en su art. 1º: El Estado Provincial garantiza el derecho fundamental a la libertad de pensamiento, religiosa y de culto reconocido en la Constitución de la Provincia de San Luis.

SAN LUIS LIBRO

ACERCAR EL LIBRO AL PUEBLO

Sallenave, Jorge
De tantos "no puede ser" se va la vida : Pensión Virgen Negra . - 1a ed. - San Luis : SLL - San Luis Libro, 2012.
340 p. ; 26x19 cm.

ISBN 978-987-1787-35-7

1. Narrativa. 2. Novela. I. Título
CDD 863

Fecha de catalogación: 04/04/2012

Para la presente edición
Programa San Luis Libro
25 de Mayo 971 / Ciudad de San Luis
sanluislibro@sanluis.gov.ar
www.sanluislibro.sanluis.gov.ar

Diseño y Diagramación
Área Diseño y Comunicación
Payné. S.A.

Impreso por La Gráfica. Payné S.A.
Av. Lafinur 924 - San Luis

Tirada 1000 ejemplares

Impreso en la Argentina
Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723
Prohibida su reproducción total o parcial, incluyendo
fotocopias sin la autorización expresa del autor

Jorge O. Sallenave

NOVELAS

DE TANTOS “NO PUEDE SER” SE VA LA VIDA

PENSIÓN VIRGEN NEGRA

SAN LUIS LIBRO

BIOGRAFÍA

Jorge Sallenave nació en la ciudad de San Luis el 10 de febrero de 1944.

Cursó sus estudios universitarios en la Universidad de Buenos Aires donde obtuvo el título de Abogado, Escribano y Procurador.

En relación a su profesión se ha desempeñado como Asesor de Gabinete del Gobierno de la Provincia de San Luis y como Fiscal de Estado Adjutor. Es también autor del anteproyecto del Código de Procedimientos Administrativos.

Realizó trabajos como guionista de historietas, guionista en radio y televisión y columnista de diarios.

En este sentido, se ha desempeñado en importantes radios de alcance nacional, tales como: Radio LS1 Rivadavia, Radio Municipal de Buenos Aires y Radio El Mundo de Buenos Aires.

Ha trabajado para la Editorial Columba, como guionista de historietas, para las publicaciones de las revistas El Tony, D´Artagnan y Fantasía. También ha trabajado junto a Dante Quinterno, creador de Patoruzú, publicando una columna semanal en la revista del mismo nombre.

Entre otras actividades relacionadas al mundo del arte y la cultura ha fundado una Agencia de Publicidad, donde ha desarrollado trabajos para importantes marcas. Así como la creación de un Cine Club en Nueva Pompeya, en la Ciudad de Buenos Aires.

Cuenta con una amplia producción literaria que alterna entre el cuento y la novela.

Entre sus novelas, se encuentran los siguientes libros: *Elvira de Lesbene* (1992), *La Quinta* (1994), *En fuga* (1995), *El Club de las Acacias* (1996), *De tantos "no puede ser" se va la vida* (2000), *Lamagrande* (2004), *Pensión Virgen Negra* (2005), *Señor Standard, la señorita Oil y Bengolea* (2007)

En materia de cuentos se destacan las siguientes publicaciones: *El viento que viene del sur* (1991), *Tréboles y diamantes* (1991), *Una niña de 12 años y otros cuentos* (1994), entre otros. Es autor de *Cuentos del viento*, cuentos presentados a través de fascículos por El Diario de la República, de San Luis.

También ha publicado la obra *En la rotonda*, en el género teatro.

De su trabajo en radiofonía surge la obra *Anotaciones mínimas sobre hechos extraordinarios para posibles cuentos sorprendentes* (2005), que cuenta con relatos de un micro-radial emitido en FM Siempre, de San Luis.

Recientemente ha publicado *Cuentos del pago chico* (2011) y *Cuentos con Humor* (2011), que forman parte de una colección editorial, en la provincia de Mendoza. Una colección que seguirá presentando obras de Jorge Sallenave, en este año.

Por lo que nuestra literatura, afortunadamente, continuará gozando de nuevos títulos de la mano de la valiosa e incansable pluma de Jorge Sallenave.

PRÓLOGO

Para el idioma español, escritor es la persona que escribe. Sorprende que un idioma tan bello y complejo como el nuestro, posea una definición tan escueta y poco encantadora para uno de los oficios más atrayentes, significativos y artísticos que puedan llevarse a cabo.

Por lo tanto, ante una definición tan sencilla, no queda otro camino más que encontrar la definición propia y acorde para lo que uno imagina que debe ser un escritor. Es posible ser un escritor a la manera de Arthur Rimbaud, que escribió toda su literatura entre los 15 y los 20 años y luego se fue a vivir el mundo, todas las temporadas de la vida, luego de una temporada en el infierno.

Para Fiodor Dovstoievsky es inseparable el hecho literario de la escritura, del hecho cotidiano y agobiante de vivir. Para Franz Kafka es un escapismo, un alivio y quizás una redención. Edgar Allan Poe encontró en la escritura toda la creatividad desbordante que había escapado de sus pesadillas. Jorge Luis Borges contiene a todos los anteriores y los sintetiza. A cada uno de ellos cabe una definición puntual, única e irrepetible del escritor.

Entonces quizás no sea tan sencillo lograr definir con mayor precisión que la que establece el idioma, realmente ¿qué es un escritor? Si escritor es el que logra un tono propio, un estilo distintivo, una voz personal: Jorge Sallenave entonces es un escritor. Si escritor es el curioso inagotable que no cesa de sorprenderse ante cada circunstancia magnífica o minúscula: Jorge Sallenave entonces es un escritor.

Si escritor es aquel que pretende cambiar el mundo con el mismo énfasis a los 20 años que a los 50 y no deja de intentarlo, aunque la complejidad aumente: entonces Jorge Sallenave es un escritor. Si el escritor es aquella persona que sin proponérselo, o tomándolo como un objetivo central de su existencia, logra convertirse en la memoria de su lugar y su tiempo: entonces Jorge Sallenave es un escritor.

Si el escritor se emociona y emociona, si es capaz de conmoverse ante otras formas del arte, si ejercita el diálogo como uno de los placeres de la vida: entonces Jorge Sallenave es un escritor.

Este libro contiene “Pensión Virgen Negra” y “De tantos no puede ser se va la vida”. Son las obras de un hombre llamado Jorge Sallenave, que crea, que transmite, que emociona, que enseña, que vive y sueña, que teme y duda; pero que por sobre todas las cosas escribe. Porque es un escritor.

Pedro Bazán

Jorge O. Sallenave

DE TANTOS “NO PUEDE SER” SE VA LA VIDA

A Gloria M. Pepe,
con amor y reconocimiento.

Los personajes principales y hechos
de esta novela son de ficción.

Otra vez dolor. Ahora sobre el omóplato. Profundo y sostenido. Juan de Dios se ha acostumbrado al asedio. Por supuesto que no tiene alternativa, pero la obligación no disminuye el mérito, por lo menos en este caso en que la quimio y los rayos le han dado flor de paliza al cuerpo y también a la mente.

Desde que sucedió, él sabe dos o tres cosas importantes, suficientes para cambiar cualquier rumbo.

En primer término, sabe que él no está exento de penurias. Ha comprendido que la desgracia asalta sin aviso ni distinción.

Sabe también qué es el miedo. Antes de que sucediera, él creía que sabía. Es más: se asumía en silencio como miedoso.

Después, cuando recibió anuncio, operación y tratamiento, comprendió que el miedo anterior había sido un simulacro, a lo sumo una pequeña nube negra. Sabe, ahora, del miedo que es desamparo. Como estar en el medio del mar o del desierto, donde los pedidos de auxilio no llegan a nadie. Miedo que es dolor en el pecho y en el cerebro. Dolor que dificulta la respiración y el pensamiento; ahoga, aplasta, retuerce.

También sabe de la tristeza, con sólo ver el despreocupado caminar de un joven, el color del cielo o las incontables estrellas. Es cuando se pregunta qué hizo con los años buenos y la respuesta es: "agua entre las manos" al mismo tiempo que inútilmente ausculta su pasado, tiene conciencia que el futuro, antes tan seguro, es imposible.

Sabe también, entre esas dos o tres cosas que aprendió sin querer, que debe cuidarse del odio que aparece ante la presencia de algún individuo sano, ignorante de que el reparto puede llamar a su cuerpo en cualquier instante y por eso larga consejos con aire solemne de maestro.

Juan de Dios sabe, sobre todo, que debe prepararse para lo inevitable: acomodar neuronas y ánimo para recibir a la muerte.

También sabe, pero poca cosa, de la esperanza. Son minutos, quizás segundos. Momentos en que piensa: "algo se descubrirá, son muchos años de investigación, aparecerá un remedio o una vacuna. Y también está el cuerpo. Nadie puede medir su resistencia". Pero casi al mismo tiempo en que piensa así, una negación le nace de adentro y la esperanza se licua como miel al fuego.

Con estas cosas que sabe le cuesta dominar el llanto y la desesperación. Ha perdido la posibilidad de ser feliz, la risa le cuesta mucho y a veces pide que el futuro llegue pronto. "Porque nada se gana con estirar", afirma.

Lo que no sabe, aunque debiera saberlo, es que al destino, defensor de la arbitrariedad, poco le importan los conocimientos del hombre y se complace en reducirlos a la nada.

CAPÍTULO I

–¿No venís? –preguntó Juan de Dios, que sostenía el auricular del teléfono apoyado en el hombro mientras con las manos libres intentaba ordenar unos papeles.

La voz del hijo le llegó metálica, impersonal:

–No, Claudia se comprometió con la madre. Tal vez para fin de año…aunque también está el tema del laburo.

–La familia de Claudia es grande. Además es el fin del milenio –protestó inseguro.

–Lo siento papá. Las últimas fiestas te hemos acompañado. En esta oportunidad tendrás que disculparnos –lo interrumpió la voz lejana.

–De acuerdo Daniel…pero el año que viene me pertenece –respondió, descartando continuar con la queja. Luego agregó–: De cualquier forma nos hablamos. No me moveré de casa.

La frase le brotó espontánea y se sintió molesto por no dominar las emociones.

–Te llamo…te quiero papá. Que tengas una buena navidad. Pensaré mucho en vos.

Juan de Dios cortó y los papeles que intentaba ordenar cayeron al piso. Con fastidio los levantó y colocó sobre el escritorio. Al ponerse de pie se reflejó en el espejo rectangular con marco de hierro que colgaba en la pared izquierda de la habitación.

"Ningún hombre conoce su cuerpo", reflexionó. "Ni gordo, ni flaco; ni calvo, ni peludo, ni alto, ni bajo" se describió y fue más lejos de lo que viera en el espejo: "Ni rico, ni pobre; ni bueno, ni malo, ni joven, ni viejo". Era un duro crítico de su aspecto. Cualquiera con menos exigencia hubiera afirmado que mantenía una armónica figura, que pese al calor amarillento de la tez dejado por la quimio, sus ojos negros y grandes resaltaban en el rostro agradable. Además, su cabello, perdido durante la batalla contra el cáncer, había regresado con igual fuerza y color, porque no tenía una sola cana, mérito que debía adjudicar a su madre criolla que en vida se jactaba de ser descendiente de un cacique araucano.

Juan de Dios se dirigió al dormitorio. Allí se dejo caer sobre la cama de dos plazas.

"El pendejo me abandona" pensó. Y sabía que pensaba así para tenerse lástima, porque Daniel era cariñoso, y Claudia, su pareja, lo trataba con consideración.

"Me quiere pese a todo", se dijo. Era su costumbre recordar el nacimiento de su hijo con esa frase que abarcaba la relación adolescente e ilegítima que lo engendrara treinta y tres años atrás, cuando Juan de Dios había cumplido 17, y la madre, Daniela, sólo quince.

Por aquel tiempo las relaciones juveniles no iban más allá de un beso o una caricia dados en un banco de la Plaza Pringles, el paseo que constituía el centro de una ciudad pequeña, casi un pueblo. Sin embargo ellos fueron más allá. Quizás sin

proponérselo, porque Juan de Dios no recordaba una voluntad en tal sentido. De cualquier forma, tres o cuatro meses más tarde ella dijo: "estoy embarazada", y él dejo de frecuentarla. La presión familiar no tardó en amenazarlo. Aun con la idea de que el padre de Daniela lo golpearía hasta matarlo, negó y hasta se animó a decir: "Vaya a saber de quién es. Es fácil señalar a cualquiera".

No conoció a su hijo hasta que un accidente automovilístico destruyó a Daniela y a su familia, salvándose únicamente el niño, que fue protegido por un vecino, quien no dudó en entregarlo a Juan de Dios cuando éste, quizás para borrar la culpa que cargaba, lo reclamó sin saber a ciencia cierta qué haría con él.

Desde ese momento padre e hijo fueron inseparables. Esa relación estrecha debió influir en el fracaso matrimonial de Juan de Dios, que sobrevino tres años más tarde. Marta, su esposa, aceptó al niño, pero esa buena disposición no se extendió más allá del momento en que recibió la confirmación de su esterilidad. A partir de ese momento, Marta volcó su frustración en malos tratos.

"Las mujeres no fueron mi fuerte", pensó Juan de Dios, y como si necesitara hacer un balance más amplio agregó: "Nada ha sido mi fuerte".

Conclusión que no respetaba la verdad. Profesor de literatura, en los últimos años se había desempeñado como titular en la cátedra de Literatura Argentina con capacidad y dedicación. Sus clases mantenían una asistencia importante de estudiantes que se sentían atraídos por su oratoria y la forma atractiva de analizar la literatura local.

Juan de Dios dedicaba gran parte del curso a revalorizar a los autores de la provincia. Si bien no descuidaba los autores nacionales consagrados, trataba de que los alumnos no dejaran de lado a escritores del lugar, por más que la fama los ignorara.

Reforzaba su dedicación docente con el desinterés por ocupar cargos directivos. Esta posición, en los primeros años, despertó la sospecha de sus pares, que suponían una maniobra política. El tiempo demostró que Juan de Dios sólo pretendía enseñar y cuando el tiempo lo permitía, escribir.

Juan de Dios, esa tarde, después de hablar con su hijo, recostado en la cama de dos plazas en el único dormitorio del pequeño departamento ubicado en un edificio torre sobre la avenida principal, mientras recordaba, sentía que una mancha negra lo envolvía. Pegajosa, molesta, se agrandaba con la respiración amenazando tragarlo. En su caso significaba entregarse a la tristeza, al resentimiento, al miedo.

–Tendrás que esperar un poco –dijo en voz alta mientras se incorporaba–. Me tendrás. Vos y yo sabemos que es inevitable…pero no ahora–agregó, dirigiéndose a la mancha negra que retrocedía hasta las paredes, cubriéndolas para desaparecer luego.

Juan de Dios salió a caminar sin rumbo dispuesto a aceptar de acompañante a cualquier amigo que se cruzara, decisión que puede admirar a los habitantes de una ciudad grande pero resulta comprensible en los pueblos, villas y ciudades donde todo el mundo se conoce y salir a dar una vuelta significa estar dispuesto al diálogo, al sa-

ludo afectuoso y a las invitaciones circunstanciales.

Había cruzado la calle que lo separaba de la plaza cuando vio al "Gordo" Regiano, un amigo de la infancia, compañero en el colegio secundario y después dueño de un centro mayorista heredado de su padre y ubicado muy cerca de la antigua estación de ferrocarril.

–¡Juan…qué gusto! –saludó el Gordo, que desde niño era obeso y así se había mantenido, aunque de grande transpiraba con abundancia, más aún en una tarde como aquella donde la temperatura era de verano y la leve brisa del este apenas aliviaba.

–¿Adónde vas? –preguntó Juan de Dios para asociarse a un derrotero.

–A la librería. Ando detrás de un libro de Isaac Asimov.

–¿De qué se trata? –preguntó Juan de Dios.

–¿Qué cosa? –respondió Regiano con otra pregunta, porque su atención estaba atrapada por una jovencita, con minifalda, que caminaba unos metros más adelante.

–El libro ese que vas a buscar.

–*Cien preguntas sobre la ciencia* es el título. Me lo recomendaron. Me dijeron que hasta un idiota comprende la teoría de la relatividad leyéndolo…y si de idiota se trata, yo encajo justo.

Si bien Regiano carecía de formación universitaria, era instruido, aunque le faltaba método y desconocía el orden. Aun así podía hablar de Spinoza y de la curvatura del universo. Desde su adolescencia mostró interés por las más diversas áreas del conocimiento. Desde esa época aparentaba ignorancia, pero aquellos que mantenían una relación cercana con él descubrían que afirmaciones como "soy animal, no me entra nada, más bruto que una estatua", constituían una pose. Lo que nadie sabía era el motivo de esa actitud. Algunos la adjudicaban al deseo de resguardar a los padres que sí eran analfabetos, hechos que favorecía las bromas de los clientes que por saber escribir se consideraban en una situación de privilegio con respecto de esos inmigrantes favorecidos por los negocios pero "tan duros como un arado" . Fuera esta la razón u otra, con los años Regiano fortaleció su discurso de ignorancia, y los simples conocidos le creían hasta que planteaba una discusión y advertían que la pregonada falta de conocimiento ocultaba una vasta y precisa información.

Regiano vestía mal: camisa sin planchar, estrecha para su excesivo abdomen; los pantalones los usaba cortos, pero este hecho pasaba inadvertido porque los cinturones no lograban mantenerse en la cintura inexistente y la prenda resbalaba hasta el bajo vientre; usaba zapatillas con los cordones siempre desatados. Además, no era fanático de la limpieza personal.

–Adoro el calor –dijo, y aclaró–: Por las minas. ¿Te has fijado cómo se visten? Mira esa que va adelante. Es una permanente invitación.

–Podría ser tu hija.

–Pero no lo es…estamos en la mejor edad del hombre.

–¿A los cincuenta?

–Depende de acá –dijo, indicando su cabeza –. Pienso sentirme cero kilómetro. Hasta los ochenta…y quién sabe…con viento a favor hay tipos que son padres a los noventa. Aunque mi idea no es tener hijos, a mí me interesan los prolegómenos…– Hizo una pausa. –Dios le da pan al que no tiene dientes –afirmó después mirándolo con picardía.

–Ese refrán apunta a alguien. ¿En quién estás pensando?

–En vos… en quién más. Profesor de la facultad. Allí sí que hay enganche. Flores por doquier esperando que alguien las huela. Pero no… el señor es misógino. Un cura sin sotana.

–¿Misógino?...tu vocabulario aumenta.

–¿Yo dije eso?... ni sé el significado de esa palabra. Tengo un cascote en la cabeza.

Llegaron a la librería que por muchos años fuera la única de la ciudad. Ocupaba toda una esquina, con vidrieras por ambas calles. Durante ochenta años los estudiantes habían comprado allí los textos escolares. Cuando se fundó la Universidad, profesores y alumnos se proveyeron allí del material bibliográfico. Felipe, el dueño, a punto de retirarse y pasar la posta a los descendientes, mantenía la atención y dedicación originaria, trabajo que incluía rastrear en la capital del país aquellos libros que no tenían existencia y también los agotados. Con esta dedicación a las librerías que se inauguraban les costaba conseguir clientela, porque la fidelidad al antiguo negocio era transmitida de generación a generación. Además, fundó un sello editorial para difundir autores locales, hecho que le otorgó el reconocimiento de ensayistas, poetas, cuentistas y novelistas y hasta algún conferencista que consiguieron ver editados sus trabajos.

Felipe, hombre de constitución mediana, al verlos sonrió y dijo:

–Pueden cerrar. Con estos clientes cubrimos el día –y avanzó hacia ellos con la mano extendida. En general, su conversación no era cautivante, pero el buen humor constante disimulaba la falta de brillo. Poseía una memoria fuera de lo común, por lo menos en todo lo relacionado con libros, autores y editoriales. Al escucharlo se tenía la impresión de que había leído todo. Posiblemente no fuera así, pero nadie estaba en condiciones de afirmar lo contrario.

Felipe alcanzó a Regiano la obra de Asimov jactándose por haberla conseguido. Después miró a Juan de Dios y le preguntó cómo andaba, interrogante que dejaba al descubierto la curiosidad del librero por su enfermedad.

–Bien…bien –se limitó a responder porque cualquier otro comentario lo obligaría a caer en explicaciones que no quería dar.

–También tengo algo para vos –dijo Felipe después–. Te iba a llamar. Conseguí un ejemplar de *Lícito es renunciar.*

Se refería a una obra de Raquel Aljadeff, una poetisa fallecida. La parálisis infantil la había condenado de por vida a una silla de ruedas. Se necesitaron incontables

operaciones para que lograra mover con dificultad su mano derecha. Ese movimiento trémulo, doloroso y errático no le impidió aprender a escribir. Su mente ágil le fue dictando poemas que descubrían a través de su padecer la tristeza de un mundo imperfecto y feroz. Había vivido en una casa deteriorada, acompañada y sostenida por dos hermanos. Al morir tenía más de sesenta años. Se despidió de ellos con una frase dicha en forma clara y calma. "El cansancio me alcanza…no tengo más ganas de luchar". Juan de Dios, recordando estos hechos en la librería, se preguntó si en su caso también el agotamiento sería el último acompañante. La pregunta le molestó y pensó de inmediato: "Falta mucho…que la gran mancha tenga paciencia".

–Aquí lo tenés –dijo Felipe alcanzándole el libro.

–Gracias…anótamelo que no traje plata.

–Es un regalo. Sólo te pido que les des noticias de ellas a tus alumnos. Vos sabés que difundir un autor local es tarea difícil, por no ser imposible. Y como no hay primera ni segunda, te quiero regalar una biografía del padre Bledel de mi humilde fondo editorial.

Tomó el cuadernillo de tapas grises que le alcanzaba y lo hojeó mientras Felipe se ocupaba del Gordo Regiano. Recordó al sacerdote. Su aspecto era el de un ario; fornido, el pelo rubio cortado casi al ras sin llegar al extremo de un soldado, de piel blanca, mentón firme, ojos entre un gris verdoso y un marrón tenue. Había nacido en Buenos Aires en 1914 y educado en el Colegio de los Hermanos Maristas y en el Champagnat, ordenándose sacerdote después de concluir el Seminario en el año 1944. Cuando monseñor Emilio Antonio Di Pasquo fue nombrado obispo de San Luis le pidió a Bledel que lo acompañara en esa misión pastoral. Así fue como ese cura con pinta de alemán o inglés –para los lugareños era lo mismo –llegó a la provincia donde brilló como secretario canciller, vicario general asesor, pero sobre todo como párroco de la Catedral, desde donde se encargó de construir capillas en diferentes barrios. A él correspondía en gran medida la fundación de un colegio católico para niñas que con el tiempo ocupó un lugar de privilegio en la comunidad. Habitantes de la pequeña ciudad siempre lo trataron con gran cariño y apoyaron sus obras, quizás por ese motivo –el amor mutuo que se dispensaron las partes–Bledel, al morir, es decir… en el instante mismo que se preparaba para dejar este mundo y ante la pregunta circunstancial sobre su origen, respondió: "yo soy de San Luis".

Más tarde, al salir del negocio y sin proponérselo siquiera, se dirigieron a la confitería frente a la Catedral que servía de punto de encuentro para todos los habitantes de ese pueblo devenido en ciudad. Cuando se sentaron, el Gordo le preguntó cómo se sentía y agregó: "si tenés ganas de contar".

–Todos los días aparece un dolor nuevo. A veces pienso que los imagino. Me hormiguean pies y manos. Lo peor, sin lugar a duda, está acá –dijo Juan De Dios apuntando con el índice la cabeza–. Trato de dominarlo, que se aquiete, que deje de enervarme. No hay caso. Parece que le gusta girar en círculos. Te pido por favor que no

empieces a darme consejos del tipo: "tenés que barrer con los malos pensamientos". A las personas les encanta ser asesores mientras no les toque a ellas. Cualquiera se sube al púlpito si está sanito. Yo no lo estoy. Integro el grupo que en teoría debe escuchar a los declamadores pero… no tengo ganas.

–No pienso darte consejos. Nos tomamos un hermoso café y hablamos de cualquier cosa. No necesito decirte que siento lo que te pasa, pero todos nos vamos a morir. Además, quién me asegura que no estiro la pata antes que vos. La malaria nos llega a todos, el asunto es saber aprovechar mientras tanto. ¿Sabés lo que te conviene?... Perdón, estoy apunto de aconsejarte, y como me metí, sigo: una mina, eso es lo que te falta. Una mina te ayudará con el mal trago. Una mujer que te haga calentar hasta la médula. Supongo que todavía se te mueve la entrepierna.

El mozo se acercó para tomar el pedido. Regiano ordenó:

–Traenos dos café –pero de inmediato cambió–: Dos whiskys, mi amigo y yo vamos a festejar.

Era medianoche cuando Juan de Dios regresó al departamento. El calor se había metido en los pequeños ambientes tornando el aire irrespirable. Lamentó no haber dejado las ventanas abiertas al salir. Iba a encender el aire acondicionado pero cambió de idea, le molestaba el encierro. Esa sensación se había agudizado en los últimos años. Decidió abrir las ventanas. El hecho de vivir en un sexto piso tenía sus ventajas: la brisa del este jugueteó con las cortinas y comenzó a renovar el aire.

Se acercó al escritorio para asegurarse de que las hojas dispersas no se volaran. Como le sucediera esa tarde cuando hablaba con su hijo, trató de ordenarlas y lamentó no haberlas numerado. Se trataba de un trabajo que había iniciado durante el período lectivo. Avanzaba muy lentamente por más que el tema le interesaba y contaba con abundante material. En primer lugar, dudó si convenía presentarlo como novela o un ensayo. Cuando se decidió por la primera alternativa advirtió que si bien tenía veinticinco casetes grabados del personaje principal –un militar de alta graduación que había tenido amplia participación en la política argentina–, le faltaba definir su personalidad. Escuchaba una y otra vez las cintas donde el militar relataba con detalle cada acción o hecho en que participara, sin embargo en ningún momento se refería a sus sentimientos. Aun al responder sobre su matrimonio e hijos mantenía reserva sobre lo que sentía. Y era extraño, sobre todo si se tenía en cuenta que al momento de la entrevista superaba los ochenta años, una edad en que el ser humano es proclive a la confesión, a mostrar su interior, a analizar odios y amores. Juan de Dios ante esta situación, se vio nuevamente atraído a volcar la entrevista en una especie de crónica o ensayo que prescindiera de lo íntimo y se limitara a una transcripción más o menos fidedigna del reportaje. La duda siempre retarda. El trabajo seguía inconcluso y sin rumbo fijo. Esa noche tomó la resolución de guardar todo. "Hasta marzo", prometió, por costumbre de manejar su tiempo como si estuviera en la facultad.

Se acostó. Le gustaba leer antes de dormir: "como una especie de arrorró", decía

al referirse a esa rutina que lo acompañaba desde niño. Tomó el libro de Raquel Aljadeff y lo hojeó hasta llegar al poema “Lícito es renunciar”. Leyó en voz alta:

Reposa, corazón.
Duérmete, duerme.
Si alguien ha de velar
no seas tú ese alguien.
Duerme reposa.
Deslígate de todo.
Duerme. Duerme.
Hazte lecho en la piedra
más apartada, más
abandonada y distante
del camino.
Profundamente,
decididamente,
con la entera intención
duérmete. Duerme.
Sobre la más desnuda
y fría y dura
piedra.

Interrumpió la lectura, demasiado dolorosa para su ánimo. Se preguntó cuánto había sufrido la autora al escribirlo.”No nos conviene sumar desalientos”, pensó.

Antes de dormirse recordó la conversación con su hijo “A veces me olvido de que es un adulto”, pensó, y agregó: “Podría ser mi hermano”. Esta reflexión la hacía a menudo. En especial si recordaba su temprana paternidad, que los acercaba generacionalmente.

Después pensó en Claudia, la pareja de Daniel. La última imagen la ocupó Regiano. “¿Por qué el Gordo nunca se casó?”, preguntó. Hizo un esfuerzo para encontrar la causa de la soltería de ese amigo que vivía pendiente de las mujeres, pero el sueño pudo más. Antes de perder la conciencia dijo: “La pucha, en una semana es navidad, y en dos, fin de siglo y de milenio. Con fechas tan importantes a lo mejor se filtra un milagro”.

CAPÍTULO II

A la mañana siguiente el cielo apareció cubierto por nubes pesadas y estáticas. "Va a llover", reflexionó Juan de Dios al mirar en dirección a las sierras cercanas.

El clima de San Luis había cambiado en los últimos años.

Se podían enumerar estas variantes: llovía más, el frío de los inviernos había disminuido, la humedad aumentaba, las bellas y abundantes nevadas eran un recuerdo, a lo sumo caían unos copos flacuchentos sin posibilidad alguna de acumularse. Estos cambios, evidente para los habitantes, se adjudicaban a las más diversas causas: desde el efecto invernadero hasta la construcción de nuevos embalses donde no se dejaba de incluir Chocón Cerros Colorados, por más que estuviera ubicado a más de mil kilómetros. "El límite de la pampa se ha corrido", afirmaban los ciudadanos ante la falta de una explicación científica del fenómeno.

Comenzó a vestirse. Al levantar la pierna izquierda para ponerse el pantalón, un dolor en la pantorrilla lo hizo detener. Masajeó el músculo y con resolución dijo: "¡No duele!". La afirmación no logró un milagro, pero le permitió seguir adelante. Media hora más tarde salió del edificio rumbo a la facultad.

Antes de dirigirse al box en donde atendería las consultas de alumnos que rendían en el último turno de diciembre se detuvo en el bar para desayunar.

Mario, el encargado y también mozo, después de saludarlo y de preguntarle si le servía lo de siempre, dijo:

–Va a llover a baldes. Un día para quedarse en la casa.

–¿Poco trabajo?

–Nada. La mayoría de los estudiantes se fueron de vacaciones. Si fuera rector dispondría el cese de actividades desde el 15 de diciembre al 1º de marzo. El que no rindió en el primer turno que estudie para el año que viene… ¿No le parece?

Juan de Dios sonrió y convino que no era mala idea. Mario había sido estudiante de psicología. Originario de una provincia vecina, había cursado hasta tercer año. A partir de allí se transformó en un estudiante crónico. Curiosamente, pasaba gran parte del día en el establecimiento educativo y asistía a clase con regularidad, pero no se presentaba a rendir exámenes. Cuando se licitó la concesión de la pequeña cantina se postuló y consiguió la adjudicación. Habían pasado más de quince años desde que se hiciera cargo. Durante ese lapso nunca reconoció que había abandonado los estudios. Afirmaba, sin precisar, que le faltaban unas pocas materias y que el diplomarse era cosa hecha. Fantaseaba que elaboraba una tesis a partir de diferentes "personajes universitarios" clientes de su negocio.

–¿Dos o tres medialunas? –preguntó Mario asomándose por la puerta de la cocina.

–Tres… calentalas un poco.

Luego de desayunar, Juan de Dios recorrió un largo y silencioso pasillo hasta su oficina. Advirtió que la llave giraba con dificultad. "Esta cerradura no aguanta más. En cualquier momento me quedo encerrado. Tendré que insistir con mantenimiento". Entró. El gabinete no medía más de diez metros cuadrados. Había un escritorio en el centro con tres sillas a su alrededor. Una pequeña ventana se abría sobre los jardines de la universidad, aun así la luz era escasa. Estanterías en madera de álamo, rudimentarias, sobrecargadas de libros, cubrían las paredes. Una cadena sostenía en el centro de la habitación una lámpara que se balanceó al abrir la puerta.

El olor a encierro detuvo a Juan de Dios bajo el dintel, como si la atmósfera reinante le impidiera avanzar. Sintió, en realidad, un respingo que lo paralizó. Pero no se trataba de algún dolor nuevo. Algo, en su interior, le advertía un peligro indefinido pero certero. "También tengo claustrofobia", pensó, porque no quería que la imaginen de inmovilidad en un cajón cerrado a soplete se hiciera dueña de la situación.

–Buen día profesor –saludó alguien a su espalda sin lograr su atención.

–¿Profesor? –insistió una voz femenina.

Juan de Dios giró. Una joven le sonreía pero el gesto no ocultaba su desconcierto ante la falta de respuesta.

–Perdóneme…pensaba –se justificó.

–Ariel Fernández –dijo ella–. Vengo a consulta.

–Pase… lamento no haber ventilado el gabinete.

Ariel inspiró profundamente:

–Huele a libros –dijo–. Me gusta.

–Siéntese. En un segundo empezamos –invitó Juan de Dios mientras controlaba la correspondencia que el ordenanza dejaba habitualmente sobre el escritorio, aunque su pensamiento siguiera tratando de descubrir la razón del rechazo que había sentido al recibir el aire de la habitación no bien abriera la puerta. En esa búsqueda no estaba ausente la afirmación de Ariel. "¿Olor a libros? De dónde saca eso. ¿He perdido el olfato? por supuesto que no. De ser así no tendría pegado a la nariz este olor a podrido, a ausencia de vida", pensó.

Desde muy lejos llegó la voz de Ariel:

–Me gustaría escribir. No me interesa ser profesora o licenciada. Sigo esta carrera como sustituto de mis reales ganas. Es difícil que un graduado sea un buen escritor. De novelas y cuentos… ¿me entiende? Un ensayo bien hecho puede nacer de un diplomado, pero un relato… lo dudo.

–Perdón estaba desatento.

–Profesor, me parece que ha tenido una mala noche.

–No… está bien. ¿Qué decía?

–Que los graduados no son buenos escritores de ficción. Me da la impresión de que esta facultad sólo prepara ensayistas. Gente que no logró despegarse de los análisis gramaticales y sintácticos. Siempre con los pies en la tierra… nunca con alas.

–Suena a período romántico –dijo Juan de Dios, acompañando las palabras con una sonrisa que acentuaba la intención de ser irónico.

La joven lo miró sorprendida. Sólo entonces reparó él en los ojos de color violeta. Tan mansos que bien podían incitar al sometimiento. Lamentó lo dicho. Para su pesar, no encontró la razón. "Quise ofenderla… es mi odio que anda dando vueltas y asoma la nariz", reflexionó.

–¿Usted escribe, profesor? –preguntó Ariel.

–Intento.

–No quise molestarlo. Quién le dice que no es la excepción que confirma la regla.

–¿Rinde en el último turno? –interrogó para cambiar de tema.

–¿Le molesté? –insistió.

–No… los jóvenes mantienen teorías sin analizar fundamentos. En este caso sería bueno profundizar un poco más. Muchos autores se desempeñan en cargos docentes. Una facultad de letras no es necesariamente guillotina de la imaginación –dijo, y agregó dubitativo–: creo.

Calculó que a lo sumo tenía veinte años. Era atractiva. Tez mate, rostro agradable, cabellos negros, largos apenas ondulados. "Hace mucho tiempo que no miro a una alumna así", pensó al tomar conciencia de que sus ojos iban más allá del rostro para detenerse en los senos bien marcados por una remera de hilo y en las piernas cruzadas. "Cinco años, por lo menos…tres para ser exactos", reflexionó, precisando al recordar que la enfermedad lo había distanciado del sexo.

–¿Cuál es tu problema? –preguntó, dejando de lado el trato formal.

–Las tres bolillas de autores locales. No tengo dónde consultar. Sus apuntes están agotados. Hace tres años que no se editan.

–Les dedicamos mucho tiempo en el curso.

–Soy alumna libre. No he cursado.

–Es por esa razón que no te recordaba. ¿No te han dicho que es difícil aprobar libre conmigo? Es un secreto a toda voz en la facultad.

–Lo sé, pero concurrir a clases es un lujo que no puedo permitirme. Trabajo. No tengo otra posibilidad que asumir el riesgo. Total, si no me aprueba insistiré en marzo.

–Podés tutearme. Mis alumnos siempre tuvieron ese trato…

Estuvo a punto de aclarar que así había sido por lo menos hasta tres años, cuando cambió las reglas, pero desistió.

–Me lo habían pintado de otra manera –dijo Ariel, bajando el ton de lo dicho en las últimas palabras porque se había arrepentido.

–¿Pintado?… alguien anda retratándome sin que lo sepa. ¿Podría saber qué colores usan?

–Todos dicen que es acartonado, solemne, nervioso y también arbitrario. Por

lo tanto los colores serían rojo, gris y negro. Para elegirlos me baso en asociaciones difíciles de explicar. Un tipo solemne es gris, el acartonamiento no puede servirse más que del negro, y los nervios, del rojo.

–Te falta la arbitrariedad.

–Digamos tornasolado. ¿Es un color? La plástica no es mi fuerte.

–Viniste a consulta o a agredirme con lo que piensan mis alumnos.

–Usted preguntó.

Juan de Dios pensó que en la universidad el tiempo pasa de prisa. Tanto como la juventud. Quién podía recordar el profesor que había sido antes de la caída. En tres años no quedaba ni rastros del pasado. No podía ser de otra forma: los alumnos renovaban, eran otras las conciencias que lo evaluaban. "Me he transformado en un espantapájaros de colores", reflexionó.

–Supongo que ya estoy reprobada –dijo Ariel sin obtener respuesta–. Me voy agregó, poniéndose de pie.

–¿Se te fueron las ganas de ser escritora? –preguntó Juan de Dios cuando escuchó la última frase.

–Se me fueron las ganas de rendir. Es poco inteligente iniciar una batalla que se sabe perdida.

–No es éste el caso. Por lo dicho no has ganado ni perdido. Sentáte. La consulta recién comienza… ¿Cuál es tu problema con los autores locales?

CAPÍTULO III

Llovió. También cayó granizo que hizo descender la temperatura. Durante gran parte de la mañana Juan de Dios permaneció en la facultad. Al finalizar la consulta fue a secretaría, donde se entretuvo conversando. Aprovechó el tiempo para confeccionar la lista de inscriptos en el último turno. No eran muchos: tres, Ariel Fernández figuraba en primer lugar.

Al mediodía abandonó el edificio. Aún llovía pero tuvo suerte, un taxi se detuvo en la entrada. La pasajera era Elvira, una de las bibliotecarias. Obesa, con aspecto de alemana entrada en años; pelo rubio, enrulado y corto. Anteojos con armazón como el que usaban las divas de los cincuenta.

–Hola, profesor –saludó–, le dejo el lugar. No está para andar caminando.

–Te declaro mi hada madrina –respondió con solemnidad. Antes de subirse al vehículo preguntó–: ¿Recibiste la donación de Fondo Editorial Provincial?

–La tacañería llegó al gobierno. Sólo editaron tres libros y aún estoy esperando que los manden.

–¡Qué lástima!. A los autores locales ya no les quedan puertas abiertas.

–¿Sube? –dijo el taxista en tono imperioso–. ¿Adónde? –preguntó después.

–Al restaurante Venecia.

–Hermoso día para comerse un guiso de lentejas… ¿lo ha probado? –comentó con voz amable.

–Es una comida de invierno. Ha refrescado bastante pero no lo suficiente –dijo Juan de Dios.

–Yo como guisos en cualquier época… y locro, puchero, y también humita. Nunca he tenido una enfermedad importante…y eso que rondo los sesenta. Eso sí… nada de lechuguitas, repollos o acelgas. El pasto es para los caballos… y las vacas. Uno se enferma de acá –dijo señalando la cabeza –con eso de las dietas. ¿Qué mejor que una buena picada acompañada de una cerveza helada?

–Agradezca que le ha ido bien. Cuestión genética. Usted sabe… padres longevos tienen hijos longevos.

–¿Cómo? –preguntó dándose vuelta sin preocuparse por la conducción.

–Mejor sería que mirara hacia delante. Dije que si sus padres alcanzaron una edad avanzada es posible que usted también lo consiga, siempre y cuando no siga cargando el estómago.

–No quiero ofenderlo pero la vida no se vive con tantas precauciones. De qué le vale andar privándose de todo. Las cosas suceden cuando el de arriba lo dispone. A Él no le importa si tengo algunos gramos de más o si me doy vuelta mientras conduzco.

–Es posible, aunque seguramente habrá escuchado eso de ayúdate que te ayudaré

–dijo con ironía Juan de Dios.

–Yo me ayudo –protestó el taxista–. Me ayudo a tomar la vida con placer. De qué me sirve llegar al final diciendo no a todo. Agradezco la posibilidad de vivir aprovechando la vida… no sé si me entiende.

Llegaron a destino. De nuevo llovía con intensidad. El taxista le regaló el diario para que se cubriera al descender. Juan de Dios agradeció, pero antes de salir del refugio que le brindaba el automóvil se permitió una broma.

–Un escritor decía que si naciera de nuevo andaría por el mundo sin paraguas. Me sorprende que usted, con toda la energía que declara, me facilite el diario del día y no me aconseje caminar bajo la lluvia.

El taxista tardó unos instantes en elaborar la respuesta.

–Amigo… comer empapado no es agradable… además el diario ya lo leí… es tan viejo como el de ayer… como el de la semana pasada –dijo, diseñando una sonrisa de compromiso.

En el restaurante había pocos clientes. La lluvia, sin sosiego, debía influir en la escasa concurrencia. Juan de Dios eligió una mesa próxima a la ventana. González, el dueño, lo saludó desde el mostrador. Pensó en él. Lo conocía desde que llegó a la ciudad, aunque no recordaba de dónde era oriundo. Por aquel entonces se había empleado como maestro pizzero en La Porteña, una de las más antiguas rotiserías. Tiempo después cambiaba de patrón: ingresaba a trabajar en una pizzería ubicada frente a la plaza. Al convenir las condiciones de trabajo quedó en claro su meta. Le propusieron que trabajara un turno de ocho horas con un franco semanal. "Prefiero hacer dos turnos y sin franco. Me aburro en casa. Además no quiero ser empleado de por vida", dijo, contra ofertando. Así fue. Tiempo después inauguraba su propio negocio. El patrón, reconociendo su esfuerzo, le facilitó mesas, sillas y tal vez dinero para la empresa, que fue un éxito, porque González no tardó en tener un edificio y un capital importante. El desarrollo económico no le cambió la personalidad. Seguía trabajando con el mismo tesón y su trato no difería de aquel que se le conociera al llegar a la ciudad.

"Tipo extraño, constancia de hormiga, sigue pegado al horno", reflexionó Juan de Dios y relacionó a González con un conocido comerciante que a los veinte años quedara a cargo del almacén familiar por fallecimiento del padre. El pueblo, la ciudad, que era muy pequeña entonces, apostaba que el muchachito se fundiría en un abrir y cerrar de ojos. Los hechos se encargaron de demostrar lo contrario. Ese joven recién salido del secundario inauguró el primer supermercado. Después otro, y otro más. Con la actividad, festejó los cincuenta años como uno de los comerciantes más importantes. Aun así, cualquiera podía verlo en los negocios hasta la madrugada.

"Personas con perfil definido. Como si al nacer los hubieran colocado sobre unas vías que se extienden hasta el fin sin un desvío. Transitan como un TGV", concluyó, sonriéndose por la comparación de esas personas que tanto conocía con el tren francés

de alta velocidad.

–Si sigue cayendo agua iremos a parar a Balde –dijo el mozo acercándose y agregó–lo de siempre: bife con ensalada.

–De ninguna manera… ¿qué tenés como plato del día?

–Mondongo.

–Traeme…

Juan de Dios observó la calle. El agua comenzaba a cubrirla y a deslizarse con rapidez hacia el oeste. San Luis, construida al pie de las sierras, tenía una marcada inclinación en esa dirección. La falta de estructura adecuada hacía que un chaparrón transformara las calles en ríos torrentosos. Esa pendiente del terreno se extendía hasta un pueblo ubicado a unos treinta kilómetros, famoso por sus fuentes termales y como referencia para llegar a las Salinas del Bebedero. Era común entre los habitantes formular la frase dicha por el mozo. Recién en Balde, así se llamaba el pueblo, el terreno se nivelaba para después comenzar una trepada hasta Alto Pencoso, en el límite con la provincia de Mendoza. Como San Luis era un lugar con un régimen de lluvias escaso motivó la idea, en funcionarios y particulares, de construir al oeste un gran murallón creando un dique contenedor del agua de lluvia. "El clima seco será un recuerdo. Lo que hoy vale 10, valdrá 100", se pronosticaba cuando se analizaban los beneficios de esa obra para los campos que sólo cobijaban arbustos espinosos de hojas pequeñas, xerófilas y algunos animales sedientos y flacos. Para el común, ese proyecto era fácil de realizar pero había pasado más de un siglo sin que se concretara. En ese tiempo la ciudad había crecido, hasta se decía que se estaba a punto de fundar una ciudad satélite ocho kilómetros al oeste que albergaría unos 20 o 30.000 chinos según convenio firmado entre esa república y la provincia. Iniciativa que no contaba con el visto bueno de los puntanos. "Si hacemos ese dique los ahogamos a todos", pensó Juan de Dios y una sonrisa fue el festejo de esa frase mantenida en silencio. "En realidad tanto el dique como la inmigración masiva de la raza amarilla me parece que están más en la imaginación popular que en los hechos", reflexionó, y acto seguido se contradijo: "A lo mejor se da. San Luis ha cambiado mucho y, con el famoso asunto de la globalización, lo imposible sucede. Para bien o para mal".

–Servido –dijo el mozo, depositando el plato humeante sobre la mesa–. González le manda esta salsa por si la quiere agregar –concluyó, ofreciendo un recipiente que contenía un liquido denso, colorado, con hojas de laurel y olor a ajo.

Mientras comía, en monólogo silencioso, retomó la idea de que algunos hombres avanzan por vía sin durmientes, sin pasos a nivel, mientras que otros, como en su caso, se desplazan con lentitud, traqueteando, erráticos y con eternas paradas.

Cuando terminó de comer la lluvia había cesado. No tenía ganas de ir al departamento y decidió visitar a Roberto Ledezma, un empleado judicial que en los últimos treinta años le había servido de dactilógrafo. Lo conocía desde la infancia. Él fue el encargado de tipear sus primeros apuntes y también los poemas que

contribuyeron el principio de su escasa actividad literaria. La relación entre ambos era cordial, sin llegar a esa amistad pegajosa que suele darse en los pueblos. A veces pasaban meses sin verse; en gran medida el trato dependía de la necesidad de pasar un trabajo, como había sucedido dos semanas atrás cuando le llevó los primeros capítulos de la incipiente novela que el día anterior suspendiera hasta el inicio de las clases.

Roberto Ledezma se había casado con una amiga de Juan de Dios de apellido Contreras. Los integrantes de la pareja cargaron peso con los años, hecho que la baja estatura potenció en ambos. La obesidad no fue sólo producto del sedentarismo. Los dos amantes del folklore, hicieron de su hogar un refugio para los artistas. Por su casa, bautizada La Casa del Viento por Armando Tejada Gómez, pasaron los máximos exponentes de la música del país, incluyendo la Negra Mercedes Sosa.

Ese punto de reunión cobraba vida por las noches cuando Pocha, tal el apodo de la esposa, amasaba tallarines, freía pollos, elaboraba locros y humitas.

Aún no eran las dos de la tarde cuando Juan de Dios pulsó el timbre en La Casa del Viento. Desde el interior le llegó el sonido de los ladridos de dos perras ratoneras, animales falderos que tenían acceso a las camas de la pareja y de los cuatro hijos. No le cabía igual destino a una perra manto negro encadenada en el fondo de la casa por su mal carácter y reacciones imprevistas.

A través del vidrio que cubría el centro de la puerta de entrada vio la silueta de Roberto acercándose. El exceso de peso y alguna otra causa que Juan de Dios ignoraba le había doblegado la cadera, lo cual lo llevó a operarse en dos oportunidades sin que pudiera evitar la secuela de una renguera que le producía un andar oscilante.

–Vengo a joder antes que te acostés a dormir la siesta: ¿tenés listo el trabajo?

–Estás acelerado, "profe". No bien te atiendo me exigís. Pasá… tomáte unos mates.

–Acabo de almorzar.

–Mejor… el mate es digestivo.

La Casa del Viento se había construido por etapas, de acuerdo al presupuesto disponible, que no era abundante. En los últimos tiempos, Roberto consiguió techar y cerrar una galería en el fondo de la vivienda, contigua a la cocina. En ese lugar instaló un televisor de 32 pulgadas que mantenía encendido todo el día, la máquina de escribir, un sillón que compró para ayudar a la recuperación después de la primera intervención quirúrgica y una infinidad de cuadros con fotos y recuerdos de folkloristas amigos, sin olvidar el cuadro de River Plate, que contaba con su simpatía pero no su fanatismo, que reservaba para un equipo de fútbol local: Victoria. En ese espacio, la galería cubierta, se reunía la familia alrededor de una mesa amplia. Allí comían, recibían amigos, planteaban sus problemas cotidianos y Roberto escribía, sin importarle el bullicio, las preguntas que le dirigían o los llamados de atención de Pocha. Con los años había logrado una adaptación excepcional con la Olivetti, llegando a escribir sin errores aun en el estado semiconsciente que precede al sueño. Aun en esos momentos,

con párpados cerrados y cabeceos, seguía escribiendo.

–Hola Pocha –saludó Juan de Dios al ingresar a la galería, y al notar la ausencia de los hijos preguntó–: ¿Dónde anda la prole?

Los hijos del matrimonio eran grandes. El menor tenía 18 años. Sin embargo aún no se habían separado de la familia y daba la impresión de que nunca lo harían, por más que algunas veces mantenían discusiones fuertes.

Algo, Juan de Dios no sabía qué, mantenía unido al grupo. Como si se tratara de una familia del siglo anterior, cuando crear un futuro individual no tenía cabida, las personas privilegiaban el cariño antes que el éxito y nadie pensaba en sus propias necesidades sin antes haber satisfecho las familiares.

–Unos en el trabajo, otros en la facultad –respondió la mujer alcanzándole un mate.

–¿Cómo andás vos? –le preguntó Roberto.

La pregunta, en otro momento simple protocolo, tomaba una dimensión distinta en esa oportunidad. Se necesitaba una larga convivencia con el puntano para notar tonos y miradas que iban más allá de las palabras, y aún así no existía garantía de aprendizaje. Sólo quien nacía en la provincia tenía la seguridad de comprender códigos apenas insinuados. Roberto quería saber de su enfermedad, pero no se lo preguntaba en forma directa.

–Por ahora sigo parado sobre los pies. Mañana, Dios dirá –respondió Juan.

–No te he terminado el trabajo –cambió de tema el dueño de casa, porque la respuesta era por demás elocuente de que Juan no tenía ganas de hablar sobre su problema.

–Pocha, tendrás que llamar al orden a tu esposo, se ha vuelto un vago.

–No se ha vuelto… siempre lo fue…pero qué le vas a hacer… me clavé hace treinta y cinco años… no hay devolución, está muy usado.

–Muy graciosos –protestó Roberto–. Sucede que con el Jurado de Enjuiciamiento…

–Nada de excusas.

–Te quiero ver tipiando esas audiencias kilométricas, mañana y tarde. Cuando termino tengo los dedos con artrosis.

–Artrosis de la voluntad… eso es lo que tenés… ¿Y para cuándo joven?

–preguntó Juan de Dios usando el estribillo de un tema musical de los sesenta, cuando eran adolescentes.

–Dame una semana. Mañana son los alegatos y después quedo libre.

–¿Cuál es tu pronóstico? –volvió sobre el tema judicial sin necesitar mayores aclaraciones, como era habitual en las conversaciones de los puntanos, que se hilvanaban con frases aparentemente inconexas pero de claro significado entre los participantes.

–La destitución. En caso como éste vale el apoyo. El palenque para rascarse como

decía don José Hernández. Esta jueza está guacha. Ni siquiera tiene un escarbadientes para hacerse cosquillas.

La Justicia no pasaba un buen momento. Por alguna razón que Juan de Dios desconocía los poderes Ejecutivo y Judicial estaban enfrentados. Los magistrados sostenían que el gobernador trataba de imponer una justicia obsecuente. El ejecutivo provincial aseguraba que jueces y abogados constituían una corporación de espalda al pueblo que beneficiaba a sectores determinados. La situación no constituía una novedad para la provincia ni para el país. Los conflictos de poderes se presentaron desde el nacimiento de la Nación. A través de dos siglos los hombres públicos habían dudado del sistema de gobierno conveniente para esta colonia española ansiosa por parecerse a Inglaterra primero, a Alemania después, y a Estados Unidos en los últimos años. Próceres indiscutidos lucharon por establecer una monarquía. La montonera defendió el caudillismo. Liberales con olor a salones franceses propiciaban la democracia. De esa *mélange* nacieron tiranos, golpes de Estado, revoluciones y breves períodos de democracia. Juan de Dios había perdido el interés por la política alrededor de los treinta años, en la época de la guerrilla y el Proceso de Reorganización Nacional. Si preguntaba sobre hechos vinculados a ella lo hacía sólo por "enterarse de lo que sucedía en el pueblo ".

–Hablando de José Hernández… ¿por qué no escribís algo relacionado con esta época? Mirá los réditos que le saca a ese gaucho. Martín Fierro era un fugitivo, ni un mango en el bolsillo, analfabeto, sin honores, apenas dueño de las pilchas que tenía puestas. Quién podía decir que ese personaje iba a quedarse en la mente de los argentinos para siempre. A vos te gusta el rococó. Ni hablar del pago. Haceme caso… metele con los criollos de ahora.

–Vaya… no te conocía esa faceta de crítico. ¿Y vos, Pocha? ¿Sabías que tu marido es un especialista en best–sellers nacionales?

–Tené en cuenta su edad. A lo mejor chochea.

–Soy menor que vos –retrucó Roberto y agregó–: Voy a cambiarte por dos de veinticinco.

–Para qué… si apenas podés conmigo –contestó Pocha riendo.

Continuaron tomando mate y hablando hasta media tarde, cuando Juan de Dios dejó La Casa del Viento.

El cielo se había despejado. La humedad enrarecía el aire. Un sol fuerte secaba los charcos. Hacía un calor insoportable. Aun así decidió caminar. Tomó por calle Pringles en dirección a la plaza del mismo nombre. El paseo céntrico de la ciudad. Un punto de encuentro tradicional que él miraba desde su departamento todas las mañanas y por las noches cuando se encendían las farolas, un poco después de que cientos de palomas buscaran refugio en los altos y coposos árboles. Desde siempre San Luis se había movido a su alrededor. En los últimos años, cuando la ciudad dio un tremendo "estirón", nacieron otros centros, pero aun así la Plaza Pringles

seguía siendo el imán principal donde se realizaban la mayoría de los actos políticos, religiosos, estudiantiles y musicales. Le fue impuesto ese nombre como homenaje al héroe máximo puntano, guerrero valeroso de la Independencia que acompañó a San Martín. Su coraje y sentido patriótico lo llevaron a arrojarse al mar para no rendirse cuando la columna que dirigía fue atacada por españoles en el Alto Perú. Los enemigos, asombrados por su temple, lo rescataron de las aguas y le brindaron un trato preferencial. Al ser liberado, el general San Martín lo condecoró con un escudo que contenía la siguiente leyenda:…. "Gloria a los vencidos en Chancay".

Juan de Dios caminaba sin prisa. Desde que finalizó el tratamiento aprendió a lidiar con los inconvenientes de su cuerpo. Sabía que una marcha a paso rápido lo sofocaba y lo hacía transpirar como un atleta olímpico. Si recogía algo del suelo corría el riesgo de marearse. En ese cambio de hábitos debió incluir la comida. El hígado había sido golpeado como una bolsa de box y cualquier exceso traía como consecuencia una protesta dolorosa. Como esa tarde, que sufría las consecuencias de haber comido mondongo.

"A Roberto le gusta picotearme, consciente o inconscientemente siempre clava una aguja. Como el escribir la gran novela. Una utopía que los escritores persiguen desde siempre. Todos pretenden ser el Cervantes del Nuevo Mundo. Me tira el guante: hacer el Martín Fierro del siglo XX. Sólo olvidó decir si debía narrar en verso o en prosa. Haría buena yunta con mi alumna", reflexionó, recordando a la conversación con Ariel Fernández. "Para esa niña no puedo ir más lejos de un ensayo; para Roberto, soy un escritor rococó."

Al llegar a la Catedral transpiraba pese a su paso tranquilo. Se disponía a cruzar el paseo en diagonal, cuando decidió ocupar el resto de la jornada en preparar alguna comida para la cena. En consecuencia, modificó el rumbo y se dirigió al supermercado ubicado frente a la plaza. Al ingresar tomó un canasto y recorrió las góndolas. No tenía en claro qué cocinaría. "Cualquier cosa que lleve tiempo y entretenga lo suficiente para dejar de lado mis pensamientos macabros."

Al terminar las compras se encolumnó frente a una de las cajas. "Todo el mundo esperó que cesara de llover para venir", protestó. Media hora después malhumorado y arrepentido de la idea que lo llevara a ingresar al negocio, logró asentar la mercadería sobre el mostrador para su facturación.

–Hola profe –lo saludó la cajera. Sólo en ese momento advirtió que se trataba de Ariel Fernández.

–No sabía que trabajabas acá.

–Los hombres no saben comprar –afirmó la joven observando algunos de los productos–. Ha elegido las marcas más costosas.

–No me extraña. El ahorro no es mi fuerte.

Ariel sonrió y comenzó a facturar sin marcar algunos artículos. Al finalizar dijo en tono bajo.

–Les falta el código de barras… un regalo de su alumna.

Juan de Dios, pese a que ella había susurrado, miró hacia atrás en forma instintiva, tratando de saber si algún cliente había escuchado. Confundido y avergonzado, no atinaba a nada.

–Si desea quedarse allí hasta medianoche, déjeme pasar –protestó el que lo seguía en la cola.

–En quince minutos termina mi turno. Lo invito con un helado. De paso me aclara unas dudas que tengo y yo le doy clases de cómo comprar en un supermercado. Si le parece me espera en la plaza… sin ninguna obligación –dijo Ariel.

Al salir cruzó la calle y fue a sentarse en uno de los bancos de la plaza. Su confusión seguía presente. Se preguntaba qué lo había llevado a aceptar que Ariel no facturara debidamente. Se preguntó también si correspondía aceptar la invitación de una alumna.

CAPÍTULO IV

Ariel miró desde la vereda hacia la plaza; al ubicar a Juan de Dios, levantó la mano y cruzó la calle.

–Creí que no me esperaría.

–Si seguís tratándome de usted no me quedaré. ¿Tanto me parezco a un tótem? –respondió, sabiendo que no cumpliría la amenaza.

–Padezco de temor reverencial –dijo, sentándose junto a él.

–¡Quién lo diría!... después de hacerme cómplice de un robo.

–Promoción de la casa. A la empresa le gusta obsequiar a sus clientes distinguidos –declamo la joven simulando tono de locutora comercial.

–Por supuesto nadie se dio cuenta. En qué lío me hubieras metido.

–En todo caso, *nos* hubiéramos metido, me suena egoísta la singularidad. Además… mejor mantengo la boca cerrada.

–Si comenzaste, terminá.

–A pedido… Da la impresión de que no estás en contra del robo, te preocupa más la posibilidad de que te descubran.

Juan de Dios la miró sin decir nada. La joven, luego de unos segundos, trató de justificarse:

–Espero no haberte molestado. No estamos en la facultad…

–¿Y con eso?

–Que me siento más suelta y a lo mejor digo algo impropio.

–No noté que te cuidaras esta mañana cuando afirmaste que los profesores somos incapaces de escribir una novela o un cuento… de cualquier forma, no me molestaste. Además, si querés saber, todavía no he descubierto si debo adjudicar mi buena conducta a los valores aprendidos o es sólo el resultado del temor al castigo, a la exposición pública, al juicio de los demás. Espero que no aprovechés la falta de reacción para chimentarles a tus compañeros que este profe afana en los supermercados.

–Y también diré que se expresa en lunfardo apenas se saca la toga. Por Dios… no soy una niña.

–Seguro… por lo menos tenés veinte o estás a punto de cumplirlos.

–Veinticinco. Número que no cambia nada porque a los dieciséis, quizás antes, ya era como ahora: golpeada y con ganas de seguir… En fin pero no te invité a una confesión.

Cruzaron la calle y caminaron hasta la heladería ubicada en la misma cuadra que contenía el edificio del Colegio Nacional Juan Crisóstomo Lafinur. Ella pidió limón y frutilla; él, chocolate.

–Cómo me gusta este pueblo –dijo Ariel mientras caminaban.

–¿No sos de acá? –preguntó Juan de Dios porque desde esa mañana, cuando la

vio por primera vez en el gabinete, sabía que Ariel no era de San Luis. Es más: había intentado conocer la procedencia de la joven prestando atención a la entonación. Se dijo: "Mendocina no es. Los mendocinos no logran ocultar el acento achilenado. Porteña, menos. Nada más fácil de distinguir que un porteño apenas dice una frase. Tono arrabalero y soberbio si es de barrio pobre. Tono de cajetilla en celo e igual soberbia si es de barrio bienudo".

–De La Pampa –respondió Ariel–. De un pueblito que nunca escuchaste nombrar.

–Probá… a lo mejor lo conozco.

–Iñiquez… ¿Te suena? Bien al sur. En el desierto. Siete u ocho casas de adobe, como si se tratara del pueblo de una estancia. Sin luz, agua o gas.–¿Viniste hace mucho?

–Siete años. Apenas me pude escapar. Subí a un camión que me trajo hasta Fortuna. Un chofer de ambulancia aceptó, pidiendo la máxima reserva, trasladarme a San Luis.

–Una aventura.

–Depende para quién. Vivir en Iñiquez era una aventura. Lo que vino después fue un lecho de rosas.

–¿A qué se dedican tus padres?

–Estancieros –respondió Ariel sonriendo.–¿En serio?

–En realidad no los conocí. Me criaron unos parientes –contestó la joven dejando de sonreír.

–Y de Ariel… ¿podemos hablar de Ariel?

–¿De mí?

–De tu nombre. Ariel es nombre de varón.

–Sin duda… soy travesti. Nadie elige el sexo y la naturaleza se equivoca. Nací varón. Ya sabés: con pitito. Lamentablemente mi espíritu siente como mujer. Mi cerebro, mi piel y mis hormonas son femeninas. Me gustaban las muñecas y los nenes. Reconozco que allí donde vivía, en pleno campo, la gente se asombra menos con este tipo de cosas. De tanto depender del humor de la naturaleza aceptan sin tanto escándalo sus caprichos. Y uno es enfermo. Como se es viejo. O tonto. Pero no te hacen a un lado o te ocultan. Te respetan como a cualquiera. No se avergüenzan. Es este trato lo único que extraño de Iñiquez. Acá ni bien se enteran, se persignan y salen huyendo. Agradezco que ni la voz ni la barba me delaten –dijo Ariel con seriedad. Luego, alejándose unos pasos, se tomó con las manos la cintura, inspiró elevando sus pechos, movió la cabeza para que la cabellera abanicara el aire y agregó–: ¿Me veo bien?... ¿no te parezco una mina bárbara?

Juan de Dios no contestó. Tardó en armar una frase. Al final dijo se te ve bien, pero no se movió del lugar.

La confesión de Ariel llenó de imágenes confusas su mente. En primer plano

aparecieron las "chicas" que recalaban por las noches en el último tramo de la avenida España. Muchas de ellas travestis. Exhibiéndose ante los potenciales clientes. Siempre en grupo. Con ropas provocativas. Después recordó el rostro de un peluquero famoso en la ciudad por cambiar su sexo en arriesgada operación quirúrgica llevada a cabo en la República de Chile, burlando la legislación argentina que lo prohibía. También recordó a un compañero del secundario que por su condición de homosexual debió abandonar la escuela. Junto a esas imágenes nació un sentimiento de rechazo, que bien podía, en caso de aumentar, parecerse al asco.

–Al menos no saliste disparando –dijo la joven abandonando su pose para ir a su encuentro, con los brazos abiertos, que se anudaron a su espalda, abrazándolo.

Juan de Dios se esforzó para no rechazarla. Sentía ganas de desaparecer, tomar distancia, pero no lo hizo. Sintió también el perfume de Ariel. Quizás éste fue el motivo que lo mantuvo inmóvil. Y en esos instantes en que permanecieron unidos, tuvo conciencia de los senos apretados contra su pecho.

–Estamos dando un espectáculo –dijo Juan de Dios y recién en ese momento apoyó las manos en los hombros de la mujer y la alejó. Ariel hizo un gesto de contrariedad que no le pasó inadvertido. Supuso que al fin de cuentas la había ofendido. Trató de encontrar una frase que lo justificara. Iba a decir no es bueno que profesor y alumna se abracen en público, pero desistió. En primer lugar, porque como excusa le pareció débil; además, ésta fue la razón más importante para guardar la frase, Ariel comenzó a reír. En forma contenida al principio, a carcajadas después. Y se tomaba el abdomen con las manos o se secaba alguna lágrima que se deslizaba por la mejilla. Daba la impresión de que se seguiría riendo de por vida. Juan de Dios, molesto, preguntó–: ¿Cuál es el chiste?

Debió esperar que ella recuperara el aliento.

–Perdón… me has hecho mucha gracia. Si te vieras: endurecido, mirada de espanto, a punto de pedir ayuda… nunca supuse que ibas a creerme. Algo no funciona en mi feminidad o vos sos inocente. ¿Parezco un travesti?

–En realidad… bueno… no lo sé.

–No, Juan… ¿puedo llamarte por tu nombre?...No soy travesti. Mujercita hecha y derecha. Podes poner en duda el calificativo de derecha, pero soy mujer de punta a punta. ¡Cómo no voy a divertirme! Siguiendo los dichos de tus comprovincianos, parecías estar frente al diablo –sentenció, y apoyando una de las palmas sobre la frente de Juan de Dios agregó–: Veo aquí adentro un corredor largo, larguísimo, limitado a los costados por muros que se elevan hasta el cielo. Poco aire en el interior. Ideas rancias.

–No festejaré tu broma. ¿Cual es el mérito? Carece de ingenio. Acabamos de conocernos. Cualquier cosa que digas es increíble. Hasta si afirmas ser marciana.

–Hablando de ese punto.

–Basta Ariel.

–No haré bromas en presencia del profesor. ¿Cuántas veces lo escribo?

–Seguimos la discusión en otra oportunidad. Aquí vivo –informó Juan de Dios al llegar a la esquina, indicando el edificio en torre.

–¿Me acompañás hasta la estación? –pidió la joven–. Este tiempo invita a caminar. Son apenas cinco cuadras.

Se refería a la vieja estación de trenes que ponía punto final a la avenida Quintana. En desuso desde que el gobierno nacional clausurara todos los ramales existentes, decisión deplorable para la mayoría de la población que asistía a la desaparición de un transporte seguro y económico. El ferrocarril ligado a la historia del país en los últimos cien años fue anulado sin un proceso justo.

–No sé… –dudó Juan de Dios.

–Vamos. En minutos volvés –insistió.

–Subo, dejo las bolsas y te acompaño –aceptó.

Al tomar el ascensor se preguntó si no asumía un riesgo innecesario. Pregunta que lo acompañaba desde que tenía memoria. De niño evitaba a los compañeros revoltosos o que, sin serlo, por su temperamento podían involucrarlo en un conflicto. Respetando ese principio de convivencia desconoció a Daniela, madre de su hijo Daniel. Más tarde no dudó en separarse de Marta, su esposa, a quien había valorado indebidamente, juicio que le costó un matrimonio absurdo, caótico y peligroso. Con la misma vara medía su desarrollo laboral, debiendo reconocer que la negativa a postularse para cargos denominados políticos no tenía otra causa que el deseo de evitar contrariedades. "Esta pendejada es, al menos, rara. Me complicó en un robo, se anima a una broma de mal gusto. No me extrañaría que tenga por objetivo aprobar el examen sin importarle los medios", pensó. Mientras acomodaba la mercadería adquirida en el supermercado pensó también que tantas preocupaciones no le habían servido de gran cosa, porque el cáncer se presentó sin que él pudiera evitarlo. Este razonamiento lo impulsó a tomar la decisión de seguir acompañando a Ariel. "Al fin de cuentas, qué puedo perder", afirmó mientras llamaba el ascensor para descender.

–Nos quedó algo pendiente –dijo mientras cerraba la puerta de calle del edificio. ¿A qué se debe tu nombre?

–Según me contaron, fue voluntad de mi viejo. Parece que esperaba un varón y esta "chancleta" le destrozó el alma. Se desquitó bautizándome como machito.

–Debió tener "banca" para que la iglesia y el registro civil lo aceptaran.

–Veo que no conoces el nivel de las oficinas rurales. Una botella de vino obra milagros.

Caminaban en dirección de la estación de trenes. La avenida Quintana tiene veredas amplias, recubiertas por piedra laja, aunque en los últimos años los propietarios han reemplazado este revestimiento por mosaicos comunes, que son lisos e higiénicos aunque menos atractivos. Un cantero arbolado en el centro de la calzada divide el boulevard. Es una zona residencial donde familias tradicionales edificaron sus casas.

Esta característica cambió con el tiempo. Se construyeron hoteles, restaurantes y salones comerciales.

–Para ser de campo adentro te desenvolvés bien en la ciudad –dijo Juan de Dios.

–La pluma la deje allá. Acá ando con las neuronas bien conectadas –respondió la joven.

Al cruzar la calle Chacabuco, Juan de Dios elogió el nuevo edificio de una empresa de medicina prepaga. La construcción había reemplazado, previa demolición, la casa de la familia Fontana. La vivienda tuvo para él un significado especial. Cuando niño uno de los integrantes de esa familia fue atropellado por un automóvil. El hecho ocurrió de noche, circunstancia que gravitó aún más en su conciencia que por primera vez se relacionaba con la muerte. A partir de entonces, según creía, la mancha negra apareció en forma reiterada. La continuidad de lo nefasto le hizo suponer que la muerte jugaba a la batalla naval con su persona, haciendo impacto cada vez más cerca. Teoría que tuvo la correspondiente comprobación práctica con su enfermedad. Tanto así que al tener los resultados dijo "averiado", y según marcharan las cosas se preparaba para cantar "hundido".

En la esquina oeste, frente a la obra social, seguía existiendo la estación de servicio de Salmerón. Estuvo a punto de contarle a Ariel que esa estación la tenía incorporada a su memoria por un hecho: el incendio de la vieja usina que había ocupado el sitio del monumental edificio en torre donde él vivía, pero desistió en razón de que el relato del suceso sólo serviría para entristecer la conservación. Además, reflexionó que su apego a las historias tristes no beneficiaría en nada a alguien con muchas ganas de vivir y reírse de las contrariedades. "Soy agua sucia. Por lo menos alguna vez debo pensar en los demás. No existe motivo para ensuciarlos gratuitamente. Ellos tienen su vida. Tiempo habrá para que soporten la propia podredumbre", reflexionó y acto seguido aceptó que, como era habitual, esa reflexión cargaba con suficiente tristeza para doblegar a cualquiera.

–Acá vivo –dijo Ariel señalando una casa ubicada a pocos metros de la estación de servicio.

–Somos vecinos.

–En un pueblo pequeño todos somos vecinos –dijo la joven citando la conocida frase de un escritor local.

Él sonrió y le preguntó si en la preparación para el examen había otorgado debido interés a los autores de la provincia.

–Conozco tus debilidades… los he leído a todos.

Juan de Dios se detuvo y concentró la mirada en la nariz de la joven.

–¿Qué tengo? –preguntó ella palpándose.

–Quiero ver cómo crece. Una mentira de ese calibre debe generar una nariz monumental. Hoy dijiste lo contrario.

–Está bien… a todos, lo que se dice a todos, es una exageración, pero he leído a varios y algunos me gustan mucho.

–¿Por ejemplo?

–Esteban Agüero.

–No cuenta. Es el escritor más reconocido de San Luis. Tampoco suma Polo Godoy Rojo, César Rosales y Delia Gatica de Montiveros.

–De acuerdo… Juan Cruz Sarmiento.

–Interesante elección… alguna obra en particular.

Los otros, los unos, los muchos y los más… ¿Dije bien? Es un título algo rebuscado. No así su prosa, que es clara, con buenas definiciones y aciertos descriptivos. Como ese párrafo de su cuento "Ahora una carta". Lo puedo declamar –dijo Ariel, y ubicándose frente a Juan de Dios recitó–: "Porque los tangos, María, me comenzaron a mostrar mi propio mundo. Yo que los pensaba como obras tristes de tristes hombres, resultaron intérpretes de mis cosas, que no sé a esta altura si serán exclusivamente mías sino también tuyas, qué sé yo, de todos, ¿te das cuenta?".

–Felicitaciones… ¿Se puede saber qué cuerda tocó el autor para que una joven pampeana aprendiera ese párrafo de memoria?

–Niña, estás a punto de aprobar.

–Esta niña llamada Ariel tiene la esperanza de compartir "Que mis sueños sean de todos".

–Con este otro fragmento asunto concluido –afirmó Ariel y citó–: "Entonces, al levantar ceremoniosamente los párpados, como aquel que pretende ponderar con lentitud un goce que va develándose de a poco, descubrí la oscuridad que me envolvía como un manto inasible".

–"Página sin nombre", del mismo autor –apuntó Juan de Dios y agregó, con gesto maligno–. No te haré preguntas sobre Sarmiento en el examen.

–Tramposo –retrucó Ariel con sonrisa pícara, para después preguntar, cambiando de tema–: ¿Querés conocer mi casa?

Juan de Dios respondió "en otra oportunidad", ella dijo "sigamos caminando" y lo tomó del brazo.

–¿Por qué dedicás gran parte del programa a autores puntanos? –preguntó después–. En los pueblos, villas o ciudades pequeñas, nadie se ocupa o reconoce la tarea de los demás –dijo con la idea de aclarar la pregunta.

–Por esa razón. Alguien tiene que ser diferente. Estamos acostumbrados a consumir lo que viene de la Capital, y los porteños se emboban con lo que llega de Europa o Norteamérica. Aunque sea mierda. Mi abuela llamaba "Farolito de la calle" a todas las personas que tenían un carácter envidiable con los extraños, pero terrible de puertas adentro, o sea para la familia. Por extensión, pensé que a los puntanos se les cae la baba por cualquier idiota que escribe frontera afueras y le da la espalda a lo propio. Supongo que es un temperamento heredado de la inmigración italiana. Te

habrás fijado que si un amigo llega de visita lo hacés pasar a la cocina, total "somos de confianza". Si se trata de un extraño lo recibís en el living y te disculpás por la apariencia, por un cenicero sucio, por la fundas de los muebles, por el griterío de los niños. Cuando debería ser al revés. Lo mejor para quien conoces mucho, que ha caminado a tu lado por años, que sabe de tus alegrías y penas. Eso pretendo: darle lo mejor a nuestros escritores, sin desconocer los talentos universales. Por supuesto que hablo de escritores en serio. De los tipos que sientan el culo por años para terminar una obra. No incluyo a los que escriben un poema porque están aburridos o necesitan que los familiares digan: "es muy inteligente, escribe poemas". Algo más: el tipo que escribe en serio aquí en San Luis merece más reconocimiento que Gracía Marquez, porque sabe de antemano que nadie tendrá en cuenta su esfuerzo. Cuando más, puede aspirar a imprimir trescientos o quinientos ejemplares, pagándolos con sus flacos bolsillos. Ejemplares que distribuirá personalmente.

–Venís a ser un Robin Hood de la literatura.

–Me suena a cargada.

–De ninguna forma. En tu cátedra le robás tiempo a los famosos para entregarlo a los desconocidos.

Juan de Dios fue a replicar. Iba a decir algo sobra la falsedad de la fama. O tal vez algo referente a la injusticia de los críticos que sólo se atreven a opinar sobre escritores con prensa y desconocen a excelentes autores por no tener una editorial que los apoye o un agente literario que hable por ellos. Pero no dijo nada por el simple motivo de que un poema se instaló y desalojó de su conciencia tanta palabra inútil. En realidad no se trataba de un poema completo, porque sólo recordaba parte de él.

–¿Has leído algo de Cristóbal Barbeito? –se limitó a preguntar.

–¿De quién?

–Barbeito. Un poeta joven de San Luis –respondió, y de inmediato recitó:

Cuánto quisiera
ver cumplidos mis sueños
soltados a andar,
y perseguir la ilusión
dormida en el tiempo,
librada a este juego
particular del azar.

Quisiera ser la esfera
de una vez concluida,
ser aquel silencio que por sí
solo hablara
ser aquel misterio

pronto a develar.
Y ser la alegría, el momento,
la risa, lo que fuera,
en fin… sólo Dios sabe,
cuánto quisiera.

–Hermoso –dijo Ariel.

–Me gusta, aunque reconozco que el estilo es algo virginal. Habrá que esperarlo. El diamante no se cocina en pocas horas.

–Metáfora de regular para abajo. ¿Desde cuándo los diamantes se cocinan? Profesor, tendrás que revisar esa figura. Pero entendí. Y me gustó el poema. –Ariel hizo una pausa, para preguntar luego: –¿Cumpliste tus sueños?

Juan de Dios rió y contestó que el poema se había transformado en un boomerang, porque le servía a ella para formular esa pregunta.

–No llegué ni cerca. Estoy tan lejos de mis aspiraciones como al principio. O peor. Porque ahora sé que la vida es un espejismo.

–Qué pálida –reprochó la joven–. Espero no pensar así cuando tenga tus años, monstruo antidiluviano.

Habían llegado hasta la antigua estación de trenes. Una vez allí, el ferrocarril se hizo dueño de la conversación. Juan de Dios hizo las referencias históricas. Recordó cuando los ingleses eran dueños de la concesión y también la recuperación del servicio por Perón, decisión política cuestionada por años. Por último tuvo conceptos duros para el presidente Menem, autor indiscutido del cierre de todos los ramales.

–Me aburrís con tanta historia… a mí sólo me importa que me "birlaran" el medio de transporte más romántico. Ni los aviones, ni los barcos, ni los ómnibus tienen el encanto seductor de un tren. El tren es fantasía, caricia, alegría, aventura, los hijos de puta me quitaron todo eso para ahogarse un puñado de billetes, que no sé si lo ahorran, lo más seguro es que suprimieron el ferrocarril, para ser coherente, que algún día les pase una locomotora por encima.

–No andás con medias tintas. Adhiero a ese deseo.

Caminaron alrededor de la antigua construcción, se detuvieron frente a los viejos y destartalados vagones. Después llegaron hasta la locomotora instalada en un pequeño paseo dedicado a las provincias sobre avenida Lafinur. Ariel subió pese a la oposición de Juan de Dios. Desde la cabina, ella se reía de sus advertencias y lo saludaba mientra simulaba conducirla.

Cerca de medianoche decidieron regresar. San Luis tiene, en verano noches incomparables. La temperatura desciende al amparo de una leve brisa. El cielo despierta en infinitas estrellas muy nítidas y resalta el color negro que las cobija, dando clara idea de la inmensidad del universo. Idea que se impone y encadena otras. La más común, la que se asienta en el observador, es que esa inmensidad sólo puede

tener origen en alguien sublime y poderoso. Alguien que desde más arriba, oculto por esa puesta en escena imponente, gobierna actos y conciencias.

Se despidieron frente a la casa de Ariel. La joven le dijo que ese fin de semana iría a La Carolina.

–Me deben dos francos en el supermercado y los pienso aprovechar. ¿Querés venir?

–No sé –respondió dubitativo Juan de Dios.

–Me olvidaba que sos algo problemático. Si te decidís avísame.

–¿En ómnibus? –preguntó él pasando por alto la crítica.

–Ni pensarlo. Iré en el Mimoso –respondió indicando con un movimiento de cabeza un automóvil pintado de naranja que estaba estacionado frente a la vivienda.

–¿En ese Citroën?...Ese bicho no trepa ni La Cuesta del Gato –afirmó Juan de Dios haciendo referencia a una conocida pendiente de la ruta que une San Luis con el circuito serrano.

–Te sorprenderá… si es que venís.

Cuando Juan de Dios ingresó a su departamento lamentó que el tiempo hubiera corrido tan de prisa, hecho que lo obligaba a desistir de la idea de prepararse una comida.

La verdad… no tengo hambre. El helado me llenó –dijo.

CAPÍTULO V

Se acostó, y en contra del hábito que lo obligaba a leer para conciliar el sueño, apagó la luz de inmediato.

El rostro de Ariel tomó forma de a poco. Como si la dibujara. Corrigiendo aquí y allá. "Es una mujer bella", dijo, sorprendido por otorgarle la categoría de adulto cuando había sido su intención verla como a una adolescente. "La pasé bien pese a que me convirtió en ladronzuelo", reflexionó después, y agregó para minimizar su culpa: "me tomó de sorpresa… en otra oportunidad hubiera actuado de otra forma". Excusa que no le sirvió de mucho, porque instantes después reconoció que no debía darle más vueltas: "Que sólo se trata de un robo insignificante… a otro perro con ese hueso. Se roba o no se roba. Robé… ésa es la verdad. Y también es verdad que no tengo cargo de conciencia. Hasta me divertí apenas el riesgo de ser descubierto desapareció".

"La pasé bien", reiteró, pero ahora pensaba en la invitación para ir a Carolina y de esa forma justificaba de antemano su aceptación. En ese remolino de ideas se dijo que Ariel pretendía quedar bien con su profesor, ganarse su confianza y aprobar el examen sin inconvenientes. "Se equivoca. Mejor que vaya preparada", afirmó, para contradecirse de inmediato: "Ya aprobó. A esta altura de los acontecimientos no me interesa si regalo una nota. A mí me regalaron un aplazo sin que alguien me tomara examen".

La última frase fue el ariete para poner en primer plano a su enfermedad. Como le sucedía a menudo, recordó la época en que había sido operado y recibido el tratamiento. Las imágenes nacían caóticamente. Se veía en el quirófano rodeado por médicos y asistentes, la voz del anestesista llegándole desde un punto incierto. O acostado en la cama con sondas y sueros agujereándole el cuerpo. O bien en la camilla, con el sobre de Cisplatino a la altura de la cabeza y más allá un recipiente de vidrio guardando su orina, que era medida por una enfermera con puntillosidad de sastre. O bajo el aterrorizante equipo de rayos, que era sólo amenaza, porque zumbaba un minuto para girar y colocarse debajo, donde volvía a zumbar por igual período; pero si bien nada dolía, sabía que ese sonido le comía los glóbulos blancos y que en semanas sentiría dolor intenso en los huesos, como si se quebraran. "Tengo que dejar de pensar pavadas y dormir", dijo, y minutos más tarde lograba conciliar el sueño.

A la mañana siguiente se despertó más tarde que lo habitual. Mientras preparaba el desayuno escuchó las noticias. Se anunciaba una jornada fresca. En el sur de la provincia fuertes tormentas de granizo habían enfriado el caliente aire de diciembre. Se preguntó en qué ocuparía su tiempo. No debía ir a la facultad y no tenía interés en escribir. "Visitaré a algún amigo", se propuso.

Mientras desayunaba, recordó el encuentro con Ariel. Se preguntó, con cierto temor, si la joven lo atraía sexualmente. Se dijo, de inmediato, que él no estaba en

condiciones de plantearse ese tipo de preguntas. Los rayos lo habían alejado en forma definitiva del sexo opuesto. Reconoció, además, que la relación con las mujeres no tenía un lugar preponderante en su vida. Desde joven adquirió el conocimiento de que su capacidad amatoria era muy limitada. Más de una vez se había dicho que era un fracaso en lides amorosas, y no necesitaba del cáncer como excusa. Sin embargo, esa mañana le llamó la atención que recordaba el cuerpo de Ariel con detalle. "Si es más joven que mi hijo Daniel", pensó cuando la memoria le alcanzó los desafiantes senos de la joven. "Me he transformado en Regiano", afirmó, pensando en su amigo, al que cualquier presencia femenina lo perturbaba.

El portero eléctrico lo sacó de esas cavilaciones, que a su parecer eran inútiles y posiblemente enfermizas. Como si su mente la hubiera atraído, la voz del Gordo Regiano le llegó por el auricular.

–Regiano… abrí.

Pulsó el botón y se dirigió a la puerta. Cuando oyó el ruido de las puertas del ascensor, se asomó al pasillo. El Gordo Regiano caminó a su encuentro. Curiosamente, su rostro mostraba preocupación. Se le había borrado la sonrisa que siempre llevaba consigo y su aspecto era el de alguien extenuado después de una larga jornada.

–Qué decís, Gordo.

–Acá andamos… como Dios quiere.

Cuando los dos habían tomado ubicación en la mesa, Juan de Dios le preguntó qué le pasaba.

–Me metí en un quilombo… estoy frito.

–Alguna niña te alborotó el corazón –bromeó.

–No Juan… esto es serio. Estoy acabado.

La confesión inició un largo silencio entre ambos. Juan de Dios no se atrevía a pedir una explicación, y Regiano hacía esfuerzos para no llorar. Al final no pudo contenerse y se tapó el rostro con las manos mientras su cuerpo se sacudía con cada sollozo.

–No será tan grave –atinó a decir Juan de Dios.

–Sabés que me gusta jugar…

–Vaya novedad –contestó para facilitar la comunicación.

–Perdí todo.

–No te entiendo. Una mala noche la tiene cualquiera.

–Demasiadas malas noches. Una racha en contra de varios años.

–No me lo dijiste.

–¿Qué jugador anda desparramando a los cuatro vientos su mala suerte? Estoy quebrado. En la calle.

–¿Podés ser más preciso?... ¿cuánto perdiste?... todo tiene arreglo… menos la salud –dijo, y pensó que la frase había nacido por el deseo de consolar a Regiano recordándole que tenía un problema mayor.

Al escuchar la cifra reconoció, en su fuero interno, que el problema era de evidente gravedad. Convencimiento que se afianzó con las aclaraciones posteriores.

–Hipotequé el negocio, la vivienda, todas mis propiedades. Los bancos aguantaban. Durante meses fui zafando. Bueno. Eso creía. Hasta hoy, que llegó la orden de ejecutarme…

–Si hasta ayer andabas lo más campante detrás de una obra de Asimov –lo interrumpió, en forma involuntaria, por la sorpresa que le producía haber compartido tantas cosas ignorando la situación. Como el comentario le resultó de mal gusto intentó borrarlo con una frase de aliento–: No perdás la calma. Las ejecuciones judiciales llevan tiempo. Con un buen abogado, mejor dicho, con un abogado chicanero podrás estirarla tres o más años. Tenés suficiente tiempo para encontrar una solución.

–En otras circunstancias podría, pero este caso es un poco más complicado.

–¿Algo que no me hayas dicho?

–Lo principal. Yo mismo me até la soga al cuello. La semana pasada recurrí al Rengo y le pedí prestado un poco más de la suma que debo.

El Rengo era un conocido usurero del pueblo. Por lo menos la cara visible, porque con sólo verlo resultaba difícil creer que él fuera el dueño del dinero. El aspecto desprolijo, la ropa de mala calidad y largamente usada, los zapatos con los tacos gastados y las capelladas descocidas colaboraban para dar la impresión de que sus ingresos no superaban una modesta comisión. Las habladurías le adjudicaban el papel de simple testaferro, imputación que resultaba verosímil si se conocía a las personas que lo visitaban; comerciantes, industriales, políticos y profesionales. En síntesis, este hombre cuyo apodo había fagocitado el apellido parecía más bien un excelente cobrador, y aunque salió sobreseído en varios procesos judiciales nadie dudaba de que era el autor de agresiones, algunas fatales, a ciudadanos de pública morosidad.

–Qué extraño… el Rengo es un tipo bien informado… ¿cómo hiciste para que te prestara teniendo todo hipotecado?

–Recurrí a… no importa quién. Le pedí a un escribano amigo que fraguara el levantamiento e hiciera figurar al Rengo como nuevo acreedor hipotecario.

–Vos estás loco.

–Tenés razón… me pasé de vueltas. Yo pensé que con esa guita podría pagar a los bancos y con el sobrante desquitarme.

–No me digas más: ese mismo día te fuiste a jugar y perdiste todo.

–Así es –aceptó Regiano, que a esa altura tenía la tez con la coloración blancuzca tan común en los enfermos que han debido pasar largo tiempo en reposo. Tomó aire, ahogó un sollozo y continuó: –Aun así pensé que zafaría de la situación. Hasta hoy, que me comunicaron que están a punto de salir los edictos. Te podés imaginar la reacción del Rengo cuando lea el diario.

–No será tan grave –dijo Juan de Dios siguiendo el objetivo de consolar al amigo.

–Tengo que explicarte algo más.

–Sos el baúl de la abuela… no terminás con las sorpresas –trató de bromear para suavizar la situación. Pero Regiano ni le prestó atención.

–No me interesa que el Rengo me haga cagar. Está en su derecho. No quiero decir que no tenga miedo. Lo tengo, pero no es lo más importante, ¿sabés? Me preocupa que he perdido todo, debo el doble y no existe posibilidad de recuperarme a no ser que descubra una mina de oro o gane la lotería. Yo no nací para pobre. No pienso vivir un minuto como pobre, antes, me liquido.

–Insisto: estás loco.

–En este aspecto no. Sé bien lo que puedo aguantar. ¿Me ves de empleado? De ninguna forma aceptaré vivir de un sueldo, deslomándome durante un mes para recibir cinco guitas. No, Juan yo en esas condiciones me mato.

–Cuando se te pasen los nervios pensarás de otra forma.

–Lo dudo.

–¿En qué puedo ayudarte?... Tengo unos pesos ahorrados…son tuyos si los querés. Por supuesto no cubren ni el uno por ciento de tu deuda, pero no se me ocurre otra cosa…

–Ya me ayudaste. Necesitaba que alguien me escuchara y eso has hecho. Te agradezco el ofrecimiento de dinero, pero no me sirve. Apenas lo tenga iré a jugar.

El Gordo Regiano se fue cerca del mediodía. En apariencia con mejor ánimo, aunque resultaba temerario afirmarlo. Es cierto que se mostraba más calmo, no gimoteaba y a veces sonreía; pero sus ojos seguían acuosos y su mirada transparentaba un estado de desasosiego, de molestia profunda.

Juan de Dios se sentó frente al escritorio. Desde esa posición alcanzaba a ver las Sierras de San Luis. La lluvia del día anterior había limpiado la atmósfera del polvo en suspensión y los contornos de las montañas se mostraban definidos. Por un momento, al tomar conciencia del paisaje, dejó de pensar en Regiano. Pocos días atrás había asistido a la conferencia de un historiador local. El tema: la fundación de la ciudad, que incluyó una explicación sobre la razón de que se usara el gentilicio de puntanos para los habitantes de San Luis. Gentilicio que con el tiempo se había extendido a todos los pobladores de la provincia. Su teoría se basaba en reconocer la importancia en las expediciones españolas de los cartógrafos marítimos, que por imperio de las circunstancias ingresaron al continente. Fueron ellos, con el léxicos que usaban para designar los accidentes geográficos de las costas, los que al llegar al final de la cadena montañosa debieron anexar al extenso nombre de la fundación el término ”punta”. O sea, un ingreso de tierra en el mar, aunque ese mar fuera una inmensa llanura, y la punta, el final de un cordón montañoso. El conferencista, para avalar lo dicho, recordó los nombres de Punta Arena, Punta del Este, Punta Médanos y otros pueblos asentados en arietes de terreno que ingresaban en mares u océanos.

El portero eléctrico sonó de nuevo.

–¿Quién? –preguntó.

Como no tuvo respuesta, colgó el auricular. Más tarde sonó el timbre de la puerta. Levantó la tapa que cubría la mirilla y miró a través de ella. La figura esbelta de Helena Flores se movía inquieta en el pasillo. Abrió.

–Hola, Helena.

–Creí que no estabas. Un vecino me abrió abajo –explicó la mujer y sin esperar que Juan de Dios la invitara a pasar avanzó con decisión obligando que éste se hiciera a un lado.

Helena Flores era Licenciada en Letras y en algunas oportunidades había colaborado con Juan de Dios. Representaba menos edad de la que tenía. Mantenía la piel tersa, figura elegante, vestía con cuidado, no descuidaba el tinte rubio de sus cabellos, asistía dos veces por semana a la peluquería y tres al gimnasio, además, caminaba no menos de cuatros kilómetros por día; las uñas, siempre con esmalte de color rosa viejo, cuidadas, por su longitud, producían el efecto visual de alargar y afirmar sus manos, efecto que ella ponía en primer plano cuando hablaba, ya que cada palabra era ratificada con ademanes sinuosos, gatunos y, para algunos, seductores. Guardaba con celo su fecha de nacimiento y se negaba a declarar la edad con una frase: "cumplí los cuarenta". Ninguno de sus esfuerzos en este sentido tenía éxito. En una ciudad pequeña siempre aparece un compañero de colegio o un vecino memorioso. Por lo tanto se sabía que había superado los cuarenta y cinco, aunque, como se dijo, representaba muchos años menos. Curiosamente, nadie lograba recordar alguna relación amorosa. Por esa razón, en algún momento, quizás dos décadas atrás, las habladurías insinuaron que era lesbiana. Con el tiempo ese chisme perdió cotización, porque no se le conocía amiga que pudiera acreditarlo, y se aceptó que en realidad sólo se trataba de un "marimacho" platónico condenado a la soltería. En este sentido, conviene aclarar que Helena no tenía modales masculinos, aunque sí un carácter fuerte, dominante.

–Cuánto tiempo sin verte –dijo Juan de Dios cuando la mujer, con el mismo ímpetu con que había entrado, se sentó en una silla.

–¿Cómo van tus cosas? –preguntó Helena mirando a su alrededor sin evitar un gesto de censura al advertir desde donde estaba la cama aún revuelta.

–Yo creo que bien –respondió Juan de Dios.

–¿Y tu novela?

–¿Qué novela?

–Veo que no trabajás… Me dijiste que tenías un personaje excepcional para una novela política. Un tipo de carne y hueso que participó en todo el circo de este siglo.

–El brigadier –aceptó–. Está en la congeladora. No encuentro la forma de narrar. Tal vez encare un ensayo.

–Así se pasa la vida: sueños, más sueños. Al final tu brigadier quedará en intención.

–Es posible –reflexionó Juan de Dios y después, como si hablara con su conciencia,

agregó–: De tantos "no puede ser" se va la vida.

–Bueno, eso ya suena a topadora.

–Es un hermoso personaje –dijo Juan de Dios, volviendo al tema anterior–. En manos de un escritor en serio podría transformarse en una referencia ineludible para entender la Argentina del siglo XX.

–Me han dicho que estás por dejar la cátedra –dijo la mujer con un tono diferente al que usara hasta ese momento. Daba la impresión de medir la posible influencia de cada palabra.

–¿En serio?

–Por eso vine. A veces los comentarios no tienen ninguna base. Me dije: "andá y pregúntale a Juan… recurrí a la fuente".

–Que yo sepa… –respondió Juan de Dios sin convicción; comprendió que su colega sabía de la enfermedad y la visita tenía una finalidad: comprobar el avance de la misma.

–Ya me parecía. Con lo que te gusta la docencia y tu juventud no sé cómo alguien puede pensar que dejarás el cargo –comentó Helena al escucharlo.

–Hay jotes por todos lados –afirmó Juan de Dios mirando alrededor.

–¿Jotes?

–Si Helena… esos pájaros negros que sobrevuelan la carroña en planeos descendentes hasta estar seguros de que sólo hay muerte y entonces se deciden a hundir el pico para tomar su parte.

La profesora se movió inquieta en el asiento.

–Tenés una frondosa imaginación. Yo no veo pajarracos por acá –dijo mirando hacia los cuatro costados.

–Metamorfosis –aseguró Juan sonriendo.

–Vas demasiado de prisa. ¿Cuál es el tema?

–Vos no ves jotes porque esos pájaros en la ciudad se transforman en personas.

–¿Estás escribiendo algún cuento de terror? –preguntó la mujer, que no estaba dispuesta a darse por enterada de que ella era la destinataria de la queja.

–Vivo en el terror… pero según mis cálculos aguantaré un tiempo más… y quién sabe si en ese lapso no se descubre una vacuna, un antídoto.

–Me das miedo. Parecés alienado –dijo Helena, poniéndose de pie y dirigiéndose hacía la puerta.

–¿Loco?... sería una buena causal para un tribunal académico. Mi cargo quedaría vacante por una razón poética, literaria en cierta forma: romántica. Y vos podrías ser la reemplazante.

–Volveré en otra oportunidad… cuando estés más tranquilo… o más sobrio –dijo Helena cerrando la puerta con violencia.

Al quedar solo, Juan de Dios pensó que se trataba de uno de esos días en que convenía permanecer en cama.

CAPÍTULO VI

Encendió el televisor y comenzó a preparar la comida que había postergado la noche anterior. Mientras trabajaba pensó en las dos visitas de esa mañana. Al fin la imagen de Regino se impuso sobre la de Helena Flores. "¿Cómo puedo ayudarlo? Parece que el destino del hombre es ser un inútil cuando un semejante tiene problemas graves. Y así andamos, solos por el camino. Y no es por falta de solidaridad. Yo quiero sinceramente darle una mano al Gordo, pero no tengo posibilidades. Ni en diez años juntaría la guita que debe. Solidaridad que no es menor en él, porque estoy seguro que desea ayudarme. Lo siento en sus gestos, en sus comentarios. Pero qué puede hacer él contra la mancha negra. Un carajo. Aunque colocar el dinero al mismo nivel que la salud es tonto. Una cosa son los mangos y otra el señor oncogen. Tengo que proponerme encontrar una solución para el Gordo… aunque sea necesario joder la otra pierna del Rengo".

La campanilla del teléfono interrumpió sus pensamientos.

–Hola.

–Hola Daniel… ¿cómo estás?... Ayer me quedé preocupado…

–Estoy bien… todo bajo control. Algo celoso porque no pasarás nochebuena conmigo.

–Sos un acaparador. El próximo año me tendrás en San Luis.

–Sucede que me vuelvo viejo y, sabés, los viejos son gruñones.

–Acabo de despachar una encomienda con tu regalo. El lunes ya estará allá. Lo eligió Claudia así que si no te gusta le reclamás a ella.

–Dale un beso de mi parte… y no te olvides de llamarme para nochebuena. Estaré en casa.

–¿Con alguna novia? –preguntó Daniel y rió.

–Nunca se sabe… bien puede ser… tu padre es un brillante galán.

–La elección de tu nombre fue una premonición –contestó su hijo sin dejar de reír.

–Claro… y si mi apellido fuera Tenorio hubiéramos logrado la reencarnación.

–Bueno viejo… me quedo más tranquilo… mantenés una chispa de humor… pero debo cortar… si no todas mis reservas se irán a manos de los gallegos. –La aclaración final apuntaba a un reciente aumento de tarifas de las comunicaciones realizado por la compañía con sede central en España, titular del servicio telefónico desde que la empresa estatal fuera privatizada.

Juan de Dios se dijo, después de cortar, que Daniel era otro ser humano tratando de ayudar.

En vez de ir a la cocina a continuar con la tarea, tomó el control remoto del televisor y sintonizó un canal de noticias.

No prestó atención a la imagen hasta que en una tanda publicitaria se anunció

un programa excepcional para el 31 de diciembre. En esa jornada en que los medios despedirían siglo y milenio, la empresa transmitiría en directo desde las principales ciudades del mundo. La publicidad obró como un antídoto del ánimo recuperado. Juan de Dios protestó a ciegas: en primer lugar, puntualizó que el afán de medir el tiempo hacía que se lo sintiera como una tortura inevitable; después, criticó la decisión de establecer a 1999 como fin del milenio cuando la matemática demostraba otra cosa; por último, dijo que la humanidad seguía siendo segregacionista al festejar una fecha sin mayor significación porcentual, dado que judíos y musulmanes se sometían a calendarios diferentes, agregando a esa lista a chinos, indios y zulúes. Este vagabundeo racional le hizo afirmar que la globalización era sólo una excusa del país dominante, al que bien poco le importa tener en cuenta las diferencias entre los pueblos. "Nos cortan las piernas para que todos tengamos la misma altura", concluyó.

–Mejor me voy a comer afuera –afirmó, protestando una vez más su tarea culinaria.

Ingresó a "Venecia" apenas pasado el mediodía. Se ubicó, como era su costumbre, en un lateral. Mientras le traían el pedido pensó en la invitación que le había hecho Ariel. "Esta misma tarde iré a verla…espero que no se haya arrepentido".

Comió sin apuro, con toda la intención de demorar el regreso al departamento. Cuando le sirvieron el postre, había decidido que lo mejor sería ir al cine. Aunque ignoraba qué películas estaban exhibiendo, la idea de acortar la hora de la siesta le pareció buena.

Se levantaba, cuando un hombre corpulento, de tez oscura, intimidante por su rostro que daba la impresión de haber sido esculpido en granito gris mora, se le acercó.

–¿Profesor Juan de Dios? –preguntó y era notorio el esfuerzo que realizó para que la voz le naciera con tono suave, amigable.

Ante la respuesta afirmativa, el hombre con pinta de campeón mundial de todos los pesos dijo:

–El Rengo lo invita a sentarse con él. Unos minutos nada más –y señaló hacia el centro del salón.

Juan de Dios no pudo responder. Lo sucedido con Regiano esa mañana, la inesperada invitación y el hecho de que no hubiera advertido la presencia del Rengo mientras comía le impidieron articular palabra y se limitó a recorrer el espacio que los separaba. Al llegar a la mesa, el Rengo se puso de pie y le extendió la mano para saludarlo, luego con toda ceremonia lo invitó a sentarse, al mismo tiempo que con una seña despedía al hombre pétreo.

–Aunque nunca fuimos presentados, profesor, no hemos visto infinidades de veces.

–San Luis es pequeño y la gente siempre se mueve en el centro… es natural que con los años todos nos conozcamos.

–Eso… eso mismo. Me imaginé que una persona como usted explicaba bien las cosas… además he oído hablar muy bien de usted, profesor… una sobrina mía lo admira mucho. Fue alumna de su escuela.

–La escuela no es mía. Además es una facultad.

–Un detalle… no le pida detalles a un tipo sin estudio –respondió el Rengo, dejando entrever su carácter natural en el gesto de malestar y en el timbre de voz: definido y prepotente; aunque de inmediato, tratando de suavizar lo dicho, le preguntó si quería comer o beber algo.

–Gracias… acabo de comer.

–Una copita… para ayudar a la digestión.

–Le agradezco… no me apetece nada.

–¿Un té? –insistió.

Juan de Dios aceptó. Sin saber muy bien por qué lo hacía, ya que no tenía interés en permanecer allí. Pensó, con desagrado, que sus actos estaban regidos por su espíritu cobarde. "De no ser así, ya iría en viaje hacia el Shoping", pensó. Se preguntó a qué se debía su temor: "A este tipo no le debo nada, y mirando bien, este hombre sólo puede asustar a viejitas indefensas. Tiene una panza kilométrica, apenas mantiene el equilibrio, y el gesto fiero lo usa para disimular su incapacidad".

–Lo mandé a llamar, profesor, por un tema que debe quedar entre nosotros. O sea que usted escucha y calla, ¿me entiende?...

–No creo que tengamos nada en común –intervino Juan de Dios probando hasta qué punto podía llegar sin que su debilidad lo colocara en un estado de indefensión pese a que la razón le señalaba el absurdo de sentir temor.

–Lo tendremos, profesor, lo tendremos.

–Alabo su seguridad.

–Creo que ningún hombre se resiste a un buen negocio.

–¿Negocio?

–¿Cuento con su reserva?

–No me gusta comprometerme a ojos cerrados.

–Confiaré en usted… supongo que un profesor es como un cura… secreto de confesión –agregó lanzando una carcajada que atrajo la atención de los otros clientes.

"La confianza mata al hombre", pensó Juan de Dios, que seguía en la postura de ocultar sus aprehensiones.

–Quiero que me escriba un cuento y algunos poemas. Le pagaré. No podrá quejarse por eso. Y los necesito pronto.

–¡¿Cómo?! –preguntó Juan de Dios, sorprendido.

–¿Nunca se ha prendado de una mina, profesor?... El amor nos obliga a hacer cosas que en otra ocasión nos llenarían de vergüenza. En esa situación ando yo. Detrás de una pollera difícil de esas mujeres que tienen más vueltas que un trompo.

Educadita, y por eso se niega a tener relación con un bruto, pero me encargaré, si usted me ayuda, de cambiar su opinión.

Juan de Dios no daba crédito a sus oídos. El terrible Rengo, que esa mañana había entrado en su vida por Regiano. Este hombre con fama de rompehuesos pretendía ganar el amor de una mujer comprando un cuento y algunos poemas.

–¿Un solo cuento? –preguntó para darse tiempo para decidir.

–Si fuera por mi gusto le pediría más… pero los necesito rápido. Cualquiera sabe que escribir es difícil…

–Los poemas no lo son menos.

–No se aproveche profesor… hasta un niño del secundario escribe un poema… Un cuento… bueno, eso es otra cosa. Tan bruto no soy. Y le aconsejo profesor que no se engañe –aclaró el Rengo. Luego, indicándose la nariz, agregó –: Tengo buen olfato para descubrir trampas. No se le ocurra copiar con la idea de que no me daré cuenta. Cobre su trabajo… y cóbrelo bien, pero quiero algo original… y serán míos… porque usted se olvidará de que escribió esas estupideces para mí.

El Rengo, a medida que hablaba iba perdiendo su simulada cortesía inicial. Se le endurecían los gestos, y el tono montaba en una sonoridad reservada para las órdenes o los castigos.

–Tengo la impresión de que usted descuenta mi aceptación.

–¿Por qué habría de negarse?... Es su trabajo y estoy dispuesto a pagarle lo que pida. Reconozco que puede ser un cliente pesado, molesto, inaguantable, pero supongo que ha escuchado eso de que el cliente siempre tiene la razón.

–Pone las cosas de tal forma que la literatura parece un fábrica de chacinados.

–¿Cómo? –preguntó el Rengo haciendo una pantalla con la mano sobre la oreja.

–Como si se tratara de una venta de chorizos –aclaró Juan de Dios–. Se para frente a la vidriera y pide: dame dos sonetos, tres cuentos, una novela y envuélvamelos para regalo.

–¿No es así?... A los tipos que leen libros o escriben se les suben los humos. Se montan en zancos como payasos de circo. Déjese de joder profesor… todo es cuestión de oficio: para hacer un buen salame también se necesita seso. Mi trabajo es igual de difícil que el suyo. O igual de fácil, porque con la práctica no existe nada complicado. Yo no sé escribir una palabra, pero usted, profesor, es incapaz de golpear a nadie. ¿Quién le dice que el día de mañana no tenga necesidad de escarmentar a alguien?... En ese caso buscaré a un especialista. O sea: este servidor. Y no me daré aires. Le diré éste es mi precio y listo.

Juan de Dios sintió necesidad de levantarse y gritarle en la cara: "¡No tengo ganas! ¡No lo haré! ¡Así pasen mil años y no tenga un centavo en el bolsillo! Pero esa necesidad estaba muy lejos de ser satisfecha, porque su compañero habitual, el miedo, lo mantenía callado y pegado a la silla. Y esta situación que conocía muy bien, tan

molesta, requería ciertas artimañas para soportarla, como por ejemplo proponerse una revancha en otro momento, revancha que haría avergonzar al Rengo. O bien pensaba que si se mantenía inmóvil era para conocer más a fondo a ese personaje. Pero sabía que todos o cada uno de los justificativos eran mentiras que dictaba la conciencia. Sin embargo, en esta oportunidad creyó encontrar una puerta: con los ojos cerrados tasó el trabajo en un precio exorbitante.

–¡Por Dios, profesor!... No sabía que escribía con diamantes…

–Si le parece costoso… –se apresuró a intervenir Juan de Dios convencido de que el monto pedido lo dejaba en libertad.

–Me gusta tratar con personas decididas. Acepto. Eso sí: el martes próximo tienen que estar listos, sin falta. Pasaré la nochebuena con ella.

–¿Cómo logrará convencerla de que los poemas le pertenecen? –preguntó Juan de Dios en su último intento por evitar el compromiso.

–Problema mío… tengo alguna experiencia con las trampas en el juego. Usted sabe: dados cargados, naipes en la manga. El amor es un juego. Quién "sabe meter la uña", gana.

–Tiene una capacidad para simplificar diferencias que sorprende.

–No le entendí… pero pónganle la firma que esa mina la medianoche del viernes está rendida–dijo sobradoramente el Rengo.

–Una curiosidad: ¿Por qué me eligió?

–Todo es azar y yo sigo el sabot… ¿Comprende?... si se da banca apuesto banca. Usted entró el restaurante cuando yo andaba con el problemita encima. El destino, profesor. O sea…

–No me lo diga: el azar. Todo es juego.

–Muy bien, "profe"… y ahora que estamos de acuerdo podemos tratarnos con mayor confianza. Como sabés, todo el mundo lo sabe, a mi me llaman Rengo. No me molesta. Estoy acostumbrado. Yo te llamaré Juan o "profe". ¿Te parece bien? –preguntó extendiendo la mano.

Juan de Dios dudó, pero al fin le estrechó la mano, forzando una sonrisa.

–¿En serio "profe", no querés tomar un "vinito"?

–No… gracias se ha hecho tarde.

–No te entretengo más. El martes nos vemos.

–Sí… el martes –dijo Juan de Dios mientras se levantaba.

CAPÍTULO VII

El encuentro con el Rengo siguió mortificando a Juan de Dios durante horas. No era una situación novedosa. "Las peores molestias vienen de la mente", se decía cada vez que un hecho lo perturbaba. Durante años había buscado un remedio que acallara las recriminaciones y temores ante sucesos conflictivos, sin resultado. Alguna vez, acosado por censuras, acusaciones o críticas, intentó hacerse dueño de la indócil conciencia con un truco. Generar imágenes placenteras o que por lo menos no estuvieran ligadas al problema específico. Esta terapia le fue propuesta por un amigo que adhería a teorías hinduístas y practicaba yoga. Al principio creyó encontrar solución a los suplicios interiores. Cuando le sucedía algo que le perturbaba la conciencia, imaginaba el mar o una cascada. El motivo de esa elección debía encontrarse en algunos pliegues profundos del inconsciente, aunque Juan de Dios, para simplificar, cuando se preguntó la razón aceptó que su condición de hombre de serranía y espacios secos elegía el agua como bálsamo. En muy pocas oportunidades había visto el mar y las cascadas, sólo las conocía por fotos o documentales, aunque también contaba la experiencia directa con algunos "saltos" de los pequeños ríos de la provincia; entre ellos el de la Negra Libre y el de la Moneda. En poco tiempo advirtió que esa terapia resultaba ineficaz. Podía imaginar olas del más variado tamaño, espuma desprendiéndose de las rocas, el olor a humedad y hasta visualizar pájaros sobrevolando la arena en busca de alimentos, pero el problema que quería echar, hacer desaparecer, borrar, terminaba barriendo lo imaginado y se instalaba con mayor prepotencia. Intentó otro método consistente en tratar de falsear lo sucedido de tal forma que se sintiera conforme con lo hecho. Por supuesto, por ser endeble en su base, tampoco remedió nada. Desalentado, Juan de Dios se sometió a su naturaleza, tan ligada al temor y al propio menosprecio, con una variante que lo ayudaba a sostener tan molesto peso: aceptaba que había actuado mal, que su actuación deficiente era efecto del temor, que ese temor lo acompañaría mientras viviera; pero después de asimilar todas estas humillaciones fantaseaba con una revancha que ubicaría las cosas en el verdadero lugar y, por supuesto, lo reivindicaría. Después de la conversación mantenida con el Rengo, su imaginación programaba posibles nuevos encuentros donde saldría bien parado. Y hasta podía ver al usurero "rompehuesos" de rodillas pidiendo misericordia. Y si bien se sentía avergonzado, la imaginación lo aliviaba un poco porque sabía que su esencia impediría concretar la fantasía.

No fue al shoping. Detuvo un taxi y le indicó que lo llevara hasta el Parque de las Naciones, un paseo ubicado al este de la ciudad, muy cerca del llamado Puente Blanco que durante años fue el límite extremo de la ciudad hacia el naciente, puerta de entrada obligada de la ruta que unía San Luis con Villa Mercedes y más allá con el país, en especial la Capital Federal. Con el tiempo ese límite se desplazó, pero aun así

Juan de Dios siguió considerando el Puente Blanco como punto final de la ciudad.

Bueno, en esa época, a pocos metros se encontraba "La Chacra Experimental". El lugar ocupaba varias hectáreas con plantaciones de diversas especies y calles laberínticas de tierra, ceñidas por cordones interminables de ligustros. En el predio había un casco central y otras edificaciones menores. El casco estaba destinado al administrador o encargado. Con los años y por la burocracia de los gobiernos La chacra Experimental perdió esplendor, hasta que su propia existencia careció de significación.

Juan de Dios, en la adolescencia, se había sentido atraído por ese sitio, por diversos motivos. Al principio porque constituía un lugar seguro para andar en bicicleta. También por el hecho de que el límite oeste del predio lo marcaba la vía del ferrocarril que unía San Luis con Buenos Aires, vía que fuera construida bajo nivel por el medio de una "barranca", lo cual permitía sortear un puente de acero gris y deslizarse tangencialmente al rudimentario Puente Blanco. De tal forma que cualquier visitante de La Chacra podía asomarse a ese socavón y ver pasar dos veces por día el tren, que en un tiempo se llamaba *El Cuyano* y más tarde *El Zonda*. Con sólo mirar ese gusano metálico Juan de Dios adolescente imaginaba mil historias. Años después, el lugar lo atrajo por otras razones. Conoció al ingeniero Pegels, por ese entonces a cargo de la explotación. Un hombre fornido, rubio, entusiasta deportista, tanto en trinquete como en tenis, donde hacía prevalecer su condición de zurdo. El deporte los unió a medias, porque Juan de Dios no se resignaba a perder siempre. Y le molestaba más aún el trato formal del ingeniero, porque sospechaba que detrás se ocultaba una fuerte carga de ironía. De cualquier forma se hicieron amigos y no sólo se trataban en el Club Gimnasia y Esgrima o en la Universidad, donde Pegels también era profesor, sino que cada tanto lo visitaba en el casco de La Chacra, y no importaba que el ingeniero fuera quince años mayor (la edad sólo molestaba en la competencia deportiva) porque ambos les gustaba las conversaciones sin rumbo fijo. Había algo más para tener en cuenta: Pegels estaba casado con una mujer bella, hecho que le valió el apodo de "el Viudo". Los puntanos son especialistas en poner motes atendiendo a características especiales de las personas. Así, decían y dicen: "Esposo de Maestra" para designar a aquel que vive a expensas de la cónyuge; "Lomo Virgen" para los que tienen alergia al trabajo; "Manguera" se reservaba a los flacos; "Trompo", para petisos y gordos. A Pegels le tocó ser "Viudo", apodo para aquellos cuyas parejas eran envidia del pueblo. Y sí, su mujer era bella, sólo la voz, de tono grueso, desentonaba. Daba gusto admirarla, y a todos se les entristeció el corazón cuando se supo que estaba muy enferma.

"La mancha negra. La muy hija de puta", pensó Juan de Dios y recordó también que se hablaba (se chismeaba) que se trataba de cáncer a los huesos, comentarios que concluían con una frase: "Muy doloroso, el peor". Se dijo que pensar en esos temas no le hacían nada bien, y su memoria, curiosamente obediente, le trajo la imagen de Pegels, cuyo nombre era Guillermo pero a quien todos llamaban "Willie", hecho

inusual que a su criterio redondeaba su trato solemne y los ademanes medidos. "Todo fue", se dijo, y agregó: "El tiempo arma, desarma y vuelve armar. Sin cansancio, sin importarle que el ser humano se acostumbra a la armazón que le toca en suerte, la que convive con él, y se va todo a la mierda cuando estructuras que parecían definitivas se caen como un castillo de arena. Lo que molesta más es que esa destrucción o, mejor dicho, esa transformación, la percibe sólo el afectado, porque la tierra no deja de parir y las nuevas generaciones ven con naturalidad las nuevas formas, ignorando el pasado y ciegos con el futuro donde les tocará vivir a ellos el desalojo", reflexionó anudando esa reflexión con un nuevo pensamiento: "¿Quién se acuerda de La Chacra Experimental? Yo y algún otro que se encuentre también al borde del desplazamiento. En unos años, o sea en segundos, no tendrá memoria, y será reemplazada por el recuerdo del edificio que se levantó en la entrada para el casino provincial, que a su vez dejó su lugar a un canal de televisión. Y llegaron otras construcciones, que sirvieron como sala teatral, escuela de formación artística y otras actividades. Menos mal que alguien con cierto criterio se le ocurrió construir el Parque de las Naciones. Pero si bien no se trata de mi querida Chacra, conserva parte de su espíritu", concluyó. Pero no se detuvo allí. Porque sin proponérselo recordó también la quinta de los Despouy, ubicada muy cerca de la entrada a la Chacra, que siempre le había producido inquietud. Quizás la gran arboleda que cubría la casa contribuyó en su niñez para reforzar la sospecha de que en ese lugar habitaban seres extraordinarios, fantásticos, que elegían ese lugar porque en el inmueble colindante un constructor de apellido Chediak edificó una casa fastuosa, ahuyentándolos. Se preguntaba cuando conoció al dueño de la quinta –abogado de nombre Pablo, amable, cariñoso, "bueno por demás" como decían los del pueblo–cómo era posible que conviviera con espíritus de dudosas acciones. Es más, cuando su imaginación cortaba cualquier vínculo con la realidad, se decía que Pablo Despouy bien podría tener una doble personalidad: tranquila, amable, bondadosa durante el día; incierta, indefinible, cuando se recluía en la quinta por las noches. Pero como todo pasa, años después esas fantasías se diluyeron sin que se diera cuenta.

–¿Lo dejo de este lado? –preguntó el taxista al llegar a la entrada sur del Parque de las Naciones.

–Sí… está bien. Acá me bajo.

Ingresó al paseo. Jóvenes deportistas corrían o caminaban con paso vivo. En el sendero central un grupo perteneciente a un instituto de adelgazamiento hacía gimnasia. Conocía algunos de los integrantes, que al verlo levantaron la mano para saludarlo sin abandonar el ejercicio. "Regiano debería estar aquí", pensó Juan de Dios sonriendo.

Se dijo, recordando al Rengo, que ni siquiera había estado a la altura de un escritor por encargo. "La primera vez que alguien ofrece pagarme y no le pregunté los datos mínimos para cumplir mi tarea. Ignoro nombre y características de la mujer que lo tiene alborotado. Ni sé sobre sus gustos. Por supuesto que no escribiré nada.

El martes le diré que me faltó inspiración. Cualquier excusa. Pero pensá si realmente necesitaras esa guita y hacés un cuento dulzón, romántico, y la mina adora el suspenso o algo policial. Tengo que aceptar una vez más que el miedo me cierra el pico y el entendimiento. Quijote tiene una Dulcinea, Tarzán a Juana… ¿a quién ronda el Rengo? Eso demuestra que mientras el Rengo me prepeaba yo sólo tenía la mente con excremento", concluyó, aunque algo apenas insinuando le advertía que cuando se aproximara la fecha caería en la debilidad de cumplir para sortear el enojo y la reacción del Rengo. "Vamos, Juancito, alguna vez demostrá tener los huevos bien puestos. Sobre todo en este caso que la mancha negra te ha hincado el diente. ¿Qué cosa más terrible te puede hacer ese rompehuesos de cuarta? Seguro que al final clavarás las nalgas en el sillón y le escribirás algo. Total… siempre encontrarás un justificativo. Ni siquiera te importa que el Rengo triture a Regiano".

–Profesor –llamó alguien cortando sus pensamientos.

Se trataba de Argentino Sindulfo Puertas, conocido en la ciudad como el Negro Puertas. De tez oscura conservaba rasgos que denunciaban sus ancestros africanos, tal vez en cuarta o quinta generación, pero ahí estaban. Era difícil calcular su edad, pero Juan de Dios, por ser viejo conocido, sabía que orillaba los setenta. Había hecho de todo en la vida: desde lustrabotas a vendedor de diarios. Adulto, se dedicó a la gastronomía haciéndose mozo. Oficio que aún mantenía por más que con el tiempo explotó restaurantes y confiterías de instituciones deportivas y culturales. Tenía varios hermanos, pero sólo él, por su propia dedicación y la de su esposa, había progresado económicamente. Además con Rosa, su esposa, construyeron una familia ordenada. Puertas no se jactaba de sus logros, los consideraba algo normal que debía ocurrir, sin embargo se sentía orgulloso, y lo comentaba con asiduidad, de su padre y la adolescencia que había vivido. Su padre, agente de policía, falleció al salvar una niña que había caído en un pozo negro. Este hecho ocurrió probablemente en la década del veinte. En ese entonces San Luis carecía de cloacas y cada casa construía en los fondos un pozo calzado en piedras para recibir los desechos orgánicos, de una profundidad de siete o más metros. De esa acción heroica que lo convirtió en huérfano el Negro Puertas conservaba una medalla que le entregara el gobierno en reconocimiento al coraje y arrojo del humilde policía.

El orgullo que sentía por su adolescencia se debía a que con su trabajo de lustrabotas mantuvo a la familia. Además, decía que nunca fue tan feliz como entonces. Si se le preguntaba la razón enumeraba varias, pero su preferida era aquella en que relataba las épocas de elecciones. "Los lomos negros", decía refiriéndose a los conservadores "me regalaban trozos de tumba para chuparse los dedos. Yo los cargaba en el cajoncito y me iba hasta la estación de trenes, cruzaba las vías y me sentaba entre los yuyos a comer. A eso llamo felicidad. Sobre todo si era verano y se venía la tarde. La nochecita más bien. Caliente el puchero. Donoso el cielo con tanta estrella. ¿Qué nos queda? Ahora no se sienten esas cosas".

–Negro… qué gusto verte… no me digas que andás bajando la "panza".

–No profesor, tengo el mismo peso desde hace cuarenta años… sólo vine a conocer. ¿Puede creer? Es la primera vez que ando por acá. ¿Cómo está?

–Bien, Negro… tirando. ¿Y Rosita?

–Ahora, bien, pero en el invierno la pasó mal. El frío le hace doler los huesos –y agregó después –: Hoy me encontré con una niña que lo conoce. Me preguntó mucho sobre usted… alumna suya. Se ve que la ha encandilado. Y bueno, es hora de que siente cabeza.

–¿Estás haciendo de celestino? Yo ya no tengo ni tiempo ni edad para un casorio…

–Vamos, profesor, no se me achique. Está en la mejor edad del hombre.

–Negro, yo ya estuve casado.

–¿Piensa quedarse solo el resto de su vida? Mire profesor que cuando se llega a viejo tener compañía es una bendición. Qué sería de mí sin Rosa.

–¿Quién es esa alumna curiosa?

–Una chica que trabaja en el supermercado frente a la plaza.

–Ariel.

–¿Así se llama? Nombre de hombre.

–Así es, Negro.

–Y bueno… que puedo criticar si a mí me pusieron Sindulfo… Muy bonita, compradora.

–¿Cómo entré yo en la conversación? Supongo que no irás por el mundo diciendo que nos conocemos.

–Profesor, a mí me enorgullece ser su amigo. Pero el motivo fue otro. A la hora de la siesta no hay muchos clientes, y la niña estaba leyendo un libro de otro amigo mío: el "pollo" Jofré. Como había tiempo para la charla, le dije que lo conocía. Me preguntó sobre él y después me explicó la razón por la que leía a escritores puntanos: allí entró usted. ¿Hice mal? –Preguntó Puertas agrandando los ojos sumisos, tan comunes en la raza negra, que a Juan de Dios se le ocurría originados en la situación de terror soportada durante siglos de esclavitud, menosprecio y castigo. Mirada acompañada por una postura corporal que la mostraba indefenso, temeroso.

–No, Negro, para nada. Esa niña rendirá en los próximos días y me da gusto que aproveche el tiempo disponible para prepararse.

–¿Cómo anda Daniel?–preguntó, cambiando de tema. Conocía al hijo de Juan de Dios desde niño. Sin esperar la respuesta agregó –: A esa edad no se tienen problemas… ¿Vendrá para las fiestas?

–Lamentablemente, no. Se ha comprometido a pasarlas en casa de los familiares de su mujer.

–¡Qué macana! Justo ahora que se va el milenio.

–Todos los fines de año son iguales.

–Vamos, profesor, los que podemos vivir esta época somos privilegiados.

–Si te referís a los cristianos, acepto, pero en el mundo también hay judíos, musulmanes, hinduistas. Para ellos el 31 de diciembre próximo no tiene mucho valor. Manejan calendarios diferentes.

–¿Cómo?... Así que el 2000 no es para todos. No me tome el pelo profesor.

–Es así Negro. Los judíos van por el año cinco mil y pico. Los zulúes ni siquiera saben que comenzó el tiempo. El mundo es demasiado grande para que todos crean en lo mismo.

–No se ofenda, pero el 2000 se festeja acá y en África. Sólo los niños de pecho deben ignorarlo. Y si fuera cierto lo que dice a mí no me cambia nada, porque yo tengo mi vida, sólo mi vida y para mi vida el 2000 cuenta… ¿Con quién se va a reunir?

–Veremos… por ahora estaré sólo.

–No lo tome a mal, pero si desea acompañarnos, Rosa y yo nos sentiríamos orgullosos si aceptara… La casa es humilde pero pienso gastarme todo. Ya encargué unos juegos artificiales como esos que se ven en las películas… y la comida… bueno… Voy a poner sobre la mesa lo que aprendí en treinta años de oficio.

–Gracias, Negro. No te digo ni sí ni no… veremos. ¿Seguís viviendo en el barrio San Martín? –preguntó Juan de Dios refiriéndose a uno de los primeros barrios construidos en San Luis, en la década del cincuenta.

–Sí. He mejorado mucho la casa… Pensé que Miguel y Blanquita se quedarían a vivir con nosotros, pero tomaron su propio rumbo. Los jóvenes son así, se les cae el plumón y no se puede retenerlos. Rosa y yo andamos perdidos con tanto espacio… pero el 31 lo voy a llenar. Venga, profesor, la pasará bien.

–Veo que me excluís de nochebuena –afirmó Juan de Dios sonriente, refiriéndose a la próxima navidad.

–Me encantaría… nos encantaría a Rosa y a mí pero estamos ocupados. ¿Ha oído hablar del Rengo? El usurero, alguna vez lo habrá visto. A ese tipo no. Se le puede decir que no. Se le ha ocurrido hacer una monumental cena para el 24. Yo le dije que el milenio terminaba el 31 por las dudas que se hubiera equivocado. Pero no. El tipo, con perdón, piensa como usted: le importa un pito que termine el siglo o el milenio. Tiene entre ceja y ceja seducir a una solterona avinagrada y ha planeado una fiesta, digna de un príncipe o un sultán, para el 24, y me contrató. A mí y a mi mujer. A los dos en realidad, ni siquiera nos pidió opinión. Ordenó, como siempre. A su favor debo decir que nos paga bien. Pero para mí el dinero de ese sinvergüenza no vale nada. Tengo presente que él fue quien dejó en la calle a un pariente muy querido que a los pocos días murió de un infarto, aunque en verdad se fue de tristeza, por perder la casa, perder la familia… Pero quién le dice no al Rengo, si es capaz de hacerme trizas. Usted ni se imagina lo que es ese tipo enojado. Agaché la cabeza y dije sí. Que me llamen cagón, pero quiero mucho a mi vida.

A Juan de Dios le costó asimilar el giro de la conversación. Una vez más, el Rengo

se hacía presente. Se preguntó si algún dignatario celestial armaba esa situación para entretenerse, como solía suceder con los dioses del olimpo en la Grecia histórica. Si así era, daba por seguro que quien sumaba coincidencias no tenía en cuenta sus ganas y su espíritu; por lo tanto debía tratarse de una divinidad que le tenía especial ojeriza.

–Decime… ¿de quién está enamorado ese delincuente?

–Le sorprenderá. A mí me pareció increíble. Sobre todo teniendo en cuenta el poder que tiene, la guita que maneja y los capos a quien sirve. El Rengo pierde los calzoncillos por una solterona, una profesora de apellido Flores. ¿La conoce?

–¡Helena Flores! –exclamó Juan de Dios sin poder medir el tono de voz, que salió agudo y fuerte.

–Esa… ¿A usted le parece, profesor? Si hasta debe tener telarañas… con perdón. ¿Cómo pudo elegirla?

–Vos sabés lo que se dice: el amor es ciego.

CAPÍTULO VIII

Juan de Dios abandonó el Parque de las Naciones al atardecer. En el tiempo que permaneció en el paseo aprovechó para recorrerlo de uno a otro extremo en varias oportunidades. Cuando se cansaba se sentaba cerca del lago artificial o bien ascendía el puente de madera que lo cruzaba, deteniéndose en la parte más alta. También conversó con conocidos que lo acercaban a sus vidas con comentarios familiares o laborales. Ingresar en esos mundos que no le pertenecían lo distraía por un corto lapso, pero después sentía que la conversación se transformaba en algo irreal, lejano, con claroscuros, como si fuera un espectador de una película que se proyectara a gran distancia y le resultara imposible ver con claridad las imágenes o seguir el argumento. Con la excusa de que debía caminar, se despedía y alejaba con paso vivo.

Regresó al centro caminando pese a que sus piernas rogaban un descanso.

Su idea era cansarse hasta el límite para llegar al departamento exhausto, dejarse caer en la cama y dormir sin angustias un día completo. "Quien dice uno, puede proponerse dos, tres o más. Por lo menos hasta que llegue el dichoso 2000. Transformarme en un oso que apolilla cuatro meses o en la Bella Durmiente, que roncó por cien años. Hasta el día que venga una princesa y me despierte con un beso y el antídoto contra la mancha negra", se decía. El haber vivido cincuenta años en San Luis le otorgaba la sensación de haber sido partícipe del crecimiento de la ciudad, aún más, la sensación era como si cada ladrillo, árbol o pavimento integrara su cuerpo. Y así como tenía incorporado su pasado, también guardaba la historia de cada edificio, y la de los "N y C", apelativo usado para las personas nacidas y criadas en San Luis. Esta amalgama, en los últimos años, amenazaba deteriorarse por el afincamiento de habitantes de otras provincias atraídos por un régimen de promoción industrial que generó un gran crecimiento económico. Con la inmigración, la ciudad se "había hinchado como escuerzo". Las cuatro avenidas que la limitaban fueron rebasadas, se construyeron decenas de barrios, se multiplicaron las villas de emergencia. Sobre esta nueva geografía Juan de Dios sabía poco o nada, porque le era imposible ubicar un barrio y menos aún acertar con los nombres. Pero ese atardecer él se desplazaba por zonas construidas antes de la "gran avalancha". Cuando cruzó frente al hospital, construido en los cincuenta, giró la cabeza para no verlo. En cambio, a la altura de "Los Cuarteles" no opuso resistencia a su memoria. El grupo de artillería ocupaba varias manzanas. Los edificios del comando y casino estaban rodeados por jardines, que antaño lucían magníficos, pero a partir de la abolición del servicio militar obligatorio se veían descuidados, secos, sin brillo. En la época de esplendor, en una ciudad donde la vegetación era escasa, contemplar esos jardines era un deleite no exento de cierta incredulidad. Por ese entonces los militares constituían un grupo social privilegiado, y sus fiestas reunían a las familias tradicionales puntanas. "Los cambios llegan sin que

uno se dé cuenta", pensó Juan de Dios, y ese pensamiento con origen en la decadencia del poder militar estaba dirigido a su propio quebrantamiento.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, con las pantorrillas doloridas, agitada la respiración, con el ánimo por el suelo, llegó al departamento y, como se lo había propuesto, sin siquiera desvestirse se dejó caer en la cama. Suponía que el cansancio físico y mental le impediría dormir de inmediato, pero el sueño llegó rápido y sin pesadillas, lo que para él constituía una bendición. Durmió tranquilo, sin sobresaltos, nadando en un paciente cielo de color celeste, hasta que fuertes golpes en la puerta lo despertaron.

Juan de Dios estuvo a punto de perder el equilibrio al levantarse, hecho que lo obligó a desplazarse con cuidado. Los golpes se repitieron.

–¡Ya va!–gritó cansado de tanto batifondo.

Levantó la mirilla. Era Ariel.

–Vamos, profe, no me diga que estaba durmiendo. Apenas son las once de la noche. Hace diez minutos que estoy llamando.

–¿Sucede algo? –preguntó, restregándose los ojos, apenas abrió la puerta.

–Descubrieron que robaste en el supermercado… nos busca la policía.

–¿Cómo? –sintió que no le quedaban rastros del adormilamiento.

–Una broma profe. Te vine a visitar. ¿Puedo entrar?

–Broma de mal gusto.

–Te hubiera gustado ver tu reacción, a mí me divirtió… ¿puedo pasar?

Se hizo a un lado y Ariel ingresó. Apenas estuvo adentro, tiró sobre uno de los sillones una bolsa de supermercado.

–¿Cenaste? –preguntó.

–Todavía no.

–Traigo lo necesario para hacer unos tallarines con salsa de hongos. Te chuparás los dedos. Y un vino que no te cuento.

–¿Robado?

–No contestaré a esa pregunta. Por tu bien. Mirá si te convierto en cómplice. Tal vez no. Mejor cuido tu tranquilidad de conciencia –respondió Ariel y agregó –: Es pequeño el departamento pero tenés una vista a las sierras increíble. –Tomó la bolsa y se dirigió a la cocina.

Juan de Dios, confuso, preguntó si la ayudaba en algo.

–Poné la mesa. Esto lleva algún tiempo. Después mirá televisión, escuchá radio o leé. Cuando esté listo te aviso.

–Perdoná el desorden –se disculpó.

–Yo me arreglo, mi casa está más revuelta. Ahora déjame o comeremos a la madrugada.

Juan de Dios puso dos sillas junto a la pequeña mesa, extendió un mantel y acomodó la vajilla. En cada movimiento, por lo reducido del espacio, rozaba a la joven

y olía su perfume. Con vergüenza notó que lo atraía como a un adolescente inexperto y apasionado. Cuando terminó la tarea dijo "voy a poner música".

No encendió la radio, como lo hacía de costumbre porque un año atrás había descubierto que una FM local bajaba la transmisión de Milenium, una emisora capitalina, que tenía escasa publicidad y excelente música. Buscó entre los discos compactos y eligió una selección de boleros. Mientras lo colocaba en el equipo se preguntó si ese hecho demostraba su intención de seducir a Ariel. La misma pregunta se hizo cuando fue al baño, se cepilló los dientes y se perfumó. La respuesta fue: "Estoy loco, cómo se me ocurre. Sólo quiero escuchar algo melódico y estar presentable. Eso es todo".

Al volver a la sala encontró a Ariel revisando los compactos. Ella al verlo, con gesto de contrariedad, le preguntó si no tenía algo más moderno.

–Todo lo que tengo es viejo –respondió molesto.

–Por eso sos tan tristón –retrucó la joven.

Comieron a medianoche. La comida fue excelente y la conversación de Ariel llenó cualquier vacío.

–No me esforcé demasiado con el postre –se justificó la joven mientras habría una lata de duraznos al natural.

–¿Qué haremos con La Carolina? –preguntó, regresando a la mesa.

–Iré… ¿Cuándo salimos?

–El sábado por la mañana.

–Mirá que el lunes tengo examen… ¿Estás segura que el cachivache nos traerá de vuelta a tiempo?

–Confío plenamente en mi fórmula uno… hablando del examen, quiero decirte que no rendiré.

–¿Por qué?

–No estoy preparada.

–Tengo la sensación que estás mintiendo.

–Tenés razón. No daré el examen porque sería algo así como un abuso de confianza… una avivada.

–No comprendo.

–Que rendiría con ventaja.

–Sigo sin entender.

–Vamos… nos hemos conocido, te he preparado una cena, viajamos a La Carolina… no sería imparcial.

–Te equivocas, Ariel. Nunca mezclo los tantos. En el examen soy el profesor, y el que rinde, estudiante… por más que lo conozca. Tengo muy en claro que una nota regalada sólo perjudica al alumno, y el daño no entra en mis principios docentes.

–Es posible. De cualquier forma no me presentaré.

–Entonces te llevará mucho tiempo recibirte. No te olvides de que ésta es la

única cátedra de la materia…

–Bueno… no obtendré la licenciatura, pero es posible que logre ser una buena escritora –contestó riendo la joven, y mientras se levantaba agregó –: se ha hecho tarde. Me voy. Como yo cociné a vos te toca lavar los platos.

–Tomemos un café.

–No puedo. He pasado una hermosa noche, pero mañana tengo que trabajar temprano y preparar algunas cositas para el viaje.

–Decime qué llevo.

–Lo puesto… del resto me encargo yo. Eso sí: los gastos a medias y no te vayás de traje y corbata.

Juan de Dios la acompañó hasta la planta baja. Cuando regresó al departamento se sentó en el sillón del escritorio. Lo sucedido en las últimas dos horas ocupaba su atención, en especial la decisión de no rendir manifestada por Ariel. Se recriminó haber pensado que el acercamiento de la joven se debía al interés de sacar una ventaja. Después se imaginó por un instante la posibilidad de que entre ambos existiera una atracción sexual, pero no anduvo mucho en esa dirección. "Tengo que lavar los platos. Una pendeja así no se fija en un dinosaurio", dijo, y se encaminó a la cocina.

CAPÍTULO IX

El viernes se levantó tarde. Había dormido de un tirón y sin sueños molestos. Demoró en abandonar la cama. Cuando estaba casado con Marta y aún no aparecían los conflictos que llevaron a la ruptura, solía quedarse una hora o más haciendo fiaca. Tiempo en que su esposa le llevaba el desayuno y Daniel venía a contarle lo sucedido en la escuela el día anterior o bien simulaban una lucha que finalizaba con un aparatoso "me rindo" dicho a viva voz por Juan de Dios para alegría del niño, que se preparaba sobre la cama y levantando los brazos se proclamaba vencedor.

También cuando era adolescente, los fines de semana, se quedaba "pegado" a las sábanas hasta el mediodía por más que se despertaba no más allá de las siete, costumbre arraigada porque concurría a la escuela por la mañana y desde el primario nunca necesitó que su madre lo despertara, hecho que con los años atribuyó un exagerado temor a llegar tarde. En ese entonces, en la adolescencia, aprovechaba para leer historietas e imaginar que suplantaba al héroe en combates, expediciones o turbulentos amores. En uno o dos años su imaginación desechó toda acción que no se relacionara con situaciones heroicas que culminaban en masturbaciones apresuradas por el temor que su madre se le ocurriera entrar a su habitación. Eso sucedió, hasta que se relacionó con Daniela, la madre de su hijo. El embarazo cortó la posibilidad de seguir desahogándose sexualmente y volvió a masturbarse.

Esa mañana su imaginación había recobrado los ánimos de la juventud. Juan de Dios imaginaba a Ariel. La joven estaba acostada, el pelo negro en abanico sobre la almohada, desnuda dispuesta a amarlo. Él la besaba, sentía los brazos de la joven atrayéndolo, los senos acariciándole el pecho, el calor de su pubis… pero la fantasía perdía fuerza ante la realidad de su impotencia. Y Ariel se esfumó. Juan de Dios comenzó a vestirse, tratando de no pensar en la vergüenza que sentía por su incapacidad.

Quizás esa depresión que comenzaba a tomar forma hubiera tenido éxito, pero un golpe fuerte y los gritos posteriores que llegaran desde la calle la anularon.

Juan de Dios se asomó por la ventana y miró hacia abajo. Dos automóviles habían chocado, y los conductores peleaban. En realidad uno de ellos era el que golpeaba, por que el otro sólo atinaba a cuidarse el rostro con los brazos. El agresor no sólo hacía uso de los puños, también daba puntapiés y rodillazos, logrando que el agredido se inclinara y cayera sobre el asfalto. Aun en esa situación, no dejó de castigarlo hasta que fue contenido por la gente. A manotazos se deshizo de los que lo tenían; subió al automóvil y con una maniobra brusca se alejó del lugar.

Sólo cuando auxiliaron al caído, Juan de Dios pudo distinguir desde el sexto piso que se trataba del Gordo Regiano. Sin terminar de vestirse, tan rápido como su débil cuerpo se lo permitió fue en su búsqueda. Lamentablemente el ascensor estaba

ocupado, y debió descender los seis pisos por la escalera. Cuando llegó a la planta baja sus pulmones apenas dejaban entrar el aire y transpiraba cono su hubiera estado por largo tiempo en un baño turco; aun así corrió hasta el grupo que rodeaba a Regiano. Se abrió paso con facilidad porque al ver su estado de agitación nadie dudaba en apartarse. Cuando llegó junto al amigo lo escuchó repetir "estoy bien, estoy bien" a todos aquellos que le aconsejaban que fuera a un sanatorio cercano.

–Gordo… ¿qué pasó?

–Juan… qué suerte… vamos a tu casa –contestó, y luego mirando a los demás explicó, mintiendo – Mi primo… él se encargará de todo… muchas gracias.

El Gordo se apoyó en su brazo y le dijo al oído:

–Camina despacio, me duele hasta el dedo meñique… pero hagámonos humo antes de que llegue la policía.

Recorrieron a paso de hormiga los treinta metros que lo separaban del edificio. La cara de Regiano se desfiguraba por el dolor, pero mantenía una postura firme para demostrar a algunos comedidos que los acompañaban que la golpiza no le había causado mayor daño.

Por fin llegaron al departamento. No bien Juan de Dios cerró la puerta de entrada, el Gordo puteó y dijo:

–Como duele.

Lo llevó hasta el dormitorio y lo acostó.

Por más cuidado que ponía, a Juan de Dios le resultaba difícil sacarle la ropa, porque en cada movimiento el Gordo gritaba, insultaba o gemía. Al final pudo liberarlo del pantalón y la camisa. El pecho mostraba hematomas violáceos.

–Seguro que tengo varias costillas fracturadas–afirmó el Gordo que había levantado apenas la cabeza para ver su cuerpo malherido.

–Te llevo al sanatorio.

–Ni se te ocurra. Si tenés alcohol y vendas, traelas, si no andá a comprar. Yo de acá no me muevo.

–La paliza te jodió las neuronas. ¿Cómo sabés si no tenés algo grave? Vamos al sanatorio te sacás una radiografías y todos contentos.

–Sólo podrás llevarme si me arrastrás –respondió Regiano con autoridad. Ya no se quejaba y parecía que de alguna forma había dominado los dolores.

–No entiendo cómo dos tipos grandes se pelean a muerte por un raspón. Te has comportado como un niño o un loco. Por lo que pude ver tu vehículo sólo tenía hundido el paragolpes. El de tu contrincante no sé, pero de la forma que huyó intuyo que su automóvil tampoco tuvo un deterioro importante.

–No seas necio, la paliza no la recibí por el encontronazo. De hecho no existió el choque, fue él quien me encerró para impedir que huyera. A ese tipo le dicen "Bombón" y es uno de los guardaespaldas del Rengo. Tiene una fuerza de los mil demonios, no le hace asco a nada y según comentan le encanta apretar el gatillo. Por

el momento sólo vino a advertirme. Se enteraron de que los estafé. Si el dos de enero no les devuelvo la guita me matan, me hacen "boleta", me transforman en "fiambre", ¿entendés?

–La verdad que no. Ayer me asegurabas que estabas dispuesto a cuidarte, y ahora que el Rengo te ha dado hora y día de partida, me da la impresión de que le estás esquivando a la huesuda.

–Andá a la mierda con tus reflexiones, tu humor negro y las ganas de mortificarme. Ayer tenía ganas de morirme, hoy se me pasaron. ¡Dios mío!, ¿no puede un hombre cambiar de idea en cosas tan importantes? Hacé el favor de curarme y guardáte cualquier idea brillante.

A Juan de Dios le llevó un buen tiempo lavarlo, untarlo con un desinflamante, fajar el tórax, y vendar una herida en el muslo. Como punto final, Regiano tomó dos calmantes y dijo:

–Ocupate de tus cosas, pienso dormir un rato. Además, me tendrás de inquilino por unos días… supongo que no te oponés… ¿para qué están los amigos?... Necesito un tiempo para encontrar la forma de zafar del Rengo –algo más: decíle al portero que te visita un pariente… Los porteros son muy chismosos. Un pariente enfermo que necesita tranquilidad, así no se aparece por acá si escucha algún ruido cuando vos no estás. Ahora dejáme descansar –concluyó, cubriéndose con una sábana y cerrando los párpados, para volver a abrirlos y pedirle que devolviera el automóvil a un pariente que se lo había prestado. Entonces se dispuso a dormir.

Juan de Dios fue hasta el living y se sentó. Lo primero que pensó fue en el gran poder de recuperación del amigo: el hombre que gemía en minutos se había transformado en otro que ordenaba, decidía y en esos momentos roncaba a todo pulmón, según podía escuchar. Después se preguntó si debía aceptar que se quedara en el departamento. "¿Cómo reaccionará el Rengo si averigua mi complicidad?", se preguntó. "Si eso sucede correré igual destino que el Gordo. Sin tener nada que ver", se dijo. "Seremos boleta. No tengo ganas de morir ahora", afirmó, y una queja le vino desde el miedo: "Cuándo cambiaré. Supongo que nunca. El cáncer me ha hecho un corralito y me preocupo por el Rengo. Dejaré escrito mi epitafio: "Aquí descansan los restos de un cobarde sin mácula, porque nunca fue manchado por un soplo de valentía", pensó y su rostro era un fiel reflejo de la pena que sentía. Después aspiró profundo como si quisiera fortificar la voluntad maltrecha y en voz baja dijo:

–Que Regiano permanezca aquí cuanto quiera. Por lo menos podremos compartir las aburridas publicidades que se refieren al tercer milenio. En nuestro caso anunciaremos que el milenio viene movidito. –Se puso de pie y agregó: –Se ha hecho tarde. Primero voy a la facultad y después compro comida para el Gordo. Eso sí, esta situación no me impedirá ir con Ariel a La Carolina.

De más está decir que esta decisión lo asombró, y cuando cerraba la puerta de calle se preguntó: "¿Estaré cambiando?".

CAPÍTULO X

En la facultad pasó por Secretaría, donde le notificaron que sólo una de las alumnas rendiría el lunes.

–¿Ariel Fernández? –preguntó.

–Usted es vidente, profesor –contestó la auxiliar.

–No lo soy. Esa alumna me comunicó personalmente que no rendiría en este turno… ¿Y los demás?

–Se portaron muy bien. Al ver tan pocos inscriptos se plegaron a la falta de convocatoria…

–¿En qué sentido se portaron bien?

–Que se tomaron el trabajo de anular la inscripción… ¿Le parece poco?, y ahora me dice que la restante tampoco rendirá. Tiene suerte profesor, comenzaron sus vacaciones.

–Tiene razón… tengo suerte… mucha suerte.

–Otra cosa… el rector me pidió que fuera a su despacho. Necesita confirmar su presencia en la fiesta de mañana.

–Ahora voy… ¿alguna otra novedad?

–Ninguna… ¿adónde piensa ir de vacaciones?

–Todavía no lo sé. Estoy dudando entre Tahití o las islas Fidji –bromeó Juan de Dios.

–También San Luis tiene lo suyo –contestó la mujer. –Donde sea, páselo de diez y que comience el milenio con el pie derecho.

–Gracias, ¿usted qué rumbo tomará?

–Mi casa. Con cinco hijos se necesita el Banco Nación para tomar vacaciones. Nos conformamos con salir a las sierras, hacer un asado y tomar mate. Nos gusta ir al Potrero de los Funes y también a El Trapiche –respondió citando lugares del circuito serrano.

–Felicidades y buen milenio –saludó Juan de Dios.

El rector lo recibió con un abrazo. Era un hombre alto, algo encorvado de espalda, escaso pelo ondulado, usaba lentes de gran aumento. Lo conocía desde que llegó a San Luis como estudiante. Por aquel entonces era delgado, pero los años, tal vez treinta, habían engrosado su figura. En la época de estudiante se destacaba en tenis de mesa, o lo que vulgarmente se llama ping–pong. Con el tiempo se dedicó a la política universitaria y alcanzó la rectoría en la década del ochenta. Fue muy cuestionado porque, apoyado por sus seguidores, instauró la reelección en el cargo. En realidad sus opositores no advertían que el rector adoptaba una característica común de los políticos sudamericanos: quien llega al gobierno se aferra a él con uñas y dientes. Por lo tanto, olvidan que sólo son mandatarios por tiempo determinado

y apelan a cualquier estratagema para conservar para siempre el poder. A Juan de Dios esas luchas internas no le interesaban. Su idiosincrasia le impedía aspirar a cargo alguno, y si alguien pretendió movilizarlo con el argumento de que un sistema debe defenderse sin tener en cuenta los apetitos propios, él se limitaba a responder que en política todo es relativo, y para avalar su desidia citaba a Manuel Belgrano, demócrata indiscutible, que en su momento apoyó con firmeza la necesidad de un rey para gobernar el país agregando con humor: ¿Quién puede asegurar que este hombre no sea el rey necesario para llevar esta universidad a buen puerto?.

–Cómo te preparás para mañana… vamos a divertirnos hasta la madrugada. No es para menos: la última colación del milenio. ¿Qué te parece?

–No asistiré.

–¿Cómo?

–Que no vendré a la fiesta… tengo otro compromiso.

–Pero constituís la mesa académica –objetó el rector que había perdido la sonrisa.

–Tendrás que reemplazarme.

–¿Estás bromeando?–preguntó mirándolo fijo como si buscara un gesto que lo denotara.

–Lo lamento… no seré de la partida.

–Es poco gentil de tu parte. Para cualquier profesor es un honor…

–Te será fácil reemplazarme.

–Si hubieras avisado antes.

–Lo siento.

–Y yo me jodo.

–Te veré el año próximo. Ahora debo irme. Ando con el tiempo justo.

–La Universidad debería ser tu tiempo.

–Pero no lo es, por lo menos en este momento de mi vida.

Algo se había agrietado. Se notaba en el ambiente y en el indiferente apretón de manos con que se despidieron.

Cuando Juan de Dios tomó un taxi reflexionaba sobre el encuentro, pero sobre todo le llamaba la atención que su rebeldía no le produjera sentimiento de culpa o temor. Por segunda vez en el día se preguntó si estaba cambiando.

Le indicó al conductor que lo llevara hasta la Plaza Pringles. El taxi tomó por calle Rivadavia hacia el sur. En la primera cuadra Juan de Dios se había olvidado de la entrevista. Miraba a uno y otro lado como si pasara inspección. Para cada cosa tenía un recuerdo. Cuando cruzaron la calle Tomás Jofré, la memoria volcó un gran camión con carga. En una esquina se alzaba la casa que había habitado José Cacace con su esposa Sarita, en la opuesta, el Club Gimnasia y Esgrima. En esos dos lugares había pasado gran parte de su adolescencia. La casa le atrajo desde niño, mucho antes de conocer a sus moradores. Se trataba de un chalet vistoso, que a Juan de Dios se

le ocurría de arquitectura alpina. El Club, cercado por un gran paredón, fue durante muchos años el mejor y el más concurrido de San Luis. Las coincidencias obran nudos. José Cacace, por razones que sólo el destino comprende, fue el transformador de la institución, cambio que le costó perder su tranquila situación económica. Pepe, como lo conocía la mayoría; el Ratón Atómico, según lo bautizara el adolescente Juan de Dios por su accionar hiperquinético, fue designado presidente del Club. Cuando asumió, la institución sólo tenía una cancha de bochas, otra de tenis y una de básquet. Los socios podían contarse con los dedos de la mano. En pocos años construyó frontón, piscina, secretaría, tribunas, etc. Atrajo centenares de socios. Propulsó una actividad social y deportiva como nunca antes se había visto en la ciudad. Pero todo esto implicaba un sube y baja: crecía el Club, Pepe se empobrecía.

Al contemplar el Club, Juan de Dios sintió pena. Los años y las malas conducciones deterioraron la institución en forma alarmante, se comentaba que había perdido gran parte de su masa social; pero su tristeza estaba totalmente vinculada a la falta de reconocimiento a hombres y mujeres que empeñaban su vida en tareas comunitarias sin pedir nada a cambio. Personas que el tiempo se encargó de borrar apenas perdían vigencia, sin un mínimo agradecimiento por más que pasaran al lado. En este país tenés que ser famoso o político. Ante ellos se inclinan los medios de comunicación, y cuando mueren no es difícil que enganchen su nombre a una calle o a un monumento. Admiro las antiguas comunidades donde la historia se cargaba en la memoria colectiva y los descendientes podían conocerla de boca de sus antepasados. Cómo me gustaría haber pertenecido a una tribu o un clan", finalizó Juan de Dios en el momento que el taxi se detenía frente al supermercado.

Apenas ingresó al negocio vio a Ariel y fue a saludarla.

–¿El viaje sigue en pie?–le preguntó dándole un beso en la mejilla.

–Por supuesto… ¿Te parece bien que salgamos a la seis?

–Muy bien, así evitamos un poco el calor.

–¿Viniste a saludarme? –preguntó Ariel con sonrisa seductora.

–Sí, y a hacer unas compras.

–No tenés que llevar nada. Ya te lo dije.

–Lo sé, pero resulta que tengo un pariente de visita en casa, se quedará unos días. Algo debo ofrecerle… eso sí: elegiré otra caja para pagar, no quiero correr riesgos y convertirme en el ladrón de los supermercados.

–Así me gusta… siempre en una cuevita para evitar peligros.

–Tu frase es agresiva y con un mensaje, digamos… que justifica cualquier acción.

–Acostumbro a manifestar lo que siento si hablo con alguien que estimo.

–Gracias, Ariel, pero ojo con las verdades que hieren.

–De acuerdo. Sos un tipo magnifico… sin defectos… un ejemplo.

–Te enojaste. Para que te quedés tranquila confieso tener algunas conductas inapropiadas.

–¿Por tan poca cosa? Me enojo por cosas importantes. Para demostrártelo esta noche iré a tu departamento y cocinaré para vos y tu pariente. Seguro que se trata de una señora o señorita que quiere despedirse antes de la excursión a La Carolina.

–En absoluto, pero no es conveniente, mi pariente está algo enfermo. Necesita reposo, silencio… ¿entendés?

–Sigo pensando que se trata de una amiga.

Juan de Dios iba a responderle que ella era dueña de suponer lo que quisiera, pero, sorprendentemente, dijo otra cosa.

–Vení… una buena cena no se desperdicia… y ahora me dedico a comprar. El supervisor nos está mirando con gesto de censura.

–A las diez estoy con ustedes.

Juan de Dios hizo las compras, saludó de lejos a Ariel y salió a la calle.

Mientras recorría la cuadra que lo separaba de su casa se preguntaba el motivo que lo llevó a acceder al ofrecimiento de Ariel. Cuando llegó a la puerta del edificio sin encontrar respuesta, mientras introducía la llave dijo: "Lo hice para salir de la cuevita".

Al ingresar los ronquidos de Regiano fueron la señal tranquilizadora de que todo estaba bien. Se dirigió a la habitación y certificó que el Gordo no se había movido del lugar en que lo dejara. "Un buen descanso lo recuperará", pensó. Se dirigió a la cocina y comenzó a ubicar en la alacena los comestibles que había comprado. Mientras lo hacía se preguntaba cómo terminaría la historia de Regiano y el Rengo. "También mía", agregó porque su amigo ya lo había involucrado al tomar su casa de aguantadero. "Además está en el tema del cuento y los poemas. Prometo no hacerlos, pero a los cincuenta ya no puedo mentirme. A medida que se acerca el martes aumentarán mis escalofríos y me pondré a escribirlos. Nada menos que en honor de Helena Flores, quien espera que la mancha negra me alcance para hacerse cargo de mi cátedra. ¿Y Ariel? Yo la he hecho partícipe de este enredo aceptando que venga esta noche. ¿Cómo sería todo si tuviera valor? Al Gordo le daría una mano sin temor, al Rengo lo mandaría a la mierda, y a Ariel… bueno, me largaría de lleno. ¿Pero qué querés Juan? Pedís peras al olmo. Siempre pensé que la política universitaria no era mi lugar. Profesor y basta. Sin buscar problemas. Hoy reconozco en mi conciencia que no aspiré a cargo alguno para evitar la presión. ¿Cuántas veces te conformaste mintiéndote? Nada de jugarse. Adentro sabías muy bien que tu deseo era ser transparente para no molestar a nadie", pensaba mientras acomodaba la mercadería con una lentitud que parecía que se movía en cámara lenta, más aún, a veces se detenía con mirada ausente como si se olvidara de lo que estaba haciendo y necesitara recordar.

Muchas veces en su vida se había propuesto concurrir a un psiquiatra, pero igual cantidad de veces se arrepintió. Hasta que apareció el cáncer, y con él, quimioterapia y rayos. Entonces sí busco ayuda. Y al mismo tiempo que recibía el tratamiento fue atendido por una psiquiatra. La mujer de unos sesenta años, creyó que Juan de Dios concurría a verla por su situación, y toda su prédica iba dirigida a convencerlo de que

tener cáncer no significaba la muerte, aclarando que la ciencia adelantaba día a día logrando curaciones pocos años antes. Le aconsejaba pensar en positivo, erradicar cualquier idea negativa con relación a la enfermedad y otros razonamientos semejantes. Cada tanto agregaba, seguramente para consolarlo, que nadie puede determinar el día de la muerte, que morir no es tan fácil, que conocía cancerosos desahuciados que habían vivido por veinte o más años, que por eso de que nadie se muere en la víspera ella bien podía abandonar el mundo antes que él.

Juan de Dios, por venganza, nunca confesó en las sesiones que el miedo que lo acompañaba desde la niñez se había agrandado con los años hasta ser una montaña sobre el pecho, y que éste era su verdadero problema.

Al finalizar el tratamiento, tratando de encontrar una respuesta a su enfermedad con otros medios recurrió a la fe, al yoga, a los parapsicólogos, acupunturistas, tarotistas y curanderos.

De la religión aprendió que podía curarse o no, que la oración era el camino para lograr la intervención divina, intervención que podía sanarlo, y si esto no se lograba, nos conducía a la fortaleza de la resignación para aceptar un destino que por el momento le era incomprensible. Con el yoga aprendió relajación que sólo le fue útil en los primeros tiempos, porque su ansiedad se hizo fuerte y recuperó el terreno perdido. Los parapsicólogos le confeccionaron su carta astral, y algunos vaticinaron su curación por la conjunción de los planetas benéficos. Los profesionales de la acupuntura pincharon su cuerpo, y si bien no aseguraron la curación, suponían que los centros estimulados harían retroceder la enfermedad. Los tarotistas, cartas en mano, previeron un futuro de muchos años, nueva esposa, buen pasar y que los sufrimientos serían suplantados por la copa llena de felicidad. Los curanderos apelaron a brebajes intomables, masajes corporales, frases que debía repetir en oportunidades precisas.

Al finalizar ese recorrido común de los enfermos desesperados reconoció que el único y real apoyo era la fe: su religión católica no le aseguraba destruir el cáncer, esto dependía de los designios del Padre Supremo, pero sintió un verdadero consuelo en la oración. En los momentos en que su espíritu se quebraba orar a la Virgen lo calmaba haciéndole posible soportar con dignidad su estado. Lo que continuaba sin solución era el miedo que lo asaltaba con mínima contrariedad.

–¿Pensás tenerme sin comer? –preguntó el gordo Regiano a su espalda.

Se sobresaltó. Su amigo sonreía, y por su postura daba la impresión de haber superado el mal trance.

–A este cuerpito hay que cuidarlo –dijo, tocándose el abdomen.

–Te puedo ofrecer un suculento guiso de arroz.

–De acuerdo… lo más pronto posible, el estómago protesta.

–Esta noche comeremos mejor. Tendremos visita. Mientras cocino te cuento.

–¿Viene un cheff internacional?

CAPÍTULO XI

Esa noche mientras cenaban Juan de Dios le explicó a Ariel la situación de Regiano. Para su sorpresa, la joven conocía al Rengo, pero no como usurero.

–Una vez a la semana juego a la quiniela clandestina, y el tomador me comentó sobre él. Es el capitalista. Y cumple. Las pocas veces que acerté me pagaron en el día. De más está decir que tuve curiosidad por conocerlo, así que no me llevó mucho tiempo identificarlo. Es famoso en San Luis. En una oportunidad me crucé con él y me dijo un piropo, si se puede llamar así a una descripción guaranga de mi anatomía.

–Te felicito por el candidato –ironizó Regiano.

–¿Me lo decís porque cojea o por su condición de usurero? –preguntó Ariel.

–Por esas cosas y otras: golpear, incapacitar o asesinar a los deudores.

–Es una forma de ver los hechos. Quien da el primer paso es el que no cumple. En tu caso, según me contás, le metiste flor de perro. Y no por una causa noble. Le vendiste, mejor dicho hipotecaste, un buzón. Le sacaste mucho dinero como cosas que ya no era tuyas, con la ayuda de un escribano mortal… El Rengo no es de los hombres que sólo se lamentan cuando los embroman.

–Tu amiga quiere que la comida me caiga mal –protestó Regiano.

–Lo que ha dicho se ajusta a los hechos–respondió Juan de Dios.

–¡Ya lo sé! No necesita repetir lo que sé. ¿Qué debo hacer?... dejar que ese maleante me rompa los huesos, esperar que me peguen un tiro en la nuca, caminar de rodillas pidiéndole clemencia… Y les diré más: yo me comporté como delincuente, pero este tipo no deja de ser una basura. Alguien que se aprovecha de la necesidad de la gente para imponerles condiciones que no podrán cumplir y después goza dañándolos es peor que yo. Otra cosa: mi estafa, en alguna medida, es justa. Que por una vez alguien lo humille y sufra ante los verdaderos capitalistas el miedo que él hace sentir a los demás.

–En mi opinión exagerás… Te apretará, eso es seguro. Y vos pondrás a andar tu cabeza para devolverle el dinero. Todo se solucionará. Contá con mi ayuda–dijo Juan de Dios.

–También con la mía –afirmó la joven y agregó –: Al Rengo le conviene mantener fama de ogro, pero si asesinara a cada deudor tendría que ser propietario de un cementerio.

Regiano esbozó una media sonrisa que no ocultó su escepticismo ante el optimismo de sus amigos. Después, con la idea de no continuar con un tema que para él ya estaba decidido, preguntó:

–¿Ustedes son novios o algo así?

–Algo así –contestó sonriendo Ariel.

–Es una alumna de la cátedra –intervino Juan de Dios sintiendo ardor en las mejillas

–Lo digo siempre: nada mejor que la facultad para hacer relaciones –bromeó el Gordo al notar la vergüenza del amigo.

–¡Qué decís!… Ariel es sólo una estudiante. Acabo de conocerla. No insinúes algo que no existe. No me gusta el humor chabacano.

–Pará… sólo dije la palabra relaciones. De amigo, de profesor y alumna, de trabajo. ¿Qué tiene de malo? Por la forma que reaccionaste diría que tenés cola de paja y temés la quemazón. ¿No te parece Ariel?

–Tenés razón. Nada hay de malo en tu comentario. Aunque debo aclararte que en nuestro caso existe una relación impura. El profe es muy lanzado y yo opongo poca resistencia. Me convenció en unas horas. Trabajo rápido. Pero la pasamos bien. Por lo menos la atracción no disminuye, aumenta. Tenemos pieles concordantes y mimosas –respondió con seriedad la joven dejando boquiabiertos a los hombres.

Por fin, Juan de Dios consiguió reaccionar.

–Aclará que es una broma. Te comportás peor que él –luego dirigiéndose a Regiano –A ella le gusta bromear… hasta me hizo creer que era travesti.

–Entiendo… pero cuando investigaste en profundidad comprobaste que todo estaba en orden.

–¡Dejáte de joder!... ¡Déjense de joder!

Las risas de ambos lo mortificaron aún más, pero ni Ariel ni Regiano parecían dispuestos a tener en cuenta su malestar.

–Mañana nos vamos de week–end a La Carolina –dijo la joven con gesto pícaro.

–Los felicito… hace años que le aconsejaba a este viejo que buscara una compañera.

–No seas despectivo… tiene algunos años pero tampoco es Matusalén.

–Impropio pedirles que me lleven, molestaría a los tortolitos, pero me atrevo a solicitarles bondad y clemencia para este hombre asustado –recitó Regiano inclinándose servicialmente con la última frase.

–Esta reina no tiene corazón de piedra. Escucha a sus cortesanos, aldeanos y gorditos trémulos. Os dejo que nos acompañéis –teatralizó la joven acorde con el tono empleado en la petición.

–No te llevamos a ningún lado, vos quedate en el departamento y no salgas de él y no te pasará nada. Hasta la comida te he comprado –protestó Juan de Dios.

–Mi corazón me decía que su alteza se opondría. Ni siquiera escucha a su reina, que es un manto de solidaridad para sus súbditos.

–Vamos, profe, no nos cuesta nada –pidió Ariel.

–¿Nada?... Tu Citroën se partirá en cuatro cuando ascienda este espécimen.

–Aguantará… a lo sumo habrá que empujar en las cuestas, pero un amigo vale más que ese pequeño esfuerzo.

–Y bueno… estoy en minoría.

–Gracias. Mi alma les agradece.

–¿A qué hora salimos? –preguntó el Gordo.

–A las seis.

–Para mí, cuanto antes me vaya de la ciudad, mejor. Vos, viejito, acostáte que yo me encargo de los platos y de acompañar a su casa a esta hermosura.

–Vivo a unos metros de aquí. No hace falta; además, es mejor que no asomés ni la nariz –contestó Ariel.

CAPÍTULO XII

No salieron a la hora convenida. Con el nuevo pasajero, hubo que reacomodar la carga. Cuando todo fue ordenado por Ariel y Juan de Dios, llamaron a Regiano, que por motivos de seguridad había permanecido en el departamento. El Gordo se ubicó con dificultad en el asiento trasero, rodeado de abrigos, cañas y caja de pesca aportados por el profesor, una cesta con alimentos, termo con agua caliente y mate, un par de botas, y sus propias pertenencias, que no eran muchas: una bolsa con sándwiches, tres botellas de vino, la colcha con que se había cubierto al salir del edificio.

Recorrieron una cuadra y se detuvieron en la estación de servicio a cargar nafta. Juan de Dios fue a pagar, pero la joven se opuso.

–Todo a medias, Regiano no cuenta.

–Hacés bien, no tengo cinco centavos en el bolsillo –aceptó el Gordo.

–De acuerdo. Pero no soy un buen administrador. Vos como cajera tendrás tu experiencia. Aquí te entrego, con nuestro amigo como testigo, cien pesos. Después me rendís cuenta –dijo sonriendo Juan de Dios.

–Aunque no ponga nada, cuento con que me darán algún gusto.

–Depende… no soy buen administrador pero tampoco pródigo.

–Exigiré poco. Llamá al canillita y comprá "El Diario". Una costumbre… estar enterado de lo que pasa en el pueblo.

Ariel hizo señas al joven que en la esquina ofrecía "El Diario de la República" a los madrugadores de ese sábado, sin vocearlo, sólo mostrándolo con el brazo extendido a la altura de la cabeza. Pagó y lo arrojó por la ventanilla quebrada del Citroën en dirección de Regiano.

–Servicio a domicilio, señor –bromeó Ariel.

Al terminar de cargar nafta ascendieron al vehículo. Regiano estaba pálido y temblaba.

–¿Tenés frío? ¿Estás mal por los golpes? –preguntó Juan de Dios.

El Gordo se limitó a alcanzarle el diario.

El título principal de la tapa informaba: "Conocido escribano asesinado", y más abajo en letras pequeñas los números de las páginas en las cuales se trataba el tema.

–Vamos –ordenó Juan de Dios mientras trataba de ubicarlas.

Ariel retomó por la avenida Illia con rumbo al este. Para ingresar después por calle Junín. Al llegar a los semáforos de la avenida Sucre, Juan de Dios comenzó a leer:

–"Ayer por la tarde unos adolescentes descubrieron un cuerpo flotando en Dique Chico y dieron aviso a la policía. Al llegar al lugar comprobaron que el occiso era un hombre de sesenta años, atado de pies y manos, con un disparo en la nuca. Profunda consternación causó la identificación del cadáver, dado que se trata del escribano

público Enrique Mulle, ampliamente conocido por la comunidad puntana, con treinta años de ejercicio profesional. El personal policial especula que el autor del crimen haya tenido vinculación profesional con la víctima." –El resto del artículo lo complementaba una biografía del escribano y varias fotos de su cadáver cuando era retirado del agua.

–¿Seguís opinando lo mismo? –preguntó Regiano a Ariel con vos temblorosa, refiriéndose a la conversación mantenida en la noche anterior.

Ariel no contestó. Los tres se mantuvieron en silencio hasta cruzar el puente derivador.

–¡Qué hijo de puta! –insultó Juan de Dios.

–Tendré que huir de la provincia –dijo Regiano.

–Tenés razón. Ese tipo está dispuesto a matarte si no le pagás –intervino la joven.

–Aunque pudiera pagarle también me mataría. Más que la plata al Rengo le interesa mantener prestigio. Nunca perdonará que lo haya estafado. Las noticias vuelan, estoy seguro que varios marginales ya conocen los hechos y esperan su reacción. Si no reacciona, si sólo se limitara a cobrar, se le reirían en la cara. Si actuó así con el escribano, a mí me colgará de las bolas –replicó Regiano, y de inmediato pidió perdón por su vocabulario, recibiendo de Ariel un gesto de "no tiene importancia".

–Te ayudaremos a escapar. Lo más lejos posible, pero por ahora es mejor que te tranquilicés. No se les ocurrirá buscarte en La Carolina. Es más: será conveniente que no regresés a la ciudad. Por lo menos hasta los primeros días de enero, cuando te haya conseguido la forma de viajar. El Rengo, en estos momentos, debe tener gente controlando la terminal de ómnibus y el aeropuerto. Convendrá que te quedés en La Carolina. De alguna forma iré a verte.

–¿Cómo en alguna forma?... conmigo y mi querido Citroën.

–Te agradezco, pero no quiero que te involucrés. Al menos yo soy amigo de este hipopótamo desde la infancia. Además, yo no tengo mucho que perder –concluyó Juan de Dios con tono melancólico, porque la imagen de la mancha había aparecido en su cerebro.

–Ni en joda. Yo soy una más de está pandilla en desgracia y me encantaría pasar nochebuena en La Carolina donde el cielo es el más bello del mundo. Así que, mi querido profe, no me dejarás de lado.

–Juan tiene razón –intervino el Gordo.

–Usted mantenga silencio –respondió Ariel sin usar el voseo para firmar su autoridad.

–Encima que debemos mantenerlo, quiere opinar. El 24 gran festejo… los tres juntos y algún lugareño que se prenda.

Pasaban por la localidad de El Chorrillo, dependiente del municipio de Juana Koslay desde hacía poco tiempo. La reforma política propiciada por el gobernador,

que había ingresado en el quinto mandato consecutivo, aglutinó a varias localidades que mantenían desde el siglo anterior características particulares. Entre ellas: San Roque, Cruz de Piedra y Las Chacras. Para otorgar nombre al nuevo municipio se organizó una consulta popular. El elegido fue el perteneciente a una indígena, hija de cacique, que contrajo nupcias con el español Gómez Isleño en tiempos de la conquista. En verdad, los historiadores jamás pudieron comprobar si esa unión existió o se trataba de una leyenda. Es más, ponían en tela de juicio la existencia misma de los protagonistas.

Ese lugar, El Chorrillo, con sierras al norte y la pampa al sur, dio origen al nombre del conocido viento local “Chorrillero”, un viento del este, frío y revoltoso, que cuando soplaba se mantenía por lapsos de 24, 48 o 72 horas, como si desconociera términos intermedios.

–Pensalo bien, correrás peligro –insistió el profesor.

–Mal consejo: pienso poco y mal. Tengo ganas de participar y punto. Tomo de la vida lo que me ofrece sin meditar conveniencias. ¿Qué voy a esperar? Tener mil años para actuar, ser vieja para soñar con lo que no hice. No, mi querido Juan, yo me meto en esta aventura, aquí y ahora. Además no es obligación que termine en una tragedia. No quiero integrar el grupo de personas que se cuidan de todo y terminan con un cáncer o bajo las ruedas de un auto –dijo la joven.

La afirmación de Ariel sorprendió a Regiano, que la noche anterior se había convencido de que Juan de Dios y ella eran amantes. Se preguntó si la mención de la enfermedad era una agresión velada a la forma de ser de su amigo o si Ariel desconocía su afección; en este caso el desconocimiento bien podía deberse a una reserva de Juan o bien a que entre ambos no existiera relación sentimental alguna.

Juan de Dios, por su parte, hizo un gesto de desagrado al escucharla. La palabra cáncer puso en primer plano a la mancha negra. Se le veló la mirada. El día, que se anunciaba esplendoroso, fue cubierto por la oscuridad ondulante de la mancha. Con gran esfuerzo descorrió esa cortina que enturbiaba el verde de los árboles, la claridad del sol naciente, las graciosas y firmes formas de las montañas cercanas. Se preguntó si al definir la negrura pantanosa que invadía su cerebro se refería a su enfermedad o a algo más amplio, indefinido, monstruoso; por primera vez pensó que se trataba de una metáfora para designar al destino. Reflexionó que, más allá de su suerte, el destino que controlaba cada partícula del universo era un pantano infinito que cubría a su antojo objetos y personas. Un líquido pestilente vengativo, sádico, maligno, impiadoso, asfixiante, injusto, inmoral, pero por sobre todas las cosas con capacidad ilimitada de repartir sufrimiento eternamente; que se fortificaba con el daño, minuto a minuto, hasta el fin de los siglos, momento en que habiendo absorbido hasta la más insignificante partícula del universo, tragaría gustosamente la luz y reinaría.

“Me rodea a mí, como también tiene cercado a mis amigos. Con la única diferencia de que mi enfermedad permite verlo antes que se dé el gran atracón. Y si

hace miles de años se comió un soldado romano, ahora se le ocurre un profesor de literatura y muchos otros que en este preciso momento devora".

–Che… ¿qué les pasa? Han enmudecido, ¿dije algo fuera de lugar? –preguntó Ariel soltando una de las manos del volante y girando la cabeza para mirarlos.

–Nada… nos embarga al paisaje–se apresuró a contestar Regiano desde atrás.

–Por más que este cascajo vaya a paso de tortuga prestá atención a la ruta y conducí con las dos manos–protestó Juan de Dios.

–De acuerdo, profesor–contestó la joven en el mismo momento que dejaba el volante libre y acomodaba su pelo.

–Nos vamos a ir al carajo–insistió Juan de Dios.

–No, profe, el Citroën sigue el camino aunque no lo dirija. Me cuida como si fuera su hija.

–Por las dudas no tratés de demostrar ese amor filial con nosotros arriba–argumentó el Gordo.

Ariel hizo caso, aunque se rió de los temores de sus acompañantes. Llegaron a lo de Montenegro, una vieja casona que tuvo distintos destinos a través del tiempo. En ese lugar el camino se cierra en una curva pronunciada.

El común de la gente fija allí el límite del Chorrillo. A la derecha se ven los frondosos árboles de San Roque, a la izquierda, un poco más adelante, la localidad de Las Chacras.

–Es posible que en estos lugares tuviera el primer asiento la ciudad–dijo Juan de Dios mirando las arboledas.

–Adelante, don Gez–bromeó Regiano haciendo referencia a un laborioso historiador y geógrafo de San Luis de principios de siglo.

–Es posible… todo es posible… Esta zona, de un clima más favorable menos árido, y la cercanía del río Cuchi–Corral les aseguraba agua–continuó el profesor sin prestarle atención.

–Lo que sí se puede afirmar es que esta zona era preferida por los indígenas. No sé si conocés al agrimensor Rowe–preguntó Regiano, y sin esperar respuesta agregó–: Su pasatiempo favorito en los fines de semana es venir por estos lados a buscar puntas de flechas, cananas, morteros. Fijáte que cuando el Golf Club San Luis instaló el riego por aspersión se encontró un esqueleto indígena completo–y cuando decía esto pasaban frente al hermoso campo de golf que integraba la localidad de Cruz de Piedra.

–Qué bella es esta provincia –afirmó Ariel–, en un trayecto de pocos kilómetros encontrás paisajes diferentes, pueblitos acogedores. A veces tengo la impresión de que por estar tan cercanos unos con otros se mueven hacia un centro indefinido para mostrarse juntos, compitiendo por la atención del viajero.

–La pampeana anda con vena poética–ironizó el profesor.

–Y ustedes dos andan de vagos. ¿Por qué no se encarga alguno de preparar el mate?

El Citroën bramó al subir por la multitrocha en dirección al Volcán. Desde la altura se veía el dique Cruz de Piedra en toda su extensión.

Mientras el Gordo Regiano se encargaba de cargar yerba y azúcar a la calabaza, Juan de Dios comentó que existía un proyecto para lograr que el antiguo embalse, embancado por los años, recuperara su atracción turística.

–Al patroncito se lo puede criticar por muchas cosas, pero que ha hecho obras, nadie lo puede discutir–dijo Ariel refiriéndose al gobernador de la provincia.

–¿Lo de patroncito es para que relacionemos o adhiramos? –preguntó Regiano– Por si no lo sabés estos hombres que te acompañan no pertenecen al mundo de la política.

–Pero tendrán alguna opinión sobre lo sucedido en dieciséis años de mandato y un quinto período a cumplir.

–Yo la tengo: sé que San Luis es antes y después del Adolfo –afirmó Regiano llamando por su nombre a Rodríguez Saá.

–¿Eso es bueno o malo? –insistió Ariel.

–La provincia cambió. La población creció, se hicieron caminos, miles de casas, comunicaciones, diques.

–Es decir que a vos sólo te interesa la obra pública, pero te hago notar que un gobierno también puede ser juzgado por otros conceptos.

–Mira… si te referís a aspectos morales, demócratas, mi idea, que por supuesto haría reír a cualquier opositor, es que él ha sido preferido por la mayoría y creo que un voto es igual a otro voto. Si el hombre fue elegido, respetemos la elección. Desde niño, y de eso hace mucho tiempo, he notado que los perdedores pretenden imponerse de cualquier forma. Debido a esa conducta fue testigo de políticos muy democráticos golpear las puertas de los cuarteles para derrocar a gobiernos elegidos por el pueblo. Es más, un presidente fue electo con el 22 o 28 por ciento de los votos porque el peronismo estaba proscripto. Puedo seguir: cuando Framini fue electo como gobernador de Buenos Aires, rajaron a Frondizi. ¿No es la democracia el gobierno de la mayoría? Por lo tanto sería conveniente respetar este principio. Pienso, en consecuencia, que la población ha preferido mantener a su gobernante porque ha privilegiado en el análisis ciertos valores u obras. Fijáte que en esta última elección Rodríguez Saá pierde en Capital. Quizás éste sea signo de un cambio de opinión. Quizás la mayoría comienza a apetecer otras cosas. Mientras tanto, se debe aceptar que en la provincia se confía en él. Y te pido, por haberlo escuchado mucho de los perdedores, que no hables de fraude y prebendas.

–Y vos, profesor, ¿tenés alguna opinión o es más cómodo el silencio?

–Creo que Adolfo debió excluirse cuando completó el segundo mandato. Perpetuarse en el poder daña –se limitó a decir Juan de Dios.

–Pensamiento utópico, querido amigo. Por lo poco que han leído este burro que intenta cebar un mate, ha advertido que las reelecciones son comunes en nuestro país.

Ni hablar de Sudamérica. Ya sé, me responderás que somos hijos del subdesarrollo. Te ahorro la frase porque según sé Margaret Thacher envejeció en el puesto, y Mitterrand o De Gaulle se pegaron al sillón.

–Son sistemas diferentes… hay otra cultura –respondió Juan de Dios indeciso.

–Puras macanas… resulta que nuestros gobernantes son corruptos y los del Hemisferio Norte están en etapa de beatificación. ¿Me pueden explicar las bondades de Clinton que ordena bombardear pueblos indefensos y cuando alguna bombita cae en un hospital o en una escuela llena de niños sólo dice: "Lo lamento estamos defendiendo la democracia", y dice esto mientras juega con la amante? Y no es de ahora, porque si tuvieran memoria recordarían Vietnam, o el hundimiento del Manuel Belgrano. La lista es infinita.

–Conclusión: vos sos Adolfista –afirmó Ariel.

–Para nada, pero no me gustan los versos, que me vendan espejitos de colores, ya compré demasiado –respondió el Gordo mientras le alcanzaba el mate.

–A lo mejor tenés razón… siempre habrá gobernantes y gobernados –intercedió Juan de Dios.

–¿Qué dijiste? –preguntó la joven.

–Una frase de un jurista francés que vivió hace dos siglos. Una afirmación pesimista: el mundo no cambiará. Siempre existirán los de arriba y los de abajo. A su criterio es la única forma de mantener esto que llamamos humanidad.

–Yo sólo sé que si el poder está de tu lado podés hacer lo que quieras. El periodismo te alabará aunque preparés morcillas con sangre de recién nacidos. Yo no creo que Fujimori sea un diablo y Vargas Llosa un santo. La misma regla la aplico para todo el mundo. Eso sí: no tengo inconveniente en reconocer lo que hace bien un hombre sin importarme de qué color político es. ¿Fue Rosas un endemoniado y Urquiza un ángel tutelar? Reitero: no compro más espejitos de colores. El vencedor de Caseros conducía un ejército de extranjeros, y San Martín le regaló su sable al tirano. Contradicciones de este tipo sorprenden a quienes desconocen los laberintos en que se meten los poderosos. ¿Quién apoyó las tiranías en Sudamérica en la década del cincuenta, quién permitió que en el setenta reinaran los militares en las pobres repúblicas de esta parte del continente?... No me respondan… déjenme adivinar… ¿Fueron tal vez nuestros hermanos rubios del Norte? Los John Wayne de la democracia.

Regiano hizo una pausa y continuó: –este gordito analfabeto ha hablado demasiado.

–Estoy de acuerdo… vos te das manija y sos capaz de ponerte a desvariar sobre Julio César –aceptó Ariel.

–Exijo mi mate y tu silencio –bromeó Juan de Dios.

Transitaban por la banda sur de El Volcán. El lugar había tenido su auge setenta años antes, cuando las principales familias de San Luis lo eligieron como lugar de vacaciones. Por aquel entonces los caminos eran intransitables, y los medios de

locomoción, escasos. La ubicación, a veinte kilómetros de la capital, fue uno de los motivos para su elección como centro turístico. Con el mejoramiento de las rutas perdió ese liderazgo. Sobre el final del bello pueblito, tomaron la ruta 9 rumbo al Trapiche.

Juan de Dios, como se lo había planteado en las últimas horas, pensó si convenía comentar su encuentro con el Rengo. Había desechado la idea cuando Regiano se refugió en su casa, actuó de igual forma a la hora de la cena, pero ahora se decía que no tenía sentido seguir ocultando el hecho. El fin, se decidió y comentó lo sucedido, incluido el extraño pedido de que escribiera un cuento y algunos poemas. Mencionó también a Helena Flores y la atracción que despertaba en el delincuente.

–¿Ya los escribiste? –preguntó Ariel.

–No pienso escribir para ese canalla –afirmó, sin que sus palabras llegaran con la debida convicción. Dudó un momento. Se preguntaba si era capaz de soportar la vergüenza que sentía. Respiró profundo y dijo–:Los voy a escribir… Como sea: le tengo miedo. Lo lamento.

–¿Por qué no me lo dijiste antes? –preguntó Regiano.

–No me animé… acababan de darte una paliza por culpa de él.

–¿Has pensado que si te descubre tratando de ocultarme también serás boleta, como el escribano?

–Así lo supongo… y Ariel tampoco está excluida.

–¡Arriba ese ánimo! ¡Qué dicen! El Rengo no es el dueño del mundo y nosotros tampoco somos cucarachas. ¿Qué imaginan? ¿Qué ese tipo puede mandar al hoyo a quien se le antoje? Aun si así fuera… ¿somos ovejas?... ¿no podemos defendernos?... Terminen con el Rengo. He venido a pasar un hermoso fin de semana y no dejaré que me lo arruinen –intervino Ariel, sin disimular el disgusto que sentía.

El Gordo, con voz aflautada, propuso que lo dejaran allí, en el camino, que él se las arreglaría y evitaría complicarlos en la historia.

–Abrí la puerta y tirate, si querés bajar, vos seguís con el profe y conmigo. Te encontraremos un lugar en La Carolina para que te escondas y te prepararemos la huida. ¿Saben qué pido?... que cuando tenga la edad de ustedes no ande ensuciando los calzones. Vivir con miedo es haber puesto un pie en el infierno.

Ninguno de los hombres replicó. Se mantuvieron en silencio. Cuando Juan de Dios volvió ha hablar transitaban por la zona de El Amparo. Las montañas se habían alejado. Los campos sembrados y la cadena montañosa al fondo crean un paisaje de una belleza excepcional. El profesor indicó las sierras y dijo:

–Algún día tenemos que venir al Durazno o a Virorco. Son lugares de fantasía, de ensueño. –Al expresar la frase sintió tristeza porque se preguntó, en silencio, si tal día llegaría a existir.

CAPÍTULO XIII

En El Trapiche se detuvieron en la estación de servicios, y Ariel le pidió al empleado que completara el tanque de nafta.

–Chicos tengo necesidad de un baño, enseguida vuelvo –dijo.

–Es una piba bárbara –afirmó Regiano, mirándola mientras se alejaba.

–Temperamental.

–Decime… sólo porque soy chismoso… ¿Te acostás con ella?

–¿Cómo se te ocurre?

–Porque ella es una mujer y vos… aparentemente un hombre –dijo Regiano riendo.

–No nos acostamos, pero me gustaría que así fuera –contestó Juan de Dios y se sorprendió por haber dado esa respuesta.

–Al fin un signo de vida –replicó su amigo.

–Perdón… no sé por qué le dije. Una brabuconada de mi parte. Olvidalo. Quise presumir.

–De acuerdo… escucharte fue desagradable –teatralizó Regiano.

Continuaron la marcha recorriendo el hermoso pueblo, dividido por el río Trapiche. A la altura de la Hostería Los Sauces, Ariel abandonó el camino y estacionó el Citroën a escasa distancia del cruce.

–Propongo que hagamos un alto para un buen desayuno –explicó.

–Tu propuesta, por los hechos, me huele a decisión tomada –respondió el Gordo y agregó–: Yo soy materia dispuesta.

Apoyaron una carpa sobre el suelo húmedo y los pastos tiernos. La joven bajó la canasta ubicándola en el centro de la tela extendida. Cuando se sentaron, formando círculo, Ariel repartió sándwiches y alcanzó una botella de vino a Juan de Dios.

–¿No te parece temprano para comenzar con el alcohol? –preguntó al recibirla.

–También hay gaseosa –respondió mientras le daba un sacacorchos.

–Prefiero el vino –opinó Regiano.

Habían demorado más de lo previsto en llegar al Trapiche. El sol se elevaba con soltura sobre los alargados álamos y obesos sauces llorones. Juan de Dios hizo notar la lentitud de la marcha y puso en duda que el automóvil llegara a La Carolina teniendo en cuenta que a partir de Río Grande el camino comenzaba a subir cuestas empinadas.

–Te juego que nos lleva al fin del mundo –intervino Ariel, desafiante.

–A Regiano le gusta el juego –respondió.

–Así es… pero yo creo que el bicho ése va a llegar, por lo tanto no hay posibilidades de aportar nada –respondió el Gordo.

–Entonces dejemos en paz mi humilde transporte. Cambiemos de tema. ¿Por

qué este lugar se llama Trapiche?, ¿alguna molienda de granos, tal vez?

–Nuestra provincia se ha caracterizado por olvidar su historia. Los puntanos somos particulares con el pasado. Da la impresión de que sólo se vive el presente…

–Sin cátedra, profe, ¿conocés la respuesta? –interrumpió Ariel.

–Sólo teoría, se dice que cuando descubrieron oro en La Carolina, que por ese entonces se llamaba San Antonio de Las Invernadas, el Marqués de Sobremonte se trasladó a este lugar e instaló un trapiche (agrego que en su visita aprovechó, dada su condición de chupamedias, para darle el espiante a San Antonio y llamar al lugar Carolina en honor a Carlos III de España. O sea que de alguna manera se puede decir que aprovechó la oportunidad para bautizar a las dos localidades).

Ariel preguntó a Regiano, como si conformaran una mesa examinadora, qué nota merecía la respuesta.

–Siendo benévolo, un cuatro, porque le falta seguridad, tengo la impresión de que "guitarrea" y sus conocimientos son más vale escasos.

–De acuerdo–dijo Ariel y comentó–: Que no se nos haga costumbre regalar notas.

Juan de Dios festejó la broma, pero no se desprendió del tema.

–Es increíble la falta de apego y recuerdo hacia nuestros antepasados. He tratado de encontrar alguna explicación para esa desidia. Hasta he llegado a pensar que nos consideramos turistas de nuestro terruño. Recordamos, a medias, a Pringles, Pedernera y algún otro. Damos la sensación de que esta provincia siempre fue una posta: se nace y se muere sin dejar huella.

–Exagerás–intervino Regiano–, puedo nombrarte más de dos.

–Lo creo, pero dejame ponerte a prueba, como ustedes hicieron conmigo hace instantes.

–Estoy preparado querido profesor.

–¿Quién fue Felipe Velázquez?

El Gordo miró a Ariel pidiendo ayuda, pero la joven se encogió de hombros en claro gesto de que ignoraba de quién se trataba. Luego de un largo silencio trató de cubrir su ignorancia con una broma.

–El nombre de una calle… en la zona Este de la ciudad.

–Veo que hiciste agua. Fue en intelectual que desarrolló una intensa actividad por espacio de seis o siete décadas. Un ingeniero–geógrafo que entre otras funciones desempeñó la presidencia de la comisión cuyo objetivo era la construcción de la estatua al coronel Pringles: creó el Departamento Topográfico de la provincia; relevó los ríos Salado, Diamante y Desaguadero, que fijan los límites con la provincia de Mendoza; fue promotor principal de la demarcación de departamentos y partidos de la provincia; fundó el diario "El Destino"; como diputado y vicepresidente de la legislatura logró que se sancionaran importantes proyectos; fue rector del Colegio Nacional; sus trabajos fueron premiados internacionalmente; descubrió el mármol

denominado ónix que tanto se asocia con nuestra provincia…

–Aprobaste, pero si seguís enumerando me dormiré –dijo Regiano.

–Si hubieras leído el libro *El Chorrillero* no te dormirías sino que tus neuronas tomarían vida. Sabrías qué sucedió en la Laguna del Chañar, cuál fue el combate de Los Molles o la Batalla de San Ignacio, y más: te hubieras enterado de que San Luis sufrió un mortífero ataque de cólera que produjo incontables víctimas y un éxodo masivo de la población. Felipe Velázquez, como tantos otros, fue un tipo fuera de serie, pero nosotros nos hemos encargado de guardarlo en un baúl y arrojarlo a la nada.

–Parecés andaluz… por lo menos hay una calle que lo recuerda.

–Pero para la gente sería lo mismo que esa calle se llamara Juan Pérez… y si me acerco un poco más en el tiempo te puedo dar otro ejemplo: Víctor Saá.

–No señor… a Víctor Saá lo conocí personalmente. Fallaste esta vez.

Lo recuerdo perfectamente: era anciano pero caminaba derecho como si tuviera veinte años. Siempre con un sobretodo negro y boina. Por algún motivo iba seguido a ver al bioquímico Hugo Centorbi, el que tiene el laboratorio en la calle Pedernera, ¿lo ubicás? –preguntó Regiano y ante el gesto afirmativo de Juan de Dios continuó–: Tomaba el primer turno de la mañana, hiciera frío o calor. Llegaba quince minutos antes y se paseaba por la vereda controlando cada tanto su reloj. Sé que fue director de la Escuela Normal de Varones Juan Pascual Pringles y que en algún momento fue denunciado ante la justicia…

–Veo que lo tuyo no va más allá de anécdotas intrascendentes.

–Profe querido, este Gordo burrito no ha tenido el tiempo para leer. Lo que sé lo oí de casualidad, además, Víctor Saá no fue contemporáneo mío. El tenía… qué sé yo… tenía ochenta años cuando lo veía caminar por la calle Pedernera y yo no sé si llegaba a los diez.

–A mí no me vengas con cuentos. Vos sos un gordito al que le gusta leer, pero, todo lo que viene de afuera. Por ese motivo te has perdido a uno de los mejores escritores de San Luis. Te recomiendo, para que comiences a interesarte en él, *San Luis ciudad cabildo*. Verás un estilo definido, una sintaxis perfecta y un trabajo de investigación profundo…

–No des más cátedra –rogó Regiano.

–Si seguís conversando llegará el momento de volver… vamos, sigamos, charlemos mientras hacemos camino–intervino Ariel.

Reiniciaron la marcha. Tres kilómetros adelante cruzaron el Río Grande, cuya denominación es confusa para las personas no habituadas al escaso caudal de los ríos de montaña. Es cierto que el volumen del Grande es superior al del Trapiche, pero en ambos casos un litoraleño los denominaría arroyos. Salvo en épocas de crecientes, que salen de madre y avanzan llevándose todo aquello que encuentran en su loca arremetida. Los dos nacen en las sierras y desembocan en el dique La Florida. A

la altura del Trapiche corren en paralelo y a corta distancia, pero sus orígenes están ubicados a decenas de kilómetros. El Río Grande comienza a recoger sus aguas en Carolina y Pancanta. El Río Trapiche tiene sus vertientes arriba del Durazno Alto. Sobre el primero se ha construido un embalse al que se le dio el nombre de Antonio Esteban Agüero, el embalse, ubicado entre montañas, impresiona como un desprendimiento del cielo rodeado de rocas luminosas. Juan de Dios propuso visitarlo, pero sus compañeros se opusieron en forma terminante argumentando que habían perdido demasiado tiempo con su charla.

Dejaron atrás Río Grande. El camino asfaltado se entrelazó con las montañas poderosas, de vegetación escasa, salvo en los valles donde se veía algún rancho rodeado de árboles y sembradíos pequeños, geométricos. Aparecieron las primeras pircas, muros de piedras que fijaban los límites de las propiedades remplazando al clásico alambrado. Esas pircas, que en algunos casos continuaban por kilómetros, subiendo y bajando cerros, prolijas y seguras, fueron construidas por los habitantes de la zona, por ser las piedras aplanada el material que tenían más a mano. A medida que subían las montañas imponentes veían atrás, como un pozo, el embalse La Florida, El Trapiche, la ruta a San Luis, el lejano Morro. Los ranchos ya no estaban construidos en adobe, si bien mantenían sus techos de paja, las paredes que los sostienen eran de piedra. Al frente se divisa el cerro más alto de la provincia: el Sololosta. A la izquierda se erguía el Tomolasta, y a la derecha, distantes era posible distinguir en un azul pálido las siluetas acamelladas de los Cerros del Rosario. El sol, brillante en un cielo transparente y sin nubes, no lograba imponerse en plenitud porque la altura menguaba la temperatura con la colaboración de una brisa del sur que ondulaba los pajonales.

Juan de Dios había hecho su última referencia histórica al pasar por Los Tapiales, recordando que algunos investigadores sostenían que en ese pequeño pueblito había nacido Juan Pascual Pringles. Los dos compañeros no lo dejaron extenderse demasiado. Ariel dijo que podían hablar de personas vivas, que si bien a los héroes se les debía todo el tiempo no los perjudicaba si la conversación versaba sobre personas de carne y hueso, personas que ella hubiera visto alguna vez y sobre las que pudiera opinar. El Gordo Regiano estuvo de acuerdo y dio un ejemplo.

–El caso de Patricia. Una mujer que es pura vitalidad, con un carácter que te levanta el ánimo más aplastado.

–¿Qué Patricia? –preguntó Juan de Dios.

–La de la radio… La locutora –respondió Ariel, y para demostrar su enojo por la pregunta agregó –: En qué mundo vivís. ¿Nunca oíste hablar de Patricia Funes?

–Si bien no ha participado en ningún ejército y tampoco le conozco libro publicado, le levanto un monumento. Y digo –*¡chapeaux!* como los franceses –se levantó Regiano.

–Por su puesto que la conozco –se defendió Juan de Dios.

–Hace un mes que cumplió cuarenta años de locutora… ¿se le hizo algún

reconocimiento oficial? Por su puesto que no. Vos, mi querido profesor, me dirás que el hecho de cumplir cuatro décadas en un trabajo común no es para tocar bombos y platillos, pero este burrito de panza hinchada te aclara: hay casos y casos. Patricia ha acompañado a la población de San Luis desde el micrófono con solidaridad, esperanza y ética. Su particular voz ha aconsejado a cuatro generaciones. Hasta ha logrado que ciertos avisos comerciales integren el vocabulario de la gente.

–Es una mujer muy simpática. La escucho todos los días. A la siesta pongo la radio debajo de la caja registradora y no me pierdo programa. ¿Vos la escuchás?

–No, a esa hora duermo o me voy a tomar un café –contestó Juan de Dios.

–Te convendría, porque esa mujer está en una lucha similar a la tuya.

–¿En qué sentido?

–Trata de rescatar del olvido y otorgarles verdadero reconocimiento a la gente de San Luis, como vos lo intentás con los escritores.

–La lista de personas valiosas es interminable –intervino el Gordo–, pero sabés qué sucede: los hombres andan demasiado ocupados en sí mismos y somos gente del interior.

–Dicho de esa forma minimizás la culpa de nosotros, los puntanos –refutó Juan de Dios.

–No te entiendo.

–Que el hombre es egoísta me parece un buen justificativo, hasta tiene carácter universal. Lo segundo eso que somos del interior, es una excusa. Si fuera cierto no se impondría en el orden nacional cordobeses, santafesinos, salteños, correntinos, mendocinos…

–Está bien no es necesario que sigas recorriendo el mapa del país, para dejarte conforme digo: somos del interior sin memoria.

–La verdad, chicos, que me tienen harta con el tema. Por lo tanto me divertiré a mi manera –dijo Ariel.

Ambos la miraron esperando una explicación, pero la joven mantuvo silencio, inclinada sobre el volante, apretando a fondo el acelerador como si con esa postura lograra empujar al Citroën 2CV en la trepada larga y sinuosa que encaraban. Al llegar a la cima comprendieron a qué diversión se refería: el camino descendía con inclinación marcada, varias curvas, hasta un arroyo donde comenzaba a trepar nuevamente. Ariel ni levantó el pie del acelerador.

El Citroën aumentó de velocidad y en pocos metros la aguja del velocímetro ubicada a la derecha del volante, que con seguridad no integraba el equipamiento original del viejo vehículo, se trasladó al otro extremo. El automóvil, ignorante de esa medición máxima, cada vez se desplazaba con mayor rapidez e inestabilidad, en las curvas daba la impresión de que iba a volcar, y Regiano, desesperado, se corría hacia el lugar opuesto al que se inclinaba con la intención de que su peso lo equilibrara.

–¿Qué hacés? –gritó Juan de Dios–. Frená antes de que nos matemos.

–De algo hay que morir –contestó Ariel riéndose–. Pero no creo que sea en esta oportunidad, el autito me proteje y sé manejarlo. Agárrense bien por si se abre una puerta.

–Por Dios, Ariel, ayer me dieron una paliza… querés terminar con mis huesos, dejá de jugar por favor –rogó Regiano.

En una de las curvas el Citroën pisó la banquina y comenzó a hacer un trompo, pero la habilidad de la joven logró enderezarlo al borde de un precipicio. El hecho enmudeció a los hombres, que se aferraron a los asientos con desesperación. Por fin, en loca carrera, el automóvil llegó al arroyo que fijaba el límite del descenso e ingresó en él produciendo una nube de agua. Al comenzar la subida, mantuvo la velocidad mientras duró el impulso que traía. Después volvió a ser la máquina ruidosa y lenta.

–¿Qué les pareció? ¿Fue más divertida que las clases doctorales? Cuando se suelta la adrenalina uno toma conciencia de la vida.

–A los niños hay que darles un buen "chirlo" a tiempo –contestó enojado Juan de Dios.

–Opino lo mismo –afirmó Regiano que intentaba acomodarse después del zangoloteo.

Hubo otras recriminaciones, pero aún así el carácter de Ariel no se modificó, hasta llegó a decir que en la próxima pendiente les haría otras demostraciones. Ante esa propuesta los acompañantes optaron por pedirle que anduviera con cautela y se callaron.

El camino se internaba en el Valle de Pancanta, Juan de Dios con la intención de que Ariel olvidara su promesa, habló del paisaje e historió la vida de Sorondo, uno de los dueños de ese lugar maravilloso. También se refirió al salto de la Negra Libre, una pequeña cascada a la que se llega de a caballo bordeando precipicios, esfuerzo ampliamente recompensado por la belleza del paisaje y la abundancia de truchas. Aclaró de inmediato que contaba lo que le habían contado, porque él no lo conocía, ya que no montaba bien.

–Naciste en San Luis y no sabés andar a caballo… es un contrasentido –dijo Ariel.

–Podés agregar que cuando nací hacía medio siglo que se conocía el automóvil y no sé conducir.

–Comprendo… sólo libros. Una actividad pacífica –retrucó la joven.

La respuesta le molestó, como le sucedía habitualmente cuando alguien ponía al descubierto su falta de acción.

–Si hasta ha perdido el gusto por las mujeres –bromeó Regiano recibiendo de su amigo una mirada amenazadora.

Cruzaron un badén por donde se deslizaba un agua cristalina. A la derecha el río se movía lentamente, a la izquierda se abría entre grandes rocas y descendía por esa garganta pétrea con mayor rapidez. Un pequeño cartel indicaba que habían llegado

a Las Verbenas. En ese lugar existía una antigua hostería que había pertenecido a la Familia Suárez. Desde allí a La Carolina sólo restaban pocos kilómetros.

Para ingresar a la hostería se debe tomar una huella en muy mal estado. El Citroën se transformó en una coctelera. Cuando llegaron les llamó la atención los autos estacionados.

–Espero que tengamos lugar –dijo Ariel.

–Y yo espero no encontrarme entre los clientes a un amigo del Rengo –completó Regiano.

–Parece que marcha bien el negocio –especuló Juan de Dios.

CAPÍTULO XIV

Ariel regresó de la hostería acompañada por una señora de pelo rubio.

–Tuvimos suerte. Hay lugar –dijo, comenzando a descargar.

–¿Aún estamos a tiempo de almorzar? Preguntó Regiano.

–Por supuesto. El menú es simple, pero les garantizo alimentos caseros y sanos –contestó la mujer que gentilmente colaboraba en la tarea.

Rodearon el edificio hasta llegar a un pabellón.

–La felicito, se ve que está trabajando bien –comentó Juan de Dios.

–¿Usted lo dice por los autos estacionados? Son parientes: gastan y no pagan. Lo que sucede es que la familia se puso de acuerdo en esperar el 2000 en Mendoza, en Uspallata. En esta época no viene nadie. El 23 cerramos la hostería y nos vamos de vacaciones hasta el 5 de enero. Recibimos el milenio en la cordillera –respondió la mujer que se paró frente a una habitación y aclaró –: Ésta es la matrimonial.–Luego, dirigiéndose a Regiano, le dijo –Sígame la suya está a la vuelta.

Ariel ingresó a la habitación, pero Juan de Dios permaneció parado frente a la puerta. La joven dejó caer las cosas que cargaba y volviéndose hacia él preguntó si estaba haciendo guardia.

–¿Por qué pediste una matrimonial?

–Porque era todo lo que había. La parentela de la dueña ha copado todo. Ahora, si tenés problemas, llamalo a Regiano y yo ocupo la otra, o bien pasá y cerrá la puerta.

Juan de Dios entró pero, apenas se desembarazó de los elementos que traía, preguntó:

–¿En dónde voy a dormir? ¿En el suelo?

–En la cama, conmigo. Ninguno de los dos tiene físico de Goliat. Sobra espacio, y si estás pensando en lo que creo, no te hagas ilusiones. Nadie me toca si yo no quiero.

–No pensaba en nada de eso.

–Es posible, pero nada me cuesta advertirte.

Ariel ingresó al baño. Juan de Dios, confundido, se sentó en la cama. Sintió correr el agua de la ducha. "¿Qué clase de mujer es ésta?", se preguntó. Y la respuesta a esa pregunta fue anárquica: "Tiene temple; en realidad se trata de una pendeja que ni sabe a dónde va ; pero tiene 25 años, no se puede decir que es una niña; a lo mejor es una mujer de la vida, una loca; sí, una chiflada que es capaz de matarnos; sin embargo es dulce; auque tiene don de mando; es valiente, o tal vez temeraria; no se achica; ni idea del miedo; pero su moral deja mucho que desear, roba, se mete en una cama matrimonial con un desconocido; es posible que las nuevas generaciones vengan así, que sean las mujeres las que encaran y los hombres los que dan un paso atrás; estoy seguro de que para ella el sexo no es tabú, algo así como tomarse un vaso de agua o comer, se hace y a otra cosa; se mete en el asunto de Regiano con el Rengo como si

comprara una entrada al cine; es hermosa, no me desagradaría acostarme con ella, si pudiera; si no fuera un viejo radiado", concluyó.

En ese mismo instante advirtió que la mancha había retrocedido, más aún; no estaba a su alrededor. Sólo veía una habitación confortable, la luz dorada del sol que ingresaba por la ventana y una alegría pequeña que saltaba haciéndole cosquillas en el pecho.

–Preparáte que ya salgo, no quiero quedarme sin comer –gritó Ariel desde el baño.

Se reunieron con Regiano en el comedor.

De los muros colgaban artesanías y cuadros con paisajes lejanos. Las mesas rústicas estaban cubiertas con manteles de tela con cuadrados rojos y blancos.

–Bueno… al fin la parejita se deschavó. Los felicito. Nada me hace más feliz que el amor apasionado –bromeó el Gordo.

–Porque no te dejás de joder –le contestó Ariel–. Sería conveniente que te ocuparas de solucionar tu problema. La hostería cierra el 23, tenemos que ubicar un lugar donde esconderte. A no ser que quieras regresar a San Luis…

En ese momento la dueña ingresó cargando tres platos de fiambre. Juan de Dios, después de elogiar la presentación y calidad, le preguntó si no conocía a alguien dispuesto a alquilar una casa, argumentando que tenían la idea de esperar el tan nombrado milenio en La Carolina y el cierre de la hostería era un obstáculo no previsto.

–Ha dado con la persona indicada. Soy la propietaria de un rancho cerca de aquí, a unos tres kilómetros rumbo a Pancanta.

–¿Está habitable? –intervino Ariel.

–Pero sí… Usted lo pregunta porque dije ranchito… no se preocupe, lo tengo en condiciones y suelo alquilarlo a pescadores. Tres dormitorios con piso de cemento alisado, un comedor, cocina y baño, pero será mejor que lo vean. A mí me encante con sus cumbreras de madera y techo de paja. Además está equipado… hasta cocina y calefón con garrafas. Todo funciona de maravilla. Se van a sentir cómodos. Eso sí el baño está a diez metros del rancho. No he querido cambiarlo para respetar la tradición. Los criollos no tienen el excusado donde habitan, por los olores y la privacidad… Perdón, ustedes están comiendo. Otra cosa: mantengo faroles de noche. No he querido poner un grupo electrógeno, quien elige un lugar así desea sentirse apartado de la civilización, ¿no les parece? Y es mucho más romántico, pero también les doy soluciones: los faroles están cargados.

–¿Y cómo se llega? –se interesó Regiano.

–Bordeando el río por la derecha. Son tres kilómetros.

–Algo alejado –criticó el Gordo.

–No es tanto. El caminar es un buen ejercicio, y si no, a caballo. Oscar se los alquila. Son bichos mansos que lo llevan con los ojos cerrados.

–Perdón, señora, ¿quién es Oscar? –preguntó Juan de Dios.

–Un muchacho criado en las sierras. De gran corazón aunque muy apocado,

¡bah!, como cualquiera que nunca salió de estas soledades, pero de tonto no tiene un pelo. Todas las tardes baja con su tropilla por si engancha algún turista. Si anda por aquí esta tarde se lo presento, pero mejor antes vean el rancho… ¿De segundo plato prefieren tallarines caseros o trucha? –finalizó la dueña, y luego de escuchar las preferencias de cada uno se retiró.

–Me parece que hemos solucionado un problema –supuso Ariel mirando a sus compañeros.

–Espero que así sea–acordó Juan de Dios.

–Recuerden que yo no tengo un mango.

–Lo sabemos, Gordo, y nos hemos hecho a la idea de que sos nuestro hermano adoptivo.

–Terminamos de comer, armamos las cañas y probamos si somos capaces de pescar una trucha. Así entretenidos nos llegamos hasta el rancho –propuso Ariel.

–Ni loco… peso 120 kilos, ida y vuelta son 6 kilómetros. Yo no camino ni diez cuadras.

–Te quedás a dormir la siesta… ¿También te achicás, Juan?

–Te acompaño, sin fijarme obligación de llegar. Me interesa probar con las truchas.

Así lo hicieron. Cargando dos cañas extensibles, una caja de pesca, un tarro de lombrices que facilitó la dueña de la hostería, una cantimplora con agua, elementos para el mate, dos emparedados de jamón, sombreros de ala ancha también provistos por la propietaria, una linterna por las dudas que no regresaran de día, y abrigo porque "en el atardecer puede hacer frío".

Cuando se habían alejado lo suficiente de la hostería, Ariel propuso armar las cañas e ir probando en los pozos del río.

–No te olvides que las truchas apenas te ven no pican –aclaró la joven mientras trepaba agachada a una roca para lanzar la línea al río que circulaba paciente formando un profundo pozo en un macizo rocoso que lo ceñía. Juan de Dios sin hacerle caso se puso de pie y miró hacia abajo. En las cristalinas aguas vio desplazarse con movimientos imprevisibles tres truchas de regular tamaño.

–¡Ahí están! –gritó entusiasmado.

–Muy bien… con ese batifondo no se prenderán al alzuelo ni aunque se lo pidamos de rodillas.

–Tirá… apenas noten el serpenteo de las lombrices se engancharán. No creas en los cuentos de los pescadores. Fijate que me han visto y ahí siguen esperando el almuerzo.

Lanzaron. Los anzuelos se hundieron en el agua transparente en medio de esa coreografía acuática de los peces. Las truchas pasaban a centímetros de la carnada sin detenerse, después, indiferentes al manjar que se les ofrecía, se desplazaron bajo la roca, donde ya no eran visibles.

–Así que "cuentos de pescadores" –ironizó Ariel mientras levantaba la línea y el reel hacía cric–cric en cada vuelta.

–En el próximo pozo me acerco arrastrándome como una culebra, aunque la piedra me tatúe el estómago –prometió Juan de Dios.

En la montaña el aire se mantiene fresco aún en verano, condición ésta que lleva a los novatos a cometer la imprudencia de no ser precavidos por el sol, cuyos rayos, en una atmósfera libre de obstáculos, pueden producir quemaduras de consideración. La pareja, al contrario, se cuidaba, tratando de exponer la piel lo menos posible. Sólo se sentaban a descansar a la sombra de una roca o de los escasos y diminutos árboles que encontraban en el trayecto: el resto de la vegetación resultaba inútil porque se trataba de paja brava, plumerillos o cactus. Intentaron pescar en tres oportunidades más sin resultado, pero no fue el fracaso que los llevó a dejar de probar suerte sino que tardaban demasiado tiempo y querían llegar al rancho. Se propusieron que al regreso tratarían de cobrar alguna pieza. Ariel comentó: "y si no pescamos nos conformaremos con verlas esta noche. Estoy segura de que la dueña de la hostería nos ofrecerá trucha en el menú".

Después de una agotadora caminata que les insumió más de dos horas por las constantes subidas del terreno, que incluía a veces atravesar formaciones de grandes rocas, llegaron a destino. El rancho era tal cual les había sido descripto; confortable, equipado para tener una buena estadía y ubicado en un lugar de privilegio: el río se ensanchaba y las aguas tranquilas formaban piletones que invitaban a darse un chapuzón. Por estar edificado en una zona elevada, ofrecía una visión bella, por colorido y forma, del Valle de Pancanta. Revisaron por último el baño, que en realidad se trataba de un pequeño cobertizo de adobe con un excusado. Juan de Dios, que hasta ese momento había elogiado lo visto, criticó la falta de bidet y ducha.

–Podría haber gastado unos pesos y arreglar esto. ¿Me querés decir dónde nos bañamos?

Ariel se limitó a indicar en dirección al río y agregó que con un balde siempre a mano podía lavarse la cola. "Son problemas menores. A mí me gusta", afirmó.

–Menores si es verano, me gustaría verte en invierno.

–Pero estamos en verano, y el Gordo no puede tener grandes pretensiones. Se baña en el río o en el Dique Chico enjabonado por el Rengo.

Se guarecieron del sol en el rancho.

Fue el momento de la merienda y de tomarse unos mates. El tema obligado ante la ausencia de Regiano era encontrar una solución al problema del amigo.

–¿Dónde lo escondemos después? –preguntó Ariel.

–En mi opinión conviene mandarlo a un país limítrofe… Paraguay, por ejemplo. No creo que el poder de el Rengo llegue hasta allá. Lo más difícil será sacarlo de San Luis, deben vigilar la terminal y el aeropuerto, además cualquiera puede vernos y pasar el dato, hecho que nos crucificaría a vos y a mí.

–Si vos no le entregás los trabajos que te encargó tendrás problemas antes del 24.

Tu plazo es más breve. ¿Qué pensás hacer?

–No me preocupa. Cumpliré a tiempo. Si bien ese delincuente piensa conquistar a una profesora de literatura con mis poemas, sé que Helena Flores no es una especialista en escritores locales, es más, ni siquiera los tiene en cuenta. Su interés alcanza hasta Esteban Agüero únicamente.

–No te entiendo.

–Que me limitaré a copiar versos de poetas puntanos y la pretendida caerá en brazos de el Rengo.

–Me parece imposible que alguien, conociendo a ese hombre, pueda ser engañado tan burdamente y crea que el Rengo es capaz de escribir un poema.

–Helena Flores en muy particular, todo es posible.

–¿A quién copiarás?

–Será nuestro secreto. ¿Qué te parece éste?:

Para que sientas como yo siento,
para que tiembles con estos temblores,
para que recuerdes con esta memoria
y para que sepas lo que estoy sabiendo:
Deberías estar frente mío,
Impregnarte en la voz de mis deseos,
conocerme de un modo diferente
y descubrirme en la subyacencia.

Para que puedas llegar hasta mi orilla
para que puedas reconocerme,
para que logres hablar este lenguaje
y entonces comprender lo que digo:
Deberías desandar los extramuros
y bajar hasta el valle de mi vida
para bañarte en el agua de este río
estremecido por tus hondas frías

Para poder hacer lo que deseas,
para intentar un poco la locura,
para reunir los hilos del Destino
y alojarme en tus brazos sin temores:
Deberías amarme únicamente,
con la luz absoluta del asombro
desde el hondo secreto que te ahoga…
¡Desteñido secreto en que agonizas!.

–¡Es precioso!... y hecho a medida para la ocasión. Pleno de ternura y desafío. Me atrevería a apostar que lo escribió una mujer.

–Regiano contagia. Ahora nos ha transformado en jugadores. ¿Qué apostarías?

–Es una forma de decir…

–Acertaste. La poesía pertenece a Silvana Manfredi y fue incluida en el libro *Alguna vez, el Paraíso.* Una trabajadora incansable de las letras.

–¿No tenés miedo que esa profesora la conozca y te ponga al descubierto? No quisiera estar en tu piel si eso pasa.

–No pasará, te dije el porqué. Mi problema reside en el cuento.

–Yo podría ayudarte.

–Supongo que sí, porque según tu opinión un profesor sólo está capacitado para escribir un ensayo.

–No seas rencoroso. Te propongo el tema. El Rengo está perdidamente enamorado de una tal Helena Flores. Aquí ya tengo el nombre del personaje femenino: Helena. Resultaba que nuestro personaje es bella, inteligente, seductora. Despierta grandes pasiones que rechaza en forma altanera, burlona. El Rengo en nuestro cuento se llamará Carlos. El personaje mantendrá la figura y la incapacidad física del modelo original y también su moral, frialdad, prepotencia, instinto homicida etc. Carlos se enamora como tantos de Helena y sufre el peor de los desplantes. Esta actitud lejos de disuadirlo lo incentiva. Sucede que en la ciudad donde viven existe un tercer personaje tan malo como Carlos. Ambos se disputan territorio. Imagino que este personaje tendrá el aspecto físico de Regiano. Se llamará Mario. Bien. Mario es un tipo más ejecutivo que Carlos. Está enamorado de Helena, pero sabiendo que una declaración suya sólo hará reír a la amada, que no titubeará en rechazarlo, la secuestra y la lleva a un lugar cómo éste, donde la encierra en una habitación diciéndole que la soltará cuando esté dispuesta a unirse con él. Carlos se entera del secuestro y registra el territorio de la provincia palmo a palmo. Final: la encuentra, la libera, mata a Mario, y Helena comprende que a su lado siempre estará segura, por lo tanto, lo habrás intuido ya, se entrega agradecida al Rengo, perdón debí decir Carlos… ¿Qué te parece?

–Me contaste la Ilíada, una copia grosera, hasta recordé a Helena de Troya, pero servirá, gracias.

Iniciaron el regreso cuando el sol se aproximaba al horizonte. Juan de Dios descubrió una senda de animales que resultó mucho más cómoda que ir a la vera del río.

Cuando llegaron a la hostería aún había una celeste luminosidad que hizo innecesaria la linterna.

CAPÍTULO XV

En el frente de el edificio conversaban la propietaria de la hostería y Regiano. Al verlos llegar, el Gordo levantó los brazos en señal de alegría.

–Al fin… tenía miedo que los agarrara la noche y se perdieran.

La dueña intervino reiterando que extraviarse era imposible, ya que el río les marcaba el camino de regreso y preguntó qué les había parecido el rancho.

–Excelente–contestó Ariel.

–Salvo el baño, señora–apuntó Juan de Dios, pero en este caso hizo el comentario por una razón estrictamente económica. Pensó que si aprobaba lo dicho por la joven, el alquiler aumentaba.

–Llámame Juana. La palabra señora envejece–respondió la dueña y agregó–: Es cierto, el excusado es incómodo, pero ya le di mis razones para mantenerlo así.

–¿Cómo anduvo la pesca?–preguntó Regiano mirándolos de arriba abajo para constatar si traían truchas.

–Fracaso total. Tengo un compañero bullicioso.

–No se preocupen, en la cena les ofreceré unos ejemplares maravillosos que trajo Oscar.

–¿El que alquila caballos?

–El mismo. Vuestro amigo ya lo conoció –dijo Juana.

–¿Se fue?

–No. Los está esperando. Allá, bajo el sauce llorón.

Miraron hacia donde la mujer indicaba. Casi tapado por las largas y flexibles ramas había un joven de unos veinte años apoyado sobre un apero, rodeado por tres caballos.

–¡Qué suerte! Así podemos tratar con él –se alegró Juan de Dios.

–Se los presento ya mismo. Tiene un largo tirón de regreso, mejor que se desocupe cuanto antes.

Mientras seguían a Juana, Regiano, por lo bajo, dijo:

–Es raro, para que hable tenés que preguntar dos veces. Lo peor es que anda cargado con víboras y arañas.

–¡Cómo! –exclamó Ariel.

–Así como lo escuchan tiene una caja con serpientes, supongo que son las llamadas de cascabel por los anillos que tienen en la cola. Las acaricia todo el tiempo. Como si nada. Y en una caja pequeña guarda arañas. Cada tanto saca una y la deja que le recorra el brazo o el pecho.

–¡Qué asco!

–Se los aviso porque impresiona. Por lo demás parece un buen muchacho.

Oscar los saludó dándoles la mano al estilo del criollo, o sea, sin apretar, como si

el contacto fuera inevitable pero desagradable. Ariel no despegaba los ojos de las dos cajas apoyadas en el suelo.

–Si llegamos a un acuerdo con la señora Juana te vamos a necesitar –dijo campechanamente Juan de Dios. Oscar no respondió. Sólo inclinó la cabeza. –Te vamos a alquilar caballos y cuando lo necesitemos te haremos algunos encargues.

–Si patrón –respondió el muchacho con un hilo de voz.

–Será por una semana, diez días cuanto más. Mañana podemos arreglar los detalles.

Oscar no respondió.

–¿Podés venir mañana? –insistió Juan de Dios.

–Sí, patrón.

–¿A qué hora?

–Estaré por aquí temprano.

–Bueno, nos vemos. Mi nombre es Juan, ella se llama Ariel y él Regiano. Nos vamos a llevar bien.

Oscar inclinó la cabeza y comenzó a colocar el apero a uno de los caballos. Cuando acomodó las cajas Ariel preguntó si era cierto que llevaba serpientes y arañas.

–Sí, patroncita.

–Si querés verme tranquila no quiero ni verlas.

El joven no dijo nada.

–¿Para qué las juntás? –intervino Regiano.

–Me gustan… los animales me gustan.

–Bien decían los romanos que sobre gustos no se discute. Para él una víbora tiene la misma atracción que un perro o un caballo –insistió el Gordo dirigiéndose a sus amigos como si Oscar no estuviese presente, pero se llevó una sorpresa.

–No patrón, las arañas y las serpientes son mejores.

Terminó de ensillar, saludó con una de inclinación de cabeza, montó y se dirigió hacia las montañas, sin apurar el tranco perezoso del caballo, perdiéndose momentos después en las sombras que proyectaban los cerros.

Más tarde, cuando cenaban, trataron con la dueña de la hostería el alquiler del rancho. El carácter alegre y complaciente de Juana cambió cuando hablaron de negocios, o sea del precio a pagar por el rancho hasta el 5 o 6 de enero. Juan de Dios pensó que podía deberse a dos cosas: la primera, que la mujer defendiera sus intereses con uñas y dientes tratando de ganar lo más posible; la segunda, y el profesor se inclinaba por ésta, ella intuía que sus posibles inquilinos andaban huyendo. La conclusión fue que debieron abonar lo que pedía, y para hacer esto, debieron recurrir a la tarjeta de crédito de Juan de Dios. Juana, al ver la forma de pago, aumentó un diez por ciento. "Gastos y descuentos por tarjeta", justificó. Finalizado el trámite, su trato volvió a ser atento y agradable. Solos, mientras comían, se quejaron por lo que consideraban un abuso. Después, planearon trasladar a Regiano en la tarde del domingo con la ayuda de Oscar.

–Espero que ese "junta alimañas" no se avive… esconderte será mi ruina económica –dijo Juan de Dios.

–Mientras salgamos con vida, bien invertido está –replicó Ariel.

Al terminar, Regiano les propuso salir a dar un paseo. Buscaron abrigo y se reunieron frente a la hostería. En ese lugar los parientes de Juana se congregaban alrededor de una mesa larga. Tomaban cerveza, reían y hablaban en alemán. Al verlos llegar hicieron silencio y saludaron en español; uno de ellos se acercó y los invitó a compartir.

–Lo haríamos con mucho gusto, pero queremos caminar un poco –respondió Ariel sin esperar la opinión de sus amigos. Al alejarse, Juan de Dios le recriminó que no los consultara. Agregó que esa tarde él había caminado lo suficiente para tener derecho a sentarse y disfrutar de una cerveza. Regiano, por su parte, sólo dijo que se le hacía agua la boca con solo pensarlo.

–Vuelvan. Yo prefiero mirar el cielo, aspirar aire limpio y descansar mis neuronas. Para una borrachera me quedaba en San Luis.

Ninguno de los dos regresó. No porque la respuesta de Ariel los convenciera, sino que se habían alejado lo suficiente para que el cielo se mostrara como un hipnotizador de voluntades. Si cuando niños escuchaban pregonar a los maestros que San Luis poseía "los mejores cielos del mundo", ahora, la prueba de que no mentían estaba a la vista. La luna, impecable, transitaba hacia el oeste. Su luz, si bien desteñía a las estrellas más pequeñas, en modo alguna afectaba a todas y era una maravilla ver en ese telón a medias iluminado, colgar puntos luminosos de diferente tamaño. No menos atrayente resultaban el sonido del correr del agua sobre el lecho de piedra y los llamados de los invisibles animales nocturnos. Llamados que en algún caso, los más comunes, podían identificar. Los otros, la mayoría, resultaban extraños a sus oídos.

Recorrieron el tortuoso camino de entrada hasta la ruta y fueron a sentarse en unas piedras grandes, muy próximas al badén que ese mediodía habían cruzado. Desde ese lugar tenían la posibilidad de contemplar el río, como también el llano que precedía al pueblo de La Carolina.

–Mañana iremos a visitar el pueblo. Cada vez que vengo no dejo de sorprenderme con sus casas en piedra. No sé el motivo, pero me siento medio c*owboy* en ese lugar –dijo Ariel.

–No creo que esos tipos vivieran en casas construidas con piedra laja –reflexionó Juan de Dios.

–Tu asociación viene por el oro. Pensás que en esos cerros hay oro, y las películas norteamericanas, al referirse al lejano Oeste, el *farwest,* que le dicen no mostraron a los vaqueros luchando por minas y pepitas –bromeó Regiano.

–Para mí ese pueblito es la última huella de los diaguitas, o tal vez de los incas –intervino Ariel.

–La realidad es que los pobladores hicieron sus casas con el material que tenían

a mano, como sucede con las pircas. Pero qué se le va a hacer, no está prohibido soñar, ni imaginar. ¿No les parece?

–Así se habla. La fantasía ayuda a vivir. ¿Les cuento algo? –preguntó el Gordo, y sin pausa continuó –: Recién, mientras veníamos, imaginé que en ésta soledad descendía un plato volador. Se abría una puerta y un extraterrestre, con cuerpo transparente, sólo demarcado por una membrana palpitante, me llamaba. Lo curioso es que yo sabía de antemano la razón de su llamado. Él quería llevarme a su mundo. Por cien, doscientos años de los nuestros. Sólo entonces me devolvería con la misma edad que tengo ahora, pero en la Tierra el tiempo no se habría detenido. No dudé en aceptar su oferta… ¿Qué mejor manera de escapar del Rengo? Tenés razón: soñar es lindo, lástima que en algún momento te despertás.

–Veo que no te has olvidado de "La paradoja de los relojes". Ese libro de Asimov te ha influenciado mucho.

–¿Se puede saber de qué están hablando? –preguntó Ariel.

–De algo que ni él ni yo sabemos: la teoría de la relatividad. Einstein sostenía que el tiempo estaba directamente relacionado con la velocidad. A mayor velocidad el tiempo avanza más lentamente. Con esta hipótesis, si alguien pudiera trasladarse a la velocidad de la luz, el tiempo se detendría. En su fantasía el Gordo vuelve a la tierra con los mismos años que tiene ahora pero para el resto ha pasado un siglo. Aparentemente, te lo dice un ignorante, la velocidad disminuye el movimiento de los átomos hasta el punto de dejarlos estáticos…

–Por Dios, qué aburrimiento. Einstein no me cae simpático, demasiado pesado –interrumpió Ariel.

–Tenés razón… y poco práctico para el caso. El extraterrestre no llegará y es nuestra obligación ocultar al amigo –dijo el profesor mientras cruzaba su brazo, en gesto de amparo, sobre los hombros de Regiano, agregando –: A La Carolina iremos Ariel y yo. Mañana es domingo y no es bueno que te exhibas. Siempre existe la posibilidad de que alguien te vea. Lo mejor es permanecer en tu habitación con la excusa de que te has descompuesto. A la tarde te trasladaremos. Mientras estemos ausentes, ni se te ocurra ir al pueblo. Si querés salir, caminá en dirección del río, subí dos o tres sierras y volvé al rancho.

–¿Vendrán el viernes? –preguntó Regiano con un temblor en el tono de voz.

–Por supuesto… ni loca me pierdo nochebuena en estos cerros, junto a galanes maduros pero aún atractivos.

La conversación tomó otros rumbos. Ninguno quería mantener como tema al Rengo. Ariel hizo una prolija enumeración de los boliches bailables que existían en la ciudad; Regiano, aclarando que no era un especialista en el tema, analizó las causas que ponían de moda un boliche por un determinado tiempo y los motivos para que de un día para otro el negocio dejara de funcionar; Juan de Dios, reconociendo ser un ignorante en el asunto, criticó la costumbre adoptada en los últimos años de ir a

bailar de madrugada, intentó también relacionar esta situación con la destrucción de la familia; pero Ariel lo detuvo con un comentario breve: "Te parecés a Einstein por lo pesado". Hubo nuevos temas hasta que el aire era helado los hizo regresar. Los parientes de Juana ya se habían acostado. Regiano les dijo "buenas noches" besó a Ariel en la mejilla y se dirigió a su cuarto. La joven abrió la puerta de la habitación e ingresó pidiendo a Juan de Dios que "cerrara con llave, por las dudas". Le preguntó si no tenía inconveniente en que fuera primero al baño.

Cuando salió, se cubrió con un toallón. Fue hasta la cama y se acostó. Aunque fue cuidadosa en los movimientos, no pudo evitar que Juan de Dios viera su cuerpo desnudo. Ambos tuvieron conciencia de ese momento porque cruzaron sus miradas, y si bien él trato de disimular, la sonrisa de ella fue la confirmación inequívoca de "yo sé que estás mirando".

Juan de Dios entró al baño. Sentía un hormigueo en la ingle pero su sexo permanecía laxo, sin respuesta. Se duchó, y el agua deslizándose por el cuerpo aquietó la respiración y los nervios. Al terminar dudó en volver a la habitación desnudo o colocarse el calzoncillo. Optó por esta alternativa. Ariel había apagado la luz.

–¿De qué lado me acuesto?

–Del derecho… no te tropieces –contestó en el instante en que Juan de Dios se llevaba por delante una silla.

Se acostó casi en el borde de la cama. No quería ocupar más espacio y rozar a su acompañante, porque temía causar la impresión de un hombre desenfrenado.

–Te vas a caer –dijo Ariel–. Tenés espacio de sobra.

Se corrió. Para su tranquilidad, no llegó a tocarla.

–Estoy muy cansada… hasta mañana Juan.

–Hasta mañana.

Segundos después Ariel dormía plácidamente.

La luz tenue de la luna se filtraba por triángulos pequeños a través del postigo que cubría la ventana.

Juan de Dios sintió alivio. El sueño de Ariel lo aislaba de cualquier situación comprometedora. Acostado de espalda pudo ver, cuando los ojos se le adaptaron a la oscuridad, los objetos que lo rodeaban. También vio los redondos y atractivos hombros de su compañera y parte de su espalda. Se preguntó qué hubiera hecho ante un caso similar diez o quince años atrás. No tuvo dudas en contestar que su respuesta hubiera sido la misma.

"Jamás tomé una iniciativa de manera consciente salvo modificar el programa de enseñanza", reflexionó mordazmente para herirse. "Qué distinto soy a Ariel. Si hubiera una balanza especial que midiera el aprovechamiento individual de cada vida, estoy convencido de que ella, con sus 25 años, le ha sacado más jugo que yo".

Respiró profundamente. Modalidad ésta que le aconsejara un psiquiatra cuando andaba en búsqueda de alivio ante la confirmación del cáncer. El profesional le insistía

en que para tranquilizarse inspirara con toda sus fuerzas y soltara el aire de a poco. La técnica, para ser útil, requería del paciente, al respirar, una atención preferente al circuito del aire inhalado. En otras palabras, la mente debía notar la expansión de los pulmones y su posterior achatamiento.

Una profesora de yoga aportó, tiempo después, otra técnica de relajación que consistía en "alisar los músculos". Le aconsejó que cuando la presión interna le impedía dormir, convenía pensar en el cuerpo, empezando por alguno de los extremos. Si optaba por los pies, toda la tensión debía dirigirse a los dedos y la persona debía convencerse de que cada músculo hasta ese momento encrespado se extendía en cintas microscópicas, sin actividad alguna. Por supuesto que la tarea no se realizaba de forma global, el alisamiento requería un trabajo individual por cada dedo. A partir de lograr el primer paso se debía seguir con empeine y planta, después tobillos. "Antes de que llegue a la cintura se habrá dormido" prometía convencida. Y a lo mejor tenía razón, pero Juan de Dios nunca lo comprobó porque apenas iniciaba el ejercicio, la mancha negra se colocaba por el mismo intersticio de su concentración y era suficiente para que imágenes dolorosas del tratamiento se hicieran dueñas de la situación.

Con el tiempo, muy a su pesar, advirtió que los mejores resultados los obtenía tomando tranquilizantes. Para él se trataba de un nuevo fracaso, que sólo podía adjudicarlo a la debilidad espiritual, a la falta de voluntad, a la necesidad de contar en situaciones extremas con alguien o algo que lo sostuviera.

"Pero algo cambió en estos días", afirmó, mirando a su compañera de cama. "La mancha está, pero no me ahoga. ¿Se lo debo a ella? Tal vez a Regiano y a su problema con el Rengo. Al hecho de que me necesita y no me considera un muerto a plazo. No puedo explicarlo, pero estoy seguro de que existe un cambio. Gracias a Dios. Lo agradezco sin importarme a qué camino me conduce."

Y el sueño llegó.

CAPÍTULO XVI

Juan de Dios, al despertar, escuchó la respiración pausada de Ariel. La joven dormía, abrazándolo. Se quedó quieto, sofocando con esfuerzo el estremecimiento que lo recorría al sentir sus senos y muslos contra él. La fuerte luz del sol había reemplazado al pálido reflejo de la luna en los triángulos pequeños de los postigos. Por un momento creyó que tendría una erección, pero por más voluntad que puso en lograrla, su sexo permaneció indiferente al estímulo. "Rayos de mierda", insultó y estuvo a punto de levantarse para poner distancia con su incapacidad, sin embargo, algo sucedió en su interior. De alguna forma su mente respondió a una orden del inconsciente que lo mantuvo inmóvil. Sorprendido se preguntó si su voluntad ya no contaba, si debía esperar, de ahora en más, la decisión de esa zona oscura y remota del cerebro para actuar. Después se dijo que no debía equivocarse, que la actitud no tenía relación con ignotas zonas de su mente. El deseaba permanecer allí, todo el tiempo posible, porque el sexo iba más allá de la penetración, que también, había sexo en el roce, en el calor compartido, en el gozar de unos senos firmes y con pezones bien marcados; y se dijo que si ése era el tipo de relación posible, no debía despreciarla, porque la impotencia no iba a ocultar todas sus sensaciones, a las que estaba dispuesto a sacarles provecho.

Este razonamiento lo alegró, pero Ariel se despertó, estirándose con un gran bostezo. Al darse cuenta de la posición que ocupaba, pidió perdón y agregó: "espero no haberte incomodado".

–Para nada… me sentí bien.

–Y yo dormí como los dioses, por lo tanto ninguno fue perjudicado. Señal que tendremos un buen día. ¿Qué hora será?

–Ni idea –contestó Juan de Dios, abriendo los postigos. El sol inundó la habitación.

Se vistieron y fueron hasta la habitación de Regiano. Llamaron. La puerta se abrió al instante. El Gordo estaba vestido.

–¿Cansados? –bromeó.

–Bien dormidos –respondió Ariel.

–Es mediodía. Si no los busqué antes es porque seguí el consejo de mantenerme oculto. No sabía en qué ocupar el tiempo. Hace más de tres horas que me levanté. ¡Cómo se nota que el tiempo no pasa para los enamorados!

–Terminala con esas idioteces. Nos quedamos dormidos. Eso es todo. Ahora vamos al comedor a avisarle a Juana que comerás en la habitación porque necesitás terminar un trabajo antes de trasladarte al rancho.

–Suena mejor que una descompostura –afirmó Ariel.

–Y también hablaremos con Oscar. Después nos vamos a La Carolina y a media

tarde hacemos el cambio, prepará las asentaderas para el traslado.

–Sigan disfrutando –contestó molesto Regiano y cerró la puerta.

No bien rodearon el edificio principal vieron a Oscar, que había abierto la enigmática caja de la noche anterior y acariciaba una serpiente que se enroscaba en su brazo moreno.

Se acercaron, pero en este caso Ariel cedió la delantera al profesor, manteniéndose a prudente distancia, mientras que por lo bajo decía:"El tipo está loco. Vamos a terminar mordidos por una víbora".

–Buen día, patrón –saludó Oscar al verlos y se apuró a guardar el ofidio y cerrar la caja.

–Hola, Oscar, perdoná que llegáramos tan tarde.

–Yo siempre vengo… no tienen porqué disculparse.

–Bueno, a lo nuestro. Nuestro amigo necesita terminar un trabajo y ha alquilado el rancho de la señora Juana. Hasta el cinco de enero. Queremos contratar algunos caballos, bien mansos, se entiende. Como ovejas. Ninguno de los tres sabe montar y no queremos quebrarnos un hueso. Además, vos tendrás que ocuparte de ensillarlos, darles de comer, en fin, andar siempre cerca del rancho para cualquier cosa que necesitemos. Juan de Dios se calló, pero al ver que Oscar no respondía nada y ni siquiera hacía un gesto, continuó: –No sé si me explico. No somos baqueanos. Te vamos a necesitar allá, en el rancho.

–Entiendo, patrón.

–Sin los bichos ésos que tenés en la caja.

–No puede ser patrón.

–¿No querés trabajar?

–Quiero… pero de mis amigos no me aparto.

–Está bien… llévalos, pero tené cuidado que no se escape alguno.

–¿Y por qué se escaparían? Ellos tampoco me dejan.

–¿Cuánto querés cobrar?

–Lo que crea conveniente patrón.

–No tengo idea de cuánto se paga por tu trabajo.

–Lo que usted disponga. La señora Juana cierra la hostería. Entre estar de balde aquí, puedo estar allá.

–Ya nos pondremos de acuerdo. Para empezar, esta tarde te vamos a necesitar.

–Acá estaré patrón.

–Si no te molesta, llamame Juan.

–Y a mí Ariel.

Ingresaron al comedor de la hostería. Juana se acercó.

–¿Quieren comer ahora?

–No, Juana. Comeremos en el parador del pueblo. Nuestro compañero tiene que terminar un trabajo y le agradecería que le llevara la comida a la habitación.

–Allá no van a comer como acá –dijo la dueña de la hostería que había cambiado el gesto gentil al enterarse de que sus clientes no comerían en su negocio y agregó –: el precio que les dí es con pensión completa, no les puedo descontar nada si no comen.

–No hay problema… llévele a nuestro amigo la parte que nos corresponde –contestó Ariel con una sonrisa angelical y completó–: Esta tarde nos trasladamos al rancho. Le avisamos para no incurrir en más gastos.

Al salir a la ruta, como si necesitara estar a cierta distancia de Juana para hablar, la joven dijo: "esa mujer es implacable cuando de dinero se trata".

–Para progresar en este mundo conviene mantener las antenas paradas. La eterna diferencia entre el criollo y el extranjero. Oscar dejó que nosotros valoremos su trabajo; Juana conoce muy bien cuánto vale el suyo. En la globalización tarde o temprano se darán dentelladas por el dinero. Oscar no morderá a nadie, seguirá con sus caballos y víboras, en la sierra. ¿Quién será más feliz?

–Estoy recién levantada y no tengo ánimo para filosofar.

El Citroën recorrió los pocos kilómetros hasta el pueblo por la ruta construida paralelamente al río. En esa zona, el agua avanza tranquila por falta de desniveles y el cauce es más ancho.

Al llegar al pueblo de La Carolina –prácticamente una calle con casas construidas en piedra –transitaron hasta un pequeño badén, donde estacionaron. El arroyo se desliza sobre un lecho de piedras de color cobre.

–Parece oro. Me imagino a los colonizadores cuando llegaron a este lugar –comentó Ariel.

Próximo al lugar en que habían estacionado, había una exhibición de artesanías en piedra. Se acercaron. Ariel se entusiasmó con una piedra en forma de crucifijo. Un anciano se acercó a ellos y preguntó si les interesaba algo.

–¿Todavía encuentran pepitas? –preguntó Juan de Dios.

–Poco y nada. Ahora ha llegado una compañía que volverá a explotar los socavones. De cualquier forma, yo siempre tengo alguna. Acompáñame.

Lo siguieron hasta un rancho cercano. El anciano pidió que lo esperaran un segundo. Cuando volvió, traía dos pepitas.

–Así que esto es oro –reflexionó Juan de Dios, ya que bien podrían confundirse con dos piedras pequeñas de color amarillo–. ¿Por curiosidad… Cuánto vale una pepita de este tamaño? –preguntó, indicando la más grande.

–Tengo que pesar, pero calculo que no menos de 150 –respondió el anciano.

–Con ese precio te compro un flor de anillo –dijo Juan de Dios dirigiéndose a Ariel.

–¿Me proponés matrimonio? –preguntó la joven y rió con ganas.

Antes de continuar se informaron dónde podían comprar comestibles. El anciano señaló hacia el bajo, por donde habían llegado, precisando: "una cuadra y media".

Ante la consulta sobre si el negocio atendía los domingos, respondió que sábados y domingos permanecía abierto."Es un almacén, pero también bar y carnicería. Vende más el fin de semana que cualquier otro día." Antes de despedirse les aconsejó que tuvieran cuidado en no comprar pirita, "el oro de los tontos", calificó, explicando después que su parecido con las pepitas verdaderas confundían a los turistas, que no advertían la diferencia y atraídos por el menor precio no dudaban en despreciar el oro verdadero por un pedazo de piedra sin valor.

El consejo para la pareja no tenía sentido, ya que no estaba en sus planes adquirir pepitas. Sólo se explicaron la razón de lo dicho por el anciano al entrar al negocio de ramos generales y descubrir sobre un mostrador una balanza que el dueño utilizaba para pesar y evaluar el escaso oro que en canje de mercadería traían los lugareños. Supusieron que la advertencia tenía como objetivo desmerecer a su competidor, o por lo menos sembrar una duda por si el almacenero les ofrecía pepitas a menor precio. Y acertaron, porque, después de comprar, el hombre que los atendía les preguntó si no les interesaba alguna pepita. Antes que le respondieran fue hasta el fondo y trajo una bolsa pequeña que volcó sobre el mostrador, haciendo caer varias pepitas.

Fue eligiendo las que consideraba más interesantes y mencionando a cada caso el precio. Juan de Dios y Ariel lo dejaron hacer, pero cuando el hombre se calló, le dijeron que no eran compradores. La negativa obró como si ambos competidores gustaran de la misma historia, y antes de que se retiraran debieron escuchar de nuevo la advertencia sobre ser engañados con pirita.

Ya en el vehículo, Ariel propuso que antes de ir a comer en el parador visitaran el socavón más próximo. Así lo hicieron. El Citroën los acercó hasta que el camino estrecho se transformó en una senda. Siguieron a pie. En el lugar se encontraron con un grupo de turistas que se tomaban fotos en la boca del túnel. Ariel, más arriesgada, ingresó a él hasta perderse de vista, pese a que la piedra era resbaladiza y corría un hilo de agua amarillento. Cuando regresó, debió soportar el malestar de Juan de Dios por haberse alejado tanto.

Regresaron hasta el principio del pueblo, donde ascendieron a una pequeña lomada para llegar al parador. Fueron atendidos por una muchacha que tal vez no había cumplido quince años. Ante la pregunta sobre si todavía podían almorzar, respondió afirmativamente, aclarando que tenía costeletas o pollo con ensalada.

Ocuparon una mesa cerca de la ventana. En el medio del salón, con una botella de cerveza en frente, un lugareño, vestido de gaucho, tez oscura, delgado en extremo, miraba un televisor que trasmitía una propaganda desde París.

–La globalización –dijo Juan de Dios, señalando al hombre con un movimiento de cabeza.

–Los que van a dar dentelladas son una mayoría abrumadora –bromeó Ariel.

–Nosotros seremos los primeros si esa niña hace buenas costeletas –replicó el profesor adhiriéndose a la broma.

La comida estaba rica y era abundante, además, para “mejorar el gusto”, Ariel pidió una botella de vino. Al principio el apetito pudo más que el diálogo, pero después la ansiedad disminuyó. Ariel propuso que hicieran un brindis por haberse conocido, porque llegaba el 2000, para que al Rengo le diera un ataque de amnesia, porque los 5 días que faltaban para la nochebuena pasaran pronto para volver a ese lugar maravilloso.

Al final, cuando habían tomado por todos esos deseos, la joven preguntó:

–¿Por qué no intentaste hacerme el amor?

La pregunta inesperada dejó sin respuesta a Juan de Dios.

–¿Te desagrado?

–No… me gustás.

–¿Entonces?

–Creo recordar que me advertiste tu capacidad de defensa.

–¿Fue por eso? ¿Tan respetuoso sos de los límites?

Juan de Dios hizo un gesto de contrariedad. Aún molesto, no pudo sostener la mirada interrogante de Ariel. Luego, sin levantar la vista dijo: “mejor cambiemos de tema”.

–No quiero cambiar de tema… me resulta incomprensible que un hombre duerma abrazado a una mujer desnuda y se mantenga indiferente como cualquiera de esas rocas –contestó Ariel, enojada, señalando las montañas que discontinuaban el horizonte, y agregó –Salvo que sea un faquir o un homosexual. Perdón… hay otra posibilidad: que la mujer en cuestión produzca asco, repugnancia, desagrado o como quieras llamar cuando querés manifestar un rechazo absoluto.

–Te dije que me gustás y debo enterarte de que tengo un hijo, de una relación anterior a mi matrimonio, que se fue al carajo.

–Por lo tanto queda una sola posibilidad: practicas el budismo y te acostás en cama de clavos calientes.

–Tampoco.

–Dejá de dar vueltas.

Juan de Dios inspiró profundamente. Le transpiraban las manos y tenía seca la garganta.

–¿Sos marciano? –insistió la joven al verlo callado.

–Tengo cáncer –respondió el profesor, con las mandíbulas contracturadas.

Ariel no hizo un solo gesto que demostrara su sorpresa. En el interior la confesión la había golpeado fuerte, pero ella no estaba dispuesta a que ese daño se reflejara en el rostro. Al contrario. Armó con rapidez una frase con la restó importancia a lo dicho.

–¿Y con eso? Conozco muchísimas personas que tienen cáncer y no por ese motivo dejan de amar.

–Yo no puedo… los otros podrán.

–Menos mal que no se te dio por dejar de comer.

–¿Todo lo tomás en solfa? No puedo porque los rayos me hicieron nana en el pito. ¿Te gusta que la conversación se mantenga en este nivel?

–No quise ofenderte.

–Me molesta mucho hablar del maldito paridor de células enfermas. De no haber sido así, creo que me abalanzaba sobre vos y si te negabas no hubiera dudado en violarte, ¿está claro?.

–¡Bien, profe! Así me gusta escucharte hablar. Con sangre y no con el olor a rancio de los libros de historia. Así que nunca más una satisfacción. Bueno… hay sustitutos.

–No sé si nunca más, los médicos sostienen que mi impotencia es mental… quién te dice, algún día te sorprendo. Lo que no es mental es la mancha que cargo.

–Y mientras esperás lo peor, tu idea es seguir pensando en el enemigo. ¿Es así o me equivoco?

–Me cuesta desprenderme. Al cáncer no se lo olvida con facilidad. Se te pega al cerebro y cuando tiene ganas. Además, te quedan dolores, por el tratamiento, secuelas que se encargan en tocar timbre y llamar la atención. Fijáte qué curioso: a cada aplicación de quimioterapia se la llama "curso". El médico, al leer tu historia clínica, pregunta: ¿entonces éste es el tercer curso? Y uno asiente como alumno aplicado, con la esperanza de graduarse cuanto antes para no continuar sufriendo…

–Pará, Juan, dejame de joder con lo que te sucedió. Ya fue. De alguna forma tenés que olvidar el pasado, así por lo menos vivís en paz con tu presente.

–Es fácil decirlo cuando se tiene 25 años, no te ha pasado nada grave y el futuro es inmenso.

–En primer lugar nadie tiene asegurado un término de vida para manejarlo a su antojo. ¿Quién puede asegurar que no moriré antes de que esa mancha te lleve? Con respecto a la otra, a que no he soportado nada grave, dejáme que te cuente una historia.

–Si te referís a tu vida en Iñiquez, no creo que sea un ejemplo comparable.

Ariel, sin contradecirlo, comenzó a hablar:

–Una niña de doce años, con reciente ingreso a la pubertad, vive en el campo. Huérfana o abandonada, este dato se ignora. Es criada por unos parientes. En ese caserío, no son más de diez los ranchos, el hambre se siente seguido. Con excepción del encargado de una estancia cercana, que sólo ofrece trabajo cuando tiene ganas y paga lo que se le antoja. Este hombre se hace llamar Friedrich y no acepta que le digan Federico porque su ascendencia alemana desprecia las traducciones. En esta historia, como revancha, lo cito como Federico. También corresponde de que la adolescente, tenga nombre. A ver… como he olvidado el verdadero, la bautizo con el mío. Bien. Federico no tarda en descubrir las incipientes modificaciones en el cuerpo de Ariel y propone a los parientes que la crían tomarla como servicio doméstico. Los parientes, que conocían lo sucedido con otras jóvenes, se niegan. No en forma terminante. Es

decir: hasta que el pago les parece apropiado. Ariel se traslada a la casa de Federico y en la primera noche, sin importar gritos y llantos, es violada. A la mañana siguiente huye y busca que los parientes la defiendan. Un error que comete cualquiera en el aprendizaje de la vida. Los familiares, conscientes de lo acordado, la restituyen al lugar donde debe estar. Que puede hacer Ariel, que solo días atrás era una niña. Acepta su destino. A favor de Federico, aclaro que no la embaraza. Se cuida. Porque odia los mestizos. Con el tiempo Federico saca otro provecho a la inversión. Cuando llegan a la estancia los dueños con sus hijos, ofrece a Ariel para que los adolescentes tengan también esparcimiento. Para finalizar: años después Ariel escapa y se va lejos.

–Tu relato me suena a literatura panfletaria, de barricada, ricos contra pobres. Segregacionista: la humilde criollita contra el maligno alemán. ¿No me dirás que eso te pasó a vos?

–¿Estás delirando?... de ninguna forma. Yo todavía soy virgen. ¿Cómo se te ocurre que haya transitado ese infierno y no odie la vida? ¿En qué momento me has visto depresiva? Amo y agradezco cada día que me toca vivir.

–Creí que ibas a adjudicarte esos hechos denigrantes para comparar tu estado de ánimo con el mío.

–No Juan… No he sufrido ese tormento. Conozco, vi, a la chica de la historia. ¿Sabés una cosa? Un día le pregunté cómo sobrevive a esa tortura diaria y qué secuela le dejó. Me miró a los ojos y me contestó con resolución, como si la respuesta le naciera en la piel, en los intestinos, en el dedo gordo de su pie derecho, en el mínimo pelo de su pubis: "A mí no me sucedió nada, a veces narro este tipo de historias a la gente que quiero, pero ya he decidido que no pasó. Si la memoria no me entiende y trata de meter un recuerdo, la golpeo hasta que se guarde en el culo cualquier dolor que fue".

–Inteligente postura. En general es el consejo que me dan los sanos. Pero yo no puedo. No tengo fuerzas para olvidar y seguir adelante. Pienso que Dios no ha sido justo. Y sufro. Tanto que a veces deseo un final próximo, sin agonía.

–En otras palabras, profe, te sentís más identificado con la muerte que con la vida.

–Más o menos.

–La huesuda te liberaría.

–Así es.

–Creo que es hora de regresar… Regino no debe tener paz dentro de las cuatro paredes.

Llamaron a la joven que los atendía y pagaron. Apenas subieron al Citroën, Ariel comentó que les faltaba recorrer el Tomolasta.

–Pero si de acá lo ves en todo su esplendor.

–Quiero subir.

–¿Con este auto?... No llegarás ni a la mitad.

–Probemos –dijo y arrancó enfilando hacia el empinado camino de tierra.

El Citroën resoplaba cada metro que subía, pero contra los pronósticos de Juan de Dios, llegó a la cima. El paisaje se embellecía con la altura. Ariel, mirando a la distancia, identificaba, no con seguridad, otros cerros. Hasta que se cansó del juego y propuso que volvieran porque se hacía tarde.

–Ahora viene la mejor parte –dijo la joven subiéndose al vehículo.

–¿Se puede saber qué otra locura tenés en mente? –preguntó Juan de Dios cuando ingresó al automóvil.

–El descenso mágico. Consiste en dejar que esta máquina baje por inercia sin tocar más de tres veces el freno.

–Ni loco… Iré caminando.

–Demasiado tarde. El juego comenzó. Si algo nos pasa, vos serás el menos perjudicado. A alguien que siente a la muerte como una liberación, un derrape le evita la difícil decisión de acabar con su vida.

–Frená, que me bajo. –El Citroën había tomado impulso. Ariel, con las dos manos sobre el volante, trataba de estabilizarlo en cada curva. Su acompañante se aferraba con desesperación a cualquier objeto que se mantuviera rígido: a veces al asiento, otras al tablero; hasta se prendió del freno de mano, hecho que descompensó al vehículo, que se cruzó, golpeando en la pared rocosa, enderezándose después para seguir descendiendo vertiginosamente. Al llegar al pie del cerro, Ariel frenó, levantando una nube de polvo.

–¡Qué macana!, me vi obligada a tocar cinco veces el freno. Algún día lo lograré –se lamentó.

–Tengo ganas de pegarte –dijo Juan de Dios al recuperar el aliento.

–No veo el motivo. Si nos despeñábamos te hacía un favor.

–Está bien… quiero vivir… Quisiste darme una lección y lo lograste. Quiero vivir.

–¿Lección? Por favor… una alumna enseñando a su profesor… El mundo está dado vuelta.

CAPÍTULO XVII

El traslado hasta el rancho no presentó mayores inconvenientes. Oscar encabezó la columna con sus cajas de animales sostenidas por una cuerda que cruzaba el apero hacia ambos costados de tal forma que a la vista daban la impresión de improvisadas alforjas. Detrás lo seguía Ariel, que desde el primer momento hizo buenas migas con el caballo y avanzaba sin contratiempos, sin necesidad de hacer uso de las riendas. Juan de Dios, en tercer lugar, no estribaba y apoyaba las piernas en la parte delantera de la montura para evitar dolores en el coxis. Regiano, al final, rezongaba por diferentes causas: aflojamiento de la cincha, "empacamiento" de la cabalgadura, dificultad por mantener el rumbo, reiteración de "cabeceadas" porque mantenía las riendas cortas suponiendo que soltarlas llevaría al caballo a emprender un galope desenfrenado. Oscar cada tanto regresaba lo andado para ayudarlo, hasta que optó por hacerse cargo de las riendas, atarlas en su apero y avanzar.

Llegaron. El sol aún estaba alto. Entre los cuatro ordenaron en poco tiempo las cosas que traían. Las cajas que contenían serpientes y arañas fueron las últimas en ser bajadas. Cuando Oscar se dedicó a esta tarea, los tres estaban pendientes de qué lugar elegiría para colocarlas. Para la tranquilidad de todos, Oscar las cargó hasta un bosquecillo de árboles espinudos y hojas flacuchentas, ubicado a más de treinta metros de la vivienda. Después volvió por los caballos, les dio de beber en el río y los condujo hasta el pequeño grupo de árboles. Hecho esto, se sentó bajo la escasa sombra y abrió las cajas.

–No tiene consideración. Por un momento pensé que pondría a retozar esos bichos cerca de nosotros –comentó Regiano, respirando profundamente y pasando la mano derecha sobre su frente como quien se acaba de sacar un problema de encima.

–Si está todo en orden les propongo que nos demos un baño en el río –propuso Ariel.

–Buena idea… a cambiarse –aceptó Juan de Dios.

Al ingresar al río hubo alguna queja por la temperatura del agua, pero después, cuando comenzaron a jugar como niños, se aclimataron y disfrutaron por más de una hora. Ariel recogió piedritas de extraños coloridos. Juan de Dios buceó cerca de unas rocas tratando de descubrir alguna trucha. Regiano intentó hacer la plancha para que la corriente lo trasladara sin esfuerzo, pero la falta de práctica lo llevaba a hundirse obligándolo a ponerse de pie, sacar el agua de los oídos, sonarse la nariz y restregar sus ojos.

Al volver al rancho advirtieron que tenían la piel colorada.

–Mirá cómo nos quemamos, y eso que el sol a esta hora no tiene fuerza. Si entrábamos al mediodía terminábamos achicharrados –dijo el Gordo.

–Suerte para ustedes que tengo una crema que los aliviará. Por lo menos, yo estoy "curtida"… mucho bronceado de terraza.

Ariel los embadurnó con una crema humectante que fue absorbida por la piel con rapidez, por lo cual la joven repitió el tratamiento.

–¿Tomamos unos mates?

–Llamalo a Oscar, estoy seguro de que es un cebador de primera.

El sol se ocultó tras los cerros. Sentados frente al rancho disfrutaban de un mate amargo y espumoso. El cielo se cubrió de listones rojizos que variaban a un color violeta para después definirse en un celeste transparente hasta que apareció la luna: definida, brillante. Regiano, al verla, comentó que dentro de dos días la luna se vería más grande y hermosa que nunca. "Un fenómeno que sucede cada 133 años." Aclaró que se debía a un mayor acercamiento del satélite en su trayectoria alrededor del planeta. "La voy a disfrutar. Es un privilegio. ¿Se imaginan? Recién los que vivan en el 2133 tendrán la misma suerte." Y como ninguno de los presentes se enganchó con el tema, decidió darle un toque personal hacia a la pareja: "Espero que en la ciudad no se olviden de observarla. Si una luna común y silvestre es fuente de inspiración para los enamorados, una luna especial, grandota y encandiladora, debe cobijar las ilusiones y deseos de los amores que hacen historia. Podría apostar, si tuviera dinero, que el asunto de Romeo y Julieta se dio con una luna así… Aprovechen: ¿quién les dice que no sean los amantes de Verona modernos?".

–Varios hechos nos impiden confundirnos: nuestras familias no están enfrentadas, triplico en años a Romeo, y creo que esto es definitivo: entre Ariel y el que habla no existe relación amorosa –respondió Juan de Dios, riéndose.

–¿Qué les parece si organizamos la partida de mañana? –preguntó Ariel disimulando el malhumor que le produjo la respuesta y en especial la risa final del profesor–. Así de paso dejamos en libertad a Oscar –concluyó.

Oscar, que se había mantenido al margen de la conversación, se dirigió a Juan de Dios.

–Patrón…

–Juan, ya te pedí que no nos llames patrón o patroncita.

–Me cuesta.

–Intentalo.

–Juan… si usted lo dice yo podría acompañar al… señor Regiano hasta que regresen.

–¿Lo harías? –preguntó Regiano con ansiedad.

–Sí, patrón.

–Dejá de joder con eso de patrón, a mí me dicen Gordo. Me he acostumbrado al sobrenombre y al peso excesivo. Eso de patrón me confunde. Bah… no tiene importancia. Lo interesante es que estás dispuesto a acompañarme… ¿Qué hacemos con los bichitos? –concluyó sonriendo.

–Duermen conmigo.

La repuesta borró la sonrisa del rostro de Regiano. "¿Adentro?" preguntó.

–Sí… están acostumbrados.

Hicieron silencio. Todos esperaban la decisión del Gordo. Éste miraba a uno y otro esperando una colaboración.

–Y bueno… traelas. Parece que el 2000 se acerca lleno de amenazas.

–No lo van a molestar. A lo mejor les toma cariño… Gordo –terminó con esfuerzo Oscar.

–Lo dudo.

–Mañana tendrás que venir temprano. A las seis. Así nos acompañás hasta la hostería y te traés los caballos… ¿querés quedarte a comer?

–Si invita…

–Andá preparando el fuego que en La Carolina compramos unas costillas de película.

–¿Asado? –preguntó Regiano pasándose la lengua por los labios–. Me tienen harto con las truchas. Un animal que se baña las veinticuatro horas no tiene gusto a nada.

–Por fin la alegría –festejó Ariel y dirigiéndose a Juan de Dios dijo–: Pienso regresar por el camino de tierra.

–¿Por qué?, demoraremos mucho más.

–Vos estás de vacaciones y yo entro en el turno tarde… no me explico el apuro. Cómo me voy a perder el Sololosta, la Gruta de Inti Huasi, Pampa del Tamboreo.

–No podré convencerte.

–No… es perder el tiempo.

–Entonces, lo que dije: vamos por el camino de tierra. Conviene unirse al enemigo si no hay posibilidad de victoria. ¿conforme?

–Supuse que estábamos de acuerdo–ironizó Ariel.

Juan de Dios hizo el asado en forma lenta, con poca brasa pero bien distribuida. Sin atender las exigencias del Gordo, que lo apuraba: "Ya tengo lista la ensalada, ¿qué esperás para sacar una costillita?".

Comieron a la luz de la luna. El aire era calmo y fresco. El silencio en los cerros se quebraba cada tanto con los sonidos emitidos por animales nocturnos. Al escucharlos preguntaban a Oscar, quien sin dudar respondía: "vizcachas, comadrejas, lechuzas, dormilones, un toro enamorado".

Regiano, que hasta ese momento había eludido referirse a su problema, no pudo contenerse más.

–¿Cómo piensan sacarme de la provincia? –preguntó.

–No lo hemos pensado aún… pero con seguridad será en auto…

–¿Y por qué no lo hacemos ya? ¿Qué necesidad tenemos de esperar?

–En primer lugar, tengo que conseguirte dinero para que puedas vivir en un país limítrofe. Sacaré mis ahorros del banco y cobraré al Rengo por el trabajo que me encargó. Se trata de una cantidad importante que ayudará a soportar el exilio. Además

no tenemos vehículo confiable. Deberé alquilar. Un viaje a Córdoba o a Mendoza en el Citroën es una misión imposible.

–No te metás con mi protegido–protestó Ariel.

–Deberás tomar un avión en alguno de esos lugares. Supongo que nos conviene Mendoza por la cercanía.

–¿Tendré que irme para siempre?

–Mirá Gordo… al Rengo le sacaste mucho dinero… es muy difícil que lo olvide.

–¿Ustedes son ladrones? –preguntó Oscar.

Fue necesario un largo tiempo para explicarte lo sucedido.

Al terminar le preguntaron si había comprendido.

–Sí… el señor Rengo es mala persona. El señor Regiano es ladrón–resumió.

–Más o menos así es la cosa –dijo Ariel.

–Es la segunda vez que me meten en la misma bolsa, y no creo merecerlo. En la vida hay diferencias, grados, no sé cómo decirlo.

–No sabés porque él ha dicho lo justo: vos estafaste al Rengo… así de fácil –respondió la joven.

–El que esté libre de culpa que arroje la primera piedra –recitó Regiano con tono abatido.

–Por ese camino vamos a entendernos, porque Juan y yo nos hemos transformado en encubridores.

–Perdón… tengo que irme. Mañana a las seis estoy por acá –interrumpió Oscar.

–¿No me abandonarás? ¿Vendrás a acompañarme pese a que soy un ladrón?

–Seguro, señor Regiano, ¿a mí qué puede sacarme? Nada. Mis amigos no le gustan –contestó el hombre sonriendo mientras cargaba las dos cajas de cartón sobre el anca del caballo.

Cuando Oscar desapareció en la oscuridad, el Gordo Regiano dijo que se estaba acostumbrando a ser tratado como un delincuente.

–Ya ves… la vergüenza tiene límites imprecisos –sentenció Juan de Dios, palmeándolo, luego se puso de pie y continuó–: Arreglemos un poco esto y a dormir.

A la mañana siguiente, luego de recibir incontables abrazos de Regiano y su pedido implorante de que regresarían el 24 sin falta, Juan de Dios y Ariel montaron y se encolumnaron tras Oscar. En esta oportunidad el trayecto hasta la hostería lo cubrieron en menos tiempo; por trechos azuzaron los caballos y galoparon.

Juana, la dueña de la hostería, ya estaba levantada cuando llegaron.

–¿Cómo pasaron la noche? –preguntó, y al recibir la conformidad de sus inquilinos, agregó –: El rancho es fantástico. Les aseguro que no se arrepentirán de haberlo elegido. Espero verlos para el regreso, de cualquier forma si se van antes le dejan la llave a Oscar. ¿Ustedes vuelven a San Luis?

–Por tres o cuatro días, pero para nochebuena estaremos aquí, quizás antes –respondió Ariel.

–Les deseo felices fiestas… y que en el 2000 realicen sus deseos.

–Gracias.

–Igualmente.

Recorrieron el mismo camino que habían realizado el día anterior para llegar a La Carolina. Al dejarlo atrás, ingresaron en un camino de tierra y comenzaron el descenso que los llevaría, cerrando el circuito serrano grande, hasta el Dique La Florida.

–¿No te parece que vas demasiado rápido?

–Aprovecho las pendientes; cada tanto se presenta una subida y no quiero forzar a mi mimoso.

–Tratá de que ese aprovechamiento no nos lance a un precipicio.

–Si seguís llamando a la tragedia conseguirás que algo nos pase. ¿Nunca oíste el dicho: "el que sueña que se muere, termina en el cementerio"?

–No de esa forma… supongo que te has otorgado una licencia literaria.

–Efectivamente… pero me has entendido. Por favor pensá en que todo saldrá de maravilla.

–Como si fuera fácil.

–No, no lo es, pero ayuda. A vos y a los que te rodean.

–Entonces… metele "pata", total conducís con más pericia que un corredor de fórmula 1, y tu mimoso es más seguro que un Mercedes Benz último modelo.

Continuaron el viaje en silencio hasta que la inconfundible forma del cerro Sololosta tomó relieves precisos.

–Parece un dedo pulgar saliendo de la tierra.

–En todo caso se asemeja a la copa de un sombrero.

Cuando estuvieron a poca distancia del cerro, Ariel se desvió por una huella para alcanzar la base y condujo el Citroën hasta un rancho, donde tocó la bocina quejosa del automóvil.

Un criollo se asomó por la puerta, y ante las señas de la joven se acercó con parsimonia.

–Oiga don –llamó Ariel–, ¿no tiene algún cuero de puma para vender?

–Tal vez sólo comercia con pieles de leopardo –bromeó Juan por lo bajo.

–Buen día señora –saludó el hombre–. ¿En qué le puedo servir?

–Tengo interés de comprar un cuero de puma –repitió la joven.

El hombre de tez oscura, delgado, ojos pequeños y mirar huidizo se acarició la mandíbula con barba crecida antes de responder, tomándose un tiempo, innecesario según pensó el profesor, porque no debía ser difícil recordar si en el rancho tenía la piel requerida. Después se decidió, y como es costumbre en la gente de campo se disculpó por no satisfacer el pedido y aclaró que no había cazado en esa temporada,

que a lo mejor en los próximos días hacían batida al cerro, y en ese caso, si pasaba de nuevo, le guardaría el cuero.

Juan de Dios miró el Sololosta y le pareció increíble que ese peñasco desnudo pudiera servir de guarida.

–¿En serio que hay pumas allá arriba? –preguntó.

–A veces –respondió el hombre sin precisar.

–Me parece difícil. Se los vería desde acá. No hay un árbol para ocultarse –insistió.

–No se deje engañar por la altura señor. Además, ellos se esconden entre las piedras, en huecos. Más cuando tienen cría. Desde acá no los va a ver. Hay que subir en círculos, obligándolos a salir y buscar la parte alta de la montaña. No es trabajo para un solo hombre. Cuatro o cinco, por lo menos, y los perros, porque si el animal se abre paso para el bajo, no lo encuentra más.

–Bueno… veremos si tengo suerte en el próximo viaje –dijo Ariel, despidiéndose

Les costó regresar al camino, porque la huella estaba cubierta por piedras y el Citroën resbalaba sobre ellas sin lograr subir la pendiente, hecho que obligó a que Juan de Dios se bajara. Aun así, la tarea resultó imposible, hasta que el hombre del rancho vino a ayudarlos.

Ya en el camino, y después de protestar por el esfuerzo hecho, el profesor le preguntó a Ariel que "antojo" pensaba satisfacer comprando un cuero de puma.

–Hacerme una bikini.

–¿Me estás cargando?

–Acertaste. Lo compro porque me gusta.

–A los pocos meses se apolilla.

–Lo tiro. ¿Cuál es el problema? Mientras tanto lo disfruto.

–Me hiciste recordar un refrán de mi abuela: "por el tiempo que estoy en el convento, me orino adentro".

–No entendí.

–Es simple: que la vida es corta y por esa razón tenés que hacer lo que te venga en ganas.

–Inteligente tu abuela.

–Creo que te equivocás. Era egoísta. Tu vida tiene sentido si tenés en cuenta la vida de los demás.

–Por supuesto, pero sólo podés ser solidario cuando estás conforme con vos. O sea, cuando te hayas dado el gusto de orinarte. Un tipo que no se lleva con su interior no sirve a nadie –concluyó Ariel.

Juan de Dios iba a replicar, pero la mancha negra apareció en su mente: pequeña, pero amenazante. Fue suficiente para que se mantuviera en silencio. La temida presencia le recordó sus debilidades que tanto lo disminuían. Recordó también el odio que

sentía ante la injusticia del destino. Su envidia por la gente sana, sin preocupaciones, alegre. Fue aún más lejos: la constante falta de compromiso, el tratar de aferrarse a un lugar seguro y permanecer allí para siempre sin que nadie le disputara espacio. “He orinado poco… nada”, pensó. La mancha negra se empequeñeció y desapareció, en el preciso momento en que Ariel tomaba un desvío para llegar a la Gruta de Inti Huasi.

–Cada vez que vengo me impresiona. Siento en la piel un estremecimiento –dijo Ariel al detener el auto–. El mismo aire de su interior sabe a pasado remoto. Respirarlo es adueñarse de los espíritus de quienes se guarecieron allí de soles, tormentas, eclipses.

–Muy poético.

–Me da pena. Como me da pena la velocidad con que desaparecemos. Ellos, en su momento, se sintieron eternos, y en un abrir y cerrar de ojos dejaron de existir. Como sucederá con nosotros, que nos preocupamos por el Rengo y nos olvidamos del valor de un segundo –continuó la joven sin prestar atención a la ironía de su compañero.

Juan de Dios reconoció que dentro de la gruta el aire tenía un sabor distinto.

–Nunca encontré las pinturas rupestres –confesó Ariel mientras escudriñaba el techo rocoso–. Me gustaría verlas. Una comunicación a través de infinitos años, ¿te imaginás? Quizá viéndolas aprendería sobre quienes habitaron este vientre de roca. ¿Cuáles eran sus deseos, en qué creían, cómo se preparaban para recibir a la vida y a la muerte? En especial el alejamiento final y definitivo del grupo. A lo mejor suponían que se convertían en viento, llama o sol; que sus espíritus alcanzaban un lugar donde la comida abundaba y la felicidad era interminable, sitio en el que se reunían todos para no separarse más.

–¿Sin infierno?

–Así es como lo pienso, porque supongo que esos seres actuaban a puro instinto, y resulta injusto condenar lo hecho sin premeditación. Y no quiero equivocarte: tampoco creo que haya infierno para los contemporáneos, por lo tanto mi teoría anterior no sirve. Cada persona tiene un destino y así se mueven las cosas.

–Ni malos ni buenos.

–Te equivocás. Malos y buenos, pero cualquiera sea la categoría, no hay pena o condena después de la muerte. Nadie se sale de su destino.

–Me aburre tu defensa del determinismo, me gustaba más tu estilo poético anterior, pero más me gusta que sigamos antes de que llegue el mediodía.

–¿Te molesta que los malos tengan igual suerte que los buenos? En ese caso intuyo que te incluis en los segundos. Te diré un secreto: las calificaciones propias suelen ser equivocadas, arbitrarias, teñidas de lo que uno supone ser.

–Tu idea es útil para emparejar hacia abajo. Muchos políticos la usan. Cuando una sociedad acepta la igualdad moral del delincuente con el inocente está perdida.

–Es posible, pero hablamos de condena más allá de la muerte. No concibo a un Dios sentado en trono de nube haciendo inventario de la conducta de cada uno. Cómo va castigar por toda la eternidad a un tipo que a lo sumo vive en este mundo ochenta años. Sería una condena desproporcionada, ¿no te parece? Si hasta en el principio de la historia hubo equivalencia entre el daño y la pena. Ojo por ojo, diente por diente ¿te suena? Cómo puede ser posible que quien nos creó dispusiera de castigos infinitos si sólo nos permite un soplo en este mundo.

–Por lo tanto, a "tirar la chancleta".

–No exactamente, querido Juan, sólo vivir conforme al gusto personal. Sin culpas ni miedos a un más allá al cual nosotros nos encargamos de dar antojadiza forma. Fundamentalmente, sacar provecho del privilegio otorgado: vivir, agradecer ese pequeño segmento de tiempo y espacio que nos toca. Somos unos pocos entre infinitas posibilidades frustradas. En síntesis, antes de que mi razonamiento te adormezca, agrego: festejar cada día por más que cargués un sufrimiento atroz. La nada, insisto, debe doler mucho más.

–Seguimos –insistió Juan de Dios.

En Pampa del Tamboreo, Ariel se detuvo una vez más. En este caso para visitar una derruida iglesia que construyeron los jesuitas. Juan de Dios lamentó la desidia de autoridades eclesiásticas y civiles que por años dejaron sin protección al templo. También recordó que en unas casas cercanas había vivido un tal Urquiza, patriarca de la zona, de quién se decía que poseía una fortuna incalculable, aunque aclaró que a su muerte ese hecho no pudo ser acreditado.

A las diez de la mañana llegaron a la ciudad. Ariel detuvo el vehículo frente al edificio donde habitaba Juan de Dios. Ambos descendieron.

–¿Nos vemos esta noche? –preguntó la joven.

–De acuerdo.

–Paso a buscarte –precisó Ariel, y lo besó antes de que Juan de Dios reaccionara. Luego dijo –: siempre con una sonrisa…no vale la pena ahorrar un buen ánimo, no da interés y daña el cuerpo. –Subió al vehículo y, saludándolo con la mano, se alejó.

CAPÍTULO XVIII

Juan de Dios cerró la puerta del ascensor y sacó la lleva de su departamento, pero la puerta se abrió antes de que lograra introducirla en la cerradura.

–Buenos días Juan –lo saludó el Rengo con una de las manos afirmada en el marco, cerrándole el paso.

–¿Qué hace en mi casa? –reaccionó Juan de Dios.

–¿Cuál es el problema? ¿No somos amigos?

–Aunque así fuera no tiene derecho en invadir mi vida privada.

–Lo que es tener estudio… decís las cosas de una manera que me cuesta entenderte. Supongo, perdoná si me equivoco, que te molesta mi presencia en tu casa.

–Sí… me molesta –contestó Juan de Dios, titubeando, porque el tono molesto usado por el Rengo, a su entender, era falso y ocultaba de actuar con violencia.

–Pasá, ¿somos o no somos amigos? Eso creí después de nuestro arreglo en el restaurante. Espero no equivocarme, porque también me acompañan "Bombón" y "Besitos", dos muchachos que trabajan para mí. Vení que te los presento.

Entraron. Dos hombres sentados miraban televisión con las camisas desabrochadas, sin zapatos, los pies apoyados sobre una mesa ratona. La habitación estaba desordenada: papeles y latas de cervezas por el piso, restos de comida sobre el escritorio.

–¿Ustedes hicieron esto? –preguntó Juan de Dios con la vista nublada por la ira.

–Te lo arreglamos en un minuto. Yo hurgué entre tus cosas para ver si encontraba el trabajo que te encargué y los muchachos tenían que comer algo mientras esperábamos tu llegada –dijo el Rengo, y luego, volviéndose hacia sus guardaespaldas, ordenó–: A ver… dejen la estúpida televisión y ordenen todo. No quiero quejas del profesor.

–Pero ¿se da cuenta que usted no puede entrar donde se le antoje? –protestó Juan de Dios.

–¿Qué es eso de tratarme de usted? Vos y yo nos llevamos bien. No quiero pensar que te has transformado en un culo fruncido. Odio a los que se hacen las señoritas… Vos no sos así, vos sos todo un macho, dejáte de joder con que me metí en tu casa sin permiso. Vení sentate que debemos hablar.

Juan de Dios sintió que la mano del Rengo lo tomaba con fuerza del brazo. Los dedos hundían la carne, se dejó conducir hasta el sillón donde fue empujado para que se sentara.

–¿Cómo anda mi encargo? –preguntó el Rengo apenas se sentó frente a él, acercando su rostro en forma desafiante.

Por un instante sintió el deseo de golpearlo, pero sólo fue un chispazo. En su vida nunca había reaccionado con violencia. Ante situaciones límites el miedo tomaba el mando y encadenaba músculos y lengua.

–¿Y? –insistió el Rengo.

–Está casi todo listo. Faltan algunas correcciones.

–Mostrame.

–No puedo, el trabajo todavía no sale de aquí –contestó señalándose la cabeza y agreg –: Etapa de creación… no sé si entendés –con esta frase sintió que se vengaba en parte por el maltrato recibido.

–Tengo la sensación de que me estás jodiendo. Espero que no se te ocurra fallarme. A veces los amigos se aprovechan de mi buena fe. Hace unos días un gordito picarón quiso pasarme; se debe creer muy vivo, lo que no sabe es que para mí ya está muerto. Bueno, no es tu caso –reflexionó, y metiendo su mano en un bolsillo extrajo un sobre–. Para que te quede en claro mi cariño, aquí te entrego la mitad del precio.

Juan de Dios no hizo ningún movimiento para recibir el sobre. –Vamos… tomá: no pica. Además entiendo que no hayas trabajado poco. Te vi cuando te despedías de esa niña. El amor hace olvidar todo.

–Es… una alumna. No tengo…

–Poco me interesa tu vida amorosa. No des explicaciones. La conozco a la piba, trabaja en el supermercado de acá a la vuelta. Tenés buen gusto, profesor… El asunto es otro. Mañana a la noche quiero los poemas y el cuento. Por favor no me hagas montar en cólera. –Se rió,–¡Qué te parece! Una frase digna de vos que la aprendí de un "escriba" que se pasó de listo. Cuando fui a que me explicara en "barullo" se agrandó diciendo eso: no me haga montar en cólera. En realidad el que se puso loquito fui yo. ¡Pobre! Pero eso a vos te interesa un pito y para mí ya fue. Así que el asunto es: mañana a la tarde vengo por acá y tené todo listo.

Juan de Dios sentía que la bronca estaba a punto de hacerle estallar el pecho. Se preguntaba si era hora de reaccionar, pero las respuestas llegaban rápido: "El Rengo solo me mata… además está con esos dos gorilas… qué me cuesta copiar dos poemas y escribir un cuento color de rosa… que él se arregle con la acartonada de Helena Flores… mi preocupación debe concentrarse en salvar a Regiano".

–¿Entendiste?

–Sí, mañana a la tarde.

–¿Listo muchachos? –preguntó el Rengo a sus secuaces, y aunque el desorden reinaba los dos asintieron.

–Son dos buenos amigos, profe, ¿Sabés que a este le dicen "Besitos"? Mirá los labios que tiene. Ni los negros lo superan. A algún ingenioso se le ocurrió que con esa boca podía besar veinte minas a la vez. Yo quise cambiarle ese apodo por el de "Sapo", pero la costumbre me superó. Y este otro… "Bombón". Era gordito y negro cuando niño, por lo menos eso dice él. Para mí que lo llamaron así por pesado y por su obsesión por patearte el hígado hasta reventártelo si se enoja. Dos buenos muchachos, fieles como monjas. Sólo reaccionan si alguien me toma el pelo. Si necesitás un trabajito me lo decís y te los mando. Derechos. No te defraudarán. –Tomó un respiro y luego,

dirigiéndose a los dos hombres, agregó:–Vamos, chicos, el profe tiene que trabajar.

Juan de Dios, al quedar solo, pudo levantarse del sillón. "Hijo de puta", dijo, y tiró un puntapié a una silla cercana. El esfuerzo repercutió en la ingle con un pinchazo sostenido y profundo que le obligó a doblarse. La mancha negra se hizo presente, cubriendo todo el cuerpo. "Ni con vos encima reacciono. Alguien que te carga no debería tener miedo. A no ser… ¡Claro! Vos me envolvés con cadenas de pánico para que nadie te saque el privilegio de matarme. El Rengo es tu más peligroso competidor. A lo mejor te llevás una sorpresa. En cualquier momento reaccionaré y te quedarás sin festín. Por ahora disfrutá, voy a copiar poemas. Por ahora agacho la cabeza pero… ¿quién sabe?", pensó, y se dirigió a la biblioteca.

Tenía decidido un poema, el que había recitado a Ariel. Le faltaba encontrar otro que de alguna forma estuviera a la altura de un hombre enamorado.

Buscó en el estante donde ubicaba las publicaciones locales. Se decidió por Antología Poética de San Luis, editado por el Instituto Científico y Cultural "El Diario". Un organismo creado por "El Diario de la República" con el objeto de difundir la cultura puntana y acercar a artistas de renombre nacional a la provincia.

Recordaba, vagamente, haber leído en ese libro algunos poemas de un autor que, si bien no era oriundo de San Luis, por su larga tradición en Luján, un pueblo del interior, se consideraba un comprovinciano más: Mario Oscar Morales. Su memoria le había traído ese recuerdo por tres motivos: le gustaba su forma de escribir, la curiosidad que no titulara los poemas, el hecho de que hubiera sufrido un accidente en la adolescencia con secuelas que lo obligaron a escribir sus primeros poemas manejando el lápiz con la boca.

Releyó y se decidió por uno que a su entender emocionaría a Helena Flores y sería comprensible para el Rengo.

Que te ame el poeta, y no el hombre
pues la cama del hombre no recuerda
y el lecho de mi página no olvida.

Si despierto hombre y tu te marchas
encontraré otra piel, otra caricia,
si despierto poeta y tú te alejas,
te detendré en mis versos, toda mía.

Pero si tengo que elegirte entre otras cosas
y pueden más tus lágrimas y el llanto,
no dirá mi poema que te he amado,
te amo y te amaré dirá la prosa.
Y al amarte el hombre y no el poeta,

escribirá el tiempo y la poesía,
el verso del poeta ya no rima,
la vida no se mide en una estrofa.

Transcribió los poemas elegidos y colocó en renglón aparte puntos suspensivos para que fueran firmados. "Resultará muy gracioso si firma con el apodo", pensó.

Sintió cierto alivio al completar las hojas escritas. "Sólo me falta el cuento, y asunto concluido", dijo, sin advertir que una duda comenzaba a abrirse camino a través de esa sensación de tranquilidad. La duda creció con rapidez. "¿Y si Helena conoce los poemas? ¿Qué seguridad tengo de que no leyó al menos uno? He supuesto su ignorancia por falta de simpatía. Si no es así, el Rengo no tardará un minuto en abrirme el estómago y guárdame para siempre en una cloaca. En especial si mi colega tan amada le da un empujoncito. ¿Debí decirle al Rengo que conozco a Helena? ¿Qué Argentino Puertas me pasó el dato de quien era la mujer que lo enloquece? De ninguna manera. Él no lo ha dicho. El problema está en que esa acartonada que desea mi cátedra se dé cuenta de que su enamorado le ofrece copias adjudicándose su autoría. No hace falta imaginación para prever la reacción del rompehuesos cuando le arroje los papeles, riéndose, proclamando que sólo un imbécil puede pretender engañar a una licenciada en letras plagiando a poetas locales. Y bien, el hecho es que puede suceder. Manos a la obra. Escribiré dos poemas. Vos, Juan, a poner el culo sobre la silla, como decía mi amigo Chesterton, hasta que te salgan callos".

Juan de Dios se sentó frente al escritorio, mirando hacia las sierras, rogando que ese paisaje maravilloso lo inspirara, a él, que nunca había logrado la cadencia suave y la palabra justa de un poema.

Así pasó la tarde y llegó la noche. Juan de Dios se preguntó varias veces durante ese lapso, si la afirmación de Ariel de que la facultad sólo preparaba para ser ensayista no era valedera, en especial cuando una idea que consideraba buena terminaba en el cesto de papeles. Cansado, con la columna dolorida, decidió no seguir escribiendo y conformarse con los dos últimos intentos. Pasó los poemas a máquina y dijo: ya está, en el preciso momento que sonó el portero eléctrico. Era Ariel.

Cuando llegó al departamento, con la naturalidad de una larga relación, lo besó. Juan, en este caso, no se sintió sorprendido, y abrazándola, volvió a besarla con la pasión de los primeros encuentros.

–¡Vaya! –exclamó Ariel cuando la soltó, y agregó, acomodándose la larga melena negra–: ¿Estoy con la persona que creo o me equivoqué de puerta?

–Perdón.

–No veo el motivo; me gustó.

–Hoy sucedió algo increíble. El Rengo me esperaba aquí adentro con dos matones –informó.

–¿Acá adentro?

Le narró lo sucedido, incluso le comentó el pago a cuenta y su decisión de no plagiar. Se acercó al escritorio y le leyó los poemas que había escrito. Al terminar esperó el juicio de Ariel.

–¡Hum!... Sin ofender, la poesía no ha perdido nada con tu ausencia.

–Estoy de acuerdo, pero así tengo la seguridad de que no me rebane la garganta… a lo sumo me obligará a hacer otras. Se sabe que los artistas no viven con inspiración permanente, y él ha fijado los tiempos.

–Te propongo que cenemos afuera para aliviar el mal trago de tu obra.

–Sos una crítica despiadada.

–Puede ser, aunque bien se podría decir que la impiedad tiene mejor cabida en esos papeles: si te tengo que calificar, te pongo un aplazo –contestó Ariel riendo, y agregó–: Voy al baño y salimos antes de que llegue la tormenta.

–¿Tormenta? –preguntó Juan de Dios.

–Antes de medianoche caerán baldes de agua. ¿No viste los rayos y la nubazón que viene del oeste?

CAPÍTULO XIX

Eligieron Los Girasoles, un restaurante ubicado en la parte sur de la ciudad, próximo a la ruta nacional que une Buenos Aires con Mendoza. Estacionaron el Citroën frente al Kiosco César, un sencillo establecimiento que treinta años atrás había iniciado en San Luis la venta de comidas en bandeja a bajo costo con gran éxito. Un hombre anciano se les acercó y les ofreció cuidar el auto.

–No le saque el ojo de encima, abuelo–aceptó Ariel.

Recorrieron los pocos metros que los separaban de la entrada de Los Girasoles. En el trayecto, Juan de Dios comentó:

–Resulta difícil creer que un ladrón se interese por el cachivache…quizás deberías preocuparte si cae una piedra.

–La tormenta no le hará a mi mimoso ningún daño, pero un peso de propina le vendrá bien a ese hombre –contestó la joven.

El restaurante estaba lleno. La próxima navidad era un buen argumento para que oficinistas, maestros y grupos de amigos se reunieran a festejar en los días previos. El maître los acompañó hasta una mesa para dos personas.

–Muy a tiempo: no hay más lugar –dijo, alcanzándoles la cartilla del menú, y agregó–: Enseguida les tomarán el pedido.

Al quedar solos, Ariel comentó que al ver tanta gente pensó en Regiano y se preguntó qué hacía en ese momento y cómo se llevaría con Oscar.

–El Gordo es un tipo sociable, siguiendo su forma de hablar, puedo apostar que ambos ya son amigos. En cuanto a lo demás, estoy seguro que sigue con miedo y ruega que no lo abandonemos.

–No pienso hacerlo. Acabo de conocerlo, pero intentaré ayudarlo para que salga del pantano.

–Mañana trataré de conseguir un vehículo para sacarlo de la provincia.

–En mi opinión, vos y él agrandan al Rengo. Con el Citroën sería suficiente. Estoy convencida de que ese tipo no tiene el poder que le adjudican. Es más, no creo que tenga gente vigilando el aeropuerto y la terminal de ómnibus. Ustedes se dan manija y se sienten perseguidos por Al Capone.¿O me vas a decir que cuenta con una banda de cien pistoleros?

–Tu razonamiento es lógico, pero por las dudas tomamos recaudos. Para mí el dinero que mueve el Rengo no es de él, o sea que su nivel no va más allá de un testaferro. Él pone la cara y se encarga de dar palos. Mi preocupación son los dueños de esa guita. Gente importante, con conexiones. Sacar un boleto de avión o de ómnibus en San Luis me parece arriesgado. Por lo tanto, conviene trasladarlo a Mendoza o Córdoba.

–De acuerdo, pero no entiendo la necesidad de usar otro auto.

–Rapidez, eso es todo.

–El argumento es débil, con el agravante de que involucrarás a terceros.

–Lo pensaré –admitió.

–¿Puedo quedarme en tu departamento esta noche? Tanto hablar de ese delincuente prefiero no estar sola.

–Por supuesto –respondió Juan de Dios con rapidez, sin ocultar la alegría que sentía.

–La puerta del local se abrió. Ingresaron varios hombres riendo y hablando en voz alta. En el centro, apoyándose en el brazo de uno de ellos, balanceándose con cada paso, venía el Rengo. El maître se acercó al grupo.

Desde el lugar que ocupaba la pareja era imposible escuchar lo que hablaban, pero por los gestos del empleado era fácil comprender que se disculpaba por la falta de lugares. El Rengo dejo de reír y preguntó algo. El maître señaló una mesa ubicada en el centro del local, a poca, distancia de la ocupada por Ariel y Juan de Dios; luego se acercó y preguntó con toda ceremonia si habían sido bien atendidos; ante la respuesta afirmativa consultó en qué tiempo podía disponer de las plazas, aclarando: "eso no significaba que deban irse, por el contrario, pueden quedarse cuanto quieran, pero necesito saberlo para no hacer esperar al grupo recién llegado".

–En diez minutos nos vamos. Nuestras señoras insisten en que las llevemos a bailar –contestó el que ocupaba la cabecera, lanzando una risotada y levantando la copa brindó–: Por el baile y el año dos mil.

El maître regresó a la entrada y sin perder su tono afectado informó al Rengo, quien le palmeó el hombro y le dio una propina. Luego indicó a Juan de Dios y a Ariel, diciéndole algo al oído.

El maître asintió y con paso solemne se encaminó hacia ellos.

–Disculpen la interrupción, pero el señor que está en la entrada desearía sentarse con ustedes, quiere saber si no les molesta.

–Si no hay otro remedio –dijo Ariel.

–No hay otro remedio –repitió Juan de Dios–. Dígale que puede venir.

El Rengo cruzó solo el salón, los acompañantes, por lo menos una docena, se mantuvieron en su lugar.

–Buenas noches y mejor año –dijo antes de sentarse y dirigiéndose a Ariel: Permítame presentarme: soy amigo del profe, me dicen Rengo.

–Lo conozco de vista y por comentarios –respondió Ariel.

–Bueno, yo también la he visto a usted.

–¿Rengo? Supongo que debe tener nombre y apellido –dijo la joven con ironía.

El hombre se sentó, y mirándola fijamente aclaró que sí, que tenía nombre y apellido, como todo el mundo, pero él ya no los usaba, que se había acostumbrado al apodo, que de esa forma le resultaba más fácil aceptar el hecho de tener una pierna más corta y caminar como un péndulo.

Juan de Dios intuyó que su compañera no se detendría en sus comentarios

insidiosos y la conversación se internaría en caminos menos protocolares. Aceptó.

–¿Es cierto lo que se dice de usted?

–Lo ignoro, jovencita. ¿Se habla mal o bien de mí?

–Dudo que desconozca la opinión de los demás, pero si insiste: se dice que es un matón y aprovechador de las miserias ajenas.

–Vaya… cómo es la gente –reflexionó el Rengo, que no sonreía y cuyo rostro había tomado la dureza del granito–. Supongo que lo de matón es por mi hombría: soy macho, bien macho, y no me dejo atropellar. Ahora, lo de aprovecharme de no sé qué cosa, me da risa. Usted es muy jovencita, y no me extraña que la confundan. Yo tengo un negocio. El que quiere comprar viene. Yo le vendo, mejor dicho, le presto, y si devuelve… todo bien. Sucede que algunos no quieren devolver. Se olvidan. Y yo no puedo dejar que eso ocurra, ¿no le parece? Por ejemplo: a su pareja le he encargado un trabajo y le he abonado la mitad por anticipado. ¿Qué pasa si no cumple? ¿Me desentiendo y perdono? No, la gente habla pavadas… y con tanta charla no me dijo su nombre.

–Ariel Fernández… y es cierto que la gente habla por hablar: no soy pareja del profesor.

–¡Quién lo diría! Esta mañana los vi besándose y ahora los encuentro en el restaurante. El profe, también negó, pero yo soy desconfiado, "Cajerita".

–¿Cómo? –preguntó Ariel, ofuscada.

–Ese debería ser tu apodo: "Cajerita". Trabajás de cajera en el supermercado. Es bonito.

Juan de Dios venciendo su permanente temor, dijo:

–No se lo permito. Deje de faltar el respeto.

El Rengo suspiró profundamente, y luego tomó el brazo de Juan de Dios, atenazándolo.

–Otra vez lo mismo. ¿Qué es eso de tratarme de usted? Somos amigos. Además no le he faltado el respeto. Sólo la bauticé como alguna vez hicieron conmigo. Si no recuerdo mal, me acerqué a la mesa para saludarlos, y cajerita me preguntó si era matón y usurero. ¿Quién ofendió? Les propongo que si hubo un mal entendido lo olvidemos. Seamos amigos.

–No soy ni seré amiga suya.

–Eso es malo. Siempre conviene tener amistad con el Rengo. Soy hombre sin temores, y un tipo valiente puede defenderte.

–Su valentía tiene mucho peso cuando lo acompañan esos gorilas.

–No te equivoqués. Esos muchachos son como las teclas de tu registradora, soy yo quien los pone en movimiento, pero no los necesito cuando se trata de poner huevos.

–Lo dudo.

–Perdonen, pero ya acomodaron mi mesa. Lamento que esta conversación se corte, habrá otra oportunidad –dijo el Rengo, levantándose, y al retirarse agregó–:

Cajerita tiene más pelotas que vos, profe, cuidála.

–¿Por qué le hablaste de esa forma? –dijo Juan de Dios cuando el Rengo no podía escucharlo.

–Alguien le debe hacer frente.

–Él no te dijo nada agraviante…

–Pero a vos y al Gordo sí. Digamos que quise defenderlos.

–Sé cuidarme solo.

–Cuidado que incluye el silencio, el dejar que cualquiera te pase por arriba.

–Así es. Nunca seré temerario.

–Ni valiente.

–La valentía tiene diferentes formas de manifestarse. La provocación es una de ellas… no gasto pólvora en chimangos –concluyó Juan de Dios con una refrán local con el cual se significa la inutilidad de una disputa sin valor.

–El Rengo no es un chimango. Por lo menos no se le ven las alas –retrucó la joven.

–Perdón… ¿puedo tomar el pedido? –dijo un mozo que se había acercado a la mesa sin que ellos lo advirtieran.

Cuando se retiró, Ariel tomó la mano de su acompañante.

–No discutamos más. La próxima vez te haré caso y seré condescendiente con ese bravucón. Te prometo, si me vienen ganas de saltarle encima, tragármelas. De mi boca no saldrá nada que pueda molestarlo.

Juan de Dios bajó la cabeza y guardó silencio unos segundos. Repuesto, la miró a los ojos y dijo que en realidad no sabía quién tenía razón, que un hecho era indiscutible: su cobardía; que su molestia, sin duda, nacía en la imposibilidad de actuar como ella. Hizo algo más: se estiró sobre la mesa y la besó con suavidad, y después pidió perdón.

Un trueno poderoso siguió a un rayo que iluminó el cielo. Empezó a caer granizo suave acompañado con gotas de lluvia aisladas y gordas. Algunos comensales se levantaron y se dirigieron hacia la puerta de entrada. El maître les aconsejaba que cubrieran sus autos en la estación de servicio ubicada al frente o en una cochera cercana.

–Se viene piedra –vaticinó Juan de Dios, usando la forma en que el puntano define al granizo de gran tamaño.

–El Citroën aguanta –contestó Ariel.

Las gotas cesaron, y momentos después el granizo se espació hasta desaparecer. La atmósfera pareció tensarse en su inmovilidad. De pronto, un pedazo de hielo, redondo, se estrelló contra el suelo, despedazándose. Siguieron otros, hasta formar una cortina blanca y ruidosa. En el restaurante, los asistentes estaban nerviosos. Algunos, ratificando lo que todos veían, indicaban, a través de las ventanas, diciendo: "son piedras grandes". De pronto, un vidrio recibió de lleno el golpe de un trozo de hielo y se trizó. Momentos después, un segundo vidrio corrió igual suerte. El maître

ordenó a los mozos que estuvieran atentos por si alguno de ellos cedía. El hielo, al golpear contra el techo, producía un sonido ronco y amenazador.

–Da la impresión de que comienza el fin del mundo –dijo Ariel, tapándose los oídos.

–Ya va a pasar –la tranquilizó Juan de Dios.

–Tanto pronóstico de que en el 2000 se acaba todo me ha sensibilizado.

–Quedate tranquila… si el hombre no logró destruir la tierra hasta ahora, dudo que una "manga de piedra" pueda hacerlo.

Como si la tormenta hubiera escuchado las palabras del profesor, la piedra disminuyó hasta cortarse. Ahora llovía, con gotas grandes de una tormenta de verano. Del fenómeno anterior sólo quedaba un suelo blanco y las lamentaciones de algunos clientes que no habían cubierto sus autos.

–Pobre Citroën –se lamentó Juan de Dios–: me imagino cómo ha quedado la capota de lona. ¿Vamos a verlo?

–Cuando salgamos. Lo hecho, hecho está. Pienso disfrutar desde este momento tu invitación a cenar. ¿Has pensado que hoy debería haber rendido la materia? Imagino que he rendido y aprobado. Bien vale un festejo.

Juan de Dios la miró con ternura. Cuántos hechos habían sucedido desde esa mañana en que fue a consultarlo. Desde esa misma mañana en que hablara con Daniel, su hijo. Desde esa mañana en que se sentía solo en el mundo, esperando un golpe definitivo de la mancha negra. "¡Qué de cambios!", pensó. Y por primera vez no pretendió valorizar lo sucedido en relación con su persona. Sabía, sin necesidad de razonarlo, que él se sentía mejor, por más que los problemas abundaran.

–Contame un poco más de tu pueblo, de Iñiquez.

–Es pasado…te confieso algo: ni yo recuerdo esos años. La mayoría de las veces pienso que no viví allí. Que lo inventé. Quizás fue parte de una novela que no escribí. La imaginación suele fabricar esas trampitas.

–De acuerdo. Contáme de tus aspiraciones. Se es escritor aún sin escribir una línea.

–Sorprendente, ¿podés explicarme?

–El individuo que lleva adentro personajes con sus hechos y circunstancias; quien elabora en la mente historias, las revisa y corrige; quien se siente propietario de un mundo paralelo al real; quien además se adueña de lo imaginado y lo transforma como si fuera Dios… ¡qué digo!... quien se considera Dios en sus fantasías es un escritor aunque no llene una hoja de papel en blanco.

–¿Es tu caso?

–Así de simple.

–Pero sería mejor haber vaciado tantas ideas y lograr una obra como *El viejo y el mar*, *El hombre que fue jueves.*

–Todo llega.

–Mirá que justo… ha llegado el momento de preguntarte algo que me intriga: ¿Por qué me elegiste a mí?

–Yo no te elegí: apareciste, eso es todo.

–¿Qué tienen en común un profesor viejo, amenazado por el cáncer, con una joven bella, inteligente, que se lleva el mundo por delante?

–Tendremos que descubrirlo, ¿no te parece? Me he pegado a vos sin preguntarme la razón. Me siento bien y para mí es un motivo importante. Y antes de pasar a otro tema más simple te aclaro que lo de viejo va por tu cuenta.

–Ni siquiera podemos hacer el amor.

–Es una expresión amplia, Juan. El amor se hace de diferentes formas.

–Te agradezco por tratar de disimular mi incapacidad.

Ariel apoyó la mano sobre la boca de su compañero impidiendo que siguiera hablando.

–¿No te parece que es un buen momento para brindar y dejar de lado cualquier cuestionamiento?

Brindaron. Al terminar la cena pidieron al mozo que les trajera la cuenta. Fue el maître quien se aproximó momentos más tarde y les informó, señalando al Rengo, que "ese hombre los invita… incluida la propina. Es un señor muy generoso".

Debieron pasar cerca de la mesa que ocupaba. El Rengo, sonriente, los miraba. Se vieron en la obligación de agradecerle, y él respondió con un tono de voz que se escuchó en todo el local:

–¡Los quiero mucho!

Estaba fresco. Salieron. La capota del Citroën se mantenía intacta. Un pequeño olmo bola lo había cubierto, perdiendo en esa tarea gran parte de las hojas y ramas más delgadas. Subieron al vehículo. Desde las sombras apareció el anciano que se comprometiera a cuidar el auto. Ariel buscó en su billetera y le entregó un billete de cinco pesos.

–Sos desprendida–Dijo Juan de Dios cuando llegaban a la Avenida Roca.

–Pobre viejo.

–Le servirá para comprar una damajuana de vino.

–Que le aproveche, ¿o pensás que debería comprar *El Quijote* en edición rústica?

Al llegar al departamento, Ariel decidió arreglar el desorden que dejaran el Rengo y sus guardaespaldas.

–Mañana lo hago yo–propuso Juan de Dios.

–Dejame trabajar un poco, no tengo sueño. Te prometo no hacer ruido. En un rato te hago compañía.

Juan de Dios se acostó, pero no se durmió de inmediato. Cada tanto, en la oscuridad, miraba hacia la puerta con la esperanza de que Ariel llegara. Su ansiedad lo llevó a preguntar si le faltaba mucho.

–Dormí…No bien termine, voy –fue la respuesta.

Siguió esperándola, pero el cansancio aquietó sus nervios y se durmió.

CAPÍTULO XX

A la mañana siguiente un olor a tostadas lo despertó. El costado de la cama que no había usado se mantenía ordenado.

–¡Ariel! –llamó.

La joven, desde la cocina, lo saludó y dijo que era buena hora para desayunar. Juan de Dios se puso una bata y fue a su encuentro. Sobre la pequeña mesa la joven había distribuido dulce, manteca, alfajores, galletitas y dos tazones de café.

–Todo listo para mi profesor preferido.

–¿No te acostaste?

–No, tuve insomnio y no quise molestarte. Cuando no tengo sueño doy mil vueltas.

–Te esperaba–reprochó con tristeza.

–Pero aproveché el tiempo…

–Te esperaba –insistió.

–Aunque no lo creas, escribí. Quiero que lo leas pidió Ariel indicando unas hojas sobre la alacena y agregó–: Si te gusta, el trabajo para el Rengo está completo.

–Me lavo los dientes y vengo –informó Juan de Dios sin disimular el mal humor que le causaba haber dormir solo. En el baño su enojo fue en aumento, porque se dijo que la ausencia de Ariel era lógica si tenía en cuenta que como hombre estaba acabado.

No hablaban mucho mientras desayunaban. Al terminar, la joven fue en busca de los papeles y se los entregó, pidiendo que leyera en voz alta para corregir algún error de concepción o sintaxis.

–Una escritora sin título universitario no se equivoca –contestó irónicamente Juan de Dios, y comenzó la lectura:

–"El hombre supo, luego de mucho tiempo que un alma había tomado su casa como refugio. Pablo, así se llamaba el hombre, se levantó una mañana y una brisa caliente lo rozó apenas se puso de pie. El hecho, que cualquiera pudo confundir con una simple corriente de aire, tuvo un significado distinto para él. La casa, antigua, había sido construida en 1880 por su bisabuelo. De techos altos, pisos de mosaicos, habitaciones espaciosas, conservaba en su interior un clima fresco aun en los días de verano. Era invierno cuando sucedió, por lo tanto, era imposible que Pablo pensara en una corriente de aire caliente. En un primer momento pensó que los fríos de la estación lo habían enfermado, y que el calor debía adjudicarlo a un pico de fiebre. Convencido, fue hasta el antiguo ropero de tres puertas, buscó el termómetro y se tomó la temperatura. El mercurio marcó 36 grados y medio, tanto en la primera como en la segunda medición. Bien, si no se trataba de un estado febril, debía buscar otra explicación a ese roce que sintió como un beso de labios calenturientos. Miró

debajo de la cama y en los rincones por si acaso hubiera un principio de incendio, porque si bien Pablo no fumaba, existía la posibilidad de un cortocircuito. Al terminar de inspeccionar decidió no preocuparse más del asunto 'que bien pude imaginar', dijo. Un nuevo roce cálido, que en este caso se demoró en su pecho, como un abrazo largamente contenido, le hizo olvidar ese propósito. Era evidente que no imaginaba, y al constatar que se trataba de algo incomprensible pero real tuvo miedo.

"El miedo es una sensación común entre los seres humanos. En algunos casos algunas personas lo padecen con mayor frecuencia que otras. Como es sabido, también existe diferencia en la intensidad. El miedo que sentía Pablo ingresaba muchas veces dentro de los límites del pánico. Eran varias las razones que lo habían llevado a esa situación, a saber: su madre, que fue fóbica desde la adolescencia y mientras vivió lo atormentó con una sobreprotección dañina, la pobre mujer no resistía quedarse encerrada en un ascensor o una habitación, ni tampoco cualquier tipo de altura que superara los tres metros, de encontrarse en alguno de estos casos, gritaba a todo pulmón pidiendo ayuda, en especial invocando a San Antonio. Su padre, porque era un hombre que mostraba un mal carácter que asustaba, a tal punto que Pablo prefería quedarse callado con tal de no llamar su atención; lamentablemente, necesitó que pasaran muchos años para darse cuenta que lo de su padre era sólo actuación, porque esa era la forma que había encontrado para defenderse en la vida, pero eso sucedió casi al fin, cuando el daño era irreversible. La falta de hermanos, el ser hijo único, lo obligó a encarar su relación con la sociedad sin experiencia: sus padres lo concibieron cuando ya eran grandes y sus consejos resultaban inútiles para un niño que debía convivir en un mundo con grandes cambios. Pablo se aisló de compañeros y compañeras, jugaba solo, leía continuamente o se sentaba a imaginar historias que jamás le sucederían.

"Pasaron los años y los padres murieron, dejándole una herencia importante. Ni siquiera le quedaban parientes que de alguna forma lo hubieran guiado. Al quedar solo no sintió, como suele pasar, un gran tristeza. Sintió miedo. Al futuro, que no iba más allá del día siguiente. No había terminado los estudios ni pensaba hacerlo. Sólo conocía, hasta nivel de saludo, a los vecinos. Eso sí: tenía dinero. Pero el dinero iba a terminarse en algún momento. Una tarde, sentado en el patio, consideró que no debía culparse de su soledad; la excusa le sirvió para tomar la decisión de que debía vengarse de la indiferencia de los demás. ¿Cómo hacerlo? Aprovechando las necesidades de la gente. Se convirtió en prestamista. Convencido de que tomaba justa venganza, no se apiadaba ante la lágrima o la súplica y cobraba exagerados intereses. Las miserias abundan y su negocio progresó. Con el progreso llegó también, esta vez no fabulaba, el desprecio de los demás en igual proporción a su enriquecimiento.

"Seguía solo, pero ahora había adicionado un nuevo miedo: que lo mataran. Que alguno de sus clientes llorosos al no poder pagarle optara por asesinarlo. Se dijo que la forma de garantizar su vida era contratando guardaespaldas, personas que por un sueldo importante lo cubrieran de cualquier riesgo. Así lo hizo. Sin preocuparse por el

costo, que cargaba generosamente en los intereses. Pero el miedo tiene una condición única: es capaz de filtrarse aún en las murallas más sólidas. La siguiente preocupación llegó de la mano de estos señores que le servían. Se preguntó en cuánto tiempo se complotarían en su contra para robarle lo que tenía. A los cuarenta años, Pablo, en los límites del pánico, terminó con su negocio, indemnizó a los guardespaldas y se encerró en la vieja casa para siempre. Colocando rejas por todos lados, puertas con doble cerradura, alarmas sofisticadas. Sólo atendía a los proveedores por una puerta doble que impedía el contacto personal. De la misma forma daba instrucciones a su abogado para los trámites administrativos y bancarios que fueran necesarios y a una empleada que se encargaba de retirar los residuos.

"Su relación con el resto de la sociedad se limitaba a la televisión. En alguna oportunidad enfermó, y el médico debió prescribir la medicina apropiada sin siquiera auscultarlo.

"Así pasaron diez años más, y Pablo, en esa soledad, fue aumentando sus miedos hasta un punto que, a su entender, convenía dejar de vivir. No pensó en suicidarse, sí pensó en que los deseos abrirían las compuertas que encierran la muerte, y que ésta, entonces, vendría en su búsqueda.

"Por eso esa mañana supuso, ante el segundo roce, que la esquiva señora de las tinieblas había escuchado su llamado.

"Como las medidas de seguridad eran muchas, ya no salía al patio para pensar. Ahora, con igual fin, se sentaba en el comedor, en un sillón de cuero mullido, apoyabrazos altos.

"Ese día se decía: 'en caso de que se trate de la muerte, no veo la razón en la demora de su fatal ataque. ¿Y si esto es sólo para distraerme? Tal vez sean delincuentes que con aparatos sofisticados logran ese efecto y aprovechan mi descuido para robarme'.

"Entonces bajó al sótano por la antigua escalera de madera, corrió los cajones e inspeccionó dentro de una caja metálica, iluminando su interior con una linterna. Al comprobar que su dinero permanecía allí, suspiró aliviado y regresó al sillón de cuero para internarse en hipótesis variadas.

"No descartaba que se tratara del diablo. Desde niño su madre se aferró en poner al diablo frente a su nariz. El diablo te hará esto o aquello si sigues meando el colchón, aseguraba. Bien puede ser él, pensaba, recordando la infancia, las amenazas de castigos, la desagradable sensación de la orina esparciéndose por la tela.

"Pasó un día, después otro, y así se formó una semana. Pablo era rozado o abrazado por el aire caliente cada vez más seguido. Repetía sus descensos al sótano para controlar que nada le faltara. Cansado de ser sorprendido por la corriente, en la tarde del octavo día, al sentirse abrazado, gritó: '¡fuera de aquí, no molestes más!'.

"El calor desapareció al instante. Tal obediencia le hizo suponer que estaba loco, que imaginaba. Reflexionó que su mente, después de años de encierro y falta de comunicación, transitaba sus propios caminos, que debían ser los mismos de toda

su vida, pero que antes, por juventud y una mayor convivencia, habían permanecido ocultos en el inconsciente, por lo tanto no resultaba extraño que esas apariciones fantasmales de un aliento cálido y cariñoso se produjeran para sumergirlo aún más en el miedo. Descartó los hechos humanos y al mismo diablo, quedándose con esta última hipótesis.

"Aceptada la situación, se preparó para luchar contra la locura. Con ahínco. Porque una cosa es desear la muerte, y otra muy distinta volverse loco. Sobre todo porque un alienado pierde el control de sus actos, permitiendo que terceros se metan en sus asuntos, reflexionaba, agregando que no estaba dispuesto a perder lo suyo estando con vida. Porque si era despojado después del último trance, no le importaba, pero si permanecía de este lado no aguantaría que los demás se aprovecharan de su riqueza.

"Por lo pronto, Pablo sabía que una orden dada a los gritos ahuyentaba el descarrilamiento cerebral. "Así se comportó un día, hasta completar la semana. Entonces ocurrió un hecho imprevisto.

"Ordenó al aliento, que le recorriera el cuerpo, marcharse. Y la corriente se separó como lo hiciera tantas veces, pero en esta oportunidad, en la extensa pared donde colgaba un daguerrotipo de su bisabuelo, una mano invisible escribió en rojo: 'Te necesito'. Y más abajo, como si se tratara de una firma: 'Alma'.

"Las letras se deformaban al correrse el color rojo. Pablo asustado, pensó que se trataba de una espacie de espejismo, que lo escrito no existía. Con temor, lentamente, se acercó a la pared y tocó la letra inicial de 'Alma', por el simple motivo de que el resto, por la altura, estaba fuera de su alcance.

"'Sangre', es lo primero que se le ocurrió. Sin embargo, cuando instintivamente olió las yemas de sus dedos, una fragancia de mar en calma, de flores moviéndose al compás de viento suave, de resina sombreada por altos pinos, de suelo mojado por llovizna suave y persistente, de catedral en fetejo de incienso, de aire fresco y profundo de montaña, le tomó con fuerza los sentidos.

"Debía pensar, y para hacerlo regresó al sillón sin dejar de mirar hipnotizado el rojo prendido a sus dedos. Quizás no esté loco, se dijo, sin saber a qué lugar irían sus pensamientos ni el camino que escogerían. Así, pensó la posibilidad de que un espíritu anduviera dando vueltas a su lado. Dijo: 'mamá', y después llamó: 'papá'. El silencio fue la respuesta. Hasta que en la misma pared un invisible ser escribió: 'ellos descansan'. ¿Quién eres?, preguntó, porque no recordaba a otro pariente ni amigo. '¿Qué deseas? 'Que me ames', fue la respuesta en un rojo intenso. 'Nunca he amado', contestó Pablo, que con cincuenta años permanecía virgen, por soledad y miedo. 'tócame', escribió el rojo que por el calor viraba a un blanco amarillento. 'Si no te veo, ¿cómo he de hacerlo?' 'Estoy a tu lado, estira tus manos'.

"Pablo, inmóvil, sentía que sus músculos se estiraban para evitar cualquier contacto. 'De nada vale', y esta frase no fue escrita, él la escuchó como un secreto al

oído. 'Si no lo intentas', permanecerás aquí hasta tu muerte, y seremos dos, buscando un sin fin que acabe nuestra condena.

"Pablo, con esfuerzo, titubeante, estiró su brazo. Al principio, nada sintió; después, como si hundiera la mano en gelatina, tuvo por primera vez la idea de caricia. Y dejó que la nada lo condujera hasta la cama del dormitorio. Sacó sus ropas y se extendió, esperando. El deseo no tardó en llegar. Le vibraba la piel, la erección dolía. El brazo fue prolongado, con victorias y sometimientos. Hasta un grito único. Que resumía el placer entre el hombre y un alma desconocida. Ambos se relajaron, y fue en ese momento cuando una bella mujer se corporizó a su lado. Por un instante, fue suficiente para decirle: 'gracias, nos hemos salvado'.

"Se dice, no es seguro, que Pablo cambió su vida. Que fue solidario. Es posible, porque quien ama y es amado aleja de sí el mal."

Juan de Dios al terminar, permaneció en silencio hasta que Ariel le preguntó su parecer.

–Cursi –se limitó a contestar.

–A nivel de tus versos, pero el trabajo está hecho.

–Gracias. Quizás el Rengo se identifique con Pablo y se transforme en monaguillo.

–Eso espero. Ahora me voy, tengo que tomar mi turno.

–¿Vendrás esta noche? –preguntó Juan de Dios con tono entre suplicante y esperanzado.

–Por supuesto. No será fácil desprenderte de mí

CAPÍTULO XXI

Juan de Dios se vistió. Ese martes se propuso iniciar los trámites para expatriar al Gordo. Como no tenía un plan determinado, su primer paso fue ir al banco para sacar sus ahorros. Pidió el saldo y se reservó una pequeña cantidad para "tirar hasta fin de mes", cuando cobrara el sueldo de enero. Con lo que el Rengo le había pagado completó un monto que le permitiría a Regiano subsistir en un país limítrofe por unos tres o cuatro meses. Se dijo que si esa tarde el Rengo le entregaba el resto, lo utilizaría para alquilar un auto y adquirir el pasaje hasta el lugar de destino. Se preguntó qué país convenía. Analizó tres posibilidades: Paraguay, Chile y Uruguay. "Mejor Chile, está más cerca. La huida se facilita". En cuanto al alquiler del auto, recordó el consejo de Ariel sobre la inconveniencia de dar participación a un tercero. "El Negro Puertas me puede dar una mano", pensó.

Decidido, salió y tomó un taxi hasta el Barrio San Martín, donde vivía Argentino Sindulfo Puertas.

El Negro lo atendió con pantalón de pijama y musculosa.

–Profe… qué alegría –lo saludó.

–Hola, Negrito, ¿puedo pasar?

Entraron a la casa.

–Perdone el desorden –se disculpó.

–Dejate de joder… el lugar donde se vive no debe parecerse a un museo.

–Andamos locos con la fiesta de navidad del Rengo.

En ese momento Sara, la esposa de Puertas, salió de la cocina con las manos pegoteadas de masa.

–Profesor… qué gusto. Perdone el bochinche –dijo, y se acercó para besarlo en la mejilla.

–Sólo falta que aparezcan tus hijos disculpándose. Soy de confianza y sé que están trabajando.

–¿Quiere comer con nosotros? Estoy preparando unos tallarines –invitó la mujer.

–No, gracias. Vengo de paso. Tengo el taxi esperándome. Negro: necesito dos favores.

–Lo que diga profe.

–¿Conocés a alguien que pueda alquilarme un auto en buenas condiciones por unos días?

–¿Un auto?... Hay agencias… No estoy muy al tanto –contestó dubitativo.

–Las agencias cobran caro, y además estoy buscando que quien me lo alquile no lo ande divulgando por ahí. En una agencia debés firmar un contrato, tomar un seguro… en fin, yo deseo hacer negocio con un particular.

–En este momento no se me ocurre quién puede estar interesado, pero si me entero se lo hago saber. ¿Para cuándo lo necesita, profe?

–Para la semana próxima.

–Hoy mismo comenzaré a tender líneas, aunque no es fácil. Mis amigos tienen autos que se caen a pedazos.

–Tratá. El segundo pedido te será fácil de solucionar. No me pidas que te aclare el motivo. Necesito que en nochebuena tengas las antenas paradas para poder contarme cómo reacciona Helena Flores con el Rengo.

–No me digas, profe, que le interesa esa acartonada.

–Esas cosas no se preguntan –censuró Sara a su esposo–. Es un tema que no te interesa.

El Negro Puertas, ante la recriminación, se disculpó.

–Perdone, profe, por ahí se me va la lengua. Le prometo que estaré muy atento a lo que hagan esos dos.

–Gracias, Negro. Fundamentalmente quiero saber si lo rechaza o lo acepta, y si es posible, cómo recibe unos poemas que el Rengo le dedicará.

–¿Poemas el Rengo? Ese tipo sólo usa la lengua para amenazar.

–Prestá atención. A lo mejor te sorprende. Perdoná que te traiga estas molestias… ahora me voy.

–Para usted, lo que quiera, profesor –dijo el Negro.

Juan de Dios se despidió de Sara y se encaminó a la salida. La mujer, cuando ya estaba en la calle, le preguntó si sería "de la partida" el 31 de diciembre.

–No lo sé, Sarita, ganas no me faltan, pero por el momento tengo que solucionar algunos inconvenientes.

Subió al automóvil y le pidió al conductor que lo llevara al Palacio de Justicia.

Puertas y su esposa, al verlo partir, comentaron que el profesor actuaba de forma extraña, agregando, con malestar, la posibilidad de que la enfermedad hiciera que se comportase de esa manera.

El taxista, luego de recorrer la avenida Lafinur, tomó la calle 9 de Julio en dirección al este. Unas cuadras más adelante, al llegar a San Martín, apareció a mano derecha la Plaza Independencia, más pequeña que la Plaza Pringles, con el monumento al Libertador en el centro, bien cuidada, arbolada con simetría. Según algunos historiadores, allí se había fundado la ciudad, quizás un poco más al sur. Esa especulación tenía su fundamento en que siglos atrás el lugar se transformó en el centro administrativo y religioso de la aldea. Prueba de ello es que allí se instaló el Cabildo y el Convento de Santo Domingo.

El Cabildo fue destruido, pero el Convento se mantiene, como testigo de ese pasado, ocupando parcialmente la manzana ubicada al sur. Frente al paseo también se encuentran el Palacio de Justicia y la Casa de Gobierno.

Frente a las escalinatas del Palacio suelen reunirse los abogados con sus clientes

antes o después de las audiencias, cuando no deciden hacerlo en un pequeño bar de la esquina que, como no puede ser de otra forma, se llama El Foro.

Al ingresar al edificio Juan de Dios se dirigió a Informes. Preguntó en qué oficina trabajaba Ledesma. “¿El Gordo?”, quiso saber la empleada. Al recibir respuesta afirmativa, le indicó el camino a seguir, aclarando después, con una sonrisa, que varios empleados tenían el mismo apellido.

Roberto no lo hizo esperar. Apenas se hizo anunciar, vino a su encuentro.

–¿Qué hace por aquí, amigo Borges? –preguntó con mirada pícara.

–¿Podemos hablar en el pasillo?

–Con los años que tengo en tribunales puedo hablar en la terraza si se me ocurre.

Eligieron un lugar apartado.

–He venido por chismoso.

–Dicen que los escritores son todos chismosos, que les gusta husmear en la vida de las personas, y si bien recién estás aprendiendo el oficio, no me extraña que hayas desarrollado esa capacidad.

–Gracias… Entonces voy al grano, meritorio novato –dijo Juan de Dios devolviendo la broma al encasillarlo como un recién ingresado en la Justicia–. ¿Qué podés contarme sobre el asunto del escribano asesinado?

La pregunta sorprendió a Ledesma.

–Pobre tipo –afirmó cuando se recompuso.

–Para saber eso no era necesario que viniera a verte.

–La verdad es que se sabe poco o nada. Hasta el momento la policía supone que el asesino debe ser un cliente defraudado. Se ha interrogado al escribiente, a la esposa y a la muchacha que limpia el estudio. También han investigado algunas operaciones comerciales. Lamentablemente las últimas hojas de su protocolo se han extraviado o han sido robadas. ¿Querés que te dé mi opinión? La policía no ha trabajado con la diligencia necesaria. Tengo la impresión que alguien la frenó. No será la primera vez que un asesinato queda impune. ¿Te acordás de Caravajal? Y qué decir del Rosarino, el que era dueño de un restaurante cerca del Puente Blanco.

–Pero ese caso se descubrió.

–Por simple azar. El asesino, quizás con algún trago de más, comentó el hecho en un bar de La Dormida y un camionero lo escuchó. Te podría dar, con treinta años metidos aquí, varios casos no solucionados; y también te puedo contar de otros en los cuales aparentemente se encontró al culpable pero la sentencia dejaban más dudas que certezas. Para mí existe un hecho inobjetable: se trató de un ajuste de cuentas. El escribano tenía fama de rápido y vos sabés lo que decimos los puntanos: si el río suena, agua trae. Quien lo asesinó fue alguien de la pesada. Ahora, si fue por encargo o por venganza directa, no lo sé.

–¿Resumiendo?

–Dudo que el caso se esclarezca. El solo hecho de la desaparición de parte del protocolo indica que el trabajo lo hizo un profesional.

–Gracias, Gordo, ¿cómo anda la Pocha? –preguntó Juan de Dios refiriéndose a la esposa.

–Me gruñe todo el día… pero con amor.

–No sé si los veré, así que hacele llegar mis deseos de felices fiestas y que el año próximo sea mejor.

–Desde hace cincuenta años que los argentinos nos deseamos mejor suerte y cada vez nos va peor.

–No seas pesimista, Gordo.

–Señor Gordo, tratémonos con solemnidad.

Se despidieron con un abrazo.

Juan de Dios decidió caminar las cinco cuadras que separan las plazas Independencia y Pringles. Tomó la calle Rivadavia. En el trayecto saludó a varios conocidos y también se detuvo a mirar algunas vidrieras. Se preguntaba el motivo de la visita a Ledesma: "alimenté la esperanza de que el asesino estuviera detenido o por lo menos identificado".

Al llegar a la Plaza Pringles se sentó en un banco. Estaba agitado. El hecho le hizo recordar que tres días atrás había caminado seis kilómetros por las sierras, y si bien Ariel y él se detuvieron varias veces, no sintió el cansancio que ahora sentía. "La cercanía de Ariel me renueva", pensó.

El recuerdo de la joven fue suficiente para que decidiera verla, aunque fueran unos minutos. "Te estás enamorando y no es un sentimiento aconsejable en tu caso", se dijo; pero de inmediato y con un convencimiento ajeno a su personalidad, agregó: "¿Por qué no? Ella me hace bien. ¿Es que acaso el amor sería diferente si no tuviera una enfermedad? ¿Qué relación puede existir entre el maldito cáncer y amar? Ninguna. Me causa gracia la facilidad que tengo para mezclar las cosas. Los antiguos debían amar menos porque su expectativa de vida era menor. Según mi alocada concepción de que cercanía de la muerte impide amar, Romeo y Julieta, adolescentes, desgraciados, no se amaron. Me gusta Ariel… y no sólo me gusta. La quiero y no me importa si estoy impedido para poseerla… Tampoco debo correr tan de prisa. ¿Me ama ella?".

Esta pregunta no la respondió, porque acababa de entrar al supermercado, y la joven, que aún no tomaba su puesto, conversaba con el agente de seguridad.

–Te hacía almorzando –dijo Ariel al verlo.

–Después de saludarte sigo caminando hasta Venecia. ¿Vendrás esta noche? –preguntó con vergüenza.

–No podré ir.

–Pero si esta mañana me lo prometiste –se quejó.

–Y me encantaría, pero hablé con el gerente para tomarme libre el 24. Aceptó con la condición de que haga horas extras. Terminaré tarde, y necesito ir a casa para

ordenar un poco y poner la ropa en condiciones… ya sabés, lavar y planchar, dos trabajos que me fascinan –afirmó haciendo un gesto de disgusto.

–Qué lástima –dijo apenado.

–Mañana sí… a la noche estoy con vos.

–¿Aguantarás hasta mañana para saber qué sucederá esta tarde en mi entrevista con el Rengo?

–No me queda alternativa. Además, no creo que sea crítico literario. No habrá problemas.

–Eso espero.

–¿Avanzaste algo con el alquiler del automóvil?

–Casi estoy convencido que tu "mimoso" será el elegido.

–Al fin estamos dando a cada uno el lugar debido: el Citroën nos puede llevar a la luna.

–Mañana tengo estudios. Es posible que a la noche tenga un humor entre asustado y agresivo.

–¿Estudios?

–Controles: tomografías, centellografía… esos entretenimientos que adoptan los médicos para transformar la vida en una tortura. Esta tarde debo buscar el líquido que debo tomar para la "tomo"… dejemos el tema.

–Cuándo te dan los resultados.

–De un día para otro, pero he pedido que los informes me los entreguen después de año nuevo.

–Y vos… cómo aguantarás tu curiosidad todo ese tiempo.

–Soy pesimista y doy por hecho que en algún momento llegará la mala noticia… a lo mejor sucede en este control. Para mí la esperanza no existe.

–Bajaste los brazos.

–Bajé el espíritu.

–Me das pena.

–Yo también tengo pena, pero qué puedo hacer.

–Meterte un cohete en el alma. Por Dios, nadie se rinde en una lucha como la tuya sin presentar batalla.

–Es fácil decirlo.

–Si te sentís mejor así, no te hagás más controles.

–Lo he pensado, y la verdad es que no encuentro una razón para seguir yendo… pero voy.

–A no ser que seas masoquista, vos vas porque querés vivir; íntimamente estás convencido de que si aparece una metástasis lucharás para arrancarla, así que dejáte de joder. Mañana a la noche cuando nos encontremos quiero verte con el mejor humor.

–Trataré… aunque te confieso que la alegría la perdí hace bastante, y si estos días me he sentido mejor te lo debo a vos –afirmó Juan de Dios con esfuerzo, notando que

se le calentaban las mejillas y las manos le temblaban.

–¿Es una declaración de amor o un reconocimiento? –preguntó Ariel con sonrisa tierna y una mirada acariciadora.

–Qué hermosos ojos tenés. Cualquiera se rendiría ante su color violáceo –alabó Juan de Dios.

–Ante la falta de respuesta a mi pregunta tengo derecho a elegir entre las opciones. Me inclino a pensar que se trata de una declaración de amor…

–No lo sé –interrumpió, pero sin éxito, porque Ariel continuó la frase.

–… y te da vergüenza. Mi querido profesor, esta alumna confiesa que se siente bien y supone que ese estado de ánimo se lo debe a usted.

–Gracias.

–Nadie podrá decir que no hemos sido solemnes y recatados en la declaración de nuestros sentimientos. Ahora podríamos darnos la mano para sellar esta relación.

–Te estás burlando.

–En parte, porque creo que el amor es algo más movidito, pero se ve que en nuestro caso más se parece a un ordenamiento sacerdotal… lamento no seguir conversando, pero es hora de que tome mi turno. Mañana te veo. Suerte con el Rengo –le deseó la joven y se dirigió a una de las cajas.

Juan de Dios, en tono bajo, dijo "te quiero" y miró a su alrededor para confirmar que nadie lo había escuchado.

CAPÍTULO XXII

Durante el almuerzo Juan de Dios siguió pensando en Ariel. Le molestaba sobremanera que esa noche no fuera a su casa. Se decía que el justificativo dado por la joven era valedero, pero al momento se contradecía y argumentaba que si ella realmente sentía lo mismo que él, nada le costaba terminar la tarea y caminar unos pocos metros para compartir la noche, en especial si tenía en cuenta que esa tarde recibiría la visita de el Rengo. Planteado de esta forma, su pensamiento continuaba en la misma dirección, subiendo peldaño tras peldaño en el camino de la ira. "A lo mejor quiere abrirse del asunto. Olvidar al Gordo Regiano y a mí. Mañana usará otra excusa y pasado nos dirá chau", pensaba. "Estoy desactualizado con las mujeres. Por lo sucedido creo que Ariel me quiere. Es lamentable que no vea los hechos como son y mi mente imagine cosas que no existen. Las mujeres de hoy son distintas a las de mi generación. No le dan importancia a situaciones que en mi época tenían un valor absoluto", continuaba monologando, pero su razonamiento pendular lo llevo al otro extremo: "Qué sé yo de mujeres, menos aún de mujeres jóvenes. Me cuesta aceptar la ignorancia. Ingreso en el discurso fácil. Repito sin tener conciencia. Y todo por el maldito tiempo, que alguna vez estuvo de mi lado, pero ahora se ocupa del renuevo. ¿Qué sé de las nuevas generaciones? ¿Puedo constituirme en juez imparcial de sus acciones? Soy el menos indicado. No recuerdo cómo era Daniela, la madre de mi hijo, ni tampoco mi esposa. Con estos antecedentes me largo a juzgar a personas que viven otro tiempo, cuando el mío se ha ido. Ariel no me desprecia, me atrevo a decir que no le disgusta estar a mi lado. ¿Entonces?... ¿y si esta noche tiene una cita? Estaría en su derecho. Con algún joven que le ofrezca compartir experiencias y emociones. No, no me cae bien la idea. En ese caso se está burlando de mí y se irán juntos comentando sobre este dinosaurio que ha perdido la cabeza por unos ojos violetas y un cuerpo juvenil e inalcanzable. Sería justo ponerla al descubierto. No necesitaré gran esfuerzo. La espío, la sigo y constato su hipocresía. Mañana, cuando me sonría, le pido que no me transforme en el payaso con que divierte a su novio o amante… ¿Qué pasa?... ¿Celos?... Es lo único que me falta. Estoy celoso, no hay duda, sin tener ninguna causa, peor aún, ni siquiera derecho. Por una vez poné la realidad frente a la nariz. Que sea ahora: la verdad es que la quiero, la necesito y estoy dispuesto a cualquier esfuerzo para que me corresponda… Bien, Juan, al fin un pensamiento normal, sin oscuridades, retorcimientos, encrucijadas, despeñaderos…".

–Profe, siempre se me adelanta. Podríamos haber almorzado juntos. –La frase del Rengo le llegó lejana, interrumpiendo el soliloquio.

–¿Cómo estás? –pregunto el hombre golpeándolo en la espalda.

–Bien, gracias, en este momento me iba.

–No te olvides que esta tarde pasaré a buscar el trabajo.

–Preferiría que fueras solo, sin los orangutanes –dijo Juan de Dios, que había advertido a corta distancia dos guardaespaldas.

–¿Ésos?... si apenas son perritos falderos, pero si te da tranquilidad los dejaré. No quiero que los nervios te turben la inspiración.

Juan de Dios, al salir del restaurante, tomó un taxi y se dirigió al Sanatorio Rivadavia. Aunque la hora no era apropiada, tenía la esperanza de obtener el líquido que debía tomar para que le realizaran la tomografía el día siguiente. Tuvo suerte. La enfermera de imágenes aún estaba. Le alcanzó un recipiente de plástico traslúcido conteniendo un centímetro de líquido ocre.

–Supongo que recuerda el procedimiento. Llena el frasco con agua o jugo. Lo debe tomar en cuatro partes iguales. La primera a las 15. Antes del estudio, la segunda…

–Lo sé de memoria –interrumpió Juan de Dios.

–No se olvide del ayuno.

–Nueve horas antes del estudio –completó el profesor, y agregó–: No soy alérgico al yodo.

–Bien… como usted también se hará una centellografía, le he puesto a las 8 para que le inyecten el contraste.

–Muchas gracias.

–Que tenga suerte. Se lo ve bien, estoy segura de que todo saldrá perfecto.

Juan de Dios intentó devolver con una sonrisa el buen deseo de la enfermera, pero sus labios apenas se extendieron y optó por despedirse rápidamente.

Al llegar al departamento llenó el recipiente con jugo de naranja y calculó que debía beber la primera toma a las 6 de la tarde. Fue al baño y tomó un sedante, luego puso en hora el despertador y se acostó.

El sol se ocultó tras las nubes. Un trueno se conjugó con una brisa fresca que barrió el calor de la habitación. "una buena lluvia apaciguará los nervios". Pensó. "Cuánto ha llovido en este mes de diciembre. Buen argumento para los que anuncian el fin del mundo para el 2000", dijo después.

La época de lluvia en San Luis se extiende de septiembre a febrero. En los últimos años el clima había cambiado con el consiguiente aumento de las precipitaciones pluviales. Pero en 1999, a partir de los primeros días del mes de diciembre, llovía día por medio o granizaba. Los embalses habían superado la cota máxima y los vertederos se transformaban en cascadas.

"Con la lluvia y el sedante no habrá insomnio que aguante", afirmó Juan de Dios, somnoliente. "Lástima que si la tormenta dura no podré ver la luna gigante, y no creo que aguante 130 años para otra oportunidad", se lamentó.

La lluvia llegó. En una cortina de agua, rumorosa. "Cómo me gustaría que Ariel estuviera aquí", y éste fue su último pensamiento, porque el sueño se adueñó de la conciencia.

Juan de Dios soñaba que se encontraba cerca del mar. En una península dividida al medio por una muralla que alcanzaba el cielo y aún más. El estaba a la izquierda del muro. Compartía el lugar con muchas personas. Gente alegre y conversadora. En ese espacio no existían edificios ni casas. Soñando, se preguntaba dónde habitaban y dónde habitaba él. Cada tanto se acercaba a la playa y calculaba cuántos metros había hasta el final del muro. "No más de cinco", se respondía. "Me gustaría conocer el otro lado." Volvía a su territorio, y mientras hablaba con los desconocidos, reía con sus bromas, se admiraba de las ingeniosas preguntas y respuestas, no dejaba de pensar en un bote.

"El muro no debe ser ancho, quizás por su altura tiene una base importante, pero nada que no pueda salvarse con un buen bote y dos brazos firmes. Además el mar es tranquilo. En mi vida lo vi encrespado", se convencía en el sueño. Y el bote de madera, pequeño, con dos remos cruzados, aparecía al lado del muro, sin cuerda que lo amarara, con un movimiento cadencioso, apenas perceptible: y él no necesitaba meterse en el mar y mojarse los zapatos para subir, porque la acción continuaba sin transición cuando estaba arriba. Se sentaba al medio, empuñaba los remos y remaba hasta alcanzar el final, cosa que sucedía en un abrir y cerrar de ojos, porque de pronto se encontraba doblando para acercarse al cruce, que lo sorprendía con sus escasos metros de ancho. Remaba y remaba, pero no lograba salvar la corta distancia que mirando bien no cubría el largo del bote. Sin embargo, siempre estaba en el mismo sitio. Y desde allí veía el territorio que ansiaba conocer. Colmado de edificios, sin ninguna simetría, de estilos infinitos, por lo menos lo que él podía ver, o sea los de la costa. "Aquél es parecido a las casa antiguas de San Luis; ese otro se parece a un almacén de ramos generales; no tengo dudas que ése es un granero; aquélla, una estación de trenes, moderna, sofisticada; ésas son curvas o tal vez túneles de gran tamaño; ahí hay un barrio residencial, con buena vista, por estar ubicado en una lomada: cuánto verde, qué hermosos techos de tejas a dos aguas. Tengo que llegar, y si el bote no avanza, salto", decía Juan de Dios en el sueño sin dejar de remar y sin tener conciencia de que soñaba.

No necesitaba saltar, porque se hallaba, sin saber cómo lo había logrado, pisando la arena. Un hombre fornido lo recibía diciendo: "Has cruzado la barrera. Vamos a tomar una copa".

Juan de Dios lo seguía hasta el edificio al cual atribuyera características del almacén. Al ingresar, el sol radiante quedaba atrás. En el interior, sólo penumbra, por las ventanas abiertas, niebla y también llovizna. "¿El sol?" "Afuera", le contestaba, "y en otros lados también", "No entiendo." "Éste es el país de las tormentas terribles y de los soles amorosos", respondía el hombre morrudo, con aspecto de mogol, con bombachas de seda y chaleco de cuero, el pecho velludo, la cabeza rapada. "en esta casa nunca se ve el sol. Aquí al lado no conocen la oscuridad. Se trata de cambios importantes entre lugares tan cercanos", agregaba, mientras servía en copas sucias un líquido denso

de color amarillo, que bien podría tratarse de aceite. "Bebamos", invitaba, pero Juan de Dios intentaba regresar a su territorio. El bote había desaparecido. "Tengo que regresar", soñaba, y se quedaba en la orilla sin interés alguno de mezclarse con la gente que conversaba a su espalda. Y en esta oportunidad no necesitaba del bote, porque aparecía en el almacén de ramos generales, que había cambiado, alargándose, con una barra de aluminio de extremo a extremo. El hombre corpulento decía: "querés llegar al barrio residencial, el construido en la lomada. Tarea difícil. Por las diagonales, las lluvias y los mentirosos. Es mejor que te quedés aquí. Bebamos y dejemos pasar el tiempo. Tenemos tanto tiempo". Juan de Dios no aceptaba, aunque en el sueño no contestaba, pero los hechos siguientes no demostraban la negativa.

Recorría un boulevard con durazneros en flor en los canteros del centro y los laterales. Le llamaba la atención que los peatones caminaban en dirección opuesta y al cruzarse con él, saludaran y comentaran que ése no era el rumbo. Juan de Dios se preguntaba cómo sabían a dónde se dirigía. Al llegar a una esquina formada por otro boulevard que cortaba al primero en diagonal, veía a una mujer joven y bella cortando las flores de los durazneros para guardarlas después en una bolsa de papel, que era del tipo en las cuales se envasa la harina. La mujer, a diferencia de los demás, no lo saludaba ni comentaba su posible equivocación.

–¿Voy bien?–le preguntaba Juan de Dios.

–Muy bien… estás a un paso.

–Para qué cortás las flores.

–Me molestan… tratan de ahogarme. Tengo las manos cansadas pero crecen por millones. Terminaran asfixiándome. Es horrible cuando los pétalos se pegan a la garganta. ¿Me podrías ayudar?.

–¿A cortar?

–No… quiero que metas tus dedos en mi boca y saques algunos pétalos que me quitan el aire –contestaba, a abría la boca de tal forma que le ocupaba todo el rostro.

Juan de Dios miraba la garganta inmensa y veía sólo un pétalo, pero al tratar de sacarlo fueron dos, después cuatro, ocho, hasta cubrir a la joven por entera, dejándola inmóvil y con olor a entierro.

Escapó. Siempre en la misma dirección. Corría. Su único interés al darse prisa era alejarse de la joven florecida.

Cuatro o cinco cuadras más adelante volvía a su paso normal. "Voy bien. Así lo dijo. Además siento que estoy subiendo. Y ese barrio queda en la lomada", pensaba, soñando.

El cielo se cubría con nubes oscuras, que amenazaban aplastar el suelo. Un rayo, un trueno y luego la lluvia, copiosa, exagerada. El boulevard se cubría de agua y Juan de Dios era arrastrado hasta una alcantarilla que lo chupaba haciéndolo caer en un tubo de hierro fundido, grande, tal vez de dos metros de diámetro, por donde una corriente de líquido mal oliente no lo dejaba hacer pie y lo deslizaba con rapidez

por un laberinto de tubos similares. Juan de Dios pensaba, en el sueño, que los tubos se parecían a los toboganes de agua tan atractivos para niños y adolescentes, pero peligroso para los mayores. Suponía, mientras aumentaba la velocidad de su cuerpo que se estrellaría en cualquier momento, y lamentaba, si eso sucedía no haber llegado al barrio residencial. Los hechos no se amoldaban a su pronóstico, porque veía una luz al final del túnel que recorría y allí era "escupido" a la arena. "Salvado", se decía, aunque con tristeza comprobaba que se encontraba al lado izquierdo del muro, o sea, en su mundo.

"¿Tendré otra oportunidad?", se preguntaba, y al mismo momento, frente a él aparecía un bote, que en esta ocasión era a vela, que tenía color blanco, de forma triangular, extendida con rapidez, como si marcara una dirección.

Subía, y antes tener conciencia del recorrido, ingresaba al edificio de ramos generales, que en este caso, se había transformado en una cantina, con muchos asistentes que bailaban sin cesar. El mismo hombre que lo atendiera en las oportunidades anteriores ahora vestía como gigoló y le decía: "el negocio anda de maravilla. La lluvia constante invita a bailar y consumir alcohol… También a otras cosas, pero eso en la parte detrás…¿querés pasar?"

Pasaba. Parejas mantenían relaciones sexuales. Él se veía asimismo en el medio de la habitación, desnudo y solo. Su doble oía que lo llamaban de un costado, y Juan de Dios miraba en esa dirección. El Gordo Regiano era penetrado por un joven de veinte años y decía: "Me gusta, me gusta. Vos no sabés lo bueno que es ésto".

Juan de Dios, superando la sorpresa y el malestar, le preguntaba qué le había pasado, justamente a él, que se desvivía por el sexo femenino, que no paraba de elogiar a las mujeres sobre todo en verano, cuando iban livianas de ropa. "Sos gil. Aparentaba, cómo aparentaba ignorancia. ¿Nunca te preguntaste por qué no me casé? ¿Alguna vez estuve de novio? Vos no sabes nada, mejor dicho, sólo tenés idea de literatura, y quien anda con los ojos metidos en los libros no ve más allá de su nariz", le contestaba.

Alguien lo llamaba desde el extremo opuesto.

Allí estaba Ariel, desnuda, con el pelo hasta la cintura los ojos violetas encendidos por la lujuria, pidiendo, reclamando, exigiendo ser poseída.

Juan de Dios decía mirando a su doble: "no podés, los rayos te dejaron quieto". Sin embargo, el Juan de Dios que su sueño duplicaba respondía: "claro que puedo. Y avanzaba hacia la joven con su miembro erecto, fundiéndose en abrazos y gemidos. En un momento hacía un alto en tan caliente tarea para decir: "pobre, él no puede, a él le interesa el barrio que ilumina la lomada. Con gusto se cambiaría por mí. Lo del barrio es una excusa. ¿Sabés Ariel? Él se alimenta de excusas. No bien se gasta una, fabrica una docena".

Juan de Dios, en el sueño, se dijo que el doble soñado declamaba para entretenerlo y no permitir que llegara a la lomada. Al decir esto aparecía en el boulevard que había recorrido. Un coche de plaza lo esperaba, con un hombre anciano sentado en el

pescante y las riendas en las manos.

–¿Necesita ayuda?

–Quiero ir al barrio residencial que se ve desde la playa, el que se eleva sobre esta ciudad.

–Suba.

El traqueteo del coche era arrullador. Juan de Dios se acostaba sobre el respaldo del asiento y sentía que iba a dormirse, "algo extraño si se está soñando", reflexionaba. Al momento recordaba unas estrofas de un poema de Jerónimo Castillo, un poeta puntano, y se preguntaba por qué sólo recordó una parte del poema, y se preguntaba también por qué recordaba a Castillo en su sueño. Por fin se atrevió, quizás para ayudar a la memoria, o a recitar las estrofas:

Te vi marchar, coche de plaza,
con tu afrentoso nombre de Mateo,
restallando tu látigo
una veces al escuálido corcel,

otras a los niños que viajaban atrevidos
en el eje trasero.
Te vi marchar, caduco y feo,
cumpliendo encargos insultantes,
pero te fuiste sin quejas estentóreas
hacia el país de los cálidos recuerdos.

Juan de Dios, se dijo en el sueño que ese coche lo conducía al olvido. Que el recuerdo de parte del poema no podía tener otra explicación. Sin dudarlo, se largaba del coche, que seguía indiferente su destino.

Notaba que se encontraba en el cruce de los boulevares y no dudaba en tomar aquel que antes había despreciado por culpa de la joven cubierta de flores. Este otro era aún más empinado, y después de dos cuadras las casas y edificios de departamentos terminaban siendo reemplazados por muros de gran altura.

"Éste es el camino. El sol brilla y no se ve una nube", pensaba soñando. Caminó mucho sin que el cansancio lo doblegara. Hasta el final del boulevard. Corría los últimos metros porque sentía que estaba por llegar a destino.

Una inmensa estación de ferrocarril aparecía cortando el boulevard. Y él se encontraba en un andén adonde un guarda gritaba: "último tren al barrio residencial. Los autorizados suben de inmediato". Juan de Dios se acercaba y le preguntaba si estaba autorizado.

–Por lo que veo, no –respondía el guarda.

–¿Dónde consigo la autorización?

–Ese tren lo lleva al lugar preciso –contestaba indicando otro tren estacionado en la plataforma siguiente.

–En un momento vuelvo.

–Siempre hay tiempo.

Y tomaba el tren, que descendía hacia el mar, a toda velocidad, al mismo lugar en que iniciara el recorrido.

Juan de Dios se encontraba de nuevo en el costado izquierdo del muro. Sin tren a la vista, una muchedumbre conversando a su espalda.

–Tengo que llegar. Vencer a este eterno retorno…

–Un sonido lejano despertó a Juan de Dios. Metido aún en los restos del sueño, estiró la mano para apagar el despertador. El timbre sonó de nuevo. Recién entonces se dio cuenta de que se trataba del portero eléctrico. Se levantó y movió la cabeza tratando de despabilarse.

–Sí… quién es –preguntó.

–Cartero. Una encomienda para el señor Juan de Dios.

–Por favor suba, le abro la puerta.

Recibió un paquete envuelto en papel madera; firmó y le agradeció al cartero la molestia de subir hasta el departamento.

Ubicó la encomienda sobre el escritorio y buscó el remitente."Daniel y su mujer", pensó al leerlo. "El regalo de navidad", completó.

Abrió la caja con cuidado. Se trataba de una artesanía en madera que presentaba a La Cautiva. La mujer, de rodillas, las manos atadas a su espalda, la cabellera dura y mal cortada, los ojos con una mirada oscilantes, los senos firmes y generosos. "Es hermosa", pensó, y reconoció que superaba, en el trabajo de la madera, posiblemente naranjo, a otras Cautivas que había visto en un mercado artesanal. Miró a su alrededor para encontrar un lugar que la destacara. Se decidió por desplazar unos libros de la biblioteca y colocarla en un estante. Se sentó a observarla. "Yo también me siento así", dijo, y esa frase le advirtió que, de continuar sus pensamientos, la mancha negra diría buenas tardes y se haría espacio, a su lado, en el sillón.

Se puso de pie y fue hasta el dormitorio para evitar tan pegajosa y maligna compañía.

Faltaban cinco minutos para las seis de la tarde. Tuvo la precaución de bajar la alarma del despertador. Para evitar olvidos, se dirigió a la cocina, abrió la heladera, se sirvió un vaso del líquido preparado y lo bebió. "Comenzamos otra vez", dijo en voz alta.

Notó que había dejado de llover y el cielo se mostraba despejado. El sol, después de la lluvia, reforzaba la humedad ambiente formando un aire pesado.

"Al menos esta noche podré ver la luna", se consoló, refiriéndose al fenómeno que sucede cada 130 años cuando el satélite se acerca más al planeta.

"¿Qué hará el Gordo Regiano?", preguntó, recordando la conversación sobre la

luna en La Carolina y el sueño que había tenido. "Pobre Gordo, con lo que le gustan las minas lo soñé como homosexual. Me sería útil una psicóloga o un psiquiatra para que me explique la pesadilla. ¿Qué significa el muro, el barrio al que deseaba llegar, los túneles, la mujer que se cubría de pétalos? La verdad es que cuando se toma un sedante se sueña cada boludez. En fin, que el pobre Gordo cayó en mi cerebro atravesado."

Sonó el timbre. Fue hasta la puerta y miró a través de la mirilla. Era el Rengo. Abrió.

–Hola, profe, me adelanté un poco, pero como podés ver, no vengo acompañado.

–Pasá –se limitó a decir Juan de Dios.

–¿Tenés listo el trabajo?

–Lo tengo –respondió acercándose al escritorio.

–¿Me puedo sentar?

–Si tenés ganas…

–Me da la impresión que recién te has levantado… Dicen que el trabajo intelectual cansa mucho –especuló el Rengo, que se había ubicado en uno de los sillones, y agregó–: Más que el físico.

–No lo sé… a mí me gusta dormir la siesta, sobre todo si llueve… Acá tenés el trabajo.

–Leelo –dijo prepotente sin recibir las hojas que le alcanzaban.

–Podés hacerlo vos –replicó Juan de Dios, molesto.

–Quiero escucharlo en la voz de otra persona. Quiero sentir cómo suena.

Juan de Dios, con desgano, comenzó la lectura. Primero los poemas, después el cuento. Cuando terminó, miró al Rengo y esperó un comentario, que tardó en llegar.

–Los poemas serán buenos, pero a mí no me gustan. Siempre tuve la idea de que los poetas son medios maricones. No lo digo por vos, profe, porque esa mina que te acompaña te libra de toda sospecha. El cuento me llenó más, es algo que puede pasar, aunque te falta experiencia sobre cómo hablan y se mueven los tipos pesados. De cualquier manera no tiene importancia, la señorita Helena también lo ignora, por lo tanto supongo que el cuento le gustará. –Hizo una pausa, que aprovechó para sacar un fajo de billetes de un bolsillo del saco arrugado que vestía. –Con esto completo el pago. Recordá la condición que establecimos: te olvidás de que hiciste este trabajo, y si se te ocurre andar buchoneando, me enojaré mucho.

–Te convendría, si querés tener alguna chance, vestirte un poco mejor –contestó Juan de Dios, no con la intención de darle un consejo, sino con el único objeto de agraviarlo de una forma que no justificara una relación violenta del Rengo.

–¿Te parece, che? Yo no soy una señorita de facultad. Ni un ave negra de tribunales. De cualquier forma te haré caso, porque a esa mina le deben gustar los rebuscados con zapatos brillantes y traje almidonado. ¿Me invitás un trago?

–Tengo que salir, lo siento.

La respuesta de Juan de Dios molestó al Rengo, que se puso de pie y se le acercó amenazante.

–Yo a vos no te caigo bien, y me da por las pelotas cuando me desprecian. Tenés suerte que tus desplantes no me ponen loquito del todo. No quisiera hacerte daño. Teneme respeto. Mirá que no necesito ninguno de mis gorilas para hacerte de goma. Me basta una mano para aplastarte. –Le palmeó la cara con rudeza. –Andá, convidame algo fuerte, he pagado bien un trabajo de mierda. Agasajá a un buen cliente… ¿quién te dice que no te necesite de nuevo? Por más profesor que seas no confiés demasiado en tu suerte.

Juan de Dios, con el miedo a flor de piel, fue hasta la cocina y trajo una botella de vino.

–Es lo único que tengo –aclaró.

–Bien, así se hace, y ahora soy yo el que te dice que no tengo ganas. Me voy. Los cobardes me dan asco.

Juan de Dios permaneció en el centro de la habitación con la botella en la mano, paralizado, avergonzado e indignado.

Esa noche, en la Plaza Pringles, mientras observaba la luna inmensa, sólo pensaba en qué forma podría vengarse.

CAPÍTULO XXIII

Ingresó al Sanatorio Rivadavia diez minutos antes de las ocho. Fue directamente a la sección imágenes. La secretaria constató el turno y recibió las órdenes.

Juan de Dios esperó. La secretaria no tardó en volver. Preguntó si había respetado el ayuno y lo condujo hasta una habitación pequeña donde lo esperaba el técnico para inyectarle el contraste para la centellografía. Lo hizo sentar y comenzó a palparle el brazo derecho para elegir una vena.

–Te va a ser difícil encontrar una, hace tiempo que se avivaron y se escondieron.

–Quédese tranquilo, profesor, no hay vena que se resista a mi buen trato. –Pese al optimismo del técnico, debió trasladar su inspección al brazo izquierdo, para volver después al derecho.

–Acá tengo una… espero que no se dispare… mantenga el puño cerrado y respire profundo –pidió, introduciendo la aguja.

Juan de Dios miró indiferente cómo el líquido fue ingresando a su cuerpo.

–Ya está –apuntó el técnico–. Ahora puede ir a desayunar tranquilo.

–El desayuno tendrá que esperar, porque debo hacerme la tomografía.

–Me había olvidado que usted se hace los dos estudios en el mismo día… entonces no bien termine con la "tomo" se viene.

Al salir, Juan de Dios le preguntó a la secretaria si el médico que lo atendía había llegado.

–Anda con suerte. Vino temprano y tiene todo listo.

Fueron hasta el "bunker" donde estaba instalado el tomógrafo. El médico lo saludó amistosamente en la puerta de la sala, lo invitó a pasar y le indicó que tomara de un vaso que tenía preparado con agua. El gusto dulzón empalagó a Juan de Dios.

–A ver qué tenemos –dijo el médico leyendo la receta en voz alta–. Lo de siempre: tórax, abdomen y coxis, con apertura de ventana ósea. –Luego mirando a Juan de Dios, agregó: –Sacate cualquier cosa de metal, los zapatos, cualquier cadenita.

El profesor, después de cumplir con lo pedido, se acercó al aparato, que tenía un amenazador anillo rodeando la camilla donde debía recostarse. Fue ayudado por el médico para que su cuerpo quedara en la posición necesaria para el estudio. Esto significó correrse hacia delante y ubicarse en el medio exacto de la camilla. Cuando estuvo listo, el médico le bajó los pantalones un poco más y le hizo apoyar la cabeza en una pequeña almohada.

–¿Estás cómodo? –preguntó.

–Como en una cama con clavos –bromeó Juan de Dios.

–Ya sabés que estoy detrás del visor… cualquier cosa llamáme, yo te escucho.

El profesor miró el anillo que parecía encadenarlo pese a que estaba a unos cuarenta centímetros de cu cuerpo.

El anillo comenzó a desplazarse sobre su cuerpo emitiendo un sonido sordo cada tanto.

Juan de Dios oraba y pedía que esa máquina no descubriera "una manchita sospechosa", que era el prolegómeno de una metástasis.

Él pedía siempre a la Virgen. Decía que lo acompañara, que estuviera a su lado, que su manto lo protegiera impidiendo a los rayos descubrir nada.

Unos minutos después se abrió la puerta a su espalda. Sólo cuando el médico y un enfermero estuvieron a su lado pudo verlos.

–Todo bien, profe. Ahora el yodo. Ya sabés: vas a sentir calor en las mejillas, en la ingle… por poco tiempo.

–Tené una buena dosis de decadrón a mano.

–No tengas miedo. Con los estudios que te hemos hecho, si fueras alérgico al yodo no estaríamos hablando.

–Te va a costar dar con una vena.

–Usaremos alguna de la muñeca, ésas nunca fallan, y Pedro –dijo, refiriéndose al enfermero–lo hará tan bien que ni tendrás hematoma.

Permanecieron un tiempo más a su lado, por prevención.

–¿Cómo va? –preguntó el médico.

–Siento calor en las mejillas, en la cola y en la ingle. No más que otras veces.

–Adelante, entonces.

Salieron, y el anillo comenzó a moverse. Una voz metálica inundó el bunker.

–Retenga el aire… respire… retenga el aire… respire… retenga el aire… respire.

Juan de Dios oía el zumbido del aparato al radiarlo. Como siempre le sucedía, le costaba adecuarse al ritmo de "retenga el aire–respire" por dos motivos: que la orden no era sincrónica y por su deseo de continuar rezando.

Se preguntaba, se la había preguntado desde el primer estudio, la razón por la cual invocaba a la Virgen para que lo ayudara y no a Dios o a su Hijo. Reconocía haber aprendido, desde pequeño, que María era la intercesora natural entre los hombres y el Creador; pero también sabía que no existían prohibiciones de dirigirse al Señor. Entre las respuestas que se daba figuraba en primer término la buena relación que mantuvieron con su madre, a quien recurría ante cualquier inconveniente, sabiendo de antemano que sería escuchado, comprendido y aconsejado. Quizás, se decía, asimilo mi madre a María y espero de ella consuelo y soluciones. Se decía también que su actitud era por demás egoísta, ya que exigía de la Virgen un trato de hijo único, cuando ella era Madre de la humanidad, y en estricta justicia había muchísima gente, en especial niños, que merecían más atención que él. En alguna ocasión supuso que invocar a esa mujer de gran temple le permitía tener un aliado con igual o más fuerza que la mancha negra.

–Retenga el aire… respire… retenga el aire… respire…

Recordó que al principio, cuando aún ignoraba que tenía cáncer, se sentía muy

seguro de su fortaleza física. Los primeros estudios: análisis, ecografías, rectoscopia, lo mortificaban pero no llegaban a mortificarlo. Para su tranquilidad, los médicos ayudaban a que confiara: "tal vez un cálculo, una arenilla, una capilar roto", decían.

Y los estudios continuaban: en San Luis o en otras provincias. Todo bien, no era cuestión de alarmarse. Hasta que un urólogo detectó dos puntos negros, pequeños, aparentemente inofensivos. "De cualquier forma, conviene una biopsia. Así te quedás tranquilo."

Fue al revés. La biopsia dio positivo, calificando al tumor con letras y números.

–Retenga el aire… respire.

El anillo dejó de moverse. En la habitación se hizo silencio. Juan de Dios esperó. Hasta que se abrió la puerta a su espalda.

Listo, profesor, levántese con cuidado, no hay apuro. Algunas personas se marean.

Juan de Dios se puso los zapatos y abrochó el cinto del pantalón.

–¿Para cuándo necesita el informe? –le preguntó el médico.

–Sin apuro… hasta el cinco de enero estoy de vacaciones.

–Algo te pasa. Con los anteriores me volvías loco, hasta me preguntabas si había visto algo extraño no bien terminaba.

–Tenés razón… debe ser el 2000 –contestó Juan de Dios, despidiéndose–.Felices fiestas, no me quedo a conversar porque es la hora de la centellografía. Soy un tipo ocupado.–

–Suerte… y un buen año.

Una hora más tarde Juan de Dios había terminado su segundo estudio. Salió del sanatorio y se encaminó hacia la Plaza Pringles.

Le llamó la atención que por primera vez no se hundía en la angustia y la melancolía después de hacerse los estudios. El estómago le pedía a gritos un buen desayuno.

En la confitería frente a La Catedral pidió un café con leche "con mucha espuma", dos medias lunas, tortitas de grasa, manteca, mermelada y una botella de agua mineral. Mientras se lo sevían miró la gruta construida al lado de la catedral que servía de reparo a la imagen de la Virgen de Lourdes. Desde donde estaba, debido al muro que la rodeaba, no era visible la fuente que la precedía. Recordó que en épocas de estudiante solía visitarla en los días previos a rendir un examen. Pedía ser aprobado y arrojaba una moneda de diez centavos para que ese deseo se cumpliera. Buen estudiante, el resultado era favorable. Esa mañana se preguntaba sino debía volver a aquella costumbre solicitando salud. Ante esta pregunta pensó: "Si por un examen ofrecía diez centavos, por la enfermedad debía dejar en la fuente una suma millonaria. Lamentablemente, con mis años sé que la voluntad divina no se compra con dinero. En realidad he aprendido que no sabré nunca que hecho o acción privilegia la atención del Creador. Por lo menos desde el punto de vista del que pide, porque sus

decisiones son incomprensibles".

–Servido, señor –dijo el mozo, colocando sobre la mesa el pedido.

–¿Puedo sentarme con vos? –preguntó una voz femenina desde la mesa ubicada a espaldas de Juan de Dios.

Se trataba de Helena Flores, quien esperó el consentimiento del profesor, porque se levantó, trayendo en la mano un pocillo de café. Apenas se sentó, dijo:

–Te pido disculpas por lo que sucedió el otro día, estaba nerviosa.

–¿Los otros días?–reiteró Juan de Dios, porque al verla se había puesto a la defensiva y no creía en la sinceridad de la disculpa.

–Por supuesto Juan, debía considerar que estás enfermo. Me faltó tino–¿Cómo hice una cosa semejante? Preguntarte si dejabas la cátedra. Más o menos lo mismo que pedirte la primicia del día en que la enfermedad te impida dictar clase.

–Así lo entendí… pero yo tampoco mantuve el nivel. La imagen de los jotes fue insultante –correspondió Juan de Dios, bajando las barreras de su desconfianza.

–No tengo excusa. Actué mal. ¿Sabés qué sucede? He cumplido 40 años y me he empantanado en ser profesoras de adolescentes a quienes les importa un rábano la literatura. No te miento: aspiro a la titularidad de tu cátedra, pero qué chance tengo contra vos en un concurso. Ninguna. Me dejé llevar por la ansiedad. Supuse que preferirías licencia para el próximo año.

–No lo haré por una razón simple: el trabajo me ayuda a no pensar en la maldita enfermedad.

–Si estuviera en tu situación, trataría de pasarlo bien. Por ejemplo, compartir el mayor tiempo posible con los familiares. Vos tenés un hijo, ¿qué mejor compañía?

–Pensamos tan distinto. Daniel sabe de mi enfermedad, pero jamás lo menciona. Según tu criterio, debo adelantar los tiempos. No hacer nada. Transformarme en un objeto. Pegarme a mi hijo y decirle: "comenzá a velarme"–contestó Juan de Dios sin disimular su disgusto y para rematar su parecer, agregó–: Además, Helena, no está dicha la última palabra. El cáncer puede curarse. Quizás yo tenga esa suerte.

–Por supuesto que sí… no me interpretes mal… no deseo tu muerte, sólo quiero la cátedra–se apresuró a responder Helena Flores, y luego de una pausa: –Me tengo que ir. Salí de la escuela para tomar un cafecito. Regreso a mi lugar, donde cuarenta jóvenes que sólo piensan en la televisión y en video juegos me miran sin ver, y peor aún, ni me escuchan... en fin… nos vemos. Necesitaba disculparme.

–Nos vemos –reiteró Juan de Dios, y antes de que se retirara le aconsejó–: A los jóvenes hay que motivarlos: se logran resultados extraordinarios en mentes dispuestas a recibir cualquier estímulo.

–Puede ser… pero en mi caso me siento mejor preparada para la facultad. Tengo poca paciencia.

Juan de Dios terminó de desayunar, y luego de intercambiar saludos con algunos conocidos, se dirigió al supermercado.

Ariel lo recibió con una sonrisa que él consideró como una caricia.

–¿Cómo te fue con el Rengo?

–Sin problemas pagó y se llevó el material.

–¿Y con los estudios?

–Me estoy acostumbrando, dentro de poco no molestarán más que un estornudo.

–¿Me extrañaste?

–Mucho, pero esta noche te doy los detalles, no quiero que pierdas el empleo. El supervisor me ve aparecer y no me saca los ojos de encima.

–¿Querés que vayamos al Potrero? –preguntó la joven refiriéndose en forma apocopada al lago Potero de Los Funes.

–Soy materia dispuesta.

–A las once paso a buscarte con el mimoso.

–Te esperaré abajo, si no llueve.

Juan de Dios llamó a su hijo al trabajo apenas llegó al departamento.

–Cómo anda ese laburo–le preguntó apenas atendió–, en esta época del año sospecho que estás más tranquilo.

–¡Hola viejo! Contestó eufórico Daniel, y riendo agregó–: ¿Trabajo?... ¿Qué es eso?... lamentablemente tengo que venir lo mismo, pero mañana ya nos vamos. Claudia comenzó a preparar el equipaje hace una semana.

–Decile que me gustó mucho el regalo.

–Ella lo descontaba. Vos sabés que está convencida de conocer los gustos de todo el mundo.–Daniel hizo una pausa, y abandonando el tono alegre, preguntó: –¿Cómo andás?

–Bien… muy bien. En una escala de cero a diez, ponele un ocho.

–¿No disimulás?

–No, hijo, me siento bien y con fuerza. Tan es así que me iré de viaje con unos amigos. Te aviso para que no llamés por teléfono.

–¿En serio?

–El viernes temprano yo estaré en viaje.

–¿Con quién vas?

–No los conocés… profesores de la facultad. Aún no hemos decidido si tomaremos rumbo a Mendoza o La Pampa. Depende de una reunión que mantendremos esta noche. Uno de ellos es mendocino, otro, pampeano. El que ofrezca más, gana–mintió Juan de Dios.

–Me das una alegría que no imaginás. Tu hijo cargaba una culpa que ni te cuento, pero también debo pensar en Claudia.

–Has hecho bien. Te aviso que a lo mejor demoramos la vuelta. Al regreso yo te llamo. Decile a Claudia que les debo el regalo y que seguiré en deuda hasta el mes próximo, cuando el consumismo se aquiete y pueda comprar tranquilo.

–No te hagas problema viejo, y espero tu llamado.

–Los quiero mucho.

–Te quiero papá–respondió Daniel, y luego de una pausa, con la voz cargada por la emoción, dijo–: Que el 2000 nos traiga mejores aires…

–Ni lo dudes. Será un año bueno.

Juan de Dios, después de colgar, respiró profundamente y carraspeó. Aún así siguió sintiendo presión sobre el pecho y los ojos húmedos.

A media tarde llovió. Fue una tormenta breve. Apenas pasó, el sol recuperó toda su potencia, impidiendo que el escaso granizo caído hiciera descender la temperatura. Al comenzar la lluvia decidió acostarse para acortar el tiempo que faltaba para la llegada de Ariel. Al despejarse trató de conciliar el sueño, pero la humedad y el calor se lo impidieron.

Se levantó y encendió la radio. No sabía en qué ocupar el tiempo libre. No tenía ganas de leer ni de salir. Se sentó frente al escritorio, tomó un cuaderno y comenzó a garabatear. Intentaba dibujar un pájaro o un árbol. Su falta de impulso, el desconocimiento de las mínimas técnicas de dibujo, su ignorancia de la perspectiva y el sombreado daban resultados desastrosos que bien podían compararse con un dibujo realizado por un niño en una edad preescolar.

"Mejor pruebo con la palabra. Tendré más chances. No digo para candidatearme al Nobel, pero por lo menos evitaré el grotesco", reflexionó. Y de inmediato pensó en la obra tantas veces postergada. "¿Cómo iniciarla? Supongamos que opto por una novela. ¿Cómo diablos se logra una introducción que atrape como tentáculo de pulpo? El viejo sí que sabía", pensaba, recordando a Cervantes. "Y no sólo él", amplió, porque tenía presente el inicio de *La divina comedia* y también el comienzo de *Del amor en los tiempos del cólera*.

Veamos, dijo el voz alta, y escribió: "El Brigadier acaba de cumplir 85 años. Casi ha perdido la vista. Aún así, todas las tardes llega hasta el aeropuerto y se ubica cerca de la cabecera de pista, aferrando sus manos manchadas por la vejez al alambrado perimetral, e imagina que ve decolar los grandes aviones de pasajeros".

Releyó el párrafo. "No esta mal, tampoco bien. Para empezar, sirve" monologó.

Atrapado por ese juego de encontrar cadencia y armonía en las palabras se olvidó del tiempo. Fue el timbre del portero eléctrico el que lo hizo regresar a la realidad.

Atendió.

–¿No quedaste de esperarme abajo?–escuchó la recriminación de Ariel.

–Ya voy –contestó.

–Media hora después el Citröen se detenía junto al lago Potero de los Funes, en una playa cercana al lugar denominado, "La Isla". En el lado opuesto había un hermoso hotel Internacional que esa noche mantenía todas sus luces prendidas.

La luna, grande, se reflejaba en las quietas aguas del lago. Desde donde estaban escuchaban la conversación de unos pescadores que habían anclado el bote en el centro del lago.

Juan de Dios comenzó a historiar la construcción del hotel, realizada por la empresa Guerino Marega, ya desaparecida. También quiso referirse al nacimiento de ese embalse que inapropiadamente la gente denominaba lago.

–Juan… aunque no lo creas, tengo momentos en que soy romántica. Generalmente coinciden con las noches en que una luna como está se instala en el cielo… En esos casos tus historias aburren –protestó Ariel.

CAPÍTULO XXIV

Estiraron la lona al costado del Citröen. Ariel bajó una canasta y una bolsa de plástico con rolitos.

–Siempre tan previsora afirmó Juan de Dios cuando la joven extrajo de la canasta un pollo y bebidas.

–Tengo por costumbre comer.

–¿Y qué hago con el romanticismo? –ironizó.

–Quizás con algunas calorías te salga natural. Por ahora abrí la botella–contestó la joven, alcanzándole el sacacorchos.

En la costa cada tanto se veían faroles encendidos, y la brisa les traía voces–, olor a asado. La sorpresa y la alegría de los niños cuando algún pescador cobraba un pejerrey, el sonido de los vehículos recorriendo el circuito que rodeaba el lago, la música y la voz de los locutores de las radios que acompañaban a los acampantes.

Comieron y bebieron. Por primera vez en años Juan de Dios no puso límites a la bebida. Sentía que debía disfrutar ese momento. Al principio pensó que si no se cuidaba, lo lamentaría al día siguiente, pero expulsó la idea sin mayor esfuerzo. Al terminar, la joven le propuso asistir al teatro.

–Sos inquieta… si aquí estamos bien –protestó.

Ariel se levantó y acomodó en la canasta lo que había sobrado de la cena. Después sacudió la lona.

–¿Ya te querés ir? –¿preguntó Juan de Dios.

La joven eligió un lugar donde el terreno era parejo, cubierto por arena, sin piedras y estiro la lona sobre el suelo. Fue hasta el automóvil y volvió con una manta y dos almohadas pequeñas.

–Vení –dijo.

El profesor la siguió.

–Acostate –lo invitó.

Cuando lo hizo, ella le alcanzó una almohada y lo cubrió con la manta hasta la cintura, luego ocupó a su lado el lugar libre.

–Primera fila, querido Juan. La mejor dramaturgia frente a tus ojos.

El cielo, inmenso, lo envolvía. La luna, ubicada al oeste, había perdido luminosidad, favoreciendo la visión de las estrellas. Las más grandes, porque las pequeñas aún soportaban el opacamiento que producía la luz del satélite.

–¿Qué te parece?

–Te entendí mal.

–Juguemos a quien descubre el primer satélite– dijo la joven.

–No hay caso, el Gordo te pegó la enfermedad del juego.

–Empecemos –instó Ariel.

–Tuve un sueño –dijo Juan de Dios, interrumpiéndola porque el recuerdo de Regiano se asoció de inmediato a la pesadilla del día anterior.

–¿Bueno o malo?

–No lo sé… Me hallaba en un lugar cercado por un muro que se alzaba hasta las nubes. Yo quería conocer que había más allá de él y la única forma era cruzar esa frontera por mar. Pude costearlo, y ante mí aparecía una ciudad con un barrio residencial que la coronaba y me atraía como imán. Quería alcanzarlo pero siempre algo se interponía.

–He soñado cosas parecidas.

–¿Qué pensás del Gordo?

–¿De Regiano? Es avivado, la moral no es su fuerte, pero qué se puede esperar en un país como el nuestro donde la trampa se premia. Vos fuiste cómplice de robar en el supermercado e intentás salvar al Gordo que se planeó flor de estafa. Tomá mi caso: no tengo mayor cargo de conciencia si me quedo con algo ajeno.

–No… te pregunté en ese sentido… ¿cómo lo ves en su virilidad?

–Ahora sí que no entiendo.

–Al grano: ¿el Gordo es heterosexual?

–Supongo que sí… pero vos deberías saberlo, se conocen de toda la vida.

–No se casó– dijo Juan de Dios.

–No es razón para dudar… en todo caso será amante de la soltería.

–No recuerdo que haya tenido novia o pareja. Sin embargo, vive hablando de mujeres, y a las que pasan a su lado las desviste con la mirada.

–¿Qué te sucede?… Medio tarde para plantearte esas inquietudes. Además, a vos qué te importa. Es su vida.

–Me molesta la duda. Sentirme excluido.

–Es su derecho. Hace a su privacidad. Insistió, ¿por qué se te ocurre eso ahora?

–El sueño… todo por culpa del maldito sueño. En uno de los viajes era invitado a participar de una orgía. En el lugar encontraba a Regiano con un hombre…

–A lo mejor se trata de una debilidad tuya que no te animas a reconocer.

–Vos estabas en mi sueño, reclamándome amor.

–¿Amor o sexo?

–Lo segundo. Y yo no podía darte nada.

–Eso es mentira… te lo demuestro enseguida –afirmó Ariel acercándose a él y besándolo, para después, muy despacio quitarle la ropa.

Juan de Dios, por reflejo comenzó a desnudarla, nervioso inseguro. Con la respiración entrecortada se cubrieron con la manta y se abrazaron con suavidad al principio, con ansiedad después. La joven lo dejó tomar la iniciativa, él la recorrió con las manos deseando intensamente poseerla, pero su sexo no respondió. Resignado se dejo llevar por el deseo y beso el cuerpo demorándose en cada centímetro de su piel, hasta alcanzar su palpitante pubis.

–No me dejes –dijo ella. Por favor, no me dejes.

Sus palabras se transformaron en jadeos, movimientos de un volcán interior a punto de activarse. Y la erupción se produjo, la anunció un grito que fue suplantado por movimientos más suaves y un llanto leve de felicidad. Ariel lo atrajo hacia ella y lo abrazó; firmemente, al principio; con suavidad y buscando su pecho después.

Juan de Dios, con Ariel sobre su pecho, sentía como la respiración de la joven se normalizaba antes que la suya. Se pregunto si debía decir algo."No es posible que necesite de la palabra en un momento como éste. ¿Pretendo explicar lo obvio? Ninguna frase tiene sentido. El alma y el cuerpo se han expresado según sus posibilidades… ¿qué puedo agregar?", pensó.

Los músculos de Ariel se fueron distendiendo, se notaba en los pequeños movimiento de su cuerpo. Movimientos que fueron cada vez más espaciados hasta desaparecer. La joven dormía.

–Te quiero… te quiero mucho –dijo en tono suave, para no despertarla, sin saber qué lo llevaba a manifestarse de esa forma, porque estaba convencido de que ese sentimiento se alcanza con un trato prolongado, que, en todo caso, él sólo se encontraba dominado por la pasión.

"Es contradictorio. Si sólo fuese calentura no reconocería estas ganas de protegerla, de ampararla contra todo riesgo, de rendirme a cualquier pedido. Es posible también que estas sensaciones se deban a otros motivos: su juventud, su falta de padres, su soledad. Qué extraño. Cómo me confunden los sentimientos. Qué inseguridad. ¿Por qué tanto razonamiento? Debería decir que la amo y no sumergirme en un subsuelo de dudas. Pero, Juan… vos sos así. Siempre tratando de hacer equilibrio entre el instinto y la razón. Más que equilibrio buscás desmenuzar la potencia del instinto con la avaricia de la inteligencia. Ariel no se cuestiona, actúa. ¡Cómo la envidio! Me gustaría ocupar su lugar en este preciso instante. Durmiendo sobre mi pecho, sin temor, entregada a la voluntad del destino. Cómo debe odiarla la mancha negra. Sabe que su presencia es ignorada. La indiferencia debe destruirle las tripas… Pero lamentablemente no soy Ariel, ni lo seré. El carácter viene de fábrica, nadie puede cambiarlo después. Así es, Juan, no existe garantía si sale fallado, ni taller que lo arregle. En fin… razón impura y molesta: seguí trabajando en la oscuridad malsana de mi mente, seguro que te ingeniarás para atrapar una y otra vez mi atención, pero por ahora aguantáte esto: te quiero Ariel, te quiero mucho, lamento que hayas llegado tarde, pero mientras no se cierre la puerta, sentirás que te amo", reflexionó Juan de Dios. Y estuvo conforme con la conclusión. Ayudado por su estado de ánimo y la tranquilidad que transmitían las estrellas transitando el cielo, se durmió.

Se despertó al amanecer, cuando el sol superó las sierras del este produciendo destellos en la superficie del lago. En la costa, algunos acampantes desayunaban junto a las carpas, mientras otros preparaban botes, tablas o motos de agua para iniciar una nueva jornada.

A Juan de Dios le dolía la espalda y sentía algo de frío. Al sentarse, se quejó.

–Menos lamentaciones y vení a tomar un café caliente –lo llamó Ariel.

La joven, a unos metros de donde él se encontraba, bebía en un vaso de plástico. A su lado ardían unas ramas de chañar, y sobre ellas humeaba una pava.

Se vistió con dificultad, porque mientras se colocaba la ropa trataba de cubrirse con una manta. Luego se acercó a Ariel y la besó en la mejilla.

–¿Hace mucho que te levantaste? –preguntó.

–Una hora, más o menos –contestó la joven alcanzándole el café y dos tortitas de grasa.

–No es cómodo dormir en el suelo –dijo.

–Por lo que pude observar, vos no tuviste mayores inconvenientes. Minutos atrás roncabas como una locomotora.

–Me duele la espalda.

–Se te pasará rápidamente.

–Seguro –afirmó, aunque en su interior dudaba de que el pronóstico se cumpliera, pero no estaba dispuesto a demostrar debilidad.

–¿No es maravillo? –preguntó Ariel, inspirando profundamente. –El aire te acaricia… me quedaría aquí toda la vida.

–De acuerdo… pero con una cama –bromeó el profesor.

Sólo cuando regresaban a la ciudad Juan de Dios se refirió, cautamente, a lo sucedido.

–Gracias por lo de anoche.

Ariel volvió hacia él sus ojos violeta con una mirada que a su entender cargaba la ternura del mundo y algo de picardía.

–Creí que te habías olvidado… el agradecimiento es mutuo.

–Sentí cosas que… cómo lo digo… sensaciones que las consideraba agotadas, perdidas para mí. Hasta pude dejar de lado mi incapacidad. No sé… es difícil. No quiero decir que la impotencia no me molestó. Estuvo presente. Lamenté no poder actuar como un tipo sano, pero disfruté lo que hice… ¿me entendés?

–Juan… estuviste perfecto. Un hombre no se mide por la fuerza de su sexo. Me sentí amada. ¿No te es suficiente? –respondió Ariel soltando el volante para abrazarlo.

El Citroën, sin conducción atravesó la banquina y se detuvo sobre una acequia con aparatoso ruido.

–Nuestra relación es del tipo que hace temblar el piso –bromeó la joven cuando lograron reubicar el automóvil.

–¿No lo hiciste por lástima? –preguntó Juan de Dios al continuar camino.

–Sí, mi querido profesor, con tanta lástima que me gustaría repetirlo ahora, pero tengo que llegar al trabajo. Eso sí: esta noche, para satisfacer la pena que siento por vos, iré a tu casa. Me excita que llorés un poco, mi lástima se fortalece.

CAPÍTULO XXV

Los dos días siguientes llovió por la noche, hecho que hacía insoportable el calor apenas salía el sol.

Juan de Dios aprovechó esas jornadas para escribir sobre el Brigadier. Si bien no mantenían una continuidad en el relato, rescataba parte de su vida y trabajaba en pequeños relatos independientes con la esperanza de unirlos más adelante. En especial, elegía anécdotas cómicas.

Aun así, escribiendo sin rumbo fijo, se sentía conforme. En especial, porque la mancha negra había tomado distancia. Mejor dicho, había desaparecido.

Aparte de la escritura existía otro hecho que lo alejaba de la melancolía: esperar que Ariel terminara su horario para ir a buscarla y recorrer la cuadra hasta el departamento. Tomados de la mano, a paso lento, en silencio, sintiendo que la soledad era cosa remota.

Así, con tranquilidad, sin temores, llegó el 24 de diciembre. Ariel compró regalos para todos, y Juan de Dios adquirió fuegos artificiales "para festejar como Dios manda".

Ese viernes partieron hacia La Carolina cerca del mediodía. La lluvia de la noche anterior se había prolongado hasta primeras horas de la mañana, y el cielo se mantenía cubierto, con un color plomizo.

–Me parece que tendremos más agua –vaticinó Juan de Dios.

–Es posible. Pero que llueva con ganas, la humedad y el calor me tiran la presión abajo.

–Regiano debe estar contando los minutos.

–Pobre Gordo… cinco días solo. ¿Qué habrá hecho? Menos mal que lo tiene a Oscar.

–Con lo que habla, no creo que se haya entretenido gran cosa.

Hicieron el viaje sin detenerse, y en las primeras horas de la tarde cruzaron el badén sobre el río grande e ingresaron en la tortuosa huella que conduce a la hostería.

Estacionaron frente al edificio.

–Tenía la esperanza de que Oscar nos hubiera venido a buscar con los caballos.

–No te preocupes, aquí el aire es fresco. Recorreremos el camino a pie. No tenemos mucho que cargar: tu polvorín y mis regalos. Una buena caminata nos desentumecerá la cola.

Pese al optimismo de Ariel, el traslado no fue fácil. Los regalos fueron los que plantearon mayor dificultad por su irregular tamaño y insistencia de la joven por evitar que los papeles multicolores que los envolvían se rompieran. Además, el cielo se limpió en un santiamén, dejando territorio libre al sol, que tomó revancha del ocultamiento con rayos vigorosos.

Sudoroso y agotado, remontaron el último cerro. En la cima divisaron el rancho, y un poco más lejos, debajo de los árboles donde los habían atado la primera vez, cuatro caballos.

–Duerme la siesta –supuso Juan de Dios cuando iniciaron el descenso.

Se equivocó. Apenas alcanzaron el llano, la puerta del rancho se abrió y el Gordo Regiano apareció dando gritos.

–¡Llegaron!... Oscar, llegaron mis amigos –siguió gritando mientras corría hacia ellos.

Besó a Ariel, haciéndole caer los paquetes que cargaba; luego abrazó a Juan de Dios como si quisiera triturarlo.

–Creí que ibas a fallar… pero acá estás. Voy a escribir cien veces "no debo desconfiar del profesor".

Oscar, que había salido detrás de Regiano, avanzó sin prisa, ayudó a levantar los paquetes y esperó a que la exaltación del Gordo disminuyera para saludar. Como había sucedido al conocerlos, reiteró lo de patrón y patroncita, pero Juan de Dios, enérgico, le dijo que los llamara por los nombres, dejando su trato acostumbrado para los turistas, y pidió ir hasta el rancho para poder aliviarse del peso que cargaba y del sol que amenazaba achicharrarlo.

En el rancho, después de refrescarse, se sentaron alrededor de la mesa del comedor. Allí contaron a Regiano lo sucedido en San Luis durante esos cinco días. Cuando terminaron el relato le preguntaron en qué había ocupado el tiempo.

–Dormir, comer, algún baño en el río… nada importante. Nadie ha pasado por aquí, y si no fuera por Oscar, me moría de aburrimiento… ¿Puedo mostrarles algo?

–Desde cuando pedís permiso cuando tenés ganas de hacer algo–respondió Juan de Dios.

–¿Me permitís? –Ahora Regiano se dirigía a Oscar.

–Con mucho gusto –respondió el joven –esperen un segundo –pidió, levantándose, y se dirigió a uno de los dormitorios, de donde regresó con las cajas de cartón en las que Oscar guardaba los reptiles y arañas.

–No se asusten –previno, asentándolas sobre la mesa.

–¿Qué estás por hacer? –preguntó Ariel poniéndose de pie y tomando distancia.

El Gordo no contestó. Desató una de las cajas y metió la mano adentro diciendo:

–Vamos, Reina, vamos, Clara, es hora de estirarse un poco…Shhhhh… shhhh… tranquila… no sean dormilonas.

Una cascabel fue enroscándose en su brazo, lentamente, deteniéndose cada tanto para mover su cabeza de un lado a otro, como si observara detenidamente el entorno antes de avanzar.

Con la otra mano Regiano extrajo una yarará que se enroscó en su muñeca.

–¿Qué les parece?

–¿Estás loco? –dijo Juan de Dios abandonando la silla.

–¡Dejate de joder!

–No tengan miedo. Oscar me enseñó a tratarlas. Mientras no te pongas nervioso, éstos bichos son pacíficos. Es más, cuando te toman confianza se disputan los cariños –explicó Regiano, y para demostrar lo dicho volvió a meter las manos en la caja y sacó dos reptiles más, uno de los cuales se colgó del cuello; al otro lo dejó que se acomodara sobre la cascabel enrollada en el brazo.

–Gordo, por favor, guardá esos animales –exigió Juan de Dios, para dirigirse después a Oscar y decirle–: Éste no era el trato. Vos prometiste tenerlos afuera.

–Sí, señor Juan, pero Regiano aprendió a tratarlos y me dio otra orden.

–Te juro que son inofensivos –insistió Regiano.

–Te creo… pero estos tres días que compartiremos la casa las sacás de aquí.

–O los pones en tu dormitorio –terció Ariel.

–No estoy de acuerdo. A mi nadie me puede garantizar que no se escape alguno y aparezca en mi cama.

–Está bien, llevalos, Oscar.

Al quedar los tres solos, Regiano, malhumorado, dijo que aceptaba esa condición porque lo estaban ayudando y le recriminó a Juan de Dios la forma en que se había dirigido a Oscar.

–Simplemente le hice notar que no cumplía lo convenido. No le he maltratado.

–El tono que usaste es el inconveniente: parece que dabas órdenes a un esclavo. Ese muchacho se ha portado muy bien. Me ha acompañado, ha aguantado mis lamentaciones.

–¿Por qué no nos dejamos de discutir y planeamos la nochebuena? –preguntó, conciliadora, Ariel.

Los dos hombres permanecieron en silencio. Era evidente que ninguno estaba conforme con lo sucedido y cada uno pretendía imponer sus razones.

–Traje regalos y si me dan una mano armaré el arbolito– continúo Ariel.

–No hará falta. Oscar y yo armaremos uno detrás del rancho –dijo Regiano, aún con gesto de malhumor.

–Yo me encargué de la cohetería –intervino Juan de Dios, comenzando a abrir las cajas que había asentado en el suelo. A medida que sacaba los fuegos artificiales explicaba su función–: éste se eleva unos treinta metros y explota formando una esfera de estrellas multicolores; el volcán lo conocen, no es tan aparatoso, pero no deja de entretener mientras escupe llamitas de diferentes colores; bueno… este otro es mi preferido. Se eleva más de setenta metros. También es el más costoso. Concluyó exhibiendo uno, que tenía un metro de largo una cabeza cilíndrica de plástico con una mecha extensa.

–Falta un detalle –apuntó Ariel.

–¿De qué me olvidé?

–No, Juan, no me refería a tu arsenal, pensaba en la comida.

–Otro asunto, jovencita, que está solucionado –dijo Regiano–. Oscar se consiguió un chivo que espera las brasas. Será una nochebuena de acuerdo al lugar en que estamos. Comida criolla. Nada de copiar a los del hemisferio norte. Chivo con chanfaina y mañana un puchero con todos los lujos.

–Me encante el chivo… ¿También te has ocupado de la bebida?

–Por supuesto vino tinto y sidra. Con una sorpresa final: clericó. Bien potente, como se merece esta última navidad del milenio –respondió Regiano. Luego se dirigió por primera ves a Juan de Dios–: perdoná si te asusté con las víboras.

–No. Quizás mi miedo me hizo reaccionar de mala manera. –Se abrazaron. –Podés creer…por un momento tuve ganas de patearle la cabeza –dijo Regiano.

–Te creo.

–Soy un infeliz, pelearme con quien trata de sacarme del pantano.

–Me hubiera gustado escucharte decir que lamentabas pelearte con un amigo de toda la vida.

–Espero que no empiecen de nuevo.

–Tenés razón. Haya paz. El chivo lleva su tiempo, ¿me acompañarás, Juan?

–Vamos.

–Mientras tanto colocaré los regalos en el árbol y ordenaré un poco la casa–dijo Ariel.

Oscar se encargó de juntar leña y encender el fuego, mientras Regiano adobaba el chivo– ¿Así que el destino ideal para vos es Chile?

–Así lo pienso, Gordo. Es lo más cercano, y el cambio en este momento te favorece. Punto a tener en cuenta porque debés cuidar los pocos pesos que te doy.

–Me las arreglaré… y en poco tiempo volveré a levantar cabeza.

–Me hace feliz tu optimismo.

–Me ayudaron a cambiar estos días que pasé aquí. Hice la siguiente reflexión: mis cosas están perdidas. Ya sea por causa del Rengo o por la ejecución bancaria; por lo tanto, ¿Qué me une a San Luis? Los amigos y los recuerdos. ¿Qué me separa de San Luis? Mis errores, la pobreza asegurada, la crítica justificada por mi proceder. Supongamos que salve mi vida. Te lo dije antes: no viviré de un empleo. Tampoco quiero que me señalen o me pongan como ejemplo del tipo que se fundió con el juego. Conclusión: puse en balanza ventajas y desventajas. Advertí que los recuerdos los llevo encima y mis amigos, los verdaderos amigos, se tomarán la molestia de visitarme cada tanto, o tal vez yo podré venir a verlos. El platillo que contenía las razones para mi partida pesó más. A partir del momento en que la aguja se inclinó, comencé a programar y también a soñar. Puedo salir a flote en otro lado, es posible iniciar una nueva vida y triunfar. Quizás en ese momento esté en condiciones de regresar. Descubrí, como si me hubiera transformado en un excelente psicólogo, durante todos

estos años cargué con varios remordimientos. Si viví malgastando el dinero fue por el sólo hecho de que me vino de arriba. Yo no hice nada. A mi favor puedo decir que duré bastante, por lo tanto debo haber puesto algún empeño en la administración. Fui tan pobre tipo que teniendo la posibilidad de seguir una carrera universitaria, no lo hice, y eso que me lo pedían mis padres permanentemente, avergonzados por su analfabetismo. No quiero seguir con mi historia, pretendo transformarla; y si la suerte me ayuda lo intentaré en Chile o donde sea, pero no en San Luis.

–¿Por qué no te casaste? –preguntó Juan de Dios.

Regiano lo miró sorprendido, luego, siguió con la tarea de condimentar el chivo.

–No me tocó… hay tipos que pueden formar una familia y otros siguen solos –contestó sin levantar la cabeza.

–¿Ninguna mujer, en estos cincuenta años, te gustó lo suficiente para convertirla en señora de Regiano?

El Gordo permaneció en silencio unos segundos.

–Quizás una, o tal vez dos, pero no me dieron pelota –respondió después, agregando–: ¿Me has mirado bien? No soy un Apolo. En todo caso me puedo asimilar a un italiano panzón de esos que mostraba el cine surrealista de postguerra. En realidad fueron muy pocas las minas que se fijaron en mí. No soy apetecible.

–Pero… ¿lo intentaste al menos?

–¿Qué querés decir?

–Si Onassis se casó, cualquiera puede casarse.

–Un ejemplo grosero. Yo soy Regiano, un gordo mal vestido, que transpira como un camión regador, no soy profesional, la higiene me importa poco y pasé gran parte de mi vida detrás de un mostrador o sentado en una mesa de juego.

–¿Y novias? –insistió Juan de Dios.

–Perdón… ¿estoy en un confesionario?... no me había dado cuenta.

–Olvidalo. Se trata de algo muy personal.

–Sí, señor, privado podemos decir.

Al anochecer se reunieron junto al asador. Oscar, demostrando una larga experiencia de asador, había colocado bajo un chivo de escasa brasas para lograr que se asara lentamente y en forma pareja.

Juan de Dios, a eso de las diez de la noche, lanzó los primeros fuegos artificiales, que fueron festejados por todos. El colorido de los cohetes se potenciaba sobre el negro profundo del cielo. El aire estaba calmo y las esferas luminosas perduraban inmóviles sobre sus cabezas como si fueran sostenidas por hilos invisibles, para después apagarse y desaparecer. También dispararon algunos petardos, que resaltaban en el silencio de la montaña para extinguirse en un sonido lejano. Cuando faltaban momentos para la medianoche, Oscar anunció que el chivo estaba listo. Ariel, que con anterioridad había puesto la mesa, trajo de la cocina las ensaladas.

Comenzaron a cenar. Cada uno elegía su parte favorita. Regiano fue beneficiado con la riñonada; Ariel y Juan de Dios prefirieron las costillas; Oscar, quizás por delicadeza, eligió un muslo.

–Hay más costillas –le dijo Regiano.

–Está bien… tal vez en la segunda vuelta –contestó el joven.

Por la espera el hambre había aumentado, y en los primeros minutos comieron en silencio, hecho que favoreció la noche, que en esos parajes solitarios, libres aún de la presencia masiva del hombre, toma una dimensión sin tiempo, absoluta, inconmensurable. Sólo se escuchaba el sonido de los faroles, los llamados de los animales nocturnos, algún grito de júbilo lejano en la serranía.

–Ha pasado un ángel dijo Juan de Dios cuando Ariel se movió en la silla y ésta crujió.

–¿Cómo? –preguntó Regiano.

–¿Te acordás de Ella Jules y Jim, la película de Francois Truffaut?

–La vi. Con Jeanne Moreau.

–Bueno, ella y sus dos amantes se habían alojado en una casa de Los Alpes. En un lugar aislado como éste. Los tres se estaban sentados en una habitación, sin hablar. La Moreau se hamaca en una silla veneciana, que cruje suavemente quebrando el silencio. Uno de los actores, para significar que se hallaban muy lejos del mundo, dice esa frase al escuchar el roce de la madera sobre el piso: "Ha pasado un ángel".

–Para mí que en tu caso sólo querés piropear a Ariel.

–Gracias, profe, en mis pocos años a nadie se le ocurrió darme una condición celestial –festejó la joven y levantó el vaso–. Brindo por la vena poética de Juan, por La Carolina y por Oscar, que ha preparado esta comida. –Todos la imitaron y unieron los vasos sobre el centro de la mesa.

–¿Qué hora es? –preguntó Juan de Dios.

–Falta un minuto para la medianoche… Esperen que traigo la radio de Oscar –contestó Regiano.

–¿Así que tenés radio?

–Sí Juan, aquí en las sierras una radio es buena compañía –contestó el joven.

–¿Vivís muy lejos?

–Unas dos leguas, más o menos. Depende del camino que tome. Hay que saber cruzar por los cerros más favorables.

–¿ Tenés familia?

–Ya no… me he quedado solo. El que no se murió, se fue a San Luis o a Villa Mercedes. Ésos no vuelven más; y si vuelven se parecen a los pueblerinos, están un día o dos y se van. La radio ayuda a escuchar otras voces. Por eso siempre vengo a la hostería. Las ganas de ver gente.

–Aunque no lo creas, las cosas están cambiando. En algunos años este lugar será muy visitado.

–Tampoco es mi gusto andar conversando todo el día. Por eso yo no me he ido.

Para hablar me sirven los animales, y para escuchar, la radio.

Regiano regresó con la radio portátil y la puso sobre la mesa.

–Las emisoras de San Luis no llegan, pero no tienen idea de cómo entra Continental aclaró, mientras hacía girar el dial–. En estos días me he hecho una "panzada" con Cerazuolo –agregó, refiriéndose a un conocido conductor de Capital Federal, amante de la poesía y la buena música, que compartía con la audiencia en su programa " La noche que me quieras", y continuó: Ni hablar del Negro Dolina, que a partir de medianoche me mantenía despierto con "La venganza será terrible". ¡Qué tipazos! Envidio su capacidad.

La voz del locutor de turno de Radio Continental anunció en ese momento: "Sólo cinco segundos para la llegada del Niño Dios. Levantemos las copas y roguemos para que sus ojos se fijen en su creación. Pidamos que finalicen las guerras, el hambre, los sufrimientos. Feliz nochebuena para todos". No bien finalizó, se escucharon repiques de campanas.

–Feliz Nochebuena –dijo Ariel.

–Descorchen la sidra –pidió Regiano.

–Felicidades –dijo en hilo de voz Oscar.

–Muchas felicidades… y que Dios nos ayude –se plegó al brindis Juan de Dios.

Bebieron y encendieron fuegos artificiales. Después regresaron a la mesa y terminaron de comer. Regiano dijo "esperen un segundo" y fue hacia el rancho, de donde regresó con dos jarras de clericó.

–Está fuerte… no abusen.

–No tenemos horario para levantarnos. La precaución es innecesaria.

Alegres, contaron chistes y se gastaron bromas. Oscar, que se envalentonó con el alcohol, contó historias del lugar. Muchas de ellas fantásticas, pero a las cuales él daba crédito pese a las cargadas de los demás. Abrieron los regalos y felicitaron a Ariel por esa iniciativa.

A las dos de la mañana el júbilo fue decayendo. Estaban cansados y la bebida en exceso les turbaba el razonamiento. En especial a Regiano y Oscar. El primero, con la lengua medio trabada, se excusó de seguir:

–Me voy a dormir antes de que no me pueda parar. ¿Me acompañás, Oscar?

–Vamos… a mí se me nubla la vista.

Se levantaron y caminaron con dificultad hasta la puerta del rancho. En ese lugar, Regiano se volvió y preguntó:

–Che, Juan, ¿existe Dios o es un invento de los hombres?

Juan de Dios miró hacia el cielo cubierto de estrellas. Levantó el brazo e indicó hacia el manto oscuro que sostenía infinitos puntos brillantes.

–Mirá –ordenó –mirá bien.

Regiano elevó su mirada.

–Si con eso que tenés a la vista dudás de la existencia de Dios, nunca podrás creer en él.

–Tenés razón, profe, el "viejo" existe, pero deja hacer cada macana que por ahí dudo. –Lanzó un beso al cielo y agregó: –Hasta mañana, y por favor no jugués tanto a "la escondida"… sería bueno verte de vez en cuando.

Al quedar solos Ariel invitó a Juan de Dios a que fueran hasta el río.

Se sentaron en la arena fría de la rivera. El murmullo del agua al deslizarse entre las piedras los acompañaba.

–Siempre soñé pasar una nochebuena en un lugar como este –comentó la joven.

–Impresiona, sentís como si te despegaras de la vida y observaras la creación desde una ubicación privilegiada, sin que nada pueda dañarte.

–¿Sos religioso?

–Ariel querida, es una pregunta amplia, difícil de contestar. Te lo diré a mi manera: estoy seguro de que existe alguien perfecto, poderoso, inmensamente sabio, que maneja este gran aparato de relojería. ¿Cómo querés llamarle? Le podés dar miles de nombres, pero Él es y está distribuido hasta en las más pequeñas partículas del universo. En mi caso, creo que ese ser todos los días busca rendirnos para integrar su esencia.

–Sí es así, ¿por qué te molestás con tu cáncer? Debemos tomarlo como una prueba, con resignación.

–Debería, pero soy imperfecto y puteo, me quejo, lloro; pero te puedo asegurar que cuando llegue el momento buscaré la mano de Él.

Ariel lo abrazó.

–No te he dicho que te quiero.

–Yo te lo dije… cuidando que no me escucharas.

–Te quiero Juan… lo siento aquí –dijo, tocándose el pecho.

Se recostaron. Las caricias se multiplicaron y la pasión llegó desbordante.

Juan de Dios sintió que su vigor renacía. Con dolor y con fuerza inusitada. Perplejo, se detuvo un momento.

–¿Qué te sucede?

Él no contestó. Se limitó a desvestirla y poseerla.

Tampoco después hubo palabra. En las mejillas del hombre los surcos de lágrimas revelaban su felicidad.

CAPÍTULO XXVI

Al día siguiente se despertaron tarde. Cuando se levantaron encontraron a Regiano en la cocina preparando el puchero prometido y con el mate listo para convidarlos.

–Feliz navidad –dijo al verlos.

Respondieron con el mismo deseo para él y preguntaron por Oscar.

–Se fue a la casa. Aprovecha que estoy acompañado para ir a dar una vuelta. Esta noche estará de regreso.

–Nosotros nos vamos mañana temprano –dijo Ariel.

–Creí que se quedaban hasta el lunes.

–No puedo, tengo que trabajar turnos extras si quiero contar el próximo fin de semana libre.

–¡Qué lástima! Ahora serán seis días los que esperaré. Al menos está Oscar.

–Se te hará más fácil si pensás que es el próximo tramo antes de comenzar una nueva vida –lo consoló Juan de Dios.

–¿Trajiste el dinero?

–Pensaba traerlo, hasta lo que saqué del banco, pero desistí. No quería cargar con la culpa de que te lo jugaras a la taba.

–Me he prometido no jugar más.

–Lo acepto, pero prefiero no correr riesgo.

–Me parece bien, porque yo mismo dudo si cumpliré la promesa.

–¿Falta mucho?–preguntó Ariel refiriéndose a la comida–. Tengo la sensación de no haber comido en una semana.

–Es el aire serrano… y las energías que consume el amor–contestó Regiano, sonriendo.

–De lo último puedo dar fe. Anoche Cupido se mostró incansable.

Al escucharla, Juan de Dios enrojeció.

–A veces los viejos cometen excesos –bromeó Regiano, y rió a carcajadas ante la vergüenza de su amigo. Cuando dejó de reír, dijo –: esto está listo. A comer compañeros.

La tarde, calurosa, la aprovecharon para bañarse en el río. Como si se hubieran puesto de acuerdo, ninguno tocó el tema del Rengo ni el viaje que en pocos días emprendería Regiano.

Al anochecer se sentaron cerca del rancho mirando hacia el Valle de Pancanta. Allí los encontró la noche, y Oscar que llegó sin que lo escucharan.

Ariel se encargó de preparar la cena con lo que había sobrado. Sobre el final le comentaron a Oscar que su intención era estar en la hostería, al día siguiente, antes del amanecer y le preguntaron si era posible que él los acompañara.

–Cuenten conmigo. Para no levantarnos tan temprano les propongo que hagamos un trayecto a caballo.

Así acordaron.

La sobremesa fue corta. Todos estaban cansados.

Al día siguiente luego de una despedida exagerada hasta las lágrimas por el Gordo Regiano, montaron, y con Oscar indicando el camino se dirigieron a Las Verbenas, donde llegaron cuando el horizonte cambiaba su color oscuro por una línea roja.

–Cuidá al Gordo –recomendó Juan de Dios a Oscar cuando ya había subido al Citröen–. No dejes que lo pique una víbora.

–Descuide, señor Juan…

–Nos vemos en estos días –saludó Ariel.

Iniciaron el regreso, pero en esta ocasión la joven no eligió el camino de tierra, aunque sí apretó el acelerador para aprovechar la inercia del vehículo en el descenso. Llegaron a San Luis en una hora. Un tiempo increíble para un automóvil antiguo y sin mayor potencia. Juan de Dios, nervioso, se quejó varias veces por la forma de conducir, pero Ariel sonreía y lo tranquilizaba diciendo "no hay peligro".

Cuando lo dejó frente al edificio de departamentos convinieron en verse esa noche.

–Voy a traer una valija con lo indispensable para no tener que cambiarme en mi casa, ¿No te molesta?, te prometo que cuando vos digas me voy.

–Creo que esa posibilidad no se dará. Lo más probable es que seas vos quien se vaya cuando te canses de este viejo "ñañoso".

Se despidieron, y Juan de Dios permaneció en la vereda hasta que la vio estacionar en la cuadra siguiente.

Al abrir la puerta del departamento encontró un sobre. Lo alzó y lo puso sobre el escritorio. "Las expensas", pensó poco tiempo después se metía bajo la ducha. Al terminar mientras se secaba, se miró en el espejo. Sonreía "Has vuelto a ser hombre", se dijo. Después, hablando en voz alta, preguntó:

"¿Dónde te has ido mancha negra? Las cosas no te salen bien últimamente. Debes sentir una patada en el traste con mi recuperación. En este momento estás escondida, lagrimeando. ¿Querés saber algo? Haré todo lo posible para demorar tu apetito infame. Ariel me ayudará, pero, más importante aún: te voy a pelear. Los más que pueda."

Se afeitó y se vistió. Sólo entonces se acordó del sobre. Fue hasta el escritorio y lo abrió. Adentro, en una hoja de cuaderno escrita con letra irregular, como la de un alumno del primario, había una nota: "Querido profe y amigo. Tengo que verte urgente. ¿Todos los fines de semana te perdés". Abajo la firma del Rengo, en caracteres grandes, como si así afirmara su prepotencia.

"Debo encontrar al Negro, necesito saber lo que sucedió el viernes a la noche", reflexionó Juan de Dios pensando en Argentino Puertas. Minutos después detenía a un taxi y le pedía que lo llevara al barrio San Martín.

"Están durmiendo", pensó al pulsar el timbre, porque advirtió que su ansiedad lo había llevado a no tener en cuenta la hora, pero el Negro abrió la puerta al instante.

–Perdoná… vine muy temprano –se disculpó Juan de Dios.

–Profesor, qué gusto… No se preocupe, Sarita y yo hace más de dos horas que dejamos el nido. Los viejos somos de poco dormir. Además, la patrona los domingos se vuelve loca: vienen los familiares y empieza a cocinar a la madrugada… Pase, qué se queda ahí parado.

Ingresó a la vivienda. Sarita lo saludó desde la cocina y le preguntó si quería unos mates, que Juan de Dios aceptó sin dudar porque no había desayunado y sentía un gusto amargo en la boca

–Acabo de llegar de viaje –aclaró –y no pude resistir la curiosidad sobre lo sucedido el viernes a la noche.

–El Rengo lo tiene obsesionado, profesor.

–Más o menos, Negro.

–Cumplí el encargo, pero no me fue fácil. Había más de cien invitados, y el Rengo, como anfitrión, se movía de un lado para el otro, pero después de media noche lo vi apartarse acompañado por la solterona. Fueron a una glorieta, y él le entregó unos papeles. Ella los leyó.

–¿Qué reacción tuvo?

–Debía tratarse de algo cómico porque al terminar se puso a reír, y ojo que esa mujer no es muy alegre que digamos. El Rengo, al contrario, tenía la cara de piedra. Como si lo ofendiera la risa de Helena Flores.

–No le gustaron –dijo Juan de Dios.

–¿Qué dice, profesor?.

–Nada Negro, pensaba en voz alta en cómo son las cosas, la mujer riendo y el Rengo con cara de entierro –mintió, y preguntó–: ¿Qué pasó después?

–Se pusieron a conversar. Desde dónde yo estaba no podía escuchar lo que hablaban, pero el gesto del Rengo fue cambiando. Se lo notaba contento y a ella también. Charlaron como una hora, y para mi sorpresa la solterona le dio un beso al despedirse.

–Es extraño.

–Más extraño le va a parecer ese detalle. Al dejar la glorieta vi a Helena Flores tirar los papeles que le entregó el Rengo. Fui y los alcé. ¿Puede creer? Eran poemas. Los traje por si le interesaban verlos.

–Gracias, Negro, no hace falta.

–¿Con azúcar o amargo? –preguntó Sarita

–Cómo lo toman ustedes –respondió Juan de Dios sin pensarlo, porque su mente trataba de comprender lo sucedido.

–Espero que le gusten estas rosquillas –dijo la esposa de Puertas.

–Cualquier cosa hecha por doña Rosa me gusta –contestó adoptando un trato formal para jerarquizarla.

–En mi opinión, el Rengo logró convencerla… o por lo menos algo hizo para que esa acartonada se mostrara gentil –reflexionó Puertas, para después expresarse sobre la fiesta, quiénes habían asistido, la comida y bebida que se sirvió, la espectacularidad de los fuegos artificiales, los conjuntos musicales contratados, resumiendo al final que el Rengo había "tirado la casa por la ventana", y que bien podía ser la razón del buen humor de Helena Flores.

–Es posible… ahora tengo que irme. Antes de que me olvide, te confirmo que no podré compartir con ustedes el fin de año. Estaré de viaje.

–¡Qué pena!, es una desilusión –se lamentó Rosa.

–¿Visitará a su hijo Daniel? –preguntó Puertas.

–Eso es… empezaremos el milenio juntos –mintió.

De regreso al departamento se sentó en el sillón frente al escritorio. Se preguntaba una y otra vez qué había sucedido. Especulaba: "Mi trabajo fue rechazado y es muy posible que al leerlo se burlara del Rengo. La risa que le atribuye el Negro para mí fue una reacción burlona, despectiva. Sólo así se entiende que el Rengo permaneciera serio, tal vez ofendido, o muy caliente. Si todo hubiera terminado allí sería fácil ubicarme en qué situación me encuentro. La nota que ha dejado el Rengo indicaría que desea verme para pedir la devolución de lo pagado o exigirme un nuevo trabajo. Se complica con lo ocurrido después. Es evidente que se entendieron. Hasta se besaron. ¿Para qué quiere verme si logró su objetivo? A lo mejor es amarrete. Los poemas no le sirvieron de nada y desea que le regrese el dinero. Tal vez sólo quiere darme la noticia de su éxito. Queda otra posibilidad que alguien le haya comentado mi relación con Regiano y pretenda sacarme información.

Al medio día el cielo se había nublado. Juan de Dios no tenía ganas de almorzar, pero tampoco le atraía la idea de quedarse en el departamento: faltaban muchas horas para que Ariel saliera del trabajo y no tenía ganas de alimentar sus nervios pensando en que el Rengo podía golpear a su puerta en cualquier momento. Buscó su viejo impermeable y salió a caminar.

Tomó por calle San Martín en dirección al sur. Por ser domingo sólo había gente en la plaza y en los negocios de los alrededores que permanecían abiertos. Al llegar a Ayacucho se detuvo frente al edificio que ocupa un canal de cable de construcción antigua y bella torre, es una reliquia ciudadana. Se preguntó por qué en San Luis no se había defendido las edificaciones de principio del siglo o del siglo anterior. Hermosas casas de antaño fueron derribadas para ser reemplazadas por una nueva edificación. "no nos gusta lo nuestro", pensó, asociando la arquitectura con la situación de los escritores locales. Recordó al anterior propietario. Un hombre de apellido Piquillem, que para él había mantenido toda la vida el aspecto de un abuelo bonachón y confiable.

Al llegar a la siguiente esquina, seguía pendiente de su razonamiento anterior. Miró el edificio en torre, totalmente desocupado, que linda con la Casa de Gobierno.

"Nació con mala suerte", reflexionó, recordando que treinta años atrás una empresa constructora pretendió aplicar un tipo de estructura de avanzada para su realización, consiste en una columna central, sin abollamientos laterales. Al terminar el trabajo de hormigón, la estructura se inclinó. Un erróneo estudio de suelo no había contemplado la posibilidad de hundimiento debido a las características diferentes de los elementos que la constituían, en especial, un residual de arena de las márgenes del Río Seco. A partir de allí se inició un juicio entre el gobierno y la empresa que se extendió por años. Durante ese lapso, quizás dos décadas, la estructura fue bautizada popularmente como "el esqueleto". Independientemente del resultado del pleito, se decidió terminarlo siguiendo la técnica tradicional y poner los departamentos en venta, en pública subasta. La mala suerte seguía instalada en esa esquina, porque no hubo compradores. "¿Te habitará alguien?" se preguntó Juan de Dios, observando las ventanas curvadas y el deterioro sufrido por el paso del tiempo. "Al menos la planta baja sirve para oficinas gubernamentales", justificó, porque según su saber la Dirección de Cultura y el Archivo Histórico funcionaban allí.

Como no se sentía cansado y aún la lluvia no se descargaba continuó caminando hasta el shopping San Luis, un emprendimiento reciente que para algunos ubicaba a la ciudad en la globalización del mundo, tan habituado a los supermercados inmensos, portentosos hipermercados, sofisticados shoppings. A Juan de Dios no le importaban los temas económicos del momento, a lo sumo se entristecía por la desaparición de los negocios familiares, los almacenes de barrios. Había sí algo de ese complejo que lo atraía: las siete salas de cine. San Luis había perdido sus cines tradicionales, dos de ellas ocupadas por salas de juegos. La video grabadora se había impuesto, para desilusión de los cinéfilos. Hasta que se construyó el shopping. Con la larga caminata a Juan de Dios se le abrió el apetito y antes de dirigirse a la zona de los cines almorzó en el "patio de comidas".

Con alegría constató que en una de las salas se exhibía una película del japonés Kitano: *Flores de fuego*. Compró la entrada, subió al primer piso e ingresó en la pequeña sala.

Había leído críticas sobre el filme, que en general lo elogiaban como a una obra de arte. Y lo era, pero de una crudeza difícil de soportar.

Juan de Dios se lamentó por su elección. Entre la relación del personaje central con la esposa enferma de leucemia y el sufrimiento de un policía incapacitado en un enfrentamiento que lo condenaba a una silla de ruedas de por vida. Su ánimo se quebró. Aún en esa situación en que su estado emocional lo hundía en la depresión, haciéndolo revivir luchas dolorosas, se propuso llegar hasta el final. "Puedo sobreponerme, debo ver esta película sin caer en la trampa de las asociaciones. Está bien filmada, los actores son excelentes, los cuadros que pinta el policía incapacitado no sólo son bellos, también poseen la elocuencia de los símbolos perfectos, los silencios de los protagonistas dicen más que mil palabras, el *flash–back* está inteligentemente fragmentado. Es una historia

de vida, pero no es mi historia", reflexionaba, y de esa forma soportó seguir sentado en la butaca hasta la eutanasia amorosa con que concluía.

Salió del shopping sin haber recuperado la alegría. Pretendía compensarse dando valor al esfuerzo realizado para no retirarse de la sala cinematográfica. "Antes me hubiera rajado a los veinte minutos", se decía. Sin embargo, la mancha negra estaba de regreso.

Tomó un taxi para volver al departamento. Había comenzado a oscurecer y según sus cálculos faltaban tres horas para que Ariel se encontrara con él. Pensar en la joven le ayudó a recomponerse. Sólo por el tiempo que duró el viaje, porque al descender del vehículo vio en la puerta del edificio al Rengo.

Estaba apoyado en la pared. Le llamó la atención su vestimenta, más estrafalaria que de costumbre: de traje oscuro, zapatos blancos, camisa roja y un sombrero de color miel inclinado sobre la frente.

–Profe querido, al fin te encuentro –dijo y se acercó para abrazarlo, gesto que inmovilizó a Juan de Dios–. No me digas que no luzco elegante… ¿Dónde te habías metido? ¿No se te ocurrió que podía necesitarte?

–Hola Rengo –respondió.

–Me da la impresión de que no te da gusto verme. Ya no sé que hacer para agradarte. Vengo sólo, dejo los orangutanes en casa, te abrazo, me preocupo si no te encuentro… sos muy consentido o no simpatizás conmigo. De cualquier forma tengo que hablar urgente con vos, así te ves obligado a invitarme a tu departamento y convidarme con una copita.

Juan de Dios abrió la puerta y le hizo lugar para que pasara.

Apenas entraron al departamento, el Rengo se acomodó en un sillón. Le preguntó qué deseaba tomar.

–Vino tinto, profe, aunque te parezca extraño la bebida blanca no es de mi gusto. Si hay que tomar, tomo, pero prefiero un tintillo de media calidad para arriba. Vaya uno a saber porqué, pero tomar vino me hace sentir… como se dice… nacionalista… patriota.

–Por qué no una caña: dicen que es un invento argentino –aconsejó irónicamente Juan de Dios.

–No lo compliques… y traete el vino.

Lo sirvió y se sentó en un sillón más alejado. Sus nervios lo obligaron a justificarse.

–Si a tu pretendida no le gustó mi trabajo, estoy dispuesto a devolver el dinero.

–No, profe no vine a hablar de tus poemas… aunque tenés razón. Para decirlo que se entienda y perdón por el vocabulario: se cagó de risa con tu cuento y tus poemas. Parece, querido Juan, que no sos ninguna luz. Ella te conoce y vos la conocés a ella. Yo no lo sabía…

–Si no me decís de quién hablás…

De la señorita Helena Flores. Nunca sentí que un apellido estuviera tan bien puesto. Es una rosa, un pimpollo.

–¡Helena Flores! –exclamó Juan de Dios tratando de ser convincente en su simulación.

–Coincidís en que es una mujer para tenerla en un pedestal.

–Por supuesto. Es muy bella y seductora –siguió simulando, pero en permanente estado de alerta para saber adónde quería llegar el Rengo.

–La amo… nunca una mina logró ponerme así. Como somos amigos te hago una confesión: si me da bola, me caso.

–Lamento que mi trabajo no te ayudara.

–Pero vos sí podés ayudar.

–No sé de qué forma. La conozco, pero mi confianza no llega para obligarla a un casamiento.

–Qué inocente sos, Juan. El asunto va por otro lado, y yo creo que es un favor posible, que no perjudica a nadie y beneficia a todos.

–Tenés razón… no te entiendo.

–Helena quiere tu cátedra, y yo estoy dispuesto a darle el gusto.

–Estás loco –calificó Juan de Dios sin sentir miedo.

–Escuchá… así comprenderás. Vos tenés una enfermedad terminal, así me lo confesó Helena ¿es cierto?

–Tal vez, nadie asegura que el cáncer no pueda ser curado.

–Bien… supongamos que te sucede como a todos. Sobrevivís cinco o diez años. Siendo generoso, por supuesto. Estoy dispuesto a pagarte el doble de lo que recibís como profesor por un lapso de… digamos… somos amigos… ciento veinte meses. Por anticipado. En efectivo, a cambio de tu renuncia antes del 31 de diciembre. Vos me entregás tu renuncia, y yo la boleta de depósito de la indemnización. ¿Qué te parece? Negocio redondo. Vivís como un rey hasta que se termine el hilo en el carretel. Helena se casa conmigo y tiene su cátedra.

–Te has convencido de que el dinero lo puede todo.

–¿Quién lo duda? Si hasta es posible comprarse un lugarcito en el cielo con alguna limosna importante.

–Tené cuidado porque si el lote lo comprás aquí abajo te podés encontrar con nada arriba.

–No cambiemos de tema, en este caso hablamos de negocios terrenales. A lo mejor, yo no te lo deseo, en seis meses o un año ya no podés asistir a la facultad. Te ofrezco cobrar ahora un dinero que quizás no ganes nunca. Lo hago porque me siento amigo tuyo, y no te voy a mentir, fundamentalmente porque quiero esa mina en mi casa.

–Tené presente que la cátedra lleva mucho tiempo –dijo riendo Juan de Dios, porque por primera vez en su vida no estaba dispuesto a salir disparando–. Es posible que sólo lo veas para la cena.

–Problema mío –contestó el Rengo, que no acertaba entender el estado de tranquilidad de Juan de Dios.

–¿Eso es todo?

–Así de simple, Juan ¿Cuándo me entregás la renuncia?

–No renunciaré. Tu amada tendrá que esperar.

El Rengo se puso de pie con violencia y se acercó a él.

–No entendiste. Vos renunciás o renunciás. La diferencia radica en la forma. Recibís un "toco" de dinero o un tiro en la nuca. Yo no dudaría en elegir. Mirá que si actuara correctamente no te daría la chance. Helena, entre otras cosas, me dijo que sos íntimo del gordito pícaro que me estafó.

–¿De quién?

–Sabés que hablo de Regiano, y mi olfato me cuenta que sabés dónde se escondió. Por eso motivo tenés bien ganado mi odio. Pero Helena me suaviza. Por lo tanto mi cabeza olvida todo si tomás un papel y renuncías.

Juan de Dios fue a golpearlo, pero se contuvo. Si iba a defender algo propio como jamás lo hiciera en su vida, no podía convencer a su oponente por la fuerza.

–De acuerdo, Rengo, sólo te pido que me des tiempo hasta el miércoles… y prometeme que no me molestarás más. Ni por Helena, ni por Regiano.

El Rengo le pasó la mano sobre la cabeza, como si tratara con un niño después de un susto.

–Prometido, Juancito, pero el miércoles a las 20 vengo a buscar la renuncia…no te olvidés que el viernes 31 hay asueto administrativo.–Hizo una pausa y preguntó: –¿No te he asustado? Perdoname, por ahí no me doy cuenta de mis reacciones. Seguimos siendo amigos.

CAPÍTULO XXVII

–Ese hijo de puta no te larga más –dijo Ariel, esa noche después de cenar, cuando Juan de Dios le contó lo sucedido con el Rengo.

–Se me ha prendido como garrapata.

–Después de la renuncia, te exigirá la entrega del Gordo, y cuando haya obtenido lo que desea, te sumergirá en el Dique Chico.

–Trataremos de que no sea así.

–¿Trataremos?... Me ponés contenta porque supongo que el plural lo usás por mí.

–No estás obligada.

–Pienso distinto. Lo siento como un deber y una revancha. Siempre te lo dije: alguien le debe poner freno. Alguien que tenga las pelotas bien puestas y se anime a marcarle una raya, alguien que le grite: hasta acá llegás.

–Podemos ser nosotros. Estuve planeando en qué forma podemos detenerlo.

–Te escucho.

–Es peligroso, pero no se me ocurrió otra cosa. El miércoles él vendrá a buscar mi renuncia. Ha tomado tanta confianza en mi cobardía que se mueve solo, sin sus guardaespaldas. También es posible que actúe así porque le da vergüenza que señores matones se enteren de su enamoramiento. Sea por una u otra causa, el hecho de que venga sin custodia nos beneficia. –Hizo una pausa y continuó: –Siempre me exige que le sirva algo de tomar y bebe dos o tres vasos de una sentada. Me pregunto si será muy resistente a los hipnóticos.

–¿Lo pensás drogar?

–Ésa es la idea. Tengo unas pastillas que te hacen caer en un sueño profundo. Es una sensación fea, porque te dormís de golpe, como si te dieran anestesia. En mi caso, tomo un tercio de una pastilla. Se me ocurrió que si consigo una jeringa con una aguja gruesa podría meter dentro de una botella, a través del corcho, dos o tres pastillas disueltas. Una vez que duerma como un tronco, lo cargamos en el Citroën y lo llevamos a La Carolina.

–¿Qué ganamos con eso?

–Que no se sienta invulnerable. Allá presionándolo un poco, lo obligamos a confesar por escrito el crimen del escribano, ofreciéndole mantener su confesión en secreto a cambio de que no nos moleste más.

–Pretendés transformarte en un torturador.

–No tengo otro remedio, pero estoy dispuesto a aceptar cualquier idea mejor

–¿Y cómo lo presionaríamos? ¿Quién se encargará de golpearlo? ¿Creés realmente que el Rengo se quebrará porque le demos una golpiza?

–Pienso que no. Debemos asustarlo con algo más contundente que una trompada. ¿Cómo reaccionará si lo metemos en una habitación con los reptiles de Oscar?

–Pero… no puedo creer lo que escucho.

–La gente, por lo general, no se siente bien con las víboras y las arañas. Si el Rengo

es la excepción, estamos listos. Cuando lo larguemos nos cortará en pedacitos.

–Te desconozco.

–Es extraño, porque vos has tenido mucho que ver con mi cambio.

–¿En serio? –preguntó Ariel acercándose seductoramente–. ¿Qué he hecho para ayudar a tu metamorfosis?

–Mostrarte… y hacerme tomar una posición ante la vida. No estoy dispuesto a perder mi cátedra, tampoco quiero que destroce a Regiano; pero sobre todas las cosas deseo sentirme una persona que defiende lo suyo.

Con las últimas palabras de Juan de Dios, comenzó a llover. Él dijo, al escuchar el sonido de la lluvia, que el cielo se había tomado su tiempo, porque desde el mediodía amenazaba con un diluvio; y agregó que a veces es mejor reaccionar tarde que nunca.

–¿Me acompañás al dormitorio? –pidió Ariel.

–En las viejas películas, después de una propuesta así, el director se las ingeniaba para cortar la escena no bien los personajes cerraban la puerta.

–Que corte…total nosotros ya estamos adentro y la escena continúa.

Al día siguiente Juan de Dios se encargó de comprar jeringa y agujas apropiadas. También probó si la pastilla adulteraba el gusto o el olor del vino, experimento que realizó mojándose los labios y oliendo repetidas veces un vaso con vino donde había disuelto dos pastillas. Al comprobar que no percibía variación alguna, se felicitó con una frase: "El plan marcha".

La noche del martes Ariel lo invitó a probar suerte en el casino.

–Lo dicho: Regiano te contagió.

Fueron al Golden Palace, uno de los casinos que ocupa un edificio que tiempo atrás sirviera como sala cinematográfica.

Jugaron en el tragamonedas con fichas de veinticinco centavos. Al terminar habían ganado veinte pesos, hecho que Ariel supuso de buen augurio para la tarea que se disponían a realizar.

–No pude arreglar con el gerente –dijo la joven cuando regresaban al departamento–, me van a suspender si vuelvo a faltar.

–Lo lamento… pero el plan incluye al "mimoso" y su conductora.

–No me importa. Aun si me despidieran te acompañaría lo mismo.

Y el miércoles llegó, así como la hora del encuentro. El Rengo fue puntual. El hipnótico, eficiente.

Con el Rengo atado, profundamente dormido, se les planteó el primer problema. ¿Cómo sacarlo sin ser vistos?

Debieron esperar hasta la medianoche. Sólo entonces, sosteniéndolo entre los dos, lo llevaron al ascensor. En planta baja recorrieron el hall de entrada con gran dificultad, porque el Rengo pesaba demasiado y se les escapaba de las manos. Con tanto o mayor esfuerzo lo cargaron en el asiento trasero.

–Ya está –dijo Juan de Dios.

–Recién empezamos –replicó Ariel.

CAPÍTULO XXVIII

El Rengo durmió durante todo el viaje. Al estacionar el vehículo frente a la hostería, Juan de Dios dijo:

–Tendrás que buscar a Oscar con los caballos para cargarlo hasta el rancho.

–¿Por qué no vas vos? –preguntó Ariel–. Falta bastante para que amanezca y tengo miedo a perderme.

–Prefiero quedarme acá por si el Rengo despierta. Por más maniatado que esté, no quiero arriesgarte. No te apartes del río y llegarás.

–A ponerse en marcha, entonces –se resignó Ariel.

–Hablá con Regiano primero, explicale la situación. Él se encargará de convencer a Oscar.

–Chau… y espero que el lobo no despierte –saludó Ariel.

–Esperá.

–¿Qué?

–Te quiero mucho. Necesito que lo sepas. Me hiciste renacer. Te agradezco lo que has hecho por mí.

–El agradecimiento suele parecerse mucho al amor… espero que no mezclés una cosa con otra.

–Yo sólo intento trasmitirte que te necesito a mi lado, aprender de vos, ponerte sobre un pedestal y también en la cama, mido cada minuto que estás ausente, sueño que juntos podemos luchar contra las adversidades, que tu mirada me tranquiliza y excita, que no me importa si soy cursi al decir estas cosas, que a tu lado cualquier enfermedad se aplaca, que puedo enfrentar el fin si siento tu mano en la mía…

–Es todo un discurso… no se podría sintetizar con un beso –interrumpió Ariel, acercándose.

Se besaron con suavidad, apenas rozándose los labios, y la joven, acercándose a su oído, lo acarició con su tono de voz:

–Te quiero… mi tonto profesor de letras.

Cuando Ariel se alejaba del automóvil escuchó que Juan de Dios le decía: "no te demorés, cuidate".

Miró al Rengo. Debía soñar, porque cada tanto decía palabras incomprensibles y se estremecía.

Juan de Dios abandonó el Citröen y se sentó sobre una piedra. A lo lejos el cielo era rayado por descargas eléctricas.

Mientras dibujaba con una rama en el suelo, pensó en el problema que enfrentaban: "En flor de lío nos hemos metido. Nada nos asegura que el Rengo firme la confesión. Y si la firma, no nos garantiza que cuando lo liberemos se mantenga hecho un cordero, pero qué otra cosa se puede hacer. No somos asesinos sólo la desaparición definitiva

de este tipo terminaría con nuestros problemas. Ésa es la ventaja de los malos. Usan remedios contundentes. Muerto el perro, se acabó la rabia. Los buenos no se animan. En realidad la diferencia no es entre buenos y malos. Los seres humanos no se dividen así. Los hombres son malos o malos a medias. A estos últimos les falta decisión para enfrentar a los primeros. Si me escuchara alguien diría que soy un pesimista. Que me he detenido en la doctrina de los filósofos del siglo XVIII. Sólo me falta agregar que el hombre nace bueno y la sociedad lo pervierte. De ahí, estaré a un paso de escribir un nuevo *Contrato Social*, total, a esta altura, quién recuerda a Jaques Rousseau. Como decía el viejo Tolstoi: si los buenos se unieran como los malos el mundo sería diferente. Sólo se equivocó en la clasificación. Porque con aureola de santo hay pocos. Tan pocos que resulta un despilfarro hacer una estadística para establecer un porcentaje… El cáncer me tomó el cerebro… en qué boludeces estoy pensando".

Ariel caminaba sin apartarse del río, hecho que la obligaba a ascender y descender las formaciones rocosas que le servían de margen. Se resbalaba y tropezaba, en algunas oportunidades no mantenía el equilibrio y caía. Aunque no podía ver su cuerpo, estaba segura de que tenía más de un raspón y algunos moretones. Por su falta de costumbre de caminar en ese tipo de terreno, respiraba con dificultad, y pese al clima fresco, transpiraba sin cesar.

Con gran esfuerzo llegó.

El rancho estaba a oscuras. Ariel pensó que su inesperada llegada asustaría a Regiano. Más le preocupaba tropezar en la oscuridad con las cajas de Oscar. Se preguntaba si en ausencia de Juan de Dios y ella, Oscar no dejaba en libertad a los reptiles. Para tranquilizarse se dijo que había recorrido tres kilómetros sin ser picada por una víbora o una araña. Aun con esa idea, decidió abrir la puerta de entrada y llamar a Regiano sin ingresar a la vivienda.

–¿Quién es? –preguntó el Gordo desde una habitación.

–Yo, Ariel.

–¿Qué pasó?

–Ahora te explico… por favor prendé un farol. Quiero ver por donde camino.

Momentos después, con un farol en la mano, apareció Regiano, seguido por Oscar.

–¿Pasó algo? –insistió.

–Tenemos al Rengo en la hostería.

–Me estás jodiendo.

–Es verdad… mejor te explico desde el principio.

–Esperá que me vista.

Cuando Regiano ingresó al dormitorio, Ariel, sin proponérselo, alcanzó a ver que las camas estaban juntas, ocupando el centro de la habitación. Fue un instante, porque Oscar cerró la puerta y la oscuridad volvió a rodearla. Esperó sin moverse. Por fin los dos volvieron al comedor y encendieron el resto de los faroles.

Ariel contó con todo detalle lo sucedido en los días anteriores y el plan de Juan de Dios. Al terminar, Regiano dijo: "Así que también se metió con Juan. Ese tipo es una basura". Luego, mirando a Oscar agregó: "Vamos a buscarlos".

Regresaron al rancho cuando el sol había avanzado sobre las montañas. Les llevó mucho tiempo asegurar al Rengo sobre la montura, porque seguía dormido. Recién comenzó a recobrar la conciencia cuando lo colocaron en una cama y le ataron las manos en el respaldar, tarea que realizó Oscar por su habilidad en hacer nudos. Además, y para asegurarse que no se soltaría, le ataron los pies.

El Rengo decía incoherencias, no lograba mantener la mirada ni alzar la cabeza. Cada tanto se le cerraban los párpados y volvía a dormirse, para despertarse en pocos minutos, sobresaltado y transpirando.

Reunidos en el comedor, Juan de Dios dijo que esperaba no haberse excedido en la dosis.

–Opino que nos evitaría muchos problemas si le diera un ataque y se fuera a joder a los espíritus –contestó el Gordo.

–No es nuestra intensión matarlo–intervino Ariel.

–Por supuesto que no, pero cada uno de nosotros se sentiría mejor si pasara para el otro lado –replicó Regiano, agregando –:Allá hay muchos esperando para tomarse venganza… incluido el escribano.

–Contamos con tu reserva, Oscar.

–No lo entiendo, Juan.

–Que no te acordés de esto con persona alguna…

–Oscar no dirá nada… lo garantizo –interrumpió Regiano.

–No diré nada, pueden estar tranquilos… además, yo opino como él, ese hombre debería estar muerto–dijo el joven, indicando al Rengo.

–No somos dueños de quitarle la vida a nadie.

–Puede tener razón, Juan, pero un animal cebado no tiene arreglo.

–El Rengo no es un animal.

–Con la gente pasa lo mismo… pero no es asunto mío.

–Así es, sólo queremos tu silencio.

–Cuente con él, patrón –contestó Oscar usando un tono especial al decir patrón, como si en ese momento elevara una barrera ante el profesor.

–El objetivo es asustarlo para que firme una confesión –intervino Ariel, diciendo algo que todos sabían, con la única finalidad de que a Juan no se le ocurriera recriminarlo.

–Mañana es fin de milenio. ¿Qué les parece? Somos escasos siete millones de tipos los privilegiados que asistiremos a las exequias del segundo milenio y al nacimiento del tercero. En mi caso, creí que no llegaría, pero aquí estoy: a día y medio de ser protagonista–dijo Regiano para cambiar de tema y minimizar la situación que se había planteado entre el profesor y Oscar.

–Coincido… yo tampoco tenía fe en llegar. Aunque las fechas del calendario gregoriano no me emocionan –argumentó el profesor olvidando el incidente.

–¿Unos mates? –preguntó Oscar.

–Agradecida, pero prefiero darme un chapuzón en el río así me despejo un poco.

–Te acompaño –adhirió Juan de Dios.

–Vayan tranquilos, nosotros nos quedamos cuidando al Rengo y prepararemos algo de comer.

El agua no había calentado lo suficiente, y quizás permaneciera fría el resto del día, porque el cielo parcialmente nublado ocultaba el sol cada tanto. La insistencia de Ariel logró que su compañero accediera a meterse en el río. Para entrar en calor se movían permanentemente, inclusive luchaban tratando de sumergir el uno al otro.

Al salir, se recostaron en la arena.

–¿Estás seguro de que algún día este lugar encantado se poblará? –preguntó Ariel.

–Vendrán infinidades de turistas y los provincianos llenarán el paisaje de casas.

–Qué lamentable… en la misma situación se encontrarán otros sitios del planeta. En algún momento no quedará espacio virginal. Espero que cuando eso suceda no me encuentre en el mundo.

–Me hacés recordar una vieja película que protagonizó un actor con cara de bulldog, creo que se trataba de Eduard Robinson. Sucede en el futuro. En esa época la sociedad había fijado un tiempo máximo de vida. Cumplido dicho lapso, se debía concurrir a un edificio gigantesco para morir. Antes de recibir a la muerte, se podía pedir un último deseo. El protagonista solicitaba ver cómo era la tierra en el siglo XX. Lo llevaban a una gran habitación, con pantalla de trescientos sesenta grados, tridimensional, sonido estereofónico y presencial. Lo acostaban en una camilla y le proyectaban una película con imágenes de selvas, animales salvajes, flores exóticas, arroyos de agua transparente… en fin… el paraíso, y a Robinson se le resbalaban las lágrimas por las mejillas ante ese mundo que la civilización había hecho desaparecer. Es lamentable, pero la presencia del hombre destruye la pureza de la naturaleza. Es nuestro destino y no podemos escapar de él.

–Sos un maldito pesimista.

–Realista, querrás decir. En las guerras del siglo XX han muerto más personas que en la suma de todas las contiendas de la historia. En el mismo siglo XX se han exterminado más especies que en los últimos cien mil años.

–¿Sabés? Si yo estuviera segura como vos del rumbo que lleva la humanidad, partiría.

–Si te da el cuero…

–Hoy vi algo extraño cuando llegué al rancho… a lo mejor imagino… o vos me influís con tus preguntas… Oscar y Regiano habían juntado sus camas.

–¿Lo decís en serio o es otra de tus bromas… como lo de ser travesti?

–A lo mejor vi mal, ya te lo dije, o tal vez el Gordo necesita de dos camas para dormir.

–Es posible.

–Te lo conté por tus preguntas sobre su sexualidad, porque a mí me tiene sin cuidado. La vida privada de los demás no existe, y para los otros, la mía tampoco.

–Sin embargo te interesaste por esa jovencita violada por alemanes diabólicos.

–Confundís las cosas. La vida privada no tiene nada que ver con la agresión. Me preocupo y mucho, cuando un tercero te invade, te lastima, te manosea. ¿entedés cual es la diferencia?

–Por tu forma de reaccionar diría que has vivido experiencias de esas características. ¿Me equivoco?

–Tal vez no… pero no quiero hablar de eso ahora. Además, ya es hora de ir a comer.

Almorzaron. A medias, porque el Rengo comenzó a gritar con toda las fuerzas de sus pulmones.

–Yo voy –dijo Juan de Dios.

Cuando ingresó a la habitación, el Rengo al verlo se sorprendió y dejo de gritar.

–¿Qué hago aquí? –preguntó al superar la sorpresa.

–Te he secuestrado –se limitó a responder Juan de Dios mientras se sentaba en el borde de la cama.

–¿Dónde estamos?

–En un lugar lejos de San Luis, deshabitado, pero te advierto nadie que no sea yo y mis amigos escucharán tus alaridos, a nosotros nos molesta. Por lo tanto, si seguís gritando por lo tanto me obligarás a amordazarte. Pensálo. Por ahora sólo estás atado como un salame, y en mi opinión tener la boca libre es un privilegio.

–¿Vos me secuestraste?... Me estás jodiendo. Un tipo con tu carácter no secuestra ni a un paralítico.

–Las apariencias engañan, dicho que conviene tener en cuenta.

–Ya sé… le echaste algo al vino

–Acertaste, pero como somos amigos, según tus dichos, me cuide de que la droga no te matara.

–Estás rematadamente loco. Soltame de una vez y hacemos como si esto nunca ocurrió, que fue una broma.

–Te conviene meterte en la cabeza que no fue una broma.

–¿Tenés idea a quién te enfrentás?

–Por supuesto. Con un tipo atado a la cama imposibilitado de hacer nada, totalmente vulnerable… ¿me equivoqué en algo?

–No estaré atado siempre. Cuando me dejes en libertad puedo hacer albóndigas con vos y tus amigos.

–Tu error es suponer que te liberaremos

–¿Quiénes te acompañan en este suicidio?

–Te los presento en un momento –dijo Juan de Dios y los llamó–: Pueden venir.

Ariel fue la primera en entrar.

–¡La "Cajerita"!, debí imaginarlo –exclamó el Rengo.

Lo seguía Regiano.

–También el gordito estafador.

Cerraba el grupo Oscar.

–A este negro no lo conozco.

–Mal hecho. Si lo conocieras quizás tendría piedad.

–¿No hay nadie más? Sólo ustedes cuatro. Insisto: esto es una joda. Cuatro imbéciles pretenden asustarme. Yo no sería el Rengo si temblara delante de ustedes. ¿Qué pensás hacer Cajerita, cosquillas en los pies?

–¿Y vos Gordo?... ya lo sé, te comerás un guiso de porotos y me asfixiarás con gases. Queda mi amigo el profesor… déjenme pensar… lo tengo: me leerá una y otra vez sus poemas hasta que yo enloquezca y muera.

–Te falta Oscar –dijo Regiano con una sonrisa.

–Vamos… ese negrito lo único que puede tener olor a bosta de vaca y a peperina… ¿Hay peperina en este lugar?

–En este caso te equivocaste. Por favor, Oscar, porque no le mostrás al señor que abundan por aquí.

–¿Cómo? –preguntó el joven.

–Las Cajas… traé las cajas que nos entretienen.

Cuando Regiano tuvo las cajas a su lado metió la mano en una de ellas y sacó una serpiente que se enroscó con rapidez en su brazo. El Rengo, al ver lo que sucedía, quedó mudo, con los ojos desorbitados.

Regiano se acercó a él, que intentó apartarse, pero las ataduras se lo impidieron.

–Mirá qué hermoso ejemplar. Se da mucho por estos lados. ¿Has visto de cerca sus ojos? –preguntó Regiano aproximando su brazo a la cara del Rengo.

–Sacá ese bicho de mi lado –gritó.

–Si los sabés tratar, son fieles y cariñosos. Qué extraño… un hombre como vos, que trata con gente peligrosa, no haya aprendido a querer a las víboras.

–Está bien, Regiano. Suficiente. Quisiera que me dejaran solo con nuestro amigo. Creo que ahora, conociendo su situación, podemos hablar con sensatez. Terminen de almorzar, enseguida estoy con ustedes.

–¿Qué quieren de mí? –preguntó el Rengo cuando los demás salieron de la habitación.

–Una confesión.

–¿Sobre qué?

–Necesitamos, para nuestra seguridad, que escribas en un papel, que sos el autor del asesinato del escribano. Que además reconozcas haberme amenazado con matarme si no dejo la cátedra. Hay más: reconocer tu intención de acabar con Regiano apenas lo ubicaras. Y lo más importante: una lista de las personas que te usan como testaferro para prestar dinero. Si se me ocurre otra cosa te la diré.

–Ni borracho hago una cosa así, en especial, denunciar a quienes ponen la guita que manejo. Sería como asegurarme la muerte.

–Nosotros te prometemos no hacer uso de la confesión. La depositaremos en un lugar seguro con la pertinente autorización de darla a conocer si se te ocurre tomar represarias. De esa forma todos en paz.

–No lo haré, pedazo de imbécil.

–Es tu decisión. Si no firmás morís acá.

–¿Puedo saber quién es el valiente que me matará?

–Creí que habías entendido. Ninguno de nosotros lo hará. Las víboras son nuestros asesinos por encargo. Cuando te encuentren si es que te encuentran, el dictamen del forense dirá que la muerte se produjo por la picadura de una yarará.

–Te olvidás de algo importante. Mis orangutanes sabían que yo iba a tu departamento.

–Tus orangutanes sin vos no harán nada. En el supuesto que contarán sobre la visita, yo no lo negaré, pero, ¿pensás que alguien supondrá que este profesor pudo hacerte daño? Mi mejor coartada es la personalidad que tengo. Un timorato como yo no puede asesinar a un mafioso. ¿Te olvidás que yo te hice un trabajo? Tu inconquistable Helena Flores afirmará que así fue… fuiste al departamento a quejarte, porque mis versos no le gustaron, y después te fuiste. A quién se le puede ocurrir que yo te hice algo si vos todavía dudabas que voy a matarte si no me entregas la confección… Pero ya hemos hablado demasiado, voy a terminar mi comida.

–Tengo ganas de orinar –dijo el Rengo. –Llévame al baño.

–No serán días cómodos. Te ayudaremos para que hagas tus necesidades pero sin soltar ni una sola cuerda… esperá un segundo.

Juan de Dios regresó con una cacerola, y luego, de bajarle el pantalón, la colocó a la altura del pene.

–Dale, oriná.

El Rengo hizo un esfuerzo que se le notó en la cara.

–¿Problemas de próstata? –preguntó Juan de Dios, sonriente.

–¿Y si quiero cagar? –dijo.

–La misma cacerola… La parte fea de este asunto te podes imaginar, aunque nos una la amistad, no es grato compartir tus olores… ¿terminaste?

Salió fuera del rancho para arrojar el contenido. Al volver le dijo al Rengo que tuviera paciencia con la comida "después te vamos a alimentar".

Se reunió con los compañeros en el comedor.

–Me desconozco. Hablo como un maleante. Sé que estoy actuando para impresionar al Rengo, pero no necesito exigirme mucho. Me preguntó si mi verdadera personalidad no es ésta.

—Vamos, Juan nadie le quiere hacer daño a ese tipo. Tratamos de asegurarnos que nos deje en paz –dijo Ariel.

–Tenés razón, pero al verlo allí, indefenso, siento instintivamente, un gran poder. Mientras le hablaba recordaba el miedo que me infundía y pensaba lo fácil que me resultaría ahora acabar con él. Ese pensamiento no hacía aparecer ninguna reprobación moral, al contrario: me sentía invulnerable, poderoso, impune. Se dice que entre un torturador y su víctima se crea una simbiosis. ¿Me habrá transmitido el Rengo su prepotencia e inmoralidad?

–¿Por qué no te dejás de divagar?

–El Rengo es un tipo repugnate, y no des más vueltas –intervino Regiano.

–En mi caso sólo puedo culparlo por su interés de robarme la cátedra, aclarando a su favor que me ofrecía una compensación, extraordinaria. ¿Cómo se podría tipificar su conducta? ¿Extorsión? Necesitamos la ayuda de un abogado –finalizó Juan de Dios, sonriente.

–Ya somos demasiados –dijo con malhumor Regiano.

–Tu caso es aún más complicado. Vos lo estafaste.

–Y él pretende matarme. No hay diferencia, como afirman vos y Ariel.

–La hay, pero a mí me importa tener en claro nuestra actuación. No estamos haciendo las cosas como corresponde. Y vuelvo a pensar, y digo: "Apenas somos menos malos. Unos grados más abajo. No sé cuánto", y el tema sin respuesta me molesta.

–Te recuerdo que el plan de traerlo fue tuyo, por si los has olvidado–apuntó Regiano con ironía.

–Es cierto. Por esa razón mi diferencia con él se achica. ¿Por qué se me ocurrió?, me pregunto. Y la respuesta no es difícil de sacar a flote. Porque quería tomar algo mío para entregárselo a una solterona de mierda. Sabía que si no me defendía él lograría su objetivo.

–Mirá qué bien… en mi caso ha decidido quitarme la vida. ¿No es una buena causa para defenderse?

–Lo es, pero teníamos otras opciones, Gordo.

–Podés decírmelas.

–Denunciarlo es la primera vez que se me ocurre.

–¿A la policía? No estás hablando en serio. El Rengo no se detiene con una denuncia policial.

–Muchachos… Oscar y yo nos hemos aburrido de escucharlos. Además, no dormí nada anoche y quiero descansar. Dormiré una siesta de diez horas. ¿Quién se encarga de darle la comida? –preguntó Ariel.

–Vos y Juan vayan a dormir. Nosotros nos ocuparemos.

La pareja se acostó. Ariel se durmió de inmediato. Juan de Dios tardó más tiempo porque no lograba justificar su proceder, pero el cansancio logró doblegarlo.

…Y estaba al lado del muro que se extendía hasta el cielo. Un barco lo esperaba en la costa. Con sólo pensarlo, en el sueño, subía a cubierta. Superar el muro fue dificultoso. Había viento de proa y el motor se paraba a cada instante, con lo que perdía los metros ganados. "No voy a llegar", pensó. Y ese pensamiento lo puso en la playa del territorio de la gran ciudad con un barrio residencial en la parte más alta. El hombre que siempre lo recibía se encontraba frente a un edificio, aunque éste no se parecía al soñado con anterioridad, porque tenía el aspecto de una terminal de trenes ruinosa. Con las paredes manchadas de negro, las chapas del techo sueltas y rotas, charcos de agua en el suelo de granito, trizado o levantado.

–El negocio no marcha –le dijo al hombre, que vestía bombachas y chaleco, con los brazos musculosos al desnudo, como desnuda estaba su cabeza porque se había rapado hasta simular una calvicie de años.

Juan de Dios asoció su figura con un jefe otomano, pero se dijo que él nunca había visto a un otomano. "A lo mejor es el genio de la lámpara maravillosa y viene a otorgarme tres deseos" –pensó en el sueño.

–¿No marcha? –preguntó.

–Y no caminará más ¿No ves la destrucción? Todo por culpa del pantano. ¿De dónde viene que no sabe nada?

Juan de Dios estuvo a punto de responderle que venía del otro lado del muro, pero se contuvo porque sospechó que podía ser echado del lugar.

–Claro… el pantano –dijo, y aclaró –: todos hablan de él, pero yo no lo he visto.

–Si está acá, a dos cuadras. Los trenes no pueden pasar. La gente de la colina ha quedado encerrada.

–Yo voy para allá.

–No le creo… nadie puede pasar el pantano. Siga su camino. No tengo humor para chistes de tan mal gusto.

Juan de Dios aparecía en el boulevard. "Este boulevard no me lleva a la lomada. Ha sido mi equivocación en los intentos anteriores. Debo salir", pensaba en el sueño, y en el boulevard perdía presencia: los árboles se limaban, las cosas se derretían formando rastros desfigurados por el miedo y el dolor; las flores caían al suelo convertidas en gotas de color y al tocar la superficie producían un chispazo, para desaparecer después; las personas que venían en sentido contrario no advertían lo que sucedía y seguían caminando despreocupadamente.

El boulevard desapareció, y Juan de Dios se encontró en un desierto, donde la arena quemaba y una muchedumbre de hombres y mujeres de todas las edades, sentados uno al lado de otro, contemplaban un inmenso pantano que precedía a la lomada donde se erigía el barrio residencial.

Juan de Dios, en el sueño, alegre por encontrar el camino, observaba las aún

lejanas casas y se decía que más bien eran mansiones o tal vez castillos. Se preguntaba quién habitaba allí, y pensaba: "Yo tengo derecho. Llegaré. Y seré uno más en este lugar de ensueño". Se abría paso hasta el pantano, y al llegar advertía que se trataba de una mancha negra. "Alguien manchó el desierto para simular un pantano infranqueable. Le demostraré a esta pobre gente que es un ardid, un truco para que desistan".

Mirando a la muchedumbre, gritaba: "no tengo miedo, es sólo una mancha sobre el suelo firme. Acompáñame que se los demostraré", e ingresaba en la mancha, caminando con seguridad. Dos pasos, diez, veinte, se volvía para comprobar si era acompañado por el resto. Nadie lo seguía. "¡Vamos!", exigía. Una joven se apartaba del grupo. Era Ariel. "Voy con vos", le decía al borde de la mancha. "Demuéstrales que tengo razón", contestaba él. Ariel daba dos pasos, cuatro, seis y comenzaba a hundirse. "¡Me traga, me come!", gritaba. "No puede ser, negaba Juan de Dios en el sueño y corría hacia ella. Al alcanzarla, la mancha negra la cubría hasta el cuello. La tomó de la cabeza para arrebatarla de la muerte, pero se resbaló entre sus manos y desapareció. Él intentaba hundir las manos pero sus dedos chocaban contra el suelo sólido."¡Es sólo una mancha!", gritó ante la impotencia de recuperar a Ariel.

Al gritar, volaba sin proponérselo. Tan alto que superaba el muro que separaba ambos territorios, y de pronto se veía en la playa, frente al bote que esperaba. "Estoy soñando", descubría en el sueño, y todas las imágenes desaparecían.

Dormía profundamente.

CAPÍTULO XXIX

Regiano se quedó haciendo sobremesa con Oscar. El Gordo trataba de explicarle de la manera más simple cómo se había desarrollado la ciudad de San Luis en los últimos veinte años. Le resultaba por demás difícil que entendiera los beneficios de la promoción industrial. A partir de que era un impuesto y de las ventajas de diferirlo o no pagarlo.

–Mirá, Oscar, –dijo, agotado, mejor arreglemos un poco este bochinche. Tratemos de no hacer ruido, nuestros amigos tienen derecho a una siestita tranquila.

Como si lo hubiera escuchado, el Rengo gritó desde el dormitorio.

–¡Tengo hambre!

–Regiano cargó comida en un plato y tomó cubiertos y servilletas antes de dirigirse al dormitorio.

–Dale, Gordo, que el estómago me silba.

–Vamos a aplacar ese apetito –contestó Regiano, sentándose a su lado.

Cortó la carne y pisó la papa, la batata y el zapallo. Comenzó a alimentarlo. Como había llevado cuchillo y tenedor, no lograba impedir que parte de la comida cayera en el trayecto hacia la boca del Rengo.

Le pidió a Oscar que le alcanzara una cuchara para facilitar la tarea.

–Me terminaré ahogando si no me das algo para tomar.

–Por favor, traé un vaso con vino –pidió Regiano al joven.

El Rengo, al terminar, lanzó un fuerte eructo y dijo: "no son tan malos cocineros". Después, bajando el tono de voz, agregó:

–Quisiera hablar a solas, decile al negro que se vaya.

–El señor quiere que nos dejes solos –dijo Regiano a Oscar–. ¿Podrías terminar de arreglar la cocina?, lo escucho y en minutos te ayudo.

Oscar salió de la habitación.

–¿De dónde sacaron ese ente? Podrían haber elegido un cómplice con más luces.

–Sos rápido para juzgar. Oscar no es lerdo, se mueve muy bien en su mundo, respeta y se hace respetar… pero supongo que el tema es otro.

–Ni más ni menos. Deseo hacer un trato. Un trato muy conveniente para vos.

–Nunca se debe despreciar la posibilidad de una mejora.

–Te propongo olvidar la deuda que tenés conmigo y arreglar tu problema con los bancos si me soltás. Yo me encargo del resto.

–Yo te suelto y retomo mi vida como era antes.

–Así de simple. Con vos perdí y me las aguanto. Un mal negocio compensado por la buena voluntad de dejarme en libertad.

–Lo que no alcanzo a comprender qué significa "el resto".

–De acuerdo… seré sincero aunque te espante. Odio al profesorcito y a la cajerita.

Libre, no me llevará más de un suspiro acabar con los dos.

–Comprendo… ¿y qué hacemos con Oscar?

–Le rebano el pescuezo. Ese imbécil me tiene sin cuidado.

–Por lo tanto seremos cómplices de tres homicidios.

–Si alguien se entera, cosa que no va a ocurrir. Mis amigos harán desaparecer los cuerpos apenas los llame.

–Bien… pero me queda una duda: qué garantía tengo de no correr la misma suerte.

–En el hampa hay códigos. Vos me das una mano y yo te la devuelvo. Cómo se te ocurre que mataré a quien me ha salvado la vida.

–Es una cuestión de confianza.

–Vas entendiendo.

–Yo te suelto. Vos te encargas de los tres. Resultado: recupero mi vida anterior, vos continuás con la tuya, Helena Flores se adueña de la cátedra de Juan de Dios, y tu gente se encarga de que nadie nos descubra…

–Bien, Gordo, sos inteligente, por eso conseguiste estafarme.

–Dejame pensarlo.

–No tardés demasiado… la sorpresa es un elemento fundamental.

Regiano fue hasta la cocina. Oscar, lo esperaba de pie; sobre la mesa había apoyado la caja que contenía los reptiles.

–¿Escuchaste? –preguntó.

–Sí, Gordo.

–¿Ariel y Juan de Dios duermen?

–Cómo troncos.

–¿Qué pensás?

–Un animal cebado no se recupera.

–Vamos.

Regresaron a la habitación donde estaba el Rengo. Cerraron la puerta y se acercaron a la cama. Oscar sacó un pañuelo del bolsillo y con rapidez lo introdujo en la boca del secuestrado, que intentó escupirlo sin resultado.

–Lo pensé –dijo Regiano. –No nos conviene el trato.

El Rengo se movía incesantemente en la cama; por las arcadas que le producía el pañuelo, se le agrandaban los ojos y transpiraba.

–No tenemos otra solución –continuó Regiano y dio vuelta la caja sobre el vientre del Rengo. Las víboras fueron sorprendidas por el movimiento del hombre. Asustadas, reaccionaron naturalmente.

–Vamos –pidió Regiano desviando la mirada para no ver la escena.

Cerraron la puerta y fueron a sentarse cerca del río. Allí permanecieron en silencio, sin moverse, por un largo tiempo.

–Asesiné a un hombre –dijo, como si necesitara ratificar lo hecho.

–Gordo… lo hicimos juntos.

–No, Oscar, esto te vino de arriba. Te llevó la corriente.

–Él estaba dispuesto a matarnos.

–Pero fui yo quién lo mató. Espero que con el tiempo logre convencerme de que hice lo correcto.

–Lo hicimos.

–¿En qué tiempo actúa el veneno? –preguntó Regiano.

–No te entiendo.

–¿Ya está muerto?

–Es posible. Recibió muchas picaduras.

–¿Dónde lo enterraremos?

–En una quebrada cerca de mi rancho. Es posible que lo encuentren.

–Mañana me voy, Oscar.

–Tarde o temprano pasaría.

–Te extrañaré… pero es difícil que vuelva a verte.

–Los recuerdos ayudan.

–Sí… y entristecen.

Siguieron en el mismo lugar hasta que pasó una hora más.

–Vamos a cargarlo –dijo Regiano. Se pusieron de pie y regresaron al rancho.

Oscar guardó los reptiles en la caja. Regiano desató el cuerpo del Rengo. Entre los dos lo cargaron hasta el exterior. El joven fue en busca de los caballos. Ensilló. Con las mismas cuerdas que usaron para atar al Rengo en la cama, lo aseguraron sobre la montura.

–Quizás algún día nos encontraremos –dijo Regiano, y Oscar por toda respuesta le dio un abrazo.

Luego, subió al caballo, y sin volverse se dirigió a la montaña.

Regiano, cuando lo perdió de vista, sacó una silla y se sentó mirando en dirección de los grandes cerros a esperar a que Juan de Dios y Ariel se levantaran, hecho que sucedió al atardecer.

–Creímos que nos habían dejado solos –protestó Ariel cuando descubrió a Regiano en la puerta del rancho–. ¿Y Oscar?

–Se fue.

–¿Cómo que se fue?... ¿Se asustó?... Espero que no se le ocurra denunciarnos –dijo Juan de Dios.

–No creo que lo haga.

–Alabo tu seguridad… de cualquier manera seguimos con nuestro plan. Vamos a apretar un poco al Rengo.

–Lo matamos.

Ariel y Juan de Dios miraron al Gordo tratando de descubrir si hablaba en serio.

–Oscar cargó su cuerpo para enterrarlo en la montaña.

Juan de Dios corrió hasta la habitación que había ocupado el Rengo. Abrió la puerta, para cerrarla después regresando junto Ariel con un gesto de desazón que obviaba cualquier pregunta.

–No era nuestra intención matarlo –dijo, y su cuerpo se estremeció.

–Lo sé. Yo lo asesiné. Yo soy el culpable. Si se descubre lo sucedido, asumiré la responsabilidad del hecho.

–No me interesa un carajo tu responsabilidad… se trataba de un ser humano. No hay razón que justifique un asesinato…

–Gordo… cómo pudiste… no entiendo. –Ariel trató de armar una frase, pero el llanto le ahogaba la garganta.

Regiano se mostraba impasible. De pronto, se levantó y fue al interior del rancho, de donde trajo dos sillas.

–Por favor… siéntense. No creo que tengamos otra oportunidad para hablar. Pienso irme a la madrugada. Hay un colectivo que baja hasta el pueblo de San Francisco. Desde allí tomaré cualquier cosa que me acerque a Mendoza… Por favor, necesito que me escuchen.

Los dos se sentaron sin poder dominar aún el nerviosismo que les provocara la noticia.

–Bien Juan… me dirijo especialmente a vos porque nos conocemos de toda la vida. El Rengo trató de comprarme. Convencido de que trataba con un imbécil, me prometió arreglar mis asuntos si lo soltaba. Quería acabar con ustedes y con Oscar. Por supuesto que después iba a ocuparse de mí. ¿Qué debía hacer? ¿Servirle nuestra vida en bandeja? Decidí que no. Decidí mostrar lo que sentía y terminar con las simulaciones…

–¿De qué simulación hablás? –preguntó Juan de Dios.

–Viví simulando. Desde niño. Objetivo: conformar a lo demás. Vos sabés bien que he fingido por años ser un animal; lo pregonaba a todos los vientos: soy bruto, soy bruto. Mis compañeros esperaban eso de mí. ¿Quién era yo? Hijo de inmigrantes analfabetos que hicieron dinero. No podía aceptarse que ese hombre, además de tener plata, fuera instruido, tal vez un profesional exitoso.

–En realidad, actuaste como un psicópata. ¿Quien se hubiera molestado por tus progresos? Algún envidioso. Toda persona tiene enemigos.

–De acuerdo, pero yo simulaba para conformar también a mis padres. Sé la vergüenza que sentía para saber apenas sumar, pero no entender qué pasaba más allá de las cuatro paredes del negocio.

–No creo que tus padres te exigieran ser ignorante–intervino Ariel.

–No dije eso… era yo quien pensaba que los ofendía con mis conocimientos, y que actuaba para no dañarlos. Suena a locura. Lo sé. Sin embargo un hecho vino a confirmar que mi destino era el simular de por vida. Descubrí que no me gustaban las mujeres. En ese entonces no conocía la palabra homosexual. Era un niño, pero sabía que un compañero de colegio debió irse por ser un mariquita.

–No te creo. Siempre hablabas sobre minas y se te caía la baba por todas.

–Simulé. Por vos, Juan. No quería perder tu amistad. Simulé por los demás, porque no estaba dispuesto a que me señalaran. Por mis padres, para no aumentar su vergüenza. En algo debí fallar para que vos me preguntaras la razón por la que no me casé. Siempre pensé que si sabías de mi condición, nuestra amistad se terminaba. Yo no quería eso. Ahora las cosas han cambiado. Asesiné al Rengo. Este hecho, conociendo tu forma de ser, ya nos aleja para siempre.

–Tus preferencias sexuales no tenían que ver con nuestra amistad.

–¿Lo decís en serio, Juan? ¿Realmente crees eso? Si vos evitaste durante toda tu vida cualquier compromiso. Estar en la vidriera te aterraba. Desde que nació tu hijo te vi huir de personas o hechos que pudieran complicarte la existencia. ¿Por qué no ocupaste algún cargo en la facultad? Me lo dijiste mil veces: demasiadas responsabilidades; odiabas las situaciones que te exponían al comentario público. Perdoname… no te puedo creer ahora que hubieras mantenido la amistad con un marica. Yo simulaba: hablándote de mujeres, actuando como un desaforado sexual. ¿Por qué razón no te confesé que jugaba grandes fortunas? Porque sabía que vos podías aceptar aun jugador ocasional pero nunca a un vicioso.

–Pero al final me lo dijiste.

–Es cierto. Cuando el agua me llegaba al cuello y no podía recurrir a otra persona que no fueras vos. Debo decir a tu favor que no me diste la espalda. Quizás gracias a Ariel comenzabas a cambiar. Ella no tuvo problemas de defenderme pese a considerarme un estafador. También aplaudo tu plan de secuestrar al Rengo cuando quiso adueñarse de tu cátedra.

–Nada de lo que has dicho justifica el asesinato.

–Ni me interesa. Sé a conciencia que el Rengo no respetaría ningún acuerdo, que apenas tuviera la posibilidad nos iba a destrozar. Me siento mal por ser un asesino, pero yo les salvé la vida. Yo y Oscar, que bien pudo hacerse a un lado cuando las papas quemaban. ¿Quiénes somos para que él se complique en un asesinato? Un hombre que entendió la imposibilidad de pactar con un delincuente. Es todo… si los aburrí, lo siento. Para nuestra tranquilidad social, el Rengo nunca será encontrado. La conciencia tendrá que arreglarla cada uno.

–¿Es definitivo que te vas mañana? –preguntó Ariel.

–Así es. No podremos festejar juntos la llegada del milenio.

–Esperá un segundo–pidió la joven y se dirigió al rancho para volver de inmediato con el dinero que le habían reservado para el viaje.

–Tomá… algo te ayudará. Te deseo que tengas suerte, que de alguna forma logrés tranquilidad.

–Gracias, Ariel… gracias, Juan de Dios. No sé si volveré a verlos, pero sepan que los quiero, que en estos días los he sentido como si fueran mi familia.

Ya era de noche cuando ingresaron en el rancho.

CAPÍTULO XXX

Regiano se levantó antes del amanecer. Se sorprendió de que sus compañeros lo esperaban en la cocina tomando mate.

–Te acompañaremos a tomar el ómnibus –dijo Ariel.

–No hace falta. Suficiente con que se levantaran a esta hora.

–Es cosa decidida. Somos mayoría.

Recorrieron el trayecto hasta la hostería como baquianos, por los lugares que presentaban menos dificultades. En los últimos días habían aprendido a moverse en el terreno desparejo y sortear las rocas más grandes.

–Oscar estará a partir de hoy en la hostería por si ustedes desean irse antes y dejar la llave a la dueña.

–La verdad… todavía no hemos planificando nada –contestó la joven, mirando a Juan de Dios.

–Para Oscar todos los días son iguales, así que siempre lo encontrarán aquí.

–A qué hora pasa el ómnibus.

–Dentro de una media hora, si es que viene en horario, por las dudas me iré ahora hasta el camino. Nos despediremos acá. No es conveniente que nos vean juntos.

–Hasta pronto, Gordo, –lo saludó Ariel con un beso. Juan de Dios lo miró a los ojos y sin decirle nada lo estrechó con fuerza.

El Gordo Regiano hizo un esfuerzo para que sus córneas húmedas no dieran lugar a las lágrimas. Al separarse, tomó sus cosas con rapidez y se dirigió hacia la ruta. Cuando estaba a unos cuarenta metros se volvió y levantó la mano. Juan de Dios respondió el saludo y gritó, para que lo escuchara:

–¡Sigo siendo tu amigo!

Al dejar de verlo, iniciaron el regreso al rancho, pero esta vez a la vera del río. Cada tanto se asomaban desde las rocas, por si descubrían truchas. Como recién amanecía el agua mantenía un reflejo verde oscuro que impedía ver el fondo del río.

A mitad de camino se detuvieron en la laguna de arena limitada por dos formaciones rocosas. El cielo, que en el día anterior se había mostrado nuboso, esa mañana permanecía limpio. El sol había abandonado los cerros y comenzaba a calentar. Juan de Dios miró a su compañera y dijo:

–Cuántas cosas pueden suceder en un tiempo breve. A veces uno se pregunta el motivo de que pasen años sin que nada extraordinario ocurra. Un día es igual al otro. Hasta que me diagnosticaron cáncer mi máximo problema era algún tema relacionado con la facultad. El cáncer hizo cimbrar mi letargo. Por un tiempo, porque después los dolores y los tratamientos, por reiteración, constituyeron, a su vez, una rutina. De pronto, dos semanas atrás apareciste vos y a partir de ese momento mi vida se aceleró transitando caminos inimaginados. Es… como si alguien muy poderoso decidiera

ocuparse de vos. Ponerte a prueba… es el destino, dice la mayoría: yo prefiero designar al fenómeno como la mancha negra. Te aclaro, Ariel, que se trata de lo mismo. Quien tiene el poder sobre el universo dispuesto a tender la vida de este servidor. En dos semanas me enamoré; despedí, quizás para siempre, a un amigo; trabajé para un usurero; secuestré y colaboré en el asesinato de una persona. Todo esto sin contar la enfermedad que cargo. Quien se ocupa de mí ha logrado sorprenderme.

–Mirá, Juan, creo que te sobreestimas. El dueño del universo te tiene en cuenta como a cualquier otro mortal. La vida es así. Deberías saberlo. La vida está reñida con la pasividad, la rutina. Quien pueda jactarse de que nunca le sucedió un hecho trascendente es alguien que no vive. Hay un hermoso cuento de Borges que lo explicaría mejor que yo. A vos te tocaron premios y castigos. Como a todo el mundo. Aquí en la tierra como en la estrella más lejana. Dependerá de tu voluntad privilegiar lo bueno sobre lo malo.

–Espero tener fuerza.

–Si pensás así nunca lo lograrás. Debiste decir: estoy seguro de que patearé lo malo y enalteceré lo bueno.

–¿Hablás por experiencia o por algún libro que leíste?

–Yo soy la adolescente que violaban en Iñiguez. Suficiente dolor, asco y vergüenza para dejarme caer. Pues no, obligué a mi cabeza a olvidar. Me dije: eso no sucedió nunca, y llegué hasta a vos.

Hicieron silencio. Luego se tomaron de las manos. Juan de Dios sabía que no debía preguntar nada. Así permanecieron hasta que los rayos del sol se hicieron insoportables.

Mientras continuaban el camino, Juan de Dios comenzó a contar el sueño reiterado de los territorios divididos por un muro construido hasta el cielo. Ariel, con la intención de quitarle dramatismo al relato, hizo interpretaciones psicoanalíticas disparatadas.

En el rancho, Ariel le propuso a Juan de Dios que se encargara de la comida mientras ella ponía en condiciones las habitaciones por si decidían irse.

–Acepto. Trataré de superarte como cocinero. Además por ser el último día del milenio me esmeraré.

–Me conformo con que se pueda comer.

–No sería mala idea irnos hoy. Este lugar me abruma. Un amigo da una gran fiesta para recibir el 2000. Si salimos al atardecer llegaremos con tiempo. Nos hará bien estar con gente, escuchar música y tomarnos un buen champagne. Además, es una buena oportunidad para presentarte como mi novia.

–Ignoraba que estábamos de novios.

–Te molesta.

–Los títulos sólo le sirven a los demás. Yo te quiero y eso me basta. Vos, si necesitás llenar un cuadrito, podés decir que soy tu novia, tu amante, tu pareja, tu

esposa. Me da lo mismo –contestó Ariel y lo besó apasionadamente.

–Mirá que debo hacer la comida.

–Tenés tiempo para las dos cosas –aclaró la joven con una sonrisa.

Almorzaron tarde. Ninguno de los dos tenía reloj, pero calcularon por la posición del sol que a lo sumo les quedaba tres horas de luz. Por más que se apuraron en poner en condiciones el rancho, cuando llegaron a la hostería comenzaba a oscurecer.

Como lo había dicho Regiano, Oscar estaba allí. Ninguno de los tres se refirió al Rengo. Juan de Dios le entregó las llaves y le preguntó cuánto le debían.

–Nada, Juan.

–¡Cómo nada!

–Entre amigos no hay deudas.

–Bueno… no sé que decirte… en algún momento te veremos de nuevo. Si vas a la ciudad, andá a visitarnos…

–Nunca iré a la ciudad… estoy seguro. Mi vida está aquí, en otro lado me pierdo.

–Hasta que nos veamos –saludó Ariel.

–Gracias por todo Oscar.

–De nada, Juan. Aunque les sea difícil, vuelvan alguna vez.

Tomaron la ruta asfaltada. Sin apuro hablando de cosas intrascendentes para evitar caer en lo que había sucedido en los últimos días. Sólo al iniciar el último descenso, desde donde vieran con nitidez las luces de El Trapiche, la conversación viró hacia un tema importante.

–Quiero que vengas a vivir conmigo.

–Creí que nunca me lo pedirías.

–Te necesito. No es mucho lo que puedo ofrecerte. Ni siquiera la seguridad de un futuro cercano.

–Parecés una llorona. Dejá de pensar en el futuro y dame todo lo que puedas hoy.

Una explosión en la parte delantera del vehículo lo desestabilizó. El Citröen, con una cubierta destruida, no respondió al volantazo de Ariel para evitar un precipicio, despeñándose. Dio cuatro o cinco vueltas sobre sí mismo antes de detenerse contra una roca. En el último tumbo, la puerta de Juan de Dios se abrió y éste fue arrojado al exterior.

Juan de Dios rodó al lado del vehículo hasta que su cuerpo fue detenido por un grupo de piedras, dónde perdió el conocimiento.

Ariel siguió dentro del automóvil intentando aferrarse al volante. En la última vuelta, el caño que sostenía la capota de lona se dobló incrustándose en su estómago. Cuando el Citröen golpeó contra la roca y el silencio y la oscuridad tomaron esa dimensión especial que adquieren en un accidente, la joven llamó.

–Juan, Juan… ¿Cómo estás?

El cielo se profundizó aún más.

El dolor en el estómago se hacía insoportable. La luna menguante no tenía la suficiente fuerza para barrer con el manto negro que cubría los objetos.

Ariel trató de liberarse del caño, pero le fue imposible. En sus manos se pegaba un líquido caliente. "Es sangre", pensó. Con esfuerzo cortó parte de la blusa y trató de tapar alrededor del caño en un desesperado intento por detener lo que suponía una hemorragia.

Juan de Dios recobró la conciencia. Le costó ubicar en dónde estaba y recordar lo ocurrido, menos aún el tiempo que había permanecido desvanecido. "¿Y Ariel?", se preguntó, para después gritar llamándola.

Sintió un quejido unos metros más abajo. Se arrastró en la dirección del quejido hasta llegar al Citröen y descubrir a Ariel apresada en su interior.

–Ariel… querida… Ariel –dijo sollozando.

La joven, también guiada por el sonido de la voz, volvió el rostro hacia él.

–Juan… gracias a Dios estás vivo.

–Y vos también… aguantá… alguien pasará… subiré hasta la ruta, amor mío.

–No me dejés… sé que no tengo mucho tiempo… por favor, dame tu mano, tengo frío… muchísimo frío.

A tientas, Juan ubicó la mano de Ariel y la masajeó suavemente.

–Juan… estoy en paz. Por haberte amado.

–Ariel… no hablés… conservá tu energía.

A lo lejos, en El Trapiche, los fuegos artificiales recibían el tercer milenio.

EPÍLOGO

Al sepelio de Ariel fueron algunas compañeras de trabajo. Juan de Dios, internado por prevención, no estuvo presente.

Cuando le dieron de alta la secretaria de imágenes le entregó los resultados de la centellografía y de la tomografía.

En la calle, Juan de Dios abrió el informe. Incapaz de descifrar el vocabulario médico, se limitó a leer el final: “no se observa progresos de la enfermedad”.

En la esquina que formaban las calles Pedernera y Rivadavia arrojó en un cesto estudios e informes.

Esa noche llamó a Daniel, su hijo, que se interesó en los resultados del viaje que hiciera con sus colegas.

–Ganó la mancha negra –contestó.

–¿Cómo decís?

–Nada. Olvidalo. No fui a ningún lado me quedé todo el tiempo en casa. Dormí y soñé mucho.

Jorge O. Sallenave

PENSIÓN VIRGEN NEGRA

A la señorita Atilana Zárate.
A los que compartimos la Gran Pensión.

CAPÍTULO I

Llamó la atención cuando Cordelia Zarate compró el edificio. No era ni es común que una mucama por horas dispusiera de suficiente dinero para afrontar una inversión semejante. Sólo a los empleadores de Cordelia el hecho no les sorprendió, porque la paraguaya, como la llamaban, tenía un manejo del dinero lindante con la tacañería, y esto, formulando un juicio por demás benévolo.

¿Cómo era su vida? Organizaba la tarea diaria de modo de atender a la hora de las comidas a aquellos patrones que la invitaban a compartir la mesa familiar. Se trasladaba a pie de un trabajo a otro, caminando rápido, con una bolsa en la mano donde guardaba su uniforme: delantal azul y zapatillas de color blanco. Cordelia era baja de estatura, apenas si llegaba al metro y medio, delgada, de pies pequeños y por lo tanto le venía bien la ropa que descartaban los niños de las casas donde trabajaba. Vivía en la zona más residencial de la ciudad ocupando una habitación en una casa señorial, sin que esto le costara un solo peso, ya que una familia la contrataba para cuidar por las noches al abuelo incapacitado; un anciano con una enfermedad degenerativa a cuestas que le impedía levantarse de la cama, aunque le era posible con la ayuda de un timbre requerir los servicios de Cordelia. Total que ni un centavo en comida, vestimenta y alojamiento. Sólo se le conocía algún gasto menor. Los fines de año compraba un billete de lotería y una vez por mes arrojaba a la fuente que precedía a la imagen de la Virgen de la Catedral de la ciudad una moneda de cincuenta centavos. ¿Afrontaba ella los gastos de salud? Empleada de un farmacéutico recurría a él ante cualquier enfermedad, quien se encargaba no sólo de diagnosticar sino de regalar los remedios. Como si esto fuera poco, ese hombre le daba todos aquellos productos que hacían a la belleza y a la intimidad femenina. A cambio, dos veces por semana, después de la hora de cierre, antes de ir a cuidar al abuelo, concurría a la farmacia y limpiaba pisos, vidrios, balanzas, frascos y demás.

Resulta increíble creer que Cordelia, con esa metodología, ahorrara lo suficiente para adquirir el edificio ubicado en la esquina que forman las calles Pedernera y General Paz, a escasas tres cuadras del centro. Pero lo hizo.

Se trataba de una casa antigua, de dos plantas, deteriorada. La inversión sólo era buena por el valor del terreno. No fueron reconocidos hombres de negocios los compradores. El letrero de venta desapareció una noche y a la mañana siguiente se vio a Cordelia baldeando la vereda, limpiando postigones y puertas, sacando lustre a los antiguos bronces. Al edificio se ingresaba por una puerta doble hoja que daba sobre General Paz. Tenía ventanas grandes, con persianas de madera. Las puertas mostraban varias capas de barniz superpuestas. Cordelia se encargó de devolver el color original a las aberturas. Lijaba sin parar. El delantal se le cubría de polvo al igual que el pelo ensortijado. Contó a su favor, en esa tarea descomunal, la tranquilidad de

pueblo que tenía San Luis por ese entonces, que le permitía trabajar de noche con la seguridad de no ser molestada.

El edificio estaba compuesto por un patio central, descubierto. En planta baja había dos dormitorios con baños, la cocina, el comedor y una habitación estrecha y larga que servía de desván. En planta alta, a la que se accedía por una escalera de madera ruidosa, angosta, con barandas decoradas por una enredadera, existían tres dormitorios más. En este caso fue Cordelia quien se encargó de arreglarle los baños individuales. Las paredes, descascaradas, mostraban ladrillones antiguos. Los pisos de mosaicos estaban agrietados y parcialmente hundidos. Sólo los del comedor estaban cubiertos por madera, fina pinotea, que había resistido mejor al paso del tiempo. Los dormitorios tenían balcón a la calle, con rejas de contención en hierro de forma arriñonada. De tiempos inmemoriales contenían macetas en cemento, que al momento de la compra estaban vacías y sin tierra. Cordelia recuperó las macetas pintándolas y plantó en ellas geranios, conejitos, damas de noche, jazmines y yuyos medicinales.

La propiedad, como la mayoría de las casas antiguas, tenía un fondo que se extendía más allá de la mitad de la cuadra. Árboles y malezas lo hacían impenetrable, con el agravante de que ramas y troncos secos habían tapizado la tierra.

Cordelia no se amilanó ante la tarea que le esperaba, su espíritu le impedía sentir cualquier tipo de desánimo.

Le llevó dos años poner la casa en condiciones. Comenzó a trabajar por el fondo. Desyuyó, eliminó los árboles inservibles, realizó senderos en piedra laja, bancos con asientos en granito, sembró dichondra y se dio el lujo de construir una pequeña fuente, donde un ángel regordete arrojaba un chorro de agua permanente. Más atrás, sobre la pared lindera, medio metro más arriba de la fuente armó con mayólicas la imagen de la Virgen Negra. Sembró flores, en especial las que le hacían recordar su Paraguay nativo. En alguna oportunidad debió requerir para la tarea la ayuda de un oficial albañil pero eso sucedió en excepcionales casos.

La idea, siempre guardada en el corazón de la paraguaya, era habilitar la casa como pensión. Le llevó algún tiempo elegir los pensionistas. No más de cuatro. Debían ser personas sin familia, con capacidad de pago y un carácter personal que asegurara la falta de conflicto. En esa búsqueda requirió la opinión de sus patrones, pero sobre todo se apoyó en su instinto y en su capacidad de observación.

No dejó de trabajar por horas. Sólo reorganizó horarios. Recién se decidió a dejar los distintos empleos cuando completó la ocupación de la pensión y se aseguró un nuevo ingreso lavando la ropa y limpiando los cuartos de los inquilinos. Ingresos que aumentó cuando decidió hacerse cargo de la comida.

La paraguaya, siguiendo su forma de vida, no estaba dispuesta a pagar impuestos, tasas o servicios por el negocio. Por lo tanto la pensión no tenía cartel a la calle. Recomendaba a los clientes que ante preguntas indiscretas negaran la relación

comercial y aseguraran ser parientes de ella. Pero cuando se reunían para comer, en la intimidad, la pensión se llamaba Virgen Negra. Al nombrarla, Cordelia sentía un orgullo fuerte, desafiante.

Cordelia se negaba a confiar su edad. Siempre decía tener 60 años, afirmación que causaba gracia a los pensionistas. Ellos decían que la paraguaya tenía la facultad de inmovilizar el presente y que no era descabellado suponer que había sido testigo de la guerra de la independencia. Los más atrevidos argumentaban que en Paraguay las anotaciones en el registro se formalizaban cuando el anotado adquiría la mayoría de edad.

Norberto Giménez fue el último en ingresar a la pensión. En ese momento se alojaba allí una joven, de singular belleza, paralítica, de veintiocho años, larga cabellera y dulce trato, que se llamaba Mariángeles Danere. Tenía ojos grandes, de mirar asombrado y triste, en exceso tímida. Quizás porque su situación, inmóvil en una silla de ruedas, la disminuyera y le impidiera mantener con los demás un punto de encuentro a la misma altura. Mariángeles había perdido a sus padres dos años antes. Hija única, carecía de parientes en la ciudad que la había recibido en tiempos de la promoción industrial. Sin nadie que se ocupara de ella, recurrió a Cordelia quien la alojó en planta baja, cerca de su dormitorio y colocó un timbre que comunicaba ambas habitaciones.

Los otros dos pensionistas habitaban en planta alta: Atilio Otelli y Yinipro Diocesano. El primero, jubilado bancario, a punto de cumplir 60 años, soltero, gordo, de baja estatura, siempre vestido con traje y corbata, costumbre adquirida en sus años de bancario, ojos pequeños, calvo en la parte superior de la cabeza y con una guarda de cabello fino y enrulado hasta las patillas, gran transpirador, condición que él trataba de disimular apelando a incontables pañuelos con que frotaba su piel, enrojeciéndola. Usaba anteojos con marco de metal dorado, de gruesos lentes. Cada tanto se los sacaba para limpiarlos con el pañuelo humedecido por la transpiración. Al hablar gesticulaba en exceso, le era imposible dejar de mover las manos regordetas con anillos de fantasía en los dedos. Le gustaba hablar, así como también que lo escucharan, algo que conseguía fácilmente porque en general sumaba a los temas una particular interpretación, que los demás adjudicaban al deseo de hacerse ver o bien a un desajuste mental que lo llevaba a internarse en teorías absurdas. Norberto lo conoció el mismo día que cerraba trato con Cordelia.

–¿Nuevo integrante de la pensión Virgen Negra? Lo felicito, no encontrará lugar mejor.

Cordelia le llamó la atención por haber nombrado la pensión sin saber la relación que la unía con Norberto.

Atilio se excusó pero no bien supo que se trataba de un nuevo pensionista tomó la palabra:

–Pensiones hay muchas... He dedicado los últimos meses a investigar sobre el

tema, algún día escribiré sobre las pensiones, un aspecto de la ciudad injustamente olvidado. Asunto más que interesante. ¿Oyó hablar de la pensión "El Puerto"? Se imaginará que no le pusieron ese nombre por la riqueza de agua que tiene esta provincia semidesértica. Es una pensión para señoritas universitarias con gran facilidad para relacionarse con el sexo opuesto. Se dice que es un buen lugar para atracar... no necesito aclararle que no hablamos de barcos. ¿Qué me dice del "Prontuario"? Una pensión ubicada en el extremo de la avenida Lafinur, cerca de la ruta nacional N° 7. Me juego que no la conoce. Mejor así. En ese lugar tienen cabida tipos de mucha acción, con prontuarios generosos, cargaditos. Una persona decente no dura allí ni un pestañeo. ¿Y "La Gitana"? Cada día con más clientela. San Luis ha sido invadido por rumanos.

Atilio era empujado por sus propias palabras. Parecía que no se detendría nunca. Que en cualquier descuido atropellaría a sus interlocutores.

–No se deje llevar por chusmeríos –continuó–. No se trata de un tema menor. A los que se inician en el saber, y sospecho que a usted le interesa dar el primer paso, les digo que la Creación no tiene papeles secundarios. Escribir sobre las pensiones es abrir todo un mundo desconocido. Quizás no sea el momento... no quiero interrumpirlos... habrá oportunidad para que le siga enseñando.

Más tarde, cuando Cordelia y Norberto se pusieron de acuerdo, la paraguaya le dijo, a modo de disculpa, que se trataba de un buen hombre, con muchas ganas de hablar y que no hacía mal a nadie.

Yinipro Diocesano, el otro pensionista, era o simulaba ser estudiante universitario. Con algún retraso en la carrera porque había cumplido treinta años y no había avanzado más allá del segundo año en Letras. Cuando alguien le hablaba tardaba en contestar, con gesto de "no escuché".

Se comentaba que Yinipro, en realidad Atilio lo decía, era hijo natural de un famoso político local. Era probable que sólo se tratara de un chisme. Yinipro recibía mensualmente por intermedio de un escribano una suma de dinero para su subsistencia. No se le conocían familiares y jamás habló de su madre. El escribano, de apellido Rojas, llegaba puntualmente; vestía con solemnidad, de traje. Esperaba a Yinipro en la puerta sin ingresar a la pensión. Cuando éste aparecía le extendía un sobre tamaño oficio diciendo: "Puede contar si quiere".

Atilio decía que la indiferencia que le mostraba Yinipro era común en aquellas personas que se creen superiores; agregando que en este caso sólo se trataba de un individuo con un carácter de mierda.

Norberto ingresó a la pensión un día lluvioso del mes de enero de 1990, donde viviría por más de diez años. Venía de una triste experiencia. Se sentía fracasado, agredido, dañado. Por más que decía que los tiempos malos habían terminado no lograba convencerse. Los malos tiempos llegaron cuando cumplió 45 años, un mes antes que se decidiera a tomar en alquiler una habitación, con derecho a pensión completa, en Virgen Negra.

Había sido abandonado por su mujer, a quien amaba con locura. Se había casado grande, convencido que lo hacía para toda la vida. La buena suerte de ganar el premio mayor de la lotería provincial le hizo perder a Mariel, su esposa.

En el pueblo, la gente apostaba que esa pareja no duraría mucho, demasiada diferencia de edad, decían. Sin embargo fueron cinco años de felicidad. Hasta que la lotería se interpuso entre ellos. Norberto fue favorecido con el primer premio de Navidad. Mariel se encargó de cobrar el cheque que hizo efectivo al momento. Después giró la mayor parte del dinero a una cuenta del exterior y el resto, cantidad aún considerable, la colocó en su mochila. Al volver a su casa se despojó de la mochila y la ubicó sobre la mesa. Norberto, dispuesto a festejar, se acercó con los brazos abiertos, pero debió interrumpir su desplazamiento.

–Me voy –dijo la joven e indicando la mochila agregó: –Acá te dejo parte del premio.

A Norberto le costó dar crédito a lo que oía.

–Me llevo lo indispensable, podés quemar o donar el resto. Tenés todo el derecho de odiarme pero quiero que sepas que te sigo amando... sólo tengo 20 años, quiero vivir, crear mi propia experiencia, hacer uso de mi tiempo. He sido feliz contigo. Te agradecería, sé que es mucho lo que te pido, que me despidas con un beso.

Norberto la besó. No bien ella cerró la puerta de la casa, el hombre golpeó su cabeza en forma reiterada contra la pared. Le faltaba el aire, tiritaba, deseaba vengarse pero también amar.

Una semana más tarde comenzó a buscar pensión, le resultaba imposible seguir viviendo en la casa que había compartido con Mariel. Un buen día Cordelia vino a ofrecerle un lugar.

CAPÍTULO II

Cordelia seguía ahorrando. Los pensionistas reconocían que no pasaban hambre pero reclamaban una mayor proporción de carne en las comidas. La paraguaya cocinaba guisos tres veces a la semana y pastas los miércoles y domingos. Compraba frutas y verduras de estación.

En planta baja, a un costado de la escalera de madera, instaló una campana para anunciar que la mesa estaba servida. Hacía respetar los horarios, que en general los pensionistas cumplían por un sólo motivo: llegar tarde significaba quedarse sin comer.

La paraguaya mantenía algunos trabajos cancelando aquellos que interferían con su función de propietaria.

–Quisiera saber dónde guarda el dinero, debe ser más rica que el sultán ese del que hablan los diarios –reflexionó Atilio una tarde de sábado en que el grupo de pensionistas conversaba sobre ella aprovechando su ausencia.

–Nunca habla de la familia... para mí que nació por generación espontánea– intervino Norberto, sonriente.

–¿Quiénes son sus amigos? Mejor dicho: ¿tiene amigos? A no ser que nos contemos nosotros y los proveedores.

–Ni hablar de una pareja –agregó Yinipro.

–Es verde de amarreta –sentenció Atilio.

–Son injustos... nos atiende bien y hasta se ha permitido el lujo de comprar camas de dos plazas para nuestra comodidad. Dejen de sacarle el cuero –protestó Mariángeles.

–Tenés razón. Dejemos a la paraguaya tranquila. Además necesito comentarles que estoy elaborando una teoría que modificará la ciudad –dijo Atilio y agregó: –Me gustaría saber qué opinan... propondré al Concejo Deliberante finalizar con la tradición de dar nombre de próceres a las calles de la ciudad. Un verdadero absurdo. Una mezcolanza. Una irrespetuosidad. ¿Han notado cómo se cruzan Bolívar y San Martín, Perón con Balbín, Rosas con Urquiza? Enemigos naturales se dan abrazos como amantes. Por otra parte estoy convencido que conviene aplicar para el progreso de una sociedad el sabio refrán: "El vivo al bollo, el muerto al hoyo".

–Nunca lo oí –afirmó Yinipro.

–Significa que sólo importan los que siguen viviendo, de los muertos ni memoria. Por lo tanto sería conveniente numerar las calles y avenidas. Los números son inmortales.

–Has corrido un serio riesgo de que tu cabeza explotara con un razonamiento tan profundo –se mofó Norberto.

Mariángeles, que no había prestado atención a las elucubraciones de Atilio, se dirigió a Yinipro y con claro mal humor le preguntó:

–¿Tenés interés en saber cómo veo a Cordelia? La imagino joven, en su país, en el Paraguay. Una princesa al igual que sus hermanas, el rey, su padre está a punto de abdicar. Necesita elegir entre sus hijos a quién le sucederá en el trono. Para saberlo les hace preguntas. Sus hermanos, salameros e interesados, responden lo que el rey anciano quiere oír. Cordelia, que ama a su padre, contesta: "No sigas padre. Si me estás tomando examen no me examines los sentimientos, pero si lo haces repruébame desde este mismo instante porque mi devoción hacia tí me impide darte respuestas de compromiso".

–Me estás contando la historia de *El Rey Lear*, la obra de Shakespeare –interrumpió Yinipro para aclarar después: –Es cierto que soy un estudiante crónico pero a esa obra la leí.

–Tenés razón, con algunas variantes. Terminado el interrogatorio el rey deshereda a Cordelia repartiendo su reino entre las hermanas aduladoras. Cordelia se exilia a la Argentina y se instala en una ciudad pequeña llamada San Luis donde se promete crear un reino propio.

–Esta pensión –afirmó Yinipro.

–Así es.

–Nuestra Cordelia no tiene príncipes que deseen casarse con ella y tampoco se interesa por recuperar el reino perdido. En síntesis, como dije antes, has recreado *El Rey Lear.* Prefiero el texto original. Me siento más a gusto con las cortes europeas. Tienen glamour. Una princesa que trabaja por horas y un rey paraguayo no me movilizan. Huelen mal. De cualquier forma me interesaría que llegarás hasta el final. ¿Qué sucederá cuando nuestra Cordelia muera? ¿Qué será de su reino?

–El Estado se hará cargo –contestó Mariángeles, que había cambiado de humor y se dispuso a continuar el diálogo en forma liviana, antojadiza.

–Si es así hemos elegido el mejor camino para que el reino que Cordelia creó con tanto esfuerzo en poco tiempo se haga humo. En manos del Estado ni los cimientos de esta pensión quedarán.

Dicho esto Yinipro esbozó una sonrisa, gesto retribuido de igual forma por Mariángeles. Escucharon que la puerta de calle se abría.

–Tu princesa llega –dijo Yinipro en voz baja.

Cordelia ingresó al patio a paso rápido, como era su costumbre. Al verlos, les dijo sin detenerse:

–Se me hizo tarde pero cenaremos a horario.

La campana de bronce sonó a la hora habitual.

CAPÍTULO III

Mariángeles veneraba a Cordelia. Desde que llegó a la pensión la paraguaya se había ocupado de ella. En los primeros tiempos la cuidaba durante la noche. Después, cuando se sintió segura, hizo instalar un timbre que vinculaba los dormitorios de ambas. También hizo colocar apoyabrazos de acero inoxidable al costado de los artefactos sanitarios para que Mariángeles comenzara a valerse por sí misma. No fue una tarea fácil. Requirió un adiestramiento prolongado, pero al final Mariángeles pudo acostarse o levantarse sin ayuda, como así también usar el baño.

Su independencia le permitía, salir del dormitorio por sus propios medios y llegar hasta la puerta que unía el jardín con el salón principal. Allí permanecía por horas, mirando el cielo y aspirando profundamente el aire. Como esa noche que el calor la agobiaba.

–Cuántos mundos... demasiadas penas –reflexionó mirando el cielo estrellado.

–Veo que tampoco podés dormir. Este calor mata –dijo Yinipro sorprendiéndola, apareciendo a su espalda. –Es agotador –respondió la joven.

–Pero inútil protestar, mejor será mostrarnos indiferentes.

Unos ruidos provenientes del zaguán los alarmó.

–¿Quién será? –preguntó Yinipro y empujó la silla de Mariángeles a un costado del salón para ocultarse.

Era Atilio acompañado por una mujer joven.

–No hagamos ruido. Si la paraguaya se despierta me echa a patadas –dijo Atilio cruzando el índice sobre sus labios.

–Te prometo ser una tumba...

Comenzaron a subir la escalera. Atilio tropezó. La reacción de la acompañante impidió que se cayera.

–Sin ruido, dijiste. Mirá por dónde caminás.

–Me parece que tomé de más –contestó Atilio apoyándose en la mujer.

–Es tu peso el que te trae problemas, no la bebida. A una compañera mía se le murió un cliente por exceso de grasa.

–Frente a vos está plantado un toro. No tengo problemas de válvulas ni de arterias.

–Veremos –dijo resignada la mujer mientras empujaba a Atilio.

Tardaron en llegar al primer piso. Les llevó tiempo recorrer el pasillo. Al final lograron entrar al dormitorio. La luz interior se encendió.

–Miralo al bancario puntilloso y pensador. No tiene vergüenza. Paga por sexo. Un sexópata, un alienado por las putas –dijo Yinipro tratando de sofocar la risa.

La puerta del dormitorio de Cordelia se abrió.

–¿Quién anda? –preguntó la mujer.

El silencio fue la respuesta. La paraguaya se mantuvo bajo el dintel unos minutos pero después regresó a la habitación.

Cuando estuvo seguro que el peligro había pasado Yinipro retomó el diálogo.

–¿Sabés qué me da bronca? Se ahorra el hotel alojamiento en contra de las precisas instrucciones de Cordelia. Te lo resumo: el gordo es un corrupto, de pies a cabeza –afirmó sin retener la risa, pese a que se tapaba la boca con ambas manos.

Cuando Mariángeles regresó a su dormitorio Yinipro permaneció en el salón, por curiosidad: quería saber en que terminaría la aventura de Atilio.

Eso sucedió a la salida del sol. La mujer se despidió de Atilio en la puerta del dormitorio besándole la calva en forma cariñosa. Descendió la escalera y en planta baja miró hacia arriba para reiterar la despedida con un beso que arrojó con la mano.

Yinipro esperó hasta escuchar que la puerta de entrada se cerraba. Subió de a dos los escalones. Recorrió con agilidad el pasillo. Y al llegar al dormitorio de Atilio llamó.

–¿Pasa algo? –preguntó éste, asomándose.

–Sos un gordo libidinoso –le contestó y continuó el camino hasta su propia habitación ante la perplejidad del otro.

En la convivencia la rutina se quiebra cada tanto.

Norberto Giménez, violando las normas impuestas por la dueña de la pensión Virgen Negra, entró a la cocina de madrugada para cebarse unos mates (actividad que estaba permitida en los dormitorios haciendo uso de calentadores individuales provistos por la misma Cordelia).

Grande fue su sorpresa al encontrarse en el lugar con Cordelia.

–¿Qué hacés aquí vos? –preguntó con las manos apoyadas en la cintura, con el característico voceo que usan los guaraníes que de ninguna forma significa un índice de confianza.

–Necesito tomar unos mates.

–¿Y por qué no lo hacés en el dormitorio?

–Dejate de joder paraguaya, no te robaré nada. Un poco de gas y de yerba no te empobrecerá. Mejor sentate conmigo y haceme compañía.

–¿Andás mal vos?

–Sufro de pesadumbre.

Cordelia tomó una silla y se sentó.

–¿Sufrís qué?

–Penas. Me pasa cuando el día es caluroso y abunda la humedad. Pesadumbre es algo que te achata el cerebro y no es para menos, sol y humedad te impiden respirar...

–Vos andás mal.

–A lo mejor tenés razón. "Se me sueltan los mocos" cuando menos lo espero.

–Sé qué es la tristeza... Déjame que al mate lo cebo yo. Ninguna paraguaya permite que un hombre le cebe mate. Si querés contar, te escucho.

–Se me atravesó el recuerdo de Mariel, mi esposa, porque ella todavía lo es, no nos hemos divorciado, no puedo aceptar que me haya abandonado. ¿Alguna vez te pasó algo así?

–Tal vez. Yo también tuve pesadumbres. Pero ahora sé otra cosa que vos deberías saber. Es tonto mirar para atrás. Lo que pasó, pasó. Los recuerdos se meten cuando uno anda buscando en el pasado ¿Querés un consejo? A la cama hay que llegar cansado, para no quedarse mirando el techo con ganas de dormir y si tiene que pensar, piensa en el futuro –afirmó la paraguaya cambiando el trato con cada frase según su costumbre.

Norberto se sorprendió por la verborragia de Cordelia. El la conocía de pocas palabras. Trabajando y callada.

–¿Cómo está el mate? –preguntó la mujer mientras vertía en la calabaza agua caliente.

–Bien –respondió Giménez en forma refleja, porque meditaba sobre lo dicho por Cordelia. Después de un prolongado silencio preguntó: –¿No tenés amigos... algún familiar?

–Mire que es curioso. ¿Se te fueron las pesadumbres? Claro que tuve familia. Viví con mis parientes muchos años pero desde que me vine a la Argentina los lazos se cortaron.

–¿No los extrañás?

–Ellos hicieron su vida y yo la mía.

–¿Nada que te ate?

–Para qué... devolveme el mate antes que se te duerma en las manos.

–¿No te interesó formar tu propia familia? –preguntó Norberto.

–La tengo... o no se da cuenta que ustedes son mi familia y también mis amigos. Yo los elegí. Con paciencia, mirando bien a los ojos, que dicen más que otra cosa. Estoy contenta con mi elección. Cada vez estamos más cerca. No nos une la sangre pero sí la vida, y también la Virgen Negra.

A Norberto nunca se le había ocurrido que esa mujer huraña pudiera considerarlos como familia. Al verlo tan callado Cordelia le preguntó si le pasaba algo.

–Nada... Tenés razón: las pesadumbres al carajo.

La construcción de un quincho en los fondos de la propiedad modificó la rutina.

Necesitaron más de seis meses para convencer a Cordelia sobre las ventajas de tener una parrilla y un lugar de encuentro. La paraguaya aceptó, según decía Yinipro, cuando estuvo segura de que no gastaría un peso en la construcción, ni en los futuros asados.

Los pensionistas se transformaron en albañiles, incluida Mariángeles, que se las ingeniaba para colaborar pese a su incapacidad.

Hubo algunos contratiempos. No eran profesionales. Un derrumbe parcial del

techo, una reconstrucción del pulmón de la parrilla, la colocación irregular y sin declive del mosaico, pero al final la obra estuvo concluida.

Sucedió un sábado, a la hora del crepúsculo. Se trataba de una habitación techada, con parrilla en uno de los extremos; rodeada por una galería semicubierta para los días de mucho calor, baño con piso de cemento alisado para ser utilizado en caso de lluvia cuando alguno de los pensionistas sintiera extrema necesidad.

Se planeó la inauguración para el día siguiente. A Norberto Giménez se lo comisionó para comprar la carne, instruyéndolo de que además de las costillas incluyera chorizos, matambre, morcilla, chinchulines y mollejas. Mariángeles se comprometió a colaborar preparando las ensaladas. Yinipro se ocuparía de las bebidas y Atilio, como era previsible, atendiendo a su gruesa figura que denunciaba buen "diente" se proclamó asador oficial, y se hizo cargo de comprar leña, sal parrillera, atizador, pinzas y esparcidor. A Cordelia no se le pidió nada. Era la invitada. Sin embargo la paraguaya insistió en hacer el postre.

El mediodía del domingo llegó. La parrilla funcionó a la perfección.

En la sobremesa Yinipro recitó poemas gauchescos; Mariángeles, entonada por el vino, contó historias románticas. Atilio se autoelogió como asador; Norberto Giménez se atrevió, recién a media tarde, a decir algunos chistes subidos de tono.

Lo que causó mayor sorpresa fue la intervención de Cordelia, quien interpretó una guarania. Nunca la habían escuchado cantar. Ignoraban que esa mujer tenía una voz seductora, profunda, grave.

Otro hecho destacable fue la compra de un televisor de 35 pulgadas, con excusa de ver el mundial de fútbol de 2002. Lo instalaron en el comedor. Como era previsible Cordelia se negó a colaborar en la compra. Argumentó que no se trataba de una cuestión de dinero. "La televisión hace perder el tiempo", decía.

–Pero paraguaya... ese televisor nos reunirá mucho más.

–Tonterías... para eso tenemos el almuerzo y la cena.

Después de seis meses Cordelia comenzó, en forma esporádica, a compartir la platea de trasnoche. Fue su primer paso en una relación que crecería. Más adelante se dedicó a ver las telenovelas de la tarde. Un día, al terminar un capítulo la vieron acariciarse los lagrimales.

–Llora... Comenzó su decadencia –afirmó Atilio.

Las reuniones en el quincho, los momentos compartidos frente al televisor, las conversaciones de sobremesa sirvieron para afianzar los vínculos de esas personas solitarias. Una noche de verano alguien propuso salir a "tomar aire".

Mariángeles se negó al principio.

–Me quedo con Cordelia... seré un estorbo.

–¿Lo decís por tu parálisis? –preguntó Atilio, para agregar sin esperar respuesta: –Dejanos jugar un poco con tu silla de ruedas. Tengo ganas de empujarte a toda velocidad.

–Se divertirán mejor solos.

–No lo creo. La presencia femenina siempre ayuda. Nosotros tres sin vos podemos llegar a llorar. Imaginate: un tipo al que lo dejó su joven esposa, otro que trata de olvidar que es un gordo con pinta de maricón y el tercero siempre "amoscado" por haber sido abandonado –afirmó Yinipro sin importarle que los aludidos se sintieran molestos.

A medianoche salieron los cuatro rumbo al centro. El marcado declive de este a oeste que tiene la ciudad les permitió llegar a la plaza en un santiamén. Allí se ubicaron al lado del monumento, sentándose en el cordón perimetral. La conversación no tenía un rumbo definido hasta que uno propuso recorrer la diagonal que conducía a la vieja estación de trenes. "De paso nos tomamos un helado", propuso Atilio.

Así lo hicieron y cuando Atilio terminó el kilo de helado que había comprado, decidieron continuar el paseo hasta una bailanta ubicada a pocas cuadras.

El boletero les vendió tres entradas, aclarando que antes de las dos de la mañana las mujeres no pagan.

Eligieron una mesa próxima a la pista. Un mozo con rostro adormilado se acercó.

–¿Qué se van a servir?

–¿Qué nos aconseja?

–No les aconsejo nada. Ustedes eligen. Hay vino, cerveza, ginebra, sangría y clericó.

En la votación ganó por porcentaje importante la decisión de tomar sangría acompañada por empanaditas de carne. Al finalizar con el contenido de la segunda jarra el ánimo había cambiado. Alentaban sin motivo a la orquesta y daban gritos.

–Te invito a bailar–propuso Atilio a Mariángeles.

–Me encantaría... pero no veo cómo.

–Déjame a mí –respondió el hombre poniéndose a espaldas de la mujer para empujar la silla en dirección a la pista. Mientras lo hacía les dijo a los demás: –Vamos, movamos un poco el esqueleto.

Llegaron al centro de la pista en el momento en que la orquesta iniciaba el segmento dedicado a la música española y ejecutaba un alegre pasodoble.

Sin duda el alcohol les había debilitado el temor al ridículo. Norberto movía la silla al compás, Yinipro bailaba frente a Mariángeles y Atilio, en uno de los costados, simulaba ser un torero. La mayor dificultad que tenía para lograrlo era su inmenso abdomen.

Llegó el momento de los cuartetos. Los demás asistentes les hicieron ronda. Se habían constituido en la atracción del baile. Seducían al público. Hubo protestas cuando decidieron regresar a la mesa y también el pedido de: ¡otra, otra! Pero no hubo repetición. Decidieron que era tiempo de regresar.

Afuera el clima había cambiado, una tormenta de verano llegó sin que nadie la esperara.

–¿Y ahora qué hacemos? –interrumpió preocupado Giménez y agregó: –No conseguiremos un taxi ni por casualidad.

–¿Quién necesita un taxi? Volveremos caminando –afirmó Yinipro colocándose a espaldas de Mariángeles para empujar la silla. Dijo también que para él era un placer caminar bajo la lluvia, aclarando que si a los otros no les gustaba podían regresar al baile–. Total las tormentas de verano son cortas –aclaró.

Atilio se plegó al entusiasmo del joven y gritó: –¡A caminar, a caminar!

El declive les jugaba en contra. Al llegar al centro estaban agotados pero nadie se quejó. En parte porque ninguno quería demostrar cansancio, pero fundamentalmente porque todos disfrutaban del momento.

Norberto se ofreció para empujar la silla, Yinipro dijo que no hacía falta pero antes la insistencia le traspasó el mando. Con disimulo, antes de dejarle el lugar, puso el freno de mano.

–Me sobran fuerzas para llevar a Mariángeles a la luna –proclamó Norberto al tomar el puesto.

Empujó. La silla se mantuvo inmóvil. Insistió, ahora con mayor ímpetu. Las ruedas permanecieron ancladas. En el tercer intento estuvo a punto de volcar la silla.

–¿Qué mierda pasa? –insultó.

–Los años mi querido amigo... qué otra cosa –dijo Yinipro con gesto de condolencia–. Déjame seguir a mí, no vaya a ser que te de un infarto.

Al verlo destrabar el freno, Norberto Giménez miró a Atilio y dijo: –¿Qué me contás? Es un pendejo hincha pelotas.

Llegaron a la pensión de madrugada.

Fue Yinipro quien condujo la silla de Mariángeles hasta el dormitorio de la joven.

–¿Te ayudo en algo?

–Gracias, puedo arreglarme.

–Quisiera hacerte una pregunta pero no me atrevo.

–¿Es ofensiva?

–No lo creo, pero podés interpretarla mal.

–Adelante.

–¿En qué medida tu enfermedad afecta tu naturaleza femenina?

Mariángeles sonrió antes de responder.

–Estoy muerta hasta la altura de mis rodillas, por lo demás soy una mujer como cualquier otra. ¿Satisfecho? –contestó la joven y sin esperar respuestas se despidió.

Es difícil aceptar en qué momento se inicia un proceso. Determinar qué hecho fue el primer paso en una situación definida resulta imposible.

En la hora de la cena, Mariángeles advirtió que Cordelia había colocado un plato de más sobre la mesa. Iba a preguntar el motivo pero la dueña de la pensión se le adelantó.

–Tenemos un invitado –informó en el preciso instante que sonaba el timbre.

Se trataba del escribano Rojas, el mensajero del desconocido padre de Yinipro, quien lo saludó en forma solemne.

Cordelia sirvió. En esa oportunidad había cocinado platos tradicionales paraguayos: chipá, mbeju, sójo, pan de mandioca y la energizante sopa guaraní.

Rojas elogiaba la comida en forma reiterada, logrando un efecto inverso al que pretendía; la repetición hacía pensar en una adulación interesada.

Los pensionistas estaban incómodos. En especial por sentirse invadidos. Era tanta su molestia que no tardaron en retirarse a sus aposentos.

Cordelia no pareció afectada por esa conducta. Aunque no dijo nada, esperaba quedarse a solas con el escribano.

Hablaron mucho.

Al despedirse, Rojas le dijo a Cordelia que se quedara tranquila, agregando que las cosas se harían como ella lo deseaba.

Otro hecho que se destacó en esos tiempos fue el festejo de los 65 años de Atilio, cuando sólo faltaban meses para que Cordelia muriera.

¿Cuál fue su trascendencia? En esa fecha ingresó a la pensión, en forma oficial, la prostituta que Yinipro y Mariángeles habían conocido tiempo atrás ocultos en el salón principal.

Ni los pensionistas ni Cordelia se sintieron afectados por la recién llegada. Es más: por la forma de actuar se podía aventurar que la paraguaya estaba contenta. Kati era su apodo y ella se negó a decir su verdadero nombre. Sin vergüenza decía que su "nombre de guerra" le gustaba y aclaraba, por si quedaban dudas, que lo mantendría hasta la muerte, agradecida por lo que le había dado, porque estaba convencida de que el apodo constituía su amuleto de la suerte; que gracias a él había vivido sin privaciones.

Se maquillaba demasiado, usaba un vocabulario vulgar y hablaba con tono alto; además, en ningún momento abandonaba una actitud seductora que la hacía particularmente simpática.

–Mirá, che, si seré previsora... Cuando amoblé la pensión estuve a punto de colocar camas de una plaza... menos mal que pensé en los futuros clientes y su comodidad. Puse camas matrimoniales –se jactó Cordelia, felicitando al homenajeado y a su compañera por su decisión de vivir juntos.

Al llegar la torta de cumpleaños, Atilio sonreía y aunque trataba de evitarlo se le humedecieron los ojos.

–Pedí tres deseos –gritó Yinipro.

–Que por lo menos uno nos incluya –agregó Norberto.

–¡Qué lindo momento, che! –exclamó la paraguaya.

–Por todos nosotros y por el dueño del santo –brindó Mariángeles.

CAPÍTULO IV

El día pintaba bien: cielo celeste claro, leve brisa del este.

–Espero que afloje el calor –dijo Cordelia esa mañana.

En las últimas semanas la falta de lluvia, el viento y un sol inclemente había transformado la ciudad en una caldera. Faltaba el aire, las hojas de los árboles se quemaban, el humo de los campos incendiados creaba una falsa niebla. Fue necesario hacer cortes de agua domiciliarios. Se agotaron las vertientes. Los habitantes se mostraban de mal humor, dormían poco y se quejaban todo el tiempo. Los ancianos y los niños eran los más perjudicados por el clima.

Cordelia, siempre reservada, enemiga de mostrar su estado de ánimo, sin inclinación a las confidencias también protestaba, y mucho. Los pensionistas especulaban sobre el motivo de que Cordelia se quejara tanto. Coincidieron en que la razón no podría ser otra que su avanzada edad.

–¿Cuántos años tendrá? –se preguntaban.

–Vaya uno a saber–se respondían.

–Ochenta por lo menos... si no contamos que debieron anotarla diez años después que nació –afirmaban recordando muy alegres que la paraguaya se negaba a confesar su edad y ellos le decían que en Paraguay los registros comenzaron a funcionar muchísimo después de que ella fuera parida.

Sin embargo esa mañana todo indicaba que sería un día soportable, pero al mediodía el cielo se cubrió de nubes. Cuando terminaron de almorzar, un pequeño y breve granizo abrió las puertas a la lluvia. Llovía con gotas grandes, olorosas. La temperatura siguió descendiendo. A media tarde el diluvio fue suplantado por una llovizna suave.

Cordelia se dirigió al patio del fondo.

–¿Adonde va?... no debería confiarse. A sus años los cambios de climas son traicioneros –comentaron los pensionistas y decidieron ir a buscarla.

Cordelia rezaba a la Virgen Negra cuya imagen había construido en mayólicas. Muy concentrada, tanto, que no los escuchó acercarse. Kati fue la portavoz del grupo.

–Vamos adentro. Se va a engripar

La paraguaya recién entonces les prestó atención. No respondió nada fue mirándolos uno por uno. Después sonrió. Se la veía feliz.

–¿Mariángeles? –preguntó.

–No es tan joven como vos y se cuida de los enfriamientos –dijo Norberto.

–Vamos, mamita, a ver si mañana nos quedamos sin cocinera –dijo Atilio.

–¡Qué va! Si es más fuerte que un roble –intervino Yinipro.

–Despídanme de ella, la quiero mucho, como a todos ustedes –afirmó Cordelia estirando los brazos como si quisiera abrazarlos a todos.

Ese gesto duró un instante porque su cuerpo se quebró, cayendo al suelo, sin vida, con el rigor de la muerte.

La capilla ardiente se montó en el comedor. Hubo dos coronas: la de los pensionistas y la del escribano Rojas. Sus antiguos patrones fueron a despedirla.

A la madrugada únicamente quedaban los pensionistas en el salón, que se vieron sorprendidos por el ingreso de dos jóvenes, un hombre y una mujer, ambos de tez mate, ojos negros y cabellos rubios. Saludaron con timidez, desde lejos, permaneciendo cerca de la puerta que comunicaba con el patio central. Tampoco se acercaron al féretro, aunque cada tanto miraban en esa dirección y daba la impresión de que se alzaban sobre sus pies para lograr ver el interior.

Fue Kati la que les habló.

–¿Conocían a Cordelia?

–No, era amiga de nuestro padre –contestó el joven, que después se presentaría como Máximo.

–Papá nos habló mucho de ella –respondió la joven, aclarando: –Me llamo Silvana.

–¿Son de San Luis?

–De Mercedes, una ciudad de Corrientes. Venimos desde allá. Queríamos hablar con ella pero llegamos tarde.

–Quizás nosotros podamos ayudarlos... ¿de qué se trata?

–Es privado –contestó Máximo–. Algo que sucedió entre ella y nuestro padre.

–¿Cuántos años tiene su papá? –la curiosidad de Kati es inagotable.

–Falleció hace diez días... iba a cumplir 80 –respondió Silvana.

Kati dijo que lo lamentaba, y que debían ser fuertes ante la adversidad.

–Nos vamos –informó Máximo.

–De ninguna manera, Cordelia no lo permitiría, deben estar cansados. Es un viaje muy largo el que han hecho... ¿dijeron que son de Mercedes? –preguntó Kati–. Fui muchas veces allí. Siempre me impresionó el edificio de la cárcel.

–Estremece –afirmó Silvana–. Pero estoy segura que hay otros lugares que te han gustado.

–No los conocí... cuando tenés preso a alguien que te importa sólo pensás en estar con él. Allí estaba preso mi hermano... no vale la pena revolver viejas historias.

Kati presentó la pareja a los demás haciendo breves acotaciones sobre cada uno de ellos para distender el ambiente. Aún así el diálogo se presentaba cortado, indeciso.

–Pueden usar la habitación nuestra. Tiene cama grande pero ustedes son hermanos. Atilio y yo ocuparemos el dormitorio que era de Cordelia... –propuso Kati.

–No es necesario... podemos dormir en los sillones –respondió Silvana.

–No es ninguna molestia. Cordelia no se molestará. ¿Cómo van a dormir en los sillones?... el cuerpo les quedará a la miseria. ¿Qué dicen mis compañeros, están de acuerdo?

Mariángeles contestó que ella no tenía problemas. Fue la que hizo punta. El resto la siguió.

Kati, sonriente, explicó a los recién llegados que los otros pensionistas eran los que tenían prioridad en las decisiones porque ella había llegado en último término.

–Me meto porque soy así. Si mis amigos no están de acuerdo a mi propuesta se la lleva el viento. Como ven han sido bien recibidos. El sepelio es a las once, a todos nos conviene descansar un poco.

Atilio y Kati acompañaron a los correntinos hasta su propio dormitorio.

–Retiramos nuestros cepillos de dientes y no los molestamos más... ¿Desean acompañarnos al sepelio?

–Con mucho gusto.

–No es obligación: ustedes no la conocían.

Atilio y Kati regresaron a planta baja.

–¿Por qué te adjudicás el título de esposa? Convivimos. Somos pareja –protestó Atilio no bien cerraron la puerta.

–Vamos, gordito, no tenemos papeles, ni libreta, pero vos y yo estamos casados. La parte formal la cumpliremos en cualquier momento –contestó Kati sonriendo y como punto final pellizcó la mejilla de Atilio.

CAPÍTULO V

El cortejo transitaba por la ruta serrana en dirección a la Quebrada, donde estaba ubicado el cementerio que había elegido Cordelia en vida. Sólo eran cinco autos. El primero trasladaba a Mariángeles y Yinipro; el segundo a Atilio y Kati; en el tercero iba Norberto; en el cuarto, Silvana y Máximo; en el quinto y último el escribano Rojas. Entre todos alzaron el féretro y lo trasladaron hasta la parcela.

Observaron en silencio la tarea de los empleados. Cuando éstos terminaron de ubicar el cajón, Mariángeles se acercó a la fosa y arrojó una flor. El resto del grupo se encolumnó detrás de ella para hacer lo mismo. Antes de que la primera palada de tierra cayera sobre la lustrosa madera, el escribano se adelantó para despedir a Cordelia con un breve discurso. Yinipro se inclinó para hablarle al oído a Mariángeles.

–¿Quién le dio autorización para que nos represente?

–Nadie se opondrá a que hables después de él –respondió Mariángeles.

–Ni loco. No soy un figurón.

Cuando regresaron a la pensión Mariángeles propuso que tomaran un café. El escribano Rojas fue el único que declinó la invitación porque manifestó que tenía cosas que hacer, agregando antes de partir que regresaría a las veinte horas, que necesitaba hablar con ellos por pedido expreso de Cordelia.

Cuando Rojas partió los demás se sentaron alrededor de la mesa del comedor.

–Ya está –anunció Kati saliendo de la cocina con una bandeja, seguida por Mariángeles que se trasladaba sin ayuda en su silla de ruedas.

Distribuidas las tazas correspondió a Atilio hacer un comentario convencional y obligatorio sobre lo sucedido.

–La vamos a extrañar a la paraguaya.

–Nos vamos a extrañar –corrigió Norberto y explicó: –Supongo que deberemos desocupar la pensión y ocupar otro lugar para vivir. Los tiempos en Virgen Negra han terminado.

–¿Quién se hará cargo del edificio? –preguntó Mariángeles.

–Algún pariente lejano o el estado en caso de que nadie reclame. Por supuesto una parte quedará para los abogados –comentó Atilio con ironía.

–¿Cómo era ella? –intervino Máximo.

–Trabajadora por demás –respondió Yinipro.

–Era algo más que eso: una excelente persona. Y no lo digo porque ella esté muerta. Es cierto que le costaba comunicarse y le resultaba difícil sonreír. Daba la impresión de ser una persona fría, calculadora, celosa con el dinero. No era así. Ella quería tener una vejez tranquila y ahorraba sin cesar. Siempre estaba dispuesta a decir no, si de gasto se trataba. Pero era el dinero ganado con su esfuerzo. Recién en los últimos años comprendí que su familia y sus amigos éramos sólo nosotros cuatro... –afirmó Mariángeles.

–No sé el motivo por el cual me dejás afuera –protestó Kati.

–Tenés razón, ella te quería. Pero entre vos y nosotros existe una diferencia fundamental. Cordelia nos adoptó, nos estudió antes de aceptar que viviéramos en su pensión, nos eligió; en tu caso fue Atilio quien te trajo. No hubo selección de su parte. He pensado que nosotros cuatro tenemos algunas cosas en común que ella distinguía: somos personas solas, con alguna carencia que ha ensuciado nuestro carácter y nuestra relación con el mundo.

–¿Con qué debo asociar tu comentario? ¿Es una intriga o una clase de filosofía? –intervino Yinipro de mal humor.

–Voy a ser curioso... ¿Por qué realizaron un viaje de mil kilómetros para ver a alguien que no conocían? –preguntó Norberto.

Máximo y Silvana, incómodos, respondieron una vez más que el padre de ellos había sido amigo de Cordelia.

–¿Pueden ser más precisos? –insistió Norberto.

A Silvana le temblaban las manos. Miraba a su hermano como pidiendo ayuda; Máximo permanecía ausente, como si se hubiera colocado una máscara para evitar que cualquier gesto delatara lo que pensaba. Al fin Silvana habló:

–Ignoro si Máximo está de acuerdo pero les contaré la verdad. Además ya no es importante guardar el secreto. Con Cordelia muerta nuestro objetivo se ha hecho añicos.

–Podés hablar –autorizó Máximo.

–Es una historia que comenzó hace años. Ignoramos qué nivel de confianza existió entre nuestro padre y Cordelia. Lo que sí podemos afirmar es que nuestro padre la amaba. Papá era empleado de Vialidad Nacional y antes de que nosotros naciéramos trabajó en esta provincia. Papá siempre nos decía que en esta ciudad tenía una gran amiga que protegía su futuro y el nuestro. Era el comentario obligado cuando lo visitábamos en la cárcel de Mercedes allá en Corrientes, donde estaba preso –al decir la última frase a Silvana se le quebró la voz.

–¿Por qué estaba allí? –preguntó Atilio.

–Purgaba una condena por homicidio –Máximo respondió seguro, con aire desafiante, y agregó: –Papá asesinó a mamá el día que yo cumplía cinco años. Mi hermana y yo nos habíamos levantado más temprano por el interés que teníamos en ver qué regalo me habían hecho. Al llegar al dormitorio de nuestros padres vimos a mamá, extendida sobre la cama, con los ojos abiertos y el cuerpo manchado de sangre.

–¿Por qué la mató? –preguntó Kati.

–No lo sabemos. Él la quería mucho y la siguió queriendo después de muerta. Hemos prometido no mentir. Papá la asesinó porque mamá le era infiel –dijo Silvana incómoda, medio ahogada, avergonzada.

–Es un tema triste... aún no sabemos por qué querían conocer a Cordelia –dijo Norberto para cambiar de tema.

–A papá lo visitábamos los domingos. Una tía se había hecho cargo de nosotros. Vivíamos pobremente. Hasta nos faltaba la comida. Al vernos en tal desamparo él decía: "Cordelia, una amiga que tengo en San Luis, nos está esperando para hacernos millonarios" –respondió Máximo.

–Papá relataba que cuando él vivía en esta provincia un camión transportador de caudales había volcado en la ruta a pocos kilómetros de la ciudad capital. Cuando el hecho sucedió mi padre fue el único testigo. La noche del accidente viajaba desde la Capital al obrador de Vialidad donde estaban alojadas las cuadrillas dedicadas al mantenimiento de la ruta. Al presenciar el accidente detuvo la camioneta y se aproximó al camión de caudales con la intención de dar una mano a los accidentados. Ayudado por una linterna ubicó al conductor y guardias entre los pajonales, pero ya estaban muertos. Decidió llegar hasta el pueblo más cercano para dar aviso a la policía. Al regresar a su camioneta tropezó con una bolsa de tela de lona, descocida en uno de los costados, con su contenido a la vista. Imagínense la sorpresa al constatar que se trataba de dinero, mucho dinero. Una fortuna. Suponía que eran dólares. Por ese entonces la gente común sólo conocía estos billetes por el cine. Piensen que no existían casas de cambio ni empresas financieras. Su intuición lo llevo a revisar la camioneta donde encontró otras bolsas idénticas. Ni siquiera lo pensó: como un autómata las cargó en la camioneta. Según contaba él, sabía que para hacer uso de esa riqueza debía esperar, aguantar un tiempo, guardar lo encontrado en un lugar seguro porque una cantidad de dinero semejante mueve a demasiada gente. Desistió de dar aviso a la policía y regresó a la capital de San Luis. Allí existía una persona que lo ayudaría y en quien él más confiaba: Cordelia.

–Recuerdo ese accidente –dijo Atilio–yo acababa de ingresar en el banco. Las sacas nunca aparecieron. El dinero pertenecía a la empresa Kantor que se dedicaba a construcciones de departamentos, financiaciones y otras actividades. La sede principal estaba ubicada en Mendoza. Tanto la policía como el personal de seguridad privado agotaron todas las posibilidades para encontrarlas. Al final la pérdida la cubrió el seguro. Se trataba de una suma estimada en cuatro o cinco millones de dólares.

–Es la cifra de la que hablaba nuestro padre –convino Silvana.

–Se ve que a vuestro padre no le gustaba andar con chiquitas –exclamó Yinipro, y preguntó después: –¿Supone que Cordelia fue la que ocultó el dinero?

–No lo suponemos. Nuestro padre lo decía.

–¿Por qué no vinieron a buscarlo antes? –preguntó Norberto Giménez.

–Muy simple. No le creíamos. Papá tenía las facultades alteradas. Su declinación mental se inició al matar a mamá. Nunca aceptó que él la hubiera asesinado, menos aún que estuviera muerta. Cuando lo visitábamos en la prisión nos preguntaba qué hacía, de qué se ocupaba y por qué no lo visitaba. Cuando éramos niños no nos dábamos cuenta que estaba loco y sus comentarios más que desconcierto nos producían temor. Con los años comenzó a ver a nuestra madre acompañándonos.

Se alegraba con esa presencia imaginada. No bien llegábamos él la saludaba y le comentaba lo que había hecho en la semana. Después de hablar con ella haciendo interrupciones como si estuviera escuchando una respuesta, se ocupaba de nosotros aconsejándonos y pidiendo que le prometiéramos cuidar a mamá y portarnos bien. Decía que en poco tiempo regresaría a casa y nos ampararía en los difíciles años de la adolescencia. "Los voy a cuidar mucho –agregaba–pero no dejen de estudiar; mamá y yo nos ocuparemos que no les falte nada". Sobre el final recordaba a Cordelia. "Debe estar preocupada –decía–se preguntará qué me sucedió, por qué no he regresado a buscar mi fortuna". Para nosotros deliraba. Rogábamos un milagro que le devolviera el equilibrio perdido. Vana esperanza. Las cosas empeoraron y la justicia ordenó su traslado al psiquiátrico. Un lugar tenebroso donde la fe no alcanza. Allí falleció. Al entregarnos las cosas personales encontramos dos cartas: una inconclusa a mamá y otra a Cordelia. En ambas decía: "Ya es tiempo de vivir a lo grande".

En la frase final Máximo apretó con fuerza la mano de su hermana. Necesitaba apoyo.

–¿Qué les hizo cambiar de opinión? –interrogó Norberto y sin dar tiempo a que le respondieran formuló otra pregunta: –¿Influyó la muerte de vuestro padre?

–Un hecho fortuito –contestó Máximo–. En un diario local de Mercedes, allá en Corrientes, se publicó una serie de artículos sobre realidades y leyendas de tesoros perdidos. En una de las notas se hablaba del tesoro del Virrey Sobremonte; en otra, de los tesoros de El Dorado: como ya deben suponer fue allí donde me enteré de la pérdida del dinero en cuestión. Nadie se explicaba qué había sucedido con ese dinero después del accidente. En síntesis, esos artículos periodísticos nos hicieron cambiar de opinión. No quiero decir con esto que estemos seguros que papá decía la verdad. Simplemente nos ha creado la sospecha, la duda. Después, con la ayuda de un comisario que habíamos conocido durante nuestras visitas a la cárcel localizamos dónde vivía Cordelia. No bien tuve el número en mis manos la llamé por teléfono. Esto fue hace una semana. Le expliqué quién era y por qué motivo necesitaba verla. Ella fue cortante. Dijo: "Está bien, los espero cuanto antes". Nos llevó algún tiempo conseguir el dinero para el pasaje. Por eso no vinimos de inmediato.

Máximo hizo una pausa. En silencio cada uno de los presentes analizaba lo que había escuchado. Fue Yinipro quien reinició el diálogo.

–Ya decía yo que la paraguaya ocultaba un secreto.

–¿Los dólares? –preguntó Mariángeles.

–No nena, me estoy refiriendo a la relación sentimental que la unía con el padre de estos jóvenes. Para mí que no dejó de amarlo nunca. Sólo una mujer enamorada hasta el tuétano es capaz de llevar una vida como la que ella llevaba: aislada del mundo, trabajando sin cesar, encerrada en recuerdos, con la esperanza de que su amado regresara.

–Basta de pavadas –intervino Norberto Giménez–. El escribano Rojas debe

estar a punto de llegar y no es momento para escuchar gansadas. Supongo que vendrá a notificarnos que debemos desalojar. Recuerden que Cordelia lo frecuentaba en los últimos tiempos. Tengo la intuición que arregló con él para que desocupáramos esta casa. ¿Qué les parece si hablamos sobre el tema? ¿Qué debemos hacer?

–Esperar, qué otra cosa... –afirmó Atilio–. Antes de una hora sabremos cuál es nuestro destino.

CAPÍTULO VI

El escribano apoyó el maletín sobre la mesa y se mantuvo de pie mientras los pensionistas se sentaban. Al ver que Kati hacía lo mismo, le aclaró que era un tema concerniente a los cuatro pensionistas originarios.

Kati se levantó y antes de retirarse dijo dirigiéndose a Atilio:

–Nos vemos después. Tomá debida nota porque quiero que me contés todo.

–Los he reunido siguiendo instrucciones de Cordelia. Ella me pidió que les leyera una carta –informó Rojas, extrayendo un sobre.

El escribano comenzó la lectura luego de toser dos veces con afectación:

"A mi familia:

Ustedes conocerán el contenido de esta carta cuando ya no esté en este mundo.

Siento que la muerte me anda dando vueltas. No sufro por eso. Tengo muchos años y confieso que gracias a la ayuda de la Virgen Negra he vivido feliz, bien. Nunca estuve enferma ni sufrí accidentes.

Amo trabajar y Dios me ha permitido hacerlo.

Puse cuerpo y alma en la tarea. Con sólo 12 años abandoné mi país y la familia para venir a la Argentina que por aquel entonces era un reino encantado, no como ahora.

Trabajé duro en lo único que estaba a mi alcance: de sirvienta. Así se llamaba por aquel entonces a las personas que se dedicaban a los trabajos domésticos. ¡Qué curioso! Cuando el país andaba bien a los trabajos se les daba el nombre que todos entendían. No se disimulaba.

Recé mucho para que la Virgen Negra me escuchara. Lo que menos me costó fue cuidarme en el gasto. El más alto precio lo pagué negándome a amar, a tener una pareja. Les será difícil aceptar que esta paraguaya durante mucho tiempo estuvo enamorada de un hombre y ese hombre le respondía de igual forma.

Los afectos son una carga para quien decide salir de la pobreza. Que yo llevara una vida de privaciones vaya y pase, pero obligar a una persona que soportara ese sacrificio por amor, era una injusticia.

Los resultados están a la vista. Compré la pensión Virgen Negra, fui dejando trabajos por hora, tomé pensionistas. Cuando alcancé esta posición sentí que la falta de afectos se hacía insoportable. Me decía que ya no era pobre, que podía vivir sin sobresaltos, pero la ausencia de amor me dañaba. Fue entonces que hice caso a mi espíritu y decidí tener una familia.

Nada le pedí a la Virgen Negra: ella me había ayudado demasiado y quien pide sin límites corre el riesgo de perder lo que le han dado.

Pensé y pensé. Noche tras noche. Hasta que encontré la puerta. Supe en qué forma podía lograr lo que quería.

Me propuse crear antes de que la muerte me alcanzara, lo más rápido posible, una familia a mi gusto. La pensión me ayudaría. Debía elegir a mis pensionistas porque ellos serían mis afectos. Ustedes son los elegidos. ¿Qué tuve en cuenta para seleccionarlos? Creo que las personas solas, por un motivo u otro, son proclives a establecer sólidos lazos con desconocidos.

Ahora, con la sensación que la muerte me cerca, quiero proclamar a viva voz que aprendí a quererlos, que si bien no son de mi sangre me siento más ligada que si lo fueran.

Ustedes son los hijos que no tuve. Una madre da consejos y en esta última conversación que mantenemos me permitiré darles algunos.

A Atilio le recomiendo que abandone la idea de que es una persona sin importancia. Que se valorice. Atilio es entretenido, muestra ser un hombre manso pero tiene un espíritu violento por la falta de ideales cumplidos. Debe conformarse con su destino. Si no lo hace sufrirá grandes contratiempos. Sé que Kati lo hará feliz. Es una mujer que ha transitado el infierno y ha sabido dejarlo atrás. Lo ama y hará lo imposible para evitarle cualquier padecimiento.

A Norberto le digo que todos somos abandonados alguna vez. El nacer constituye el primer y más terrible abandono (esta frase le pertenece al escribano Rojas) somos desprendidos del vientre materno con violencia y Dios nos deja en soledad. Norberto carga con la herida profunda que causa el abandono matrimonial. Ese golpe lo ha paralizado y aunque no lo diga, inconscientemente desea permanecer inmóvil hasta su muerte. Es de mis hijos adoptivos quien más me preocupa. Comete el peor de los crímenes: odiar la vida. Aquí está mi consejo: que viva. Lo que fue no tiene remedio.

A Yinipro lo sé inteligente, con ganas de empeñarse en obras importantes. Sin embargo la voluntad le ha sido frenada. A Yinipro lo paraliza la venganza. Desea más que nada tomar revancha. Eso lo lleva a odiar sin límites y lo más triste es que se odia a sí mismo. El hecho de no conocer a su padre, el saber que quien lo engendró no ha querido estar a su lado lo desequilibra. He visto como su ánimo se hace añicos al recibir mensualmente el dinero que le entrega el escribano Rojas. Al no poder desquitarse con su padre lo hace con los que lo rodean. En Paraguay se dice que un marido débil cuando discute con su mujer sale de la casa y le pega al perro. Tengo la esperanza que en algún momento se encontrarán. Que reserve para esa ocasión los malos tratos que siembra a su alrededor. Pelearse con todo el mundo no le sirve de nada.

Ahora hablaré de mi debilidad, de Mariángeles. Ella es dulce, sensitiva, solidaria. Me resulta sorprendente que una persona así mantenga un velo negro y asfixiante en su interior. Sus piernas sin vida son motores insaciables de un sufrimiento que no se expresa. ¿Qué puedo decirle? Es difícil consolar a alguien que padece tal injusticia. Quiero contarle un sueño que tuve: era un día de mucho sol, como la mayoría de los días en esta provincia, las dos estábamos en una llanura sin fin. Esperábamos. Ni

ella, ni yo sabíamos qué. Un círculo de luz nos rodeó por un instante y al desaparecer Mariángeles estaba de pie, sana. Corrimos y corrimos, por la llanura inmensa. Tengo la esperanza que algún día Mariángeles se curará. Mientras esto no suceda, que arroje esa tela oscura que la hace sufrir.

Déjenme que los abrace con el cuerpo y con el alma. A ustedes, mi familia.

Cordelia

P.D.: Cuando el escribano finalice la lectura les comentará otros temas".

Los pensionistas permanecieron en silencio. Ninguno se atrevía a hacer un comentario sobre lo que habían escuchado.

El escribano Rojas, con la solemnidad con que realizaba cada uno de sus actos, dobló la carta y la guardó.

–Bien –dijo–. Ahora debo enterarlos sobre los otros temas que me encargó Cordelia.

Tomó un libro y lo abrió. Impostó la voz y comenzó a leer la escritura de donación irrevocable de la pensión Virgen Negra, a favor de los cuatro pensionistas. Al terminar hizo una pausa, para después agregar:

–Un último punto. Cordelia ahorró sin pausa durante toda su vida. Me consultó cómo podía transferirles a ustedes el dinero ganado sin necesidad de afrontar un juicio sucesorio. Siguiendo mis instrucciones realizó cuatro certificados bancarios por montos iguales –informó el escribano.

Acto siguiente distribuyó los certificados entre los presentes.

–¿Nos dejó dinero? –preguntó Yinipro.

–Dinero y vivienda –rectificó Rojas.

–¿Dónde está la trampa? –interrogó Norberto.

–No hay trampa, es amor–afirmó Rojas mientras cerraba el maletín.

CAPÍTULO VII

Esa noche Norberto, Atilio y Kati se reunieron en el dormitorio del primero.

–Me siento confundido y culpable. Por un lado me parece que estoy soñando y que en cualquier momento despertaré. Por otro me pregunto qué hicimos para qué Cordelia nos beneficiara tanto –dijo Atilio.

–¡Vamos niños! Se ve que sumar años no garantiza el crecimiento y menos aún alcanzar la comprensión –ironizó Kati, agregando: –Cordelia nos amaba y se manejó al ritmo de ese sentimiento. Nunca pensó en un trueque. Nada más alejado del amor que sacar cuentas o hacer inventarios.

–Nos cambia la vida –afirmó Atilio.

–Así es... nos cambia la vida –acordó Kati.

–Perdón... en este tema no escuche que vos estuvieras incluida –dijo Atilio.

–Por supuesto que lo estoy. Cordelia sabía que más tarde o más temprano serás mi esposo –aclaró Kati y como era su costumbre cuando bromeaba sobre el casamiento le pellizcó la mejilla.

En planta baja Yinipro ayudaba a acostarse a Mariángeles.

–Imprevisible la paraguaya –dijo.

–A mi no me sorprendió. Supe, desde hace mucho tiempo, que ella nos había elegido. A medida que el tiempo de convivencia era mayor, ella nos iba haciendo un lugar en la pensión y en ciertas oportunidades dejaba que actuáramos como dueños. Su rigor inicial, con horarios y otras cosas semejantes, se fue diluyendo. Fijate que hasta pudimos construir el quincho, comprar el televisor, no llegar a tiempo a la cena...

–Te hago notar que los ejemplos sólo demuestran que Cordelia tenía una capacidad sin límites para obtener un beneficio sin poner un centavo –afirmó Yinipro.

–Equivocado. Es cierto que a Cordelia ese tipo de inversiones no le interesaba. Ella aceptó porque nos beneficiaba a nosotros. Sabía que tanto el quincho como la televisión nos unirían. Al principio se negaba a colaborar, pero era su estrategia para obligarnos a que persiguiéramos un objetivo en grupo, sin su ayuda.

–No soñés. La paraguaya tenía muy en claro que el quincho valorizaba la propiedad. En cuanto al televisor... bien que le fue de utilidad en los últimos meses de vida. Pero no discutamos sobre algo en que tenemos opiniones tan extremas y firmes. Hablemos de otra cosa.

En el comedor Silvana y Máximo también hablaban sobre Cordelia.

–Papá y ella debieron amarse.

–Si fue así, ¿por qué nuestro padre la abandonó? –preguntó Silvana.

–Es difícil saberlo. Debieron pensar que por mucho tiempo no podían cometer el error de mostrarse juntos. Menos aún gastar el dinero que habían conseguido. A

papá le hubiera costado contenerse. No era el caso de Cordelia. Ella podía tener a su lado la reserva de un banco central sin que se le ocurriera tocar un centavo.

–¿Por qué se casó con mamá si quería a Cordelia?

–Sospecho que lo hizo para no manchar el honor de nuestra madre. No te olvides que mamá se casó embarazada.

–¿Crees en realidad en el asunto del dinero? ¿No será un cuento?

–El dinero está guardado en algún lugar. Lamentablemente esta mujer se murió cuando no debía morirse y eso me hace sospechar que los dólares seguirán bien guardados.

–¿Cuándo regresaremos a Mercedes?

–Por ahora no. Pediré ayuda a los pensionistas. Les diré que pagaremos nuestra estadía con trabajo. Ahora ellos son los dueños. Vos te ocuparás de la cocina y de Mariángeles; y yo atenderé el fondo, podaré las plantas, limpiaré, pintaré o lo que sea necesario para que nos dejen vivir aquí...

–Y mientras tanto buscarás el dinero.

–No vinimos de tan lejos para volvernos sin intentarlo.

Norberto Giménez se despidió de Atilio y Kati. En planta baja Mariángeles le pidió a Yinipro que la acompañara esa noche porque no quería estar sola. En el comedor Máximo dijo: "¡Qué tarde es!, vamos a dormir".

Atilio, acostado de espaldas, miraba el cielorraso del dormitorio.

–¿En qué pensás? –preguntó Kati.

–En la paraguaya. En su vida. Resulta increíble que trabajando de sirvienta lograra comprar este edificio y tener plata en el banco. –Quizás el dinero que nos dio no era suyo.

–No creo que Cordelia defraudara la confianza de su amante. Por otro lado eso de los dólares es un invento. Una leyenda de los correntinos.

–Mira... llamame ingenua si querés, pero no estoy convencida que los cuatro millones sean pura fantasía. ¿Y si los encontramos? Ese dinero nos cambiará la vida. Sólo lamento que a ninguno de ustedes se les haya ocurrido comenzar a buscarlo. Ella sólo disponía de esta pensión para esconderlo. Por lo tanto el dinero está muy cerca nuestro.

–Tu propuesta es que tiremos el edificio abajo.

–No exagerés, gordito. Se trata sólo de picar un poco aquí o hacer un agujero un poco más allá. Debemos guiarnos por la intuición.

–Los hombres no poseemos ese sexto sentido, tal vez puedas darnos una pista.

–Lo haré.

–Mañana mismo compro pico y pala –bromeó Atilio.

–Te hablo en serio. ¿Qué es lo que más llama la atención en el jardín?

–El quincho, sin lugar a dudas. En especial porque cuatro inútiles lo construyeron –siguió burlándose el hombre.

–Los dólares, mi adorado gordito, nuestro futuro en color maravilla, reposan detrás de las mayólicas de la Virgen Negra. Cordelia, en su devoción, entregó ese dinero a la Virgen y si mi intuición no me falla le prometió todo lo que tenía para que su amante regresara.

–Supongamos que tengás razón. Me gustaría saber que has pensado sobre la participación de los otros pensionistas.

–No soy una mujer malvada. Los dólares nos pertenecen a todos por partes iguales, incluidos Máximo y Silvana. Somos siete. Se trata de una simple operación matemática. Se divide por ese número y asunto concluido –contestó Kati.

–¿Por qué los correntinos y nosotros nos beneficiaremos con dos partes? Me parece injusto –dijo Atilio.

–Entonces dividamos por cinco. Lo que da la bonita cifra de ochocientos mil dólares, contando las parejas como a una sola persona.

Atilio no respondió. Se acercó a la mujer y le dio un beso tierno, suave, que después se transformó en apasionado.

Kati lo detuvo, dijo que esperara y se sacó el camisón. Al regresar a los brazos del hombre le comentó que a ella le gustaba festejar por anticipado.

En planta baja Yinipro no sabía qué responder ante el pedido de Mariángeles. Al fin, sin moverse de su lugar, contestó por supuesto, no tengo problema, te acompañaré esta noche.

Cuando se dirigía a un sillón donde pensaba dormir, Mariángeles sugirió: acostate conmigo.

Yinipro se desvistió y con mucho cuidado ingresó en la cama. Se sentía nervioso.

–Me resulta difícil decir esto –dijo Mariángeles cuando el joven se acomodó al lado–. No quiero que interpretes mal, sólo necesito saber que alguien está a mi lado. Necesito dormir y si me siento sola no podré. La muerte de Cordelia me ha dejado muy vulnerable. La quería como si fuera mi madre.

–No te preocupes, nada más lejos de mi ánimo pensar que me proponés relaciones sexuales.

–¿Por qué soy una inválida?

–Tus problemas físicos no me condicionan. Te haré una confesión. Esta noche se presta a confesiones. Soy virgen o casto. La verdad que ignoro cuál es la palabra correcta para referirse a un tipo que jamás estuvo con una mujer. Tengo un problema con el sexo. La verdad, la triste realidad, es que cada día veo más lejos mi posibilidad de debutar. Tu incapacidad Mariángeles solo influye para que yo me anime a tocar el tema. Si no fueras inválida nunca se hubiera dado esta conversación. Me considero tu par, un igual, yo también soy inválido. Entre nuestras incapacidades sólo hay una diferencia: vos deseas curarte y yo no estoy seguro de quererlo.

–¿Por qué?

–No acierto con la respuesta. Te puedo contar ciertas suposiciones elaboradas en momentos de debilidad, porque si tengo las pilas puestas en el tema no me atrapa ni un segundo. Supongo que mi padre tiene algo que ver, su anonimato, mi condición de hijo natural, nuestro desconocimiento, deben haber dañado mi mente, yo no podría tranquilizar mi conciencia con un envío mensual de dinero. Reacciono ante la paternidad. No me creo en condiciones de procrear. Por tanto mi querida Mariángeles conmigo no estás expuesta a un requerimiento sexual. Ahora te propongo que durmamos. Ha sido un día largo y pesado.

La joven apagó la luz del velador. En la oscuridad buscó la mano de Yinipro y la apretó. El sueño no tardó en llegar.

En el primer piso Norberto Giménez dormía y soñaba que Mariel estaba a su lado. Tan bella como siempre. Norberto se preguntaba en el sueño cómo era posible que estuviera allí teniendo en cuenta que lo había abandonado. Se respondió que no tenía sentido formularse es pregunta; lo que debía hacer era someterse a los hechos, no discutirlos. Así fue que siguió soñando como si nada hubiera ocurrido entre los dos. La vio sugestiva, saliendo de la ducha con un toallón anudado a la altura de los senos. Ella montaba sobre él, gimiendo con cada penetración. La escena cambió. Ahora estaban sentados en la cama del dormitorio, vestidos, sin memoria de haber hecho el amor. Mariel decía: "Te dejo, no por falta de amor, no por odio, no por maltrato; te amé y te seguiré amando pero necesito darme al mundo, recorrer el tiempo que me ha sido otorgado". "No puede ser cierto", negaba Norberto en el sueño y agregaba: "Hay otro, alguien más joven, más hermoso; pero dudo que su amor logre superar el mío". El sueño comenzaba a ser una pesadilla porque el hombre se denigraba: "Quédate a mi lado aceptaré lo que dispongas, puedes tener un amante o varios pero no me abandones". Mariel decía: "Lo siento". Se levantaba y su figura se desdibujaba. Norberto antes que desapareciera gritaba: "Soy rico, muy rico, no me abandones, y mostraba una bolsa que desbordaba dólares. Permanecé a mi lado. Este dinero es tuyo".

En el jardín de la pensión Virgen Negra una brisa suave acariciaba las plantas. No se veían ni lo senderos de laja, ni las mayólicas, ni los asientos.

En esa oscuridad todo era posible.

CAPÍTULO VIII

Se aceptó por unanimidad que los correntinos siguieran viviendo en la pensión, conviniendo que dormirían en el dormitorio que había usado Cordelia. Para pagar la estadía Silvana se desempeñaría como cocinera y acompañante de Mariángeles, mientras que Máximo se ocuparía de mantener limpios los espacios de uso común y el jardín.

Atilio propuso asar un chivito.

–El domingo, al mediodía –dijo.

Primero compraron la leña. Eligieron algarrobo por ser generoso al momento de entregar brasas y lenta para consumirse. Después fue el turno de adquirir el animal. No debía pesar más de siete kilogramos. Al llegar el turno de elegir el vino Atilio se inclinó por el tinto. Para hacer las ensaladas compraron tomates, cebolla, lechuga, ajíes picantes. Para el postre optaron por el helado.

–En tres horas les serviré un manjar –proclamó Atilio mientras acomodaba la leña en el asador.

Cuando la fogata tomó cuerpo colocó encima la parrilla, para "quemarla". La grasa de un anterior asado crepitó.

Atilio extendió el animal sobre la mesa de madera donde le cortó la cabeza y sacó las vísceras, que descartó arrojándolas en el canasto de basura.

–¿Eso no se come? –preguntó Kati.

–Por supuesto.

–¿Entonces?

–Simple... no sé cómo prepararlas. No revelés el secreto: mis conocimientos culinarios son reducidos. Una de las vísceras da mal olor, ignoro cuál es. Ante la duda me dedico a lo que sé. Sólo dejo los ríñones, que están pegaditos al espinazo, imposible que me confunda. ¿Conforme? –concluyó y comenzó a salar. El salado no era uniforme. En los cuartos ponía mayor cantidad que en las costillas y lomo.

–¿Compraste el chimichurri? –preguntó Kati.

–Lo haremos nosotros. Por lo menos sabremos la calidad de los ingredientes que empleamos... preparé abundante ensalada... es un animal pequeño y si no llenamos con otra cosa nos quedaremos con hambre.

–Por las dudas les serviré una picada de quesos, salame y aceitunas –informó Kati.

Colocó el chivo sobre la parrilla. Como si este hecho obrara de contraseña llegaron los comensales, intercambiando bromas sobre la dudosa capacidad de Atilio como asador, diciendo que era conveniente tener el número de teléfono a mano de una rotisería por si el cocinero fracasaba. Atilio respondió que él, de asar, sabía "un montón". Para demostrar la sabiduría que se adjudicaba les explicó, con aire de estar

de vuelta, qué tipo de leña debían elegir, el modo de esparcir las brasas para lograr una mejor concentración del calor en las zonas de más carne, evitando que el resto del animal se tostara hasta adquirir el repugnante color negro carbón.

Agotada la conversación anterior, Atilio les pidió atención porque quería darles una noticia.

–Esta semana me dediqué a aclarar un tema, que a mi ver andamos esquivando –dijo y luego dirigiéndose a Kati le pidió una caja que estaba sin abrir sobre la mesada–. ¿Me alcanzás? Al recibirla la abrió, distribuyendo el contenido sobre la mesa: varias fotocopias y un expediente.

–Insisto en que me presten atención. Es importante.

–Con mucho gusto siempre y cuando no dejés quemar el chivo –Contestó Yinipro, que se había sentado sobre la silla a horcajadas.

–No hay peligro. Recién lo daré vuelta dentro de una hora.

–¿De qué tratan esos papeles? –preguntó Norberto.

–Iremos al grano. Todos conocemos la historia del dinero. Si bien el hecho aparece como fantástico a cualquiera le pica la curiosidad. Aunque no lo digamos a viva voz, tenemos ganas de comprobar cuánto hay de cierto. Nos preguntamos: ¿Y si es verdad? Nos daría placer recibir una suma que nos asegure el futuro. Por lo tanto decidí investigar. Fui a los archivos de los diarios y después de un trabajo intenso ubiqué la noticia del accidente. Con esta información en mis manos y con la ayuda de un oficial de justicia que era cliente del banco donde yo trabajaba, pude leer el expediente penal que se labró en aquella oportunidad.

–No des tantos rodeos –criticó Máximo, inquieto.

–El accidente ocurrió tal como ustedes lo contaron. También es cierto que el dinero que transportaba la camioneta nunca fue encontrado y que los ocupantes del vehículo fallecieron en el acto. La búsqueda fue intensa, pero después de transcurrido el tiempo estipulado en la póliza de seguros, la compañía tomó a cargo la pérdida. Aquí me quiero detener, porque de las actuaciones judiciales surge un hecho que para mí es fundamental.

–Desesperados por escucharte –dijo Mariángeles.

–Se trata de una declaración de un testigo. Un tal Omar Benítez, gran tomador, un linyera que no se separaba de la damajuana de vino. Esa noche, me refiero a la noche del accidente, perdido por el alcohol, se durmió entre los pastizales. Al ser interrogado dijo que fue despertado por un ruido fuerte de chapas, que cuando tomó conciencia vio que se trataba de un vuelco, que tuvo intenciones de ayudar, pero las piernas no le respondieron y se quedó sentado, que quiso llamar la atención gritando pero nadie le respondió, aclarando que no estaba seguro de haber gritado, que vio llegar a otro vehículo, una camioneta con el chofer como único ocupante. Que éste bajó y anduvo mirando por todos lados, que cargó bolsas y paquetes...

–Todo concuerda –reflexionó Silvana en tono bajo.

–No sé si la justicia tomó en serio la declaración del linyera. En el expediente sólo consta que meses más tarde al intentar ubicarlo para que ampliara su declaración les fue imposible encontrarlo.

–Lo que contás ratifica lo que decía mi padre –dijo Máximo.

–Así es. Por eso he decidido no quedarme con los brazos cruzados haciéndome el distraído, buscaré ese dinero y seré feliz si en esa búsqueda participamos todos. Como diría un amigo mío al que le encanta jugar al fútbol, les he tirado la pelota, veamos qué pueden hacer con ella.

–Desde este momento acepto la invitación –dijo Máximo.

No hubo oposición. Kati preguntó si ella estaba incluida en la invitación.

–Para mí vos sos la única que debe quedar afuera. Cordelia no te consideró heredera en su carta. Por lo menos los correntinos trajeron el dato –bromeó Atilio y agregó: –les cuento mi idea. El dinero, si existe, no puede estar oculto en otro lado que no sea en este edificio. Por lo tanto debemos establecer un sistema que nos permita encontrarlo, produciendo el menor daño posible al edificio.

Dicho esto hizo un extenso análisis de las soluciones que había pensado. Los presentes aportaron otras.

–Propongo que tomemos un respiro. Que cada uno se asesore y recién entonces optemos por el camino a seguir –afirmó Yinipro.

–Buena idea. Además, es hora de dar vuelta el chivito.

A las dos de la tarde comenzaron a comer y hubo elogios para el asador; y para Kati, responsable de las ensaladas. En la mitad del almuerzo Mariángeles dijo:

–Necesito plantearles algo... hemos recibido dinero de Cordelia y por lo que sé ninguno de nosotros piensa abandonar por el momento la pensión. Nos sería de mucha utilidad que compráramos un automóvil.

–¿Para qué? –preguntó Norberto.

–Un auto da libertad, podremos pasear, Atilio no tendrá que recurrir a los taxis cuando va al supermercado, en fin... tu pregunta es ingenua. Propongo que sea un auto amplio, nuestra familia es numerosa –dijo Kati.

–Lo suficientemente cómodo para que ingrese esta inválida –agregó Mariángeles.

–Lo ideal sería conseguir una rural con tres filas de asientos –colaboró Norberto.

–Con el auto nos divertiremos en el próximo Carnaval. Cargaremos un arsenal de baldes con bombitas –dijo Atilio.

–Totalmente de acuerdo. Nos veo llegando a las bailantas con el techo corredizo abierto... porque el auto debe tener techo corredizo –agregó Kati.

Al terminar de comer, satisfecho el estómago y con el ánimo suelto que da el alcohol, uno de los comensales preguntó qué harían con los dólares que iban a encontrar.

–Trataré de curarme –informó Mariángeles.
–Me compraré una quinta cercana y haré muchos viajes –dijo Atilio.
–Pondremos un negocio aquí en San Luis –respondió Máximo.
–Tal vez termine mi carrera universitaria –dijo con desgano Yinipro.
–No tengo planes –afirmó Norberto.
Comenzaba a caer la tarde sobre la pensión Virgen Negra.

CAPÍTULO IX

Una noche calurosa, sin luna, con abundantes estrellas, Kati, a eso de las tres de la mañana, fue en busca de aire al jardín de la pensión.

Se sentó en el muro que rodeaba la fuente... y respiró profundamente.

"¿Por dónde andará Cordelia? –se preguntó–En qué lío nos metiste. ¿Cómo haremos para salir de esto? Debiste dejarnos una pista. ¿Por qué no le dijiste al acartonado de Rojas dónde estaba el dinero? Vieja pícara. Juego doble contra sencillo que te divertís mucho con nuestra confusión".

Unos golpes sordos llamaron la atención de Kati.

"¿Qué fue eso?", se preguntó.

Los golpes se repitieron. Se puso de pie. Para darse fuerzas se dijo: "Se trata de un ratón". La idea le produjo un efecto no deseado porque al instante imaginó un ratón de dimensiones colosales, peligroso.

Era Máximo. En cuclillas, sacando las lajas de los senderos. Después de retirarlas hacía un pozo en el lugar, tanteaba el interior y al no encontrar lo que buscaba volvía a colocar las piedras con prolijidad.

"Nuestro correntino trabaja doble jornada", se dijo Kati con mal humor. Enojo que le hizo hervir las mejillas y secar la boca. Dudó antes de intervenir porque su espíritu estaba deseando una acción rápida y dañosa. "Ante las traiciones, las calenturas no sirven. Debo actuar con tranquilidad".

Se acercó a Máximo y esperó que éste la descubriera.

El joven se sobresaltó al notar su presencia.

–Trabajas demasiado –afirmó Kati, mirándolo con desprecio.

–Me asustaste.

–No era mi intención... si se trabaja a escondidas siempre te pueden asustar. Es lamentable que hayas elegido el camino equivocado.

–¿Camino equivocado? –repitió Máximo y agregó: –No es lo que imaginás.

–Vení, sentémonos en el muro de la fuente. Si me contás lo que hacías evitarás que prejuzgue.

Máximo la siguió, obediente; y se sentó al lado de la mujer.

–Este trabajo beneficia a todos. Soy joven y tengo más energías que Atilio y Norberto y más ganas que Yinipro.

–Increíble. Me siento culpable.

–No te burlés... no tenía intención de quedarme con el dinero.

–Eso lo descarto. Nunca pensé algo así. Creo sí que no tenés intención de dividir.

–Es lo último que pasaría por mi cabeza... qué tonta sos –dijo Máximo en tono cariñoso acercándose a la mujer.

Cuando estuvo casi pegado a ella la abrazó. –¿Es que no te has dado cuenta todavía? –preguntó.

–¿De qué? –interrogó a su vez Kati.

El joven la apretó suavemente y le dijo:

–Me gustás. Yo creo que ya lo sabés. A las mujeres no se les escapa la mirada de un hombre enamorado.

–Tenés razón en eso.

–Ahora sí, estamos hablando con el corazón.

–Yo también lo siento así –respondió Kati con ironía.

–Siempre me pregunté qué hacía una mujer como vos junto a un hombre anciano. ¿Qué puede ofrecerte? Me decía que tarde o temprano te fijarías en mí. Yo puedo enseñarte cómo ama un hombre joven.

Kati con gesto de cansancio explicó:

–Tengo que confesarte que he conocido distintos tipos de sexo. Sexo joven, maduro, tierno, agresivo... pero siempre es bueno aprender algo nuevo. Me parece, no creo equivocarme, que me estás proponiendo orgasmos descomunales, inolvidables.

–Dicho de esa forma suena feo. Mejor sería decir que te prometo un amor único.

–Seré leal: los versos le vienen bien a las adolescentes. Hablaré con los otros para denunciarte. En mi vida de prostituta conocí traiciones varias. A vos te falta talento para fabular y convencer. Al verte me pregunto quién se encarga de cambiarte los pañales. En algo sos diferente a los malvivientes que conocí y por eso recordaré esta noche. Sos un traidor estúpido, sin condiciones para el ardid.

–Kati, por favor, hablo en serio, te quiero.

–Un consejo: antes de dormir repetí mil veces "no debo traicionar porque como traidor me veo ridículo".

Kati se puso de pie y se dirigió a la casa. Allí despertó a Atilio y le contó lo sucedido.

–¿Así que el mozo quiere quedarse con todo?

–Con tu mujer inclusive. No sólo le interesan tu dinero, también desea poseer esta belleza que te acompaña.

–No lo culpo.

–No me tomes el pelo. Me preguntó por qué me había enredado con un viejo como vos.

–Tiene razón... ¿qué hacés con este anciano? –preguntó Atilio riéndose.

Kati lo abrazó.

–La respuesta es sencilla. Los viejos ya están de vuelta, no son mañosos para el amor y tienen experiencia –contestó la mujer mientras recorría el cuello de Atilio con besos tiernos y breves.

En los días siguientes los habitantes de la pensión se reunieron para tratar la

situación de los hermanos correntinos. Pretendían obrar con justicia por más que la actitud de Máximo era dañina.

Llegar a un acuerdo fue una tarea dura. Sobre el final sólo quedaban en pie tres mociones. La primera, pertenecía a Yinipro, era terminante: los hermanos debían irse de la pensión. Por aquello de "muerto el perro se acabó la rabia", decía. La segunda proponía hacer vista gorda y no hablar más del tema. Pertenecía a Mariángeles que sostenía el perdón como forma de encarrilar a las personas. La tercera, de Kati, adoptaba una posición intermedia. Proponía que los hermanos siguieran viviendo en la pensión pero con estricto control. La votación final se inclinó por esta última moción.

Se definió un horario de vigilancia de tal forma que los hermanos estuvieran siempre acompañados. Tarea que no fue difícil por cuanto ninguno de los integrantes de la pensión tenía obligaciones laborales.

Acordaron en revisar y modificar el horario una vez por semana para que nadie se viera perjudicado. Atilio, en su condición de ex bancario, sería el encargado de la supervisión general.

CAPÍTULO X

Días antes de que se iniciaran los festejos de carnaval los pensionistas conversaban sobre los disfraces que usarían.

–Me disfrazaré de oso –comentó Atilio sonriendo.

–Un oso extraño, un oso calvo –dijo Kati.

–Seré un hada... tengo listo el vestido. Sólo me resta encontrar una varita mágica, y en lo posible milagrosa –intervino Mariángeles.

–Todavía no lo he decidido, debo elegir entre varias alternativas. Por el momento me inclino por disfrazarme de Jack el Destripador –dijo Yinipro.

–¿Cómo es ese disfraz?

–Simple y económico. Busco un cuchillo de carnicero y vísceras de vaca, simulo hacer cortes. Me impregno en sangre. Un corazón de vacuno bien estrujado en una de mis manos logrará un efecto sorprendente.

–¡Qué asco! –calificó Mariángeles.

–¿A nadie le interesa de qué me disfrazaré? –preguntó Kati contrariada–. Se los diré lo mismo. Seré una prostituta. Un disfraz que va con mi personalidad.

–A lo mejor extrañás –dijo Atilio tomando a Kati por la cintura, en forma cariñosa.

–En mi caso el tiempo pasado no fue mejor... éste es el tiempo que disfruto. Sólo me faltan los papeles para ser una mujer feliz –respondió Kati ante la demostración de afecto.

–De nuevo con el casamiento –protestó Atilio.

–Yo no me disfrazaré –informó Norberto–. No necesito careta para sentirme cómodo.

–¿Y ustedes? –preguntó Mariángeles a los hermanos correntinos.

–De Pombero –contestó Máximo.

–¿Qué es un Pombero?

–Un duende, quizás el más conocido de la mitología litoraleña.

–Yo seré gitana –dijo Silvana.

–¿Por algún motivo especial?

–Porque los gitanos son alegres, les gusta bailar y se enamoran con facilidad.

–¿Qué salón elegiremos para ir a bailar? –preguntó Yinipro.

–Todos. No dejaremos uno sin visitar –prometió Kati.

–No se olviden que me prometieron llevarme a chayar –recordó Mariángeles.

–Tu familia postiza te dará el gusto –contestó Atilio acariciándole la cabeza.

–Para ser una familia necesitamos tener una mascota –reflexionó Yinipro y agregó de inmediato: –Me ocupé personalmente de cubrir ese vacío.

–No me digás que compraste un perro –interrogó Mariángeles.

–No.

–Un gato –intentó adivinar Silvana.

–No.

–Ya sé: un loro –arriesgó Norberto.

–No acertarán jamás.

–Una víbora –intervino Máximo, que no se daba por vencido.

–Señores: los pensionistas de Virgen Negra son dueños desde ayer por la tarde de dos casales de jerbos.

–¿Jerbos? –preguntaron a coro.

Yinipro metió la mano en el bolsillo del pantalón. Cuando la sacó las mujeres dieron gritos histéricos: "¡Un ratón, qué asco!", exclamaron.

–Error –dijo el joven acariciando la cabeza del jerbo.

–¡Qué asco! –reiteró Kati al notar la extensa cola del animal.

–No es un ratón, pertenece a la familia de los dipodidos. Los jerbos más conocidos son los llamados "de Egipto". Se caracterizan por tener las extremidades anteriores cortas y las posteriores larguísimas. De vida nocturna, corren apoyándose únicamente en las patas traseras. Si se sienten amenazados pueden dar saltos de cinco o más metros. Debo confesarles que lo que acabo de decir me lo enseñó el vendedor... ¿les gusta? –preguntó Yinipro al final.

–Para mí sigue siendo un ratón –insistió Kati.

–Con suerte, en poco tiempo tendremos un gran criadero de jerbos –informó Yinipro sin hacer caso a los dichos de la joven–. Compré dos parejitas.

Mariángeles, al pasar cerca de Yinipro para dirigirse al dormitorio, le dijo: –Vos estás loco.

–A mí el bicho me gusta –replicó Yinipro malhumorado.

CAPÍTULO XI

Trataron de hacer el menor daño, rompiendo por sectores, con límites precisos. Iniciaron la tarea por el comedor, trasladaron los muebles a las otras habitaciones y lijaron las pinturas de los muros y cielorrasos con la idea de que esa tarea podía evitarles abrir "a tontas y locas". Kati fue afectada por el polvillo en suspensión. Se le irritaron los ojos, se coloreó la piel, respiraba con dificultad. Aún así no dejó de trabajar.

Descubiertas las paredes inspeccionaban centímetro a centímetro. Ante la mínima alteración del revoque fino despejaban el área con martillo y punzón. Grande era la desilusión al encontrar un caño.

–Deberemos descubrir hasta los ladrillos –se quejaba Norberto ante cada fracaso.

–¿Qué haremos con los escombros? –preguntó Yinipro.

–Todo un tema. A los vecinos les llamará la atención –contestó Atilio.

–No vean fantasmas donde no hay. Con ese criterio los vecinos ya tendrían de qué hablar. ¿Suponen que no escuchan los martillazos? San Luis es un pueblo chico y se vive pendiente de lo que les pasa a los otros. Si nos preguntan nos limitaremos a contestar que estamos remodelando la herencia recibida porque a esta altura todo el mundo debe saber que Cordelia nos donó esta pensión –explicó Mariángeles.

El primer día de carnaval las paredes quedaron desnudas.

–Aquí no los ocultó –dijo Yinipro dejándose caer en un rincón de la habitación, extenuado.

–Ya les dije. Si me hubieran hecho caso se ahorraban el trabajo. Una bolsa de dinero no entra en treinta centímetros de ladrillo –comentó Kati.

–Tenés razón siempre y cuando creas que los dólares fueron mantenidos en el envase original, cosa que dudo –contestó Atilio.

Silvana, la joven correntina, intervino con timidez manifestando que si a ella le tocara decidir iniciaría el trabajo por los pisos.

–Lo pensaremos, pero a partir del lunes, porque nos hemos ganado un merecido descanso –aclaró Norberto.

–Si señor... a disfrutar del carnaval –exclamó Kati.

Esa tarde Mariángeles y Silvana reunidas en el dormitorio de la primera se dedicaron a dar el último toque a sus disfraces.

A media tarde Silvana preguntó: "¿Cómo me queda?" mientras giraba para que la pollera y enagua se separaran del cuerpo.

–Muy bien. Te ves preciosa.

–¿Parezco una gitana?

–Ya lo creo... debés cubrirte el pelo con un pañuelo y usar muchas joyas.

–Lo pensé. Kati me prestó pulseras y aros de fantasía que a lo lejos parecen de oro.

–Esperemos que ningún amigo de lo ajeno se confunda porque te arrancará las manos o las orejas –dijo Mariángeles, pero al ver la preocupación que provocaron sus palabras se apresuró en aclarar: –Es una broma, los ladrones no son tan estúpidos para confundir lata con metal. Además nos moveremos en grupo... ¿me podés ayudar? –preguntó al final mostrándole el bonete de cartón que usaría de sombrero.

–¿Cómo se ve?

–Me gusta pero podemos mejorarlo. Usaremos un encaje para darle cierto vuelo, que se complementará con el movimiento de la capa.

–Mirá que si el bonete tiene mucho peso no podré sostenerlo sobre mi cabeza.

–Quedate tranquila, le daremos forma. También necesitás algo de brillo para que parezcas irreal, rodeada por un halo dorado. Creo que la mostacilla logrará ese efecto.

–¿Te gusta la varita mágica?

–Me llamó la atención las flores con que decoraste el mango.

–La idea es que no se vean mis manos... lo que me cuesta disimular es la silla de ruedas. He pensado en un panel de madera balsa que asentaré en los antebrazos de la silla. Si pudiera hacerlo como lo imagino me vería como si flotara en el aire.

–Te admiro–la interrumpió Silvana y continuó con determinación: –admiro tu temple. Removés cualquier obstáculo. Cuánto me cuesta a mí hacer lo mismo. Me quiebro con facilidad. Yo en tu lugar pasaría el día encerrada, en cama, abandonada.

–Es imposible saber cuál será la respuesta ante un hecho desgraciado. Los golpes te hunden o fortalecen. Es algo que te nace adentro. Me parece mal que te definas como débil. Ante un hecho desgraciado Dios decidirá por ti.

–Soy cobarde. Ante dificultades menores me atemorizo...

–Insisto... el espíritu te da sorpresas. El débil se transforma en león y el valiente puede llegar a ser una gallina.

–Si tuviera fuerza de voluntad no me quedaría acá un minuto más. Eso demuestra mi carácter enclenque. Los dólares no me interesan.

–¿Qué te detiene?

–Máximo ha enloquecido. El dinero lo ha alterado. Lo sucedido con Kati demuestra que está dispuesto a cualquier cosa. Es curioso cómo afecta a las personas el dinero. Ni siquiera sabemos si esa fortuna existe. Lo decía papá, y papá estaba enfermo. No era una persona normal. Pudo inventar.

Con esta última frase Silvana ya no pudo detener el llanto y para ocultar que lloraba abrazó a Mariángeles, con fuerza.

Atilio y Kati, en el dormitorio, también se ocupaban de los disfraces. En realidad la tarea de Kati era terminar el disfraz de oso que usaría su pareja, porque el de ella, como decía, "lo tengo listo, mucho rubor y pintura de labios, vestido pegado al cuerpo,

zapatos con tacos altos, perfume pegajoso, sin olvidar las pestañas postizas".

–Me das mucho trabajo. No sé cuántos metros de tela he usado para cubrir tu buche. Cuando no falta tela para adelante, falta para atrás. Para colmo ahora se te ocurrió llevar careta. Como si fuera tan fácil.

–Basta de protestas cervatilla adorada, si seguís hablando me quedaré sin baile.

–Te daré un consejo, gordito: bailá poco. Las costuras reventarán y el calor te sofocará.

–Transpiraré hasta el dedo meñique pero no dejaré de mover el esqueleto. Dale reina, más aguja y menos lengua.

A pocos metros de allí Yinipro descansaba en su dormitorio, recostado sobre la cama, la cabeza apoyada sobre las manos, mirando con ternura una caja ubicada sobre el sillón cercano al televisor.

En esa caja tenía su disfraz: un traje de color negro, con chaleco, camisa con cuello almidonado y ojales en los puños para usar gemelos, zapatos charolados con guardas de color blanco, sombrero de ala quebrada en el frente, anteojos con lentes ahumados. En el respaldar de la silla había apoyado dos metralletas de juguete de gran parecido a las reales. "Son iguales a las que usaban los gangsters en la época de la ley seca, me siento Al Capone", reflexionaba.

Cerca de la silla, una valija de considerable porte con el signo pesos inscripto en los laterales lo hizo sonreír.

Se levantó y fue hasta la jaula donde guardaba los casales de jerbos. Sacó con delicadeza dos animales y se puso a jugar.

–Ustedes me tienen a mí como padre, pero no se confíen, cualquier día me hago humo.

Norberto, en su habitación se odiaba por lo que pensaba.

Desde que Mariel lo había abandonado se propuso olvidarla, pero su ex mujer regresaba, calentándolo, con el perfume floral que recordaba, con la suavidad de sus senos, su voz seductora y el aliento envolvente. Recaía en la adicción a sus muslos abiertos, magnéticos, atrapantes. Hubiera dado todo lo que tenía para que la indiferencia se adueñara de su espíritu y Mariel pasara a ser insignificante, un grano de arena en la playa.

Él sabía, y le molestaba, en qué terminaban sus evocaciones. La mano acariciando el bajo vientre, mientras se imaginaba grandes cuchilladas que hacían sollozar, gemir, dar gritos a su ex mujer. Después la explosión blanca y de inmediato el vacío.

–Debo ocupar mi mente, doblegarla. Pensar en otra cosa...

Así era el clima de la pensión Virgen Negra. Clima que cambió al anochecer cuando cargaron la rural con un arsenal de bombitas dispuestos a la chaya.

Norberto se encargó de conducir, a su lado se ubicaron Atilio y Kati. En la hilera intermedia de asientos iba Mariángeles y Yinipro. Atrás los hermanos correntinos. La ubicación de Mariángeles no fue producto del azar. A esa altura se encontraba

el techo corredizo de la rural. Afirmaron la silla de rueda sobre el asiento de tal forma que la joven pudiera mantener medio cuerpo fuera del automóvil. También acomodaron una mesa ratona en el espacio libre donde asentaron los baldes cargados de bombitas, de tal forma que Mariángeles las tuviera a su alcance.

Kati prefería recorrer los barrios próximos al puente Favaloro pero la mayoría decidió dirigirse al sur pasando el río Seco. No bien dejaron atrás el túnel que comunica el casco céntrico con la nueva ciudad formada a partir de la construcción del barrio El Hornero, el ambiente en las calles cambió. Niños y adultos de ambos sexos jugaban al carnaval. Chayaban. Recorrieron la avenida paralela al cerro El Lince. En la segunda recorrida ya se habían integrado al juego generalizado.

–Allá vienen –advertían los vecinos al ver aparecer la rural.

–Los que están cerca de la farmacia están bien pertrechados –comentaba Atilio para identificar al grupo a que se refería.

Cuando arrojaron todas las bombitas y ya no podían seguir chayando decidieron regresar.

–Me he divertido como nunca –afirmó Mariángeles.

–Debemos cambiarnos con rapidez si queremos llegar al baile temprano –intervino Silvana.

–Hay tiempo –contestó Kati desde el otro extremo del vehículo.

Faltaban pocas cuadras para llegar. Un joven se disponía a cruzar en la esquina. Atilio aminoró la marcha, hecho que aprovechó Mariángeles para arrojar al peatón una bombita que había ocultado.

La bombita se estrelló sobre el pecho del transeúnte. Este, cuando se sobrepuso a la sorpresa, miró a Mariángeles y gritó: "Loca de mierda ¿por qué no mojás a tu abuela?". Yinipro sintió un intenso calor en las mejillas y deseos de golpear al joven. Quiso salir del automóvil por el techo corredizo pero Norberto aceleró.

–Pará... que lo mato.

Norberto aumentó la velocidad.

–No es nada, no debí mojarlo. No estaba jugando. Fue mi culpa. Te agradezco que quieras defenderme... –dijo Mariángeles con tristeza.

–No quiero defenderte... ando con ganas de desquitarme con alguien y ese tipo venía al dedillo, lástima que nuestro chofer me robó la oportunidad.

CAPÍTULO XII

El salón de la bailanta "Fiebre" estaba repleto. En la vereda, mascaritas y clientes pugnaban por ingresar pero cinco jóvenes de físico trabajado y carácter hostil se encargaban de impedir la entrada de quienes no habían reservado con anticipación.

No fue fácil alcanzar el gran portón que servía de entrada al salón. Soportaron empujones, quejas y algún toqueteo, que no se limitó a las mujeres del grupo. En el interior se desplazaron con mayor comodidad porque la mayoría de los asistentes bailaban en la pista central.

El mozo que los atendió cubría su rostro con una careta de Drácula. Al traer el pedido, corrió la máscara hacia atrás recomendándoles que recordaran su rostro si decidían dejar propina porque el patrón, tacaño por demás, había comprado a buen precio todas las caretas iguales y "nunca falta un vivo que quiera aprovecharse del trabajo ajeno".

Con los últimos acordes de la orquesta cuartetera salió el animador del espectáculo anunciado que, después de una breve, brevísima pausa, seguirían bailando con un grupo musical que presentaría un número carioca.

–Mientras tanto disfruten. El bar de la casa dispone de selectas bebidas. La noche es óptima para refrescar el cuerpo y agilizar las piernas. Enseguida volvemos.

El bullicio en las mesas aumentó con el regreso de los bailarines. La pista quedó desierta.

Las serpentinas cruzaban de una mesa a otra; salieron a relucir aerosoles con espuma de nieve, algunos recurrieron a los sifones de soda, otros, los menos educados, se defendían arrojando cualquier cosa que tenían a mano.

–Es hora de divertirse –dijo Yinipro poniéndose de pie.

Tomó la valija y se dirigió a la pista. Allí, en el centro, la apoyó en el suelo y sin abrirla del todo extrajo una ametralladora de juguete qué simulaba eficazmente el sonido de una real al producir la descarga.

La primera ráfaga silenció a los presentes. Una nueva ráfaga les hizo aplaudir. Algunos pensaron que se trataba de un número sorpresa.

Yinipro agradeció haciendo reverencias a los cuatro costados. Sus saludos duplicaron los aplausos obligándolo a saludar de nuevo. Al terminar, descorrió en forma completa el cierre metálico de la maleta, sacando del interior cuatro jerbos que arrojó entre el público.

La gente, al ver a los animales dar tremendos saltos entre las mesas, entró en pánico. Las mujeres corrían hacia la salida, los hombre intentaban apresar a los jerbos. En el desorden Yinipro se acercó a los compañeros y dijo:

–¡Rajemos! Que no bien se tranquilicen nos querrán matar.

CAPÍTULO XIII

–¿Por qué lo hiciste? –preguntó Mariángeles a Yinipro después de que éste la ayudara a acostarse y se sentara en un extremo de la cama.

–Por diversión.

–¿No te parece cruel?

El joven demoró unos segundos en contestar como si analizara la conveniencia de una respuesta. Al fin dijo:

–¿Viste a la gorda disfrazada de cubana?

–¿La que llevaba un sombrero con abundantes frutas en la copa?

–La misma. Un jerbo, después de un gran salto, cayó entre las frutas de su sombrero. La cola del bicho se balanceaba frente al rostro de la mujer. ¡Qué gritos! Para mí fue muy gracioso.

–Tus mascotas deben estar muertas.

Yinipro alzó los hombros en un gesto que significaba la poca importancia que tenía para él ese tema.

–Pobres animales –se lamentó Mariángeles.

–Así es la vida, mi bella hada. El destino... como se dice.

–Lo pudiste evitar.

–Como pueden evitar los políticos guerras que aniquilan a pueblos enteros. Por supuesto, usan mejores excusas que las mías, en general se escudan en razones de estado. Bien. Para que sepas el dolor de los demás mejora mi espíritu y evita que padezca úlcera. ¿No es ésta suficiente causa para justificar el deceso de esos animales insignificantes? ¿Nunca te hablé del Club de la Risa Interior?

–¿Qué pavada es ésa?

–Una institución exclusiva. El ingreso es permitido a aquellos postulantes que demuestren tener poder sobre algunos millones de habitantes. Este Club desarrolla una sola actividad: perfecciona la risa interior. ¿Qué es la risa interior? Es la posibilidad que tienen algunos elegidos de divertirse a lo grande con el sufrimiento de los demás sin delatarse. Mientras se divierten adoptan gestos solemnes, demuestran gran responsabilidad de un dolor inmenso por las decisiones que deben tomar. Es más, aducen que enfrentan circunstancias no buscadas. Pero la risa no se puede guardar para siempre y el club les brinda un lugar. Se dice que un gobernante festejó sus primeras doscientas mil víctimas con tal desenfreno que se le desencajó la mandíbula. Como ves, lo que yo hice con los jerbos es tan insignificante que no vale la pena seguir con el tema.

–¡Qué estupideces! Tengo sueño –finalizó Mariángeles.

–¿Puedo acompañarte?

–En mi interior deseo negarme pero alguien a mi lado durante la noche me tranquiliza.

En el dormitorio que usaba Cordelia, en la planta baja, Silvana, la joven correntina, mientras acomodaba en una caja el disfraz de gitana, no cesaba de criticar la conducta de Yinipro: "Es un tipo peligroso".

Máximo le dijo que no era para tanto y que por favor no le diera más lata.

–Te aconsejo mantenerte lejos en lo posible. Yo, por mi parte, tendré los ojos bien abiertos si se me acerca –insistió la joven.

–De acuerdo, aunque no creo que por matar ratones se transforme en un tipo peligroso.

–En la avalancha pudieron morir personas –le respondió Silvana.

–He notado, mi querida hermana, que me tratás diferente. ¿A qué se debe?

–Te tengo miedo. No por lo que puedas hacerme. Sé que nunca me lastimarías. Temo por vos y los demás. Lo que hiciste la otra noche fue un timbre en mi conciencia.

–Los dólares pertenecieron a nuestro padre y yo me quedaré con ellos. A lo sumo, cuando más, estoy dispuesto a entregar un diez por ciento del total en pago por el trabajo que realizan para encontrarlos. Ese porcentaje es un montón de plata para obreros que trabajan salteado y jamás a jornada completa –finalizó Máximo.

–Papá se conduciría de otra forma.

–Ni vos ni yo podemos afirmarlo. Lo importante es que nuestro padre no se encuentra aquí, ya no está en el mundo.

–Le daría vergüenza escucharte.

–Si te interesa creo que se sentiría orgulloso de su hijo. Lo imagino, si es que existe otra vida después de la muerte, felicitándose porque al menos uno de su sangre se apoderó de lo que le pertenecía.

–Espero con sinceridad que ese dinero se haya evaporado, que no exista o que esa paraguaya lo usara como yerba para cebar mate.

–Lo siento hermanita pero mi olfato dice que encontraré el tesoro.

En el primer piso Kati estaba sola en el dormitorio porque Atilio había ido a conversar con Norberto. La mujer, con ayuda de algodón, borraba los últimos rastros de maquillaje. Se arrepentía por haber usado tanto colorinche.

–Se me fue la mano con la pintura. Si todavía fuera puta con tanta demora para quitarme el maquillaje me moriría de hambre.

Imágenes de su vida anterior la invadieron. No recordaba los rostros de sus clientes. En realidad esos rostros jamás habían existido. Salvo el de Atilio. "Quizás era mi fusible para negar lo que hacía. Debí tener un fusible similar para no recordar los olores", pensó. Porque sus recuerdos se mostraban ligados a perfumes y pestilencias. Los coitos en su vida de prostituta no la marcaron con goces o indiferencias. Sólo el olor. De cada cliente. Olor que emanaba de cada piel, con la suma de lociones y/o extractos, de transpiraciones recientes o lejanas, del aliento, del pelo. Estaban los hombres impregnados por el olor al trabajo que desempeñaban: los oficinistas con

olor a papel, tinta y encierro; los farmacéuticos con olor a remedios y floristas que olían a velorio.

Qué diferencia con Atilio. "Atilio es agua destilada y desde el primer día recuerdo su rostro. Para él no tuve identificación de olores", pensó.

"¿A dónde quiero ir a parar?", se preguntó, porque sabía que recordar las épocas de prostituta no le hacía bien.

Atilio, en el dormitorio de Norberto, le explicaba a éste que había un tema que lo tenía a maltraer.

–Te parecerá estúpido pero desde que murió Cordelia, mejor dicho desde que la enterramos, hay algo que no me cierra.

–¿Qué es lo que te molesta?

–A los muertos se les da sepultura con la parte delantera hacia arriba, hacia el cielo, ya sea que se los sepulte en un cajón o en un agujero de tierra. "Es raro", pensé. Jamás vi a un muerto acomodado de tal forma que pecho y rostro se enfrenten a la tierra.

–¿Con eso qué?

–Que para mí no se respeta la palabra de Dios. El Señor dijo: "Del polvo vienes y al polvo regresarás" lo dicen las escrituras. Y las escrituras no mienten. Lo que se cuenta tiene una lógica indiscutible. Si bien es cierto que el Supremo nos creó a su semejanza, esa tarea para las futuras generaciones las delegó en hombres y mujeres. Personas que se desenvuelven en la naturaleza... y cuando digo naturaleza nombro a la tierra, al aire, al agua...

–Atilio, tengo una idea de qué significa la palabra.

–Bien, por lo tanto, el sepultado después de sufrir el ataque de la fauna cadavérica se integra a quien sostuvo su vida, y con suerte, sin medir tiempos, se la dará nuevamente... ¿entendés?

–A los absurdos se los escucha, se los recuerda, pero jamás se los comprende –respondió Norberto.

–Somos polvo, de una forma u otra, somos naturaleza. No existe nada ni nadie que no sea naturaleza. Por lo tanto los católicos actúan en forma pagana.

–Creo que te apuraste en la conclusión. Por lo menos diste un salto grande.

–Quise decir que nuestra obligación sería sepultar a los muertos boca abajo, con los brazos abiertos para abrazar a nuestra verdadera madre y festejar el reencuentro luego del lapso en que fuimos humanos. ¿No te parece?

–Si me parece o no me parece no tiene importancia. Lo que sí puedo decirte es que nadie se sentiría a gusto cuando deba despedirse dando un beso al muerto en el culo. Siguiendo tu teoría los recién nacidos deberían estar en el moisés boca abajo. ¿Qué opinas si caminamos con las manos, las patas hacia arriba? De esa manera mantendríamos la cabeza cerca de la tierra, o del polvo –respondió Norberto irónicamente sin hacer mella en Atilio, que alegremente festejaba las ideas que

aportaba porque le servirían muy bien para refrendar su teoría del rencuentro con la naturaleza.

–¿Cómo te llevás con Kati? –preguntó Norberto, cambiando de tema.

–De perlas. Es una gran mujer. Desde que estamos juntos me siento alegre y he olvidado los tiempos en que andaba confundido, depresivo.

CAPÍTULO XIV

A la mañana siguiente la pensión Virgen Negra recibió una visita inesperada: el escribano Rojas.

Silvana, con los ojos entrecerrados abrió la puerta.

–Buen día niña, quiero hablar con los dueños del edificio –dijo Rojas otorgándoles la condición de propietarios a los pensionistas.

–Duermen.

–Tendrá que despertarlos... tengo diligencias pendientes que no me permiten demorar.

–Yo lo hago pero usted se responsabiliza por la reacción que tengan.

El escribano Rojas esperó por más de media hora a que los pensionistas se le unieran en el salón principal.

–Perdonen esta visita imprevista –se disculpó.

–Convengamos que la hora no es apropiada –contestó Yinipro, ubicado detrás de la silla de ruedas de Mariángeles, ambos con los ojos hinchados y marcas de sábana en la cara.

–Mi comparendo puede no ser importante para ustedes pero sí lo es para mí porque debo entregarles una carpeta que había olvidado en el estudio. Esto es realmente imperdonable. Una falta de eficiencia profesional. Cordelia pagó por el trabajo y dentro de ese trabajo estaba mi obligación de hacerles entrega de este legajo el día que traje el título de la propiedad de la casa. Anoche puse orden en el estudio y la encontré. Realmente me sentí culpable. Se trata de los planos originales del edificio y las refacciones posteriores. Un verdadero documento histórico porque esta casa debió construirse a mitad del siglo XIX. Desde entonces se le hicieron varias refacciones. Es curioso, pero cada propietario cambió algo, como si fuera imperioso poner una señal de que se hubiera vivido aquí. Por lo que veo en este momento, ustedes también han comenzado a refaccionar. En otro momento que no esté apurado espero me comenten qué piensan realizar. Una propiedad tan grande libera la imaginación y permite que cada dueño ponga su signo personal. Bueno... les dejo los planos. Tengan cuidado porque los primeros bocetos se rompen con facilidad.

–¿Eso es todo? –preguntó Yinipro, quien después, dirigiéndose a Mariángeles, agregó: –Volvamos al dormitorio. Te haré un peinado propio de una reina.

Norberto se aproximó al escribano y se hizo cargo de la carpeta. Kati, que había permanecido a distancia, se acercó a Atilio y le preguntó si su presencia no molestaba.

–Ya terminó todo –le informó el hombre.

–¿Qué hará esta noche? –interrogó la mujer al escribano.

–Leeré hasta que me dé sueño.

–¡Qué aburrido! Hoy será la última noche de carnaval. Nadie se encueva en carnaval. Lo invito a que nos acompañe a "Salsa Picante".

–¿"Salsa Picante"?

–Una bailanta próxima a la ruta que nos comunica con San Juan.

–No, gracias. Recibiría la censura de cualquier cliente que me viera en un lugar así.

–No es necesario que lo vea: disfrácese.

–Menos... Le agradezco la invitación.

–Venga con su esposa así se sentirá más acompañado –insistió Kati.

Rojas tosió y en un hilo de voz aclaró que era soltero.

–¡Ahí tiene! Es posible que consiga una buena compañera. No quiero llamarlo viejo pero para mí usted está en tiempo de casoriarse.

El notario se rió, aunque fue sólo un instante, porque su carácter solemne endureció el rostro.

–No se haga rogar. Use un disfraz que le cubra hasta la nuca y venga con nosotros –pidió Atilio.

–La verdad es que esas fiestas paganas no me atraen.

–Anímese.

El escribano Rojas dudó.

–¿No los molestaré? No quiero ser una carga.

Acordaron que pasarían a buscarlo a las once de la noche.

–"Salsa Picante" le gustará. Apuesto a que se divertirá a lo grande –pronosticó Kati mientras acompañaba al notario hasta la puerta.

–Espero que no esté cometiendo un error.

–Pero escribano... los prejuicios son una característica de la vejez y usted aún es joven.

Al mediodía los pensionistas y los hermanos correntinos se reunieron en el quincho. Tanto Yinipro como Máximo mostraron por distintos motivos disgusto al conocer la noticia de que Rojas los acompañaría. Yinipro mantenía una permanente antipatía hacia el escribano. Reconocía que éste no le había hecho nada, pero la circunstancia de que fuera el nexo con su padre lo convertía en una persona odiada. A Máximo le molestaba que el invitado le impidiera hablar de lo que más le interesaba: los dólares.

–¿Cuándo volveremos a trabajar? ¿Me parece a mí o ya no tienen interés en tener dinero? Si es así déjenme que busque solo. Les prometo que dividiremos por partes iguales.

–Nadie se ha olvidado del dinero pero si estuvo escondido tantos años, unos días más no cambiarán las cosas –contestó Norberto.

Yinipro, que con esfuerzo contenía sus deseos de pelear, perdió el dominio y se desquitó con Máximo.

–Ni en sueños te dejamos solo. Metételo en la cabeza: desconfiamos de vos y ese sentimiento no cambiará. De vos y de tu hermana, ¿entendés?

Se hizo silencio. Mariángeles tomó de la mano a Yinipro para indicarle que se le acercara.

–No seas cruel –le dijo cuando el joven se inclinó y agregó:–es verdad que desconfiamos pero no tiene ningún sentido restregárselo.

El joven se le acercó aún más. Los rostros casi se tocaban.

–¿Por qué tengo la obligación de ser bueno?

–Me conformo con que no seas malo. Cabe mucho entre esos extremos.

–¡A los choripanes! –llamó Atilio, acercándose a la mesa con una bandeja cargada con chorizos y panes recién calentados. Aconsejó que armaran el choripán según el gusto personal, aclarando que podrían elegir entre tres tipos de chimichurri, mayonesa, mostaza, aros de cebolla, pimientos rojos asados, salsa de tomate, hojas de lechuga. –Sean imaginativos. El estómago se los agradecerá.

–Parecés doña Petrona –dijo Yinipro haciendo referencia a una antigua y famosa cocinera–. Pero una Petrona del sub–subdesarrollo: a ella no se le hubiera ocurrido incluir un choripán en su libro de cocina.

–Ni el presidente come algo tan rico –fue la respuesta de Atilio que se sirvió un vaso de vino y brindó: –Por estos chorizos, por mi cumpleaños y por Rojas.

–¿Por qué incluís a Rojas en el brindis?

–Porque ha conquistado a Kati. ¿No se dieron cuenta el empeño que puso esta mujer para que nos acompañara?

–Pará, gordito... no puedo creer que me estés celando. ¿Sabés cómo se siente una mujer con mi prontuario cuando un hombre la cela? Como una reina –dijo Kati y abrazó a Atilio–. Vos y yo nos vamos a casar.

Sobre el final del almuerzo la conversación se centró en la tarea que deberían realizar la semana siguiente para recuperar el dinero.

–Para mí Cordelia los escondió bajo las mayólicas de la Virgen Negra o debajo de la fuente –dijo Atilio.

Máximo le preguntó el motivo por el cual estaba tan seguro.

–Cómo se nota que no conociste a Cordelia. Ese era su lugar de encuentro, un santuario. La paraguaya ante cualquier dificultad se acercaba a la Virgen Negra y rezaba.

–No perdamos tiempo, entonces. Debemos comenzar buscando en ese sitio.

–Olvidate, esa fuente y la imagen no recibirán ni el rasguño de un alfiler. Cualquiera de nosotros que meta las manos en ese santuario es un verdadero desgraciado –afirmó Atilio.

–Deberíamos llamar a Mariel, mi ex mujer. Les aseguro que tiene el olfato de un perro de caza para encontrar el premio mayor. Eso sí, cobra bien su trabajo –afirmó Norberto.

Esa noche llegaron al domicilio del escribano Rojas con atraso. La razón: Máximo y Norberto decidieron disfrazarse, hecho que no estaba en los planes.

Norberto se vistió de gaucho. Le hubiera gustado disfrazarse de otra forma porque nunca se había sentido identificado con el personaje de las pampas, pero su decisión tardía lo imposibilitó.

La bombacha fue hilvanada de apuro por Mariángeles; el sombrero, un préstamo de Kati, las botas, una colaboración de Yinipro. El toque final lo puso Atilio, quien con fantasías de su mujer y una bufanda negra creó algo parecido a una rastra.

Máximo eligió vestirse de indio –"de charrúa", explicó él– sin que nadie pudiera contradecirlo porque desconocían, salvo Silvana, la vestimenta de esos bravos indígenas litoraleños. Confeccionaron una vincha con plumas, un taparrabos y lo realzaron con collares. El toque final lo eligió el mismo Máximo: un gran cuchillo para cortar carne.

–Yo no creo que esos indios conocieran el acero –criticó Atilio.

–Cuando llegaron los colonizadores no, pero después sí –contestó Máximo, dispuesto a que nadie le discutiera su conocimiento sobre los charrúas.

–No te dejarán entrar al baile –acotó Mariángeles.

–Entonces no lo llevo.

Sólo necesitaron tocar una vez la bocina del automóvil para que Rojas apareciera bajo el dintel vestido de hombre murciélago. Se escucharon aplausos y vítores. El levantó la mano en señal de agradecimiento.

En camino hacia la bailanta el escribano preguntó si el disfraz lo cubría eficazmente y Kati le respondió que su identidad estaba a salvo.

–Usted, escribano, preocúpese por las damas que le exigirán una mordida. Rogarán que las succione hasta la médula.

Esta última aclaración no fue del agrado de Atilio, que pellizcó a su mujer para llamarle la atención.

"Salsa Picante" apareció a toda luz. El tinglado, con muros de mampostería, mostraba gran iluminación, sobre todo en la zona de ingreso donde se habían colocado reflectores, lámparas, guirnaldas y hasta un aparatoso letrero con el nombre del local en letras de imprenta. En el lateral derecho otro letrero simulaba la silueta de una pareja bailando.

Estacionaron el automóvil. Un hombre les ofreció cuidar el vehículo a cambio de unas monedas. En esta oportunidad no habían hecho reserva y debieron apelar a una buena propina para que les permitieran conseguir una mesa bien ubicada.

–Espero que no traigas jerbos escondidos –dijo Mariángeles a Yinipro.

–Hoy me siento bueno, no pienso sacrificar a nadie. Sólo puedo hacer ruido con una ametralladora de plástico, no mucho más fuerte que el producido por una matraca.

No bien terminó la frase Yinipro sintió que le golpeaban el hombro. Se volvió, una mujer disfrazada de presa, con traje y gorra a rayas le sonreía.

–Por tu disfraz intuyo que pertenecés a mi clase. ¿Querés bailar mientras planeamos un buen golpe?

Yinipro no respondió aunque sí miró el cuerpo de la mujer. El chaleco a rayas no desmerecía el busto exuberante, las firmes caderas y las contorneadas piernas.

–Me gustaría –respondió al fin poniéndose de pie sin tener en cuenta el gesto de fastidio en el rostro de Mariángeles.

No bien comenzaron a bailar ella dijo llamarse Mirta y aclaró que odiaba bailar suelto. Acto seguido lo rodeó con los brazos.

–Mi nombre es Yinipro.

–Bueno... si es verdad no es un nombre para andar moneando.

–Con el tiempo uno se acostumbra. Por lo menos es original.

–Vaya si lo es.

Mientras tanto el grupo recibía una nueva visita. Una mujer vampiro, calzando dientes de plástico descomunales, máscara negra y traje de igual color, con brillante capa roja y botas media caña pidió permiso para invitar a bailar al hombre murciélago.

El escribano Rojas se movió inquieto en el asiento.

–Autorizada –contestó Kati mientras le daba un pequeño empujón en la espalda.

–Perdone señorita, no sé bailar–se excusó.

–¿Y a quién le importa? Con que des dos saltos todos creen que sos Fred Astaire –le informó la mujer y tomándolo de la mano lo condujo a la pista.

–Te pido un favor... no me tratés de usted. Eso queda para los viejos. El carnaval es sinónimo de confianza y amistad.

–Me va a costar–respondió el escribano.

–¿Cómo te llamás?

–Durán –mintió Rojas.

–¿Es apellido o nombre?

–Nombre.

–Soy Silvia y te prometo por el momento no clavarte los dientes. Aflojate.

–Es la primera vez que asisto a un baile de carnaval.

–De lejos se te nota.

–Te voy a aburrir. Si querés nos sentamos.

–Estás loco. A mí me inspira la sangre virgen.

Atilio y Kati inauguraron la pista. Lo hicieron abrazados, mejilla a mejilla, rítmicamente.

–Siento cosquillas allá abajo –le dijo Atilio–. Te están llamando.

–¿Tan temprano? Decile que espere, que en su momento será recompensado –respondió Kati susurrándole al oído.

–No sigás que me derrito.

En la mesa Norberto dijo que esa noche la gente tenía ganas de divertirse.

–Sí, todos están alegres –respondió Mariángeles con un tono que denunciaba su contrariedad.

–¿Estás triste? –preguntó Silvana rodeándola con el brazo.

–Así... así...

–¿Te gustaría bailar?

–Quisiera ser una persona normal pero supongo que es mucho pedir.

–La verdad es que no sé cómo consolarte.

–Ni lo intentes... hoy me siento con ganas de terminar con todo.

–Ni en broma digas semejante cosa. Alguien te ha permitido estar donde estás. Ese mismo alguien ha dispuesto tu destino. Digamos las cosas como son: ¿Preferís los gusanos o ser una inválida? No me respondas. Tu ánimo no te ayudará a encontrar la respuesta justa. Aquí tenés colores, risas, olores y llantos.

Mariángeles sonrió. Norberto hizo un gesto de asentimiento a Silvana. Máximo exclamó: Esa es mi hermanita y merece que la saque a bailar.

Al quedar solos Norberto movió de un lado a otro la cabeza negando, como si conversara con alguien invisible. Después dijo:

–Cada uno tiene su cruz... vos con tus piernas inservibles y yo con el ánimo por el suelo.

–¿A qué te referís? Me parece impropio comparar un estado emocional transitorio con una incapacidad de por vida.

–Lo de transitorio corre por tu cuenta. Desde que me dejó Mariel me siento humillado y destruido. Puedo caminar sin problema pero mi mente permanece herida, dañada. Varias veces se me cruza la idea de poner punto final.

–No quiero herirte, pero en vos, como en tantos otros, se cumple el dicho de "Dios le da pan a quien no tiene dientes". Con gusto ocuparía tu lugar y con la misma satisfacción te daría el mío. Un fracaso matrimonial se cura. Si te falta salud eso no es posible.

–Por supuesto que vos centrás todo en la salud física pero no incluís la psíquica. Un loco, un desesperado, puede sufrir tanto o más. Vos no podés manejar las penas de los otros.

Callaron. Aislados de la música, el bullicio, la alegría.

En la pista de baile Silvia lograba que Rojas, que falseaba su nombre por el de Durán, se soltara, que significaba dejar de lado los prejuicios y sentirse a gusto.

Después de transitar al compás de cumbias, cuartetos y música brasilera, la mujer vampiro, Silvia, invitó al hombre murciélago, Rojas, a tomar aire en los jardines ubicados en parte trasera del establecimiento.

Se sentaron en el césped detrás de un cerco de pinos arizónicos, compactos, bien podados. El cielo se mostraba transparente permitiendo el protagonismo de infinitas estrellas. Silvia apoyó la cabeza en el pecho de Rojas.

–¿Te divertís? –preguntó.

–Mucho. Gracias a vos y a ellos.

–¿Tus amigos?

–No diría tanto. En todo caso mi relación con ellos está más cerca de la que

mantiene un profesional con su cliente –explicó Rojas y se arrepintió por dar un dato que podía descubrir su identidad; trató de corregir: –Si preferís, para que se entienda, los lazos que pueden unir a un comerciante con sus clientes...

–Está bien, entendí –lo interrumpió la mujer–. Lo importante es que la estás pasando bien.

–Recién esta noche tomé conciencia que la vida es algo más que trabajo. Lamento los años que han pasado sin que los aprovechara.

–Siendo así te conviene no perder más tiempo –propuso Silvia abrazando a Rojas. Éste, al recibir el primer beso pensó que soñaba, que nada era real, porque semejante situación no podía estar sucediéndole a él.

Los hechos posteriores presentaron algunas dificultades, como el despojarse de los disfraces sin sacarse las máscaras, pedido de Rojas para mantener el anonimato. Al final los cuerpos se acoplaron bajo el cielo sin luna.

Al saciar el deseo se recostaron de espaldas con las manos entrelazadas.

–Gracias.

–Agradecimiento compartido –dijo la mujer–. Reconozco que las máscaras han sido algo molestas. ¿No te parece que es tiempo de quitárnoslas?

–Perdón, pero no puedo. Deseo ocultar mi identidad, por mi trabajo, mis clientes... si me vieran en este momento estoy seguro dejarían de serlo.

–Por favor... Desde que te invité a bailar sé muy bien quién sos. Trabajo en el Registro de la Propiedad Inmueble. ¿Cómo no voy a reconocer al escribano Rojas? Nos hemos visto cinco días a la semana durante años. Me has pedido favores y yo con gusto te los he hecho.

La revelación dejó sin aliento a Rojas.

–Quedate tranquilo. Tus clientes no se enterarán. No se lo diré a nadie. Tampoco comentaré con mis compañeras que sos un amante fuera de lo común.

En la pista a Yinipro le faltaba el aire; Mirta, su pareja, se apretaba a él cada vez más.

–Me sofocás –dijo el joven.

La mujer disfrazada de presidiaría propuso que fueran al jardín.

Afuera Yinipro aspiró profundamente. La serenidad de la noche actuó como calmante inmediato y los nervios desaparecieron. Caminaron entre los árboles hasta una pérgola ubicada al final de terreno. Allí se sentaron.

–¿Estás mejor?

El joven asintió pero no pudo evitar su natural agresividad, agregando:

–Parecías una boa a punto de triturarme. Me imaginé en un calabozo, pequeño, hacinado y las paredes avanzando sobre mí para asfixiarme.

–No fue para tanto, a no ser que tengas miedo a las mujeres.

–Un tema que no te concierne –respondió Yinipro con aire doctoral.

–Lo más conveniente es averiguarlo cuanto antes –dijo Mirta sentándose sobre

él a horcajadas, acariciándole los genitales.

Yinipro intentó oponerse, pero la insistencia hizo que su voluntad lo abandonara. Dejó que Mirta desabrochara su pantalón y llegara hasta su sexo.

–No... creo que las mujeres te gustan –afirmo al notar la erección del joven.

A Yinipro se le nubló la mirada. Cerró los párpados. Sólo pasaron segundos antes que su bajo vientre explotara, estremeciendo su cuerpo de la cabeza a los pies.

–¿Cómo te llamás? ¿El súper veloz? –bromeó la mujer.

Yinipro ni la escuchó, atento al odio que lo invadía. Era culpable. Se condenaba por la falta de reacción ante el avance de esa desconocida. Su voluntad se había hecho agua permitiendo que Mirta se adueñara de su voluntad.

–Volvamos...

–Te volvieron las ganas de bailar.

–Ya no quiero seguir bailando –dijo con gesto de desprecio.

–Por mí no hay inconvenientes. Eso sí: sin avivadas. El hecho de que termines apenas te tocan, no te exime del pago –contestó Mirta, mencionando después una cifra al mismo tiempo que extendía la mano demostrando su intención de cobrar en ese momento.

–No te entiendo.

–De esto vivo, nene. No es tu lindo rostro lo que me llevó a actuar así. Soy profesional. Es mi trabajo. ¿Pagás o necesitás una escena para sacar la billetera?

Yinipro pagó y no pudo retener los insultos.

Mirta sonrió y le dijo que recibía esas palabras a diario y estaba inmunizada.

En la pista los hermanos correntinos también habían conseguido pareja. Silvana bailaba con un hombre disfrazado de diablo, con el rostro descubierto, de abundante bigote, nariz aguileña y delgado. Máximo estaba acompañado por una joven disfrazada de caperucita roja.

Los hermanos se sentían cómodos. Los ritmos se sucedían y ellos no abandonaban la pista.

También Kati y Atilio continuaban bailando. El primero sumergido en su propia transpiración; la mujer, más seductora que nunca. Los dos sin interés de tomar un descanso.

Recién dejaron de bailar cuando Norberto vino a decirles que Mariángeles necesitaba regresar a la pensión.

–¿No podés llevarla vos? –preguntó Máximo.

–Y después vengo a buscarlos a ustedes. No, pibe, no soy taxista.

Durante el viaje de vuelta le preguntaron a Rojas si se había divertido.

–Ya lo creo. Muchas gracias por invitarme. Silvia, la chica que me invitó a bailar, es una maravillosa compañera.

–Supongo que le pidió el teléfono –dijo Yinipro para molestarlo, pero la respuesta del escribano, tranquila, amable, le demostró que no había conseguido su objetivo.

–No hizo falta. Nos conocemos desde tiempo atrás. Una verdadera coincidencia.

Mañana nos encontraremos.

–Se lo dije... nadie vendría a golpearle la puerta. Usted está obligado a exhibir la mercadería. Siempre hay un comprador– comentó Kati.

–Una vez más agradezco la invitación de Kati.

–Sin lances, escribano –advirtió Atilio y agregó que no se sintiera un don Juan.

–¿Quién era el diablo que te acompañaba? –preguntó Máximo a Silvana.

–Se llama Miguel y es policía. Es muy simpático –respondió la joven.

–Demasiado grande para vos. Ese tipo te duplica en edad –dijo Máximo.

–No lo creo. Tiene 38 años, es soltero y parece con ganas de sentar cabeza. Me gusta.

–No olvides que es policía y en nuestra familia los uniformados caen mal. ¿Lo seguirás viendo?

–Así lo espero. Quiero respirar otro aire además del familiar. ¿Qué te parece si nos contás algo de tu caperucita roja? ¿Cómo se llama?

Máximo respondió que lo ignoraba porque se negó a decirle su nombre.

–Ni teléfono, ni dirección. No la veré más. Y si la veo será recién el año que viene en un nuevo baile de carnaval. Lo que se dice un fracaso con mayúsculas.

–Ya llegará tu hora –lo consoló Silvana.

–¿A vos cómo te fue? –preguntó Kati a Yinipro–. Bailaste poco. No sé por qué mi intuición me dice que tu relación fue más lejos.

–Te equivocás. Tenés una mente retorcida. Mirta y yo no hicimos nada –contestó el joven molesto.

–Quedan dos pensionistas que no han hablado –intervino Atilio para que su mujer no insistiera con Yinipro.

–Mariángeles y yo... ¿en realidad querés saber cómo la pasamos? Mal, fue una noche de mierda –respondió Norberto.

CAPÍTULO XV

Desde que Norberto llegó a la pensión habían pasado más de diez años. Durante todo ese tiempo Atilio lo tomaba como confidente de sus estrafalarias teorías. Esa noche, al regresar del baile, Atilio fue a buscarlo a su dormitorio y apenas ingresó se disculpó:

–Lo siento, no puedo esperar hasta mañana para hacerte partícipe de una idea que me hará conocido en el mundo entero.

–Se ve que esta noche será interminable –se lamentó Norberto–. A mal tiempo, aguantar... Te escucho.

–Sabés, es obvio, que existen enfermedades incurables. Que ni la mejor ciencia puede vencer.

–Yo y todo el mundo –contestó resignado.

–El cáncer es hoy por hoy un enemigo público. Invencible.

–En parte lo que afirmás es cierto, pero un diagnóstico a tiempo te salva –dijo Norberto mientras se colocaba el pantalón piyama.

–¿Sabes cuál es la diferencia entre una célula sana y otra enferma? La primera se produce un número limitado de veces; las tumorales se reproducen eternamente. Las células cancerígenas son inmortales. Todo se debe a que el proceso creativo está determinado por los telómeros, las partes terminales de los cromosomas...

–Si seguís usando palabras incomprensibles me dormiré.

–No abundaré en explicaciones. Sólo tené presente que esos telómeros en las células sanas se desgastan con la reproducción y el organismo detecta esta situación cuando la célula está muy próxima a convertirse en inservible, inútil. Diferente es el caso en las células tumorales. Los telómeros no sufren merma y por lo tanto el organismo permanece indiferente ante las infinitas pariciones. Al seguir vivas activan una enzima, la telomerasa, que tiene por finalidad darle una armadura indestructible a la célula maligna.

–Estás pesado. ¿Puedo saber en qué momento de este proceso aparecés vos? Por ahora estás repitiendo algo que leíste, como un loro. Además tengo muchas ganas de dormir y la medicina no es una ciencia que me atraiga.

–Según mi conocimiento mil años atrás no existía el cáncer–continuó Atilio.

–Lo que no existían eran conocimientos científicos para detectarlos.

–Es posible. Lo que es indiscutible es que el porcentaje de cancerosos aumenta geométricamente. ¿No te dice nada este dato?

–En mi cerebro silencio absoluto.

–El cáncer no es una enfermedad. Está vinculada a la evolución de ser humano. Es un desarrollo de la especie. Darwin debió darse cuenta.

–Qué bien... lo raro es que mata por millones.

–Allí está el error. Siempre hemos actuado en contra de nuestra evolución natural. No debemos combatirlo, sólo guiarlo. Si trabajamos en ese sentido el cien por ciento de la humanidad será cancerosa en el futuro.

–Hermoso y tranquilizador pronóstico.

–Lo es. No afirmé al voleo que las células cancerígenas son inmortales. Realmente lo son y si pudiéramos regularizar su procreación nuestro cuerpo, nuestro organismo, sería inmortal. En síntesis: mi idea es que los científicos trabajen para reemplazar las células sanas por células tumorales. Cuando el procedimiento esté completo la ciencia debe lograr que las pariciones terminen. De esta forma, alcanzaremos la inmortalidad, con millones de células dispuestas a no morir. Un bien al que aspira la humanidad entera.

–¿Terminaste?

–¿Qué preferís? ¿Encontrar el dinero que buscamos o ser inmortal?

–Ni lo uno, ni lo otro. Quiero dormir.

–Te reiteraré la pregunta cuando tengas menos sueño.

–¡Rajá!

Atilio le dio una palmada y se dirigió a su dormitorio. Al verlo llegar Kati se quejó.

–Ya me dormía. Aguanté porque en el baile me prometiste un final a toda orquesta.

–No entiendo a ese tipo.

–¿A quién te referís?

–A Norberto. Anda atravesado.

En planta baja Yinipro entreabrió la puerta de Mariángeles.

–Estoy despierta... pasá.

–¿Puedo dormir esta noche aquí?

–Sí, también necesito compañía.

El joven se acostó y la tomó de la mano.

–Me siento cansada –dijo Mariángeles.

–Quiero proponerte algo... Es un tema complicado. Teneme paciencia.

–Los paralíticos siempre tenemos paciencia.

–Mi propuesta está vinculada con la libertad aunque podría apostar que vos pensarás que se trata de una avivada.

–Es posible... mi ánimo está maltrecho, me siento atraída a tener malos pensamientos y odio a los demás. A las personas sanas, en especial; y vos integrás ese grupo elegido que no padece.

–Esta noche, en el baile, mi pareja, una prostituta, intentó acostarse conmigo. Lo hubiera conseguido...

–Atrapaste mi atención, contame qué sucedió –pidió Mariángeles con tono intrigante.

–Yo había decidido que perdería mi virginidad sólo por mi voluntad. Esta mina echó por tierra mi deseo con dos o tres caricias. Siempre soñé que amaría en un momento sublime, especial. Que yo sería quién dispondría tiempo y lugar.

–Y una loca te tiró abajo el castillo de naipes con un soplido. Creo entender: tu libertad está vinculada a poder disponer de tu cuerpo a gusto y paladar. Sin que nadie intervenga. Recuerdo bien la noche en que me dijiste que yo no corría peligro a tu lado.

–Cambié de opinión. Esa mujer me hizo conocer qué débil es mi voluntad. No deseo ser sorprendido de nuevo. Quisiera... quiero acostarme con vos Mariángeles, esta misma noche. No se trata de una calentura. Lo he pensado una y otra vez. Nuestra posición no es de privilegio, y se da la coincidencia que ambos somos vírgenes...

–La respuesta es no. No te rechazo por revancha. Necesito pensar. Deseo ser mujer pero sé que para lograrlo deberé superar el pensamiento de que inspiro lástima. Ahora nos vendrá bien dormir, el día ha sido largo.

A metros del dormitorio de Mariángeles, Máximo le recomendaba a su hermana que no tuviera trato con su nuevo amigo policía.

–Menos aún hablarle sobre los dólares. No quiero que lo traigas a la pensión. Los policías andan olfateando como perros de caza. Son personas adiestradas para la sospecha. Si ve lo que estamos haciendo intentará por todos los medios averiguar de qué se trata. Vos sos demasiado joven e ingenua.

–Por el momento no es mi idea recibirlo aquí. Necesito aire y en esta pensión no lo encontraré. Hasta es probable, si lo traigo aquí, que Miguel se asfixie.

A la mañana siguiente, temprano, Atilio despertó a Norberto, quien no bien abrió la puerta y lo vio le dijo que no tenía ganas de escuchar sus historias, que lo dejara seguir durmiendo.

–Te buscan –se limitó a decir Atilio.

–No estoy, me fui al África.

–No me parece prudente.

–Andá, hacé lo que te digo, por favor.

–Es tu ex.

–¿Qué decís?

–No lo digo yo, lo dice ella. A propósito: es una mina hermosa. La hice pasar al salón.

Norberto miró a Atilio como si intentara desentrañar a través de la mirada del hombre si bromeaba. Para su sorpresa fue Atilio quien decidió terminar la conversación.

–No estoy jugando. No es mi objetivo pasar la próxima hora convenciéndote de que Mariel te busca. Pegate un baño, afeitate, un toque de colonia y bajá. Que no te vea desaliñado.

CAPÍTULO XVI

La vio desde que inició el descenso de la escalera. Le temblaron las piernas y se le oprimió el pecho. "Tendré que serenarme o rodaré por los escalones", pensó y completó la idea diciéndose que sería patético mostrarse de esa forma frente a ella.

Los años habían afirmado la belleza de su ex esposa. Según él recordaba, en los tiempos que convivían, el rostro de Mariel perdía algo de su atractivo por su inseguridad juvenil. Esa mañana ella mantenía la seguridad de quienes han sabido sortear inconvenientes. Eran los mismos ojos grandes, de color verdoso; era la misma nariz recta; eran los mismos labios carnosos, bien delineados; era la misma frente; las mismas mejillas levemente enrojecidas y sus pequeñas y graciosas orejas, era el cabello negro ondulado que le llegaba hasta la cintura. Sin embargo, algo había cambiado. Ese algo venía del interior y su rostro tomaba una dimensión distinta.

–¿No me saludás?

–Qué gusto verte. Estás preciosa.

A Norberto le costó decir estas frases. Su intención era mantenerse indiferente, pero si quería ocultar la herida que lo traspasaba, debía aparentar. Se preguntó si sería tan buen actor como la oportunidad lo requería. También se dijo que Mariel estaba al alcance de la mano. Que podía vengarse de ella, algo que deseaba hacer desde el mismo momento en que había sido abandonado. Sin embargo el odio no aparecía. Sólo advertía que ella estaba más bella que nunca, que le sonreía, que le hablaba, como si nada hubiera sucedido, como si la convivencia nunca hubiera sido interrumpida. "La adoro, la amo. Amo a esta hija de puta", pensó y sus labios se abrieron para decir dos palabras:

–¿Cómo estás?

–Muy bien –respondió Mariel–. Algo cansada. He viajado durante toda la noche. Pero eso se soluciona con unas horas de sueño. ¿Y vos?

–Excelente.

–Tu excelente sonó como si dijeras lo contrario.

–Me siento muy bien –ratificó, cortante.

–Creí que seguías viviendo en nuestra vieja casa. Menos mal que los vecinos me ayudaron a ubicarte.

–Lo nuestro, si alguna vez existió, terminó hace una década. ¿No recordás que en ese entonces me dijiste chau y desapareciste? ¿Cuál es la razón que te ha traído a esta opaca ciudad? Supongo que te cansaste de recorrer el mundo...

–No he venido a discutir. Te amaba y te amo. Al irme te aclaré que necesitaba vivir mi tiempo, que no interpretaras mi alejamiento como una falta de amor. Así lo he sentido siempre.

–Recuerdo muy bien el momento, y también esa explicación que sólo un niño aceptaría.

–Te es imposible entender porque el egoísmo nubla el raciocinio. Tuviste la oportunidad de transitar tu tiempo, tu época. En ningún momento te viste obligado a compartir una dimensión distinta. Salvo cuando te casaste conmigo. No sé si lo aprovechaste o no. En todo caso fue tu responsabilidad. Cómo ibas a comprender a alguien que pedía tener su propia oportunidad. Sin meditarlo, sólo por amor, me casé contigo, un hombre que me doblaba en edad. El solo hecho de hacerlo me alejó de mis contemporáneos. Yo seguía con ganas de conocer el mundo. Saber los deseos, las dudas, los problemas y las alegrías que sobrellevaba mi generación. Supe, sé, que te he hecho sufrir; pero también supe que cometí una injusticia conmigo si permanecía estática, al cuidado tuyo, sin ver mi propio sol y mi propia luna. Me estabas robando experiencias a las que tenía derecho. En esa situación podía elegir entre dos caminos: compartir tu mundo, ignorándome; o bien, salir a andar, recorrer, tratar de tomar lo que me correspondía. Decidí por lo segundo. Sin dejar de amarte.

–Por simple curiosidad, ¿cómo te fue en ese tour generacional?

–Bien, excelente, no me arrepiento.

–¿Entonces qué carajo hacés acá, hablando conmigo?

–Recuerdo que siempre fuiste un hombre tranquilo. Te veo alterado y me preocupa.

–El que fui quedó en la historia y no es necesario que te preocupes por mí, no te corresponde.

–Algún día entenderás, habrá tiempo. Te abandoné para aprender y aprendí. Ahora regreso a mi amor, al único hombre que quise.

–En alguna parte me perdí... ¿Tu idea es regresar conmigo?

–Así es. Si antes nuestro matrimonio fue bueno, a partir de ahora, que conozco y no dudo, será mejor.

–Linda broma... Un poco cruel, desde mi punto de vista –dijo Norberto. Al decirlo su pensamiento se ocupaba de otra idea. En primer lugar pensaba que Mariel no estaba en su sano juicio o bien que se burlaba de un tipo destruido, deprimido, hundido en un pozo maloliente, devorado su espíritu.

–Necesito descansar un poco –dijo Mariel.

–Claro, claro. Supongo que se te acabó el dinero.

–¿Te referís al premio que ganamos? Para que sepas esa plata se fue antes de un año. Es increíble cómo se disparan los billetes cuando uno necesita conocer.

–No puedo creer que tiraste semejante fortuna en tan poco tiempo.

–El mundo te ofrece diversiones para todos los presupuestos. En aquel entonces elegí las mejores –respondió condescendiente Mariel.

–Me pica la curiosidad. Es que soy muy chismoso...

–No hace falta que aclares. Te conozco y sé que no me estás controlando. Además no es ningún secreto. Estoy ansiosa por contarte lo que he hecho en esta década que no nos hemos visto.

–¿Una inclinación hacia el exhibicionismo?

–Tonto... sólo deseo compartir mis experiencias con el hombre que siempre me ha amado.

–Me confundís... estoy a punto de pensar que algo se descompuso en tu cabeza. De no ser así ya hubiera reaccionado con violencia. Yo no te quiero, yo no te amo. Mi querida ex esposa: debo confesarte que te considero inimputable, infantil, catatónica. Nuestro matrimonio terminó. Tema concluido, cerrado, out. No tengo interés de tenerte a mi lado. Continúa recorriendo el mundo que te pertenece. A mí ya no me interesa.

–¿Qué pensás hacer? ¿Pegarme, matarme, borrarme? Lo siento, desde hoy yo me quedo con vos. Por lo menos hasta convencerme de que nuestra relación terminó. ¿Te puedo pedir algo? Me siento cansada, dejemos nuestra conversación para después. ¿Cuál es tu dormitorio?

–Hay buenos hoteles en la ciudad.

–No es mi idea dejarte otra vez.

–Admiro tu egoísmo. Ni siquiera has pensado en que puedo tener otra pareja.

–Sí que lo pensé. Pero los mismos vecinos que me dieron tu dirección me contaron que estás solo. Vos sabés que en una ciudad pequeña la privacidad es imposible. En cierta forma quien vive en un pueblo se parece a una diva, a un famoso, porque nada de lo que hace o dice pasa inadvertido para los demás. ¿Me podés indicar el camino al dormitorio? –dijo Mariel exhalando un profundo suspiro para demostrar su cansancio y la imposibilidad de seguir dando explicaciones.

A Norberto le era imposible tomar una decisión. Tantas veces había pensado en una situación semejante a la que ahora vivía, disfrutando por anticipado su venganza, el castigo que impondría a esa mujer. Sin embargo en esa mañana no atinaba con la repuesta debida. El convivir con ella agigantaría el tormento que cargaba desde la separación. Pero también pensaba que sería absolutamente inocente no aprovechar la oportunidad para hacerle pagar por lo menos una parte de lo que él había pagado. No se le escapaba que obrar de esta manera, permitiendo que se quedara, era una demostración de su calentura. Sentía excitación y ganas de poseerla. Quería demostrarle a través del sexo que él no era un hombre para abandonar. Someterla, en la peor de las formas, que si bien en ese momento no imaginaba cuál sería se las ingeniaría para encontrarla; y torturarla; no con elementos mecánicos o castigos corporales; la tortura debía ser psíquica, que dañara su personalidad hasta que se viera como un trapo de piso, porque él sabía lo que se sufría cuando ese momento llegaba. Deseaba su cuerpo. Necesitaba hundirse en sus caderas. Sentir sus gemidos al poseerla. Y de ahí al maltrato. "Me debe pedir perdón de rodillas, que se arrastre a mis pies. Después sí, que se vaya. Que conozca el desamparo. La venganza tardía no tiene el mismo valor pero ayuda". Se preguntaba también a cuántos hombres había conocido y se decía que él no tardaría en querer saber sus nombres, sus dotes como amantes, las fuerzas

de sus orgasmos. Recordaba que la noche anterior, al igual que tantas otras noches, se veía como un pobre tipo a quien la esposa le colocaba una cornamenta monstruosa. "No... mejor que se las tome como ha venido y yo borraré de la memoria su regreso. Recuperaré la pena anterior, la del abandonado, la del cornudo, pero tendré algo que me fortalezca: la decisión de que se marche". Después reflexionaba: "¿Y la venganza, para cuándo?".

–¿Y bien? –preguntó Mariel.

–Seguime –contestó Norberto guiándola hacia la escalera.

–Esperá, dejé las valijas en el zaguán. ¿Me ayudás?

–¿Es todo lo que queda del gran premio? –preguntó Norberto al ver las dos valijas medianas que traía.

–Depende del punto de vista. Para mí acrecenté esa fortuna. Soy rica. No en inversiones inmobiliarias, letras o acciones de sociedades. El incremento está aquí –contestó Mariel indicando su cabeza.

–Linda forma de decir que no tenés un peso. Vamos.

Al llegar al dormitorio él dijo:

–Aquí es –y abrió la puerta.

–Qué romántico, reiniciar mi vida de casada en una pensión. Cuántas historias. Estoy ansiosa por conocer a los otros pensionistas. ¿Venís a la cama conmigo?

–Tengo que salir.

–Si a las doce no me levanté, llamame.

CAPÍTULO XVII

El sol pegaba fuerte. El clima de San Luis había cambiado en los últimos años. A veces, el cielo era cubierto de nubes delgadas, que más se parecían a un sudario de seda transparente. Podían caer unas gotas de lluvia, que podían contarse. El sol reaparecía después con mayor potencia, agresivo, enojado por esa pequeña pérdida de tiempo.

Por obra de los políticos. San Luis tenía dos municipalidades. El oficialismo era propietario de la suya y la oposición reinaba sobre la propia. Los meses pasaban y las dos intendencias, a través de sesudos funcionarios, se autoproclamaban únicas y legítimas, desconociendo a la contraria. Un iluminado vecino propuso, para terminar, que el gobernador actuara como el famoso rey judío ante las dos mujeres que se adjudicaban ser madres de una misma criatura. Alguien, otro vecino menos iluminado, le aconsejó que ni siquiera se le ocurriera difundir esa idea, porque en el caso de los intendentes, ninguno se opondría al descuartizamiento de la ciudad.

Se decía que tamaña irregularidad institucional era debida al cambio climático. "El sol debe quemar cerebros", comentaban los más técnicos. Así debió pensar el gobernador porque en un acto multitudinario pronosticó día y hora en que los cielos recuperarían la memoria y una tormenta dócil, de tres días de duración por lo menos, acabaría con todos los males de los puntanos. O sea que a partir de allí se volvería a la normalidad, tanto en los campos como en el gobierno. Después del discurso el vecino menos iluminado pronosticó, en base a su experiencia, que los políticos no necesitaban de la lluvia para hacer cosas impensadas, diabólicas.

Norberto pensaba en esas cosas mientras caminaba por la ciudad. Como en otros momentos de angustia usaba la técnica de la distracción para evitar que su pensamiento cayera en el análisis de lo que en realidad le preocupaba. Por lo general tenía éxito pero esa mañana lo que había sucedido le pesaba demasiado.

Se detuvo frente al viejo edificio municipal que era ocupado por la intendencia de la oposición y al ver los camiones de limpieza estacionados frente a él, como empalizadas indestructibles, se preguntó si esos municipales esperaban un asalto bélico. Se contestó que la otra intendencia, la oficial, tenía asiento transitorio en el edificio legislativo provincial, ubicado lejos del centro, más allá del río San Luis, conocido como Río Seco debido a su esporádico caudal, también se guarecía detrás de vallas de hierros.

Se obligó a pensar en el país. "No sólo mi provincia tiene dificultades. Es más, si comparo estos hechos con los sucesos que se dan en el orden nacional, tengo que aceptar que los de aquí son juegos de niños. Qué hicimos para que la Argentina cayera en esta vergüenza. En qué fallamos para que los habitantes se mueran de hambre; que los políticos sean hampones, paradigmas de la corrupción, egocéntricos, infieles.

Y qué de nosotros. Son escasos los habitantes que sienten al país. Ambicionamos poder para ejercerlo, exhibirlo y vengarnos. Estamos convencidos que el prójimo es el enemigo al que debemos destruir. Somos amables, obsecuentes con el extranjero y sangrientos con nuestros conciudadanos. Nos es imposible planear un futuro común. Somos adictos al pasado. Sentimos atracción por discutir sobre algo que ya no puede ser modificado. Soy un experto en eso. Mariel es mi pasado. Lo que sucedió con ella no tiene arreglo. Sin embargo yo me doy vuelta y sueño con sancionarla, vengarme. El futuro no tiene cabida en mi mente. El tiempo ha quedado detenido en el día que se las tomó. Una década atrás. Por más que intento dar un paso me siento tan inválido como Mariángeles".

Llegó hasta la plaza San Martín, también llamada Independencia, que según los historiadores fue el centro de la ciudad en épocas de la colonia. Los principales edificios públicos la rodean: Casa de Gobierno, Palacio de Tribunales, Iglesia de Santo Domingo y el recuerdo del viejo Cabildo. El atractivo, la seducción que emana, se debe a sus jardines geométricos, a los abundantes árboles, al perenne césped, al monumento ecuestre a San Martín; pero sobre todo influye en su belleza, la paz y la tranquilidad que la envuelve. No atrae a multitudes, en realidad son pocos los que se sientan en los bancos y resulta impensado que los jóvenes la pueblen o la recorran haciendo bullicio como sucede en la plaza Pringles, donde el mundo hormiguea, ensucia, alardea.

Norberto eligió un banco próximo a la rotonda central. Seguía pensando, para liberarse de Mariel, en el país: "La desconfianza es nuestro denominador común, la regla que seguimos. Nadie es creíble. Desconfiamos por si acaso".

Mariel regresó.

"¿Cómo tomarán los pensionistas su presencia?", pensó. Estaban de por medio los dólares. "Me reclamarán y debo prepararme para escuchar sus razones si deciden que se vaya. No los condenaré. Otra persona en la pensión aumenta los riesgos. Sobre todo en el caso de Mariel, porque todos conocen sus antecedentes, su prontuario. Yo mismo me pregunto si conviene que se quede. Si la aceptamos deberemos hacerla partícipe. No me extrañaría, en caso de que encontremos los dólares, que me traicione una vez más. La imagino cargando una saca repleta de verdes, saludándonos desde la puerta, diciendo gracias por todo, me largo a recorrer el tiempo que me pertenece. Qué distinto sería todo si ella hubiera seguido a mi lado. Ni siquiera viviría en la pensión, no hubiera conocido a Cordelia, nada sabría de los dólares. En síntesis: otra vida. Aunque debo tener presente lo que pasa en nuestro país y que se haga carne la idea de que el pasado es inmodificable. Esta es mi situación, mi circunstancia, mi presente" pensó Norberto.

Controló la hora y se dijo que debía apurarse si quería regresar a tiempo para comer. Se puso de pie y caminó con trancos rápidos. "Me parezco a Cordelia cuando corría de un trabajo a otro".

Los pensionistas estaban reunidos en el quincho. Desde el salón principal se escuchaba la voz de Kati. Norberto subió al primer piso para despertar a Mariel. Golpeó con los nudillos pero no obtuvo respuesta. Abrió la puerta, no había nadie. Regresó sobre sus pasos y se dirigió al fondo. Allí fue recibido con reproches: "Ya era tiempo, dónde andabas ¿no pensaste que era hora de comer?".

Mariel ya estaba allí.

–Tenés unos amigos excepcionales. Me he sentido realmente cómoda.

–¿Cómo estás? –saludó, cortante, Norberto.

–A la mesa todo el mundo –invitó Atilio que estaba ubicado frente a la parrilla sosteniendo una fuente de madera cargada de costillas.

Atilio empezó a servir por el extremo más próximo al asador, provocando la protesta de los ubicados más lejos. Entre ellos Kati:

–Gordito... a partir del próximo domingo comenzás por nosotros.

–Calma fieras famélicas, qué pensará Mariel al verlos desesperados por un humilde hueso con carne –contestó Atilio.

Yinipro se acercó a Norberto y le habló al oído:

–No pensé que un ancianito como vos tuviera tan buen gusto con las mujeres. Mariel es una diosa.

Norberto se dominó para no responder con una grosería. A su entender el joven no tenía ningún derecho a inmiscuirse en su vida privada.

–¿Piensan vivir juntos?

–Todavía no lo hemos decidido.

–En tu lugar, no lo dudaría. Pensá que puede ser tu última oportunidad de tener una mujer así.

Norberto sonrió incómodo.

–Adelante viejito, aproveche. La rueda de la fortuna se aleja sin dar aviso –concluyó Yinipro.

Había colmado el límite. Norberto le aferró la muñeca.

–Pendejo... si seguís hablando te moleré a palos.

Esa reacción cortó en seco la risa del joven quien trató de calmar la situación con la excusa de que se trataba de una broma.

–Te enseñaré con qué cosas no se joden –esta última frase Norberto la dijo en tono alto. Los comensales, sorprendidos, hicieron silencio. La intervención de Kati impidió que el incidente llegara a mayores.

–A la tarde podrán jugar –dijo–. No molesten ahora. Disfruten el maravilloso asado que ha hecho mi esposo.

–Sólo nos divertíamos –aclaró Yinipro sin convicción, con una palidez en el rostro que desmentía su afirmación.

–Juegos de manos, juego de villanos –sentenció Kati con dudas sobre la conveniencia de usar ese refrán para dejar en claro lo que quería decir.

–¿Sabés? Tus amigos me hablaron de Cordelia. ¡Qué mujer! –dijo Mariel cuando el silencio que se había instalado con la últimas palabras de Kati se hacía notar.

–¡Qué bien! –contestó Norberto simulando un interés que no sentía.

–¿Ahora que son los dueños de la pensión qué piensan hacer? He visto agujeros por todas partes.

Los presentes, sorprendidos por la pregunta, se miraron entre sí, como si necesitaran ponerse de acuerdo para una respuesta común.

–Qué buena observadora –calificó Máximo, para agregar después: –Esa es la idea. Ponerlo en valor, como se dice ahora. Es posible que lleguemos a construir un hotel. Un hotel de lujo pero pequeño. Con sólo diez o doce habitaciones.

–Los felicito.

Hubo alivio general.

En realidad el secreto de los pensionistas no duró mucho tiempo porque la dificultad que representaba la presencia continua de Mariel los convenció de que era mejor que ella supiera. Dejaron a Norberto la decisión de si le correspondería una parte o no.

CAPÍTULO XVIII

Dos semanas después de que se iniciara la Cuaresma en la pensión Virgen Negra sucedieron hechos imprevistos y dolorosos. El primero de ellos debilitó la confianza del grupo.

Una mañana, Silvana, que se había levantado a la madrugada porque le era imposible resistir el calor acostada, se sorprendió al encontrar destruida la fuente y las mayólicas de la Virgen Negra. La joven ahogó un grito. Pasada la primera impresión se dio cuenta de que temblaba. Sabía por qué estaba en ese estado: los dueños de la pensión no durarían en culpar a su hermano y a ella por lo sucedido.

Al acercarse percibió los profundos agujeros en la pared y en el suelo. Era indudable que quien fuera el autor del hecho trataba de encontrar algo.

"Por Dios ¿qué debo hacer?", pensó. En un primer momento se dijo que le convenía regresar a la habitación sin comentar el hecho con nadie. "Si soy yo la que llevo la noticia me tendrán como principal sospechosa. Mejor que cada uno se entere por sí mismo. Nos responsabilizarán lo mismo pero evitaré tener que soportarlo yo sola. Al final de cuentas estamos bajo permanente custodia por culpa de Máximo, por haber actuado como un tonto con Kati. Qué injusticia, sé que yo no fui, sé que mi hermano tampoco. Máximo estuvo siempre en el dormitorio, he pasado la noche en vela y puedo atestiguarlo... pero no convenceré a nadie".

Al descartar a su hermano se preguntó quién sería el autor del hecho. Alguien más estaba interesado en jugar un partido propio. "Tal vez no sea uno. Pudieron ser dos o más", pensó. Al final concluyó que hasta podría tratarse de todos los pensionistas. "Quizás sólo yo y Máximo estemos afuera. Qué necesidad tienen de compartir el dinero con dos desconocidos".

–¿Qué debo hacer?

Por su mente desfilaron los rostros de Mariel, Kati, Norberto, Atilio, Yinipro y Mariángeles.

"En Mariel influye su historia, todos sabemos lo sucedido con su esposo. Si una vez se animó a alzarse con lo ajeno bien podría ser reincidente. A Mariángeles no la tomo en cuenta. Su incapacidad física le impediría hacer este trabajo, salvo que contara con ayuda. Quizás fue Atilio; sus complejos, su pareja de dudosa moral son una buena combinación para impulsarlo a quedarse con todo... estoy actuando como ellos, peor aún, porque ni siquiera tengo un indicio para juzgarlos. Pudo ser un extraño. Guardar un secreto entre varios es difícil. ¿Y si fue Rojas? Él se llevaba muy bien con Cordelia. Los hechos hablan por sí mismos. Ella le confió todo lo que poseía. ¿Qué debo hacer? Les avisaré. Aguantaré el chubasco. Que ellos piensen lo que quieran".

Se le presentó otro inconvenientes: ¿A quién debía dar la noticia? Descartó Yinipro, por su carácter violento. A Atilio, por desconfianza. Al final se decidió por

Mariángeles. "Su carácter e incapacidad le aseguran que no reaccionará de inmediato contra mí. La elijo para mi tranquilidad", reflexionó.

Después pensó que no era justo que para salvar su pellejo se apoyara en alguien que no podía defenderse.

Se decidió por Norberto restándole importancia a que Mariel encabezase la lista de sospechosos.

Llamó a la puerta del dormitorio. Norberto, vestido, con aspecto de haber pasado una mala noche, abrió.

–¿Qué sucede? –preguntó sorprendido al verla.

–Malas noticias –respondió Silvana, y le contó lo sucedido.

Después de escucharla Norberto dijo "Vamos, quiero verlo con mis propios ojos". Como la conducía aferrándola de un brazo estuvieron a punto de caerse en la escalera por un paso en falso de la joven. Al llegar a la fuente destruida y luego de mirar por unos segundos los restos de la mayólica Norberto insultó: "Flor de hijo de puta el que hizo esto".

A Silvana, a su espalda, le pareció escuchar que sollozaba, aunque no pudo comprobarlo porque el hombre volvió a insultar y tomó un pedazo de mayólica para volverse hacia ella y afirmar:

–Esta vez, tu hermano pasó el límite.

–Él no fue.

–Me extrañaría que dijeras lo contrario.

Al mediodía la desconfianza se había instalado a sus anchas en la pensión Virgen Negra. La relación entre los integrantes del grupo comenzaba a cambiar.

Hubo otros hechos.

El más importante fue el intento de suicidio de Mariángeles. Ella adjudicó lo sucedido a un desgraciado accidente, pero Máximo, después de salvarla, afirmó que la joven había dispuesto quitarse la vida.

Los días de calor se sucedían uno tras otro. El viento norte soplaba a cualquier hora, desconociendo que el saber popular le fijaba un límite máximo entre las cinco y seis de la tarde, no más. Por primera vez, según los entendidos, el viento llegaba por las noches o bien de madrugada. Incansable. Podía mantener su vigor durante tres jornadas como si fuera El Chorrillero, un viento local frío. Descendió el agua en los embalses. Faltaba el agua potable y la poca que había se perdía en la antigua cañería de la ciudad. Todo el clima había cambiado. Como en cualquier zona semidesértica las noches en San Luis siempre habían sido frescas por más calor que hubiera hecho. Esta característica era agradecida por los habitantes que lograban así un alivio a los soles ardientes. Esta amplitud térmica disminuyó y las noches fueron tan calientes como los días. Los habitantes, ante esta sensación de agobio, se dirigían a la zona serrana y estacionaban sus automóviles frente a los diques y lagos para poder respirar un aire más fresco.

–¿Qué les parece si damos una vuelta por las sierras? Aquí ya no se puede respirar –propuso Norberto durante la cena.

–Me gusta la idea –aceptó Mariángeles.

Los demás permanecieron en silencio dando cuenta de las ensaladas porque el torturante calor los había obligado a un cambio alimenticio que excluía las comidas calientes, fritos y salsas.

Desde el día que se produjeron los daños a la fuente y a la Virgen Negra no era fácil entusiasmar al grupo en un proyecto. La desconfianza mutua los llevaba a vigilarse constantemente y ninguno de los integrantes movía un pie fuera de la pensión sin estar seguro de que su ausencia no sería utilizada para la traición. Esta situación llevó a Atilio a afirmar que más bien se parecían a viejas chismosas que se esforzaban para retirarse de cualquier reunión para que nadie pudiera sacarles el cuero.

Esa noche, después de algunas vacilaciones, todos dijeron que sí y cargando calentador y mate en la rural se dirigieron hacia las montañas.

–Pensar que nos gustaba monear con el cielo de San Luis –dijo Atilio cuando habían dejado atrás el camino de ingreso a El Durazno–. En una noche como ésta, sin luna, uno podía sumergirse en un mar de estrellas. Ahora, con el humo de los incendios, apenas si se ven.

–Humo y tierra –aclaró Kati–. Mezcla explosiva si las hay para un alérgico.

–¿No será el principio del fin? –preguntó con tono tenebroso Norberto–. Siempre escuché que el mundo se terminaría en el dos mil. Errar en el pronóstico por tres o cuatro años no significa que los brujos chingaran –concluyó riendo.

–¿Hasta dónde nos lleva el taxi? –intervino Máximo desde el fondo, interesado por saber hacia dónde se dirigían.

–A La Florida, conozco allí un lugar, colindante con la reserva florofaunística, donde podemos bañarnos –respondió Norberto, que conducía la rural, aclarándole al joven correntino que si bien existía un pueblo con ese nombre, ubicado al pie del murallón mayor del dique, los puntanos cuando decían La Florida se referían precisamente al embalse de agua, construido alrededor de 1950, el de mayor capacidad de la provincia, con una extensión de siete kilómetros a lo largo. Explicado esto dijo:
–Con guía turístico este taxi cobra otro precio.

Al llegar a la rotonda en que desembocaban los caminos de ingreso al Trapiche y al dique La Florida, giró hacia el este. Esta decisión lo obligaba a recorrer algunos kilómetros de más porque debía circunvalar el espejo de agua, pero el paseo se hacía más entretenido.

A medida que avanzaban Norberto hacía gala de su conocimiento sobre el lugar. Así fue como señaló el camping más antiguo, llamado La Resfalosa. También se detuvo sobre un puente con la intención de mostrar la zona que los pescadores elegían para capturar carpas, aclarando que esos peces llegaron a poblar el dique y disputar con el pejerrey la supremacía del territorio gracias a una crecida de los ríos

y al desbordamiento de un estanque. Con desilusión observó que el agua del dique había bajado tanto que ya no llegaba al lugar que quería mostrar.

Continuó el viaje y señaló un grupo de casas abandonadas del obrador donde se alojaron los obreros de la época de la construcción del embalse. Por la oscuridad reinante no pudieron ver gran cosa pero Norberto se encargó de describir el lugar con detalles. Al pasar frente a los clubes náuticos les habló sobre las balsas que tenían la comodidad y el tamaño de una casa.

Al alcanzar el extremo este, vieron el primer murallón, el principal. Norberto citó altura, cantidad de hierro y cemento empleado y la profundidad existente cuando el dique estaba lleno.

Atravesaron otros murallones y cruzaron el puente construido sobre el río Grande. En la otra orilla un letrero indicaba el ingreso a la reserva y el horario de visita. Al verlo aclaró que allí había unos pocos pumas, algún jabalí, zorros y liebres, plantas autóctonas y un grupo de llamas que vaya a saber de dónde habían venido. Continuaron la marcha pasando por el pueblo de El Trapiche antes de retornar al circuito. Se bajaron en el mirador. Desde allí observaron los incendios provocados por la cruel sequía. Sobre todo al sudeste.

Hubo algunos comentarios sobre qué posibilidades habían de que llegaran las lluvias después de tantos meses de sequía y calor. Alguien contestó que en Semana Santa, faltaban pocos días, siempre llovía y hacía frío.

Llegaron al lugar prometido por Norberto unos minutos después. El dique hacía una entrada entre dos lomadas. Estacionaron la rural en un playón natural de piedra que continuaba hasta caer en vertical hacia las aguas tranquilas.

–Me baño ya –dijo Yinipro.

–¿Trajiste malla? –Preguntó Atilio.

–Por supuesto que no, pero tengo calzoncillos. Supongo que no ofenderé a nadie si me meto en el agua con ellos.

–Ninguna oposición de mi parte, somos como hermanos –dijo Kati sonriendo–. Hasta Cordelia te hubiera autorizado.

La iniciativa del joven fue seguida por los demás integrantes, salvo Mariángeles y Máximo, quienes prometieron tenerles listo el mate cuando regresaran.

Norberto, antes de irse, se encargó de Mariángeles ubicándola próxima al corte rocoso para que ella pudiera verlos. Frenó la silla y colocó piedras afirmando las ruedas.

Antes de hacer esto se había preguntado si su idea era buena. "Quizás se deprima al vernos jugar en el agua", pensó; pero esa inquietud desapareció en el mismo momento en que Mariel se le acercó invitándolo a seguirla. Su ex esposa solo tenía puesta una bombacha transparente. "Una vez más da la nota. Qué necesidad tiene de hacer exhibicionismo".

Descendieron por un sendero natural. Mariel se apoyaba en él, no porque tuviera

miedo a caerse. Su natural seducción la obligaba a actuar de esa forma. Norberto, por más que su intención era permanecer indiferente, al sentir el roce de los pezones sobre su espalda no pudo evitar el endurecimiento de su sexo. Su voluntad flaqueaba. "No me lo permitiré", se propuso, y se arrojó al agua, con el riesgo de golpearse con una piedra si el envión era insuficiente.

El agua fría lo abrazó devolviéndole el control de sus actos.

–Suerte que no te rompiste un hueso, cómo se te ocurre largarte así –comentó Atilio a su lado, manteniéndose a flote con un estilo propio.

–¿Cómo hiciste para verme? –contestó Norberto de mal humor porque Atilio sólo tenía ojos para Mariel, que en ese momento llegaba a la orilla.

–No me digás que en este lugar está prohibido mirar las bellezas que nos ofrecen la naturaleza. No tengás miedo... soy inofensivo. Apenas si alcanzo a satisfacer a Kati. Dejame que me dé el gusto de los viejos: mirar y babearme.

–Si decís algo más te ahogo –amenazó Norberto, y agregó con resignación: –si ella quiere mostrarse, que se muestre; y si ustedes quieren mirarla, háganlo, para mí es sólo pasado, no tengo razón para sentirme celoso.

–No parece.

Salvo Silvana los integrantes del grupo no demostraban tener un gran conocimiento sobre natación, por lo tanto buscaban zonas donde hicieran pie y evitaban acercarse a la pared de piedra que caía a pico desde el lugar donde se encontraba Mariángeles, cinco metros más arriba. Cada tanto los improvisados nadadores la saludaban recibiendo como respuesta un batir de palma por parte de ella.

En medio de la diversión la silla de ruedas comenzó a deslizarse hacia el borde. Se dieron cuenta cuando ya era imposible evitar la caída. Silla y mujer se despeñaron, girando en el aire de tal forma que Mariángeles quedó cabeza abajo. La joven se hundió de inmediato, la silla floto unos instantes para después sumergirse con lentitud.

Antes de que se recuperaran de la sorpresa, Máximo se arrojó al agua, como experimentado clavadista. El tiempo se hizo eterno. El agua había recuperado su mansedumbre y el silencio era total. Como si alguien hubiera gritado acción, las cabezas de Máximo y Mariángeles aparecieron en la superficie. El joven nadó hacia la orilla, en dirección al sendero lateral, arrastrando a Mariángeles del cuello. Al salir, la alzó tomándola por las axilas haciendo más visible lo inerte de sus piernas que se arrastraron por el suelo. El grupo no tardó en rodearlos.

–Llévenme al auto –pidió Mariángeles sollozante.

Entre todos, con excepción de Máximo que se sumergió una vez más para rescatar la silla de ruedas, la cargaron y subieron. Las mujeres fueron las encargadas de cambiar a la joven, facilitándole su propia ropa. Los hombres se mantenían a prudente distancia.

–¿Cómo pudo ocurrir? –preguntó Atilio–. La silla estaba frenada y con una piedra en cada rueda.

–Las piedras siguen en su lugar–respondió Norberto indicándolas.

En la rural, Silvana, con idéntica curiosidad, le preguntó a Mariángeles que había sucedido.

–Un accidente. No sé cómo se soltó el freno. De pronto me vi cayendo. –Menos mal que no pasó de un susto y un hermoso chapuzón. ¿Te sentís bien?

–Avergonzada. Una persona sana hubiera reaccionado de otra forma. Yo sólo me paralice.

–Terminá con esa cantinela. A cualquiera pudo pasarle. ¿O vos suponés que nadie se cae al subir una vereda o una escalera? –protestó Kati.

Máximo, aclarando que no se había roto nada, se unió a los hombres y con dedicación comenzó a secar la silla de ruedas.

–¿Pudiste ver lo que sucedió?

–En parte. Noté que la silla se movía hacia atrás. En dirección a la rural, en contra del declive. Eso solo pudo ocurrir si Mariángeles la impulsaba. Creo que fue la forma que usó para esquivar las piedras que frenaban las ruedas.

–¿Querés decir que se arrojó por su voluntad? –dijo Norberto.

–Es posible... mejor preguntáselo a ella.

–Lo haremos, pero antes el grupo desea agradecerte lo que hiciste.

–Bravo, correntino... sin tu participación Mariángeles estaría muerta.

–La salvaste –afirmó Norberto palmeándole la espalda.

–No es para tanto, Silvana pudo hacer lo mismo.

A la madrugada llegaron de regreso a la pensión Virgen Negra. Yinipro dijo que el viaje le había dado hambre y que con ganas se comería un buey, acompañado de un buen trago para suavizar la garganta. Silvana le propuso prepararle una carne a la cacerola porque en la heladera tenía una bola de lomo tierna que se comía con la mirada. Prometió una salsa para chuparse los dedos, sin escatimar condimentos y vino tinto.

–En una hora estarán comiendo. No me responsabilizo por los efectos del menú, que no es apto para días calurosos.

–Si espero a que el clima cambie me transformaré en faquir. ¿Alguien más se prende? –dijo Máximo.

Todos apoyaron la iniciativa y Atilio dijo que fueran haciendo, mientras él iba a comprar helado.

–Es un buen bajativo –afirmó.

En el salón principal Mariángeles se acercó a Máximo y le habló con tono bajo.

–¿Por qué te metiste? Yo quería morir. Vos me viste, vos lo sabés. A esta hora estaría libre de mi cuerpo y de la conmiseración ajena. ¿Por qué no te quedaste donde estabas? ¿Te sentís bueno por salvar a esta inválida? Fuiste un estúpido. Un egocéntrico. Sólo pensaste en vos. Ahora debo soportar un fracaso más. Y jurar que se trató de un accidente –al no obtener respuesta le sacudió el brazo y demandó: –Respondeme –sus

uñas se incrustaron en la piel del joven, quien retrocedió asustado.

–¿Cómo iba a permitir que te ahogaras? –replicó Máximo.

–¡Dejame en paz! –ordenó Mariángeles impulsando las ruedas con sus manos para alejarse.

La noche dio paso a la luz tenue que iniciaba el nuevo día cuando se sentaron a comer.

–A esta hora la comida tiene un gusto distinto –reflexionó Atilio, que se había servido un generoso pedazo de carne.

–Buena excusa para justificar tu gula... comé tranquilo, que tu mujercita te seguirá queriendo con panza y rollos.

–Huele de maravillas –insistió Atilio–. La hora ayuda, no tengo dudas.

–No te olvidés del esfuerzo puesto en la tarea por nuestra cocinera. Si desconocés el trabajo de Silvana me enojaré –dijo Kati, para luego mirar a la joven y agregar: –Perdonalo al gordo. Se larga detrás de cualquier teoría y se olvida del mundo. Ahora resulta que la comida es mejor o peor según la hora. Ya no habrá ni buenos ni malos cocineros, sólo tiempos distintos.

–No me siento agredida.

–Hacés bien Silvana, no he pretendido desmerecer tu tarea. Kati, aún sin papeles, se convierte en una esposa, y se sabe que a las esposas les encanta dejar mal parados a los maridos. Es tiempo que la eduque. Una paliza a tiempo salva cualquier matrimonio.

–De acuerdo... la letra con sangre entra –acotó Norberto sonriendo.

–Adoro a los hombres violentos –dijo Mariel, y se apoyó mimosa en el hombro de Norberto: –Me enloquecen tus castigos.

–¿Ven? he aquí un hombre como Dios manda –contestó Atilio mientras masticaba con deleite.

Norberto, tratando que sus movimientos no fueran percibidos por los demás, se alejó de su mujer. Mariel, consciente del hecho, lo retuvo y le preguntó si alguna vez le pegaría con una toalla mojada, como hacían los gigolos con sus pupilas para rematar con la frase: "Debe ser apasionante".

–Se castiga por amor o por odio, nunca por indiferencia.

–Mi amor –le dijo Mariel resaltando con la palabra amor una ligazón imposible de romper entre ambos–nosotros no debemos temer a la indiferencia. No existe en nuestro matrimonio. ¿Querés que te diga más? La indiferencia no cabe en ningún matrimonio porque siempre uno de los integrantes odia o ama... ¿No te parece, querido?

Yinipro, desde la cabecera de la mesa, en voz alta, solicitó que lo escucharan.

–Tengo que contarles algo que les interesará.

Los comensales guardaron silencio.

–Confieso... en realidad esto ya lo saben todos... que no tengo mayor aprecio por la gente. Para mí un ser humano no es más que un enemigo potencial. Esta madrugada

culinaria ha despertado mi solidaridad y seré bueno con ustedes. En realidad no me importa demasiado si se alegran o lloran.

–¿Estás borracho? –preguntó Kati.

–Es posible, pero para el caso sería irrelevante. Iré directo a los bifes –afirmó Yinipro usando la expresión popular que significa actuar de inmediato, sin rodeos.

–Hace algunos días me llamó el escribano Rojas, nunca lo había hecho, para invitarme a su estudio. De más está que les diga que me sorprendí.

–No te sorprendas tanto, desde los bailes de carnaval ha cambiado su personalidad. Quizás ahora te tenga cariño –afirmó Atilio y miró a todos para ver si festejaban su ocurrencia, pero los demás estaban absortos atendiendo a Yinipro.

–Sí, claro. Pero lo lamentable es que yo mantengo los sentimientos. Las fiestas paganas no me modificaron la personalidad... además, gordo, te pido que no me interrumpas más. Me encularé y no les contaré nada.

–Perdón, mantendré mis labios cerrados.

–Fui a verlo. Quizás ilusionado con la idea de que fuera a revelarme el nombre de mi padre. Escritorio de por medio, con rostro inexpresivo, voz monocorde, sin un movimiento de más, como si se ciñera a un libreto y lo repitiera sin cambiar una coma, el muy desgraciado me informó en forma oficial que ya no recibiría una cuota mensual en el futuro. Le pregunté por qué. Carraspeó y me informó que mi maldito padre había fallecido.

–Dios –exclamó Kati.

–Dejá a Dios tranquilo. A mí la muerte del desgraciado sólo me produjo bronca y algo de alegría. Ya que no podía conocerlo era mejor que desapareciera. Cómo no iba a enojarme si después de muerto el escribano seguía cumpliendo sus órdenes. El canalla de mi padre siempre fue un fantasma en mi vida y se daba el gusto de mantener esa condición aún muerto. Agredí al escribano. Lo tomé de las finas solapas del traje. No sé de dónde saqué la fuerza pero lo sostuve en el aire para después arrojarlo. Rodó por el suelo. No podrán adivinar lo que hizo el muy cabrón al ponerse de pie. Se acomodó el traje como si nada hubiera pasado, recuperó su actitud solemne y su voz de protocolo: "Lo siento", dijo, "su padre era un cliente y yo soy fiel a mis clientes. De mi boca no saldrá ni una palabra".

–Mal hecho –censuró Kati.

–Si me caliento tengo necesidad de vengarme. Como esa misma noche me vengué de ustedes.

–No entiendo ¿Qué nos hiciste? –preguntó Norberto.

–Decidí destruir la fuente y la imagen de la Virgen Negra. Tenía la esperanza de que encontraría los dólares. Conociendo la religiosidad de Cordelia no dudaba que el dinero debía estar allí. Les confieso, cómo se me ha pegado esta palabrita, que de haberlo encontrado me hubiera rajado. Por supuesto a ustedes les iba a dejar una corta carta de despedida. Algo así: "Por mí váyanse al carajo". Mi plan de venganza

iba más lejos. Si lo dólares no aparecían, no crean que no tuve en cuenta esa opción, la desconfianza haría estragos en el grupo. Así fue. En especial se desconfiaría de Máximo y Silvana por sus antecedentes.

–¡Qué cinismo! –dijo Mariel recibiendo a cambio la agresiva respuesta del joven.

–Tanto como el tuyo, que abandonaste a tu marido apenas te hiciste de unos pesos.

Si bien todos se sorprendieron por lo dicho, quien más se sintió afectado fue Norberto. Se preguntó qué debía hacer: ¿Salir en defensa de Mariel cuando en realidad lo afirmado era cierto o aplaudir los reflejos del joven ante un ataque inesperado? Reflexionó que si él no ponía límites a su ex mujer, no era malo que fuera un extraño el que lo hiciera, por más que se tratara de un psicópata, un resentido, un tarado.

–Señores, he terminado. Hoy me siento solidario y quiero ser justo. Mi solidaridad comenzó temprano. Fui a verlo a Rojas y me disculpé. Me disculpo con los correntinos y con ustedes. Casi me olvido, el escribano Rojas vendrá a almorzar mañana, lo invité. Después de escucharme tienen varias alternativas: pueden perdonarme, echarme de la pensión, golpearme, negarme la parte que me corresponde. Los dejo para que decidan... además tengo ganas de dormir.

–¿Me acompañás a la habitación? –solicitó Mariángeles.

–Con gusto –dijo Yinipro empujando la silla.

La joven antes de retirarse hizo saber que si necesitaban de su voto para tomar la decisión, ella se inclinaba por el perdón.

Hubo un breve debate. Norberto dijo que cualquiera se puede equivocar. Atilio manifestó no tener problema si se lo perdonaba, "total darle una parte de nada es nada", afirmó. Los correntinos se abstuvieron por no considerarse con derecho a participar. Kati reflexionó que si una vez se había hecho la vista gorda con Máximo no veía el motivo por el cual debían sancionar a Yinipro. Mariel, enojada, votó: "Ese pendejo es un delincuente, debe irse".

Después los pensionistas se retiraron a dormir.

–¿Por qué me apoyás? –preguntó Yinipro no bien ingresaron al dormitorio.

–Porque sé cómo se actúa ante la injusticia.

La ayudó a acostarse.

–Uno se sabe impotente, fracasado, despreciable, un ser sin importancia –enumeró Yinipro.

–Te quedás corto. Con tu padre muerto comenzás a caminar junto a mí. Sin ninguna esperanza de devolver el golpe recibido, de vengarte o al menos decir te he visto el rostro y me das pena. No me sorprendería que al tomar conciencia de que tu enemigo es alguien inalcanzable, decidieras dañarte. Acabar con tu vida.

–Como intentaste hacer vos esta noche.

–De eso no hablo. Sí me gustaría leerte algunas reflexiones que escribí... El

cuaderno está en el primer cajón de la cómoda ¿me lo alcanzás?

Yinipro fue hasta el mueble y regresó con un cuaderno forrado, de pocas hojas, descocido.

–Te pido que escuches, a lo mejor te sirve.

–No tengo nada que hacer y me sobra el tiempo para que me leas una novela completa, la *Divina comedia* o la Enciclopedia Británica. Dale.

Mariángeles leyó, despacio, como si necesitara reconocer cada palabra y otorgarle un sentido diferente.

Abro puertas
pido dicen no
niegan necesito verte
tocarte, mirarte
no está, se ha ido
a distante mundo
allí.
En la arena
que su mano acaricia,
para herirme.

Mariángeles le preguntó, al terminar de leer, si el poema reflejaba algo de lo que él sentía.

–No lo sé, sólo pienso en un rostro sin rasgos, que se ríe por el nauseabundo agujero de su boca, sin labios. Me mira por cuencas negras sin forma. Se me impone. ¿Pensaré todas estas estupideces por el poema?

–Te estás burlando. Yo me identifico con estos versos. Sé, con absoluta certeza, que ese hombre que escapa, que me deja, no es otro que Dios. También sé que Él se encuentra en total soledad y la forma que tiene de desquitarse por su sufrimiento es tomando la vida de otros, hiriendo, machacando, deformando.

Permanecieron callados. Sin mirarse. Después Mariángeles le preguntó si le haría compañía.

–Por supuesto, chiquita suicida y poetisa. Comienza un nuevo día y es bueno que recobremos prestancia. ¿Qué va a decir el escribano Rojas si nos ve vencidos?

En el primer piso de la pensión Virgen Negra, Kati recriminaba a Atilio:

–Me tenés cansada con eso de que los dólares no existen. Has agotado mi paciencia. ¿Qué fue del hombre que proponía ideas para encontrarlos? ¿Te llegó la chochera? Si es así yo no tengo nada que hacer a tu lado, ni yo ni otra mujer, vos necesitás una enfermera y también a un cura.

–Vas de prisa... despacio. El tono de tu voz me desagrada, me molesta.

–Me importa un carajo.

–Te crees con derecho a criticarme. Cría buitres que te sacarán los ojos.

–Gordito, ese refrán es para los hijos, no para las esposas. Yo no me quedaré con la boca cerrada para hacerte feliz. No soy muda y algo tengo que ver en tu vida. A esta altura del partido deberías saber que no soy de las personas que se callan por el solo hecho de recibir techo y comida. Te recuerdo que aún en mis peores momentos, cuando ejercía la prostitución, levanté la voz sin medir las consecuencias.

–Quedate callada. Me has cansado. No soy tu gordito ni tu esposo. Soy quien te sacó de la calle, o sea la persona a quien deberías besarle la mano en señal de agradecimiento.

–Podés sentarte a esperar.

–Descubro que sos un gallito pendenciero... mejor dicho, una gallina. Supongo que estás preparada para cualquier pelea.

–Siempre estuve preparada para enfrentar lo que no me gustaba. Un ex bancario sin esperanzas, sin futuro, no me hará cambiar –respondió Kati exasperada.

–¿Sabés lo que creo? Que si encontráramos los dólares no tardarías en volar, como hizo Mariel.

–Si Norberto tenía tu comportamiento felicito a esa mujer por tomar la decisión de abandonarlo.

–Vos no tendrás la misma suerte que ella. Olvídate que te reciba cuando vuelvas.

–De eso no tengo dudas... dentro de diez años vos ya estarás en el cementerio.

Atilio no pudo contenerse y golpeó a la mujer con tremendo puñetazo que la tiró al suelo. Kati se recompuso de inmediato. Altiva dijo:

–Necesitas tener muchos años menos para que un golpe tuyo me duela.

Atilio la castigo nuevamente. Castigo que incluyó puñetazos y puntapiés. En ningún momento Kati se quejó.

A metros de allí, Mariel, desnuda, abrazó a Norberto.

–Te necesito –dijo seductoramente y lo besó en el cuello.

El hombre giró sobre sí y dejó que ella lo acariciara.

El demorado reencuentro se produjo. En esa situación Norberto sentía vergüenza por su flaqueza, odio por el abandono, enojo por no poder vengarse. Sin embargo su cuerpo respondió más allá de todos estos sentimientos.

Al sur de la ciudad, un poco más arriba del horizonte, el amanecer iluminó una delgada y extensa línea de nubes que intercambiaban rayos amenazadores. En épocas regulares ningún puntano hubiera dudado que se aproximaba una tormenta cargada de agua y también de granizo; pero ese año, a dos semanas del Domingo de Gloria, lo más probable era que las nubes se dispersaran dejando un cielo limpio y sofocante.

CAPÍTULO XIX

El escribano Rojas llegó acompañado por Silvia, la mujer que había conocido en el baile de carnaval disfrazada de vampiro y que, después de un apartado íntimo, le había develado su condición de empleada en el Registro de la Propiedad.

La relación había influido en los hábitos y en la personalidad del escribano. Ese mediodía vestía pantalones deportivos, camisa de mangas cortas y colores fuertes, mocasines festoneados y una gorra roja como la que usan los pilotos de automóviles en las competencias deportivas. Su solemnidad se había transformado en un trato jovial, campechano. Se esforzaba por mostrarse simpático, conversador.

Silvia, sin la adulteración que le otorgaba el disfraz de mujer vampiro, dejaba ver un cuerpo bien modelado. Vestía un pantalón corto, ajustado, de color verde y una blusa transparente de leve tono amarillo. Calzaba sandalias sin tacos. Por sus largas piernas, perfectas caderas, cintura estrecha y abundante melena rubia resultaba una mujer atractiva, con el agregado de que tenía un tono de voz grave y seductora.

Silvana y Atilio los recibieron, el resto de los pensionistas dormían. Ambos se habían levantado más temprano para ocuparse de la comida.

Habían decidido hacer brochette de pollo, ternera y cerdo. Cuando el escribano y su novia llegaron faltaba más de una hora para comer. Silvana era la encargada de armar los pinches con carne, verdura y fruta. Atilio se ocupaba del fuego que aún no largaba las brasas necesarias para asar. La conversación entre ellos se centró en el increíble hecho de que la ciudad de San Luis tuviera dos intendentes e igual número de consejos deliberantes.

–Figuraremos en el libro de los récords. No debe ser fácil encontrar en la historia algo similar –dijo Atilio.

–También tendremos espacio allí por los hechos vergonzosos que suceden en el país –agregó el escribano Rojas.

Los pensionistas, a medida que se levantaban, fueron integrándose al grupo y participando de la conversación que se había transformado en rutina entre los puntanos.

–Nadie quiere perder poder. Los gestos de grandeza no caben en un país expoliado. Ignoro si en algún momento de nuestra vida como nación los políticos fueron solidarios –afirmó Norberto.

–Qué situación triste. ¿Es esto realmente una democracia, puede una nación que no ofrece instrucción, seguridad, salud, ser democrática? En realidad todos nosotros actuamos como piratas. Corremos tras la presa y si la obtenemos le hacemos pito catalán a los demás. Si nos abstraemos que esto nos está pasando a nosotros sería divertido –intervino Atilio, cuyo rostro mostraba profundas ojeras, ceño cerrado, mal humor.

–Tenés razón. Los comerciantes no saben qué hacer. Ambas intendencias duplican sus inspecciones a los comerciantes para hacer notar su poder. En lo que sí están de acuerdo ambos intendentes es en publicitarse como únicos, legítimos. Elegidos por el pueblo. También dicen de ellos mismos que son solidarios, eficientes y prometen una obra pública que nunca aparece. Me pregunto si hemos perdido el sentido del ridículo. La ciudad está destruida y nos vemos obligados a escuchar que nunca pasó por mejor momento, que se han embellecido plazas y calles, colocado luminarias para que la noche se vuelva día. Sin embargo, la realidad nos muestra otra cosa, caminar en la ciudad, sea bajo el sol abrasador o bajo la luna es un verdadero peligro. Cualquier vereda nos cuesta una quebradura y los delincuentes son bendecidos por la oscuridad. Se calla por miedo y también por imbecilidad. Los dirigentes, alentados por esta docilidad popular, manejan a discreción la mentira. Lamentablemente este desorden, esta ineficiencia no sólo se limita a nuestra provincia. En el orden nacional el desastre es aún mayor: un presidente asume con el 20 por ciento de los votos en una elección que ocupó el segundo lugar, por orden y gracia de su padrino electoral. Los periodistas agachan la cabeza y dicen lo que les mandan. A esta altura nos han comunicado que este presidente minoritario tiene la mayor intención de voto de la historia. Los "opinólogos" aseguran un futuro envidiable y algún enajenado, con prestancia de profesor, afirma que la Argentina está condenada al éxito. Se birlan nuestros depósitos previsionales para abonar a organismo internacionales obesos de tanto dinero –declamó Atilio.

El escribano Rojas pidió permiso para cambiar de tema porque la política lo hartaba.

–Silvia, mi novia, es una estudiosa del San Luis antiguo. Le comenté de la existencia de los planos que les entregué el otro día. Ella quiere darles un vistazo para ver si contienen algún elemento de interés –dijo.

–¿Tu novia es muda? –preguntó Norberto, y agregó: –Queremos escuchar su voz. Cualquier cosa que diga, en sus labios, sonará mejor.

–Me hace poner colorada –bromeó Silvia.

–Y a su novio celoso.

–Me gustaría ver los planos, pero si no los tienen a mano no se preocupen.

–En un momento los tendrás... voy a buscarlos –dijo Norberto, tuteándola.

–Antes de que te vayas quiero comunicar, a vos y al resto, en mi carácter de supervisor de obras lo que he decidido –dijo Atilio haciendo mención del título que se le había otorgado al planificar la búsqueda de los dólares.

Los presentes, al escucharlo, temieron que el gordo en un ataque de teorías absurdas fuera a comentar sobre los dólares en presencia de Rojas y su novia. Pero eso no ocurrió. Lo que dijo tenía mucho de absurdo pero de ninguna manera entregaba una información que el grupo consideraba confidencial.

–Desde este instante prohibo el uso de la palabra "usted" entre los integrantes de la pensión Virgen Negra y sus invitados. Esta prohibición se hace efectiva no bien los

visitantes atraviesen el umbral de este glorioso inmueble. Dispongo que en el trato se utilice el "vos" como idioma oficial y el "che" como muletilla para reemplazarlo. Este idioma lo bautizo como "tuteo" porque si bien lo correcto sería decir voseo ya que ambos términos se escuchan horribles, el primero es algo más liviano. Atendiendo a la autoridad que ustedes me han conferido corresponde que dé el puntapié inicial para dejar inaugurada esta norma interna –Atilio hizo una pausa y miró directamente a Rojas: –¿Cómo andás, escribano querido? Tenés una novia para darte dique.

El escribano, sin amilanarse por el cambio de trato, le respondió:

–Vos no te quedás atrás. Ni las piedras permanecen indiferentes ante la belleza de Kati. No puedo imaginar cómo hiciste para convencerla.

Los presentes rieron y aplaudieron.

Atilio, conforme, dijo:

–Dale, Norberto, andá a buscar los planos.

El escribano Rojas tomó la mano de Silvia y pidió atención.

–Silvia y yo hemos decidido casarnos. La ceremonia que ratificará nuestro amor se realizará el viernes posterior a Semana Santa –informó apenas los demás se callaron.

Se escucharon frases de aliento y "¡Bien, escriba, macho viejo!", algunos se levantaron a felicitarlos; otros, siguiendo la costumbre, dijeron frases de subido tono a Rojas: "Esa máquina ya no funciona, tené cuidado con los infartos, si necesitás ayuda avisá".

Kati fue la única del grupo que no festejó ni saludó a los novios. Este hecho no pasó inadvertido a Rojas, que le preguntó si le sucedía algo.

–¿No le parece que es demasiado pronto para tomar un compromiso semejante? Apenas se conocen. No quiero ser aguafiestas pero yo que ustedes me daría un poco más de tiempo.

–Vaya, sí que me sorprendés. ¿No fuiste vos quien decía que era hora que abandonara la soltería cuando fuimos al baile de carnaval? ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

–Me alegro que estén juntos, que sean novios, que se quieran, pero no me gustaría verlos sufrir por una decisión apresurada.

–La verdad, Kati, es que Silvia y yo no nos conocemos desde ayer. Nos hemos visto desde que ingresó a trabajar al Registro de la Propiedad. Acepto desde ya que con sólo vernos no se afianza una relación, pero tanto ella como yo siempre nos sentimos atraídos. Si el argumento no te satisface te conviene tener en cuenta que a mis años el meditar demasiado puede ser perjudicial porque existe el riesgo de que se escape la última oportunidad.

–¿Ves? Ese es un pensamiento egoísta: tenés sólo en cuenta tu persona. La pareja no se edifica para beneficio de una de las partes –concluyó Kati.

–¿Te pasa algo? ¿Una pelea con Atilio quizás? –preguntó Rojas.

–Para nada. Con mi maridito andamos de diez –mintió la mujer.

El regreso de Norberto puso punto final al diálogo. Éste, acercándose a la mesa, entregó la carpeta que contenía los planos a Silvia, justo en el momento en que sonó el timbre.

–¿Esperan a alguien más? –preguntó Rojas.

–A Miguel... iré a abrirle –contestó Silvana.

–Me resisto a creer que hayas invitado a tu amigo policía –dijo Máximo, de mal humor.

–¿Qué tiene de extraño? Por más que esta no sea mi casa supongo que los dueños no considerarán mi acción como un abuso de confianza.

Los pensionistas contestaron que no, cómo se le ocurría, con mucho gusto recibirían a Miguel.

–A mí me molesta –hizo saber Máximo–. Los policías me erizan la piel.

–Es problema tuyo... y fíjate qué cosa curiosa: tampoco vos sos dueño de la pensión y menos de mi persona, por más que seas mi hermano –comentó Silvana y dijo: –Disculpen, no lo quiero hacer esperar.

La joven se demoró en regresar, hecho que puso aún más nerviosos a Máximo.

–¿Qué diablos le pasa? Iré a buscarla...

–No seas guardabosque. Ellos necesitan un momento de intimidad antes de que nuestra curiosidad les obligue a comportarse como viejos solterones –intervino Mariel, quien preguntó después a Norberto, con tono intencionado: –¿No pensás lo mismo querido?

–Estaba distraído... no sé de qué están hablando.

–Del amor. De los tiempos propios que necesita una pareja para sus arrumacos. Como los de anoche.

El rostro de Norberto enrojeció. No por vergüenza. Era la ira la que coloreaba su cara.

–Bueno... una infidencia conyugal nos muestra una faceta desconocida de nuestro amigo: es vergonzoso –ironizó Yinipro sin saber cuál era la verdadera causa de la alteración que sufría Norberto. El aludido volcó toda su bronca sobre él.

–¿Por qué no te ocupás de tus asuntos, de hacer buena letra? Tu permanencia en la pensión, después de que acabaste con la fuente, pende de un hilo. No tengo ganas de aguantar tus bromas estúpidas.

La reacción inesperada y violenta causó sorpresa, en especial a quien estaba en el ojo de la tormenta: Yinipro.

–Perdoname, me desubiqué. Prometo que reconstruiré lo destruido y que no participaré con mis bromas en las relaciones de pareja. Me comprometo a actuar como una persona normal.

Si la reacción de Norberto caló hondo, la disculpa de Yinipro provocó en el grupo una sorpresa aún mayor.

En ese momento reapareció Silvana, conduciendo a Miguel de la mano por un

sendero del jardín. Éste, sin el disfraz de diablo con que lo habían conocido, parecía aún más delgado. Era notable el movimiento continuo de la sobresaliente nuez de Adán. El bigote cepillo que tanto los había atraído en la noche del baile también adquiría otra dimensión, debajo de la nariz grande y ganchuda pese a la delgadez mantenía un físico muy de gimnasio, con músculos marcados. Vestía pantalón de color crema y remera, mocasines sobre la piel desnuda, cinto ancho de cuero. Un anillo de sello inmenso sobre su dedo meñique hería por su brillo, gruesos lentes oscuros, de patillas amplias, cubrían sus ojos, que quedaron al descubierto porque Miguel se sacó los anteojos no bien llegó al quincho.

–Miguel –lo presentó Silvana y después nombró a cada uno de los presentes a medida que el recién llegado les estrechaba la mano.

–Alcanzá un plato –ordenó Atilio a Kati en mala forma.

Máximo fue el último en presentarse y no ocultó el disgusto que le producía ese encuentro. Para que no quedaran dudas le preguntó si estaba autorizado a trabajar sin uniforme como Sérpico, haciendo referencia a un personaje de una película famosa.

–No estoy de servicio –respondió Miguel.

–Menos mal... creí que su presencia aquí tenía por finalidad detener a alguno de nosotros –insistió Máximo con la ironía.

La respuesta, en este caso, tuvo un tono diferente, entre agresivo e irónico.

–No me gusta apresar delincuentes, prefiero ultimarlos, acabar con ellos. ¡Pum! y a otro tema. Los muertos no producen gastos al Estado ni dolores de cabeza... Supongo que no estarás molesto porque tu hermana y yo salgamos juntos.

–Me interesa un comino –contestó Máximo apartándose.

Al terminar de almorzar, los planos concitaron la atención general. Silvia los había desplegado sobre la mesa y explicaba con lujo de detalles las diferentes modificaciones sufridas por el edificio a través de los años. En el primer plano dos rayas paralelas graficaban un canal de agua. Al ser interrogada Silvia respondió:

–Aunque ustedes no lo crean San Luis tuvo canales de riego hasta la década del cincuenta. Aprovechando el declive natural de la ciudad varios de ellos corrían de este a oeste. El que aquí se marca era muy conocido.

–Mi madre solía contarme que por la calle Bolívar bajaba un canal que en épocas de lluvias se volvía peligroso por la correntada. Creo que hubo algunas víctimas. Quizás por eso se lo cubrió a partir de la calle Colón hasta Mitre. A los niños de esa época, cuando el canal no traía agua, les resultaba un juego apasionante recorrer el trayecto subterráneo. Lo consideraban un verdadero reto a su valor –intervino Miguel.

–Bien, ese canal era similar a éste que aquí está marcado. Fíjense que en los planos posteriores no aparece, por lo que supongo que en la construcción de este edificio se lo cubrió.

Norberto se acercó a Atilio y le dijo al oído si pensaba lo que él estaba pensando.

–Ese canal debe estar cubierto por una alfombra verde –se limitó a responder Atilio sonriendo.

El sol apretaba, alguien dijo que dormiría una siesta hasta la noche, cuando se pudiera respirar.

Esa frase fue el inicio de una desconcentración rápida.

Rojas, al despedirse, vaticinó que ese año no tendrían invierno, que debían acostumbrarse a vivir en un clima tropical con el agravante de la ausencia de lluvias.

CAPÍTULO XX

Kati y Silvana permanecieron en el quincho limpiando la vajilla y el asador.

–Podés descansar un rato, yo me ocupo –dijo Kati, que no dejaba de mostrarse nerviosa mientras amontonaba los platos sucios sobre la mesada.

–Cumplo mi convenio –respondió la joven, que aún se sentía molesta por la rápida partida de Miguel.

–Quedate tranquila, nadie te despedirá porque yo haga tu trabajo. Por lo menos así me olvido del calor...

–No es el clima el que te preocupa... de cualquier forma gracias por ofrecerme tu ayuda.

–¡Muy bien! La beba, la que todavía usa pañales, osa decirme que conoce mi problema –dijo la mujer de Atilio con mal humor–. Me gustaría escuchar de tus labios correntinos qué es lo que me tiene atravesada.

–Para mí te peleaste con tu esposo. Eso creo.

Kati tragó saliva y desvió la mirada mientras afirmaba que Atilio era un animal.

–¿Qué sucedió? Si es que querés contar...

–Ese gordo con cara de maricón me golpeó. No tiene idea a lo que se arriesga. Él no sabe de lo que soy capaz.

–Tranquilizate... estás gritando –aconsejó Silvana.

–Me pudrió con su constante actitud negativa. Parece que se divierte gritando a los cuatro vientos que los dólares no existen. Todo tiene un límite. Se lo dije. Reconozco que fui ligera de lengua, eso me sucede cuando estoy caliente, pero el hecho no justifica que me levante la mano.

–Son discusiones de enamorados. Se arreglarán.

–No nena, no nos reconciliaremos. Por lo menos yo he puesto punto final. No te extrañe que un día me las tome de esta pensión de mierda. Que vuelva a mi trabajo. Los dólares son atractivos pero mi dignidad vale más. No estoy obligada a aguantar a ese gordo maricón. Eso sí... antes de marcharme me daré el gusto de hacerle pasar un mal momento. Las mujeres somos más peligrosas que una víbora cascabel cuando nos hieren.

En el piso superior de la pensión Yinipro dejó de lado sus vanos intentos por conciliar el sueño, se vistió y bajó a planta baja con la idea de ubicarse en la cocina, el ambiente más fresco del edificio. Cambió de idea en el trayecto y se dirigió al dormitorio de Mariángeles donde llamó con suavidad para que la joven sólo lo escuchara si estaba despierta. Desde el interior lo invitaron a entrar.

–Telepatía –afirmó Mariángeles al verlo–. Tenía ganas de conversar con vos.

–Debe ser así porque yo iba hacia la cocina a acostarme en el suelo. El calor es sofocante. Sin ninguna causa cambié de idea y vine a buscarte. Si no es telepatía es casualidad pero el resultado es el mismo: estamos conversando.

–Sentate.

–Me quedo sólo un minuto... aquí también el calor te licúa.

–Lo que tengo para proponerte quizás aumente la temperatura.

–No te entiendo.

–Quisiera hacerlo... si es que estás de acuerdo.

–Te referís...

–Exactamente, pero por favor no lo digas. Siento vergüenza.

Norberto y Atilio charlaban en el dormitorio de este último, en el primer piso.

–Sí señor. Es el único lugar posible que nos queda por revisar. Cordelia debió encontrar el canal cuando reparó el edificio. Mi corazonada es que allí está el dinero. La paraguaya hizo muchos arreglos, en especial en el jardín del fondo –dijo Norberto.

–Deberemos cavar en paralelo a la pared lindera. Sólo existe un problema –afirmó Atilio.

–¿Cuál?

–Doy por hecho que encontraremos el dinero. Una corazonada inmensa me dice que allí está. El problema se presentará al momento de repartir.

–Hemos acordado en dividir por partes iguales.

–Sí, decidimos eso cuando todavía éramos ingenuos. Ni con camisa de fuerza aceptaré compartir lo que me toca con Kati. Sé que tengo aspecto de estúpido pero también sé qué es lo que me corresponde. Ella es una puta que sacó la lotería al conocerme. Ya obtuvo su premio. Es hora de que regrese a su espacio natural: la calle.

–Creí que ustedes se amaban –dijo Norberto asombrado.

–No confundás amor con intercambio. Yo necesitaba compañía y ella vivir como una señora. Ambos cumplimos. No hay recriminaciones. El compromiso no incluía una pareja eterna, menos aún que yo la transformara en millonaria.

–Peleas pasajeras... de cualquier forma es un tema de ustedes.

–También a vos te toca. Supongo, en realidad no se trata de una suposición, que no te debe caer simpático donar la mitad de tu parte a Mariel. Tu mujer, apenas tenga dinero, levanta vuelo. No te imagino repitiendo la experiencia anterior. ¿Es así?

Norberto demoró en contestar. La respuesta no era fácil. Al final sus deseos de venganza lo dominaron y afirmó que Mariel no "olería" un centavo.

–Y eso no es todo. Debemos contemplar otras situaciones –reflexionó Atilio–. ¿Para qué necesita una inválida el dinero? Te lo diré. Para que un vivo, que nunca falta, se lo saque simulando ser novio o algo así. Y si no se trata de un sinvergüenza hay millones de instituciones dispuestas a beneficiarse con los débiles. Hasta los curas la tratarán bien mientras tenga un peso. Qué decir de los médicos, los curanderos, los manosantas que le prometerán sanarla con tal de dejarla en bolas. A Mariángeles los dólares sólo le traerán desgracia.

–Has analizado demasiado bien el tema. ¿Te queda algo en el tintero?

–Dos o tres detalles: ¿por qué motivo los correntinos tienen que llevarse una parte de la torta?

–Porque sin ellos no hubiéramos sabido del dinero –respondió molesto Norberto.

–Tenés razón, pero por esa información yo estoy sólo dispuesto a entregarles una propina, en todo caso pagarles el trabajo, pero nunca considerarlos socios.

–¿Alguien más?

–Yinipro. Un traidor, un demente, un resentido, un bastardo. Me ha traído más problemas que soluciones. No puedo confiar en él.

–No necesitás confiar. Sólo entregarle su parte.

–¿Para que la arroje al viento, tratando de descubrir quién fue su padre?

–Sintetizando: quedamos vos y yo.

–Así es. Mitad y mitad. Somos los únicos que merecemos quedarnos con ese dinero.

–¿Quién me asegura que no me incluyas en esa gran borratina?

–La confianza que he demostrado con vos es tu mejor garantía. No me respondas ahora. Tomate tu tiempo.

–Sos un mal tipo, realmente un mal tipo. El diablo se avergonzaría de tanta maldad.

–Con el tiempo cambiarás de opinión... ¿Te gusta leer la Biblia? –preguntó Atilio.

–No la he leído y podría afirmar que me iré del mundo sin hacerlo.

–La razón de mi pregunta fue la referencia que hiciste al demonio. Si hubieras leído el libro sagrado sabrías que Dios hizo más daño que el diablo. Sin querer aburrirte te pongo como ejemplo la Torre de Babel. En ese entonces la raza humana estaba unida, hablaba el mismo idioma...

–Me lo han dicho. Pero por favor no empieces con tus teorías absurdas –interrumpió Norberto.

–Te lo contaron a medias. Esos hombres querían construir una torre para alcanzar el cielo.

–Y Dios les hizo hablar diferentes lenguas para que no lograran su propósito.

–Has dejado afuera un pequeño detalle: ¿por qué los castigaba? ¿Si los hombres se llevaban de acuerdo y no tenían conductas dañinas?

–Creo que el castigo vino porque querían parecerse a él.

–Por lo tanto sería una contradicción porque Dios hizo al hombre a imagen y semejanza. Todo padre desea, hablo de padres normales, que sus hijos los superen. Para mí los sancionó, los castigó, porque tenía miedo a la competencia, tal vez envidia. No quiero darte más ejemplos porque si algún día lees la Biblia verás cuántas veces Dios ordenó a hombres buenos a abandonar a sus familias, eliminar a sus primogénitos, con la promesa de un mundo mejor. ¿No te parece todo esto una maldad? Puedo

ir más lejos: ¿sabés cuándo logra la perfección de su odio hacia el ser humano? Al condenarlo a pagar por el pecado original eternamente. Ninguna sociedad aceptaría hoy en día que los descendientes del delincuente se hicieran cargo de una continua penitencia.

–¿A dónde querés llegar con esas afirmaciones locas?

–A que te rectifiques. Es posible que yo no sea el tan temible diablo. Quizás sólo he recibido un toque divino.

–Te convendría internarte unos días –dijo Norberto disponiéndose a abandonar el dormitorio.

–Las grandes verdades no se aceptan con facilidad –dijo Atilio.

–No puedo creer lo que escucho.

–No es cuestión de creer sino de obrar. Estudiá mi propuesta independientemente del juicio moral que te produzca. Es posible que vos y yo tengamos que sufrir un calvario antes de que la felicidad nos bendiga. Momentos de mucho dolor, como le pasó a Jesús en su camino a la crucificción. Sacarnos a nuestros socios de encima será la primera estación en el camino hacia una redención alegre, gloriosa.

Norberto lo miró con desprecio y abandonó el dormitorio cerrando la puerta con violencia. El sonido llegó hasta la habitación de Mariángeles en planta baja.

–¿Quien enloqueció ahora? –preguntó Yinipro.

–La familia de la pensión atraviesa un mal momento –contestó la joven.

Escucharon pasos que recorrían el pasillo del primer piso y un nuevo portazo.

–La familia se pelea. A veces es bueno una catarsis.

–Habrá que ver los resultados –acotó Mariángeles mientras cubría con dificultad su cuerpo desnudo.

–No somos Romeo y Julieta pero me parece, hablando de catarsis, que hiciéramos un comentario sobre nuestra experiencia: ¿Te gustó, me desempeñé bien, logré satisfacerte?

–Prefiero guardar lo que sentí. Me da vergüenza y tengo reparos hacia tu forma de ser.

–Yo te puedo decir que me sentí cómodo –confesó Yinipro.

–Convengamos que no es una frase adecuada para un acto pasional. Vos sembrás más dudas que certezas.

Callaron. En el silencio cada uno dejó libre sus pensamientos.

Mariángeles lo había previsto. Antes de hacerlo sabía que fracasarían. Ahora, con el acto sexual consumado, sólo recordaba un estilete abriéndola para que su sangre se pegoteara en las piernas y en las sábanas. ¿Por qué lo había hecho, qué pensaba obtener? Descartaba el placer como objetivo. En sus reflexiones suponía que había buscado la denigración. También pensaba que en algún momento supuso que el acto sexual obraría como una curación milagrosa. Sus piernas recuperarían el movimiento y ella podría correr hasta alcanzar el horizonte. La realidad se imponía: había sido un

capricho, una autoflagelación.

Yinipro se lamentaba por copular con una enferma, con una inválida, con alguien que difícilmente despertara la líbido de otro hombre, al pensar así confirmaba su idea de que él podía aspirar a una vida mediocre, conformarse con los desechos. Un bastardo con futuro pequeño, sin brillo, despreciable.

Se levantó de la cama y le preguntó a Mariángeles donde guardaba las sábanas limpias.

–En la cómoda, en el último cajón.

–Te haré la cama y aprovecharé para lavar las usadas.

–No es necesario, mi romántico caballero, puedo hacerlo yo.

En el quincho, Kati y Silvana terminaron la tarea.

–¿Te acostás?

–Saldré un rato, no deseo ver a Atilio.

–Cuidate del sol, estamos en otoño pero el sol calienta como si fuera verano –aconsejó Silvana.

–Más debo preocuparme por mi espíritu, que está enfermo, agraviado, dañado –respondió Kati.

CAPÍTULO XXI

Kati caminó hasta el único shopping de la ciudad, construido a la vera de la ruta nacional. Luego de mirar las vidrieras se dirigió a la boletería de los cines. Grandes afiches anunciaban el estreno mundial de *La Pasión de Cristo*, un filme norteamericano. "En un mundo donde los estúpidos abundan, los vivos se llenan de dinero", pensó; reflexionó después: "Si continúo razonando de esta forma deberé aceptar que Atilio ha influido en mi vida. En poco tiempo comenzaré a elaborar teorías extravagantes".

Mientras esperaba su turno para comprar la entrada se preguntó qué había llevado a su pareja a mantener en forma permanente un discurso catedrático sin importar que tuviera o no fundamentos. "Supongo que el trabajo en el banco le maniató las fantasías. Ahora imagina por todos los años en que se mantuvo amordazado por un sistema de trabajo monótono y desgastante".

–¿Para qué sala, señora? –preguntó la empleada de la boletería.

Kati aún no había elegido. Miró los avisos publicitarios y dijo: *"El gran pez"*.

Mientras subía a la planta alta por la escalera común porque la mecánica no funcionaba se preguntó por qué había actuado con tanto apresuramiento. "Tengo horror a llamar la atención. Siempre estoy pensando que algún cliente me reconocerá y dirá: esa mujer es una prostituta". Sabía que en una ciudad pequeña era imposible borrar el pasado. Especialmente si ese pasado estaba vinculado a conductas censuradas por la sociedad. "Los éxitos tienen corta vida, los fracasos son inmortales".

La sala de cine se oscureció. Los avances de los próximos estrenos aparecieron en pantalla. El de mayor presencia fue el que publicitaba el estreno mundial y simultáneo de *La Pasión de Cristo* en los días de Semana Santa. "Los norteamericanos son especialistas en hacer negocios", se dijo. La película se iniciaba con el nadar principesco de un pez inmenso. Una voz en off narraba las dificultades y obsesiones de un pescador. En principio, el relato era confuso porque se mezclaban historias en diferentes tiempos y lugares.

En los últimos quince minutos de la película ya no pudo contener el llanto. Se dijo que se había transformado en una persona débil, a la que le gustaba representar el papel de mujer dura con mucho carácter, inquebrantable, escondiendo de esa forma su realidad sensiblera.

Se levantó y salió de la sala. Decidió caminar hasta el centro. Al finalizar la tercera cuadra, cuando se disponía a cruzar la calle, un hombre de unos 40 años se le acercó.

–¡Qué gusto verte después de tanto tiempo!

No reconoció el rostro pero su olfato identificó de inmediato al desconocido.

–Hola –saludó.

–¿No tenés compañía?

–Taxi libre ¿no viste la bandera? –bromeó la mujer.

–Te invito a tomar un café.

–No es necesario. Puedo trabajar sin tanto prolegómeno.

–No seas mala, dame el gusto, yo quiero tomar un café. Después nos ocuparemos de lo otro.

La tomó del brazo y caminaron como una pareja de enamorados.

En la pensión reinaba el silencio. El atardecer, a punto de claudicar ante la oscuridad, fijaba límites dudosos a los muebles. Un aspecto irreal, onírico, se posesionaba del edificio. Sólo faltaba en ese escenario la llegada de espíritus voladores, fantasmas fatigados, dispuestos a aprovechar el lugar para hablar sobre temas que habían quedado pendientes.

CAPÍTULO XXII

Algunos integrantes de la pensión Virgen Negra decidieron concurrir, ese domingo, a la Bendición de Ramos, que haría el obispo en una esquina céntrica de la ciudad.

Silvana, Atilio y Norberto llegaron al lugar y adquirieron ramas de olivo a un vendedor ambulante.

El obispo se hizo presente con retraso, ubicándose sobre una tarima de madera. Allí, previo a la bendición, dirigió un discurso a los presentes.

La Iglesia y el gobierno provincial mantenían una batalla sin cuartel. Las causas, en la turbulencia de la lucha, habían sido olvidadas. Podía afirmarse, a esa altura de los acontecimientos, que la autoridad eclesiástica sostenía que el gobernador actuaba como el mismo diablo. Que ése era el motivo, su transformación en Lucifer, que lo había llevado a rescindir convenios con órdenes religiosas que administraban hogares de niños y asilos. Por su parte el Ejecutivo provincial argumentaba que el obispo se apartaba de su sacerdocio y se inmiscuía con los políticos opositores, sin tener en cuenta las palabras del mesías: "A Dios lo que es de Dios, a César lo que es del César". Las imputaciones entre ambas instituciones se multiplicaban. A esta situación se agregaban otros conflictos que mantenía el gobernador con sindicatos, docentes y gobierno municipal. Los involucrados coincidían en un objetivo: derrotar al contendiente, destruirlo, pasarlo por encima. Es más, los opositores rogaban por una intervención federal.

–Atiende su negocio –dijo Atilio no bien el obispo se refirió a la caótica situación provincial y a la conducta de los funcionarios–. Los discursos son iguales y sólo se diferencian por quienes los dicen.

–Tengo la sensación que a ninguno de ellos le importamos –reflexionó Norberto, y agregó: –Las luchas ideológicas han sido reemplazadas por combates sobre conveniencias individuales.

Silvana interrumpió para pedirles que se callaran porque se distraía en sus oraciones.

–Deberías escuchar al obispo –replicó sonriente Atilio.

–Sólo escucho a Dios y Él me dice que nosotros, los que vivimos en la pensión, hemos optado por el camino equivocado. Que de seguir así nos dañaremos sin remedio.

Atilio miró a Norberto y dijo:

–Esta pendeja no entendió nada de lo que hablábamos, mirá con lo que sale.

En la pensión Virgen Negra, Yinipro, recién levantado, fue a buscar a Norberto.

–¿A dónde? –preguntó a Mariel después de que ésta le informara que había salido.

–A la Bendición de Ramos –contestó la mujer, aclarando que ella sólo repetía lo

que él le había dicho porque ignoraba de qué festividad se trataba, agregando luego de una pausa: –Creí que venías a disculparte. Puedo perdonar sin problemas. En realidad ya te he perdonado. Ni recuerdo tu insulto... ¿querés acompañarme con unos mates?

–Bueno –contestó Yinipro e ingresó al dormitorio.

–¿Cómo se presenta el día? –dijo Mariel mientras colocaba la pava sobre el calentador.

–Igual que siempre... como si el sol estuviera sentado al lado nuestro.

–Ni miras de llover.

–La nube más cercana se encuentra en China.

–Esperame un segundo... me pondré cómoda. Cuidá que el agua no hierva –recomendó Mariel antes de ingresar al baño.

Al regresar llevaba puesto un camisón transparente que mostraba sus senos perfectos y una tanga mínima. Yinipro, sorprendido, comentó que le resultaría difícil disfrutar del mate viéndola así vestida.

–No seas antiguo. Pasó el tiempo en que ocultábamos el cuerpo, lo amordazábamos.

–El tuyo habla de corrido... y no soy antiguo. Salvo que consideres una antigüedad calentarse con el sexo opuesto. A mí las hormonas me funcionan.

–Qué curioso, pensé que las mujeres te producíamos rechazo.

–¿Me invitaste a tomar mate o a insultarme?

–Te cuesta relacionarte con las mujeres. Hasta estoy dispuesta a afirmar que no has mantenido hasta ahora una relación sexual.

Yinipro desvió la mirada y se mantuvo en silencio. Tenía presente su reciente debut y el malestar que había sentido.

–El que calla otorga –sentenció Mariel, acercándose al joven–. Me gustaría ser tu primera maestra. En dos horas te convertiré en hombre.

Yinipro se apartó poniéndose de pie.

–Me resulta desagradable que no tengas en cuenta a Norberto.

–Él vive su vida y yo la mía –contestó Mariel.

–¿Eso incluye la infidelidad? –interrogó el joven y sin esperar la respuesta se fue dando un portazo.

Mariel al verlo partir dijo que era sólo un niño, que regresaría, pidiéndole de rodillas que le enseñara. Para concluir realizó una autocrítica: "Demasiado directa. Lo asusté", pensó.

Al finalizar la ceremonia religiosa Atilio, Norberto y Silvana ingresaron a un bar. La joven comentó que podía contar con los dedos de las manos las veces que había estado en una confitería.

–Acá es una obligación social. El puntano es fanático de los bares. Su fanatismo se apoya en que estos negocios son la mejor fuente de información. Una usina permanente de chismes –explicó Norberto.

–En Corrientes sucede lo mismo. Yo no iba por una simple cuestión de dinero. De no ser así sería una experimentada parroquiana.

–Tu situación económica se solucionará pronto –intervino Atilio festejando su participación con una carcajada.

–Espero que el dinero no nos enloquezca. Esperanza que día a día disminuye –contestó Silvana con gesto de preocupación.

El mozo se acercó a la mesa. Pidieron café con leche, medialunas y tortas con grasa.

–No es un desayuno apropiado para el clima que soportamos –reflexionó Norberto, y aclaró de inmediato: –Los gustos se dan en vida; si el sol sigue con su intención de calcinarnos, conviene disfrutar de los placeres ya, antes de que sea demasiado tarde.

Fueron servidos y el mozo se alejó después de decir:

–Si necesitan algo más me piden.

Atilio se lanzó detrás de una nueva teoría.

–Me molesta y sorprende la falta de comprensión de los textos sagrados. Uno de cada cien habitantes tiene una remota idea sobre ellos.

–¿De nuevo con la Biblia? –preguntó Norberto mientras sumergía una medialuna con el café con leche humeante.

–¿Un ejemplo de lo que digo? La Biblia incluye hasta la teoría de Darwin.

–En este caso has ido demasiado lejos. Te será difícil demostrar que Dios era evolucionista.

–Te equivocás. Seré tan claro como el agua. Dios creó al mundo en seis días. Por supuesto que este término es simbólico y puede significar años, siglos, milenios. Al principio creó el cielo y la tierra, todo era confusión y caos. Por si no lo saben, así comienza el Génesis. ¿No tiene algo de parecido a la teoría del Big Bang? Dios crea después la luz, el día y la noche...

–¿También los atardeceres? –preguntó Silvana con ironía.

–Sos demasiado joven para burlarte de mí.

–Lo pregunté en serio. Adjudicalo a mi romanticismo. ¿Qué cuenta la Biblia sobre los atardeceres? –inventó la joven sobre la marcha para disculparse.

–Los crepúsculos y los amaneceres son creaciones del Diablo. En la indefinición, donde la vista falla, él hace de las suyas –respondió Atilio y abrió desmesuradamente la boca como si pretendiera comerse a Silvana, al mismo tiempo que abanicaba sus brazos para simular un ave de rapiña cayendo sobre su presa.

–Me falta poco para terminar el desayuno... ¿por qué no se dejan de jugar? –dijo Norberto.

–De acuerdo. Dios hizo el firmamento, separó las aguas para formar tierras y mares. La gran construcción estaba en marcha. Después se ocupó de que hubiera semillas y plantas. Para satisfacer su espíritu poético dio vida a las estrellas. Aún

inconforme creó dos compañeros para nuestro planeta. El mayor, el más fuerte, el que da vida: el sol. La menor, la seducción y la belleza: la luna. Después dispuso: pululen las aguas multitud de seres vivientes... escucharon bien, lo repito: la vida comenzaba en los mares. ¿Me pueden decir qué descubrió Darwin? Tengo más: Un día, un milenio, un millón de años después dijo: produzca la tierra seres vivientes. Este relato anticipa al científico inglés, ¿de dónde vendrían esos seres? Del mar por supuesto. ¿Aún no logro convencerlos? Veamos cuál fue su última tarea. La puntada final en la evolución permanente. Sí señores, estoy hablando del hombre. El amo de lo creado –aquí Atilio hizo una pausa y mirando la panera protestó: –Me dejaste sin medialunas.

–El que toca nunca baila –dijo Silvana.

–¿Viste? Esta pendeja se está avivando... Sospecho que en este cambio algo tiene que ver Miguel, su novio policía –replicó Atilio.

–¿Alguna otra teoría, gordo? –preguntó Norberto.

–Llego hasta la resurrección y allí patino. Si Cristo murió para redimir al hombre ¿por qué la vida sigue siendo tan dura, tan mierda? No resulta claro para qué diablos murió. ¿Qué debemos esperar ahora? ¿Otro Mesías?

–No puedo dar crédito a lo que escucho. Es imposible que vos tengas dudas, estás altamente entrenado para poder inventar lo que no sabés.

–Nadie sabe de todo, salvo el Dueño de las Cosas. A ver qué me respondes: si Jesucristo murió un viernes y resucitó el domingo ¿por qué se anda ventilando que su resurrección ocurrió al tercer día? No me dan las cuentas.

–¿Puedo interrumpirte? –solicitó Norberto y agregó: –Vos y tus ideas se pueden ir al carajo.

–Ese lugar... ¿viene a quedar cerca, lejos o dentro de la pensión Virgen Negra? –respondió Atilio.

–Es posible, los afectos tienden a desaparecer con las ambiciones desmedidas –terció Silvana con firmeza.

–¿Nos estás llamando ambiciosos? –preguntó Atilio con tono amenazador, como si su intención fuera que Silvana se rectificara.

–Sí. A mi hermano, a vos, a Yinipro, y probablemente a Mariel –contestó la joven sin intimidarse.

–¿Puedo saber qué he hecho para integrar esa lista?

–No lo sé, pero te noto cambiado.

–Kati te debe haber traído algún chisme.

–Por supuesto que no.

–Si lo hizo, tené presente que las mujeres de mala vida mienten.

–¡Qué antiguo... "mujeres de mala vida"! Los viejos llamaban así a las prostitutas. Solían usar también otra frase para referirse a ellas: "livianas de cascos". De cualquier forma me parece injusto que hablés mal de Kati –protestó Norberto.

–Dejá que calibre yo cómo he de actuar con mi pareja, mi intimidad es sagrada,

no me recuerdo que me metiera en algún momento con tu relación.

–No discutan por favor –pidió Silvana.

–Solo exponemos nuestro punto de vista –dijo Atilio y agregó: –Norberto y yo somos como carne y uña, no podemos pelearnos.

–¿Sabés? Según el libro que te atrapa en estos días es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja a que un rico entre en el reino de los cielos –citó Norberto.

–Debo haberme perdido en alguna parte... no entiendo –se quejó Atilio.

–Esto hace pensar que Jesús no miraba con buenos ojos a los capitalistas. Por lo menos da a entender que un hombre, para ser rico, comete pecados.

–Sigo sin entender.

–Los adinerados suelen ser de malos instintos, carentes de solidaridad, dispuestos a conseguir fortunas sin preocuparse por los daños que puedan ocasionar. Vos y yo, también el resto de los ocupantes de la pensión, hemos sido contagiados por el virus de la ambición. Esa es la razón por la cual desconfiamos y peleamos. En síntesis: los dólares nos pudren la cabeza.

–¡A mí no! –negó Silvana con firmeza.

–Te quiero ver con un puñado de verdes entre las manos. Es fácil poseer una moral pura, transparente, inobjetable, si no se tiene nada. Tu declamación, Silvana, carece de valor, es... virtual. Llegado el caso, o sea, que los dólares los tengamos a la vista, dudo que mantengas distancia y dones tu parte a los necesitados. Ignoro, pequeña, cuál es tu estrategia, pero lucharás a muerte antes de desprenderte de un pelo del señor Washington. Desconozco también el verdadero pensamiento de los otros sobre el particular pero afirmo sin temor a equivocarme que ya han proyectado su propio camino. En mi caso no actuaré como hipócrita: quiero encontrar el dinero ya y no me siento mala persona por decirlo. Es más, como el grupo no se ha reunido en los últimos días, he decidido ponerme a trabajar en la excavación desde mañana mismo –informó Atilio y luego de una pausa agregó: –Norberto y yo tenemos la corazonada que Cordelia eligió el antiguo canal para esconder allí lo que tu padre le había entregado.

–¿Por qué no lo comentaron antes?

–No tuvimos tiempo ni ocasión... si no les molesta me gustaría volver a la pensión. Quiero ordenar las herramientas necesarias para iniciar la tarea al amanecer. Con este calor cavar después de las diez de la mañana es un suicidio.

Kati, en la pensión, a la misma hora en que se desarrollaba la conversación en el bar, intentaba encontrar una explicación a lo ocurrido. Por primera vez el rostro de Atilio se desdibujaba haciéndose presente su olor. Por más que se esforzaba el rostro se convertía en una fragancia, un perfume. Corrigió: "se me presenta a través de un olor desagradable, nauseabundo. Qué lo diferencia con cualquiera de los clientes que visitaron mi cuerpo. La intensidad. El olor de un cliente común es leve; el de Atilio, es pesado, amenazador".

La voz de Mariel a su espalda la sobresaltó.

–¿En qué mundo andás? Pegaste un salto cuando te llamé.

–No te escuché llegar.

–La próxima vez aplaudiré para anunciarme.

–Quizás sea peor.

Mariángeles, en su dormitorio intentaba sobreponerse a la depresión que la tenía agarrotada. Depresión y odio al mismo tiempo. Sabía que si no podía salir de ese estado llegaría el momento en que comenzaría a desvalorizarse y reaparecerían las ganas de quitarse la vida.

"Debo impedirlo, debo pensar en algo que me alegre", se dijo. Sus manos descendieron por el vientre hasta alcanzar el pubis. "De alguna forma pondré candado a la tristeza".

CAPÍTULO XXIII

El Viernes Santo llegó.

En la pensión Virgen Negra Atilio golpeó nuevamente a Kati, Yinipro claudicó ante Mariel, Mariángeles tuvo un sueño violento, Silvana saló en demasía la comida, Miguel y Máximo terminaron peleándose, el escribano Rojas fue abandonado, y se encontró el canal de agua. También sucedieron otros hechos menores.

Los pensionistas hablaban sobre la necesidad de dar un desarrollo diferente a la escalera que unía ambos pisos, aclarando que la campana para llamar a comer sería respetada.

–Algún día alguien se romperá la cabeza –decían, porque los escalones eran estrechos y la inclinación excesiva.

–Además es antigua, el día menos pensado se quebrará por la mitad –argumentaban al escuchar el crujir de la madera.

En los primeros minutos del Viernes Santo los pronósticos se cumplieron: Atilio cayó rodando, con buena suerte, porque luego de rebotar en tres o cuatro escalones pudo aferrarse al pasamanos.

El ruido que produjo su voluminoso cuerpo al golpear fue escuchado en todas las habitaciones y los pensionistas no tardaron en llegar.

Kati se les había adelantado e intentaba sin resultado levantar a Atilio que estaba en un estado de semiconsciencia, aturdido.

–No conviene que lo movamos, es peligroso –aconsejó Silvana.

–Llamaré al hospital –dijo Norberto intentando pasar entre el hombre caído y Kati, que se encontraba arrodillada a su lado.

Atilio miraba a su alrededor, perdido. Intentó levantarse por sus medios, pero no pudo porque se sentía mareado y la posición que ocupaba su pareja se lo impedía.

–Tranquilo, tranquilo. Esperemos al médico.

–¿Médico? ¡Las pelotas! Sáquenme las manos de encima: no tengo nada roto.

–No podemos saberlo –afirmó Kati.

–Eso me falta para cerrar el círculo... discutir con vos, desparramado en esta escalera de mierda, con todos mirándome. Dejame que me levante. Este gordo no se muere por lo menos hasta que tenga su parte.

–Delira –dijo Yinipro a Mariángeles en tono bajo.

–Creo que está bien despierto. El dinero se ha convertido en la razón de su vida –contestó la joven, para agregar después: –Lamentablemente no sólo él carga con el virus de la ambición.

Atilio se incorporó. Apenas estuvo de pie movió brazos y piernas.

–¿Ven? Ningún daño, a lo sumo me quedarán moretones. Pero eso es culpa de mis capilares débiles.

Lo acompañaron hasta el dormitorio y lo ayudaron a acostarse. Kati recibió de Mariel el consejo de que le colocara hielo en las zonas donde comenzaba a aparecer un color violáceo.

–Lo haré. Vayan a dormir.

Los pensionistas regresaron a sus respectivos dormitorios previa promesa de que se encargarían cuanto antes de solucionar el problema de la escalera. Máximo se permitió una broma que no causó gracia.

–Atilio es un gordo temático. Desde que se dedica a estudiar la Biblia actúa en consecuencia. No quiso ser menos que Jesús y estuvo a punto de matarse un Viernes Santo. A falta de cruz tomó lo que tenía a mano: la escalera. Pero es sabido: nadie muere en la víspera.

El silencio ganó los espacios de la pensión Virgen Negra. Atilio se durmió de inmediato.

Kati se ubicó en un sillón. Estaba furiosa y se decía: "Que suerte de mierda, el hijo de puta debería estar muerto y no roncando".

Mariángeles, dormida, se movía nerviosa. El cuerpo se agitaba en un estremecimiento prolongado; a veces sus manos la defendían de un inexistente ataque. Le transpiraba la frente y se quejaba como si estuviera soportando un dolor profundo.

Soñaba.

Que se encontraba en el jardín, sentada sobre el muro de la fuente, acompañada por Cordelia. La paraguaya le acariciaba la cabeza y decía:

–Tranquila, tranquila.

Entonces la paz llegaba. Cordelia, con sus manos agrietadas por el trabajo, guiaba la cabeza de la joven hasta que las miradas coincidían.

–Pobrecita... si estuvieras aquí, a mi lado, no tendrías penas ni dolores. Tu cuerpo gozaría. A veces pido a la muerte que te tome. Te quiero conmigo para cuidarte como a una hija. En este lugar tus piernas serán veloces y te nacerán alas para que alcances las estrellas.

Mariángeles sonreía agradecida y le preguntaba dónde se encontraba la muerte. "Quién sabe", respondía Cordelia y decía: "A mi criterio ni el mismísimo Dios sabe su paradero".

–Para mi entender la muerte es dueña absoluta de sus actos, no depende de nadie y se presenta a su antojo. Tanto puede tomar a un niño como despreciar a un anciano.

–¿Qué debo hacer?

–Esperar que ella disponga. Ahora tengo que dejarte porque el resto de la familia discute y no me gusta. De las palabras pasarán a la violencia.

Cordelia desplegaba unas alas tornasoladas, de grandes plumas y se alejaba pese

a los ruegos de Mariángeles para que no la abandonara.

Por la puerta que comunicaba la pensión con los jardines apareció Yinipro llevando en su mano derecha una bandeja de acero inoxidable, como la que usan los mozos en el servicio de mesas. Lo que cargaba en la bandeja estaba cubierto por un mantel blanco, almidonado.

El joven se acercó a la zanja que habían realizado para encontrar el canal de agua. Al llegar al borde retiró la tela dejando al descubierto las cabezas de Máximo y Silvana.

–¡Qué has hecho! –gritó Mariángeles, pero el joven la ignoró. Inclinó la bandeja y las cabezas cayeron dentro de la zanja.

–Pónganse a trabajar –dijo–. Necesito los dólares ya.

Y se reía a carcajadas indiferente a los gritos de Mariángeles que permanecía sentada en el muro porque le era imposible movilizarse sin su silla de ruedas.

Kati se hizo presente arrastrando el cuerpo de Atilio. Lo ubicó frente a la fuente. Allí lo roció con combustible. Encendió un cigarrillo y luego de darle una pitada arrojó la lumbre sobre el cuerpo inmóvil. El fuego cubrió a Atilio, gelatinizando su carne, sin que este hecho impidiera que él se pusiera de pie y ensartara el corazón de Kati con un pinche. Ambos se abrazaban y el fuego lograba en instantes un puñado de cenizas.

Mariángeles decía:

–Cordelia, ayúdame: quiero morir... ¿por qué la muerte me esquiva?

Norberto y Mariel se despedazaban dándose dentelladas. Eso sucedía en el dormitorio y las sábanas se pintaban de rojo. Mariángeles los observaba sin necesidad de moverse de la fuente. Claro, los veo, porque a esto lo imagino, porque lo sueño.

El terreno que colindaba con la zanja abierta se abría y tragaba a Yinipro.

Mariángeles repetía:

–Yo necesito morir. No te escapes, guadaña apestosa.

–He decidido ser tu compañía –dijo una voz que venía de todas partes y más bien parecía un graznido de ave nocturna.

La joven miró a su alrededor para identificar quién hablaba. "Es la muerte", pensó en el sueño, y se preguntó por qué no terminaba de una buena vez con ella.

Despertó agitada. El silencio seguía presente en la pensión Virgen Negra en las primeras horas del Viernes Santo.

Yinipro salió de su dormitorio y bajó con precaución la escalera. Tenía sed y transpiraba. Una sensación de agobio amenazaba aplastarlo contra el piso. Fue hasta la cocina y tomó una botella de agua de la heladera que consumió con grandes tragos. Recién se dio cuenta de la presencia de Mariel cuando arrojó el envase vacío en el canasto de basura. Estaba sentada frente a la mesada, sirviéndose un mate.

–¿Querés uno? –le preguntó indicando la calabaza–. Es bueno para mitigar el

calor.

Vestía pantalón corto y blusa transparente. Una vincha roja que sujetaba su cabellera completaba el atuendo. Los pies descalzos le otorgaban un plus a su natural seducción.

–Le he tomado asco al clima. Me da vómitos. La temperatura, los incendios, las sequías son verdaderas epidemias, plagas...

–Si son plagas que no sean menos de diez. Mi autoestima no soportaría que Dios nos tenga en menos que a los egipcios –dijo Mariel riéndose y se acercó a Yinipro–. Podemos incluir una lujuria desenfrenada que induce a hacer el amor a toda hora.

–Dudo que la lujuria pueda ser considerada un castigo. En fin... por lo menos sería más divertido.

La mujer le extendió sus brazos alrededor del cuello y lo atrajo con suavidad mientras retrocedía hasta la mesada.

Ni el calor ni la incomodidad fueron obstáculo para que se amaran.

A las siete de la mañana unos gritos e insultos provenientes del dormitorio que ocupaban Atilio y Kati despertaron a los otros pensionistas.

–¡Víbora, me pedirás perdón de rodillas, te mataré! Me empujaste: voy a estrangularte con mis manos. ¿Pensaste que la caída me mataría? ¡Guacha! Te enseñaré que puedo mucho más que vos. Si no dije nada antes fue porque quise que los demás no se enteraran de nuestras diferencias. Los escándalos para una prostituta son cosas de todos los días.

–Con tus gritos, gordo maricón, te aseguro que no queda nadie en la pensión sin saber. Si vas a castigarme, castigame, no cacarees como una gallina. Yo no te empujé. Te caíste solo. Esa panza asquerosa te llevó de la nariz. De cualquier forma lamento que no murieras. Sería feliz. Nada me daría más gusto que explotaras como un sapo.

Se escucharon fuertes golpes, deslizamientos de muebles, roturas de vidrios.

–Pedí perdón, desgraciada.

–Ruego que te mueras. De la peor forma posible.

Los sonidos de la batalla que se libraba dentro de la habitación continuaban. Fue Norberto quien se acercó e intentó abrir la puerta sin conseguirlo y necesitó darle un fuerte puntapié para que el pestillo se soltara.

Los pensionistas ingresaron al dormitorio con excepción de Mariángeles, que trataba de ver lo que sucedía desde la planta baja y fue la única testigo cuando Mariel y Yinipro abandonaban la cocina. Ellos no la vieron. Sacudidos por el barullo, subieron por la escalera con rapidez.

Llegaron al dormitorio cuando Norberto decía:

–¡Qué hacés!

Kati estaba en el suelo, en posición fetal para defenderse de la agresión.

Atilio, fuera de sí, no se detenía. Debieron tomarlo de los brazos y mantenerlo inmóvil. Recién entonces se dio cuenta de que él no estaba solo en el cuarto.

–¡Rajen de aquí... éste es un problema privado! –gritó con voz aflautada.

Silvana ayudó a ponerse de pie a Kati y la condujo, con la colaboración de Mariel, hasta su propio dormitorio en la planta baja. Allí se les unió Mariángeles.

–Tranquila, te curaremos... ya pasó.

–Juro por Dios que lo haré derretirse en su propia grasa –dijo Kati sin demostrar dolor o temor.

La acostaron y comenzaron a limpiarle las heridas.

–No se preocupen por mí, estoy bien. Déjenme dormir y luciré como una jovencita.

En la planta alta Atilio se había serenado. Los pensionistas, convencidos de que la crisis había sido superada, abandonaron la habitación. Norberto y Yinipro se cruzaron en el pasillo. El primero miró al joven de pies a cabeza y dijo:

–Por tu aspecto apostaría a que venís de una juerga, tal vez de un prostíbulo. No te olvidés que estamos en Viernes Santo y se prohíbe el consumo de carne.

A media mañana Yinipro colocó la última mayólica completando la imagen de la Virgen Negra. No bien la asentó sobre el cemento se alejó unos pasos para controlar el encuadre dado; conforme, festejó muy contento.

A ciencia cierta él no sabía si la felicidad que sentía se debía a la finalización de la obra o a lo ocurrido con Mariel, tan diferente a su experiencia con Mariángeles.

Con excepción de Kati, que se mantuvo en el dormitorio, los demás se acercaron a la fuente y se unieron al festejo del joven.

Atilio fue el primero de separarse del grupo, hacía media hora que cavaba en paralelo a la pared medianera. Retomó pala y pico para continuar con la tarea. Al acercarse a la zanja abierta el borde se desmoronó, arrastrándolo. Al reincorporarse se dijo "segunda caída en un mismo día: a Dios se le ha ocurrido joderme". Recién entonces advirtió que estaba parado sobre una superficie dura, de piedra encastrada. Limpió el suelo y los laterales descubriendo igual revestimiento.

–¡El canal! –repitió.

El canal se encontraba a mayor profundidad de la que había calculado Silvia, la novia del escribano Rojas. La base con que alguna vez había sido cubierta se había roto, dejando ver al cauce lleno de raíces y suciedad.

Resultaba cómico ver a Atilio, siete metros más abajo, cavando con sus propias manos en forma desesperada.

Norberto dijo que se parecía a un perro tratando de recobrar un hueso escondido.

–La verdad, su intención no es encontrar precisamente un hueso –corrigió Mariel.

Fue necesario ayudarlo con una soga para que pudiera alcanzar la superficie cuando se agotó de arañar el suelo.

–Un milagro de Viernes Santo, era hora –proclamó el hombre apenas subió–. Dios está de mi lado.

–En todo caso deberías decir de nuestro lado –dijo Máximo.

–No veo el motivo para festejar. Si todo el canal está cubierto de raíces y mugre no será fácil encontrar los dólares. Hasta es posible que las lombrices los hayan digerido –comentó Yinipro.

–Con tu buena onda podemos ir hasta el cielo –contestó Atilio de mal humor. Yo pienso seguir cavando y si no me ayudan será conveniente reformular el convenio que hicimos.

–El bacalao de Noruega no se cocina en un segundo. No puedo perder más tiempo si la idea es comerlo al mediodía. Ustedes sigan acá que yo me dedicaré a cosas más tangibles –dijo Silvana casi al mismo tiempo que se escuchaba el timbre.

–Yo atiendo, total me queda de paso.

–No quiero extraños dando vueltas –ordenó Atilio.

–Estás pidiendo un imposible, hemos invitado a Rojas y a Miguel. Si no querés preguntas molestas te aconsejo que te cambies de ropa –aconsejó Norberto.

–No sé si lograremos evitarlas, el canal es un incentivo para cualquier interrogatorio –dijo Yinipro.

–En ese caso ponemos el cesete: "Estamos remodelando". Será suficiente.

Llamaron. Se trataba de Miguel, quien al ser recibido por Silvana, cambió el gesto autoritario por una sonrisa.

–Me adelanté –dijo.

–Mejor. Me disponía a cocinar y nunca está de más un ayudante –contestó la joven, abrazándolo.

–¿Los demás duermen?

–Están en el jardín, después los saludás, te necesito a mi lado.

En la cocina Silvana contó lo sucedido entre Atilio y Kati horas antes.

–Que lástima... pero era previsible.

–¿Por qué decís eso si apenas los conocés?

–Los conozco desde hace tiempo. Aquí, en nuestra ciudad, nadie es un desconocido. Sé a qué se dedicaban y otros detalles. Es imposible que una prostituta cambie de vida. Además... la diferencia de edad entre ellos pesa.

–Me molestan las etiquetas de por vida. Para vos Kati nunca tendrá una oportunidad. Puta fue, puta será –contestó Silvana enojada.

–Eso se llama condena social, mucho más dolorosa y perenne que una sentencia judicial –apuntó Miguel mientras acomodaba la chaqueta del uniforme en la silla.

–¿Por qué andás de uniforme?

–Debo asistir a una reunión de la plana mayor.

–¿Justo hoy Viernes Santo tenés que trabajar? ¿Piensan crucificar a alguien?

–Mi princesita anda con los pájaros volados. La provincia enfrenta momentos difíciles. No podemos estar eligiendo fechas para las reuniones. Estamos a pasos del caos. Debemos prepararnos.

–Decilo simplemente: se preparan para reprimir.

–No es la idea, pero debemos prevenir. Es nuestro trabajo. Estoy harto de este país y de esta provincia. ¡Cómo me gustaría vivir en otro lado!

–Te conocí alegre y pretendo que sigas igual. ¿A qué viene tanta crítica malhumorada?

–Mi niña, nadie conserva de por vida un rostro sonriente, a no ser que sea hipócrita. Aquí, en San Luis, ciudad tranquila, perezosa, está a punto de armarse un despelote. No puedo estar alegre. Si la bronca explota no son los políticos los que sufren. La violencia, los daños, las heridas, las soporta el pueblo, la gente común. La única forma en que podría sonreír es si lograra poner mi mente en blanco. Que nada me importara. Pero no está en mi naturaleza.

–¿Te gusta el bacalao? –preguntó Silvana para cambiar de tema.

–El pescado me gusta poco, pero el bacalao menos.

–Te separaré algo de verdura. Eso sí: por más uniformado que estés ayudame a pelar las papas.

–A eso le llamo yo perder autoridad –dijo Miguel sonriendo.

Al mediodía de ese Viernes Santo, Miguel se unió al grupo que se encontraba en el jardín. Y soportó con resignación las bromas que le hicieron por vestir con uniforme. Su ánimo comenzó a cambiar cuando Máximo intervino con bromas de mal gusto, que lindaban con el agravio. Miguel trató de no reaccionar. Se decía que el joven actuaba así por su relación con Silvana, que los celos lo dominaban, que además no debía haber recibido una buena educación si tenía en cuenta que su padre había pasado en prisión los últimos años. "Le hace falta una buena bofetada". También pensaba que era su obligación darle una lección. La posibilidad le fue servida en bandeja por el propio Máximo. Éste, coronando una serie de bromas, que él consideraba muy graciosas, hizo referencia a la obesidad de los integrantes de la fuerza policial y a la reciente decisión ministerial de establecer en forma obligatoria la asistencia a gimnasio del personal. "Son todos unos lechones", dijo entre carcajadas y agregó: "Y los que no son obesos, son enclenques".

–Supongo que te estás refiriendo a mí –dijo Miguel.

–Por lo que se ve andás flojo de mastiquín –respondió Máximo y agregó: –También te faltan vitaminas y músculos.

–Bueno... yo no me siento un debilucho.

–¿No?

–Te lo puedo demostrar. Me gusta pulsear y no es fácil ganarme ¿querés probar? –preguntó Miguel y de inmediato se sentó, apoyando el codo en la mesa, manteniendo la mano en vertical.

–A mí también me gusta pulsear–respondió Máximo acercando una silla.

–Necesitamos un juez.

–Me ofrezco –se propuso Atilio y entrelazó las manos de los competidores–. Al

contar tres, pueden comenzar –informó con tono afectado.

La pulseada se definió con rapidez a favor de Miguel.

–Hizo trampa, se apoyó en la mesa –protestó Máximo.

–Podemos competir otra vez.

–Creer o no creer... no conozco a un policía que no sea tramposo –insistió el correntino.

–Tené cuidado con lo que decís.

–¿Pensás arrestarme?

–¿Jugás o no? –se limitó a decir Miguel.

Entrelazaron nuevamente las manos sin dejar de mirarse, midiéndose, como dos gallos de riñas antes de lanzarse al ataque.

–Si no hacés trampa te quiebro la mano –dijo Máximo por lo bajo.

–¿No te gustaría hacer una apuesta? –preguntó el policía con el mismo tono bajo.

–De acuerdo... si gano te olvidás de mi hermana.

–Trato hecho... pero si el ganador soy yo nos dejás vivir en paz.

–Estoy listo, soldadito de plomo.

Si la primera pulseada fue breve, la segunda se definió en menos tiempo. Apenas Atilio contó tres y levantó su mano Miguel doblegó el brazo de su contendiente que golpeó ruidosamente en la mesa de madera.

–¿Conforme?

–¡Me has quebrado! –se quejó Máximo.

–No temas... es un dolor muscular. No tenés edad para la alta competencia. El dolor se pasará... te ha ganado un debilucho que te exigirá que cumplas con lo apostado.

–¡Terminen! –intervino Norberto–. Viene Silvana con la comida. No la hagan pasar un mal rato, ella no se lo merece.

–Tenés razón –aceptó Miguel extendiendo su mano para saludar a Máximo pero éste se puso de pie y le dio la espalda.

El bacalao a la cacerola lucía bien. Silvana sirvió platos generosos, Miguel recibió la verdura hervida prometida.

–Se me hace agua la boca –dijo Mariel–. El bacalao me recuerda a mi abuela materna. A ella le gustaba cocinarlo.

–A la mía también –concordó Atilio.

–En los tiempos que corren no se puede gozar de un banquete semejante todos los días. El bacalao cuesta una fortuna –comentó Silvana para agregar después de probar el primer bocado: –Creo que se me fue la mano con la sal.

–Creo que le pusiste una salina adentro –comentó Atilio.

–Cuando la cocinera se pasa en sal dicen que está por dejar el trabajo –apuntó Norberto sonriendo–. ¿Pensás dejarnos, Silvana?

–Ese refrán no se aplica a mi caso. Sólo fue ignorancia. No lo herví lo suficiente

para que perdiera su salazón original.

–A comer y tomar mucha agua –instó Miguel.

–Para vos es fácil porque frente tuyo tenés verduritas –hizo notar Mariángeles.

–¿Alguno es hipertenso? –preguntó Mariel.

–Que la presión aguante –contestó Atilio–. Aunque debo dejar constancia que discrepo con mi amigo policía en cuanto a eso de tomar mucha agua. El vino es el que calma y reconforta.

Máximo, que se había recompuesto, hizo un comentario que incluía una advertencia sobre la posibilidad de ser incluido en alcohólicos anónimos. El tema pasó a segundo plano cuando Miguel, mirando el jardín, comentó que parecía bombardeado.

–¿Para qué han abierto esa zanja, qué piensan encontrar? –preguntó.

–Hemos decidido remodelar. En un año no reconocerás la pensión Virgen Negra. Será un hotel de primera.

–Los felicito, pero no traten de cavar hasta China, evitarán un incidente diplomático... Me ofrezco para ayudarles.

El que respondió fue Norberto.

–Imposible. Nos hemos prometido un trabajo personal. Un desafío. Sin albañiles, ni colaboradores. De cualquier forma te agradecemos y si llegamos a necesitarte no dudaremos en pedirte ayuda.

El timbre de calle sonó. Era el escribano Rojas. Sorprendió a todos llegando solo, sin la compañía de Silvia, vestido de traje, como acostumbraba a hacerlo antes de conocerla.

–¿Y Silvia?

–No viene... tiene unas décimas de fiebre y el estómago revuelto.

–¿Qué le cayó mal? –preguntó Mariángeles.

–No lo sé. Tal vez sea de una gripe.

–Hace bien en cuidarse –intervino Mariel.

El escribano comió en silencio y no se quejó por el exceso de sal.

No realizaron una sobremesa extensa. Mariel dijo:

–Veré si Kati necesita algo –y se levantó.

Mariángeles se ofreció a acompañarla. Silvana y Miguel se encargaron de levantar la mesa, tarea que hicieron con rapidez para disponer de unos minutos a solas. Norberto les propuso a Atilio y a Máximo tomar un bajativo en la cocina.

–Sería mejor contratar a un bombero –respondió Atilio, pero aceptó la invitación con la condición que después lo acompañaran a comer un helado.

En el quincho sólo quedaron Rojas y Yinipro. Unas nubes gruesas comenzaron a cubrir el cielo. Con ellas, llegó una brisa del este, refrescante. Eso sucedía quince minutos antes de la hora quince.

–¿Lloverá? –preguntó Yinipro, sin que Rojas le respondiera–. A lo mejor triunfa

la tradición y tenemos un fin de Semana Santa con lluvia.

–Necesito hablar con usted –dijo Rojas sin levantar la vista de la mesa.

–¿Quién se lo impide?

–Le pido que me escuche dejando de lado el rencor que me tiene por el asunto de su padre.

–Entiendo... es de los que hablan con condicionamiento... podría desquitarme. Durante años ha hecho caso omiso a mis pedidos. "Lo siento", decía, "cumplo mi deber, soy un profesional, prometí reserva".

–No siga. Sé perfectamente cuál fue mi conducta. Olvídese de mi condicionamiento pero escúcheme.

Ver a Rojas sumido en la tristeza, vacío de carácter, sometido a su ánimo, derrumbándose con cada palabra, suavizó la actitud de Yinipro.

–Lo escucho.

–Mentí. Silvia no se encuentra enferma. Me dejó. "No quiero continuar la relación", me dijo. Nada más que eso. "Me voy", se limitó a informarme. Me sentiría mejor si me hubiera dicho una mentira piadosa. Cualquier cosa. Pero no. Ni me tuvo en cuenta. Confundido sólo atiné a decir: "No me dejés". Desde ese día la sigo, la vigilo.

–¿Por qué se confiesa conmigo, es una forma de castigo?

–No, el castigo ya lo tengo, mi intención es otra. En primer lugar pedirle perdón por mi conducta. Ahora sé lo que se siente ante un abandono. Durante años ignoré sus súplicas, sus enojos, sus preguntas. Sólo me importaba cumplir con mi deber de ocultar la identidad de su padre. Ahora sé de qué se trata. Si sufro porque una mujer me abandonó, cuánto dolor debe tener usted. He decidido que conozca el nombre de su padre.

–No quiero saberlo. Él está muerto. Si se hizo negar en vida, no aprovecharé su muerte para vencer su voluntad. Sería una canallada. Me comportaría como él. Él no existió más allá del giro mensual. Saber su identidad ahora me enfrentaría vaya a saber con quién... medios hermanos, medios tíos, una familia que no tiene interés en conocerme. Soportar nuevos desprecios. Tengo fe en que el odio amainará y mi padre desaparecerá para siempre de mi mente.

–¿Está seguro que no quiere saber?

–Completamente... siento mucho que Silvia lo abandonara... le propongo que sigamos el consejo de Atilio: no nos tratemos más de usted. Estos hechos nos han comenzado a unir.

–Gracias.

–¿Te has fijado? Llovizna ¿será el fin de la sequía?

–Una mano de Dios.

–Arriba ese ánimo. La lluvia es vida. Las vertientes se renuevan y se acaban los incendios. A vos te sucederá lo mismo... ¿Nos tomamos un vino?

Mariángeles y Mariel rodeaban la cama donde descansaba Kati.

–No dejo de tomar agua, ese pescado me incendió –dijo Mariel.

–¿Vino el novio de Silvana? –preguntó Kati que tenía el rostro deformado por los hematomas.

–El policía enamorado no falló.

–Espero que tenga más suerte que yo... el solo hecho de ser hombre lo descalifica –reflexionó Kati–. Los hombres tarde o temprano son verdugos de las mujeres. En este caso puede ser peor porque no conozco un policía bueno. Sirven para castigar, denunciar, apretar.

–No estoy de acuerdo... hay buenos y malos como en cualquier grupo humano.

–Mi querida Mariángeles como se nota que no has vivido. A nosotras, a las prostitutas, los policías nos producen terror. Los he visto regocijarse con el dolor y el llanto. La indeferencia es el mejor remedio contra la maldad.

–Tenemos a una filósofa –afirmó Mariel.

–Creo que los gobiernos, los políticos, hacen mucho más daño que la policía. Un presidente puede exterminar a un pueblo sin que se le mueva un pelo –dijo Mariángeles.

–Es posible que tengas razón, pero sucede que Silvana está de novio con un policía y no con un presidente –replicó Kati.

–De acuerdo –aceptó Mariel.

–Tengo la corazonada que no sólo estás de acuerdo en este tema.

–No te comprendo.

–Sospecho que ya te has acostado con Atilio.

–¿Cómo se te ocurre?

–Pura intuición femenina. La misma intuición me dice que entre ustedes hay un plan secreto, una confabulación para quedarse con lo que encontremos allá afuera.

–Me molestan las personas desagradecidas. ¿Te parece una forma de retribuir mi interés por tu salud? Te contestaré como lo merecés: ni por todo el oro del mundo me acostaría con ese viejo gordo, de mal carácter, repulsivo.

–Franqueza por franqueza. Pienso que para concretar tus planes lo necesitás y actuás sin tener en cuenta su persona. Como lo hace cualquier puta.

–Por favor, no discutan –pidió Mariángeles–. Escuchen, me parece que llueve.

–Sería un verdadero milagro –contestó Kati y agregó: –Un gran milagro.

Norberto y Máximo, cumpliendo con la condición impuesta por Atilio, lo acompañaron hasta una heladería ubicada frente a la plaza principal. Festejaron que el negocio estuviera abierto. La idea de campear una heladería bajo la pertinaz llovizna de ese Viernes Santo no les agradaba. Se sentaron a la puerta del negocio. Las mesas que habitualmente estaban ubicadas en la vereda habían sido colocadas en el ingreso del local.

La ciudad se mostraba desierta. No se veían ni personas ni autos. El puntano

respeta la hora de la siesta y más aún si llueve.

–Cómo nos gusta dormir –dijo Atilio con la boca llena porque era evidente que no pensaba hacer una pausa entre sus ansiosos bocados.

Máximo, por el contrario, comía el helado con lentitud, ensimismado. Pensaba en Silvana, su hermana y también en Miguel, es especial recordaba la vergüenza que había sentido al ser derrotado en la pulseada. "Ese tipo nos traerá problemas. El hecho que remarcara la existencia de la zanja y se ofreciera a colaborar demuestra que ni de novio pierde su curiosidad de ratón, husmea. En sus manos Silvana será un títere. Se aprovechará de ella. Cómo quisiera tener la capacidad de convencerla que lo deje. En días se granjeará su confianza y le contará nuestro secreto. Es ingenua. Es una niña. Sobre todo caprichosa. Debo tener cautela. Si la enfrento, si le trato de imponer la ruptura, no tendré éxito. ¿Cómo hacer para demostrar que tengo razón? Con qué ganas le estrujaría el cuello a ese policía. Con sólo imaginar que acaricia a mi hermana me descontrolo."

–¿Me acompañan a la iglesia? –preguntó Atilio–. Me gusta ver los altares con ese terciopelo violeta que usan los curas para cubrirlos en Viernes Santo.

–Tenés un espíritu morboso –calificó Norberto.

–Para nada. Tapar las imágenes es un hecho extraordinario, una vez al año. No veo qué tiene de malo presenciar un cambio de rutina. Por otra parte me siento más a gusto sin que las imágenes me observen. Esas esculturas me distraen. Cuando estoy en la iglesia reflexiono y evito cualquier circunstancia que me lo impida.

–No sigas. Pido gancho –dijo Norberto, usando la frase infantil–. Te acompañaremos, pero no nos aburras con tus teorías.

Norberto se dijo que la relación entre ambos ya no era la misma. Si bien durante un tiempo de convivencia no habían logrado un óptimo intercambio afectivo, fluía entre ellos cierta simpatía; pero a partir de la propuesta de Atilio de quedarse con la totalidad de los dólares la situación cambió. Ni hablar de su manía de castigar a Kati. Advertía que en más de una oportunidad necesitaba enfrentarlo. También se preguntaba cómo era posible que el grupo se hubiera distanciado en días. Ellos, que según Cordelia constituían una familia, se veían como enemigos. "Bueno, reconozcamos que las familias sanguíneas en general no se llevan muy bien. Aparentan, pero de puertas para adentro se conducen como enemigos. Es posible que Cordelia, esa paraguaya divina, tuviera mejor olfato que nosotros y anticipara esta batalla que estamos librando por nada. Quizás es una gran humorada. Quiso ver cómo reaccionábamos para cagarse de risa. Tal vez está disfrutando lo que nos pasa sentada a la diestra del mandamás. Me la imagino divirtiéndose como nunca lo hizo en vida. Nos hemos transformado en pendencieros, hipócritas, infieles. Ni Mariángeles queda afuera. Una inválida inspira pena, y uno está dispuesto a verla con cierta benevolencia. Yo digo, sin tener vergüenza ni cargar culpa, que Mariángeles es una persona peligrosa. El hecho de que intentara quitarse la vida ya la define. Se llega a ser suicida después de transitar mucho odio.

El suicida es producto de un proceso que lleva mucho tiempo. Sólo se aspira a la propia muerte cuando antes se ha deseado la muerte de otros. Al principio se odia en forma individual, se desea exterminar a una persona determinada; después, el odio es global, se necesita acabar con el mundo. Por último el suicida se fija en su propia vida y decide terminar con ella", pensó Norberto.

–¿En qué mundo estás? –le preguntó Máximo–. El gordo terminó el helado y yo te he llamado tres veces. ¿Vamos a la iglesia?

Atravesaron la plaza bajo la fina llovizna.

–Soy envidioso –dijo Atilio mientras cursaban el centro del paseo.

–No sabía que te arrepentís antes de cruzar el umbral de la Catedral. Debes cargar con un millón de pecados para que estés ganando tiempo con tu confesión a la intemperie –bromeó Máximo.

–Soy un pecador normal. Hay pecadores light y otros con muchas calorías. ¿No les interesa saber por qué he dicho que soy envidioso?

–Hacé como si te lo hubiésemos preguntado –dijo resignado Norberto.

–Envidio a Jesús. A su poder para regresar de la muerte.

–Se te olvida un detalle: era hijo de Dios.

–Por eso lo envidio. ¿Por qué motivo lo eligió a él y no a mí?

–Simple: a Dios no le gustan los jubilados bancarios y menos si son obesos.

–Dejate de joder. Te confieso un sentimiento y te mofás. Me declaro resentido.

–Apuntá Máximo... segundo pecado confesado.

CAPÍTULO XXIV

Miguel regresó esa noche a la pensión Virgen Negra en el momento en que Silvana hacía sonar la campana anunciando que la cena estaba lista.

–¿Te quedás a comer?

–Si los demás no se sienten molestos acepto con mucho gusto.

–Eso es imposible. Desde hace tiempo el vuelo de una mosca nos pone histéricos. Los nervios de punta.

–Vamos a cenar a un restaurante –propuso Miguel.

–Yo me comprometí a atenderlos. Además si salimos no tardarán en elaborar una confabulación.

–Si mi novia se queda, yo también. ¿Puedo saber el menú?

–Costeletas, papas y huevos fritos.

–Censurable. El Viernes Santo aún no termina.

–Si no querés comer carne te podés dedicar a las papas fritas.

–Puesto de esa forma considero que el día terminó.

–¿Cómo te fue en la reunión?

–A mí bien, pero a mis conciudadanos mal. En la sociedad se ha instalado un ánimo perverso que nos hará sufrir.

–No seas alarmista. San Luis es una ciudad de gente pacífica.

–Sinceramente espero que tengas razón pero los hechos pronostican un resultado diferente.

A medida que iban llegando al comedor los pensionistas se ubicaron alrededor de la mesa. Sólo faltaba Kati. Al fin llegó. Con una postura altiva, como si estuviera orgullosa por los hematomas que mostraba su rostro. Los presentes aparentaron indiferencia.

Silvana apareció con una bandeja de madera colmada de costeletas que ubicó en el centro de la mesa. La fuente con papas y huevos fritos la trajo Miguel. Ninguno recordó la prohibición religiosa que regía para ese día. Por el contrario, hubo exclamaciones de sorpresa y alegría. El único que se mostraba molesto era Máximo, que preguntó a Miguel:

–¿El señor ha contratado el servicio con pensión completa?

–Así es, jovencito: almuerzo y cena. Le recuerdo que al mediodía usted hizo una apuesta y perdió... Se lo hago notar para que antes de preguntar evalúe si su curiosidad no molesta.

Comieron, en tensa calma. Sólo Atilio hizo uso de la palabra con un extenso monólogo con el que intentaba demostrar que el hombre era naturalmente violento. Los presentes, mientras lo escuchaban, suponían que usaba la perorata para justificar su conducta con Kati pero se abstuvieron de manifestarlo.

–La humanidad no debe dividirse en buenos y malos. La verdad es que existe un solo grupo: los malos. Resulta ingenuo creer en gente buena, santa, solidaria. Sólo se trata de hipócritas. Los malos, en todo caso, son más cristalinos y uno descubre su verdadera personalidad a simple vista. Les faltan, a los malos, reflejos para actuar como los supuestos buenos. Desde el inicio. Caín y Abel anidaban igual violencia en el corazón. Cualquiera pudo ser el asesino pero fue Caín, y ustedes se preguntarán por qué. Porque Abel desperdició el tiempo en comprar la buena voluntad de sus padres. Para que sus progenitores dijeran "qué bueno es este muchacho" y tenerlos así en un puño. Caín, más rudo, sin pulir, no se entretuvo buscando ganar adeptos y le aplastó la cabeza con una piedra. En fin, que fue uno pero pudo ser el otro. Deben desconfiar de los llamados buenos. Son los más peligrosos, creo que lo dije antes. Esos les limpiarán las entrañas con deleite, pero siempre demostrarán ante los demás que lo hacen por una buena causa. Nada mejor que fijarse en los países que al fin de cuentas son lo que sus gobiernos deciden, y los gobiernos los integran hombres y mujeres. No hay países malos ni buenos. No era mejor el cristiano que integraba las cruzadas que el musulmán. Las naciones son sus habitantes. Decir que una nación es líder de los valores éticos más importantes es reconocer que esa nación tiene suficiente fuerza para hacer pelota a cualquier otra que tenga convicciones diferentes. Les puedo asegurar que cualquier república bananera con suficiente poder actuaría como lo hace un imperio; o sea, que impone lo que se le viene en gana. Siguiendo la conducta individual, esos países que defienden principios humanos intangibles y valiosos no son otra cosa que gobiernos de excelente doble discurso. Eso sucede desde que el mundo es mundo ¿comprenden? –dijo Atilio.

Máximo, desde el otro extremo de la mesa, comentó:

–Querido... a vos no te importa si comprendemos. Tu pregunta sólo trata de ganar más atención, saber si te escuchamos. Quedate tranquilo. Nadie se ha quejado, sólo se escucha trabajar a las mandíbulas. Somos tus alumnos aplicados. Sólo oídos. Constituís el único polo de atracción.

–Visto desde aquí afirmaría que el polo de atracción es la comida. Los veo sopar y no me cabe duda que los oídos los tienen clausurados –contestó Atilio, que no había probado bocado.

Norberto, ignorando el comentario, dijo:

–Propongo que el fin de semana lo aprovechemos para hacer algo diferente.

–¿Qué proponés? –preguntó Máximo.

–El Domingo de Gloria podríamos visitar la Villa de la Quebrada.

–¿Y mañana? –insistió Máximo.

–Una jornada de pesca.

–Excelente. En mi vida pesqué. Debe ser apasionante. De una punta el pescador omnipotente, de la otra un pez indefenso. Supongo que es una actividad que te permite jugar a ser poderoso. Anotame primera en la lista –dijo Kati.

CAPÍTULO XXV

El sábado se presentó lluvioso y frío. El clima los obligó a dejar de lado su plan de pesca.

–Día libre –proclamó Atilio no bien decidieron cancelar la salida–. Que cada uno haga lo que quiera.

–¿Qué querés hacer? –preguntó Yinipro a Mariángeles.

–Me quedo aquí. Que otra cosa puede hacer una inválida en un día como éste. No quiero ser carga de nadie. Veré televisión, ordenaré el ropero. Además la lluvia me da somnolencia, quizás vuelva a acostarme.

–Si nos prestan la rural vos y yo podríamos dar un paseo.

–Insisto: no quiero molestar.

–Te invito porque tengo ganas. No me compadece tu silla de ruedas. Si a vos te sirve adoptar un papel de víctima no tengo nada que decir. En realidad, sí: no pretendás que te crea y sienta lástima. A mí me engañan cuando quiero... Entonces ¿me acompañás o no?

La joven miró a Yinipro y dijo "vamos".

El timbre de calle sonó dos veces. Era Rojas. Había recuperado la sonrisa y la vestimenta informal.

–Miguel me comentó que planeaban un día de pesca. Si no les molesta los acompaño.

–Llegaste tarde. No iremos. Esta lluvia nos convenció de quedarnos bien resguardados. Hemos declarado día libre como hacen las excursiones turísticas –respondió Atilio.

–A propósito... si no piensan usar la rural, Mariángeles y yo tenemos ganas de dar una vuelta. El que quiera acompañarnos puede hacerlo.

–A falta de pan buenas son las tortas. Si me aceptan, yo voy –dijo el escribano.

–¿Alguien más?

No hubo nuevos interesados y Yinipro dijo: somos tres, una multitud.

La escalera de madera crujió. Kati descendía. Llevaba puesto un impermeable abierto que dejaba ver un vestido rojo ceñido. Calzaba tacos altos y sostenía un paraguas en la mano. Al llegar a planta baja dijo que saldría porque adoraba caminar bajo la lluvia.

–No me esperen a comer –dijo Kati y caminó con exquisita altivez hacia el zaguán.

Máximo le preguntó a Silvana si tenía algún plan.

–Espero a Miguel. Algo se nos ocurrirá.

–Por favor tené cuidado. En esta época la compañía de un policía es altamente peligrosa –aconsejó Máximo.

La rural que conducía Yinipro iniciaba el descenso por los caracoles que unen La Carolina con San Francisco del Monte de Oro. En el asiento intermedio iban Mariángeles y el escribano Rojas. El camino de tierra estaba en mal estado. Cada tanto, aparecían máquinas viales estacionadas sobre las banquinas.

–Me parece que están por asfaltar–comentó Mariángeles.

–Así es. Ya se adjudicó la licitación –informó Rojas.

–Che, escribano, por tu alegría y tu vestimenta sospecho que te arreglaste con Silvia. ¿Es así?

–Lo nuestro ya no se recupera más. Se terminó. Pero sí, me siento bien. Gracias a vos. He aceptado, después de escucharte el otro día, que me dejaron, que me abandonaron. "¿Y qué?" me pregunté después de nuestra conversación. No seré ni el primero ni el último al que le cuelgan la galleta.

–¡Bien! –felicitó Yinipro.

–Te tomé de ejemplo. Y me sobrepuse.

–A nadie le importan tus tristezas ni tus alegrías; pero a vos andar reventando no te sirve. Debés mejorar el ánimo.

–Cómo se nota que vos ya pasaste por una cosa similar. Te escucho con atención y me digo, él y yo debemos tener una sola meta: la felicidad.

–Tal vez no lleguemos tan lejos pero te aseguro que la existencia tendrá un gusto diferente.

–En lo que a mí respecta mi deseo es llegar entera, con todas mis partes, a San Francisco y si vos le seguís dando a la lengua, sin prestar atención al camino, dudo que la alcance –dijo Mariángeles.

–Las mujeres son desconfiadas... a este camino lo recorro con los ojos vendados.

–No sabía que venías aquí asiduamente –dijo la joven.

–No. La única vez que vine a San Francisco llegué por la ruta del bajo.

–¿Entonces?

–Se sabe: cuando hay caracoles se debe doblar siempre para el mismo lado.

–Sos tarado. Encima que estoy aterrada se te ocurre tomarme el pelo.

Antes de ingresar al pueblo Yinipro detuvo el vehículo. –¿Qué sucede? –preguntó Rojas.

–Quiero mostrarte algo –contestó Yinipro y cuando abría la puerta le dijo a Mariángeles: –Enseguida volvemos.

–Por favor no te olvides de dejar frenado el automóvil –pidió la joven.

Abandonaron el camino ingresando en el campo colindante.

–Nos llenaremos de espinas –comentó el escribano ante la cantidad de cactos que cubría el terreno pedregoso, agregando después con tono preocupado: –Debe haber infinidad de víboras.

–Seguro... pero no están haciendo guardia para morderte... además huyen de los profesionales que se dedican a manejar la ley –contestó el joven, riendo.

–Entonces me quedo más tranquilo.

Recorrieron unos cien metros esquivando arbustos y peñascos.

–Lo encontré –dijo Yinipro indicando una zona desprovista de grandes piedras y de suelo arcilloso.

Su compañero miró hacia el lugar indicado por el joven, tratando de comprender qué había encontrado. La explicación le llegó casi al mismo tiempo que se preguntaba si Yinipro no había perdido su cordura.

–El cementerio –exclamó el joven para mayor desconcierto de su acompañante, quien preguntó si se sentía bien–. Creí que me había equivocado de lugar... Seguime, escriba, vamos a conversar con los indios.

–¿Te sucede algo? –insistió Rojas.

–Este lugar fue un cementerio indígena. Es posible encontrar sin mucho esfuerzo restos óseos, puntas de flechas, morteros, conanas. Abrí bien los ojos para que podamos llevarnos un recuerdo.

–¿No es más fácil y económico buscar esos recuerditos en Los Puquios? –preguntó Rojas, haciendo referencia a una localidad cercana a San Luis, famosa por el yacimiento arqueológico que alberga a flor de tierra.

–A mí me interesa este sitio. La única vez que vine no tenía más de doce años. A la directora de mi escuela se le antojó que conociéramos la escuela donde Sarmiento fue docente por primera vez. Mis compañeros y yo, encantados. Un viaje era toda una epopeya. Poco nos importaba que nuestros acompañantes, el padre de un alumno y el profesor de Ciencias Naturales, fueran medio agrios. Gracias a este último conocimos esta zona que no estaba incluida en el viaje. Él supo interesarnos e imponerse al conductor, que insistía en regresar a la ciudad. Al fin logró una franquicia de una hora como máximo. Me quedé con ganas de visitar de nuevo este lugar. Me lo prometí, pero vos sabés cómo son los niños y a la semana me había olvidado de esa promesa. Recién hoy a la mañana la recordé. Debo reconocer que me sorprendí con imágenes tan frescas, como si mi primera visita hubiera sido ayer.

–¿Una punta de flecha? –interrumpió Rojas alcanzándole una piedra de color rosa de forma triangular.

–Así parece. No soy especialista –dijo Yinipro acariciando la piedra.

Rojas consideró apropiado hacerle una broma y dijo que si tenían en cuenta el color de la supuesta punta de flecha el indio que la había tallado debía tener una inclinación homosexual.

–¿Sabés algo? En este lugar siento lo mismo que sentí de niño.

–Eso habla mal de tu desarrollo personal.

–Estoy hablando en serio. Me paro aquí e imagino a los indígenas caminando, transparentes, con la mirada ausente, fantasmas en un tiempo que no les pertenece. Saben que ya no son. Que nadie los tiene en cuenta. Sin peso ni volumen. Espíritus a la deriva, como ocurrirá con nosotros dentro de tres o cuatro siglos.

–Pará con tu imaginación. Soy fácilmente influenciable y ya me veo fiambre navegando a media altura, entre robots. No me tensiones. Miro hacia todos lados temiendo que esos espíritus indígenas nos ataquen en cualquier momento. Te digo más: veo esta punta de flecha en el medio de mi corazón. Prefiero visitar la escuelita de Sarmiento. ¿Qué nos puede suceder allí? A lo sumo aguantarnos una clase del viejo, que en realidad en ese entonces era joven. Los maestros no son mi debilidad pero tenés que reconocer que traen menos problemas.

–Hay maestros y maestros. Los docentes de esta época no son nada pacíficos –bromeó Yinipro, haciendo referencia a la lucha política que se libraba entre el Gobierno y los docentes. Luego de una pausa preguntó: –¿Alguien nos recordará cuando muramos?

–Alguno habrá.

–¿Qué recordamos de los indios que aquí vivieron? Han sido borrados de la memoria colectiva. A lo sumo tenemos una idea de ellos por el cine norteamericano y sus películas de cowboys. Cómo será que si le preguntás a un niño nombres de tribus te dirán al instante: Sioux, Comanches, Mohicanos. Ni por las tapas citarán a los Michilingües, a los Comechingones, a los Pampas, a los Diaguitas.

–Es normal, Yinipro, los indios del norte tienen mejor marketing... pero volviendo a tu pregunta inicial te desilusionaré: nadie se acordará de nosotros. Quizás las generaciones futuras sólo tengan una idea de la época que nos tocó vivir. Tampoco esto es seguro. Me parece justo, cada uno con lo suyo. Mirar atrás o adelante cuando se dispone de unos escasos años en este planeta es una verdadera pérdida de tiempo. ¿Querés que te desilusione aún más? De esta época sólo quedará lo negativo: las dos guerras mundiales, exterminio de pueblos enteros, las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki, nuestro ingenio para las torturas, la destrucción del planeta para alcanzar el suicidio colectivo y otras perlitas como ésa. ¿Qué nos diferencia con tus queridos indios? La capacidad para hacer el mal. Los indígenas fueron santos si los comparamos con nosotros. Creo que tu preocupación por perdurar en la historia no tiene mucho sentido. Si las cosas se dan, conforme a lo que estamos haciendo, en muy poco tiempo no quedará un habitante sobre el planeta... ¿Qué te parece si volvemos a la rural? Debemos regresar temprano a la pensión porque si no nuestros compañeros recordarán con precisión a nuestras madres.

–Mariángeles debe estar haciendo lo mismo –dijo Yinipro.

Debieron soportar las quejas de la joven que se iniciaron con una pregunta: "¿Lo hicieron a propósito?". A partir de allí se despachó a gusto culpándolos por tener los nervios de punta. Terminó con las recriminaciones cuando estacionaron frente al templete que guarecía el rancho que había servido a Sarmiento para dictar clases cuando el sanjuanino tenía quince años.

–¿Querés bajar? –le preguntó Yinipro, convencido de que esa pregunta serviría para reiterar las quejas de Mariángeles. Pero no fue así.

–Por supuesto... ni loca me quedo sola otra vez.

Recorrieron el rancho. Les era difícil movilizarse en una construcción tan pequeña empujando la silla de la joven. Se detuvieron frente a algunas reliquias de la época.

–¿Conseguiste ver al viejo? –preguntó Rojas relacionando lo conversado en el cementerio sobre los indígenas.

–Dejate de joder.

–Qué lástima. Sería bueno cambiar algunas palabras con él. Es posible que nos diera el remedio para enderezar el rumbo del país.

–Ni él podría hacer algo. Los argentinos no estamos condenados al éxito como dijo nuestro ex presidente. Nuestra meta, nuestro destino, es el fracaso –respondió Yinipro haciendo uso de una frase de gran repercusión popular porque fue dicha en pleno caos económico y social.

Al terminar la visita recorrieron el pueblo de San Francisco. Mariángeles se sorprendió con las antiguas construcciones. Rojas, por su parte, enumeró con orgullo los nombres de los habitantes que eran clientes de su estudio.

–La gente del interior es sana y cumplidora –aclaró cuando terminó la lista–. Son generosos al reconocer el trabajo profesional.

–En pocas palabras... con gente de este lugar ganaste unos buenos pesos –bromeó Yinipro.

–En especial recuerdo a un árabe que explotaba un negocio de ramos generales. Hombre de fortuna. En una oportunidad me solicitó que confeccionara unas escrituras y me encargara de proponerle un agrimensor para hacer la mensura correspondiente. Así lo hice y le presenté un agrimensor amigo. El Turco, así lo llamaban en este pueblo, se desvivió por atendernos. Hizo carnear chivitos, cerdos, pollos y hasta una ternera de excelente porte. Esas atenciones fueron el principio de otras no menos interesantes. Nos alojó en las mejores habitaciones de su casa y nos atendió como reyes. El día que debíamos regresar preparó comida árabe: Keppe crudo y cocido, niños envueltos en hojas de parra, puré de garbanzos, cordero asado, sin olvidar la picada tradicional acompañada por excelente anís. El Turco era entrador, hábil para los negocios y la timba. Amaba jugar al póquer. Podía pasar dos o tres días sin dormir, levantándose de la mesa sólo para ir al baño. Lo más importante es que no era un perdedor. Le sonreía la suerte –concluyó el escribano.

–¿Vive? –preguntó Mariángeles.

–Falleció hace algunos años –contestó Rojas y luego de pensar unos segundos agregó, dirigiéndose a Yinipro: –Fijate, sin proponérmelo, lo he traído a nuestros días. Ahora ustedes tienen noticias de él. Le he otorgado una inmortalidad pequeña... a lo mejor alguien hace lo mismo con nosotros.

–El escribano delira –comentó Mariángeles a Yinipro.

–Me jode por algo que conversamos en el cementerio.

–Vos también tenés la computadora descompuesta. ¿De qué cementerio hablás?

–Ahora te lo cuento... en el regreso.

El sol se acercaba al horizonte cuando salieron del pueblo de San Francisco.

Kati, en San Luis ingresó a una peluquería. Se dijo, al ver los clientes que esperaban turno, que tenía para rato. Se ubicó en una silla y decidió esperar hojeando una revista de la farándula. Un asistente se le acercó y le ofreció un café, que aceptó.

Un chistido de una mujer que tenía cubierta la cabeza con el secador la obligó a abandonar la lectura.

–¿No me recordás?

–¿Rina? –dijo Kati.

–Pero sí, niña. ¿Tanto he cambiado? Soy tu hermana postiza... Soy Rina. ¿Dónde te escondió ese novio tuyo, el cajero del banco, que no se te ve por ningún lado? Le daría una buena tunda por haberte separado de mí. Alcanzá una silla y contame. Todo, quiero saber absolutamente todo. Total, hasta que te atiendan nos sobra el tiempo.

Kati había conocido a Rina en un prostíbulo. Juntas habían decidido arriesgarse a trabajar en forma independiente. Hacer desaparecer de sus vidas a los rufianes, los gigolos, las madames.

–¿Cómo anda esa vida de señora casada? –interrogó Rina no bien Kati se ubicó al lado.

–No necesito de muchas palabras: una bosta. El cajero, como vos le llamás, se cree dueño de mi persona. Él piensa que con palizas le oleré el traste. Mi vida actual es una mierda. Nada más para contar. ¿Y vos?

–Después de lo que me has dicho no me animo a hablar. Me va bien. Sigo con el oficio pero en singular.

–Pasámelo en limpio.

–Estoy conforme. No me atrevo a decir feliz, pero ando cerca. Cuando te fuiste con el bancario anduve a tientas, confundida, dada vuelta, pero un día dije basta y me propuse encontrar una solución. Reflexioné que mi única capacidad era acostarme por dinero. Por lo tanto ni pensar en ser oficinista. Por fin algo se me ocurrió. Me acostaría con un solo tipo que me diera todos los gustos y una chequera interminable...

–Ahora entiendo qué quisiste decir con la palabra singular. Has logrado el sueño de toda prostituta: trabajar medido, ganar bien y no comprometerse en los afectos. No es fácil lograrlo.

–Yo lo hice. Mi pareja es un comerciante acaudalado, de los que existen muy pocos hoy. Lo conocí por casualidad. Me trata bien, no me hace faltar nada y tenemos sexo una vez cada quince días.

–¿Puedo saber el nombre?

–Por supuesto... acercate, siempre hay curiosos.

Rina le susurró al oído. Al escuchar el nombre Kati exclamó:

–¡No! ¡No puedo creerlo! Con la pinta de boludo que tiene...

–No sólo tiene la pinta, es así. Creo que tengo asegurado mi futuro. Por lo menos

me regaló una casa y una cuenta bancaria que nunca está en rojo. Me exige poco y es natural, porque ya ha cumplido 70 años. Es muy educado. Total que el tiempo me sobra y hasta he pensado en adoptar. Ser madre. Una madre que no avergonzará a su hijo, porque me he vuelto hacendosa, no salgo de noche... una vida aburrida pero honesta.

–¿Piensa casarse con vos?

–Lo ignoro. Lo que sí sé es que no contará conmigo si se decide a hacerlo. No tendrá suerte. Me siento bien sola. La libertad vale mucho más que un buen pasar.

En la pensión Virgen Negra Norberto, Mariel, Máximo y Atilio, aburridos, decidieron, cuando cesó la lluvia, limpiar el antiguo canal.

–Qué lío se armaría si encontráramos los dólares en este momento –dijo Atilio haciendo un alto en la tarea.

–¿Por qué? –preguntó Norberto.

–Faltan varios integrantes del grupo...

–No te entiendo.

–Como están las cosas, los ausentes sospecharán si no nos hemos guardado parte del tesoro.

–Me parece que la sospecha está en vos, no en los otros.

–Se está haciendo tarde –dijo Máximo.

–Silvana ya vendrá, no te preocupes –acotó Norberto porque intuía que el joven estaba nervioso por la ausencia de su hermana.–Sólo pasea. Regresará de un momento a otro.

La primera en abandonar fue Mariel. Los demás, con excepción de Atilio, la imitaron minutos más tarde.

–Con obreros como ustedes encontraremos los dólares en el próximo siglo –dijo Atilio sin ocultar su mal humor.

CAPÍTULO XXVI

El domingo amaneció soleado. El grupo de pensionistas, con ayuda de Miguel y Rojas, hacían los preparativos para realizar el viaje a Villa de la Quebrada.

Kati pidió disculpas por no acompañarlos, aduciendo que su amiga Rina la había invitado a almorzar.

–¿Quién más irá? –preguntó Atilio.

–Almuerzo de mujeres. ¿A qué se debe tu interés? ¿Pensás acompañarme?

–Vigilarte. No te tengo confianza. Espero que no le vayas a tu amiga con el chisme de los dólares.

–Sería estúpido de mi parte. Me interesa el dinero tanto como a vos.

–Bien... te recuerdo que desde mañana no habrá privilegios para nadie. Hoy tenés el día libre pero se acabaron las salidas. Trabajarás como cualquiera.

–Dejá de ordenar mi vida. Vos y yo hemos terminado ¿Está claro? –dijo Kati y tomando la muñeca de Atilio se la apretó con fuerza.

–¡Qué hacés!

–Te saludo. Me despido. Recién nos veremos esta noche y quiero que me recuerdes.

Atilio quiso reaccionar pero Kati, atenta, se apartó, advirtiéndole que si volvía a castigarla los otros pensionistas no permanecerían indiferentes. Acto seguido dio media vuelta y partió.

El viaje a la Villa de la Quebrada les demandó más de media hora. Lo hicieron por el camino llamado del Bajo, que corre en forma paralela al cordón montañoso que forman las sierras de San Luis. También está el camino del Alto, que sigue el contorno de la base de los cerros. Ambos son asfaltados, pero ofrecen diferente vista de paisaje. La ruta del Bajo muestra las sierras a la distancia; mientras que el camino del Alto, sinuoso, ofrece una espléndida postal del valle. Se trata de una zona de vegetación escasa. Plantas de hojas pequeñas y con espinas. Cada tanto se ven manadas de caprinos que se desplazan por la zona árida buscando comida. Los veranos suelen ser despiadados y los inviernos crudos. Llueve poco, casi nada. Es zona de vientos, en especial el que viene del norte, que es cálido y sucio.

Durante el viaje Norberto comentó que los Domingos de Gloria siempre eran soleados y agradables. En general la lluvia llegaba el Viernes Santo para hacer mutis en la madrugada del domingo. Máximo le preguntó si la fiesta religiosa que se celebraría en el pueblo una semana más tarde era importante para los puntanos. Norberto aprovechó la pregunta para contar la historia del Cristo de la Quebrada.

–La pequeña talla fue encontrada por un hachero, en medio de un tronco. La familia del hachero consideró que sólo Dios podría haber formado dentro del tronco la imagen de Jesús crucificado. El hecho fue conocido por los vecinos, después por

el pueblo, la provincia y el país entero. La fe se reforzó con los milagros que se le adjudican. Así se fue creando una tradición que consiste en peregrinar hasta la Villa los días 30 de abril de cada año y esperar la fiesta del santo que se celebra el tres de mayo. Sorprende el fervor y el paganismo. Durante una semana llegan a la Villa miles de peregrinos. Como ya te dije los creyentes del Cristo no son sólo puntanos, abundan mendocinos y sanjuaninos. También llegan de otras provincias. Cubren los espacios: arman carpas, puestos de venta callejeros, bailantas y rezan... algunos dicen: más diversión que oración.

–En Corrientes tenemos fiestas similares, como la de Santa Ana y, por supuesto, la de la Virgen de Itatí. Mezcla de pasión religiosa y paganismo –informó Silvana que iba sentada en el último asiento junto a Miguel y Rojas.

–¿Aquel es el calvario? –preguntó Máximo indicando a la distancia un cerro donde podían verse algunas esculturas.

–Tenés buena vista. Ese es el Vía Crucis de la Villa. Es admirable la representación de las estaciones en mármol de Carrara. No sé quién fue el escultor pero ha logrado una obra trascendente –intervino Miguel, agregando después: –Allí se cumplen las promesas más absurdas y dañinas que he visto. Personas que suben de rodillas o arrastrándose sobre las piedras. Dudo que Dios reciba con agrado ofrendas que dañan el cuerpo.

–¿Alguna vez te tocó trabajar aquí? –dijo Atilio dirigiéndose al policía.

–Todos los años... durante tres días el pueblo es invadido por setenta u ochenta mil personas. Una muchedumbre semejante no es fácil de controlar. Además debemos cubrir la vigilancia en ambos caminos, el del Alto y el del Bajo. En general no se producen incidentes graves pero abundan los borrachos belicosos y también los accidentes automovilísticos. El gran movimiento obliga a afectar a la mayoría del personal policial. Este año cambiará la rutina... demasiados problemas en la capital. El Cristo deberá poner buena voluntad para cuidar a sus feligreses porque destinaremos pocos efectivos a la zona. Yo estoy incluido, pero no me desagrada porque entre la inseguridad de la Villa y la de la capital me quedo con la primera. Hay menos riesgos.

–Otro más que se queja –bromeó Atilio, y agregó: –No pasará nada. Todos sabemos cuál es la nacionalidad de Dios y cuando esté por llegar sangre al río Él se encargará de cuidarnos.

–¿Es cierto que estamos al borde del abismo? –preguntó Yinipro sin festejar la broma de Atilio.

–No sé si tanto pero habrá lío. No siento alegría por decir esto, no me agrada la violencia, pero me parece inevitable la represión.

–¿En qué te basás al afirmar eso?

–La información de los servicios de inteligencia. La pasividad del pueblo ha terminado. El puntano dejó de ser pacífico. Con sólo pensarlo siento pena. Mi olfato me anticipa días de dolor.

–¿Cómo fue posible que llegáramos a esto? –peguntó Miguel.

–Nada del otro mundo: Un gobierno con demasiadas torpezas y una oposición hambrienta de poder. Ambos tiran la soga sabiendo que va a romperse, y no les importa; total la soga somos nosotros –dijo Rojas.

Ingresaron a la Villa. Cuatro llamas y dos ponnies cruzaron por la calle.

–Parte del espectáculo –dijo Miguel.

–Si ya hay tanta gente no quiero imaginar la que habrá la semana que viene –comentó Mariel.

–No queda terreno baldío. Se alquila todo. La gente arma sus carpas y aquí se queda. No les quiero contar sobre los servicios sanitarios... ¡son de terror! Pero la gente se divierte –comentó Miguel.

En ese momento pasaron frente a dos restaurantes que anunciaban comida criolla a toda hora. Al verlos, Atilio prometió:

–No me iré sin comer un palto de humita.

Los locales dedicados al baile prometían diversión las veinticuatro horas del día. Desde el exterior se podían escuchar cuartetos, cumbias, tangos y hasta algunos temas folclóricos. Curiosamente, cada tanto, se entremezclaba música sacra proveniente de los altoparlantes colocados en la plaza principal.

Estacionaron la rural frente al paseo.

–Aprovechemos ahora, dentro de una semana la circulación por el centro está prohibida. Se debe estacionar en los alrededores y hacer unas buenas cuadras caminando para llegar hasta aquí –apuntó Miguel mientras colaboraba con Yinipro en la tarea de destrabar la silla de ruedas de Mariángeles, que pidió conocer la iglesia y la imagen del Cristo milagroso.

Cruzaron la calzada e ingresaron al templo. Se trataba de un recinto pequeño y rústico. En uno de sus costados se había construido una escalera que permitía acceder al altar en cuyo centro se encontraba la talla del Cristo. Para evitar inconvenientes optaron por alzar a Mariángeles para hacer ese recorrido. Se detuvieron frente a la imagen.

–¡Qué pequeñito! –comentó la joven.

Al salir del templo visitaron el Muro de los Agradecidos. Una pared lateral a la iglesia cubierta por placas grabadas con las cuales los feligreses daban testimonio por los favores recibidos.

–¿Será verdad? –preguntó Mariángeles–. ¿Habrán sucedido todos estos milagros?

–En San Luis nadie pone en duda la capacidad milagrosa del Cristo de la Quebrada. La gente, en especial los humildes, tienen una fe ciega en su bondad. Hasta me atrevo a decir que temen decir algo impropio sobre él, como si estuviera presente, escuchándolo todo. Es famosa la anécdota de un deportista que cuando las cosas le salían mal insultaba a Dios y a todos los santos. Un compañero le preguntó

la razón por la cual jamás se quejaba del Cristo de la Quebrada, recibiendo como respuesta: "Vos estás loco, con nuestro Señor de la Quebrada no me meto. Así como te ayuda puede destruirte si le faltás el respeto" –recordó Miguel.

–¿Será capaz de escucharme a mí? –preguntó Mariángeles.

–Nadie tiene asegurado un milagro –respondió Yinipro.

Se trasladaron hasta la pequeña y rústica arcada que servía de inicio al Vía Crucis. En ese lugar Silvana propuso recorrerlo. Máximo y el escribano Rojas aceptaron. Atilio preguntó la hora.

–Las doce –respondió Norberto.

–Es tiempo de sentarme en un restaurante y pedir ese plato de humita que me está haciendo agua la boca.

Eligieron el restaurante más próximo. Al ingresar Mariel se quejó por la rusticidad y falta de aseo de las instalaciones. Atilio, ansioso, llamó a uno de los muchachos que se encontraban detrás del mostrador y le pidió que le diera noticias sobre el menú. El joven, con una paciencia privativa del hombre rural, comenzó a enumerar las comidas que tenía en existencia. Lo hacía con lentitud, como si le fuera difícil armar una frase o encontrar la palabra adecuada. Hasta explicó con lujo de detalles, sin apuro, cómo preparaban la humita. A veces recurría a la ayuda de una mujer gorda que debía ser la cocinera. Eso pasaba cuando, ante la curiosidad de Atilio, indicaba los ingredientes de algún plato.

A Atilio, obsesivo, también se le ocurrió saber sobre la elaboración de los churros y del patay. El mozo, sin demostrar contrariedad, volvió a recurrir a la supuesta cocinera que se acercó a la mesa y sin inconveniente fue diciendo uno a uno los procedimientos necesarios para transformar una vaina de algarrobo en patay, como así la forma correcta de amasar, el punto justo del almíbar y el tiempo de fritura para lograr unos churros excelentes.

Terminadas las explicaciones y con la misma mansedumbre puesta desde el inicio, el mozo preguntó qué iban a comer. La mayoría se inclino por la humita.

–¿Les puedo traer unas empanaditas de entrada?

–¿Con qué relleno? –volvió a la carga Atilio.

–De carne, de choclo, de pollo y de cerdo.

–¿No tenés de jamón y queso? –insistió Atilio.

–No, señor. No la hacemos.

–Traé bien surtido.

–¿Qué van a beber?

–¿Es bueno el vino de la casa? –quiso saber Atilio.

–El patrón dice que sí.

–Dos botellas de tinto para empezar.

–Tomaré gaseosa –dijo Mariángeles.

–Y yo champagne –anunció Mariel llamando la atención de todos.

–No tenemos, señora. Le puedo ofrecer una sidra.

–En un restaurante no puede faltar el champagne –protestó la mujer, que quería resaltar su incomodidad por estar en ese lugar.

–No seas desubicada –advirtió Norberto–. Si tanto te molesta comer aquí ¿por qué no te vas a hacer el Vía Crucis o nos esperás en la rural?

Mariel, al ver la reacción de su ex esposo, aceptó que le trajeran la sidra, pero el enrojecimiento de su rostro dejaba al descubierto la ira que soportaba.

El mozo permanecía impasible al lado de la mesa.

–¿Qué esperás? El estómago me está gritando –reclamó Atilio para después dirigirse al resto y preguntarles si vendrían de nuevo para las fiestas.

–Veremos... no es fácil programar con tanta anticipación –le contestó Norberto.

–Para mí, sí. Es más ya puedo programar en qué gastaré mi dinero cuando sea rico –dijo Atilio y sirviéndose una copa de vino brindó: –Para cuando llegue ese momento.

A los postres regresaron Máximo, Rojas y Silvana. La ceremonia de pedir lo que iban a comer se reinició.

Mientras llegaba el nuevo pedido Mariel quiso saber qué habían visto.

–Maravilloso. Una belleza. Recorrer el Vía Crucis te llena de paz. Se ha logrado un espacio que tranquiliza. El aire es distinto y observar el pueblo desde la cima es una postal espectacular. Les recomiendo que lo visiten –describió Silvana.

Mariángeles le pidió a Yinipro si podía acompañarla afuera.

–Por supuesto.

Cuando se levantaron dijeron que iban a dar una vuelta y regresaban.

–Regresen antes que nos traigan la cuenta –ironizó Atilio.

–A un hombre que sueña ser millonario el papel de miserable no le cae –replicó Yinipro, para después alejarse empujando la silla de ruedas.

En el exterior, Mariángeles le pidió que la cruzara a la plaza para ubicarse debajo de los árboles. Así lo hicieron.

Luego de un prolongado silencio la joven, con tono doliente, dijo: –El grupo se ha roto y me parece que será difícil recomponerlo.

–Coincido, es lamentable.

–Si Cordelia nos está mirando me imagino su desilusión. Ella, que quería formar una familia...

–Sucede... sobre todo si el dinero está de por medio. La historia de los dólares nos muestra un futuro cantado. Sólo Silvana y Miguel mantienen un vínculo de afecto.

–Es un mal ejemplo porque Miguel ignora lo de los dólares. Está en la misma posición que el escribano Rojas. Los otros se muestran los dientes a cada rato. Estoy segura que si Cordelia viviera esto no habría pasado. Si pudiera no dudaría en abandonar Virgen Negra. No me voy por mis piernas, es cierto; pero también he echado raíces ahí por ese miserable dinero que estamos buscando.

–Mirá vos... y yo que te creía desinteresada.

–No sé si soy desinteresada, pero a veces actúo con bondad. Sin ir más lejos, he guardado silencio sobre Mariel y vos. Puedo imaginar cómo reaccionaría Norberto si se enterara –contestó irónicamente la joven.

Yinipro trató de no demostrar sorpresa.

–Como dicen los niños: mirá como tiemblo. Anuncialo a los cuatro vientos. La mentira, por más que se la grite, sigue siendo mentira.

–Estarás de acuerdo conmigo que un hombre en la situación de Norberto es propenso a creer cualquier cosa... ¿Qué sucederá si da por cierto lo que digo?

–Probá. Sé defenderme.

–No es mi intención hacerlo y creo que con mi silencio te ayudo.

–Es sorprendente –dijo Yinipro–. Escuchándote uno estaba dispuesto a afirmar que sos una mina equilibrada, bondadosa, solidaria. Ahora parecés una fiera dando zarpazos. ¿Sabés por qué actuás de esta forma? Porque te sentís despechada, y lo que es peor, inservible como mujer. Te molesta cualquiera de tu género que se desempeñe con solvencia. Mariel es lo que vos nunca podrás ser. Si tu intención es enemistarme con Norberto no te puedo detener. Lo que sí te puedo asegurar es que no ganarás nada.

–Bueno... por esta conversación hemos sabido lo que cada uno piensa. Ahora estoy cansada, quiero regresar a casa.

–¿Casa? Encantadora forma de llamar al regalito que nos hizo Cordelia. Flor de mano nos dio. A esta altura estoy convencido que hubiéramos sido favorecidos si el Estado se quedaba con esa pensión de mierda. Te adelanto que no tengo miedo que la paraguaya me castigue por lo que acabo de decir.

–Te escucha, Yinipro. De eso estoy segura. Aunque dudo que tenga algún interés especial en vos.

–Si la muertita escucha, decile que haga algo para sacarnos del pantano en que nos metió. Quién sabe... a lo mejor tiene llegada con este Cristo milagroso.

–Lamento decirte que si el Cristo toma en cuenta nuestra conducta podemos esperar sentados una gracia suya; aún así estoy dispuesta a pedirle algo.

–Estás en tu derecho. Como dicen los políticos: todo habitante tiene el derecho a peticionar ante las autoridades. Salvando las diferencias, este Cristo es una autoridad en el estado celestial.

–Me está cansando tu ironía... ¿No te interesa saber cuál es mi pedido?

–Ni me va ni me viene, pero si tenés ganas de contar soy todo oídos.

–Le ruego que me permita caminar, que cure mis piernas. Que acepte mi egoísmo al solicitar algo para mí cuando el mundo sufre y sangra. Le digo: "Vos sabés que el ser humano es débil, agresivo y ególatra. Que los demás sufren es algo sabido, que yo sufro es algo sentido. Estoy dispuesta a ofrecerte la más grande de todas las promesas si permitís que vuelva a caminar".

–Por lo menos, escuchando cómo lo tratás, queda a la vista que has logrado cierta confianza con él. Es posible que te lleve el apunte. Creo que aquí lo importante es conocer los términos de intercambio. Depende de lo que ofrezcas él te contestará. Por lo tanto mi consejo es que no seas tacaña.

–¡Por favor! No podés hablar con seriedad.

–Es lo que estoy haciendo. Trato de hacerte ver que tu intención es estafar al Cristo. Tu ardid consiste en proponer un intercambio injusto. Cualquier cosa que le ofrezcas carece de valor en relación con lo que pedís. ¿Qué te vas a dedicar a él toda la vida? Es promesa a futuro, del tipo que los seres humanos no cumplimos. ¿Qué donarás tu parte de un tesoro que todavía no hemos encontrado? Suena a verso. En consecuencia apuesto a que el Cristo no te dará pelota.

El grupo regresó a la pensión cuando oscurecía. Los pensionistas esperaron que Rojas y Miguel se fueran para planear los futuros trabajos.

Designaron los equipos y los horarios para la tarea del día siguiente. Al terminar la reunión regresó Kati.

–¿Te divertiste? –interrogó Atilio con furia contenida.

La mujer no le respondió y preguntó el motivo por el que estaban reunidos. Al saberlo aplaudió y dijo:

–Era hora que empezáramos a trabajar con eficiencia. Estoy dispuesta. Con una condición: no quiero trabajar con Atilio.

Éste, al escucharla, se enrojeció pero nada dijo. La intervención de Norberto en ese momento permitió superar la molesta situación.

–Debemos comprometernos a que durante estos días de trabajo ninguna persona extraña ingresará a la pensión. En especial me estoy refiriendo a Miguel y a Rojas. Deberemos inventar una nueva excusa.

Mariel levantó la mano pidiendo hacer uso de la palabra.

–Designemos a uno de nosotros para que lo entreviste o lo llame por teléfono. Se le dice que esta semana no podremos recibirlo porque la refacción de la pensión ingresa en una etapa que nos tendrá muy ocupados. El escribano es un hombre respetuoso. Ni se mostrará por estos lados.

–La idea es buena. Propongo que la autora sea la persona designada para cumplir con esa tarea –dijo Máximo.

–No lo creo conveniente. Fui la última en integrarme al grupo y llamará la atención que actúe de portavoz. Para mí, los que tienen mayor antigüedad son los indicados para hablar con Rojas.

–Yo lo haré –aceptó Norberto.

–Nuestro amigo se encargará de mantener alejado a Rojas. Creo que no tenemos más nada para tratar. Sólo quiero decirles que el éxito dependerá de nuestra dedicación, de nuestro empeño. Ustedes no van a creer, pero el olfato me dice que los tenemos cerca, esperándonos. ¿Ustedes no sienten lo mismo?

CAPÍTULO XXVII

El luminoso amanecer del lunes presagiaba el regreso del calor indecoroso, después del recreo otorgado por la lluvia. También aumentaba la temperatura política de la ciudad. Las amenazas cruzadas entre los dirigentes caldeaban los ánimos.

Los trabajos se iniciaron a horario. Los pensionistas recuperaron el optimismo inicial. Este ánimo alegre y compartido no duraría porque en esa semana ocurrirían ciertos hechos que afectarían la integridad del grupo, como así también el ritmo de trabajo.

Nevó. En el mes de abril, algo inusual. Hubo represión policial. Máximo fue detenido. Se suspendió sin fecha la tradicional marcha cívica que realiza todos los años un instituto educativo y hubo otros acontecimientos menores.

En el mediodía de ese lunes en que se iniciaron los trabajos el clima sufrió un cambio notable. Negros nubarrones avanzaron desde el sur llevados por un viento helado. La lluvia se hizo presente en minutos. Lluvia que solamente se tomaría un respiro el día martes por la mañana para reinstalarse al principio de la tarde. En este caso las nubes tomaron una coloración gris. Al final de la jornada mansos copos de nieve cayeron en la ciudad y en los cerros, sorprendieron a los meteorólogos y hasta a los mismos habitantes. Estos no dudaron en trasladarse hasta las sierras para jugar con la nieve, armar muñecos que colocaban sobre los automóviles y decir reiteradamente: "Qué maravilla, es de no creer, nevando en abril, será un año excepcional, la nieve matará gérmenes, recuperaremos los ríos, se acabaron las pestes, tendremos cosechas excelentes". El fenómeno climático paralizó la tarea en Virgen Negra. Hasta la contienda política pareció apaciguarse.

Al igual que el resto de los habitantes, los pensionistas, incluidos Rojas y Miguel, se dedicaron a disfrutar de la nevada. Con la ayuda de la rural recorrieron las zonas de El Trapiche y Carolina. Pasaron un buen momento y cuando se disponían a regresar armaron el tradicional muñeco de nieve sobre el capó del vehículo.

La falta de viento, el cielo cubierto, la temperatura ambiente, hacían pensar que continuaría nevando.

–Por primera vez veo y toco nieve –dijo Silvana.

–Un regalo inolvidable que nos da esta provincia –acotó su hermano Máximo.

–En Corrientes nos sobra lluvia, humedad, calor y mosquitos. De nieve ni hablar –dijo la joven–. Para los puntanos debe ser algo común.

–No tanto. Menos en esta época del año. Y si tenés en cuenta la sequía que soportábamos, esta nevada no estaba en los planes de nadie –comentó Norberto.

–Antes era un fenómeno común pero el publicitado efecto invernadero modificó el clima de nuestra provincia –dijo Miguel.

–Todo cambia –aceptó Kati, que era la única que no había participado en los

juegos con la nieve y se mantenía distante de la algarabía reinante en el grupo. Por lo tanto su frase parecía más bien destinada a las variaciones sentimentales que a las climáticas.

En la pensión la conversación se centró en la situación política provincial. Los pensionistas no tenían inclinación por ninguno de los contendientes. Como la mayoría, eran convidados de piedra a una lucha que con seguridad cambiaría sus vidas. Oficialismo y oposición lograron en pocos meses modificar la tradicional mansedumbre del puntano. La violencia, el desprecio, los insultos, eran moneda de cambio entre las partes en pugna. Analizando lo sucedido se tenía la impresión de que los dirigentes políticos, religiosos, empresariales, universitarios y sindicales, estaban dispuestos a triunfar sin tener en cuenta el precio que demandaría ese triunfo. Parecía que habían ingerido un remedio destructivo que los hacía insaciables de poder, mentirosos y vengativos. Verlos actuar aterrorizaba. Siempre detrás de un interés mezquino, de beneficio personal. Con esa infección en las venas no dudaban en sacrificar a los miles de habitantes que los seguían sin saber por qué lo hacían. Un año atrás, cuando la Argentina se hundía, llevando consigo a desocupados, hambrientos, desnutridos, el gobierno provincial había creado un subsidio estatal para proteger a los más débiles. Se lo había llamado Plan de Inclusión Social, pero en el lenguaje popular se lo conoció desde el primer día con el nombre de "pico y pala". Más de cuarenta mil personas fueron favorecidas por él. A diferencia de otros planes nacionales, los integrantes del Plan de Inclusión debían trabajar seis horas por día en tareas comunitarias: arreglar banquinas, desyuyar, reparar caminos, plantar arbolado público, remodelar paseos y otras actividades por el estilo. Al comenzar los incidentes, los políticos del oficialismo, de reconocida habilidad, injertaron en el conflicto la idea de que la oposición tenía por objetivo anular este beneficio. En síntesis: se trataba una vez más de una contienda entre pobres despreciados y ricos egoístas. Los beneficiarios del Plan se transformaron en un escudo permanente del gobernador. En un abrir y cerrar de ojos, la tranquilidad desapareció. Todos se vestían de guerreros y se creían verdaderos cruzados defendiendo algo que no sabían explicar. Los enemigos del oficialismo no se quedaron atrás en condimentar el odio de los habitantes. Empujaban a las masas en base a situaciones inexistentes, haciendo de la fábula algo cotidiano. Ni siquiera la oposición nacional estuvo exenta. Así pudo verse concurrir a las marchas de la oposición a un premio Nobel que hasta que no fue designado por la academia sueca nadie conocía; a la irascible, algunos decían desbocada, presidenta de las Madres de Plazas de Mayo y a otros dirigentes que con gusto arrimaron leña al fuego y donaron los fósforos. En estas condiciones se encontraba la provincia la semana de la nevada. La Iglesia se transformó en un partido político dejando para después sus tareas místicas; los docentes, en paro permanente, parecían alumnos en recreo; los Viales, también de paro, decidieron usar topadoras para sus desplazamientos, lo que trajo aparejado algún automóvil triturado; los empleados públicos, con poco trabajo en las

oficinas, también salieron a la calle; los Judiciales se encadenaron frente al Palacio de Justicia.

Atilio dijo que en esas condiciones era imposible trabajar, que ellos mismos se veían impedidos de continuar con la búsqueda del dinero si opositores y oficialistas andaban a pedradas.

–Ya se sabe... aquí el que pega un puntapié sabe que le devolverán dos. En esta escalada dentro de poco cambiaremos muertos como figuritas –concluyó.

–Sos algo fantasioso. Esto se va a solucionar. A pesar de los dirigentes –respondió Norberto.

–¿Sabés qué lamento? Que si las cosas se dan como yo digo los que pagarán el pato no son los jerarcas. Cada vez que hay un quilombo social en nuestro país los dirigentes son los primeros en guarecerse. Eso sí: cuando deja de correr sangre reaparecen llorosos, discursiando muy bien, adjudicándose el sufrimiento ajeno, lamentándose por todos los daños sufridos. Aquí la carne y la ganchera la ponemos nosotros –replicó Atilio.

–No me parece mal –afirmó Kati ante la sorpresa de todos por su participación–. El hombre es un animal combativo, violento, inmoral. Quien así no lo entiende es un tarado. Hasta los que se cubren con la frase: "No me meto". Es posible que ustedes crean que son víctimas de lo que está pasando. Los desilusiono: son actores principales. Sólo que no tienen huevos para decir "a mí me gusta esto y lo defiendo".

–Haré como si no te hubiera escuchado –intervino Norberto–. La idea de imputar a la gente común una falta por su no participación la mantienen los políticos para cubrir sus falencias...

–Para mí que no estás equivocada –interrumpió Mariángeles–. El hombre lleva un diablo adentro. Que no lo saque a relucir no significa que cargue con un santo. El miedo, el dinero y el poder cierran muchas bocas.

–La conversación está muy linda pero yo estoy cansada –dijo Silvana.

–Y yo tengo que ir al estudio –acotó el escribano Rojas.

Dos días después, Máximo, por curioso, fue detenido. Tuvo suerte. Porque Miguel tuvo conocimiento de la detención casi al instante y se encargó de dejarlo libre. Cuando el policía le preguntó qué hacía en el lugar, el joven correntino contestó:

–Nada. Debía volver a la pensión y me sedujo la idea de echar una mirada a lo que estaba pasando. Qué iba a suponer que se armaría un despelote. Cuando llegaron las bombas de gases lacrimógenos, la pedrea, las balas de goma, me escondí en el casino. Tengo mala suerte. En ese lugar se produjo la principal refriega. Yo me quedé quietito pero al salir vino un colega tuyo y me puso las esposas. De cabeza en un patrullero, rodeado de policías que amenazaban hacerme papilla no bien llegáramos a la seccional. ¿Te imaginás? Iba a ser un mártir pelotudo.

–¿Nunca escuchaste el refrán? No conviene estar cerca de dos elefantes que se pelean.

–El mundo está plagado de refranes. Contradictorios... porque también se dice que hasta el pelo más delgado hace sombra en el suelo.

–Tenés razón... pero no te metás en esta pelea porque vas a salir herido o muerto. Te aconsejo porque en el futuro yo seré tu cuñado y es mi obligación cuidarte.

–Espero que no.

En esos días se suspendió la tradicional procesión cívica que realiza una escuela dependiente de la Universidad, que por esos días había adoptado el papel de opositora. Y nada mejor para caldear los ánimos que cancelar el homenaje a la Revolución de Mayo, que al final se realizó, pero con un recorrido diferente, porque se excluyó a la Casa de Gobierno como punto final de la procesión, en claro repudio al gobernador.

Por primera vez hubo represión violenta. Fueron varios los heridos aunque para suerte de la comunidad no hubo muertos.

CAPÍTULO XXVIII

Mariángeles se levantó temprano. Con dificultad se acomodó en la silla de ruedas. Recién entonces el golpeteo de la lluvia sobre los vidrios de la ventana llamó su atención. "Llueve", pensó.

Hizo girar la silla para ubicarla frente a la ventana que nacía a pocos centímetros del suelo alargándose hasta el cielorraso. El cielo estaba cubierto por nubes espesas y grises. "Pinta de temporal", se dijo. Estaba alegre, porque amaba la lluvia tan escasa en San Luis.

Lavó su rostro, se peinó y pulverizó con desodorante las axilas. Esta rutina, simple para una persona sana, constituía un esfuerzo para Mariángeles. Como así también lo era el hecho de vestirse. Cuando comenzó a valerse por sí misma, solía renunciar con facilidad ante las contrariedades que se le presentaban. Se limitaba a llorar y a decir "no puedo". El tiempo y la constancia hicieron que superara ese estado de ánimo y arremetiera contra lo que parecía imposible. Al terminar controló en el espejo de la cómoda si su peinado y blusa lucían bien; luego, se dirigió hasta la puerta de la habitación.

En un sillón, ubicado próximo a la escalera, se encontraba sentada Mariel.

–Veo que amanecemos temprano –dijo a modo de saludo.

–¿Qué hacés acá? –preguntó Mariángeles.

–Me despido... mientras me pasan a buscar, me he sentado aquí a recordar los meses que viví en esta pensión.

–¿Te vas?

–Eso es lo que dije. Dejo Virgen Negra.

–¿Por qué?

–No tengo ninguna razón para quedarme. Apenas puse los pies aquí supe que mi relación con Norberto había muerto definitivamente. Debí irme entonces, pero la idea de ser rica me contuvo. Me dije: "Bueno... unos días más. El dinero me ayudará en mis viajes". Por eso me quedé. Al pedo. Los dólares no han aparecido ni aparecerán. Anoche tomé la decisión de no quedarme un día más y aquí estoy despidiéndome. ¿Podés creer? A las tres de la mañana llovía a cántaros. Para no joderlo a Norberto bajé a la cocina para hacerme un té de tilo. Me sentía nerviosa. De pronto sentí la necesidad de asomarme al jardín. Como si alguien me llamara desde allí. ¿Adiviná lo que vi?

–Ni se me ocurre –respondió Mariángeles.

–La zanja que tanto nos costó abrir fue cubierta por la misma tierra que extrajimos. La lluvia la deslizó. Por lo tanto ustedes tendrán que empezar de cero. En ese momento pensé: "No tengo ganas de seguir cavando". También pensé que si encontrábamos el dinero, nos arrancaríamos las tripas para quedarnos con la mayor parte.

–¿De qué vas a vivir?

–Al principio, por lo menos, con lo que contiene la billetera de Norberto –respondió Mariel sacando de su bolsillo una billetera de cuero ajado y descolorido–. No es mucho... pero alcanzará para tirar unos días, después Dios proveerá.

–¿Con Dios querés decir hombres?

–No lo descarto.

–Debés odiar a Norberto...

–Estás equivocada... es una de las personas que más quiero.

–Linda forma de querer. Diez años atrás lo abandonaste robándole el dinero de un premio. Hoy hacés lo mismo llevándote su billetera.

–Sos joven para comprender nuestra relación... pero me has hecho notar algo: la billetera no me sirve –dijo Mariel y extrajo el dinero para luego entregar la billetera a Mariángeles–. Devolvésela.

–¿Me podés empujar hasta el dormitorio?

–No tengo mucho tiempo.

–Es un segundo.

Atravesaron el salón.

–Acompañame –pidió Mariángeles cuando Mariel abrió la puerta.

En el dormitorio la joven retomó la conducción personal de su silla. Se acercó a la cómoda y abrió un cajón. Revolvió la ropa que allí guardaba hasta encontrar un fajo de billetes que ofreció a Mariel.

–No es gran cosa pero como vos decís, todo ayuda.

–Si pensás que rechazaré tu regalo te equivocás, de medio a medio –dijo Mariel guardando el dinero–. Considero que es una justa recompensa por renunciar a los dólares.

–Tenés razón... eso sí: no regresés. Dejá a Norberto en paz.

–Nena... soy yo la que quiero paz.

El timbre de la puerta de calle sonó.

–Bueno... sería una hipócrita si me despidiera con un beso.

–Serías... pero yo voy a acompañarte.

Mariel subió al automóvil y ordenó al conductor que se pusiera en marcha. Mariángeles regresó al interior de Virgen Negra. En el mismo sillón que estaba sentada Mariel se encontraba Norberto.

–¿Se fue? –preguntó.

–Creí que dormías.

–Ella creyó lo mismo. Mejor así: dejarse sin palabras.

–¿La seguís amando?

–La amaré siempre... con la misma intensidad que la odio. En fin... asunto terminado. Comenzaré ya mismo a trabajar.

–Está lloviendo. ¿Por qué no esperás que pare?

–Si es una bendición que llueva...

Norberto fue hasta el quincho y regresó al jardín cargando pico, pala y balde. Se acercó a la zanja que había sido cubierta parcialmente por el deslizamiento de tierra producido por la lluvia. Comenzó a sacar barro sin importarle que cuando lo retiraba el espacio logrado volvía a cubrirse casi de inmediato.

Mariángeles lo observaba bajo el dintel de la puerta. Cada tanto nacía una leve brisa que hacía que la lluvia le alcanzara el rostro.

"Está destruido, necesita aturdirse para no pensar en Mariel. Es increíble... ellos que lo tenían todo se las ingeniaron para sufrir tanto o más que yo", se dijo.

Dejó de mirar a Norberto para concentrarse en las mayólicas que contenían la imagen de Virgen Negra. Se preguntó si Cordelia andaba por esos lados. "Te faltaba instrucción pero no viveza. Bien que te guardaste el secreto de los dólares porque sabías que tu familia postiza se desintegraría por ambición. Lo siento, Cordelia. Los planes de los hombres son pompas de jabón al lado de los designios de Dios. Cómo ibas a imaginar que aparecerían dos correntinos para develar tu secreto. Cómo podías prever que Atilio se desbordaría y que Mariel reaparecería después de diez años de ausencia. Tu secreto explotó. Ni rastro de la familia que deseabas. Si en este momento pudiéramos conversar te preguntaría por qué Dios marcó este destino y de qué le sirve la tortura que nos prodiga".

CAPÍTULO XXIX

Al mediodía, antes del almuerzo, se comentó en forma reservada la ida de Mariel. Quienes requirieron información más detallada fueron Rojas y Miguel.

–Pobre tipo –se lamentó Miguel al enterarse.

–Algo pasa con nuestras mujeres. Cargan con síndrome abandónico. A mí me dejó Silvia y a Norberto esa mina espectacular –dijo Rojas sonriendo con un vocabulario poco apropiado a su solemnidad.

–Ni se les ocurra hablar del tema mientras almorzamos –aconsejó Yinipro. –Nos hemos comprometido a guardar silencio.

Silvana sirvió ayudada por Atilio. Al principio hubo molestos silencios que no pasaron inadvertidos por Norberto. Él sabía que los recientes sucesos ya habían tomado difusión. Le llamó la atención no sentir vergüenza. Se preguntó si la indiferencia había ganado su ánimo. "Saco fuerzas de flaqueza" se dijo y se aconsejó que lo mejor era mantenerse así. "Hasta es posible que si me quiebro ellos disfruten" reflexionó.

–Hoy se hace la peregrinación al Cristo de la Quebrada –comentó Norberto, convencido que si no quería ser el centro de atención estaba obligado a anudar una conversación que distrajera a los presentes.

–¿En qué medida afectaraá–No creo que los despelotes que vivimos modifiquen una tradición popular tan arraigada en la comunidad –contestó Miguel–. No por ahora –advirtió.

–Ni la Iglesia ha podido influir. Les recuerdo que cuando un hachero encontró la talla milagrosa, hace un montón de años, el obispo y el gobernador de entonces quisieron trasladarla a la ciudad capital. Según la leyenda el obispo terminó ciego y el gobernador alcohólico, sin familia, vagando por las calles. Una cadena de calamidades que obligaron a restituir la talla a su lugar original –informó Norberto.

–Las prostitutas, entre las que me incluyo, somos devotas del Cristo. Cada vez que salimos a trabajar nos encomendamos a él. Ninguna aceptaría que tres o cuatros políticos alocados arruinaran la fiesta –dijo Kati mientras miraba con indisimulada repugnancia a Atilio.

–Antes de meterse con el Cristo conviene pensarlo un poco –terció el escribano Rojas–. Tiene demasiados seguidores. No anda con lanzagases o escopetas recortadas pero es de temer. Esta noche pienso concurrir a la Villa. Lo hago todos los años.

–Yo también necesito pedirle algo. Quiero constatar si es tan milagroso como dicen. No les digo en qué consiste mi pedido porque una necesidad que se hace pública se debilita... sólo puedo afirmar que es importante –dijo Atilio.

–No tengo ninguna duda que tu ruego será atendido... no en vano nos has vuelto locos con tus historias sobre la Biblia. Me parece que todo ese palabrerío con que nos has aburrido durante este tiempo sólo tenía por objeto granjearte la simpatía de él

–bromeó Norberto.

–Lo de la Biblia ya fue, querido amigo. Una etapa, un ciclo, como tantos otros temas de los cuales me ocupé, pero mi época bíblica terminó. Me dije, al clausurar esa etapa, que yo no necesitaba de profetas, santos y demás divinidades extrañas si aquí, en San Luis, tenía al Cristo. Estoy convencido que el Cristo tiene la camiseta puesta, como se dice. A él tengo que rogarle.

–Son unos herejes –protestó Mariángeles–. Lo primero que deberían hacer es arrepentirse por tomar en joda algo tan serio. Recién entonces, cuando el arrepentimiento sea sincero, tal vez el santo esté dispuesto a favorecerlos con un milagro.

–No seas aguafiestas, dejaré el arrepentimiento para después. Esta noche iré a la Villa, intimaré con el Tata y entre brindis y brindis le haré un mangazo. De más está decir que aprovecharé la oportunidad para hacerme un mimo: daré cuenta de una parrillada completa –le respondió Atilio–. ¿Alguien más que se prenda en el viaje?

–Estaré allí. Debo trabajar. Estoy a cargo del grupo que custodiará la seguridad del pueblo –contestó Miguel.

–Me uno al grupo –manifestó Norberto.

–No tengo ganas de ir–dijo Silvana.

–Si me invitan soy materia dispuesta –dijo el escribano.

–No tengo nada que hacer pero prefiero quedarme aquí –participó Yinipro.

–Demasiado movimiento para un cuerpo cansado. Me limitaré a ver televisión y, después, a la camita –aclaró Mariángeles.

–A mí también me viene bien un descanso –dijo Máximo.

La única que no habló fue Kati, pero ante la mirada del grupo se vio obligada a hacerlo.

–No me cuenten. Invité a una amiga a tomar un café en el centro.

Al terminar de almorzar Silvana y su novio le pidieron a Máximo que los acompañara hasta el jardín porque necesitaban conversar con él en forma privada.

–¿Y bien? –preguntó el joven cuando los tres se sentaron en la pirca que rodeaba la fuente.

Fue Silvana quien respondió.

–Sé que no te va a gustar nada lo que te voy a decir, pero antes de reaccionar te pido que pensés en mi felicidad –la joven hizo una pausa y continuó: –el domingo dejo la pensión... viviré con Miguel.

Su hermano, al escuchar la noticia, notó que su corazón se aceleraba y el calor que sentía en las mejillas le indicó que su piel había enrojecido.

–¿Pasado mañana? –preguntó porque necesitaba decir algo para sobreponerse a la sorpresa.

–Sí... pasado mañana. Tanto Miguel como yo queremos que vengás a vivir con nosotros.

–¿Me dejás? –dijo Máximo sin darle importancia a la invitación.

–Debo hacer mi vida. No te dejo. Te pido que vengas conmigo –contestó Silvana.

–Teníamos un proyecto común –se lamentó Máximo, al borde de las lágrimas.

–Quiero formar una familia. ¿Podés entenderlo? –insistió Silvana abrazándolo.

–Estás en tu derecho... pero yo pensaba que esta situación se daría dentro de algunos años, no ahora –dijo Máximo cuando se separaron.

–No es un secreto que te caigo antipático. Que no soy el cuñado que vos quisieras tener, pero tu hermana y yo nos queremos mucho. Quizás con el tiempo podrás darte cuenta que no soy un mal tipo. Te prometo cuidar de ella como lo has hecho vos durante todos estos años –dijo Miguel.

–¿Se casarán? –dijo Máximo, pese a que la pregunta le sonaba estúpida antes de hacerla.

–Por ahora no. No nos desvela una libreta de casamiento. Tal vez lo hagamos antes de darte sobrinos –respondió Silvana.

–Qué puedo decir... deseo lo mejor para vos, Silvana. Espero que este policía te lo dé... que Dios los ayude. Ahora les pido que me perdonen pero estoy cansado. Iré a dormir un rato.

–¿Qué respondés a nuestra propuesta?

–¿A qué te referís?

–¿Vendrás a vivir con nosotros?

–Es mejor que estén solos. Los enamorados necesitan privacidad. Más adelante veremos –contestó el joven mientras se alejaba. A mitad de camino lo alcanzó su hermana.

–Quiero decirte algo... si encuentran los dólares no me cuenten en la repartija. Es más, ni siquiera me lo digan.

–¿Sabe Miguel del tema?

–No. Es el único secreto que me guardo. En fidelidad a vos. Pero desde este momento olvido todo el asunto. No quiero seguir mintiéndole a Miguel. Esta historia jamás se dio. La borro de mi memoria. Quedate con lo que me pueda corresponder pero nunca me lo digas.

–De acuerdo, chiquita... pero ahora dejame ir a dormir.

Silvana lo rodeó con los brazos y lo apretó con fuerza.

–Hay amores que matan –bromeó Máximo al separarse–. Que tengas mucha suerte –concluyó.

Cerca de medianoche Atilio, Norberto y Rojas partieron rumbo a la Villa de la Quebrada. Fueron por el camino del Bajo porque el que costea las sierras estaba reservado para los peregrinos.

El exceso de tránsito obligaba a conducir despacio. Cada tanto un móvil policial, estacionado en la banquina, controlaba la marcha de los vehículos. Tardaron más de una hora en hacer el viaje. Al llegar el pueblo ya se había transformado en una

romería. Debieron estacionar en una playa improvisada lejos del centro. Más que una fiesta religiosa el movimiento incesante de la gente, los innumerables kioscos, las carpas, las incontables fogatas y el penetrante olor a carne asada hacía pensar que se trataba de una fabulosa kermés.

Estaba frío. El cielo se mantenía cubierto y cada tanto caía una fina llovizna.

–Si nos mandan a trabajar una noche como ésta no nos faltarían excusas para negarnos –dijo Rojas mientras se abrían paso ante la muchedumbre, agregando luego: –Cómo nos gusta la pachanga... somos esencialmente vagos.

–También tenemos otras características: groseros, rezongones, exitistas, melancólicos, miedosos, influibles, mentirosos, violentos, soberbios, prepotentes y sigue la lista –contestó Atilio, sonriendo.

–Sumamente queribles. El argentino despierta una corriente de simpatía. ¿No es contradictorio? En realidad la gente siente debilidad por el tipo que demuestra no ser demasiado bueno ni exitoso. Fíjense el caso del hijo pródigo. El nene se las toma. Deja a su familia, se lanza a vagabundear, tirar manteca al techo porque antes de partir se lleva la guita que le corresponde, mucha joda y nada de obligaciones. Cuando se le acaba la vida dulce, cuando ya no tiene un mango decide regresar a la seguridad que le brinda el hogar. Uno supone que al menos le espera una reprimenda de sus seres queridos; otros, los fundamentalistas del castigo están a la espera de que le den un puntapié en el centro del culo. Error. Realizan una fiesta interminable. Se carnea todo bicho que sirva para asar. ¿Todo por qué? porque el díscolo ha regresado. Este tipo tenía un hermano. De él nadie se acuerda. Tanta es la indiferencia que a ese hermano responsable se le atraganta tanto jolgorio. "¿Cómo puede ser?", se pregunta. Ignora la regla: si sos bandido hasta el amor lo tenés asegurado, si sos un buen hombre el desprecio es pago seguro. Ni hablar en el campo del querer, del sexo. La mujer es diplomada en caer rendida ante quien no lo merece. Eso sí: un esposo trabajador, respetuoso, buen padre de familia, no despierta el mismo interés lujurioso del sexo opuesto. Si ves algún hombre de esta clase dalo por seguro que si no es cornudo lo será más adelante. El vago que no trabaja, el que vive a costillas de su mujer, el que la cela y la maltrata tiene la felicidad comprada –concluyó Norberto sin darse cuenta que con esta reflexión sólo mostraba su estado de ánimo después del segundo abandono de Mariel.

–El castigo ayuda al reconocimiento.

–¿Querés decir que te vengaste pegándole a Kati? –preguntó Norberto encarando directamente al tema.

–Ni más ni menos. A eso me refiero. Agradezco después de tantos años de buenudo que Dios me iluminara para darme cuenta. Así pude darle algunos puñetazos. Pero me siento bien por esta pequeña venganza. Ustedes han perdido su oportunidad. A Mariel o Silvia las habría ayudado un poco de rigor.

–¿Castigar a tu mujer te alivió? No da esa impresión. ¿Sabés? Para mí que además

de cargar con el desprecio de ella, ahora sentís culpa... ¿No es así? –dijo Norberto.

–Vos estás chiflado. No digo que unas piñas me sanaron el alma, pero sentí algo de felicidad.

–Perdonen que me meta, me creo con cierto derecho a opinar. Uno deja o lo dejan. Es natural. Las relaciones humanas no tienen vocación de perpetuidad. Silvia eligió alejarse y este hecho ya es inmutable. Si tu Mariel se las tomó, perseguirla no cambiará esa decisión. Si Kati te odia y desea que desaparezcas de la manera más ruin posible, nada la hará cambiar de parecer –dijo Rojas.

–¿Qué querés hacer primero? –preguntó Norberto a Atilio, porque no deseaba seguir hablando del tema.

–Cuando era bancario descubrí que sentaba mejor a mi personalidad ocuparme en primer lugar de las tareas más difíciles. Por lo tanto propongo que hagamos el Vía Crucis en primer lugar.

Desviaron a la izquierda y llegaron hasta la modesta construcción donde se iniciaba el recorrido.

–¿A cuánto equivale un milagro del Cristo? –preguntó Atilio.

–No te entiendo.

–Tengan presentes que por años pertenecí a la banca y allí uno aprende que todas las cosas se pueden intercambiar según el valor que se les asigne. Supongo que en lo místico habrá un mercado de cambios que determinará la cotización de un milagro. ¿Cuánto vale un hechizo? ¿Cuánto una bendición sacerdotal? Para mí el milagro es la moneda de referencia. La moneda fuerte que fija las transacciones.

–Seguí jodiendo, espero que no te arrepientas –censuró Norberto.

–Nada escapa a una valoración matemática. Así me lo enseñaron. Por eso estoy aquí, extenuándome para subir a un cerro cubierto de estatuas. Mi moneda de cambio es mi esfuerzo. ¿Cuánto tengo que esforzarme para que el Cristo me entregue un milagro? Reconozco que le pido algo importante. Por eso dejé de lado la comodidad de rogar a la Virgen Negra en el jardín de la pensión y he venido a gastar zapatos y aliento en este lugar. ¿Entienden?

En cada estación Atilio se arrodillaba y oraba, con las manos entrelazadas y los párpados cerrados.

Cada tanto descansaban, sentándose sobre el pequeño muro que establecía el límite del sendero. A medida que ascendían, el pueblo de la Villa, iluminado, tomaba otra dimensión en la noche oscura. También llegaban hasta ellos el sonido de la música, los olores a comida y el impreciso ruido del gentío en movimiento. El cielo encapotado, el frío, los promesantes que subían de rodillas el Cerro del Calvario, las velas encendidas frente a las esculturas, los chillidos de animales salvajes, le otorgaban al entorno un aspecto fantástico, sobrecogedor.

Al detenerse para descansar por segunda vez, Atilio le preguntó a Rojas qué tipo de trato había mantenido con Cordelia, aclarando que le convenía no mentir porque

existía la posibilidad que el fantasma de la paraguaya anduviera cerca. La pregunta molestó al escribano.

–Vos no tenés respeto por nada –dijo–. Cordelia y yo mantuvimos una relación cliente–profesional. Nada hay de pecaminoso en eso. De cualquier forma, para tus bajos instintos, te aclaro que yo sentía una profunda admiración por ella. Por su manera de trabajar, por su honradez, su respeto, algo que vos deberías tener. Como también los otros pensionistas. Que yo sepa no son muchas las personas dispuestas a donar a extraños sus bienes.

–Supongo que por esa tarea te habrás beneficiado con dignos honorarios –replicó Atilio.

–Lo que corresponde. Hice un trabajo y lo cobré. No busques pelos en la leche. Vos, en cambio, recibiste dinero y parte de un edificio por nada –respondió el escribano.

–Por lo tanto entre ustedes no hubo más que una relación laboral –se burló sonriente Atilio.

–Terminala... el escribano te respondió y que yo sepa no está obligado a rendirte cuentas –intervino Norberto.

–Mi última pregunta: ¿pudo Cordelia tener más dinero?

–No que yo sepa. Aclaro que no me quedé con nada –dijo Rojas.

–¡Por favor, escriba! Nadie puede pensar una cosa así –exclamó Atilio simulando sentirse ofendido por el comentario y agregó: –Lo que sucede es que los abogados, los escribanos y los médicos reciben confesiones de sus clientes. Mi pregunta apuntaba a saber si Cordelia te había confiado algo. Esta inquietud se debe a un razonamiento personal que me hizo pensar sobre la posibilidad de que Cordelia, después de años de ahorro, fuera dueña de algún otro dinerillo. ¿Quién mejor que vos para despejar esta duda? En fin, demos por terminado el tema.

–Entonces Miguel tenía razón cuando dijo que ustedes andaban detrás de algo.

–¿Cómo? –preguntó sorprendido Norberto.

–Está muy claro. Elemental. Han destruido el jardín abriendo una zanja, dañaron paredes, pisos y techos. La intuición de Miguel no falló: ustedes buscan algo más –afirmó Rojas.

–Ya te dijimos que estamos remodelando –reaccionó Atilio disimulando la sorpresa que le habían producido las palabras del escribano. Luego dirigiéndose a Norberto, preguntó: –¿No es así?

–Pensamos construir una pensión modelo –contestó éste sin convicción.

–Como digan... no es un tema que me importe demasiado. Para que tengan en cuenta mi buena voluntad pido en este lugar milagroso que si buscan algo, lo encuentren. No es mi problema... ¿seguimos?

Al alcanzar la cima del cerro, Atilio jadeaba y no dejaba de transpirar.

–Nunca imaginé que costaría tanto subir este cerro de morondanga. Se ve que no

estoy en forma –dijo, mientras se secaba rostro y cuello con el pañuelo ya empapado.

–Espero que no nos engripemos –apuntó Norberto.

–O que nos dé un infarto –dijo Rojas.

–Por favor... tengan mejor onda. No me desmoralicen. He venido a cumplir una promesa para ser favorecido por un milagro. Si me asustan me volveré a San Luis de inmediato y el milagro se habrá hecho humo.

Al terminar el recorrido del Vía Crucis se sentaron en una pirca próxima a la iglesia para recuperar el aliento.

–Ya no tenemos dudas de que somos viejos. Me duele todo, como si hubiera participado en un maratón de mil kilómetros. Esa loma insignificante me ha dado vuelta –reflexionó Norberto.

–Yo me siento como si tuviera 20 años –respondió Rojas.

–Te falta memoria o a los 20 no servías –sentenció Atilio entre jadeos.

Los fieles hacían largas colas para ingresar a la capilla. Se armaron de paciencia y se sumaron a la fila. Avanzaban a paso de tortuga.

–¿Si venimos más tarde? –preguntó Norberto.

–Yo de aquí no me muevo. La concurrencia será mayor a la cinco o seis de la mañana, cuando arriban los peregrinos. Ustedes hagan lo que quieran. Pueden ir a comer o a algún bailongo. Sólo les pido que me digan en dónde podré encontrarlos. Ubicar a alguien en este gentío no es tarea fácil.

–Yo me quedo –dijo Rojas, y agregó:–No deseo que un desencuentro me obligue a regresar en ómnibus.

–Me dejan sin alternativa –dijo Norberto.

El aire dentro del templo era pesado. Llegaron hasta la talla de madera después de esperar por largo tiempo. La presencia del Cristo les hizo olvidar su agotamiento. Rezaron en silencio. La oración nació espontánea, como si los tres necesitaran de ella para curar sus miserias. Permanecieron frente a la talla hasta que la protesta de los demás fieles los obligó a continuar la marcha.

Salir de la iglesia les costó tanto como entrar.

Al llegar a la plaza, Rojas se quejó de los pisotones recibidos.

–A mí casi me quiebran una costilla –se lamentó Norberto.

–Cumplí... es lo que importa. Mi paciencia y mi esfuerzo han sido recompensados. Lo logré. Él sabe que he puesto todo de mi parte, ahora le toca responder –dijo Atilio.

–Lo tuyo suena a chantaje. Te aconsejo que tengas cuidado. Si el Cristo piensa como yo, su respuesta te sorprenderá –afirmó Rojas en forma solemne.

–Que responda como quiera, a su gusto, yo sabré aguantarme. Lo que no toleraré es su silencio. Necesito saber que se ocupa de mí –dijo Atilio.

–No equivoqués el camino –advirtió Rojas.

Después de analizar diferentes ofertas gastronómicas optaron por una parrillada

que durante años había explotado el mítico Machuca, un cocinero reconocido por todos los puntanos.

Les costó encontrar ubicación porque el local estaba repleto. Al final consiguieron una mesa cerca de los baños.

–Yo diría que este sitio no es apropiado para comer –apuntó Atilio apretándose la nariz con dos dedos.

–Con el hambre que tengo no pienso esperar que se desocupe una mesa con vista a las sierras –dijo Rojas.

El mozo tardó una eternidad. Antes de que llegara dieron cuenta del pan dejado por los comensales anteriores. Después, con la panera que les pertenecía y la primera botella de vino, matizaron la espera con un tema excluyente: la situación política provincial. Según los comentarios de algunos periodistas las diversas fuerzas opositoras se unirán en una gran marcha para repudiar la represión policial. El oficialismo, por su parte, prometía apoyarse en los trabajadores del Plan de Inclusión Social.

–Pensar que este quilombo lo inició una lauchita –afirmó Rojas.

Le preguntaron a quién se refería.

El escribano, luego de puntualizar la ignorancia que demostraban, aclaró que hablaba de la secretaria general del nuevo gremio docente.

–Los maestros fueron los que arrojaron la primera piedra. La oposición debe reconocer que los docentes lograron una convocatoria única, multitudinaria. Es curioso cómo situaciones no previstas se transforman en un abrir y cerrar de ojos en un factor de desestabilización. Hace cuatro meses, esa "lauchita" creó un sindicato paralelo al oficial. Sin antecedentes, ni gremiales ni políticos, obtuvo lo que no pudieron hacer experimentados dirigentes. ¿Qué puedo decirles? El factor suerte está presente en toda actividad humana. Carece de ángel, de carisma, no discursea bien. Una desconocida. Su aspecto personal está lejos de ser rutilante. Creo que el sobrenombre le fue dado atendiendo a su constitución débil, su baja estatura –comentó el escribano.

–Deberá cuidarse. En este despelote hay gatos por todos lados. ¿Y qué hacen los gatos? Se mastican ratones o lauchas... –dijo Norberto.

–¡Llega la comida, hagan lugar! –exclamó Atilio viendo acercarse al mozo que con habilidad digna del mejor equilibrista avanzaba entre las mesas con la bandeja en ristre.

La parrillada era generosa: achuras, costillas, matambre, vacío, chorizos y morcillas. A punto y de buena vista. Los cubiertos eran de plástico y fueron los destinatarios de todas las críticas. Atilio quebró un tenedor al servirse una costilla y con tono molesto le ordenó al mozo que trajera cubiertos de metal.

–Imposible señor... se los roban. Les traeré varios de plástico así los reemplazan a medida que se rompen –contestó el joven retirando los dos pedazos en que se había transformado el tenedor al romperse. Los restantes comensales soportaron percances similares, a veces se quebraba un diente, otras el mango. Ante tanta dificultad optaron

por comer las costillas con la mano.

–¡De rechupete! –exclamó Rojas al terminar de limpiar un hueso.

El mozo regresó con los cubiertos de reemplazo y con una cesta que contenía pan casero en rodajas, que humeaba.

–Ni en Maxim's comés algo así –dijo Norberto, que nunca había salido del país pero le pareció que el nombre del restaurante parisino era una buena referencia para realzar la cena.

El vino les hizo cambiar de conversación; se centraron en anécdotas graciosas, mujeres y deportes, excluyendo de cuajo cualquier referencia a la política.

Era de madrugada cuando abandonaron el restaurante. A esa hora comenzaban a llegar los primeros peregrinos. El cielo se mostraba despejado.

–Bueno... de vuelta al calor y a la sequía –dijo Rojas con fastidio.

–No podía ser de otra forma, la tradición indica que en las fiestas del Cristo debe brillar el sol –respondió Atilio–. ¿Qué les parece si recorremos los negocios?

Llegaron hasta la calle que costeaba el arroyo serrano dónde se encontraban instalados kioscos y carpas. Norberto comentó que en épocas de lluvia el arroyo que en ese momento mostraba monumentales piedras, rodeadas de arena, se transformaba en un río caudaloso que transportaba animales muertos y árboles desde la montaña al valle.

–Algún automóvil también –agregó Rojas.

Caminaron entre los negocios, apretados por la gente, deteniéndose cada tanto para observar alguna artesanía, ropa o comestibles regionales.

Atilio compró un cinto de cuero; Rojas se decidió por un poncho de lana tejido a mano; Norberto eligió una caja musical hecha en madera de nogal, con ángeles grabados en la tapa.

Sobre el final del recorrido se había instalado una carpa grande en cuyo frente se describían los beneficios de consultar a la gitana María. Agregaba el aviso que era infalible en sus predicciones sobre amor, salud y dinero. En letras más pequeñas se establecía el valor de la consulta.

–¿Me acompañan? –preguntó Atilio.

La carpa estaba dividida al medio, la parte delantera era usada como sala de espera. En esa madrugada sólo estaban allí dos gitanas, sentadas frente a una mesa, quienes al advertir la presencia de los recién llegados dejaron de hablar entre ellas para preguntar solícitas.

–¿En qué podemos servirles? –dijo la gitana que representaba ser mayor.

–Necesito consultar a la bruja María –respondió Atilio agregando después: –Siempre y cuando no haya que esperar demasiado.

–Lo atenderá enseguida –dijo la gitana joven poniéndose de pie.

–Avisale que tiene tres clientes en la sala –dijo confianzudamente Rojas.

–La consulta es individual –les informaron.

–Me parece bien. Sólo yo estoy interesado en mi futuro, pero ingresaré con mis amigos. Con ellos me siento tranquilo.

–Por favor, señor, en este lugar no le pasará nada malo –dijo la gitana que permanecía sentada y agregó dirigiéndose a su compañera: preguntale a María... ella decidirá si pasan o no.

La gitana joven desapareció por la tela que servía de puerta entre los dos ambientes. Al regresar dijo que la gitana María no tenía inconvenientes que ingresaran los tres con la condición que sólo hablara el que consultaba.

Un olor fuerte a comida fue lo primero que notaron al trasponer la puerta de la tela. Reinaba la oscuridad en el ambiente y era difícil ver más allá de la nariz.

–¿No pagaron la luz? –preguntó Atilio, riéndose.

Se encendieron dos velas. Cuando las llamas se hicieron continuas y firmes advirtieron la presencia de una mujer obesa, sentada en el suelo, con las piernas cruzadas.

Nuevas velas se encendieron y la oscuridad decayó dejando ver el rostro de la mujer: de color oliváceo, alambrado de arrugas, redondeado por la gordura.

–¿No podría poner un tubo fluorescente? –preguntó Atilio.

La gitana se mantuvo en silencio, limitándose a hacer un gesto con la mano para indicarles que se sentaran a su alrededor.

Al hacerlo el cuerpo de la gitana dio la impresión de tomar mayor volumen. También les llamó la atención los dedos cargados de anillos y las infinitas pulseras que cubrían sus antebrazos.

–¿Quién consulta? –interrogó con tono de voz varonil la gitana María.

–El mismo que viste y calza –respondió Atilio.

–Mostrame tus manos.

Atilio, con cierta desconfianza, dejó que la mujer se las tomara y para disimular su inseguridad comentó que el método era antiguo. Dijo:

–En tiempos de Internet me leen las manos...

–Callate. Debo concentrarme –ordenó la gitana.

Primero recorrió los dedos, después se ocupó del anverso y reverso de las manos, por último se detuvo en las palmas. Momentos después, cuando hubo dejado las manos de Atilio, comenzó a hablar en un idioma desconocido, dando hipos, como si su intención fuera arrojar algo que se le había atravesado en la garganta.

Norberto pensó que la mujer sufría un ataque y consideró apropiado darle una palmada ante tan difícil trance.

–No me toqués –dijo la mujer con tono grave. Era evidente que fumaba demasiado y no debían excluirse libaciones diarias.

Norberto se acercó a Rojas y le dijo por lo bajo:

–¡Dónde nos metimos! A esta mina le faltan varios tornillos.

–Y medio pulmón –acotó Rojas.

La mujer comenzó a gemir, estremeciéndose. Tomó una vela que acercó a su rostro. La débil luz le dio un toque demoníaco. Movió los ojos de un lado a otro para luego detenerlos en Atilio.

–Tenés penas de amor y tu dolor será aún mayor.

–Eso ya lo sé. Me importa poco. Sólo decime si seré rico –dijo Atilio.

–Hombre sin amor y sin dinero. Qué cosa fea. Nunca serás rico. Hombre solo y sin suerte. Mala fariña –vaticinó la gitana María.

A partir de ese momento no habló más hasta que Atilio se atrevió a preguntar:

–¿Eso es todo?

–Falta que pagués la consulta –manifestó la gitana.

–Vos estás loca... yo no pago un centavo para verte hacer payasadas. Vine para saber sobre mi futuro. Tus orgasmos en público no me interesan.

–Pagá la consulta ahora –fue la réplica amenazadora.

–Andá a cobrársela al Cristo –retrucó Atilio y dirigiéndose a los compañeros agregó: –Vamos... A mí no me estafa una loca.

Un artefacto eléctrico ubicado en el centro de la carpa, con tres tubos fluorescentes, se encendió. Por la puerta de tela apareció un hombre corpulento, rubio, de ojos verdes, que si bien vestía en forma común no podía disimular su ascendencia gitana.

–¿Me llamaban? –preguntó mientras sacaba de la cintura un cuchillo finamente labrado, con hoja acerada que destellaba a la luz.

–Hijo... el señor se niega a pagarme –dijo la gitana que había dulcificado su voz.

–Mamá... usted siempre comprende mal. No creo que este buen hombre pretenda estafarla –dijo el recién llegado acercándose a Atilio y apoyando la punta del puñal en su pecho–. Perdónela: mi madre no escucha bien y además tiene dificultades con el idioma... ¿Cuánto te debe?

–Dos consultas.

–Me está robando –se quejó Atilio, que había comenzado a transpirar.

–¿Qué dijiste? –preguntó el hombre presionando el cuchillo un poco más.

–Fue sólo una consulta.

–Dos... te hablé de amor y de dinero. Son dos –insistió la gitana.

–Está bien, me has convencido. ¿Cuánto te debo?

–Viste mamá que habías escuchado mal. Es un hombre bueno. ¿Cómo se te ocurre que no iba a pagar?

Al salir de la carpa Atilio le recriminó a sus acompañantes que no hubieran intervenido.

–¿Por qué íbamos a salir en tu defensa? Vos te declaraste en cesación de pago –contestó Rojas.

–Alguna vez necesitarán que los ayude y yo me lavaré las manos –replicó Atilio, que se sentía muy molesto y por tal motivo se mantuvo en silencio durante el viaje

de regreso.

A media mañana llegaron a la pensión, después de haber dejado a Rojas en su domicilio. Estaban extenuados. Le pidieron a Silvana que los despertara para almorzar. Antes de subir al primer piso Atilio le preguntó a la joven si Kati había regresado.

–No la he visto.

Al llegar al dormitorio confirmó la ausencia de su pareja.

–Te estás revolcando con alguno –afirmó con rabia.

Cuando se hubo acostado recordó a la gitana María.

–¿Así que hombre sin amor y sin fortuna? Qué gorda de mierda... yo seré rico.

CAPÍTULO XXX

Al mediodía un barullo que provenía de la planta baja cortó el sueño de Atilio. Apenas se despertó trató de explicarse qué sucedía. Tenía la impresión de que alguien lloraba en el salón o tal vez varios. Escuchaba muchas voces sin lograr identificarlas por el tono monocorde, como un zumbido de abejas.

Ya vestido abrió la puerta del dormitorio y se asomó apoyándose en la baranda de madera que rodeaba el pasillo.

En el salón principal se encontraban reunidos todos los pensionistas. También estaban presentes Rojas, Miguel y dos oficiales de la policía provincial. Iba a preguntar desde donde estaba qué sucedía, pero se arrepintió y descendió por la escalera cuidadosamente para evitar un nuevo accidente. Al verlo llegar, Norberto, se le acercó.

–Pésimas noticias –dijo–. Kati fue atropellada. Un ómnibus la arrolló.

–¿Cómo está? –preguntó Atilio, aunque intuía la respuesta.

–Lo lamento... falleció. Al llegar la ambulancia ya estaba muerta. La acompañaba una amiga que sólo recibió lesiones.

Atilio miró uno por uno a los presentes como si esperara una rectificación, una desmentida, sobre lo que decía Norberto.

Miguel se aproximó:

–Lo siento... lo siento mucho. He hecho los trámites necesarios para que esta misma tarde les entreguen el cuerpo. Está en la morgue. El médico forense se comprometió a tener todo listo.

Atilio, con los ojos llorosos, hacía signos afirmativos con su cabeza, pero era evidente que le resultaba difícil comprender lo que el policía le estaba diciendo. Después que éste terminó de hablar, Atilio se sonó con fuerza la nariz y dirigiéndose a Norberto en un hilo de voz le preguntó si él podía encargarse.

–Por supuesto... vos necesitás descansar –le aconsejó–. ¿Te acompaño hasta el dormitorio?

–Gracias... puedo solo. Te agradezco que te ocupes de Kati. Ella necesita quien le dé una mano y yo no estoy en condiciones.

Comenzó a subir la escalera. Con dificultad. Encorvado. Con la cabeza hundido entre los hombros, dudando ante cada escalón. En minutos se había cargado de años. Recién cuando entró al dormitorio lloró. Se arrojó a la cama y mordió la almohada para evitar gritar.

En planta baja los pensionistas trataron de organizar el sepelio. Llamaron a la misma funeraria que había atendido a Cordelia. Se presentó un problema: el cementerio parque no permitía exhumaciones los domingos, lo que significaba velar a Kati durante dos días. Una vez más, la intervención de Miguel facilitó la solución.

Los administradores aceptaron enterrar a Kati en la primera hora de la mañana del domingo antes del horario de visita de los deudos.

Arreglados todos los detalles Miguel se despidió, acordando que los vería en la morgue. Silvana lo acompañó hasta la puerta.

–Quizás deberíamos suspender tu traslado por unos días.

–No, Miguel. Mi decisión está tomada. No bien regresemos del cementerio me iré contigo. Quiero abandonar cuanto antes la pensión. Tengo miedo. Comienzo a creer que es este edificio el autor de los males que sufrimos...

–No seas tontita –la interrumpió el policía abrazándola.

CAPÍTULO XXXI

Atilio bajó recién a medianoche. Tenía los ojos hinchados y aspecto vulnerable. Aceptó las condolencias con aire ausente. Después se acercó al féretro y permaneció allí sin cruzar palabra con ninguno de los presentes, mirando absorto el rostro sin vida de Kati.

–La amaba... estoy seguro que la amaba –dijo Yinipro a Mariángeles.

–Linda forma de amar... a los golpes –contestó la joven.

–Mi experiencia en el tema amoroso es casi nula, pero intuyo que la violencia en las parejas no excluye el amor. Tomame como idealista, ingenuo o estúpido pero sospecho que un amor importante necesita cada tanto afrontar situaciones límites que le den vida. Eso les pasaba a ellos.

–No comparto tu idea pero por interés te aceptaré.

–No te comprendo.

–Fácil... Dios me ama con toda su voluntad y para demostrarlo me condenó a ser paralítica. Por lo tanto yo seguiré sentada en la silla de ruedas con la ventaja de saberme amada. Además pienso que esa teoría también te sirve a vos.

–¿En qué sentido?

–El amor que tu padre sentía era inmenso, grande, monumental. ¿Cómo demostrarlo? Abandonándote...

–Tu interpretación es antojadiza. No es lo que yo dije.

–Tal vez –dudó Mariángeles y empujó la silla de ruedas para aproximarse a Silvana, que conversaba con Máximo, su hermano.

–Perdón por la interrupción... ¿seguís con tu plan de trasladarte mañana?

–Esa es la idea. Al regresar del cementerio Miguel me ayudará a llevar el resto de mis cosas.

–Te deseo suerte.

–Gracias Mariángeles. Me acabo de enterar que hay otra persona que abandona la pensión –dijo Silvana indicando con un gesto a su hermano.

–¡Una fuga generalizada! –exclamó Mariángeles y su voz retumbó en el salón que servía de sala velatoria–. ¿Qué bicho les picó?

–Desde que Silvana me anunció su decisión de formar pareja con Miguel traté de definir mi futuro. Me dije que tenía suficiente edad para hacer mi vida.

–Como si fuera cuestión de años –interrumpió Mariángeles.

–Estoy dispuesto a intentarlo. Sé que en esta pensión o compartiendo la vivienda con mi hermana no llegaré a nada. Regreso a Corrientes en la madrugada. Tal vez algún día nos reencontremos y podré contarte qué logré. Siento necesidad de volver a mi tierra. Es posible que allá pueda ordenarme, y esto significa entender por qué mi padre asesinó a mamá, cuál fue la razón que me llevó a meterme en esta aventura.

En estos meses he crecido, por lo menos eso creo. Es hora de rever los principales hechos que han influido en mi vida. Además deseo que Silvana inicie su relación sin mi presencia. Vos sabés lo que dicen: en el amor los terceros son molestos.

–¿Y si encontramos los dólares? –interrogó Mariángeles.

–En primer lugar tengo la certeza que esos dólares no existen; en segundo lugar, tanto Silvana como yo hemos decidido renunciar a ellos. Por lo tanto, si tienen la suerte de encontrarlos, divídanlos entre ustedes. Nosotros nada reclamaremos.

–Cada día soy más rica –reflexionó con tristeza Mariángeles.

Una mujer con el brazo derecho enyesado ingresó a la sala y se dirigió hacia el féretro.

Se detuvo en el lado opuesto que ocupaba Atilio; éste levantó la vista al notar su presencia pero un instante después continuó mirando a Kati.

–¿Atilio? –le preguntó la recién llegada sorprendiéndolo.

–Sí señora –respondió dubitativo, para agregar después: –Perdóneme no la recuerdo. ¿Usted quién es?

Aunque ambos hablaban en tono bajo los presentes estaban pendientes del diálogo que mantenían.

–Es posible que mi nombre no le diga nada. Me llamo Rina. Amiga de Kati y compañera de trabajo. Yo la acompañaba cuando fue atropellada.

–Por lo que veo la sacó barata.

–Apenas una quebradura. Tuve suerte. Kati y yo solíamos trabajar en equipo y la muerte nos encontró unidas.

–Gracias por venir –interrumpió Atilio con toda la intención de dar por terminada la conversación.

–No es necesario que me agradezca. Vine a cumplir con ella. Estoy segura que ella aprobará lo que voy a hacer y que le producirá una gran alegría donde sea que se encuentre.

–No lo dudo. No cualquiera, a horas de sufrir un accidente, deja de lado su padecer para rendir homenaje a un amigo.

La mujer rió. Después gargajeó como suelen hacer los boxeadores en los momento de extremo cansancio y escupió el rostro se Atilio.

–Sos un flor de hijo de puta. Después de amargarle la vida te encuentro al lado de féretro como si la amaras. Hipócrita. Tenés suerte que yo sea mujer. Me encantaría cagarte a trompadas. En fin, que en esta escupida te llevás todo mi odio –dicho esto Rina dio media vuelta y abandonó la sala ante la sorpresa de todos.

Los presentes, recompuestos, rodearon a Atilio que limpiaba su rostro con un pañuelo arrugado y sucio. Le preguntaron quién era la loca que lo había escupido.

–No lo sé –mintió.

Después buscó a Norberto y le pidió que lo acompañara a su habitación. En el trayecto le comunicó que no iría al cementerio.

–Hacés bien –aceptó Norberto.

Antes de entrar al dormitorio Atilio lo abrazó y le dijo al oído: –Yo la amaba... te juro que la amaba.

El domingo fue un día de despedidas. Al amanecer se fue Máximo; a las ocho de la mañana depositaron el féretro de Kati en una parcela vecina a la que ocupaba Cordelia; al regresar fue Silvana quien partió.

CAPÍTULO XXXII

La ausencia de mujeres se hizo sentir en la pensión Virgen Negra. Fue Norberto quién preguntó qué iban a almorzar. Atilio, experto asador, permanecía en su dormitorio. Mariángeles, por su incapacidad, no estaba en condiciones de resolver ese pequeño problema doméstico.

–Compremos algo –propuso Yinipro.

–De acuerdo... pero qué haremos los demás días–respondió Norberto.

–Quizás sea conveniente contratar una cocinera –intervino Mariángeles y agregó:–Eso nos llevará algún tiempo. Mientras conseguimos alguien de confianza les propongo que compremos la vianda, conozco a una señora que se dedica a cocinar para afuera. Tiene buena fama. ¿Qué les parece?

Respondieron afirmativamente, haciendo la salvedad de que si Atilio se reintegraba al grupo con ganas de colaborar, lo nombrarían Cocinero Mayor de la pensión Virgen Negra.

–Me encargaré de hacer el pedido para hoy... ¿qué desean comer? –peguntó Yinipro.

–No tengo preferencias –contestó la joven casi al unísono con Norberto, que se inclinaba por las milanesa napolitanas.

–Buena idea –aceptó Yinipro y agregó:–¿Qué le pedimos para Atilio, bajará a comer?

–Comprá milanesas para todos. Si no baja le llevaremos la comida a su dormitorio. Debemos regalonearlo para que levante el ánimo.

Atilio bajó cuando los tres habían comenzado a comer. Apenas ingresó al comedor se quejó porque no habían hecho sonar la campana, como era la costumbre. Después preguntó dónde estaban los demás y escuchó con atención lo sucedido en las últimas horas.

–Bien –dijo después de informarse–. Hemos quedado los herederos de Cordelia. Buena noticia. Los demás fueron relleno. Menos bulto mayor claridad –concluyo sentenciando con un refrán popular; acto seguido, preguntó cuál era el plato del día pese a la fuente repleta de milanesas que ocupaba el centro de la mesa.

–Necesitamos consultarte sobre un tema –dijo Norberto.

–Antes de escucharte me serviré. Necesito recobrar fuerzas para el trabajo que me espera. A partir de mañana trabajaré sin pausa y daré vuelta la pensión si es necesario.

Le comentaron la decisión de pedir la vianda.

–Están chiflados. Yo me encargaré. Siempre y cuando se conformen con comer carne asada todos los días y Mariángeles se encargue de las ensaladas y de lavar los platos.

–Yo haré las compras –se ofreció Yinipro.

–Y yo, el fuego –se asoció Norberto.

–Cocinaré con una condición: Ustedes me ayudan a cavar. Trabajaremos hasta de noche. No habrá más postergaciones –dijo Atilio.

Mariángeles les recordó que el lunes era feriado provincial en honor al Cristo de la Quebrada.

–Buena fecha para iniciar cualquier tarea. El apoyo del Cristo se hará sentir –afirmó Atilio.

El día del Cristo se mostró luminoso, sin viento, sereno. Atilio, con dificultad, descendió al fondo de la zanja abierta. La recorrió de punta a punta. Se preguntaba en qué lugar le convenía seguir cavando y desafiaba al Cristo diciéndole en voz baja que si estaba dispuesto a hacer un milagro, no se tardara demasiado.

–Por lo menos indicame el lugar donde debo cavar. No quiero perder el tiempo.

–Buen día–lo saludaron desde la superficie. Era Mariángeles.

–¿Y los otros? –respondió Atilio.

–Terminan de desayunar y vienen.

–Espero que no lleguen a medianoche –protestó el hombre desde el fondo, casi al mismo tiempo en que se asomaron Yinipro y Norberto.

–Gruñón... ya estamos aquí. Por lo que se ve no has hecho gran cosa –dijo Norberto.

Se dividieron el trabajo. Mientras uno cavaba, otro se encargaba de cargar los baldes con tierra y el tercero los izaba hasta la superficie.

El sol estaba alto cuando un ruido seco, producido por la punta de la pala, al golpear con algo duro, hizo enfurecer a Atilio.

–Lo que faltaba: piedras.

Con paciencia se abocaron los tres a descubrir el lugar. No tardaron en encontrarse con un muro de piedras esféricas, asentadas en cemento.

–¿Qué mierda es esto? –preguntó Yinipro.

Los movimientos se aceleraron. El muro se continuaba hasta formar una caseta.

–Reconozco que Cordelia era trabajadora pero ella no estaba en condiciones de realizar una construcción semejante –afirmó Yinipro.

–No me importa quién lo hizo. Sólo me interesa ver lo que hay adentro –dijo Atilio.

Al terminar la limpieza alrededor de la caseta Atilio comenzó a abrir un boquete. Tarea nada fácil porque el asentamiento se mantenía firme. Sin que nadie lo esperara, una parte del muro opuesto se derrumbó. Esto sucedió cuando ya era de noche en la pensión Virgen Negra.

–Huelo a dólares. Años de bancario me perfeccionaron un olfato monetario –se ufanó Atilio.

–Sigamos mañana. No se ve nada y es posible que esa tormenta llegue –sugirió

Norberto señalando hacia el sur que se mostraba cubierto y con grandes destellos luminosos.

–Cada uno es dueño de hacer lo que quiera. Yo seguiré –informó Atilio con decisión.

La tormenta llegó más rápido de lo que imaginaban. Un trueno ensordeció. La lluvia se descargó con ganas. En minutos el fondo de la zanja fue un barrial. Les costaba afirmarse. Mariángeles, desde la superficie, insistió que interrumpieran la tarea.

–Una linterna, por favor–rogó Atilio, pero después cambió de idea:–No hace falta... mejor entro.

Así lo hizo. Pasaron unos segundos que parecieron horas hasta que lo escucharon gritar:

–¡Las encontré, las encontré!

Hubo un nuevo silencio hasta que Atilio dijo:

–Ahí va la primera.

Por la boca del agujero apareció la parte superior de una saca que Yinipro se apresuró a tomar. Siguieron otras.

–Esta es la última –informó Atilio.

Cuando éste salió comenzaron los festejos. Se abrazaron, rodaron por el barro y gritaron. Desde la superficie Mariángeles les pidió que subieran porque tenía el mismo derecho que ellos a festejar.

–¿Serán las sacas que buscamos? –preguntó Yinipro ya agotado de tanto salto y abrazos.

–¿Sos tonto? ¿No viste el sello? –dijo Atilio mostrándole las inscripciones en negro que tenían las bolsas en el anverso y reverso.

–No soy lechuzo... no veo de noche, y menos si llueve –contestó el joven.

Subieron las bolsas y las acomodaron en una carretilla para luego trasladarlas al interior de la pensión Virgen Negra, ubicándolas sobre la mesa del salón comedor.

–Necesitaremos un alicate o un punzón –comentó Atilio al comprobar que las bolsas eran de tela gruesa y precintadas.

Todos se sentían al borde de las lágrimas, felices, ansiosos. Eligieron una saca. Después de varios intentos fallidos lograron rasgar la lona. Los fajos de billetes se esparcieron sobre la cubierta de madera.

Los billetes estaban en buenas condiciones. El tiempo, la humedad, no los habían dañado. Sin embargo, algo no encajaba... los cuatro miraban sin atreverse a decir que los billetes a la vista no eran dólares. Al fin, Norberto, se encogió de hombros y reflexionó:

–No nos pongamos quisquillosos. El dinero argentino también tiene su valor. Hasta es posible cambiarlos por dólares –afirmó sin darse cuenta el desequilibrio que mostraba el rostro de Atilio.

–¡Qué mala suerte! Suena a joda, a una broma de mal gusto –gritó el ex bancario cuando se cansó de romper fajos.

–¿Qué está mal? –preguntó Mariángeles.

–¿No te das cuenta? –le gritó Atilio y agregó: –Estos billetes son pesos Ley 18.188. Doy por seguro que no sabés de qué estoy hablando. Mi inocente nena... Nuestro país ha sido congruente en modificar su moneda apenas la inflación lo superaba. Primero fue el peso Moneda Nacional, y tras él, los pesos Ley 18.188, los pesos Argentinos, los australes, y no sé cuantas denominaciones boludas más.

–¿Qué querés decir? –se inquietó Norberto.

–Que estos billetes no valen un carajo, eso quiero decir. Sólo sirven para hacer fuego o limpiarse el culo... ¿Entienden ahora? Cuando nuestros putañeros gobiernos cambian el signo monetario, otorgan un plazo no mayor de dos años para canjear la moneda vieja por la nueva. Transcurrido ese lapso los billetes antiguos son sólo papeles pintados. Estos que tenemos a la vista dejaron de cotizarse en la década del ochenta.

–Nos estás jodiendo –intervino Yinipro–. Estoy seguro que pueden canjearse. Lo mejor que podés hacer es llevarte una bolsa bien llenita, hacer la cola frente a la caja de un banco y pedir que te los canjeen.

–¿Por qué no revisamos las otras bolsas? Es posible que alguna contenga dólares –dijo Mariángeles.

–Háganlo ustedes... estoy convencido que sólo encontrarán estos papeles de mierda. Además quiero tomar aire –les informó Atilio.

–Mirá que sigue lloviendo –aclaró Yinipro.

–Mejor. La lluvia me concentra. Quiero estar a solas con nuestra querida Virgen Negra y si es posible con el publicitado Cristo Milagroso... En este momento se ríe a carcajadas batiendo obscenamente las mandíbulas y tomándose la panza para no desarmarse –dijo Atilio, y mirando a Norberto agregó: –Tenía razón la gitana María: soy hombre sin amor y sin dinero... En fin, soy un tipo intrascendente.

Abrieron el resto de las bolsas. Como lo había anticipado Atilio todas contenían la misma moneda.

–Bueno, se acabó la ilusión. Tendremos que poner los pies sobre la tierra por más que nos cueste. Iré a buscar al gordo, no vaya a pescarse una pulmonía –dijo Norberto y se dirigió al jardín.

–¿Cómo es posible que Cordelia, tan cuidadosa con el dinero, dejara que estos billetes perdieran valor? –comentó Yinipro a Mariángeles al quedar solos.

–Quizás no tenía interés de beneficiarse con algo que no le pertenecía –le respondió la joven.

–Si es así ¿por qué lo guardó con tanto esmero? Siempre le otorgás demasiado mérito a esa paraguaya. Para mí que su ignorancia le jugó en contra. Ignoraba en qué país vivía. Supuso que se trataba de un país serio donde el dinero mantiene su valor

a pesar de los años.

–Podrías pensar que Cordelia trató de cumplir un compromiso contraído con el hombre que amaba. No te esforcés más. Dudo de que algún día nos enteremos de la verdad –concluyó Mariángeles.

En el jardín, bajo la lluvia, Norberto y Atilio se habían sentado en el muro que rodeaba la fuente.

–¿Te pusiste al día con todos los santos? –preguntó Norberto, bromeando.

–Eso no sucederá. No tengo posibilidad de vengarme. Tampoco puedo estrujarle el cuello a la paraguaya por el despelote en que nos metió. Ella fue la que me ató a esta pensión, con esa historia de los dólares. De no haber sido así me hubiera marchado hace mucho tiempo. En fin... que tengo mucho de qué arrepentirme y nada de qué alegrarme. Sin embargo, siguiendo con los refranes, no hay mal que por bien no venga. He decidido dejar esta pensión maldita. Con mi jubilación y el regalo que recibí de Cordelia, puedo viajar y establecerme en cualquier lugar del país... se sabe que los viejos no gastamos demasiado... ¿querés acompañarme? Sé que no somos amigos pero de alguna manera nos toleramos.

–La idea no es mala, siempre y cuando estemos de acuerdo en respetar algunas normas básicas de convivencia –contestó Norberto.

–Te escucho.

–No quiero que me aturdás con tus teorías absurdas...

–Concedido.

–Que antes de entablar una relación amorosa cambiemos el lugar de residencia.

–Concedido.

–Que salgamos huyendo ante alguien que nos prometa un tesoro.

–Concedido.

–Que dos veces al mes, como mínimo, preparés un asado.

–Concedido... ¿algo más?

–Es todo.

–Ahora es mi turno –dijo Atilio.

–Adelante.

–Quiero que invitemos a Rojas para que nos acompañe. Es un buen tipo.

–No tengo inconvenientes.

–Sólo una cosa más. Te propongo que donemos la parte que nos corresponde de este edificio a Mariángeles y Yinipro.

–¡Increíble! Ni que leyeras la mente.

CAPÍTULO XXXIII

El clima cambió. Después de la tormenta llegó el frío. El cielo se cubrió de un color gris y una brisa del este se transformó en un viento helado. La temperatura descendió hasta alcanzar un récord histórico para esa época del año. Volvió a nevar. La nieve caída en la ciudad fue escasa, pero las sierras se cubrieron de blanco. Después de la nevada el cielo apareció transparente y el frío se hizo más intenso. Llegaron las heladas: cristalizando los pastos amarillentos, congelando los charcos, rompiendo los caños de agua potable.

Atilio y Norberto se ocuparon de alcanzar al escribano Rojas, quien había aceptado irse con ellos, el papelerío necesario para escriturar la donación del inmueble al nombre de Mariángeles y Yinipro. Éstos, como una forma de corresponder al regalo recibido, transfirieron la rural a los futuros viajeros. Además, el escribano Rojas se desvivió por terminar con los trabajos que tenía pendientes o derivarlos a otros profesionales.

–Por más que me vaya no quiero dar pie a que me señalen como un profesional irresponsable –dijo.

El jueves al mediodía los ámbitos de la pensión recibieron el sonido vibrante de la campana. La idea fue de Mariángeles.

–Por tratarse de nuestra última comida compartida es justo hacerla sonar.

Se reunieron en el comedor y se ubicaron en la mesa pese a que Rojas todavía no llegaba.

–Espero que no haya desistido –dijo Norberto.

En ese momento sonó el timbre de calle.

Era el escribano. Vestía con la formalidad de otras épocas.

–Buen día –dijo abriendo el maletín negro que llevaba y agregó: –Antes de que comamos quiero finalizar con mi último trabajo profesional.

–Dale, escriba, que tengo hambre –protestó Yinipro.

–Sólo nos llevará un minuto –contestó Rojas mientras extraía un sobre lacrado: –debo leerles esta carta. Pertenece a Cordelia, que me encomendó darla a conocer un año después de su fallecimiento, dadas las circunstancias, creo que es innecesario esperar tanto tiempo.

El escribano rompió el lacrado y colocándose los lentes leyó:

"Queridos hijos: ha pasado un año desde que los nombré herederos. Un año que no los acompaño en carne y hueso. Espero que mi decisión de formar una familia no les haya traído problemas. Solo me reservé un secreto. Ese secreto recién deben conocerlo ahora. Les aclaro que hasta aquí me ha ayudado en la redacción de esta carta el escribano Rojas. Lo que sigue me pertenece. Ruego que perdonen los errores

que cometa pero ni el propio escribano puede conocer el secreto antes de tiempo".

"El hombre que amé me confió una montaña de dinero para que se lo guardara hasta su regreso. No le pertenecía, pero mi amor no estaba dispuesto a recriminarlo. Cumplí con lo prometido. No bien compré la pensión Virgen Negra, construí en el subsuelo del jardín una gran caja fuerte en piedra. Allí lo guardé. Como saben mi hombre no regresó. Les pido que desentierren ese dinero y lo devuelvan a quien pertenece. De no ser posible distribúyanlo entre los pobres. Los quiero mucho. A usted, escribano Rojas, mi eterno agradecimiento".

Cordelia

Al terminar el almuerzo, Atilio preguntó donde habían guardado el dinero.

–En mi habitación –respondió Yinipro.

–¿Qué les parece si después del postre hacemos una gran fogata de despedida? –propuso el ex bancario.

Así lo hicieron. En ese día gélido, soleado, ventoso, los billetes carentes de valor fueron consumidos rápidamente por el fuego, entregando a cambio cenizas que se alzaron por los aires hasta desaparecer.

Todos ayudaron a cargar la rural. Llegó el momento de la despedida.

–Debemos pasar por casa... todavía debo cargar dos o tres cosas –dijo Rojas.

–¡Ufa! Ya deberíamos estar en la ruta –protestó Atilio.

Media hora más tarde la rural con sus tres pasajeros abandonaron la ciudad.

–¿Hacia dónde vamos? –preguntó Norberto.

Votaron. El Litoral fue descartado, la Patagonia también. El noroeste del país fue el favorecido por la mayoría. Rojas comenzó a desvestirse.

–No me gustan los desnudos masculinos –bromeó Norberto.

El escribano abrió una valija y se vistió con vaqueros, zapatillas, camisa a cuadros y grueso buzo colorado. Al terminar abrió una ventanilla de la rural y arrojó la ropa que se había sacado.

–¡Qué hacés! –exclamó Norberto.

–Clausuro una vida, comienzo otra.

En la pensión Virgen Negra Mariángeles le preguntó a Yinipro qué iba a ser de ellos.

–No lo sé. La única forma de saberlo es vivirlo –respondió el joven.

–Me gustaría que explotáramos la pensión, en honor a Cordelia.

–A toda costa querés salvar el barco... me parece bien. Es lo único que tenemos a mano. Mientras la campana suene hay esperanza.

Este libro se terminó de imprimir en el
mes de julio de 2012
en los Talleres Gráficos de Payné S. A.
Av. Lafinur 924, D5700MFO San Luis.
Tel. 0266 – 4422037 y líneas rotativas